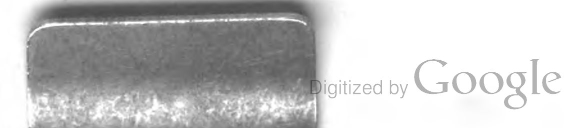



UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



EDICION LITERARIA

EL TIEMPO

EDITOR PROPIETARIO Y DIRECTOR:

VICTORIANO AGÜEROS

COLABORACION:

Ipandro Acaico.—D. Joaquin García Icazbalceta.
Presb. Lic. D. Tirso Rafael Córdoba.—D. José María Roa Bárcena.
D. José Sebastian Segura.
Dr. D. Manuel Peredo.—Lic. D. Francisco de P. Guzman,
Miembros Correspondientes de la Real Academia Española,
y Lic. D. Agustin Rodriguez.

TOMO I.

MEXICO.

Imprenta de la "Biblioteca Religiosa Histórica, Científica y Literaria."
Despacho, Calle de San Felipe de Jesus, núm. 2.
1883.

INTRODUCCION.

La literatura es y ha sido siempre la voz de las sociedades cultas y civilizadas. Allí donde los sentimientos generosos del alma rigen las acciones, donde las ideas brotan al calor de nobles y levantados ideales, donde los individuos procuran seguir el recto sendero de la justicia y de la moral, obedeciendo así las inmutables y benéficas leyes de la religion verdadera, las letras florecen y se perfeccionan, y son gallarda muestra de la excelencia del espíritu humano. Por el contrario, en aquellos pueblos que atraviesan una época de marcada decadencia y de corrupcion, la delicada flor de la poesía se marchita y languidece, sin que basten muchas veces á salvarla de su mortal abatimiento los esfuerzos y la fecunda inspiracion de aventajados ingenios.

En ninguna otra parte, como en México, puede reconocerse la exactitud del anterior aserto. Hija nuestra patria de la metrópoli española, en un tiempo en que la fé y la piedad reinaban en las conciencias, México pudo enorgullecerse con los nombres de una Inés de la Cruz y de un Ruiz de Alarcon y Mendoza, y en tiempos más modernos, con los de un Sanchez de Tagle, de un Fray Manuel de Navarrete, y otros. Carpio y Pesado, Alaman, Couto y Munguía, figuraron á grande altura en el último movimiento literario verdaderamente importante habido en la República; y en la actualidad, no son escasos los escritores y poetas que podrian citarse como una gloria de las letras mexicanas.

Empero, la diversidad de tiempos, el amargo escepticismo que hoy invade nuestra sociedad, y las luchas políticas que han dejado su triste huella áun en aquellos campos que debieron estar siempre vedados á su intervencion, han producido y producen actualmente en nuestra literatura un atraso lamentable, digno por mil títulos de ser remediado por los hombres ilustrados y patriotas.

Escaso, por no decir nulo, es el movimiento literario que se advierte en nuestros dias; los escritores permanecen alejados de aquellas tareas que podrian impulsar nuestra cultura intelectual; las publicaciones periódicas conceden su preferencia á asuntos extranjeros, con mengua de los que abundantemente les ofrece nuestra patria; y por último, la historia, la poesía y la novela esperan en vano que al-

gun ingenio nacional cultive sus tesoros. De aquí la pobreza y la falta de producciones originales, la inclinacion del público á todo lo que nos viene de otras literaturas, y el desaliento, la indiferencia y el olvido en que lentamente van cayendo nuestras glorias literarias, así las de otras épocas, como las de la actual.

Nótase desde hace algunos años en la prensa del país la falta de un periódico puramente literario y artístico, que registre en sus columnas las composiciones de nuestros poetas y escritores más notables; y aunque no abrigamos la pretension de llenar ese vacío con la presente edicion literaria de *El Tiempo*, creemos que ella contribuirá en no pequeña parte al impulso y animacion de nuestras letras. Para conseguirlo, hemos solicitado el valioso concurso de los señores Académicos cuyos nombres engalanan la primera página de este tomo; no dudando que, merced á la eficaz cooperacion que nos han ofrecido, nuestra publicacion literaria tendrá un vivo interés para el público á quien la presentamos, y que éste le dispensará benévola y generosa acogida.

VICTORIANO AGÜEROS.

México, Julio 8 de 1883.

LA INSTRUCCION PUBLICA EN MEXICO

DURANTE EL SIGLO DECIMO SEXTO.

DISCURSO leido por el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, *ántes Secretario y actualmente Director de la Academia mexicana, correspondiente de la Real Española, en las juntas celebradas los dias* 6 *de Junio,* 20 *del mismo y* 4 *de Julio de* 1882.

Señores Académicos:

No sé si el asunto con que pretendo ocupar hoy vuestra atencion podrá considerarse como ajeno de nuestro instituto; pero me atrevo á pensar que estándonos cometido el estudio é ilustracion de la Historia Literaria de México, no escucharéis con desagrado algunas noticias acerca de lo que fué entre nosotros la instruccion pública durante el primer siglo de la dominacion española. Juzgo ser parte de aquella Historia el conocimiento del método y extension de la enseñanza; porque si bien es cierto que la literatura de una nacion resulta del carácter de la misma, de sus creencias, de sus costumbres, de su marcha histórica, de sus relaciones con otros pueblos, y hasta de la naturaleza de su propio clima y suelo, tambien lo es que la enseñanza contribuye poderosamente al desenvolvimiento de las ideas, al giro que éstas toman, á la eleccion de determinados modelos, y á la preferencia dada, para la imitacion, á tal ó cual literatura extranjera. Semejante estudio tiene importancia adicional entre nosotros, por no estar divulgado como debiera el conocimiento de lo que se hizo en favor de la instruccion pública desde los principios de la dominacion española, y áun por eso corren admitidas ciertas ideas erradas, que en todo caso conviene rectificar.

Para no alargar el presente estudio, le reduzco al siglo XVI. Entónces fué cuando aconteció la gran revolucion política y social que cambió la faz de esta tierra, y se asentaron los cimientos de la sociedad en que vivimos. Asistir, por decirlo así, al nacimiento de aquella cultura intelectual; ver cómo se formó el espíritu del nuevo pueblo; cómo los límites que separaban las dos razas extrañas y hasta enemigas empezaron á confundirse en la éscuela; de qué manera la Iglesia y el Estado procuraban la ilustracion general, y cómo floreció rápidamente el cultivo de las letras, son asuntos que no pueden carecer de interés, por más que yo no acierte á dar las luces debidas al cuadro. De tal exámen pueden sacarse tambien avisos importantes para guiarnos en el arduo negocio de la instruccion pública: algo hallarémos que aprender, y algo tambien que evitar. Lamento que me falten fuerzas para presentar un conjunto acabado, y sacar las consecuencias filosóficas, políticas y morales que de los hechos se desprenden: me contento con echar los

primeros trazos, reduciéndome al papel de simple narrador. En toda materia histórica lo primero y más importante es fijar bien los *hechos;* porque mal conocidos, no pueden ménos de provocar deducciones falsas. Para el cometido de nuestra Academia basta considerar la enseñanza del primer siglo como elemento de la literatura nacional: á otros toca apreciar la influencia de tal enseñanza en la marcha general de la nacion.

Un escollo inevitable ha estado á punto de quitarme de la mano la pluma. Empeñado en dar á conocer aquel histórico siglo XVI, he escrito algo acerca de sus hombres y de sus acontecimientos, y áun pienso escribir más. En tan contínuos viajes por el mismo terreno, forzoso me ha sido á veces pasar de nuevo por el camino ya andado, sin poder excusar repeticiones, á no dejar vacíos desagradables. Hoy me apremia la misma necesidad: excusad, pues, señores; si volveis á oir hasta con las mismas palabras algo de lo que ántes habeis oido; porque si vuestra indulgencia no llegara hasta ese punto, el cuadro que intento bosquejar quedaria tan incompleto, que seria mejor renunciar á presentároslo! Y no puedo resolverme á ello, porque es de interes tan grande, que áun salido de mis manos, no perderá del todo su valor.

Cualquiera que sea el juicio que formemos de lo que se ha convenido en llamar *civilizacion azteca*, está fuera de duda que ninguna influencia ejerció en nuestra enseñanza y literatura. Poco podia adelantar en la cultura intelectual un pueblo que no conocia el alfabeto, y que para conservar y trasmitir sus conocimientos, contaba solamente con la tradicion oral, ayudada á medias por la imperfecta escritura geroglífica. No se conocia la escuela propiamente dicha. Los colegios de mancebos y doncellas, anexos por lo comun á los templos, eran más bien casas de recogimiento, instituidas y dirigidas por los sacerdotes en provecho de ellos mismos. Las doncellas cuidaban del aseo de los templos y se ejercitaban solamente en labores de manos: se les inculcaban, es cierto, buenas máximas de moral, pero nada se ve que sirviera al desarrollo de la inteligencia. Desgraciadamente existia por otra parte el *Cuicoyan*, seminario de cantatrices y bailarinas, ó más bien casa oficial de prostitucion. Los mancebos se dividian en dos clases, segun que iban al *Calmecac* ó al *Telpuchcalli:* el primero era una especie de colegio de nobles, cuyos alumnos prestaban tambien sus servicios á los sacerdotes, se instruian en el complicado ritual de aquella nacion, aprendian los cantos en que se conservaba la memoria de los principales sucesos, y estudiaban la escritura geroglífica. En el *Telpuchcalli* se daba á jóvenes de uno y otro sexo de la clase media una educacion semejante, aunque mucho ménos extensa, y era principalmente una escuela militar. Rn todas esas casas, con alguna excepcion en el *Telpuchcalli*, dominaba la severa disciplina de los aztecas, cuyo carácter feroz imprimia en todo sus huellas. Las academias de oradores, filósofos y poetas de que nos hablan los historiadores tezcocanos, no existieron probablemente más que en la imaginacion de esos escritores: los cantares del gran rey Nezahualcoyotl han llegado á nosotros sin ninguno de los caracteres que pide la crítica para admitir la autenticidad de un monumento histórico. No se comprende cómo si aquel pueblo llegó á tan alto grado de cultura, y precisamente en los años inmediatos á la conquista, no quedó ni una persona que conservara los conocimientos adquiridos, y que nos diera cuenta de ellos, con ayuda de la escritura traida por los conquistadores. No faltaron cronistas indios; mas no sabemos que apareciera algun filósofo, orador ó poeta de los de aquellas antiguas academias, que no es de creerse desaparecieran con la muerte del fundador. La ciencia astronómica de los aztecas no es todavía bien conocida, ni tampoco se ha podido deslindar qué heredaron de otros pueblos más antiguos y qué hallaron por sí solos. En lo que al parecer pusieron mayor esmero fué en la oratoria, porque eran ceremoniosos hasta el fastidio; pero no me atrevo á admitir

como del todo genuinas las prolijas arengas conservadas principalmente por los padres Olmos y Sahagun. En general debe notarse, que los indios recien convertidos solian dar como recibido de sus antepasados algo de lo mismo que habian oido á los misioneros, de suerte que es casi imposible distinguir lo que hay de original, de *azteca puro*, por decirlo así, en las pinturas y relaciones que tenemos. Pero sea lo que fuere de tales conocimientos, lo seguro es que estaban encerrados en reducidísimo número de personas. No habia instruccion primaria: ninguna mencion hallamos de escuelas para el pobre pueblo, que vegetaba en la más profunda ignorancia. Era tambien que realmente no habia qué enseñarle: bastábale con saber trabajar y dar su sangre para los sacrificios.

Cuando llegaron los primeros misioneros españoles se encontraron con aquella gran masa de gente inculta, que en un dia era preciso convertir y civilizar. Hoy se cuenta dentro y fuera de casa, con grandísimo número de establecimientos y de profesores particulares para educar á los niños sucesivamente, conforme van llegando á edad proporcionada: entónces eran doce hombres para millones de niños y de adultos, que de concierto pedian luz, y luz que no podia negárseles, porque no se trataba únicamente de la cultura humana, que importantísima como es, no ocupa, empero, el primer lugar; sino de abrir los ojos á ciegos gentiles y hacerles tomar el camino recto para alcanzar la salvacion de sus almas. Grave parecia desde luego el caso, pero más lo era realmente, porque los nuevos maestros no habian oido jamas la lengua de los discípulos. Mas ¡qué no puede la caridad! Aquellos varones venerables se apoderan pronto de la lengua desconocida, y luego de otras y otras que van encontrando: comprenden ó más bien adivinan el carácter especial del pueblo, y á un tiempo le convierten, le instruyen y le amparan. Los primitivos misioneros y los que en pos de ellos vinieron no eran ciertamente hombres vulgares: casi todos tenian letras suficientes: muchos, como los padres Tecto, Gaona, Focher, Veracruz y otros habian brillado en cátedras y prelacías: los hubo de cuna nobilísima, y tres de ellos, los padres Gante, Witte y Daciano, sentian correr por sus venas sangre real. Todos renunciaron á las ventajas con que podia tentarlos su lucida carrera: todos olvidaron por el pronto su costosa ciencia, para darse á la primera enseñanza de los pobres y desvalidos indios. ¿Qué hinchado doctor, qué condecorado catedrático aceptaria hoy una escuela de primeras letras en una oscura aldea?

Los franciscanos iban levantando por todas partes templos al verdadero Dios, y al par de ellos escuelas para los niños. Dieron á sus principales conventos una traza particular: la iglesia de oriente á poniente, y formando escuadra con ella hácia el norte, la escuela con sus dormitorios y capilla. Venia á completar el cuadro de la fábrica un amplísimo patio que servia para enseñar la doctrina á los adultos, por la mañana, ántes del trabajo, y tambien para los hijos de los *macehuales* ó plebeyos que acudian á recibir la instruccion religiosa; pues el edificio de la escuela estaba reservado para los hijos de los nobles y señores; bien que esa distincion no se guardaba con todo rigor.

Hallaron á los principios los religiosos gran dificultad para congregar niños que poblasen aquellas escuelas, porque los indios no estaban todavía capaces de comprender la importancia de la nueva disciplina, y rehusaban dar sus hijos á los monasterios. Hubieron de acudir á la autoridad para que por su medio fuesen apremiados los señores y principales á enviar á sus hijos á las escuelas: primer ensayo de enseñanza obligatoria. Muchos de los señores, no queriendo entregarlos, ni osando tampoco desobedecer, apelaron al arbitrio de enviar en lugar de sus propios hijos, y como si fuesen ellos, otros muchachos, hijos de sus criados ó vasallos. Mas con el tiempo, advertida la ventaja que llevaban esos plebeyos á sus señores, merced á la educacion recibida, enviaban ya sus hijos á los monasterios, y áun instaban

para que fuesen admitidos. Los niños habitaban en los aposentos que para el efecto habia junto á las escuelas: algunos tan espaciosos, que bastaban para ochocientos ó mil. Los religiosos se dedicaron de preferencia á los niños, como más dóciles y aptos por su edad para aprender, y tuvieron en ellos unos auxiliares utilísimos. Pronto los emplearon como maestros. Los adultos, traidos de cada barrio por sus principales, venian á los patios, y permanecian allí durante las horas destinadas á la enseñanza, quedando despues libres para vacar á sus ocupaciones ordinarias. Repartidos en grupos, uno de los niños más instruidos daba á cada grupo la leccion aprendida del misionero.

En la naturaleza de las cosas estaba que la primera instruccion fuese la religiosa; mas como maestros y discípulos no podian todavía entenderse, tomaron los religiosos una determinacion extraña, cual fué la de enseñar á los indios las cuatro principales oraciones, Padre nuestro, Ave María, Credo y Salve, *en latin*, y así se encuentran en muchas *Doctrinas*. No alcanzo el motivo de tal determinacion. Completaban la enseñanza por medio de señas, y ya se deja entender que el fruto era muy poco ó ninguno. Deseosos de apresurar la instruccion, y comprendiendo que lo que entra por los ojos se graba con más facilidad en el espíritu, discurrieron luego hacer pintar en un lienzo los principales misterios de la fe. Fr. Jacobo de Tastera, frances, fué el primero, segun parece, que halló ese camino. No sabia la lengua; pero presentaba á los indios el lienzo, y hacia que uno de los más hábiles, y algo entendido ya en el castellano, fuese declarando á los otros el significado de las figuras. Siguieron los demas frailes su ejemplo, y el sistema continuó en uso mucho tiempo. Solian tambien colgar en las paredes de las escuelas los cuadros necesarios, y el misionero, conforme hacia las explicaciones doctrinales, iba señalando con una vara larga el cuadro correspondiente. Los indios, acostumbrados á las pinturas geroglíficas, las adoptaron para escribir catecismos y libros de rezo de su uso particular; pero variando las formas antiguas é intercalando á veces palabras escritas con caracteres europeos, de donde vino á resultar una nueva especie de escritura mixta, de que se conservan curiosas muestras, y hay en mi poder algunas. Del mismo medio se valian para apuntar sus pecados á fin de no olvidarlos al tiempo de acudir al tribunal de la penitencia. El uso de las figuras era tan agradable á los indios, que duró todo aquel siglo y parte del siguiente. En 1575 el Sr. Arzobispo Moya de Contreras remediaba con figuras la falta de bulas, que no habian llegado de España; y el conocido escritor franciscano Fr. Juan Bautista las hacia grabar, entrado el siglo XVII, para que se diesen á los indios al tiempo de enseñarles la doctrina.

Mas no tardaron los primeros religiosos en saber lo bastante de la lengua para entenderse con sus discípulos, y continuando el estudio llegaron á ser eminentes en ella. Tradujeron entónces la doctrina, con lo cual la enseñanza tomó nuevo y más fructuoso camino.

La distincion que los religiosos hacian entre nobles y *macehuales* no era hija de una preferencia injusta, sino muy fundada en razon. Conocian que los hijos de los pobres no tenian necesidad de saber mucho, pues no habian de regir la república, y sí la tenian de instruirse pronto en lo más necesario, para quedar libres y ayudar á sus padres en el trabajo con que ganaban penosamente el pan cuotidiano; al paso que los nobles no hacian falta en sus casas, y podian estar más de asiento en la escuela hasta alcanzar toda la instruccion que se requiere para desempeñar cargos públicos. Igual razon militaba y con más fuerza, para instruir brevemente á los adultos, á quienes apénas concedian tiempo para ello los españoles, que los apremiaban, con más codicia que conciencia, para que trabajasen en campos ó minas. Los religiosos distinguian tambien de ingenios (y ojalá que hoy se hiciese lo mismo), pues no querian perder su escaso tiempo en

dar instruccion superior á los discípulos que ya en la primera habian mostrado carecer de capacidad para más. Como en las niñas no mediaban iguales razones, no se hacia distincion de clases, sino que todas se enseñaban en comun, al principio en los patios, y luego en los asilos que se fundaron para ellas.

Dominaba entónces exclusivamente, como vamos viendo, la instruccion religiosa; pero si reflexionamos que en ella se comprendia el conocimiento de todos los deberes privados y sociales que bastan para asegurar al hombre la felicidad presente y futura, no echarémos tanto de ménos lo demas. En todo caso, los indios no carecieron de enseñanza en otros ramos de instruccion primaria. En 1524, á la llegada de los misioneros, no habia probablemente un solo indígena que supiese lo que eran letras, porque de seguro los soldados no se tomaron, si es que podian, el trabajo de enseñar á nadie. Algunos años pasaron ántes que los misioneros pudieran atender á ello, y sin embargo, en 1544 queria el Sr. Zumárraga que la Doctrina de Fr. Pedro de Córdoba se tradujese á la lengua de los indios, y esperaba que seria de mucho fruto, "pues hay tantos de ellos que saben leer." Diez ó doce años con tan pocos y ocupados maestros, son bien corto término para tal obra. De los rápidos adelantos de los indios en la escritura, en la música y áun en el idioma latino, nos dan expreso testimonio los autores contemporáneos.

Por más que todos los sepais, señores, no me perdonaríais que omitiese lo que hizo en favor de la instruccion de los indios el insigne lego flamenco Fr. Pedro de Gante, consanguíneó del Emperador Cárlos V. No fué fundador del colegio de San Juan de Letran, como generalmente se afirma, sino de la gran escuela de San Francisco de México, que rigió durante medio siglo. Hallábase edificada, segun costrumbre, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el Norte, y contigua á la famosa capilla de San José de Belem de Naturales: la mejor iglesia de México, inclusa la catedral antigua. Reunió allí nuestro lego hasta mil niños, á quienes daba educacion religiosa y civil. Añadió despues el estudio del latin, de la música y del canto, con lo que fué de grande utilidad á los religiosos, porque de allí salian músicos y cantores para todas las iglesias. No satisfecho con eso, reunió tambien adultos, con los que estableció una escuela de bellas artes y oficios. Proveia á las iglesias de imágenes de cincel ó de bulto; de ornamentos bordados, á veces con mezcla de obras de plumería, en que tanto se distinguian los indios; de cruces, de ciriales y de otros muchos objetos necesarios para el culto, no ménos que de operarios para la fábrica de las iglesias mismas, pues tenia en aquella casa pintores, escultores, talladores, canteros, carpinteros, bordadores, sastres, zapateros y otros oficiales. A todos atendia y de todos era maestro. Causan profunda admiracion los esfuerzos de aquel lego inmortal, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenia tantos años una magnífica iglesia, un hospital, y un gran establecimiento que era al mismo tiempo escuela de primeras letras, colegio de instruccion superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro, en fin, de civilizacion.

Nada omitian los misioneros para difundir entre los indígenas el conocimiento de la nueva religion. Considerando por una parte que aquel pueblo todavía somi-idólatra estaba habituado á las frecuentes solemnidades de su sangriento culto, y por otra que para los muchos que no sabian leer convenia una figura viva de los mistérios de la fé, instituyeron las representaciones sacras: primero dentro de los templos, luego en los atrios, y al fin en campo abierto, por no caber ya en edificio alguno la inmensa muchedumbre que acudia á presenciarlas. Aprovechaban entónces los indios la carrera de las procesiones para ostentar en ella sus variadas invenciones de enramadas, bosques artificiales, arcos de flores en in-

calculable número, altares, músicas y danzas. Curiosísimas son las relaciones de estas fiestas que nos han dejado los antiguos misioneros. La representacion solia verificarse en tablados; pero á veces se omitian por no ser posible fabricarlos tan extensos como el caso lo requeria. Las crónicas antiguas nos han conservado no solamente la noticia general de tales fiestas, sino que dan tambien relacion particular de varias de ellas; y aunque carecemos del texto de las piezas, se sabe lo bastante para comprender su argumento y estructura. Lo comun era representar pasajes de la Sagrada Escritura; pero á juzgar por los datos conocidos, no eran propiamente piezas dramáticas, sino que se reducian á poner en escena el hecho tal como se encontraba referido, si era real, ó como se suponia que debiera acaecer, si era supuesto: de estos fué la representacion de la conquista de Jerusalen por Cárlos V, hecha con gran pompa en Tlaxcala el año de 1452. Los actores, que á veces se contaban por millares, eran los indios mismos, y parece que no desempeñaban mal sus papeles. No era extraño en verdad para ellos tal oficio, porque en su gentilidad le usaban, haciendo farsas y entremeses á su modó. Parece que los frailes componian las piezas, ó tal vez las traducian y acomodaban á las circunstancias y á la capacidad de los oyentes. Fué famosa entre ellas el Auto del Juicio final, compuesto en lengua mexicana por el gran misionero Fr. Andrés de Olmos, y representado en la capilla de San José á presencia del virey Mendoza, del señor Obispo Zumárraga y de gran concurso de gente, así de México como de la comarca, que sacó, segun dicen, gran fruto de aquella representacion. Fr. Juan Bautista, el historiador Fr. Juan de Torquemada y áun los discípulos del colegio de Tlatelolco, compusieron tambien piezas de esta clase. Era tanta la aficion de los indios á ellas, que continuaron durante los siglos siguientes; y variada la forma, porque no eran ya habladas, sino mudas, llegaron hasta nuestros dias. Pero de toda aquella antigua literatura no nos queda más que un pequeño villancico castellano, conservado por el P. Motolinia.

El celo del buen obispo D. Fr. Juan de Zumárraga no se satisfacía con esta enseñanza puramente religiosa y elemental, por decirlo así. Aspiraba á cosas más altas en favor de los indios, y tomaba con tanto calor su instruccion, que escribia al Emperador: "La cosa en que mi pensamiento más se ocupa, y mi voluntad más se inclina y pelean con mis pocas fuerzas, es que en esta ciudad y en cada obispado haya un colegio de indios muchachos que aprendan gramática á lo menos, y un monasterio grande en que quepan mucho número de niñas hijas de indios." Llevó á efecto sin tardanza, por lo que á él tocaba, la primera parte de su buen deseo, y venciendo cuantos obstáculos se le presentaron, el 6 de Enero de 1536 logró abrir para indios el famoso colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, contiguo al convento que los franciscanos tenian en aquel lugar. Comenzóse la fundacion con sesenta estudiantes, cuyo número fué despues creciendo. Además de la religion y buenas costumbres, se enseñaba allí lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música, y medicina mexicana. Entre los profesores hubo hombres tan eminentes como Fr. Arnaldo de Basacio, francés: Fr. García de Cisneros, uno de los doce primeros y primer provincial de los franciscanos de México: Fr. Andrés de Olmos, insigne misionero polígloto, compañero del Sr. Zumárraga, muerto con fama de santidad: Fr. Juan de Gaona, alumno distinguido de la Universidad de Paris, tan humilde como sábio: Fr. Francisco de Bustamante, el mayor predicador de su tiempo: Fr. Juan Focher, francés, doctor en leyes por la Universidad de Paris, oráculo de nuestra primitiva Iglesia, y el venerable Fr. Bernardino de Sahagun, escritor insigne, padre de los indios, que gastó su vida entera en doctrinarlos. Con tales profesores, salieron discípulos aventajadísimos que no solo llegaron á ocupar cátedras en el colegio, sino que sirvieron tambien para ense-

ñar á religiosos jóvenes, supliendo la falta que habia de lectores, por hallarse los religiosos ancianos ocupados en el cuidado espiritual de los indios. Y como estos no se recibian entonces al hábito, dedúcese que los oyentes eran forzosamente españoles ó criollos, y que la raza indígena daba maestros á la conquistadora, sin despertar celos en ella. Hecho histórico lleno de meditacion. Los misioneros hallaron en aquel colegio maestros de lengua mexicana, que la enseñaban mejor por lo mismo que estaban instruidos en otras ciencias, al mismo tiempo que amanuenses y colaboradores utilísimos para sus obras, y aun cajistas, como Diego Adriano y Agustin de la Fuente, que las *compusieran*, con más correccion que los oficiales españoles. El Sr. Zumárraga habia traido la primera imprenta á Mexico, y antes de finalizar el siglo tenia la suya el colegio de Tlaltelolco. Aquella célebre casa pasó por muchas vicisitudes, como todas las cosas humanas, hasta desaparecer á principios del presente siglo.

He olvidado por un rato á las niñas indias, y es tiempo de dar una ojeada á lo que se hizo en su favor. Reunidas al principio en los patios, como los varones, se distribuían allí en grupos, y los niños más adelantados salian á explicarles la doctrina. Despues hubo niñas que desempeñaran ese oficio. Mas como se reconocieron los inconvenientes de tal sistema, los frailes fundaron casas en que rocogian doncellas y viudas, poniéndolas á cargo de alguna matróna española. Fué notable entre esas casas la de Texcoco. El Sr. Zumárraga fundó escuelas para niñas en ocho ó nueve pueblos de su diócesis; y desde 1530, á instancias suyas, envió la Emperatriz seis beatas que sirvieron de maestras. En 1534 trajo consigo de España el Sr. Obispo otras seis mujeres. La casa de asilo se fundó en el centro de la ciudad, conforme á las órdenes de la córte; cosa que desagradó á los indios, porque acostumbrados á criar sus hijas, sobre todo, las de principales, con gran severidad, no gustaban de que se viviesen sin clausura en medio del bullicio de la poblacion española. Así es que las daban con repugnancia y aprovechaban cualquiera ocasion para recogerlas. Las maestras, como no eran religiosas, dejaban con facilidad el empleo, atraidas por mejores partidos que les ofrecían en las casas de los españoles. El Sr. Obispo hizo grandes esfuerzos para sostener el establecimiento; mas no pudo impedir que desapareciera á los diez años de fundado.

Dolido de ver que las niñas se criaran sin educacion, y aun fueran objeto de infame tráfico para sus padres, solicitó del Emperador, en union de los demás obispos, que en un lugar retirado, y con la competente clausura, se fundara un convento de monjas que se encargasen de la enseñanza de las niñas indígeuas. Ofrecia liberalmente sus pocos recursos para ayudar á la fundacion; mas el Emperador no tuvo por conveniente permitirla. Ya no habia tanta necesidad de cuidar de las niñas como al principio, porque convertidos sus padres, eran enseñadas en sus propias casas. Las que salieron de los colegios antiguos sirvieron para enseñar á otras, con la ventaja de hablar la misma lengua, cosa que no acontecia con las maestras que venian de Castilla, Sus conocimientos no eran á la verdad muy extensos: algunas sabian leer, pero en general no pasaban de doctrina y labores de mano, porque "no se enseñaban más de para ser casadas, y que supiesen coser y labrar," dice uno de los misioneros. Pero salian devotas y bien adornadas de virtudes domésticas. No debe extrañarse que fuera tan limitada aquella educacion, porque así era en todas partes la que generalmente se daba á la mujer, entonces y mucho despues. Algunos de los que me escuchan habrán conocido, en sus verdes años, señoras nobles, modelo de matronas cristianas que no habian recibido lo que hoy se entiende por educacion esmerada; pero que con su natural talento y el ejemplo de sus virtudes sabian formar hombres honrados y sujetos beneméritos de la religion y de la patria.

Por grandes que nos parezcan los trabajos de los misioneros en favor de la instruccion de los indios, no podremos apreciarlos en su justo valor, si no tomamos en consideracion las circunstancias de que iban acompañados. Tarea es la enseñanza que para su buen desempeño exige todo el tiempo y toda la atencion del que á ella se dedica, y aquellos apóstoles de nuestro suelo, no podian tomarla sino como una ocupacion de las muchas que pesaban sobre ellos. Al mismo tiempo que regian las escuelas tenian que atender de preferencia á los deberes de su ministerio: extirpar la idolatría, decir misa, rezar el oficio divino, predicar, catequizar, bautizar inmenso número de niños y adultos, confesar, casar, asistir á los enfermos, enterrar á los difuntos, y para todo, recorrer á pié largas distancias. Difícil casi imposible se hace comprender cómo esos hombres podian soportar tales fatigas. Verdad es que con la diferencia del hábito religioso, pertenecian á la misma raza de hierro que los conquistadores; pero ¿cómo hallar tiempo para tanto? Negándole al descanso. Y todavía si hubieran encontrado, no elogios que no pedian ni habian menester, sino apoyo siquiera en los demás, su tarea habria sido ménos penosa; pero eran muchos los seglares; clérigos y religiosos, ya de la propia órden franciscana, ya de las otras, que se oponian tenazmente á que los indios aprendieran más de lo preciso para salvarse, y censuraban á quienes les daban instruccion mayor, acusando á los buenos padres de que ponian materias peligrosas al alcance de gente tan incapaz como los indios, de donde por fuerza habian de resultar errores en la fé y daños para la sociedad. Lo particular del caso es que esos opositores son los que, sin quererlo, nos han dejado la mejor prueba del fruto que obtenian los religiosos, pues al ponderar los peligros de instruir á los indios, refieren candorosamente lo mucho que habian adelantado. Los primitivos misioneros que conocian á fondo el carácter de los indios, sostenian con ardor la opinion contraria y la hicieron triunfar; pero de todos modos, semejantes contradicciones retardaron y disminuyeron el progreso de tan buena obra.

Aquí, señores, no puedo ménos de permitirme una breve digresion que yo mismo juzgo ajena de este lugar, porque más tiene de histórico que de literario. Sírvame de excusa la importancia de ella. ¿Como es (han dicho algunos) que si entónces se cuidaba tanto de ilustrar á los indios; cómo es que habiéndose puesto los medios para levantarlos física y moralmente, nunca salieron ni salen todavía de su ignorancia y abatimiento? Para explicar esta aparente contradiccion, consideremos el desarrollo de la nueva sociedad que se formaba, y hallarémos que apartadas enteramente al principio las dos razas que aquí habitaban conjuntamente, no tardaron en mezclarse. A semejanza de lo que sucede á menudo en las conquistas, cuando hay gran diferencia entre la ilustracion de vencedores y de vencidos, la gente principal, la parte alta del pueblo indígena, que comprendió más pronto la superioridad intelectual de los conquistadores, buscó desde luego su alianza, adoptó su idioma, remedó sus costumbres, tuvo á gloria "tratarse como los castellanos" y llegó á ver con desprecio á los individuos de su propia raza que se mantenian apegados al antiguo modo de vivir. Las alianzas, legítimas ó reprobadas, de los españoles con esa parte del pueblo mexicano, noble por sí é ilustrada con la enseñanza europea, produjeron el natural resultado de crear una nueva raza, la mestiza, tan abatida al principio, tan poderosa despues, que despreciaba y hasta tiranizaba á los indios. De estos quedó nada más el sedimiento del pueblo bajo é ignorante que existe en todas la naciones, aun en aquellas que alcanzan hoy el mayor grado de cultura. La rápida decadencia de las órdenes religiosas trajo un desmayo correspondiente en la instruccion de que ellas estaban encargadas: los curas seculares que fueron reemplazando á los antiguos doctrineros, si bien conservaron muchas escuelas en sus parroquias, no eran ya los

hombres de ántes, y la obra quedó incompleta, como quedó el grandioso edificio de la colonizacion española en América.

Buscan otros el fruto inmediato de aquella instruccion de los misioneros, y como no le ven claro, deducen que fué ninguno. ¿Dónde están, preguntan, los hombres superiores que salieron de esas escuelas y colegios? Tales hombres no abundan en parte alguna, y si aparecen, es cuando el nivel general de la ilustracion ha subido ya á cierto punto. En un pueblo numeroso y que casi nada sabia, eran necesarios grandes esfuerzos para levantar ese nivel; y ántes que á tanto se llegara, comenzó la raza á desleirse y confundirse con la otra. Mas no fueron tampoco pequeños los resultados obtenidos. Grandísimo número de individuos adquirieron conocimientos de que ántes carecian, y se pusieron en aptitud de comunicarlos á otros. Del colegio de Tlaltelolco salieron alcaldes y gobernadores para los pueblos de su propia gente, y maestros para los indios y para los jóvenes españoles ó criollos, que quizá de aquellos indígenas recibieron la primera direccion que luego los condujo á puestos eminentes en la Iglesia. Esos mismos maestros ayudaron poderosamente á crear una parte tan principal de nuestra literatura, como son los admirables trabajos filológicos de los misioneros. ¿Y quién se atreverá á asegurar que la historia nos ha conservado la noticia de todo lo que entónces se hizo y se escribió?

La licencia propia de la vida militar y la falta de mujeres españolas, produjeron, ya lo dijimos, á los pocos años de la conquista, una multitud de *mestizos*, hijos del vicio por la mayor parte. Sus padres los abandonaban, y como las madres, por su extremada pobreza, no podian criarlos, á veces los mataban, ó por lo ménos los dejaban andar "perdidos entre los indios, y muchos de ellos, por mal recaudo se mueren y los sacrifican," como dice una real cédula. El mal creció tanto, que el gobierno dispuso, en esa misma cédula (1553), que los mestizos se recogieran en lugares á propósito, juntamente con las madres, y que si los padres eran conocidos, fuesen obligados á recojer y sustentar á sus hijos. La órden se repitió varias veces, y el virey Mendoza la ejecutó al fin, fundando el colegio de San Juan de Letran. Tenian los franciscanos frente á su convento, un hospital para niños indios, y el virey tomó aquella casa para el colegio, ofreciendo proporcionar otra á que se trasladase el hospital, lo cual parece que no llegó á cumplir. En el colegio, además de los mestizos abandonados, se recogieron otros que sus padres ponian allí "á aprender la doctrina cristiana, y á leer y escribir y á tomar buenas costumbres." El rey le señaló rentas, aunque no muy largas, y le dió constituciones. No se reducia á ser asilo y escuela para aquellos niños, sino que se esperaba que los profesores formados en él salieran á fundar otros colegios semejantes en la Nueva España, dándosele así el carácter de escuela normal. Tres teólogos, electos por el rey, dirigian el colegio, y uno de ellos, por turno anual, hacia de rector; los otros dos de conciliarios. Uno de éstos debia ser profesor de la escuela, y enseñar al pueblo la doctrina en ciertos dias, con ayuda de los colegiales más adelantados: el otro conciliario tenia por obligacion enseñar gramática latina, por medio de tres profesores ó alumnos entendidos, y debia llevar algunos de los más adelantados á la Universidad (las ordenanzas son posteriores á la fundacion de ésta) para que siguiesen allí los cursos establecidos. Era, por último, obligacion de los tres teólogos directores, traducir de idiomas indígenas, y formar gramáticas y diccionarios de ellos; mas no se halla libro de esa clase salido de aquel colegio.

Siguiendo el sistema adoptado por los religiosos para los indios, los colegiales de Letran se dividian en dos clases. Los que no manifestaban capacidad para las ciencias, eran destinados á aprender oficio y primeras letras en el mismo colegio, donde podian permanecer hasta tres años: los de ingenio suficiente, á razon de seis por año, escogidos entre

los más hábiles y virtuosos, seguian la carrera de las letras durante seis años. El colegio, despues de pasar por muchas visicitudes, vino ál desaparecer en nuestros dias, como casi todas aquellas antiguas fundaciones.

Hubo tambien asilo para las niñas mestizas: las cuales, por razon de su sexo, pedian mayor cuidado aun que los varones. D. Antonio de Mendoza fué igualmente fundador de esa casa, y la puso á cargo del benéfico oidor Tejada. Cervántes Salazar, en sus *Diálogos*, escritos en 1554, nos habla ya de ella, y dice que las niñas "sujetas allí á la mayor vigilancia, aprenden artes mujeriles, como coser y bordar, instruyéndose al mismo tiempo en la religion cristiana, y se casan cuando llegan á la edad competente." Parece que el asilo servia asimismo para las de raza española "que andaban perdidas por la tierra," las cuales "se recogieron, y pusieron con ellas una ó dos mujeres virtuosas, para que las enseñasen en todas las cosas de virtudes necesarias." Así lo dice una real cédula; y se ve que mestizas y españolas eran educadas, lo mismo que las indias, para mujeres casadas y madres de familia. El asilo sufria muchas escaseces, porque sólo se sostenia de limosnas, hasta que el rey le señaló alguna renta, y mandó que, como lo habia hecho el virey Mendoza, se continuara favoreciendo, con dinero ó empleos, á los que quisieran casarse con alguna de aquellas niñas. Dónde se fundó esa casa; si fué principio de la que despues y hasta hace poco se conoció con el nombre de *Colegio de Niñas*, ó siguió camino separado hasta desaparecer, son puntos históricos bastante oscuros que aquí no nos toca dilucidar.

El tiempo trajo todavía una tercera raza: la de *criollos* ó españoles puros, nacidos en esta tierra. Los españoles adultos llegaban ya educados, ó no se curaban de ello sino cuando trataban de abrazar la vida religiosa, y en tal caso encontraban maestros en los conventos; pero los niños, que no contaban con ese recurso, quedaban sin educacion. La marcada division que existia entónces entre las dos razas, impedia que esos niños fuesen á escuchar lecciones, mezclados con los indios ó mestizos. Como la necesidad era notoria, pronto hubo maestros españoles que se dedicasen, por estipendio y en escuelas particulares, á la enseñanza de las primeras letras. En los libros de Actas del Ayuntamiento se hace mencion de varias escuelas para "mostrar á los muchachos á leer y escrebir;" y por cierto que alguna vez se tomaron providencias para que los maestros no se marchasen con la paga, sin cumplir con las lecciones. El rey, segun el cronista Gonzalez Dávila, nombró desde 1536 al Br. Gonzalez Vazquez de Valverde para que enseñase gramática en México, con sueldo de cincuenta pesos anuales. Las historias hacen mencion de otro bachiller, Diego Diaz, que por los años de 1550 daba tambien lecciones de gramática: el Dr. Cervántes Salazar comenzó aquí su carrera dedicándose á la enseñanza privada, y lo mismo hicieron otros literatos.

Los franciscanos tenian en sus conventos cátedras de materias eclesiásticas; pero los agustinos fueron los primeros que establecieron casas de estudios en forma, adonde acudian los españoles y criollos que deseaban abrazar el instituto ó habian entrado ya en él. La más antigua fué la de Tiripitío, fundada en 1540 y trasladada despues á Atotonilco. El P. Fr. Alonso de la Veracruz fundó en 1575 el gran colegio de S. Pablo, de que en su lugar hablaré.

Habia ya, pues, á los veinticinco años de ganada la gran ciudad de México, lugares de enseñanza y asilo para indios y mestizos de uno ú otro sexo, y no faltaba quien se dedicase á la educacion de los criollos. Seguian hasta entónces las tres razas caminos separados. Pero como en aquellas escuelas, salvo alguna excepcion en la de Tlaltelolco, no se daba cabida á estudios superiores, era notoria la falta de un establecimiento que proveyera á esa necesidad, y abria nuevas sendas á la numerosa juventud que se habia ido formando en las escuelas. Era tanto el deseo

de saber, y tantos los jóvenes que pasaban á España para completar allí su educacion, que la tierra se despoblaba, segun afirmaron los religiosos dominicos en carta al rey. Pero tal recurso sólo estaba al alcance de familias acomodadas, y era preciso formar en la tierra letrados, "porque habiendo de venir todo de España, era violento y no durable." General era el deseo de tener aquí casa de estudios, y por eso la ciudad pidió al rey, que se fundase "una Universidad de todas ciencias, donde los *naturales* y los hijos de los españoles fueran industriados en las cosas de la santa fe católica y en las demas facultades." Nótase que ya se aceptaba, en pié de perfecta igualdad, la reunion de indios y españoles, y que no se habla de los mestizos, quienes eran considerados como inferiores á los indios. Miéntras la peticion era despachada en la corte, el virey Mendoza, á instancias tambien de la ciudad, señaló maestros que diesen lecciones de las ciencias más estimadas entónces, animándolos con la esperanza de que se habia de crear Universidad con todas sus cátedras, y cediendo para principio de la fundacion unas estancias suyas. Por desgracia no ha quedado memoria de los nombres de los profesores, ni de las materias que enseñaban, ni de la época y lugar en que comenzaron las lecciones. Como la fundacion de la Universidad se llevó á efecto cuando Mendoza habia dejado ya el gobierno, muchos le han defraudado la gloria que legítimamente le corresponde por haber hecho los cimientos y puesto los medios para alcanzar el fin. Si algun dia se escribe la historia de la civilizacion en México, pocos nombres habrá en ella que brillen tanto como el de su primer virey.

(*Continuará.*)

Al Sagrado Corazon de Jesus.

ODA.

Rica fuente de amores,
Manantial de consuelo y esperanza,
De finos amadores
Cumplida bienandanza,
Del pecador aliento y confianza;

Tú de la sangre fuiste
Del Cordero de Dios urna sagrada,
Y bullir la sentiste
En tu seno inflamada
Por verse en mi rescate derramada.

De su saber la alteza
El Padre puso en tí con larga mano,
Y toda la riqueza
De su amor soberano,
Gloria y delicia del linaje humano.

La copiosa vena
De tu virtud benéfica y profunda
Desciende á tí serena,
Y tus senos inunda,
Y en mil prodigios de bondad fecunda.

Sola una vez probaste
Para el castigo tu poder robusto
Y severo arrojaste
Con el azote justo
Al torpe mercader del templo augusto.

Más ¿quién, Señor, podria
Numerar los magníficos portentos,
Con que tu amor solía
Encadenar los vientos
Y serenar turbados elementos,

Sustento generoso
Dar á míseras turbas condolido,
Al ciego y al leproso
Su remedio cumplido,
Y de Satán al triste poseido.

¡Qué de amargos dolores,
Qué de miserias á tu voz huyeron!
Torrentes de favores
En Israel corrieron,
Y al envidioso abismo entristecieron.

Marta doliente, dínos,
Refiérenos, María generosa,
Los suspiros divinos,
La angustia dolorosa
Del Señor de la vida ante esa fosa.

Lázaro descansaba,
Presa ya corrumpida de la muerte;
Pero Jesus le amaba....
Y el Hijo del Dios Fuerte
Lágrimas tiernas por su amigo vierte;

Y con voz que la esfera
Un dia enlutará del sol naciente,
"Lázaro, ven afuera,"
Grita el Omnipotente,
Y Lázaro á sus piés vuela obediente

Pero ¡cuán extremada
Le ostenta la virtud irresistible
De tu alma enamorada,
En curar la invisible,
Torpe gangrena del pecado horrible!
Por ella, de Zaqueo
El ruin afán de lucro miserable,
Ya convertido veo
En codicia envidiable
De la sola riqueza inagotable.
Canta, Samaritana,
Celebra en himno eterno tu ventura:
A su voz soberana
Rendida el alma impura,
Sed tuviste de amor que siempre dura.
De asquerosos amores
Vil morada tu pecho, Magdalena,
A tus fieros señores
Atada en vil cadena,
Rodando vas á inacabable pena.
Mas no, que en tu camino
Jesus te encontrará. Sus castos ojos
Con amor peregrino
Te miran, y de hinojos
A sus plantas caistes por despojos.
Treyendo á su victoria,
Tu grande corazon, despedazado
Por la amarga memoria
De tu Dios ultrajado,
Y en ansias de ser suyo dilatado,
Del celestial rocío
Que baña tus entrañas abundoso,
Devuelves largo rio,
Que refresca amoroso
Los piés del que aun se digna ser tu es-(poso.)
El tus lágrimas paga
Dándote que acompañes á María,
Cuando terrible daga,
Cantada en profecía,
Implacable taladre su alma impía;
Y logres en el huerto,
Cuando vayas solícita á buscarle,
Junto al sepulcro abierto,
No cadáver honrarle,
Mas anegado en gloria contemplarle.
¿Y así mi Dios, regalas
A quien cifró su dicha en ofenderte!
¿Y de esposa en las galas,
Un gemido convierte
Del corazon, los paños de la muerte!
Yo tambien olvidado
Largos años de tí, y á tu enemigo.
Con toda el alma dado,
Tus riquezas prodigo,
Y á tormentos sin términos me obligo.
Y mientras yo durmiendo
Sueño de muerte, á perdicion robada,
Tu corazon, gimiendo
En mi guarda velaba,
Y por salvarme á mi pesar luchaba,
¿Quién te va á tí, Rey mio,
En que este desgraciado viva ó muera?
Tu inmenso poderío,
Tu gloria simpre entera,
Para brillar mi rendimiento espera?
Henciste, dulce hermano,
Del fondo del abismo me sacaste,
Y con tu propia mano
Mis heridas curaste,
Y de tus ricas galas me adornaste.
Luego, á tu mesa puesto,
Como tus fieles hijos regalado,
Por tus manos dispuesto,
Gusté rico bocado,
En que te das á mi alma recatado.
Morada de sosiego,
Trono de santidad, fuente de vida.
En amoroso fuego
Haz que mi alma encendida,
Respire sin cesar contigo unida.
1881.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

LA MULATA DE CÓRDOBA

Y LA HISTORIA DE UN PESO.

I.

Hallábase presa hará muchos años en cárceles del Santo Oficio, segun cuenta el vulgo, una famosa hechicera (llamada la mulata de Córdoba) traida á buen recaudo desde la villa de este nombre á México. Seguramente aquel sitio no debió parecer un albergue de delicias á la nueva Medea, pues á poco de estar en él determinó trasponerse. Mas como de suyo era persona comedida y atenta (los que conocen de trato á los brujos aseguran que no todos tienen estas buenas partidas), quiso, ántes de salir del hospedaje, dar aviso á los señores de casa. Para esto resolvió aprovechar la primera ocasion en que viniese alguno de ellos á su calabozo

—Señor alcaide, ¿que le falta á ese navío? dijo un dia la bruja al honrado cancerbero de aquellas cárceles, señalándole un buquecillo que con carbon habia dibujado en la pared.

—Mala mujer, contestó el gravedoso guardian, si supieras cuidar tu pobre alma como sabes hacer otras cosas, no darias en que entender al Santo Oficio. A ese barco solo le falta que ande.

—Pues si vd. lo quiere, dijo la encantadora, él andará.

—¡Cómo! replicó sorprendido el alcaide.

—Así, dijo la hechicera, y diciendo y haciendo, de un salto entróse en el navío, el cual, ¡oh portentos de la brujería! tan presto y fugaz como una vision, desapareció con la pasajera, de los ojos del atónito ministril.

Nada volvió á saberse de ella por algun tiempo en México; mas al fin hubo noticia de que en su buque lineal habia atravesado todo el Pacífico y pocas horas de su salida de México estaba en Manila: cierto que la mujer caminaba aprisa.

Los demonógrafos mexicanos no habian logrado despues de esa época rastrear el paradero de la bruja: su expedicion á las Filipinas era lo último que de ella se sabia, y esta fiel y peregrina historia, habia quedado incompleta. Afortunadamente podemos ahora ministrarles materia para agregar un capítulo á su biografía, y quizá no será el ménos curioso que en ella se lea.

Es, pues, el caso, que la hechicera de Córdoba vivia hace pocos años, y sin duda vive aún al presente. No se espeluce alguno de nuestros lectores al saber esto, temiendo vaya á aparecérsele la noche ménos esperada alguna espantable vision de bruja con ojos encendidos como fuego, aletas rugosas de murciélago, á horcajadas en una sierpe, y que se éntre por la chimenea de la cocina para hacer en casa malignos desaguisados. No, la maga de Córdoba no es de esa perversa ralea de estantiguas, ni hay noticia histórica ó tradicional de que haya causado espanto á ningun cristiano, salvo el alcaide de la Inquisicion. Procura hacer siempre sus prodigios sin daño ni menoscabo de tercero.

Lo que acerca de ella hemos podido adelantar ahora, se reduce á una breve conversacion que tuvo hace poco en cierto lugar de la República, y á una descomunal aunque inocente brujería que despachó allí en un santiamen delante de una persona con quien hablaba. Tenia ésta un peso fuerte en la mano, y se dejó decir: ¿Por cuántos dueños habrá pasado este peso?—No me costaria trabajo adivinarlo, dijo la Cordobesa, y áun hacer que el mismo peso nos lo dijera. ¿Quieres que ponga manos á la obra?

—Por Dios, que seria cosa de ver, le contestó su interlocutor, que un peso hablara y que compusiera él mismo su historia.

—Pues lo verás al momento.—La maga tomó el peso, pronunció sobre de él ciertas palabras cabalísticas, y como si éstas le hubiesen introducido algun mal espíritu, pues la mágia blanca no alcanza á tamaño prodigio, el peso se soltó hablando.

—Yo te ordeno, por la virtud que tengo, dijo la hechicera, que refieras cuanto te ha pasado desde que fuiste acuñado en la casa de moneda.

—Obedezco, contestó una voz que salia de dentro del peso, algo parecida, segun dicen, á la que oyó el estudiante D. Cleofas Perez Zambullo la noche que sacó al pobre diablo cojuelo de la redoma en que le tenia enjaulado un mal bicho de químico en Madrid; obedezco: alguna vez he tenido ya que hacerlo con los hijos de Adan, y á fé que me será más grato mostrar mi respeto á las bellas hijas de su consorte. Vdes. van á oir la historia de este peso, que ahora es una misma cosa conmigo, como lo son no pocas veces los pesos y los diablos. Atencion, pues: ya comienzo.

Lucido y flamante, objeto de universal codicia y del tierno cariño de cuantos me veian, salí de la Casa de Moneda de México, víspera de Navidad, y fuí llevado en compañía de novecientos noventa y nueve hermanos mios á la morada de nuestro primer dueño, mi-

nero rico. No parecia sino que á éste le era perjudicial ó vergonzoso tener consigo á nuestra familia, segun la prisa que se dió en echarnos fuera. Sin hacer alto en su casa más que un breve rato, yo me ví trocado aquel mismo dia por confituras y golosinas de las de Noche Buena. Aunque gusté grandemente á mi nueva ama, que era una pobre mujer, no pudo sin embargo resistir á la fuerte comezon que le causé en las manos y luego al momento me soltó en una tienda de ropa. De ella pasé á un almacen, cuyo dueño me depositó en una ponderosa arca de fierro, al cerrarse la cual oí cerrar sobre mí cien pasadores del mismo metal, y temí quedar allí sepultado para toda la eternidad.

No fué, sin embargo, de esa manera, porque andando dias se me trocó por una letra al descuento (mi amo era igualmente diestro en contar y descontar); la cual letra debia conducir á casa dentro de cierto término un mayor número de deudos mios. Este almacenista no se parecia al minero, pues nos profesaba el más cordial afecto y se creia muy honrado de tenernos en su compañía.

El de la letra descontada tuvo que hacerme pasar, bien contra su voluntad, á poder de un médico que, por cierto homicidio cometido en casa de la persona de un malhadado enfermo, obligó á mi amo á pagarle una fuerte suma de pesos. Entre ellos iba yo, pecador de mí; y pocas veces en el discurso de mi vida me he creido tan estafado como entónces, pues realmente fuí precio de humana sangre.

El discípulo de Galeno me entregó á un quidam, y éste á un tercero, quien me llevó á cierta casa, donde ví lo que hasta entónces no habia visto; una buena porcion de gentes ocupadas sériamente en una labor que á vueltas de perniciosa tenia no poco de extravagante.

Acá gana una *judía*,
Allí las sotas *se dán*,
Piérdese un buen *ganarán*,
O quiebra *contra judía*.
Allí sin soga *se amarra*,
Se apunta sin escopeta,
Sin necesidad *se aprieta*,
Se mata sin cimitarra,
Tambien *se entierra* sin ser
Doctor ni sepulturero,
Y en fin, se pierde el dinero
Sin oir, sin hablar, sin ver.

(¿Dónde habria leido este erudito diablo la *Indulgencia para todos?* Pero sigamos oyéndole, que áun le queda no poco que contar.)

(Continuará.)

LA INSTRUCCION PUBLICA
EN MÉXICO
DURANTE EL SIGLO DÉCIMO SEXTO.

Discurso leido por el SR. D. JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA, *ántes Secretario y actualmente Director de la Academia mexicana, correspondiente de la Real Española, en las juntas celebradas los dias 6 de Junio, 20 del mismo y 4 de Julio de 1882.*

(CONTINÚA.)

Al cabo, en 21 de Setiembre de 1551, despachó el príncipe que despues fué Felipe II, la real cédula en que ordena la creacion de la Universidad de México; y al virey D. Luis de Velasco, sucesor de Mendoza, cupo la satisfaccion de ejecutarla. Verificóse la solemne fiesta el 25 de Enero de 1553. Inmediatamente se abrieron las cátedras, pero no á un tiempo, sino una en pos de otra; porque para honrar las letras, el virey y Audiencia quisieron asistir á la primera leccion de cada clase. No fué preciso traer de España maestros que ocupasen las cátedras, pues aquí se hallaron todos. Los oidores Rodrigo de Quesada y Santillana obtuvieron los cargos de rector y de maestrescuelas: la cátedra de Teología Fr. Pedro de Peña, dominico, despues obispo de Quito, reemplazado á poco por el omniscio D. Juan Negrete maestro en Artes por la Universidad de Paris y arcediano de la Metropolitana; el insigne agustino Fr. Alonso de la Veracruz obtuvo la de Escritura Sagrada y despues la de Teología Escolást

ca; el Dr. Morones, fiscal de la Audiencia, ocupó la de Cánones; el Dr. Melgarejo desempeñó poco tiempo la de Decreto y le sucedió el Dr. Arévalo Sedeño, que vino de provisor con el Sr. Montúfar; la de Instituta y Leyes se dió al Dr. Frias de Albornoz, discípulo del gran jurisconsulto D. Diego de Covarrúbias; en la de Artes enseñó el presbítero Juan García, canónigo; el Dr. Cervantes Salazar entró en la de Retórica, y en la de Gramática fué colocado el Br. Blas de Bustamante, incansable institutor de la juventud. Despues se fundaron otras, entre ellas las de Medicina y de idiomas mexicano y otomí. Casi todos los primeros catedráticos eran sujetos distinguidos por su carrera literaria, y los puestos que ocupaban. De su suficiencia no puede dudarse, con solo ver entre ellos nombres como el de Fr. Alonso de la Veracruz.

Abiertas las puertas de la Universidad, entró por ellas gran número de jóvenes que aguardaban con impaciencia el momento de comenzar ó proseguir sus estudios. Así lo testifica Cervantes Salazar en la descripcion que hizo del establecimiento el año siguiente al de la fundacion. Pronto comenzaron los ejercicios literarios, y era de ver el ardor con que los alumnos se empeñaban en las disputas escolásticas, á que solamente la noche ponia término, como Cervantes dice. Los doctores que existian ya en México se apresuraron á incorporarse en la Universidad, entre ellos el Sr. Arzobispo Montúfar. Nada se omitió para aumentar el lustre de la nueva escuela, pues se le dieron los privilegios de la de Salamanca, y el título de Real y Pontificia. De ella salieron muchos discípulos para maestros, ó para ocupar altos puestos en la Iglesia y en el Estado. Fué realmente, como se propusieron los promovedores de la fundacion, un semillero de letrados que en gran parte evitó la necesidad de traerlos de España, y áun fueron algunos á lucir allá la educacion que habian recibido en las escuelas de México.

El año de 1572 es notable en los anales de la Instruccion Pública, por la llegada de los primeros jesuitas el dia 28 de Setiembre. Sus principios fueron bien humildes, y pasaron algun tiempo con pobre iglesia y casa. Establecidos casi fuera de la ciudad, en unos malos aposentos de un gran corral que les cedió el opulento y áspero D. Alonso de Villaseca, comenzaron á mejorarlos poco á poco con las limosnas que les hacian sus devotos. Los indios de Tacuba les edificaron su primera iglesia, techada de paja. No tenian ornamentos más que para un sacerdote, y celebraban el Santo Sacrificio con cáliz y patena de estaño. Comenzaron sus trabajos por el de la predicacion, en que sobresalió el P. Diego López, y por la enseñanza de la doctrina á los niños. Los vecinos y las monjas de la Concepcion los socorrian en sus necesidades. Estando así, el Dr. D. Francisco Rodriguez Santos, tesorero de la Iglesia Metropolitana, se presentó al Padre Provincial Pedro Sanchez, pidiendo entrar en la Compañía, á la que ofrecia todos sus bienes. El P. Sanchez le disuadió de su empeño, y no aceptó la donacion, ántes le aconsejó que llevase á cabo el proyecto que ya tenia formado de fundar con esos bienes un colegio de estudios mayores para jóvenes aprovechados, pero pobres. Siguió el tesorero aquel consejo, y verificó la fundacion, en sus propias casas, el 1º de Noviembre de 1573. Tal fué el orígen del colegio de Santa María de Todos Santos. Dotó el fundador diez becas, destinadas á jóvenes distinguidos que habiendo concluido sus estudios con lucimiento, no podian perfeccionarlos por falta de medios; y si no entraban prematuramente en sus respectivas carreras, se veian reducidos á extrema necesidad. En el colegio hallaban asilo y subsistencia, con lo que, libres de esos cuidados, se dedicaban, como las constituciones lo exigian, á profundizar el estudio y probar sus adelantos en ejercicios literarios. El año de 1700 obtuvo ese colegio el título y privilegios de Mayor, y de él salieron siempre personas muy distinguidas, hasta que fué suprimido en 1843.

Miéntras el P. Sanchez iba prosi-

guiendo la fábrica de su colegio, proyectó fundar primero un seminario, pues la iglesia aun no le tenia, y habiendo predicado un sermon en que ponderó la necesidad del establecimiento, varios vecinos ricos, movidos por aquel discurso, se reunieron y dotaron ocho becas, á cien pesos de oro de renta cada una, con las cuales se fundó el colegio el 1º de Enero de 1573, bajo el título de San Pedro y San Pablo. No quedó entónces á cargo de la Compañía, sino que los patronos nombraron el primer rector, que fué el Lic. Jerónimo López Ponce, sacerdote secular; mas como se suscitaron disturbios, cosa natural por ser muchos los patronos, los jesuitas, á ruegos del cabildo, se encargaron de la direccion, la dejaron despues, y volvieron á tomarla. No siendo bastante este colegio para recibir á los muchos estudiantes, así de plazas dotadas, que subieron á treinta, como de paga que pretendian la entrada, se fundaron despues, en 1575 y 76, los pequeños seminarios de S. Miguel S. Bernardo y S. Gregorio. Ignoro en qué lugar estuvieron situados. Todos vinieron á quedar bajo la direccion de los jesuitas, y se refundieron al cabo en el de San Ildefonso.

Era entónces general, á lo que se ve, el empeño de multiplicar las casas de estudio. El P. Veracruz, lumbrera de aquel siglo, creó por sí solo en 1575 el gran colegio de San Pablo para su órden agustiniana. Sin más recursos que las limosnas, compró casas y solares, arregló el primer edificio, formó las constituciones, y reunió una selecta librería, poniendo por principio de ella sesenta cajones de libros que trajo de España, á los cuales fué añadiendo todos los que venian á su noticia y no se hallaban en la biblioteca. Reunió además en ella una coleccion de globos, mapas é instrumentos científicos. No fué esta la única biblioteca que se debió á Fr. Alonso: formó igualmente las de los conventos de México, Tiripitío y Tacámbaro, y dicen que habia leido y anotado la mayor parte de los libros de ellas.

Sin duda que tales fundaciones debian mortificar un poco al P. Sanchez, que no conseguia lo bastante para acabar la fábrica del colegio Máximo, y mucho ménos el capital que asegurase su permanencia. Para no perder tiempo y contando ya con más de trescientos colegiales, se resolvió á abrir los estudios menores el 18 de Octubre de 1574. Se inauguraron con una oracion latina, en presencia del Virrey, Audiencia, Universidad, Cabildos, Religiones y ciudadanos, en tanto número, que no cabian en la iglesia. Los Padres Juan Sanchez y Pedro Mercado fueron los primeros maestros, y como este último era mexicano, el nombramiento causó mucha satisfaccion en la ciudad. El notable aprovechamiento de los discípulos, que á la edad de doce y catorce años "componian y recitaban en público piezas latinas de muy bello gusto en prosa y verso," obligó á abrir los estudios mayores ántes de lo que se pensaba, y en efecto, el 19 de Octubre de 1575 comenzó el primer curso de filosofía que dió el P. Pedro López de Parra. No es de callarse aquí la señalada honra que el Sr. Arzobispo Moya hizo á la Compañía, con rogar al P. Sanchez que diese en el propio palacio de Su Ilustrísima, un curso de teología moral para que le oyese todo el clero.

D. Alonso de Villaseca, sin resolverse todavía á hacer la fundacion en forma, no escaseaba sus limosnas, con las cuales y las de otros vecinos se continuaba la obra. Al cabo, despues de muchas repulsas agrias, é infinitas vacilaciones, el 29 de Agosto de 1576 otorgó la deseada escritura de donacion de cuarenta mil pesos para fundar el colegio Máximo, con el mismo título de San Pedro y San Pablo que tenia el seminario de los vecinos, lo cual ha dado ocasion á confundirlos. Ese seminario se incorporó en 1612 al colegio de San Ildefonso.

La ciudad de México estimaba y reconocia los grandes servicios del nuevo instituto; pero habia personas graves que censuraban al provincial porque abria colegios en las ciudades, donde no faltaban maestros y ministros, en vez de consagrarse á la conversion de los gentiles; tarea propia de la Compañía, y más conforme con las intenciones del

rey, manifestadas en la real cédula que dispuso la venida de los Padres. El provincial alegaba buenas razones en su defensa. Decia que las otras Ordenes se dedicaban con todo celo á la conversion y enseñanza de los indios, gentiles ó conversos; pero que esa misma ocupacion les impedía acudir á otras necesidades no ménos urgentes. Para entónces se habia formado ya en México una numerosa plebe que vivia sumida en los vicios y en la mayor ignorancia, porque como se componia de una mezcla confusa de todas razas y no pertenecia claramente á ninguna, nadie se cuidaba de ella. Era muy necesario proporcionar ministros á aquella turba descreida y desalmada; y no lo era ménos corregir los vicios de muchos españoles que se perdian miserablemente, y con sus malos ejemplos retardaban la conversion de los naturales: de ahí la conveniencia de la predicacion en las ciudades. Faltaban tambien, aunque muchos habia, sacerdotes doctos y virtuosos que excusasen la necesidad de encomendar doctrinas á otros que carecian de aquellas circunstancias. Esta falta se trataba de remediar con los seminarios y la difusion del saber entre los criollos. Ocupados los jesuitas en proveer á las primeras necesidades de casas é iglesias propias, no habian tenido tiempo de estudiar las lenguas indígenas. Reconocia el provincial la obligacion en que la Compañía estaba de dedicarse á la conversion de los gentiles, y ofrecia que no seria desatendida cuando la ocasion llegase. Bien se cumplió la promesa ántes de mucho, y nadie ignora las gloriosas empresas de los jesuitas en nuestras provincias de Norte y Occidente.

Así para cumplir con su deber como para acallar aquellas voces, el provincial determinó poner los primeros cimientos á las apostólicas tareas del nuevo instituto, ordenando que sus individuos estudiasen las lenguas indígenas. Al efecto envió algunos de ellos á Huizquilucan para que allí aprendiesen el otomí, y luego puso otros de asiento en Tepotzotlan. Con auxilio de los caciques del pueblo se fundó un pequeño seminario donde se reunieron treinta colegiales, hijos de nobles, bajo la direccion de Padres peritos en las lenguas otomí y mexicana. Parece, aunque no es seguro, que tambien fueron destinados á indios los pequeños seminarios de San Bernardo, San Miguel y San Gregorio, en México. Reunidos éstos á San Ildefonso, fueron colocados los indios en un edificio anexo al colegio Máximo, con el título de San Gregorio, y fué el principio del colegio especial para indios, que duró hasta nuestros dias. Pusiéronles allí un rector particular, uno ó dos Padres y un Hermano coadjutor, maestro de escuela. Tambien les dieron maestros de música, y en algun tiempo le hubo de danza, diversion á que eran muy aficionados los indios, y que se les permitia en las iglesias, con ocasion de ciertas festividades.

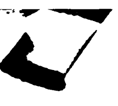
Al terminar el siglo habian fundado ya los jesuitas otras casas de educacion fuera de México. Me contentaré con nombrarlas, porque noticia mayor de ellas no tiene cabida en esta reseña, donde únicamente se trata de la enseñanza que se daba en la capital. Pátzcuaro, asiento entonces de la Silla episcopal de Michoacan, fué, despues de México, el primer lugar que tuvo colegio de jesuitas, quienes se encargaron tambien del antiguo seminario de S. Nicolás fundado por el Sr. Quiroga. Trasladada la Silla á Valladolid, hoy Morelia, se fundó allí otro colegio, sin dejar por eso el de Pátzcuaro. En Oaxaca se hizo tambien fundacion, que sufrió terribles contradicciones, hasta el punto de que el Sr. Obispo Alburquerque hiciese fijar por públicos excomulgados á los jesuitas; bien que mudado luego el ánimo, con ayuda de una sentencia favorable que obtuvieron del Metropolitano, les alzó la excomunion y los favoreció en cuanto pudo. Puebla vió la fundacion del gran colegio del Espíritu Santo, el dia 9 de Mayo de 1578. La antigua Veracruz no careció de enzeñanza ni de administracion: tambien se puso allí colegio; y en la Veracruz actual, llamada entónces Ulúa, se establecieron unos Padres para doctri-

nar á la gente de mar y asistir á los enfermos. En Guadalajara por no haber fondos suficientes para colegio, se puso casa de estudios, con título de residencia.

Hasta aquí, señores, hemos visto algo de la parte *histórica* del asunto, por decirlo así: ahora, contando siempre con vuestra benévola atencion, me atreveré á entrar en algunos pormenores acerca del espíritu y forma de aquella enseñanza, así como de los frutos que produjo.

Por lo referido habreis ya notado que la instruccion estaba confiada enteramente á la Iglesia; y áun cuando el espíritu de la época no lo hubiera exigido, las circunstancias lo habrian hecho necesario. Los conquistadores habian subyugado los cuerpos; pero la conquista de las almas se debia á las órdenes monásticas. Ellas tomaron al indio y le instruyeron en lo religioso y en lo civil: el clero era el único que podia proporcionar maestros para todas las razas: los españoles seglares muy rara vez eran capaces de magisterio: las rentas públicas tampoco alcanzaban para costear una enseñanza laica gratuita. Formaba la Iglesia un sólido cuerpo docente, y el gobierno, por eleccion y por necesidad, aprovechaba sus inestimables servicios. Muchos de los hombres de letras que empezaron á venir de España eran eclesiásticos: otros recibian aquí las órdenes, y los que permanecieron seglares no habian de pretender cambios contrarios á su propia opinion ni aconsejar educacion distinta de la suya. Todo en la colonia debia ser reflejo de lo establecido en la madre patria, y no hay por qué extrañarlo ni sentirlo.

La condicion de esta tierra al terminar la conquista pedia de un modo especial se atendiese á la instruccion religiosa. Comenzó forzosamente por ser verbal, porque los discípulos no sabian leer, y los maestros no tenian libros que darles. A paso igual caminaban, puede decirse, el adelanto de los indios en el conocimiento de nuestros caractéres, y el de los misioneros en el idioma. Dueños ya de él, escribieron los primeros libros de texto, que al principio sirvieron más bien para los maestros, quienes encontraban allí, puesto ya en la propia lengua de los discípulos, lo que más urgia enseñarles. Ni era posible tampoco que éstos, aunque ya supiesen leer, se aprovecharan directamente de los libros, porque de necesidad andaban manuscritos, por falta de imprenta, y las copias apénas alcanzaban para los maestros. El recurso á las imprentas de Europa era aventurado y muy difícil, por no hallarse allí correctores de tan nuevas lenguas. Sólo hay memoria y no muy clara, de una doctrina en mexicano, compuesta por el P. Gante é impresa en Amberes en 1528; y de una tentativa, no sé si fructuosa, para imprimir en Sevilla, hácia 1537, otra del dominico Fr. Juan Ramirez. Pronto, sin embargo, con gran gloria para el virrey Mendoza y el santo obispo Zumárraga, tuvo México la imprenta que le trajeron aquellos insignes varones, y la primera ocupacion de la prensa fué la que correspondia á las necesidades de los tiempos. Comenzaron desde luego á salir de ella cartillas para enseñar á leer, y libros de doctrina cristiana, así en español como en mexicano, es decir, libros de texto, que tanta falta hacian. Nada habia más natural, nada más justo. Lo mismo se haria hoy en cualquier país que se viese en iguales circunstancias, y con todo, muchos afectan ver con desprecio como si fuesen de poca ó ninguna importancia, aquellas publicaciones. Alentados los misioneros con tan poderoso auxilio, entraron de lleno en sus grandes tareas filológicas, pasando en breve de los libros de doctrina á las gramáticas y vocabularios de las diversas lenguas indígenas. Esos trabajos, emprendidos por caridad, son hoy materiales preciosísimoss para la ciencia. Los autores de doctrinas no tradujeron textos conocidos, sino que ellos mismos los ordenaron, acomodándolos al genio y capacidad de los oyentes. Las gramáticas sirvieron para formar nuevos ministros: los confesionarios y sermonarios para facilitar el ejercicio del ministerio: los vocabularios aprovechaban á todos.



Los estudios superiores comenzados en Tlatelolco exigieron ya otros libros de texto, que no sé cuáles fuesen. Solian los frailes de entonces escribir ellos mismos los textos de sus cátedras, en forma de comentarios ó escolios á un autor. La enseñanza de Tlatelolco no podia llamarse completa, porque faltaba la de dos ciencias importantísimas: Teología y Jurisprudencia. La omision era conveniente, porque si muchos se escandalizaban de que se enseñase á los indios el latin, ménos habrian tolerado que se les entregasen las profundas cuestiones de la teología, ni en realidad habia por entónces necesidad de ella, como tampoco de la jurisprudencia; ántes habria sido imprudente divulgar tan temprano las sutilezas del Derecho entre gente que moria y aún muere por pleitear. Para juzgar rectamente del colegio de Tlatelolco, no debemos considerarle sino como un paso dado en favor de los indios; como un ensayo con que se tomaba el tiento á su capacidad para materias más altas que las enseñadas hasta allí en las escuelas.

Esas circunstancias, y la de estar destinada aquella casa exclusivamente para indios, hizo necesaria la creacion de la Universidad, donde ya cabia todo y hallaban todos entrada. Importante al par que curioso seria conocer á fondo el sistema de enseñanza establecido en ella, y qué libros servian para las lecciones. Por desgracia es completo el silencio de los autores acerca de este punto, y estamos reducidos á formar conjeturas que no parezcan alejarse mucho de la verdad. La Universidad se fundó á imitacion y con los privilegios de la de Salamanca; la cual, dice un autor, "se preciaba y honraba en tener á la de México por hija:" de los catedráticos de ésta, alguno habia estudiado en aquella, y todos los indicios son de que el espíritu y el sistema de enseñanza eran idénticos, aunque las materias no podian ser tantas, sino las que convenian á una escuela nueva que no habia de alcanzar desde sus principios, ni necesitaba, el ensanche y autoridad de una institucion afirmada por los siglos y acreditada por los grandes ingenios que en ella florecian. La Universidad de México limitaba por el pronto sus pretensiones á llenar una necesidad urgente: la de abrir aquí las fuentes del saber y la carrera literaria á los hijos de la raza española nacidos en remotas regiones, y á los nuevos vasallos, allanándoles la grave dificultad de la distancia, que les impedia acudir á aquellas ilustres escuelas. Por eso hallamos aquí solamente las cátedras necesarias para la enseñanza de las ciencias más útiles y más honradas entónces: la Teología, la Jurisprudencia civil y eclesiástica. Como auxiliares de ellas habia la del idioma latino, que no podia faltar, ya que era puerta á todas las facultades; y la de Retórica que enseñaba á dar forma al discurso. En esta última habria ciertamente explicaciones de clásicos, aunque solo fuera para tomar ejemplos; pero ignoramos hasta qué punto llegaban y qué autores se elegian. De Humanidades no hallo con claridad otra cosa. En cambio la Universidad, para satisfacer una necesidad local, estableció cátedras de las dos principales lenguas indígenas, que hoy no se encuentran en ninguna parte.

Dados, pues, tales antecedentes, claro se ve que la enseñanza de la Universidad debia ser esencialmente escolástica: tenemos además prueba de ello en el nombramiento de Fr. Alonso de la Veracruz para una cátedra de Santo Tomás. Personas hay, y no pocas, á quienes el nombre de escolasticismo no inspira más que aversion ó desprecio, aunque no se hayan tomado el trabajo de saber qué es lo que desprecian. Olvidan "que el reirse con demasiada facilidad suele ser una prueba de ignorancia." La filosofía escolástica, solemnemente rehabilitada hoy en la persona de uno de sus más ilustres maestros, ha contribuido quizá más que ninguna otra disciplina humana al desarrollo de la inteligencia, y en su largo reinado de siglos ostenta nombres que ninguna otra escuela ha logrado igualar con los suyos. Provista siempre de una luz superior, puede levantar el vuelo sin temor

de caer en los lamentables extravíos de la razon humana que tan aflictivos espectáculos suele presentarnos. Mas como todo se extravía y corrompe en manos de los hombres, la poderosa dialéctica del escolasticismo vino á convertirse en un nécio afan de disputas, sostenidas con pueriles y vacías argumentaciones, que causaron su descrédito, no poco aumentado por el ciego empeño de sostener el principio de autoridad en materias de suyo opinables y sujetas al exámen de los sentidos. La dificultad de aquellas intrincadas doctrinas llegó á ser tanta, que raro entendimiento habia bastante vigoroso para encontrar salida al laberinto: entónces, por una reaccion forzosa, se llegó á sacudir del todo el saludable freno de la autoridad, hasta en donde más necesario era, y dejados á sí mismos los juicios de los hombres, vienen dándonos los tristes resultados del más alto orgullo, aliado á menudo con la instruccion más superficial.

Al desarrollarse el movimiento contra el escolasticismo, bien conocieron muchos de los sostenedores de esa antigua filosofía el lado vulnerable del sistema, y preveian que una vez abierta la brecha y apoderado de la plaza el enemigo, no se limitaria á corregir lo malo, sino que derribaria todo. La generalidad de los escolásticos adoptó el partido de la defensa á todo trance; pero algunos hubo que sin abandonar, ni con mucho, el campo, conocieron que la reforma era indispensable; si bien la autoridad de la doctrina, su inmediata conexion con las verdades religiosas, las profundas raíces que habia echado, y el temor de extraviarse, ó de exponerse cuando ménos á la nota y censura de los suyos, los hizo obrar con sobrada timidez. No me toca hablar de lo que en otras partes se hizo en ese sentido: me basta con señalar el hecho de que en la Universidad de México hubo una de esas tentativas de reforma; muy tímida, es verdad, y circunscrita á muy estrecho campo, pero no por eso ménos interesante, aunque casi desconocida.

Al entrar en la Universidad el Maestro Fr. Alonso de la Veracruz, no se carecia por cierto de libros de texto para las clases; pero él hizo imprimir otros no poco voluminosos, que tenia preparados desde que en las casas de estudios de su Orden habia dado el curso de *Artes*, como entonces se llamaba al de filosofía. Su objeto está bien declarado al frente de uno de ellos. Queria disminuir en algo la oscuridad donde era mayor, movido á compasion del trabajo que los pobres estudiantes pasaban para meterse en la cabeza las sutilezas de aquellos terribles corruptores del escolasticismo. Traduzco este párrafo de la dedicatoria de su *Recognitio Summularum:* "Dedicado hace años en esta Nueva España, á enseñar la Dialéctica desde sus primeros rudimentos, cuidé siempre con esmero de guiar á los discípulos como por la mano en el camino de la Sagrada Teología, de suerte que no envejeciesen en aquellos laberintos, ni retrocediesen por la magnitud de las dificultades. Pensaaba yo y consideraba á menudo cuántas vigilias y cuántas fatigas habia empleado en otro tiempo, ó mejor dicho, perdido, en aprender aquellos silogismos caudatos, aquellas oposiciones impenetrables, y otras mil cosas de ese jaez, que ántes ocupan y agobian el entendimiento, que le pulen, aguzan y adornan. Más perjudican ciertamente, que ayudan y guían: en suma, allí solo se aprende lo que bien pudiéramos olvidar. Plenamente experimentado y convencido de ello, me propuse enseñar de tal modo cuanto pertenece á la Dialéctica, que quitado todo lo supérfluo, nada echara de ménos el estudioso. No trato de poner cosa nueva, sino de dar á lo antiguo tal órden, que en brevísimo tiempo puedan los jóvenes alcanzar el fruto." Esto escribia en 1554. Iguales propósitos manifestó en los prólogos de sus otras dos obras *Dialectica Resolutio* (1554) y *Physica Speculatio* (1557). Cuando años adelante fué á España, hizo reimprimir allí las tres, acaso con el designio de introducir tambien por allá esos textos reformados. Preciso es confesar, sin embargo, que el P. Veracruz procedió con su-

ma timidez, y que si algo quitó de aquellas enmarañadas doctrinas, no ganaron mucho en claridad. Sobre todo, en lo que llama Física es tan oscuro é inútil, como puede serlo cualquier otro de su escuela: llena sus páginas con la máquina metafísica, que ocupaba entonces el lugar de la verdadera física experimental. Cercenó algunas ramas supérfluas, pero no se atrevió á meter la hoz de lleno en la maleza. Era hombre de su siglo, y en justicia no podemos exigirle que se adelantara á él: esto á muy pocos es dado, por singular privilegio. Pero áun cuando sus libros no produjeran gran mejora en la enseñanza, son notables por su intento, y porque revelan un espíritu menos servil que el de la generalidad de los profesores de su época, quienes solian mirar con supersticiosa veneracion el vetusto edificio, y no permitian que se le tocase ni en un ápice. Escribió tambien Fr. Alonso un tratado de matrimonio con el título de *Sspeculum Conjugiorum* (1556), que reimprimió en Europa y adicionó para arreglarle á las nuevas decisiones del Concilio Tridentino en la materia.

El P. Veracruz no fué el único escritor entre los primeros profesores de la Universidad. El Dr. Frias de Albornoz tomó parte en la ruidosa controversia suscitada entre Fr. Bartolomé de las Casas y el Dr. Sepúlveda, escribiendo en contra del primero un *Tratado de la conversion de los indios*, de que solo nos queda el título, y que fué recogido por la Inquisicion. Escribió tambien un *Arte de los Contratos* dedicado á su maestro D. Diego Covarrubias é impreso en Valencia en 1573. Otro tratado *De los linajes de España* quedó manuscrito. D. Nicolás Antonio dice de nuestro catedrático, que fué hombre de ingenio eminente y de memoria monstruosa, y el Brocense, que ciertamente era voto en la materia, le califica de "hombre doctísimo y en todas lenguas perfectísimo."

Cervantes Salazar, maestro de retórica, habia ya impreso varias obras en España cuando pasó á esta tierra. Aquí continuó sus estudios hasta obtener el grado de doctor en Teología: recibió las órdenes sagradas, y al morir ocupaba una canongía en la Metropolitana. Además de una *Historia* ó *Crónica de la Nueva España*, hoy perdida, nos dejó sus curiosos *Diálogos Latinos*, con que prestó un señalado servicio á las letras y á la historia. Describe en ellos la Universidad, la ciudad de México y parte de sus alrededores, tal como todo se hallaba en 1554. Si sus descripciones no son tan completas como fuera de desear, no hay que culpar al autor, sino á la brevedad que exigia una obra destinada á los estudiantes. Con ese trabajo logró tambien que México figure en un género de literatura tan extendido en aquel siglo como olvidado en el actual.

Las disputas en la Universidad eran contínuas, segun la costumbre de la época, y no poco acaloradas, pero en el fondo pacíficas y puramente escolásticas. No trascendian á la de México el movimiento y alarma que producian en las de España las nuevas herejías, ni estas hicieron prosélitos entre nosotros, á pesar de que todavía no se organizaba aquí el tribunal de la Inquisicion. Dos hechos tan solo hallamos por aquellos dias que pudieran tomarse, no ciertamente como señales de inclinacion á las nuevas doctrinas, porque el acendrado catolicismo de sus autores aleja toda sospecha de esa clase, sino como prueba de que no se carecia de libertad para expresar opiniones que despues fueron aceptadas, pero que en aquellos dias pudieron pasar por atrevidas. El Sr. Obispo Zumárraga exhortaba con calor á la leccion de las Sagradas Escrituras en lenguas vulgares, y el P. Veracruz despues de haber intentado un principio de reforma en los estudios, aprobaba sin reserva las opiniones del ilustre Fr. Luis de Leon, precisamente cuando á causa de ellas padecia prision y proceso por el Tribunal de la Fé. Ninguno de aquellos dos venerables Padres fué inquietado: ni siquiera fueron sus opiniones obstáculo para que el primero subiera á la dignidad arzobispal, y el se-

gundo continuara mereciendo la confianza de su religion.

Florecia, es cierto, la Universidad, y tenia muy doctos maestros; pero, como escribe un cronista, faltaba un "buen cimiento de latinidad y letras humanas," por lo cual "se trabajaba mucho y se estaba siempre en un mismo estado, con gran dolor de los catedráticos y con gran temor de los españoles cuerdos." La juventud mexicana se componia en mucha parte de hijos de conquistadores ó comerciantes gruesos. La carrera de las armas, una vez pacificado lo mejor de la tierra, no ofrecia aliciente en expediciones lejanas á provincias reputadas pobres, y el regalo con que se criaban los jóvenes, gracias á los productos de las encomiendas, los apartaba tambien del ejercicio de las armas. El comercio era visto con desden áun por los mismos que le debian la fortuna que disfrutaban. Los oficios mecánicos se tenian por viles, y con poca excepcion estaban entregados á indios, mestizos ó mulatos. La riqueza era mucha, y si la juventud no habia de consumirse en la ociosidad y en los vicios, tenia que seguir la carrera de las letras, que daba acceso á los puestos públicos. Hacía tambien gran falta el *internado*, sobre todo para los jóvenes que venian de otras partes á seguir sus estudios en México, donde se veian muy expuestos á perderse, y tropezaban con infinitas dificultades para encontrar albergue. Los vecinos mismos no gustaban de que sus hijos se criasen en él regalo de las casas y anduviesen sueltos, sin más obligacion que asistir á las horas de clase en la Universidad.

Los jesuitas, tan prácticos en materia de educacion, conocian esos males, y les pusieron remedio. Sus colegios eran de internos, y dieron vuelo al estudio de las humanidades. En el Colegio Máximo proporcionaron aposento al impresor piamontés Antonio Ricardo, cuyas ediciones se distinguen por su limpieza. Ignoro por qué causa se apartó de allí á poco tiempo, y fué á introducir en Lima el arte de la imprenta.

Miéntras permaneció en el colegio utilizaron sus prensas los jesuitas para imprimir obras de enseñanza, y entre ellas algunos clásicos. Tenemos los Emblemas de Alciato, unos fragmentos de Ovidio, una Introduccion á la Dialéctica de Aristóteles, y otros opúsculos. Por uno de estos libros sabemos que se habia dado licencia general para imprimir los libros que la Compañía dijese ser necesarios cada año para los estudiantes, y se mencionan los siguientes: Fábulas, Caton, Luis Vives, Selectas de Ciceron, Bucólicas de Virgilio, Eglogas del mismo, Súmulas de Toledo y Villalpando, Cartillas de Doctrina Cristiana, libros cuarto y quinto del P. Alvarez, de la Compañía, Elegancias de Lorenzo Valla y de Adriano, algunas epístolas de Ciceron, Ovidio de Tristibus et Ponto, Marcial *purgado*, Flores Poetarum, con otras cosas menudas, como tablas de Ortografía y de Retórica. No es seguro afirmar que todos esos libros llegaran á imprimirse; pero tampoco es prueba de lo contrario el hecho de que hoy no se conozcan ejemplares de ellos, por ser notorio que han desaparecido por completo multitud de ediciones de la época, y con más razon siendo de libros destinados á las manos destructoras de los estudiantes. Continuaron los jesuitas imprimiendo aquí sus libros de texto, y en el siglo XVIII, hasta el momento de la expulsion, tuvo el Colegio de San Ildefonso una buena imprenta que produjo muchos libros.

El estudio de los clásicos en las escuelas de los jesuitas no careció de contradiccion, y es curioso ver suscitada aquí en el último tercio del siglo XVI la *cuestion de los clásicos*, que se ha discutido en nuestros dias. El P. Vicente Lanucci, siciliano, "muy pulido en las letras humanas," fué el primer maestro de retórica en el Colegio Máximo, é intentó desterrar de aquella clase los autores profanos. Ignoramos qué razones daba; pero es de creerse que serian las mismas alegadas hoy por los partidarios de esa opinion. El provincial procuró apartarle de su dictámen y hacerle seguir el uso comun de las escuelas de la Compañía. No quedó convencido el



P. Lanucci, y escribió á Roma, de donde se le respondió que no se debia hacer novedad ni dejar de leer los libros gentiles, siendo de buenos autores, pues los inconvenientes que señalaba podia evitarlos el maestro. El Padre trató entónces de evadir el compromiso en que se le ponia de proceder contra su voluntad y tal vez contra su conciencia, para lo cual solicitó licencia de pasar á Europa, con pretexto de entrar en la Cartuja: deseo que en aquellos dias mostraban varios sujetos, movidos por las extrañas máximas y rigurosas penitencias del P. Alonso Sanchez. Mas para alcanzar su fin adoptó el peor camino, cual fué valerse de la intercesion de personas extrañas á la Compañía. Bastaba eso para que fuese negada su solicitud, como lo fué, y el general escribió que se le consolase y se le detuviese dándole alguna otra ocupacion. Mas cuando esa órden llegó, ya el provincial, fatigado por las importunaciones del P. Lanucci, y convencido de que nunca seria de provecho aquí, ántes daria mal ejemplo, le habia despachado para Europa á mediados de 1579. No sabemos qué fué de él: únicamente que su ida causó desagrado al general. En las historias de la Compañía se le califica de "hombre amigo de novedades y demasiadamente pagado de su dictámen." Parece más bien que escrúpulos de conciencia y cierta independencia de carácter, le hicieron salir de los estrechos límites de la obediencia.

Los profesores trabajaban en buen terreno. La juventud mexicana se hizo desde luego notable por la precocidad y agudeza del ingenio, la tenacidad de la memoria, la docilidad del carácter y el agrado en las maneras. Unánimes están en ese punto los escritores. Nos bastará conocer el testimonio del médico español Juan de Cárdenas, que en 1591 imprimia aquí sus *Problemas y Secretos maravillosos de las Indias*. Aunque el pasaje es bien largo, espero que no causará fastidio, y juzgo ser necesario dar á conocer por medio de un contemporáneo imparcial cuáles eran las cualidades de la juventud que acudia á las escuelas. "Para dar, dice el doctor, muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean á una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio, quiero que comparemos á uno de los de acá con otro recien venido de España, y sea esta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en alguna de estas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, solo en compañía de cuatro labradores; y sea así mesmo el cachupin ó recien venido de España criado en una aldea, y júntense estos, que tengan plática y conversacion el uno con el otro: oirémos al español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta: al contrario verán al chapeton *como no se haya criado entre gente ciudadana*, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea: pues ver el modo de proceder en todo del uno tan diferente del otro; uno tan torpe y otro tan vivo, que no hay hombre por ignorante que sea, que luego no eche de ver, cuál sea cachupin y cuál nacido en Indias. Pues venga agora una mujer de España y éntre en conversacion de muchas damas de las Indias: al momento se diferencía y conoce ser de España, solo por la ventaja que en cuanto al trascender y hablar nos hace la española gente nacida en Indias á los que de España venimos. Pues pónganse á decir un primor, un ofrecimiento, ó una razon bien limada y sacada de punto, mejor viva yo, que haya cortesano criado dentro de Madrid ó Toledo, que mejor la lime y componga. Acuérdome una vez, que haciéndome ofertas un hidalgo mexicano, para decirme que, en cierta forma, temia poco la muerte, teniéndome á mí por su médico, sacó la razon por este estilo: devanen las Parcas el hilo de mi vida como más gusto les diera, que cuando ellas quieran cortarle, tengo yo á vuesa merced de mi parte que le sabrá bien añudar. Otro, ofre-

ciéndome su persona y casa á mi servicio, dijo: sírvase vuesa merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara de su regalo de vuesa merced. A este mismo modo, y conforme á esta delicadeza son las razones de los hombres que en Indias nacen, y esto es en cuanto al hablar; pues en el entender y trascender no se muestran ménos aventajados, pues verdaderamente entiendo que á ninguna cosa de las que se ponen á hacer (si hasta el fin perseveran en ella) nos dejan de hacer ventaja: Y esto bien claro se muestra en los lindos ingenios que todos á una mano muestran en estas escuelas de las Indias, donde, si el premio de sus trabajos no les faltase, serian monstruos de naturaleza."

Atribuye esas cualidades al temperamento sanguíneo que dice ser comun en las Indias, y prosigue: "Pero es necesario advirtamos una cosa que acerca de esto se me ofrece notar, y es que entendamos que así como es propio y natural de la sangre y cólera hacer los efectos que agora acabamos de declarar, así traen consigo otra falta no pequeña, y es que como son humores calientes, delgados y ágiles, que con facilidad se mueven, así causan mudanza y variedad en los hombres, haciéndolos poco perseverantes en sus cosas; y así realmente podemos decir que en esta tierra sobra en los hombres la viveza y falta la constancia y la perseverancia en lo que se ponen á hacer, porque con el hervor y facilidad que se comienza no se persevera y prosigue en ello, y esto lo hace el faltar el peso y asiento de la melancolía, la cual es fuerza que falte con el predominio de la sangre. Tambien como digo lo uno digo lo otro, que esto es en cuanto al predominio y calidad de los humores; pero como virtudes, segun dicen, vencen señales, venciendo y yendo contra la falta que les hace la melancolía, la entendida, trascendida y perspicaz gente indiana suple con su bueno y delicado ingenio la falta que en esto les pudo hacer naturaleza; y así tengo por muy cierto para mí, hay gente nacida en Indias, que no solo en su vivo y delicado entendimiento, pero que tambien en peso, constancia y perseverancia se pueden aventajar á otras naciones del mundo, como podriamos ver discurriendo y entrando en particular por ilustres y generosas casas de muchos, cuyos famosos descendientes ilustran y hermosean este Nuevo Mundo de las Indias. Lo mesmo podriamos ver por letrados sapientísimos de esta tierra á quien la cortedad de ella tiene sepultados, teniendo partes para resplandecer y señalarse en todas las Universidades del mundo: así que podemos concluir que á la gente de esta tierra les compete la viveza y delicadeza de ingenio por naturaleza, y la constancia por propia virtud, repugnando á la complexion y constitucion que por parte de los cuatro humores les compete, y esto les es más de agradecer." La pintura del doctor sevillano es tanto más curiosa, cuanto que el trascurso de cerca de tres siglos no le ha hecho perder mucho de su exactitud.

(*Continuará.*)

A EUGENIA.

REMITIDO.

En el fondo de tu alma habia una estrella
Que irradiaba en las noches del amor;
Se apagó aquella luz, pálida y bella,......
¡Tan negro es el dolor!

Calmó la tempestad; allá en tu cielo,
Brilló nuevo astro bajo el limpio azul;
Volvió la noche de tu triste duelo,
Y oscureció su luz.

En las tranquilas noches del estío,
Huérfana el alma su esplendor no vé;
¿Adónde irá tu corazon, bien mio,
Sin esperanza y fe?

Bravos, Enero de 1882.—*Adalberto Berdejo.*

UNA TRADICION.

En la ribera oriental del hermoso y pintoresco lago de Patzcuaro está situada la ciudad de Tzin-tzon-tzan, (hoy Zinzunza) antigua capital del reino de Michoacan y primitiva sede de los reyes tarascos. Aquella ciudad, habitada hoy en su mayor parte por indígenas, en los

años de 1840 á 1850, lo estaban en su totalidad. Quien la visita, nota una cosa en las mujeres sus habitadoras, y es que todas ellas visten enaguas y *güipiles* de lana y de color blanco, á diferencia de las demás de la misma raza, que viven en grandes muchedumbres en las vastas regiones comprendidas en aquel reino, y las cuales visten de color azul.

La tradicion popular explicaba esta excepcion á la regla general de la manera siguiente. Algunos años despues de la conquista, y cuando el cristianismo predicado por los santos y heróicos misioneros que *Vitsitrita*, hermano de Caltzontzin, llevó de México, guiado por una inspiracion que no podia ser más que del cielo, habia hecho grandes progresos en las almas de aquellos gentiles, tuvo lugar el suceso sobrenatural y maravilloso que se refiere de esta suerte.

Los misioneros, á pesar de estar persuadidos de que era verdadera la conversion de sus neófitos en quienes tenian cifrada toda su complacencia, por respeto al Augusto Sacramento, rehusaban á gran número de ellos el pan eucarístico. Muchos habia, sin embargo, que participaban de él, y principalmente entre los indios que deseaban con gran deseo nutrirse con el sustento místico de los ángeles. Un dia se celebraba por el guardian del convento el holocausto de amor, el santo Sacrificio de la Misa. Entre los que asistian más devotamente se encontraba una india apénas entrada en la primavera de sus años. Ardia en deseos vehementes de unirse, por la misteriosa manducacion, al Dios que quiso, en los insondables abismos de su amor, darse á los hombres por alimento cotidiano. Tan ardiente era su deseo, tan fecunda su devocion, que el que es Todopoderoso obró en su favor una pública maravilla, un extraordinario prodigio. A tiempo que el guardian daba la comunion á varios de los nuevos fieles, sintió que una forma se leescapó de entre las manos, como en efecto sucedió. La forma fué á dar, conducida de una manera invisible por los ángeles, á la boca de la jóven india, quien la recibió con aquella incomparable delicia que una casta esposa recibe al esposo el dia de la celebracion de las bodas. Al verificarse el suceso milagroso, la feliz jóven se vió circundada de una aureola de luz resplandeciente, y su vestido de color azul tomó á la vista, y con sorpresa de todos los asistentes al augusto sacrificio, el color blanco, símbolo ó emblema de pureza. Desde entónces, y en memoria de maravilla tan singular, todas las indias ofrecieron, cambiando la antigua costumbre, vestirse de blanco.

Ahora bien, esta tradicion piadosa puede hoy considerarse como una verdadera historia. Así es la verdad. En 1870 el erudito escritor mexicano, Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, dió á luz la Historia Eclesiástica Indiana, escrita por Fray Gerónimo de Mendieta, uno de los primeros misioneros que vinieron de España á hacer la conquista espiritual en esta parte de la América, y que habia permanecido entre el polvo de los archivos cerca de tres centurias. Y en el capítulo XXVI del libro 4º se lee una acta levantada en la ciudad de Huejotzingo el 6 de Diciembre de 1591, la cual comprueba la realidad del prodigio, fundamento de la que parecia leyenda y hoy debe considerarse como historia. Permítaseme que infiera de esto una consecuencia: *Nunca deben desecharse ligeramente las tradiciones populares.*

RAFAEL GÓMEZ.

LA MULATA DE CÓRDOBA

Y LA HISTORIA DE UN PESO.

(*Concluye.*)

Apénas mi amo tomó asiento entre los parroquianos, cuando yo volé de sus manos á las del montero, y entré luego en tal agitacion y movimiento, que mudé cien veces de sitio en el breve espacio de dos horas. Así me fué imposible conocer á mis dueños, en lo cual no creo haber perdido gran cosa; y vine por último á dar al bolsillo de uno que tenia por oficio *cesante,* quiero decir,

haber dejado de trabajar; oficio peculiar de México que acaso no le hay en otra parte del mundo, y que tal vez costará trabajo entender al que no haya nacido en esta feliz tierra de promision. El caballero cesante me trasladó aquel mismo dia al talego del verdugo de su casero, como él le llamaba, con quien parece no tenia muy en corriente sus cuentas; y del casero pasé felizmente á las benditas manos de una santa religiosa, que viéndome aún rozagante y lustroso, me destinó con otra gente menuda de mi familia á servir de obsequio, puesto sobre un ramo de flores, á su padre predicador. Este me trasladó á una tienda, en cuyo cajon ó cepo acababa yo de caer, cuando de rondon se entró allí un D. Cómodo, *amigo íntimo* de mi amo, y sin más saludo ni circunloquios, dijo á éste: "Deme vd. presto una onza que he menester." No tengo oro, contestó el mercader. Pues aunque sea plata, replicó su íntimo amigo. No hay sino doce pesos, pronunció en tono tibio el primero, contándonos entre sus manos á los que estábamos en el cajon. Vengan, dijo resueltamente el pedidor, y me queda vd. á deber cuatro. Mi amo, no poco sorprendido de aquella extraña manera de sacarle deudor, nos entregó sin embargo á su amigo, aunque á mi parecer no lo hizo de la mejor voluntad. Cuidó, sin embargo, de apuntar al momento con letras gordas en su libro: "D. N. N. debe: por doce pesos que en plata fuerte se le prestaron hoy para volverlos luego en la misma moneda." Dudo que el buen mercader haya tenido despues que sentar partida de data en la tal cuenta.

Seria muy largo referir todo lo que me sucedió salido que fuí de las garras de D. Cómodo. Yo atravesé el país en todos rumbos y direcciones, sirviendo de precio á cuantos objetos consume ó devora la necesidad, el capricho ó la tontería de los hombres. Unas veces arriba, otras abajo, trocado aquí por oro, allá por cieno, defraudado cien ocasiones, escatimado, prodigado, y casi nunca empleado con cordura. En poblado, en despoblado, en la ciudad, en el cortijo, muy á menudo he ido á dar adonde no debia, y casi nunca he pertenecido á legítimo dueño. Aquí me veia atrapado por la locuacidad de un rábula, allá por los embrollos de un curial, acullá por la tiranía de un alcabalero, más adelante por las marañas de un bravo depositario adornado del singular talento de quedarse bajo cuenta y razon con cuanto se le confiaba, y sacar además deudores á los dueños. Si el dia del juicio se me quisiere citar como testigo, ¡válgame Pluton! y qué de cosas podré certificar. A pocos de los infinitos amos que he tenido dejaré de sacar los colores al rostro.

Por remate de mis largos viajes fuí á dar (horas menguadas debe de haber) en el hondo talego de un avaro, que no tenia otro placer en la vida que allegar mucha gente de mi familia, contarnos con temblorosa mano, examinarnos uno á uno escrupulosamente, y luego sumirnos para no ver más la luz del dia, en un viejo arcon, sobre cuya tapa podia escribirse lo que leyó el Dante sobre la puerta del infierno:

"Lasciat'ogni speranza, voi che'ntrate."

En efecto, yo la habia perdido de escapar jamás de aquel encierro, cuando quiso la suerte que á mi amo le sonase la hora fatal. Un sobrino suyo (lenguas mordaces le suponian parentesco más cercano) fué su heredero, y se propuso dar pronta libertad á cuantos cautivos tenia encarcelados el bueno del tio. Por su órden volé yo á una tienda de modista, la cual me trasladó á manos de cierto empleado de aduana en un puerto, de donde fuí á dar á las de un altísimo personaje en la corte, quien me pasó por ministerio de tercera persona á las de una gentil hurí, sobre la cual S. E. hacia llover oro, como Júpiter sobre la honrada hija de Eurydice. Este específico que con tan buen éxito empleó hace siglos el padre de los dioses y rey de los hombres, no ha perdido nada de su prodigiosa virtud para templar rigores y ablandar crudezas de humanos corazones. Al revés, podria creerse que cada dia es mayor su eficacia, y que á manera de los vinos generosos gana y

mejora de condicion con los años. Yo lo sé por experiencia propia.

Mi ama la hurí me despachó en casa de su joyero, en abono de largas cuentas que con él tenia. El joyero, despues de algunos dias, me encerró en un cajon bien clavado y bien condicionado, y me destinó á correr córtes allende los mares. Fuí, pues, llevado al puerto en conducta, y puesto allí en un buque que en sesenta dias me trasladó á Europa, al país de ventura para el dinero, á la tierra de civilizacion, donde lo que hay que ser es oro ó plata para recibir adoraciones. No referiré lo que allí me aconteció, que fueron muchas y peregrinas aventuras, porque deseo llegar á la mayor de todas, y que pocos de mis deudos podrán contar, á saber, el haber vuelto á la patria; bien es verdad que traje una forma diversa de la que habia llevado, y que, como muchas de las personas que retornan de Europa á América, volví bien bruñido, luciendo mucho y pesando poco. Es el caso, que despues de haber corrido por innumerables dueños, caí en manos de un fabricante de Paris, quien aprovechando la divisibilidad infinita de la materia, me distribuyó á mí y á otros pocos hermanos mios en las varias piezas de un elegante *neceser* que corrió todo por de plata pura y de buena ley. Cada uno de nosotros representaba allí lo que no era, y se nos atribuia un valor treinta veces mayor del que en efecto teniamos: ¡milagros de la industria! Ufano, pues, con esta feliz trasformacion, bien colocado en una preciosa arquita de caoba embutida y barnizada, y acompañado de mil lindas bujerías que formaban el aparato del neceser, volví á México despues de algunos años de ausencia, y tuve la suerte, no muy rara á la verdad, de no tropezar en aduana ni garita. Vírgen de todo contacto de vistas y alcabaleros, subí hasta la capital y fuí presentado á la espectacion del público en una gran tienda de mercería, calle de.... El precio de cuatrocientos fuertes que mi amo puso al neceser, retrajo á una multitud de curiosos que todo el dia se llegaban al mostrador á examinar la preciosa alhaja. Mas por último, cierto litigante, cuyo pleito acababa de votarse, hubo de adquirirnos para manifestar su gratitud á uno de los jueces, magistrado catoniano que no podia sufrir ni el nombre de cohecho, si bien opinaba que un simple obsequio no es cohecho, y que los jueces conforme al docto parecer del casuista Molina, pueden recibirlos de las partes en muestra de su reconocimiento por la justicia que les han administrado. Yo no sé qué pensaria de esta opinion el litigante que habia perdido el pleito. El golilla á quien pasamos, colocó el regalo sobre un poderoso bufete de caoba, donde por algun tiempo estuvo siendo uno de los mejores adornos del escritorio.

Mas andando dias, la falta de pagas y la escasez de litigantes agradecidos, lo obligó á deshacerse una tras otra de casi todas las preseas que en época de más ventura habia acumulado en casa. Llególe su hora al neceser, y no tan bien vendido como la primera vez, pasó al retrete de un elegante señorito, á quien sus padres pusieron casa porque en aquellos dias habia encendido la antorcha de himeneo. No fuimos allí un mueble de simple ornato como en el escritorio del magistrado, pues nuestro amo ponia en movimiento cada mañana casi todas las piezas del abundante neceser para despachar su *toilette*, ocupacion la más grave de cuantas llenaban el bien empleado curso de su vida. Con este uso contínuo, con el abandono y descuido de amos y criados, la bella alhaja envejeció ántes de tiempo; y trumca en más de la mitad de sus dijes y piezas, pasó ignominiosamente á la tienda de un almonedero. Este creyó que era buena especulacion la de convertir en pesos las piezas que aun quedaban de plata; y machacándonos en efecto bruscamente, redujo á su antiguo valor lo que el hábil fabricante de Paris habia sabido multiplicar con prodigio: volvimos, pues, digo, la plata que allí habia, á lo que ántes eramos, unos pocos pesos y nada más; de la misma suerte que un pronunciamiento bien logrado reduce á su primero y desvalido sér á los héroes que

habia creado otro pronunciamiento anterior.

Restituido á la forma de peso....

—¡Chiton! dijo en este punto la bruja al sentir pasos de álguien que llegaba, no queriendo que todos fuesen testigos de sus brujerías.

El espíritu encerrado en el peso, obedeció á la señal de silencio, y la pieza de plata quedó tan muda como el dia que salió de la casa de Moneda.

JOSÉ BERNARDO COUTO.

EL HUERTECILLO.

POEMA ATRIBUIDO Á VIRGILIO.

Venid aquí á mi lado,
Canoras hijas del Supremo Jove;
Del feraz huertecillo regalado
Los loores cantemos.
Él al cultivador paga en sabrosos
Y saludables frutos sus afanes:
Ricas yerbas de jugos olorosos,
Fresca hortaliza y varia,
Uva de tez luciente,
Que mezcla sus racimos
Con la fruta en los árboles pendiente.
Siempre en su seno moran
Placeres, abundancia y alegría.
Sonando el agua por el surco abierto
Va al rededor en límpida corriente
A fecundar el huerto.
A millares las flores
Esmaltan, cual preciosa pedrería,
El césped con sus fúlgidos colores;
Y entre ellas á porfía
Laboriosas abejas revolando,
Con reciente rocío
Liban fragantes mieles susurrando.
Al caro peso de la vid fecunda
Su copa el olmo cariñoso humilla,
Y el carrizal sus tállos entreteje
Del arroyo á la orilla.
Los árboles regalan fresca sombra,
Con sus brazos formando una enramada
Que niega al sol ardiente
Hasta su pié la entrada,
Y parleras las aves
Vierten sus dulces trinos,
Que los vientos süaves
En ecos multiplican peregrinos.
El huerto nos sustenta,
Nos recrea, regala y enamora,
Los pesares ahuyenta,
Los fatigados miembros avigora
Y la vista contenta.
El huerto, en fin, agradecido paga
En goces varïados
Al labrador su afan y sus cuidados.

(Traducido del latin por D. Francisco de P. Guzman)

LA INSTRUCCION PUBLICA
EN MÉXICO
DURANTE EL SIGLO DÉCIMO SEXTO.

Discurso leido por el SR. D. JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA, *ántes Secretario y actualmente Director de la Academia mexicana, correspondiente de la Real Española, en las juntas celebradas los dias 6 de Junio, 20 del mismo y 4 de Julio de 1882.*

(CONTINÚA.)

De esa misma inclinacion cortesana, por decirlo así, nacia la aficion á las diversiones. No era entónces la ciudad de México, como se ha divulgado y creido, una sociedad triste, una especie de cementerio, donde los vecinos se consumian en el aislamiento y el fastidio, atentos solo á enriquecerse, y en perpetuo temor del despotismo civil y de la persecucion religiosa. Léjos de eso, la ciudad era rica, alegre y divertida. Durante el gobierno del grave Mendoza, no bien asentada todavía la tierra; poco numerosa la regocijada sociedad criolla; en sus principios la formacion de la riqueza privada, no habia lugar ni medios para grandes diversiones. D. Luis de Velasco, el padre, consumado jinete, cazador de arcabuz y de altanería, gran señor con casa en forma y mesa franca, rico, liberal, ostentoso, encontró el terreno ya bien preparado, y distraia á la juventud noble con fiestas continuas de carreras, cañas, alcancías, máscaras, toros y cenas, en todo lo cual le ayudaba grandemente el segundo Marqués del Valle, recien vuelto de España, que reunia en torno suyo la pequeña corte que al fin causó su pérdida. Los caballeros gastaban casi todo su tiempo en esas diversiones, y ser admitido á ellas era casi una ejecutoria de hidalguía, porque los mercaderes y tratantes, por ricos que fuesen, eran

rigurosamente excluidos de toda participacion personal en los regocijos de la nobleza. Aquello servia, en verdad, para sostener el espíritu caballeresco y mantener viva la aficion á los ejercicios marciales; pero llevado al exceso, trajo vicios, desórdenes y gastos locos en trajes, caballos, jaeces, festines y obsequios á las damas. Lo que podria haber llegado á formar una aristocracia poderosa é inspirar recelos al gobierno, merced á la posesion del suelo y dominio sobre los habitantes de los pueblos encomendados, se debilitaba así en el lujo y la ociosidad. Comenzaron á empeñarse las haciendas, y como los despreciados mercaderes tenian las llaves del tesoro, llegaron á adquirir la influencia del acreedor en el deudor, y fueron ya admitidos donde ántes no se les permitia parecer. Los hijos de esos hombres de negocios poblaban las escuelas, siguiendo la carrera que llevaba á los honores, y confundidos allí con los hijos de los nobles, la instruccion los elevaba al nivel de éstos, y acababan de igualarse hasta cierto punto las condiciones.

El espíritu de fausto y ostentacion, de que tampoco estaban exentos los mercaderes, trascendia á las letras y se manifestaba en justas y certámenes literarios, cuyo brillo crecia cuando se aliaban con la religion, tan profundamente arraigada en aquella sociedad. Todo suceso fausto para la Iglesia se celebraba asimismo en la calle, y daba ocasion á que los vecinos ostentasen su riqueza y liberalidad. El año de 1578, con motivo de haber llegado á México una gran cantidad de reliquias regaladas á los jesuitas por el pontífice Gregorio XIII, se determinó celebrar una lucida fiesta. Al anuncio de ella acudieron á México muchas personas distinguidas y gran concurso de pueblo. Con toda pompa se publicó anticipadamente un cartel con el programa de *siete* certámenes literarios. De la Catedral salió la procesion de las santas reliquias, y en el tránsito hasta la iglesia de los jesuitas, donde debian quedar colocadas, se levantaron cinco magníficos arcos triunfales, "el que ménos de cincuenta piés de alto." Fuera de estos principales, alzaron los indios más de cincuenta, hechos de ramas y flores á su usanza. Todas las puertas y ventanas de las casas estaban adornadas con ricas tapicerías, paños de Flandes, doseles de oro y seda. En los arcos, en las esquinas, en templetes que adornaban tambien la carrera, se habian dispuesto pinturas y tarjas con inscripciones, sentencias y poesías latinas, castellanas y hasta griegas y hebreas. En cada arco se detenia la procesion para ver y escuchar danzas, juegos, músicas y poesías. Durante la octava, por la tarde, y en tablados dispuestos al efecto, representaron coloquios por turno los alumnos de los diversos colegios. El sexto dia fué dedicado al exámen de las piezas de retórica y poesía presentadas á los certámenes, y se hizo distribucion pública de los premios. El sétimo dia se representó la *tragedia* de la persecucion de la Iglesia por Diocleciano, y el octavo la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino. Esas piezas, que existen impresas, fueron obra de los profesores jesuitas. Entusiasmado el pueblo con la representacion, pidió que se repitiese, y así se hizo el domingo inmediato. El año 1594 tomaron tambien parte los jesuitas en las grandes fiestas con que la religion dominicana celebró la canonizacion de San Jacinto. Hubo igualmente adornos en las calles, con "tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, emblemas, empresas, enigmas, epigramas, himnos y gran diversidad de ruedas, laberintos, acrósticos y otros géneros de *versos exquisitos*, los más en lengua latina, italiana y castellana, y algunos en griego y en hebreo." El mal gusto comenzaba á asomar con esos versos exquisitos. Sobre un majestuoso teatro, erigido en la iglesia catedral, representaron los colegiales del Seminario, en loor del nuevo Santo, "una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música." Obsérvase que de todas aquellas fiestas, profanas ó religiosas,

gozaba el pueblo entero, y no se encerraban, como suele suceder ahora, en lugares estrechos, á donde solo tuvieran acceso los privilegiados.

Al juzgar del movimiento literario en México durante el siglo XVI, debe tenerse en cuenta que de los frutos del ingenio se malograron muchos. Unos quedaron manuscritos y se perdieron sin dejar memoria: otros, aunque impresos, corrieron igual suerte, y ni sus títulos conocemos: de algunos hay noticia, pero no se hallan; poquísimos han resistido á las calamidades de que han sido víctimas nuestros depósitos literarios. Las órdenes religiosas tuvieron desde el principio bibliotecas; y con ellas podian suplir los estudiantes la falta de la que debió tener la Universidad y no abrió sino muy tarde. Esas bibliotecas sufrieron continua destruccion por la polilla, las inundaciones, los robos, la incuria de sus poseedores, y más que todo por las frecuentes escaseces de papel, que provocaban á destruir libros viejos para venderlos á mercaderes y polvoristas: mucho pasó á tierras extrañas. Así ha perecido grandísima parte del tesoro que nos legaron los siglos pasados: así hemos dejado eclipsar glorias de nuestra patria, y nos vemos reducidos á trazar bosquejos imperfectos, en vez de pintar cuadros acabados y bellos.

La propia naturaleza de los ingenios de México, y la poca oportunidad de lucir en otro terreno, los llevaba decididamente á la poesía. El Illmo. Balbuena dice que la facultad poética "es como una influencia y particular constelacion de esta ciudad, segun la generalidad con que en su noble juventud se ejercita." Asegura que en su tiempo (á fines del siglo) se habian celebrado tres justas literarias, y que en alguna "han entrado trescientos aventureros, todos en la facultad poética ingenios delicadísimos y que pudieran competir con los más floridos del mundo." Gonzalez de Eslava confirma la abundancia de poetas, no con la pulidez de Balbuena, sino con frases más enérgicas que pulcras. En uno de sus *Coloquios* dice un gracioso á otro: "¿Ya te haces coplero? Poco ganarás á poeta, *que hay más que estiércol*: busca otro oficio; más te valdrá hacer adobes en un dia, que cuantos sonetos hicieres en un año." Y en efecto. no se ve que aquellos pobres poetas, por solo ser tales, sacaran de sus trabajos otro provecho que los pocos premios que algunos lograban en los certámenes, y que, si á veces eran de valor, otras se reducian á un par de medias ó una arroba de chocolate. De las piezas presentadas en ellos conocemos tres de Balbuena, y no nos queda ningun otro nombre de los poetas contendientes. El mismo Balbuena, educado en México, aunque español: el Dr. Eugenio Salazar, español tambien: Gonzalez de Eslava, probablemente sevillano, Francisco de Terrazas y D. Antonio de Saavedra Guzman, mexicanos, son los principales poetas de aquel siglo, de que tenemos noticia cierta. De otros podrian hallarse piezas sueltas en forma de elogios á libros agenos; mas no sé si alguno merezca mencion especial.

El Illmo. Balbuena es sobrado conocido para que sea necesario detenerse á hablar de sus obras. Todos hemos leido la *Grandeza Mexicana*, monumento histórico al par que literario, donde el entusiasmo poético algo perjudicó á la severa exactitud de la Historia. Ménos leido es el *Siglo de Oro*, compuesto en México, aunque impreso en España, y cuyo mérito le hizo acreedor á que la Real Academia Española le reimprimiera en 1821. Su gran poema *El Bernardo* ha dado materia á críticas acerbas; pero si se le notan defectos graves, como á todos los poemas épicos españoles, no carece de bellezas que cada dia van siendo más estimadas. Balbuena, discípulo de nuestras escuelas, y criado en el trato con los mexicanos, alcanzó la honra de que su poema fuese colocado entre los escritos con que la Real Academia comprobó los artículos de su gran Diccionario de Autoridades.

El Dr. Eugenio de Salazar fué oidor de México. Dejó un grueso volúmen de versos y prosa con el título de *Silva de Poesía*, que se conserva manuscrito en al biblioteca de la Real Academia de la

Historia de Madrid, y un poema intitulado *Navegacion del Alma.* De sus poesías sólo hallamos publicadas una *Epístola* en tercetos dirigida desde México al *divino* Herrera, donde pondera lo mucho que florecia aquí la literatura: un *Canto del Cisne en una despedida á su Catalina para una ausencia ultramar, ántes que se desposase con ella*, en redondillas fáciles y bien sentidas: una *Cancion* amorosa, unos cortos fragmentos bucólicos, varios sonetos y versos laudatorios, en que no debo detenerme más.

Gonzalez de Eslava, el notable poeta que ha de llamar otra vez nuestra atencion, debió, despues de su muerte, al favor de un amigo la publicacion de sus *Poesías Sagradas* que yo reimprimí no ha muchos años, y que por lo mismo os son bien conocidas: las profanas perecieron. Con Francisco de Terrazas, mexicano, hijo del conquistador del mismo nombre, fué aún más dura la suerte. La gloria de haber sido elogiado por el gran Cervantes en su *Canto de Calíope* es cuanto le queda, porque sus versos han desaparecido por completo. Sábese, y nada más, que cantó en octavas la conquista de México. Conservo, sin embargo, esperanzas de recobrar algun fragmento. D. Antonio de Saavedra Guzman nos dejó, impreso en España el año último del siglo, su *Peregrino Indiano*, poema en veinte cantos de octavas reales, con pretensiones de épico, donde mostró, justo aunque penoso es confesarlo, pobrísimas dotes poéticas. Es una historia que no tiene de poesía más que el metro, y ese malo. Por no perder nada de lo poco que tenemos, conviene hacer mencion de las inscripciones y poesías latinas y castellanas con que se adornó el túmulo levantado para las exequias del Emperador Cárlos V, celebradas en 1560. Es más lo latino que lo castellano, y esto último indudablemente de diversas plumas; porque hay algo bueno, y no poco en verdad detestable.

Entre las muchas distracciones que ofrecia México cuenta Balbuena las "comedias nuevas cada dia." ¿Eran siempre de las compuestas en España, ó tambien los ingenios mexicanos daban producciones á la escena? Dónde y cómo se presentaban esas comedias? Siento que mis pobres indagaciones no hayan llegado á darme la resolucion de esas dudas. Comedias latinas y castellanas solian representar los estudiantes de los colegios de la Compañía. Eran por lo comun obra de los profesores de Retórica. De las castellanas tenemos únicamente la *Persecucion de la Iglesia por Diocleciano*, ántes mencionada, la cual, aunque impresa, no nos es conocida, por no existir en México ningun ejemplar de ella. Tiene personajes alegóricos, á semejanza de los autos sacramentales. De estos nos ha quedado algo más. Ya hablé de las representaciones sacras con que los misioneros entretenian y enseñaban á los indios. Por su parte los españoles, continuando aquí las costumbres de su patria, solemnizaban con representaciones las fiestas de mayor regocijo, y en especial la de Corpus Christi. Existe manuscrito en España, y no ha de ser el único, cierto auto compuesto en 1574 por el presbítero Juan Perez Ramirez, mexicano, con motivo de la consagracion del Sr. Arzobispo Moya de Contreras. Acerca del autor sabemos, por un antiguo códice, que la fábrica de la iglesia mayor le daba cada año cincuenta pesos de minas, porque "hacia las letras de las representaciones y chanzonetas para el ornato de la iglesia y culto divino." Acaso alguna vez alcanzaria tambien las *joyas* ó premios con que la Ciudad y el Cabildo eclesiástico acostumbraban estimular á los autores de las piezas. Para juzgar de la altura á que llegó aquí esa clase de composiciones, nos basta con los diez y seis *Coloquios Espirituales* del *divino poeta* (así se le llama) Hernan Gonzalez de Eslava, que juntamente con las *Poesías sagradas* se dieron á luz en 1610, muerto ya el autor. No es nuestro Eslava, ni con mucho, el gran D. Pedro Calderon de la Barca; pero sus *Coloquios*, hace poco reimpresos por mí, son, sin disputa, lo mejor que nos queda de la poesía del siglo XVI. Muéstrase el au-

tor en ellos poeta notable, versificador fácil y teólogo entendido. No exagera los defectos inherentes á ese género de composiciones: es un escritor sobrio, lleno á veces de uncion, que no haria papel desairado en medio de los tesoros de la literatura española. Su nombre, sin embargo, es casi desconocido: de su vida nada se sabe: nadie ha escrito un juicio crítico de sus obras, y nos ofrece un ejemplo palpable del triste porvenir que aguardaba á los mejores ingenios de México.

En un siglo profundamente religioso, si bien no muy ajustado en sus costumbres á las divinas enseñanzas, era preciso que floreciera la oratoria sagrada. La predicacion debia ser continua: á los indios para conversion y doctrina: á los demás para enmienda de vicios. La llegada de los jesuitas le dió mayor vuelo; mas las prensas de aquel tiempo fueron tan premiosas para publicar sermones, como pródigas y despilfarradas las de los siglos siguientes. Unicamente de dos sé que se imprimieran: el predicado en las exequias del Emperador Cárlos V, y la oracion fúnebre de Fr. Alonso de la Veracruz, dicha por el franciscano Fr. Pedro Ortiz; pero no se hallan. Carecemos, por lo mismo, de fundamentos para formar juicio de aquella oratoria. A los sermones del Sr. Zumárraga se atribuye la preciosa cualidad de mover los ánimos, y bien puede creerlo quien haya leido sus escritos. Entre los oradores sagrados de la época se encuentra mencionado con especial recomendacion el provincial de los franciscanos, Fr. Francisco de Bustamante, á quien solian encomendarse, mediado el siglo, los sermones *de desempeño*. Cervantes Salazar le califica de insigne orador, y dice que los templos eran estrechos para cuando él predicaba, porque los mexicanos le oian con gran gusto, y no sin razon, pues "enseñaba con claridad, deleitaba en gran manera, y conmovia profundamente al auditorio." Entre los primeros jesuitas sobresalieron como oradores los padres Pedro Sanchez, provincial, y Diego López. Pienso que los sermones catequísticos ó doctrinales serian llanos, como el asunto pedia, y los panegíricos irian conformándose con las variaciones del gusto literario, como de ordinario acontece.

Base de la oratoria sagrada es, sin duda, la Teología: el estudio más importante siempre, más honrado y más seguido en aquellos tiempos: con el Derecho Canónico y la Filosofía Escolástica tenia que marchar en estrecho consorcio, y en esas ciencias hallamos los nombres más claros del siglo XVI. Muchos de los misioneros eran profundos teólogos y canonistas; y bien lo habian menester, porque las infinitas é intrincadas cuestiones que de continuo se ofrecian con ocasion del bautismo y del matrimonio de los indios eran tales, que como dice un religioso contemporáneo, "excedieron al número de los casos que todos los doctores teóolgos y canonistas escribieron." El P. Focher, franciscano francés, fué durante cuarenta años el oráculo de la Nueva España: á él acudian todos, religiosos y seglares, en sus dudas, y siempre respondia, componiendo á veces un pequeño tratado acerca de la materia. Así escribió mucho; pero solo un opúsculo suyo el *Itinerarium Catholicum*, se imprimió: casi todo lo demás está ya perdido para México. Fr. Pedro de Agurto, mexicano, alumno de esta Universidad, y despues obispo de Cebú en Filipinas, compuso un docto tratado, que anda impreso, cuyo fin es probar que debian administrarse á los indios los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion. De Fr. Bartolomé de Ledesma, español, obispo de Oaxaca, tenemos tambien impreso un extenso tratado latino de los *Sacramentos* de la Iglesia. El *Speculum Conjugiorum* de Fr. Alonso de la Veracruz, fué de grande utilidad á los misioneros y se reimprimió en Europa. Innumerables fueron las obras teológicas que se escribieron, tanto dentro del mismo siglo como en los primeros años del siguiente; pero las más quedaron manuscritas y se perdieron. Con recordar que durante el siglo XVI se celebraron los tres únicos Concilios Mexicanos hasta ahora confirmados, ya se viene en conocimiento de que no fal-

taban teólogos y canonistas, ni escasearon los informes, dictámenes y disertaciones para estudiar y fundar los cánones de aquellas doctas asambleas. ¡Y cuánto duele decir que México ha perdido en nuestros dias esos trabajos, conservados hoy con grande estima en un lugar, mexicano tambien en otro tiempo, y tambien perdido para nuestra patria: en S. Francisco de Californias! De Filosofía Escolástica vimos algo en los escritos del P. Veracruz, y debo añadir que el P. jesuita Antonio Rubio, español, graduado de doctor en nuestra Universidad, escribió y enseñó aquí su curso de Filosofía, impreso varias veces en Europa, y cuya *Lógica Mexicana* (que así la llamó por haberla escrito en México), fué declarada de texto exclusivo en la Universidad de Alcalá con aprobacion del rey.

Ni como teólogo, ni como filósofo, ni como canonista, si bien no le eran extrañas esas ciencias, podemos contar propiamente á nuestro ilustre primer obispo, el Sr. Zumárraga; pero sí podemos honrar estas páginas con su nombre, como escritor ascético y moral; castizo, profundo, persuasivo y útil, aunque oculto bajo el humilde disfraz de compilador de tratados doctrinales. Bien quisiéramos ver reimpresas sus obras, y que nuestras prensas se honraran con trabajo tan meritorio.

Acerca del Derecho Civil no se encuentra cosa notable original; pero correponde á México la gloria de que tras repetidas tentativas infructuosas hechas en otras partes para poner órden en el caos de la legislacion de Indias, aquí se diera á la prensa la primera recopilacion de cédulas, conocida con el nombre de su colector, el oidor Vasco de Puga.

Permitidme ahora, Señores, que en breves razones os diga algo de otros escritos que, si no tocan directamente á la literatura, hacen falta en el cuadro que me he propuesto bosquejar. Si os hablo de Medicina, sírvame tambien de excusa el hecho de que esa ciencia se enseñaba en nuestra Universidad literaria. Tuvo en México ilustres representantes. Reduciéndonos á los que escribieron, mencionaré al Dr. Cristóbal Mendez, que en Jaen (1553) imprimió un libro *Del ejercicio y de sus provechos*: al Dr. Pedrarias de Benavides, autor de unos *Secretos de Chirurgía* (Valladolid, 1567): al Dr. Bravo, que en 1570 emplea las prensas de Pedro Ocharte para imprimir sus *Opera Medicinalia*: al hermano coadjutor Alonso López de Hinojosos, que dió dos ediciones mexicanas de una *Suma y Recopilacion de Cirujía*: al Padre Agustin Farfan, agustino, primer mexicano que imprimió *Tratado de Medicina*, del cual se hicieron cuatro ediciones. Dije que no hablaria sino de escritores; pero ¿cómo negar hasta un recuerdo al caritativo médico Pedro López, fundador de los hospitales de San Juan de Dios y de San Lázaro, y de la primera casa de Expósitos de nuestra capital?

Médico era tambien el Dr. Cárdenas; pero sus *Problemas y Secretos maravillosos de las Indias*, salidos de las prensas de Pedro Ocharte en 1591, son más bien un libro de *Cuestiones naturales*. Y si de estas ciencias hay que hablar tambien, no se debe callar que el célebre Dr. Hernandez escribió su gran Historia Natural de la Nueva España de órden de Felipe II, quien envió asimismo al geógrafo Dominguez para que levantara la carta de la nueva tierra, tal vez porque no conoció ó no le contentaron las que trazó el barcelonés Juanoto Durán. El mismo Felipe II mandó formar una estadística completa de sus vastos dominios, obra admirable que ninguna otra nacion igualó entonces, y cuya parte americana, de que tengo preciosos originales, es uno de los más importantes documentos para la historia del Nuevo Mundo. Hasta el arte de la guerra halló escritor donde ménos podia esperarse: en la Audiencia de México, pues el oidor D. Diego García de Palacio imprimió en casa de Pedro Ocharte, el año de 1583, sus curiosos *Diálogos Militares*. La *Instruccion Náutica* del mismo oidor (1587) es una de las autoridades del gran Diccionario de la Real Academia.

Un caballero mexicano, Juan Suarez de Peralta, hijo del conquistador, admitido á todas las fiestas de la nobleza mexicana, alegre, pródigo, aficionadísimo á caballos y á los ejercicios ecuestres, ejercitó tambien la pluma, y nos dejó un libro que despues de dormir tres siglos en los archivos, ha salido á luz en 1878 con el nuevo título de *Noticias Históricas de la Nueva España.* No es una historia, sino una relacion de sucesos pasados y contemporáneos, escrita con desaliño y poca literatura; pero viva, animada y por demas curiosa é importante. No hay libro que nos dé á conocer como este aquella sociedad, y la vida de nuestros antepasados. Testigo presencial de la mayor parte de los sucesos que refiere, da acerca de ellos pormenores que no conociamos, y la Conjuracion del Marqués del Valle recibe gran luz con la relacion de Peralta. Trasladóse á España, y dejándose llevar de la corriente de su aficion, dió allá á luz su *Tratado de la Caballería, de la jineta y brida* (Sevilla 1580), y dejó inédito un curioso *Libro de Albeitería*, al estilo mexicano, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

(*Concluirá.*)

PLAYERA.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,
Deje que el agua durmiendo ciña
Con sus cristales su blanco pié.
Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.
Cuando en Levante despunte el dia,
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes en la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.
Enlazaremos en las palmeras
La suave hamaca, y en su vaiven
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán tambien.
Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al son del remo que hiende el mar.
Mientras la noche prende en sus velos
Broche de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos
¡Lágrimas de oro sobre el zafir!
El mar velando con ténue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha nácar, nido de amor.
Ya la marea, niña, comienza;
Ven, que ya sopla tibio terral;
Ven, y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello, rojo coral.
La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su lindo pié;
Despues, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

JUSTO SIERRA.

OSSIAN.

Existió hácia los primeros siglos de nuestra era, un pueblo guerrero y casi salvaje en la parte Norte de la moderna Escocia. Dividido en varias tribus, ó más propiamente, formando diversas naciones, cada una de éstas tenia su rey propio; y aunque todas entre sí estaban siempre en contínuas guerras, pero llegado el caso de una invasion extranjera uníanse fraternalmente para resistirla. Tal sucedió cuando las águilas romanas, con su afan de dominar el mundo, tendieron su vuelo hácia aquel remoto país.

La más famosa y tambien la más temida de aquellas naciones, fué, segun la tradicion, la que formaba el reino de Morven, de donde era soberano el célebre Fingal. Ossian fué hijo de éste; y no solo se contaba entre los más hábiles y valerosos guerreros de su padre, sino que era ademas jefe de los *bardos*, porcion escogida de poetas que cantaban las hazañas de los héroes, y que, ya al comenzar los combates, ya al retirarse los ejércitos en busca de descanso, estaban encargados de encender el valor de los guerreros, recordándoles las glorias de sus antepasados.—Ossian quedó ciego; sufrió con dolor la muerte de su hijo Os-

car, el esposo de Malvina; y por último, casi destruido el reino de Morven, permaneció sólo, aislado y triste en el país que tantas veces habia presenciado las proezas de su juventud. Unicamente le acompañaba en aquellos amargos dias la fiel Malvina, la dulce y encantadora Malvina, consuelo de su vejez y de sus tristezas. Ambos recorrian los ya solitarios bosques, visitaban los campos de batalla, se detenian en los abandonados castillos, subian á los callados montes. Sentado Ossian sobre las ruinas, entregaba su semblante á las caricias de las brisas natales, y, nuevo Homero, evocaba los recuerdos de pasados combates entonando esos cantos dulcísimos, melancólicos y llenos de sentimiento que han llegado hasta nosotros como preciado perfume de remota y exquisita poesía.—Así nos presenta la tradicion estas dos figuras que parecen hijas del amor y del génio.

Ossian, poeta inmortal, canta las gloriosas batallas de su pueblo, celebra el valor de los héroes que combatieron á su lado, recuerda sus amores, y describe con poéticas y ricas frases las pompas de la naturaleza. Por esto Ossian vive aún en la memoria de los hombres; por esto sus cantos son preferidos de la juventud y de cuantos aman la belleza de la poesía y el sentimiento. ¿Quién como Ossian tiene la facilidad de trasportarnos á las montañas de Morven; y quién como él, presenta á nuestra vista los apacibles resplandores del lucero de la tarde, la moribunda claridad de la luna al amanecer; las nieblas que cubren los valles y coronan los montes; el estrépito y bullicio de las batallas, la melancolía de las grutas en donde descansan los guerreros; y finalmente, aquella codiciada pléyade de vírgenes de dorada cabellera y de ojos azules como las ondas del océano, que ansiosas esperan á sus amantes despues de los combates?.... La poesía de este Homero salvaje es una poesía delicada y virginal, por explicarme así; fresca y olorosa como las flores silvestres, apacible como los rumores de la naturaleza, suave como las brisas del mar, sublime, en fin, y profundamente conmovedora.

Muchos niegan la existencia de Ossian; pero ¿qué importa si sus cantos viven?

VICTORIANO AGÜEROS.

EL PRIMER FRUTO.

(INÉDITA.)

Arbol plantado en el huerto
Que amor con empeño rudo
Acotar y labrar pudo
De la vida en el desierto,
Da al viento fértil retoño
Y ostenta, rica en aroma,
La más regalada poma
De cuantas cuaja este otoño.
No temas ya que taladre
Tu sér dolor inaudito,
¡Bien le compensa el bendito
Regocijo de la madre!
El llanto enjuga que viertes;
Pon de tu esposo en los brazos
La prenda que hace los lazos
Del matrimonio más fuertes.
Pagarán lo que ser madre
Te cuesta en pena prolija,
Las caricias de la hija
Y el doble afecto del padre.
Justo es que en ferviente anhelo,
De gratitnd conmovidos,
Los dos, de la mano asidos,
Alceis los ojos al cielo;
Ya que Dios, en grato dia
Unió vuestros corazones,
Acrecentando sus dones
Regalo tal os envía.
Rocío tras el desmayo
Del calor; copo de espuma;
Ave de cándida pluma;
Dulce alborada de Mayo;
Lucero en el horizonte,
Perla que cuaja en los mares,
Ramillete de azahares,
Con que se perfuma el monte;
Iris que la lluvia escasa
Tiñe en colores sin cuento;
De los extraños contento.
Y alegría de la casa,

La niña al mundo venida
Y que como tú se nombra,
Es tu imágen, es tu sombra,
Es tu sangre y es tu vida.
Si de sus ansiados bienes
El mundo te abriera el arca,
Pudieras ver que no abarca
Tesoro como el que tienes.
Jamás á tu pecho el luto
Dará de acerbos dolores.
Por muchas penas que llores,
De tus entrañas el fruto.
Que su sexo, al bien propicio,
Le ha de apartar en la tierra
De las cimas de la guerra,
De los escollos del vicio.
Verás tu fortuna doble
Con solo que consideres
Que en las débiles mujeres
El corazon es mas noble.
Vaso de fragancia extrema,
Muy rara vez se la quita
Ni la arrogancia que irrita,
Ni la impiedad que blasfema.
El llanto enjuga que viertes;
Pon de tu esposo en los brazos
La prenda que hace los lazos
Del matrimonio más fuertes.
Quien os la dió, que os la guarde;
Y, como á tí, la haga el cielo
Buena y hermosa, y modelo
De hijas y esposas más tarde!

J. M. Roa Bárcena.

UN CUADRO.

DE LA NATURALEZA.

(Fragmento.)

El camino de Jalapa ofrece todos los encantos de una naturaleza lozana y los más espléndidos paisajes. Las feraces comarcas de la Tierra Caliente se extienden á lo léjos revestidas de su brillante vegetacion tropical, y las montañas y colinas se sùceden determinando el carácter áspero del terreno. La extensa cañada del Actópan se dibuja en lontananza con su aspecto tenebroso, esforzándose en vano la vista por escudriñar el fondo de aquel abismo.

Al descender la cuesta de San Miguel densos nubarrones amenazaban verter el agua á torrentes, obligándome á apresurar la marcha é impidiéndome contemplar los bellos panoramas que se desarrollaban á mi vista. El que no ha presenciado una tormenta en el corazon de una sierra, no puede concebir la más lijera idea de un espectáculo tan sublime como imponente, espectáculo que domina el ánimo aterrorizado y acaba por inspirarle la más profunda admiracion. Los nimbus de siniestro y sombrío aspecto avanzan por las altas regiones atmósfericas con movimiento rápido y vertiginoso ocultando el cielo poco ántes despejado. Los relámpagos y los truenos se suceden como precursores de la tempestad, espantadas las aves vuelan precipitadamente para albergarse en las profundas grietas de las rocas, y en vano el caminante busca afanoso algun lugar que le preste seguro asilo contra el destecho temporal.

El árbol más corpulento se doblega á impulsos del huracan, cediendo muchas veces al irresistible poder del desencadenado elemento, y al dividirse, su añoso leño cruje fuertemente cual si lanzara un gemido el jigante de la selva, y al desgajarse troncha y derriba con estruendo los árboles que le cercan. El estampido del rayo, la repercusion en las montañas de su estridente sonido, el movimiento ondulatorio del follaje agitado por el aire, los rugidos del viento, y el agua que en cataratas se desprende de las nubes inundando el suelo y corriendo precipitadamente, en direcciones encontradas, por los pliegues y quiebras de la montaña, todo se combina para hacer más imponente el fragor de la tempestad.

Pasada la tormenta, el viajero, libre de su natural pavor y sobresalto, puede contemplar una atmósfera límpida y trasparente que colora de un bellísimo azul el cielo, y permite distinguir netamente el relieve de las montañas lejanas con la fresca y brillante vejetacion que las reviste. Los impetuosos torrentes disminuyen con lentitud su caudaloso volúmen, convirtiéndose al fin en delgados hilos de cristal. Las bellísimas frases musicales de la Pastoral de

Beethoven no reconocen ciertamente otra fuente de inspiracion que esos sublimes espectáculos de la naturaleza.

Antonio García Cubas.

FLOR DEL ALBA.

I.

Las montañas del Oriente
La luna traspuso ya;
El gran lucero del alba
Mírase apénas brillar,
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal.
Bajo su manto de niebla
Jime soñoliento el mar,
Y el céfiro en las praderas
Tibio despertando va.
De la sonrosada aurora
Con la dulce claridad,
Todo se anima y se mueve,
Todo se siente ajitar.
El águila allá en las rocas
Con fiereza y majestad
Erguida ve el horizonte
Por donde el sol nacerá;
Mientras que el tigre gallardo,
Y el receloso jaguar,
Se alejan buscando asilo
Del bosque en la oscuridad.
Los alciones en bandadas
Rasgando los aires van,
Y el *madrugador* comienza
Las aves á despertar:
Aquí salta en las caobas
El pomposo *cardenal*,
Y alegres los guacamayos
Aparecen más allá.
El *aní* canta en los mangles,
En el ébano el *turpial*,
El *cenzontli* entre las ceibas,
La alondra en el arrayan,
En los maizales el tordo,
Y el mirlo en el arrozal.
Desde su trono la orquídea
Vierte de aroma un raudal;
Con su guirnalda de nieve
Se corona el huayacan;
Abre el algodon sus rosas,
El ilamo su azahar,
Miéntras que lluvia de aljófar
Se ostenta en el cafetal,
Y el nelumbio en los remansos
Se inclina el agua á besar.

II.

Allá en la cabaña humilde
Turban del sueño la paz
En que el labriego reposa,
Los gallos con su cantar;
El anciano á la familia
Despierta con tierno afan,
Y la campana del *Barrio*
Invita al cristiano á orar.
Entónces, niña hechicera
De la choza en el umbral
Asoma, que *Flor del Alba*
La gente ha dado en llamar.
El candor del cielo tiene
Su semblante virginal,
Y la luz de la modestia
Resplandece en su mirar.
Alta, gallarda, y apénas
Quince abriles contará;
De azabache es su cabello,
Sus lábios bermejos, más
Que las flores del granado,
La púrpura y el coral;
Si sonrien, blancas perlas
Menudas hacen brillar.

III.

Ya sale airosa llevando
El cántaro en el *yagual*,
Sobre la erguida cabeza
Que apénas mueve al andar.
Cruza el sendero de mirtos,
Y cabe un cañaveral
Donde hay una cruz antigua
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
Musgosas de un manantial,
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.
Luego sube á la colina
Desde donde se ve el mar,
Y allí, con mirada inquieta,
Buscando afanosa está
Una barca entre las brumas
Que ahuyenta ledo el terral;
Los campesinos alegres
Que á los maizales se van,
Al verla así, la bendicen,
Y la arrojan al pasar

Maravillas olorosas
De las cercas del *bajial*;
Que es la bella *Flor del Alba*
La dulce y buena deidad
Que adoran los corazones
De aquel humilde lugar.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

En el idilio anterior, he querido no solo describir el aspecto de la naturaleza en la madrugada, sino tambien presentar un cuadro de las costumbres de la costa, á esa hora.

Como la doncella á quien llamo *Flor del Alba*, todas las jóvenes costeñas que habitan en los *barrios*, que son pequeñas aldeas hundidas verdaderamente en un océano de vejetacion, se levantan al despuntar la aurora, salen de sus cabañas y se dirijen al rio á traer el agua que necesitan para los usos de la familia.

Es de advertir que en la costa del Sur no hay más ciudad que la pequeña de Acapulco. La poblacion de las costas vive en esos barrios, ya sea por la escasez de ella, ó por su falta de cultura, ó porque así conviene más á sus trabajos agrícolas, únicos á que se consagra.

Es en extremo pintoresco el aspecto de los *barrios*, con sus cabañas de hojas de palmera escondidas en un bosque de parotas, de mangles, de caobas y cocoteros, y rodeadas por todas partes de altísimas y espesas yerbas. En los techos cónicos de estas cabañas se enredan millares de trepadoras, ostentando allí sus gigantescas flores azules, rojas y blancas.

Apenas hay un *barrio* de estos que no tanga cerca un rio, y precisamente por aprovechar sus aguas, se han situado casi todos en las márgenes de los que descendiendo de la sierra corren por el planío de la costa á desembocar en el mar. El *Atoyac* sólo tiene en sus orillas cerca de veinte.

He dicho que no hay en toda la costa del Sur más ciudad que Acapulco, y es así; pues aunque algunos pueblecillos han sido bautizados con el título de ciudades por el Gobierno de Guerrero, como Tecpan, en memoria del ilustre patriota D. Hermenegildo Galeana, nativo de allí; y algunos otros por diversos motivos, la verdad es que no son más que *barrios* con una poblacion un poco mayor que los demás. Acapulco es el único lugar que puede aspirar á tal nombre, por el mayor número de sus habitantes, por la regularidad de sus casas y calles, y por su comercio y cultura.

Como es de suponerse, en estas poblaciones reinan las costumbres sencillas de la vida del campo. Las familias acomodadas, y aun hay algunas que pueden llamarse ricas, no se distinguen de las demas. Tienen todo el carácter patriarcal de los pueblos primitivos, y recuerdan por esto aquellos tipos que tanto nos agradan en las leyendas bíblicas.

Las mujeres, cualquiera que sea su condicion, van vestidas con su pintoresco traje, compuesto de unas enaguas largas de lienzo y de brillantes colores, con su ancho ceñidor de burato, su camisa regularmente de lienzo muy fino y su chal de merino negro con largos flecos en las puntas; llevan adornado el cuello con sartas de perlas y de coral, y sujetos los cabellos con el "cachirulo" de oro. Así se dirigen á los rios á llenar su cántaro, que cargan en la cabeza, como algunas mujeres del Asia y como las de la campiña romana. Es hermosa aquella orilla del rio en las horas de la madrugada, porque se ve concurrida por las lindas muchachas de los barrios que forman allí deliciosos grupos.

Tal es el cuadro que ofrecen los rios á la hora del alba.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EN SU TUMBA.

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.
Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre vírgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio dia
Sobre su tallo mústio se dobló.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA INSTRUCCION PUBLICA
EN MÉXICO
DURANTE EL SIGLO DÉCIMO SEXTO.

Discurso leido por el Sr. D. Joaquin García Icazbalçeta, *ántes Secretario y actualmente Director de la Academia mexicana, correspondiente de la Real Española, en las juntas celebradas los dias 6 de Junio, 20 del mismo y 4 de Julio de 1882.*

(CONCLUYE.)

Campo inmenso se abre ya á mi vista con los trabajos lingüísticos é históricos que debemos al siglo XVI. Al llegar los misioneros, halláronse frente á una lengua del todo desconocida para los habitantes del viejo mundo; y conforme adelantaban en sus apostólicos trabajos, descubrian con dolor, que esta tierra, donde parecia haber caido con mayor peso la maldicion de Babel, estaba llena de lenguas disímbolas, de todas formas y estructuras, pulidas las unas, bárbaras las otras, de las cuales no habia intérpretes, ni maestros, ni libros, y de las más ni gente culta que las hablara. Bastante era aquel obstáculo para aterrar el ánimo más intrépido; pero no existia para los misioneros cosa en el mundo que pudiera amortiguar el fuego de la caridad en que se abrasaban. Emprendieron gigantesca lucha contra aquel monstruo de cien cabezas, y le vencieron. Hoy el estudio de un grupo de lenguas, tal vez de una sola, levanta á las nubes la fama de un filólogo, que casi siempre encuentra andada en trabajos anteriores gran parte del camino: entónces los misioneros aprendian ó más bien adivinaban todo desde sus primeros principios; y uno solo abarcaba cinco ó seis de aquellas lenguas sin analogía, sin filiacion comun, sin alfabeto conocido, sin nada que facilitase la tarea. Hoy se hacen esos estudios, por la mayor parte, en la tranquilidad y abrigo del gabinete: entónces en los campos, en los bosques, en los caminos, á cielo abierto, en medio de las fatigas del apostolado, del hambre, de la desnudez, de la vigilia. Los misioneros no emprendian tan graves tareas por alcanzar fama: no comparaban las lenguas, no las trataban de una manera científica, querian ajustarlas todas al cartabon de la latina; pero iban derechos á la utilidad práctica de entenderse con los naturales, y echaban los sólidos cimientos que podrian servir para levantar un magnífico edificio. El grupo lingüístico de nuestra literatura es uno de los que más la honran, y eso que no conocemos sino una parte de él. Incontables son los escritos que permanecieron inéditos, ya por falta de proteccion para costear los gastos de imprenta, ya por ser traducciones de textos sagrados que entónces no era permitido poner en manos del vulgo. El P. Olmos es un principal ejemplo de la mala suerte que aguardaba á muchos de aquellos escritores. Se cree que supo varios idiomas de los chichimecos, porque anduvo largo tiempo entre ellos, y consta que escribió, sin contar otros libros, gramáticas y vocabularios de las lenguas mexicana, huasteca y totonaca. De tan grandes trabajos solamente ha sobrevivido la Gramática mexicana, que despues de rodar durante más de tres siglos por bibliotecas públicas y particulares, al fin ha venido á salvarse, gracias á la bellísima edicion que de ella se hizo, no en México, sino en Paris, el año de 1875. En una historia de la literatura mexicana, reclamarian lugar preferente la noticia y análisis de los libros de lenguas indígenas, tan estimados y estudiados hoy en los países extranjeros: aquí no puedo hacer más que recordar los principales, sin salir de los impresos en México durante el siglo XVI.

Se duda todavía quién fué el primero que escribió en lengua mexicana: es de creerse que no pasaron muchos años sin que los misioneros formasen la doctrina en esa lengua; pero la primera de que hay hasta ahora noticia cierta es la que en 1539 mandó imprimir el señor Zumárraga. En 1546 imprimió, tambien á su costa, la que escribió el insigne Fr. Alonso de Molina, que vino muy niño á México y recibió aquí educacion. Dióse al estudio de la lengua,

que ya habia aprendido en el trato con los indios. Fué el principal maestro é intérprete de los franciscanos, cuyo hábito recibió, y aunque no le faltaron contradicciones, tuvo la fortuna de ver impresa y reimpresa, una buena parte de sus obras: dos ó tres *Doctrinas*, dos *Confesonarios* (reimpresos), y el gran *Vocabulario Mexicano*, que despues de haberse impreso aquí en 1555 y 1571, ha visto de nuevo la luz pública, en admirable edicion, el año pasado de 1880, en Leipsic. El venerable P. Gante imprimió dos ó tres veces su *Doctrina* mexicana, y se hallan tambien las de los padres Fr. Domingo y Fr. Juan de la Anunciacion, domínico el uno, agustino el otro. Del gran P. Sahagun tenemos la *Psalmodia Christiana*, coleccion de salmos ó cantares para las fiestas de los indios, hecha con el fin de desterrar los de la antigua idolatría. El P. Gaona publicó sus *Coloquios de la paz y tranquilidad del Alma*, que al decir de los contemporáneos, se distinguen por la pureza del lenguaje. Tenemos asimismo una copiosa coleccion de *Sermones* mexicanos, por Fr. Juan de la Anunciacion, agustino; y el fecundo escritor franciscano Fr. Juan Bautista comenzó en el último año del siglo, para continuar en los primeros del siguiente, la série de sus publicaciones mexicanas.

De la difícil lengua otomí se creia que no habia libro impreso en el siglo XVI, porque nadie le menciona; pero no ha mucho se halló la *Doctrina* de Fr. Melchor de Vargas, en castellano, mexicano y otomí. Para el idioma tarasco fué Fr. Maturino Gilberti, frances, lo que el P. Molina para el mexicano. Nos ha dejado una "Cartilla," una "Gramática," dos "Tesoros espirituales," diversos, un enorme "Diálogo de Doctrina," trabajo asombroso, y un "Vocabulario" doble. Escribió además, para el colegio de Taltelolco, una "Gramática latina," que he visto impresa. En la misma lengua tarasca imprimió "Arte, Diccionario breve" y otras obras, Fr. Juan Bautista de Lagunas; y Fr. Juan de Medina nos dió un extenso *Doctrinalis Fidei.*

Del misteco no faltaron escritores. Además de dos *Doctrinas* en dos dialectos diferentes, que dió al molde el infatigable misionero Fr. Benito Fernandez, tenemos la *Gramática* del P. Reyes, y el rarísimo *Vocabulario* compilado por Fr. Francisco de Alvarado. No se sabia que hubiese escritor en lengua Chuchona (de la familia del misteco); pero al fin se halló, en un atado de papeles viejos destinados á envolver, la *Doctrina* de Fr. Bartolomé Roldan, autor totalmente desconocido. ¡Cuántos otros se hallarán en igual caso! En zapoteco salieron á luz la *Doctrina* del Illmo. Sr. Feria, obispo de Oaxaca; el *Arte y Vocabulario* del P. Córdoba. En huaxteco existen las *Doctrinas* de los padres Guevara y Cruz. No quedaron desatendidas las provincias meridionales. A las prensas de México vinieron la *Doctrina Utlateca* del Illmo. Sr. Marroquin, obispo de Guatemala: las gramáticas de varias lenguas de aquella region, compiladas por Fr. Francisco Zepeda, y el *Arte* y *Vocabulario* maya de Fr. Luis de Villalpando. Así es que ántes de terminar el siglo habia ya impresos libros en ocho ó diez lenguas indígenas, y corrian los cinco vocabularios de mexicano, tarasco, misteco, zapoteco y maya. Despues, durante casi dos siglos, continuó produciendo frutos el celo religioso, tanto en esas lenguas como en otras muchas; y es un hecho digno de atencion que no existe obra de este género cuyo autor no sea eclesiástico.

Ya os habré fatigado, señores, con esta larga y seca enumeracion. Sólo comprende, sin embargo, algunas de las obras impresas en México durante el siglo XVI; y para honor de nuestras prensas sea dicho, no se llevaban entónces á imprimir en España tales obras. Aquí se escribian, aquí habia prensas que las multiplicaban; y despues, en nuestros tiempos de cultura, no hemos impreso una sola; si algo hemos ganado de fuera nos ha venido, ya lo habeis visto. Y en los libros de que tratamos no siempre se reduce el fruto á los conocimientos lingüísticos: algunos ayu-



dan áun de otra manera al estudio de la Historia. Hallamos, por ejemplo, en el prólogo del *Arte Misteca* del P. Reyes, varias noticias acerca de las antiguallas de aquella gente: en el *Arte Zapoteca* del P. Córdoba, lo único que sabemos del calendario de la nacion; y en el *Sermonario Mexicano* de Fr. Juan Bautista (1606), curiosos datos para nuestra primitiva historia literaria. Con pena me despido de tan venerables varones, sin haberles tributado por entero el homenaje de respeto y admiracion á que son acreedores. Pero la Historia me llama, y deseo concluir, porque os he invitado á escuchar un discurso, no un libro.

Tan pronto como cesó el estruendo de las armas, y comenzó á predicarse el Evangelio, algunos de los misioneros, viendo cuánto les importaba para la conversion el conocimiento de las costumbres de los indios, y movidos tambien de ilustrada curiosidad, se dieron á investigar las antigüedades de la tierra. Hallaron que los aztecas conservaban la memoria de los hechos pasados por medio de cantares y pinturas geroglíficas, de las cuales faltaban ya muchas, por diversas causas. Procuraron que los naturales mostrasen las que existian y formasen otras nuevas con los recuerdos que guardaban, para que diesen la explicacion de todas, conforme á la inteligencia trasmitida de una en otra generacion. Interrogaban tambien á los ancianos: comparaban los testimonios y sacaban lo que advertian mejor probado, ó de mayor verosimilitud.

Dejando aparte las explicaciones sueltas de pinturas, que todavía se conservan, y entre las cuales es notable la del *Códice* histórico-administrativo que mandó pintar é interpretar el virey Mendoza, cuyo nombre lleva, el primer escritor de cosas de indios que se nos presenta es el célebre Fr. Toribio de Motolinia, uno de los primeros doce franciscanos: autor verdaderamente original, cuya *Historia de los Indios de Nueva España* encanta por su sencillez y frescura. Exenta de las pesadas digresiones que á menudo afean otros escritos del siglo, nada hay en sus páginas de inútil ó fastidioso. No escribió propiamente la historia antigua de los indios, sino la noticia de su religion y costumbres, para concluir con el relato de la conversion, y la vida del primer prelado franciscano. Era el P. Motolinia gran admirador de las bellezas naturales: por gozar de ellas emprendia penosas jornadas; se complace en la descripcion de tierra tan nueva, y entónces salen de su pluma trozos bellísimos. Tal es la obra que por primera vez imprimí completa; pero existe otra, inédita todavía, semejante en el conjunto á aquella, aunque con muy notables supresiones y aumentos. La ciencia astronómica de los aztecas y su cosmogonía ocupan buena parte de esa obra inédita, que á juicio de los inteligentes es un monumento histórico de altísima importancia. En mi poder está, y me propongo presentárosla impresa ántes de mucho.

El P. Olmos, tan infatigable misionero como fecundo escritor, recogió asimismo y redujo á cuerpo ordenado narraciones históricas; pero su obra no parece, y sólo tenemos de ella lo que otros autores incorporaron en las suyas. Despues de los antiguos misioneros se observa una suspension en los trabajos históricos, que se renovaron con empeño hácia los años de 1570. El P. Tovar, tezcocano, recogia por órden del virey Enriquez las pinturas de México, Tezcoco y Tula, hacia que los ancianos las interpretasen, y con sus explicaciones formaba la historia antigua de los mexicanos, hace poco publicada, con el nombre de *Códice Ramirez*, por uno de los que me escuchan (1). El P. Durán, mexicano, y al parecer mestizo, se apoderaba del Códice, le aumentaba considerablemente, y le presentaba de nuevo con el título de *Historia de las Indias de Nueva España*; obra grande publicada tambien por primera vez en nuestros dias, conforme á una magnífica copia que vino de España por mi mano. El P. jesuita Acosta, que llegó á México por aquel entónces, aprovechó bien la obra de Tovar para su *Historia Natural y Moral de las Indias*. Un indígena, Tezozomoc,

(1) El Sr. D. José María Vigil.

escribia á fines del siglo una *Crónica Mexicana*, tomando tambien por base el *Códice Ramirez*. Imprimióse tiempo há en Lóndres; pero la primera edicion mexicana se debe, como la del *Códice*, á uno de nuestros colegas (2). Otro indígena, Muñoz Camargo, habia escrito ántes una *Historia* particular de su ciudad de Tlaxcala. nos queda un fragmento considerable de ella, impreso con pobrísima apariencia, y que está pidiendo la nueva edicion que se prepara. No es del caso hablar de otros trabajos de los indígenas, ya por ser breves, ya por haberse perdido, lo cual nos impide juzgar de su importancia.

Por los años de 80 aparece un autor capital de cosas de indios: el P. Sahagun, cuyos escritos son una mina inagotable para los estudiosos. Su intimidad con los naturales, á quienes consagró entera su vida, y el amor con que aquellos le pagaban, le permitió alcanzar noticias que á otros se ocultaron. Abarcó todo: historia antigua, leyes, costumbres, religion, ritos, hasta la historia natural y medicinal, tal como los indios la entendian, sin omitir la conquista por los españoles. Lástima que ese gran trabajo rechace por su aridez, y esté deslucido por largas digresiones totalmente ajenas al asunto. Acababa el siglo cuando otro religioso franciscano, Fr. Gerónimo de Mendieta, volvia al intento de los antiguos misioneros, y escribia su *Historia Eclesiástica Indiana*, publicada por mí en 1870. En ella nos presentó otra vez, con la relacion de las antiguas costumbres de los indios, la historia de la predicacion de la fe. No es la parte ménos preciosa de su libro, la que destinó á las vidas de los religiosos de su órden, que le precedieron en su carrera. Poco escrupuloso anduvo en aprovecharse de trabajos anteriores, y en sus páginas se ven algunas trasladadas de Motolinia, de Olmos y de Sahagun. Más extenso, más esmerado, presumiendo más que Motolinia, es autor ménos original, aunque digno de todo aprecio. A cada paso descubre su carácter vehemente, que aparece más claro todavía en su correspondencia, de que sólo se ha publicado una carta. Por lo demas, lleno de virtudes y de celo en favor de los indios, nos infunde respeto y estimacion.

Al comenzar el siglo siguiente aparecen dos historiadores de fama, nacidos en el anterior: Torquemada, español; é Ixtlilxochitl, tezcocano. Aquel reunió en su voluminosa *Monarquía indiana* cuanto supo acerca de la historia antigua y de la contemporánea. A manos llenas tomó sin recato, y no sé si á veces con dolo, de los escritos de frailes antiguos: de Mendieta sobre todo, y por desgracia abultó perjudicialmente su obra con interminables é inoportunas digresiones y moralidades. Nos ha conservado la sustancia ó el texto mismo de algo que se ha perdido, y puso mucho de sí propio; pero en todo caso mejor es ocurrir á lo que hoy tenemos de lo que él disfrutó.

Ixtlilxochil, descendiente de los reyes de Tezcoco, se dedicó á escribir *pro domo sua*, ensalzando las pérdidas glorias de aquella monarquía. Es evidente la exageracion que reina en todas sus páginas, y merece poca confianza. Escribió mucho, volviendo repetidas veces sobre un mismo asunto, de lo cual resulta en sus pesadísimos escritos gran confusion y un embrollo que á duras penas puede descifrarse. Pomar, su conterráneo, escribió, para las Estadísticas de Felipe II, una *Relacion* de Tezcoco, bien estimable, que permanece inédita.

No pueden contarse como historia las *Cartas* del conquistador Cortés, que son, sin embargo, un valioso documento histórico; pero no es posible negar una mencion á la incomparable crónica del soldado Bernal Diaz. Tenemos todavia en el siglo XVI la *Historia* de la provincia dominicana de México, primera de las crónicas de las órdenes religiosas, tan importantes para la historia general, y notable entre ellas por el buen desempeño. Su autor, el Illmo. Dávila Padilla, nacido y criado en México, es ejemplo de que no se negaba por sistema á los criollos el adelanto en su carrera, y de que cuando su mérito llegaba

(2) El mismo Sr. Vigil.

á ser conocido, no dejaba de ser premiado. Pasó á Roma y Madrid: fué predicador de Felipe III, y despues Arzobispo de Santo Domingo en la Isla Española. Su *Histŏria* cuenta tres ediciones europeas.

Tambien la historia de España se vió enriquecida por mexicano del siglo XVI. D. Diego de Villalobos Benavides, hijo del oidor de México, D. Pedro de Villalobos, hizo sus estudios en el colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Pasó á Europa, donde siguió la carrera de las armas y se distinguió peleando, primero en Flándes contra los holandeses, y despues, como capitan de caballería, contra los franceses. Al volver á España para recojer una herencia, fué apresado en el mar por los holandeses, y aunque logró recobrar su libertad, no pudo obtener que se le devolviese el manuscrito de la obra que habia trabajado, la cual por causa de ese contratiempo, se vió obligado á escribir de nuevo, con ayuda de su memoria y de unos apuntes que le quedaron. Llegado á España publicó esa segunda obra con el título de *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos desde el año de 1594 hasta el de 1598* (Madrid, 1612). Su hijo Simon, nacido en España, fué tambien escritor, y hay de él cierto tratado de Jurisprudencia.

Ya veis, señores, que en el espacio, relativamente corto, de unos dos tercios de siglo, no faltaron en este pueblo nuevo escritores de todas materias. Pero habrá llamado, sin duda, vuestra atencion el hecho de que muchos de ellos nacieron en España, y así no faltará quien los juzgue ajenos á nuestra literatura. Pienso que con buen derecho podemos, desde luego, considerar como propios á los españoles que, llegados niños á esta tierra, aquí crecieron y se formaron: juzgo asimismo que no pueden sernos extraños los que pensaron y escribieron bajo este cielo: no son, en ningun caso, extranjeros, porque ambos pueblos eran entónces parte de una gran nacion. Mas ¿por qué los criollos, dotados de tan vivos ingenios, no dieron todos los frutos que prometian? Diversas causas contribuyeron á ello, y debemos contar por primera, testigo el Dr. Cárdenas, la poca perseverancia en las empresas, que los caracterizaba y que todavia nos aflige. La viveza misma del ingenio los inclinaba de preferencia, como hemos dicho, á la poesía, que en lo comun no exige investigaciones laboriosas, poco apropiadas á nuestro carácter y á nuestro clima, propicios ambos al entusiasmo pasajero, ántes que al trabajo oculto y perseverante. Mas, para ser justos, hemos de reconocer que muchos, venciendo la inclinacion natural (y el Dr. Cárdenas tambien lo dice), emprendian y terminaban estudios penosos: lo que más les faltaba era ánimo para escribir, y no sin causa. En medio de las comodidades que México ofrecia para seguir carrera literaria, no dejaba de presentar obstáculos graves. Busca la generalidad de los hombres notoriedad y fortuna: á ellas conducen de dos modos las letras: alcanzar fama como escritor, sacando de paso honrada ganancia: obtener puestos públicos de honra y de provecho. En México no era lo primero empresa fácil. Verdad es que no faltaban imprentas, porque tras de la primera vinieron otras; pero la carestía de la mano de obra y la escasez, con la consiguiente alza de precio, del papel, no consentian dar á la prensa sino obras costeadas por poderosos Mecenas, cuando no eran de las pequeñas y usuales con despacho seguro. Solian enviarse á España los manuscritos en busca de imprenta más barata; pero no pocas veces sus autores los perdieron, juntamente con los dineros destinados al gasto de impresion. En todo caso era un arbitrio erizado de dificultades, y habia que fiar á cuidado ageno la correccion del libro. Por otra parte, la naciente literatura mexicana no podia competir con otra asentada y robustecida por los siglos. La nacion española habia llegado al apogeo de su gloria literaria, y contaba con obras capitales en todas materias, que dejaban poca esperanza de distinguirse en el mismo terreno á los que desde el otro lado de los mares

quisieran penetrar en él. Los libros españoles venian en cantidad suficiente, y la situacion era muy semejante á la actual: la abundancia y baratura de los libros extranjeros nos quita el deseo y la ocasion de escribir otros. Ni el recurso de las traducciones quedaba, porque las literaturas extranjeras, en su parte de lenguas vulgares, eran muy poco ó nada conocidas, y el castellano, idioma nativo, con el latin, lenguaje de las ciencias, eran tan comunes en España como en México. La profesion de escritor no ofrecia, pues, probabilidad de provecho; y es mucho pedir á un hombre, que trabaje, se fatigue, gaste tiempo y dinero, para que su obra quede oculta, sin producir fama al autor ni bien al público; porque obra que no se vende aprovecha poco á la república literaria. Notemos que la mayor parte de las producciones de la época pertenecen al clero regular, cuyos individuos tenian asegurada la subsistencia, y por su misma profesion religiosa se hallaban como obligados á escribir en bien de las almas ó lustre de su propia órden, ya que no interviniera la obediencia. como acaso sucedia. Para la publicacion de sus libros, comunmente muy necesarios contaban con el poderoso apoyo de la órden, de los devotos de ella, de algunos obispos, y áun de las autoridades civiles. Los criollos no fueron, durante muchos años, admitidos en las órdenes monásticas, y tenian que ganarse la vida en los empleos, en las cátedras ó en los negocios, donde poco tiempo sobraba para escribir obras que no encontraban apoyo. Así y todo, no dejaron de dar muestras de lo que pudieran hacer, si las circunstancias los favorecieran más. Campo les faltaba, como falta siempre en las colonias y en las provincias, por florecientes que estén, á los que buscan notoriedad, y por eso acuden á las grandes capitales. El insigne Ruiz de Alarcon, nacido en el siglo XVI, y alumno de nuestras escuelas, donde fué graduado, si hubiera consumido su vida en México, no diera acaso muestra de su poderosa vena dramática; pero mudado á España y puesto en comunicacion con los grandes ingenios de la corte de los Felipes, ganó honroso puesto entre los mayores dramáticos españoles.

En los cargos públicos hacian terrible competencia á los nacidos en esta tierra los letrados españoles, que generalmente venian ya provistos en las mejores plazas. Como la lengua era una, iguales los católicos, y semejante el gobierno, no existian para los criollos las ventajas que siempre llevan los naturales á los extranjeros por su aptitud especial para las cosas de su propia tierra: ántes bien, los otros, como más cercanos á la fuente de los empleos, los alcanzaban primero y con menor trabajo. En igualdad de méritos, era mucho más fácil mostrarlos en la corte misma, que desde tan larga distancia. La carrera de pretendiente era penosísima, áun para los de allá: dígalo la festiva *Carta de los Catariberas*, del Dr. Eugenio de Salazar: mas para los de acá, era punto ménos que imposible. Generalmente hablando, los criollos se veian reducidos á contentarse con los empleos inferiores que proveian los vireyes. Contestes se hallan los contemporáneos en que la falta de estímulo en sus respectivas carreras hacia desmayar á los criollos en el estudio. Hubo, sin embargo, muchos que alcanzaron puestos elevados, especialmente en la Iglesia; pero esto sucedia generalmente cuando por cualquier motivo pasaban á España y daban á conocer allí sus letras. Esos casos habrian sido más frecuentes si las comunicaciones hubieran sido más fáciles; tal como andaban las cosas, con dificultad llegaba á noticia del gobierne el mérito de un criollo, y por lo mismo pocas veces le premiaban.

Antes de concluir, Señores Académicos, demos una rápida ojeada á la marcha de la lengua castellana en nuestro suelo: ella es el objeto capital de nuestro instituto. Traida por los conquistadores, que en buena parte eran andaluces y extremeños, vino acompañada de los provincialismos de esas comarcas que hoy conservamos en nuestro lenguaje: de ahí tambien la mala pronun-

ciacion de ciertas letras, de que ninguno de nosotros se exime. La forzosa comunicacion cuotidiana con los indígenas, y lo muy extendida que estaba entre los criollos la lengua mexicana, ocasionó la introduccion de muchas palabras de ella en el trato comun, sobre todo para designar objetos nuevos sin nombre castellano. Y como en las diversas provincias solian ser diversos los idiomas, tambien de ellos se tomaron palabras, aunque en menor número, de donde ha venido á resultar que dentro de los que la lengua madre considera provincialismos mexicanos, haya otros provincialismos peculiares de ciertas regiones de la República y desconocidos en la capital. La lengua escrita siguió los mismos pasos que en España. Llana, castiza y grave en los principios, aunque no siempre galana, tomó desde temprano un tinte de culteranismo, que trascendia á la conversacion, como atestigua el Dr. Cárdenas al recomendar las razones *bien limadas y sacadas de punto* que usaban los criollos, y que en realidad no eran sino frases conceptuosas y rebuscadas. En terreno tan bien preparado cayeron las instrucciones de los jesuitas, que algo de aquello traian ya, y que con los cursos de retórica, las arengas, los certámenes y el estímulo incesante á los ingenios para competir en agudeza más bien que en profundidad, exageraron la *trascendencia* de los criollos, que se fué por aquel agradable camino, y vino á convertirse en sutileza y depravacion del buen gusto, no bastante bien defendido con el estudio de los clásicos antiguos. De ese modo se fué extendiendo el contagio, que ya empieza á sentirse en algunos versos de Eslava, y que luego tomó creces fomentado desde España, hasta darnos en el siglo siguiente infinidad de poetas gongorinos, con un historiador como el P. Burgoa, y en el XVIII un Cabrera, acompañado de una nube de versistas ilegibles y de predicadores gerundianos. Estos últimos no economizaron desatino ni retuvieron absurdo que por la mente les pasase, ajustándose al código mexicano del gerundismo que redactó Fr. Matrin de San Antonio y Moreno en su pasmosa *Construccion Predicable y Predicacion Construida* (1735). Mas es de justicia decir que nuestrps oradores sagrados de los siglos XVII y XVIII, con todas sus extravagancias, no eran *gerundios*, si por ello hemos de entender, como los describió el P. Isla, hombres ignorantes que sin vocacion ni estudios asaltan temerarios la cátedra del Espíritu Santo: no. Eran por lo comun sacerdotes de buen ingenio y vastísima erudicion, que arrastrados por el mal ejemplo y el ciego aplauso del público, derrochaban infelizmente en vicios literarios esas riquezas intelectuales. La restauracion vino al fin, como en España, y la lengua, al salir de los tormentos que por tan largo tiempo habia padecido, cayó en cierta debilidad que en la prosa producia bajeza y en la poesía prosaismo. Y me temo que hoy nos invada nuevamente el contagio con el gusto transpirenáico que, ya pasando al través de aquellos montes, ya en viaje directo, se va introduciendo en nuestra literatura.

Echo de ver, Señores, aunque muy tarde por desgracia, que he olvidado mi plan, y me he excedido inconsideradamente de los límites que me habia fijado, para no haber hecho más, despues de todo, que tocar varias materias sin profundizar ninguna. Abuso de vuestra indulgencia: lo conozco y lo confieso: mi única disculpa sea que la importancia del asunto y mi aficion á él me han impelido, de una manera casi irresistible, á decir lo que no me habia propuesto. Deploro el extravío; pero es tan pertinaz mi ánimo, que no me hallo dispuesto á la enmienda. El estudio de la historia patria, sea civil, sea eclesiástica, sea literaria, es lo que debe ocupar toda nuestra atencion: dejemos lo extraño para los extraños, que saben dar buena cuenta de ello: vengamos á lo nuestro, que muchos desprecian porque no lo conocen, y sobre todo, estudiemos aquel siglo XVI, tan calumniado como digno de ser conocido. Su historia completa é imparcial seria obra verdaderamente meritoria, y un campo incompa-

rable para lucir las más elevadas prendas de escritor. Los grandes acontecimientos que presenció, los grandes hombres que en él florecieron, prestan inagotable materia para una narracion del más alto interés político, religioso, filosófico, social y hasta dramático: aquella historia parece á veces novela. ¡Oh, y con cuánto placer le habria yo dedicado años y vigilias y gastos, si el conocimiento de mi propia insuficiencia no hubiera atajado siempre los vuelos al deseo! A lo ménos aceptad, Señores, con bondad, lo poco que soy capaz de dar, y perdonad lo difuso de mi relato, considerando que si para vosotros nada nuevo he dicho, acaso para otros no sea del todo inútil este imperfecto bosquejo.

JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

ERRATAS.—En el anterior *Discurso* hubo las siguientes, que deben corregirse.

Página 10, columna 1ª, línea 25, dice que los misioneros hicieron una gran fiesta en Tlaxcala el año de 1452. El autor escribió: 1539.

Página 11, columna 1ª, línea 10, dice: "hecho histórico *lleno* de meditacion." Debe decir *digno*.

Página 13, columna 1ª, línea 2, dice: ".....como quedó el grandioso edificio..." Faltó la palabra *todo* despues de *quedó*.

Página 14, columna 2ª, línea 29, dice: "....pero los antiguos fueron...." Debe decir *agustinos*.

En la misma columna, línea penúltima, faltaron las palabras *y despierta* despues de *numerosa*.

Página 15, columna 1ª, línea 39, dice *hecho* por *echado*.

EPIGRAMA.

Eres la diosa de amor,
No hay cosa en tí que no cuadre:
De las obras de tu padre
Para mí eres la mejor.

—¡Nécio! ¿Aplaudes la comedia
Cuando á silbos la critican?
En ridículo te pones.
—Tente: aplaudo á los que silban.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

EL ALBA.

(EN LA SIERRA.)

Ya amanece, el horizonte
Dibuja tendida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frio
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enrramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,
Los cedros y las lianas.
En los *ranchos* silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya sube desde los prados
El tañer de la campana,
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
O morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza
Cuando despues de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

ROSA ESPINO.
(Vicente Riva Palacio.

UN ESPOSO CRISTIANO A SU ESPOSA.

POEMA de Tirón Próspero, poeta del siglo V, traducido del latin por Francisco de P. Guzman, quien lo dedica á la memoria de su bienhechor, el Señor D. Alejandro Arango y Escandon.

Compañera inseparable
De mis gozos y mis duelos,
A Dios nuestra frágil vida
Y agitada consagremos.

Tras un dia fugitivo,
Rueda otro que pasa luego;
Y se desmorona y muere
Cuanto puebla el universo.

Toca un placer nuestra mano,
Y huye para más no verlo:
Impalpables vanidades
Persigue nuestro deseo.

¿Dónde los soñados bienes
Están de que fuimos dueños?
¿Dónde el oro de los grandes,
Que ayer codiciamos necios?

El rico labrador, que ha pocos meses
Sus campos con cien yuntas grangeaba,
Hoy apénas si logra un par de reses.
En opulento carro las ciudades
Entónces recorria;
Mas hoy visita á pié mústio y cansado,
Su campo desolado.
El mercader, que un dia
Desde el puerto veía
Cruzar el golfo sus veleras naves,
Monta y rige por sí mísera barca.
Ni en la ciudad, ni en la campiña, dura
La pasada ventura.
Todo á su acabamiento
Se despeña violento.
Hambre, peste, prisiones,
Elementos contrarios,
Armados escuadrones
Y otras plagas sin cuento,
Son los lazos, ¡oh muerte inexorable,!
Con que prendes al hombre miserable.
Do quier la guerra brama,
Y á las naciones el furor inflama,
Y reyes contra reyes poderosos
Con ejércitos luchan espantosos.
Rabiosa la discordia,
El mundo trastornado señorea;
Huyó la paz divina:
Asistimos del orbe á la ruina,

Mas dado que á este siglo de dolores
Otro haya de seguir y aun otros ciento,
Siempre será seguro
Que pronto ha de llegar con sus horrores
De nuestro propio fin el trance duro.
¿Qué á mí si de los rios
En toda la carrera dilatada
El agua nunca mengua,
Por más que baje al mar precipitada?
¿Qué á mí si de los bosques
El aspecto no mudan las edades,
Ni ceden su lugar valles floridos
A mústias y arenosas soledades?
Estas aguas y flores y verdura
De que gozamos hoy, no las gozaron
Nuestros padres queridos:
Como yo voy de paso por la tierra,
Peregrinos tambien ellos pasaron.
No es mi último destino
Un instante bullir en la corriente
De la época presente;
Mas vengo á merecer eterna vida,
Reposo duradero,
A costa de trabajo pasajero.
Trabajo, para el ánima rebelde,
Áspero y desabrido;
Ley rigurosa y dura
Al corazon de carne empedernido;
Pero carga ligera,
Yugo amoroso y blando,
Que ni los hombros dóciles fatiga,
Ni cuellos generosos dilacera.

"Ama al Señor, tu Dios, con toda el alma,
Con todos los alientos de tu pecho;
Ama, como á tí propio, á tus hermanos;
No les pongan tus manos
Tropiezo que tus piés lastimaría,
Ni, herido por la suya,
Acuda á la venganza tu alma impía.
Tus deseos acorta;
Guárdate de brillar en las alturas;
No te apene tu propio menosprecio,
Ni á tus hermanos desestimes nécio.
De pecho y manos puro,
Frugal, sincero, de la paz amigo,
Tu vida á nadie ofenda.

Prodiga de tu hacienda
Oportuno socorro al indigente;
Y jamás en tu pecho
Del bien ageno la codicia asiente."
¿Asperas estas leyes nombrarías?
A más sublime altura
En alas de la fé te elevarías.
Quien tenga por segura
Verdad cuanto cantaron los profetas;
Quien no llegue á dudar un solo instante
Que de Dios la palabra siempre dura;
Quien mira en una cruz, agonizante,
En prolijo tormento,
En honra de su Padre á Jesucristo;
Quien, cebando su lámpara, le aguarda
En porfiada vela,
Hasta que en gloria venga, tremebundo,
A sentenciar al mundo;
Este mira los bienes terrenales
Con hastío y desdén; y emancipado
Del siglo y su pesada servidumbre,
Nútrese de esperanzas inmortales.
Del mundo la falaz sabiduría
No en sus redes le prende,
Ni con vano indagar sube á los astros
Y sus giros sorprende.
Insignias de poder, precio mezquino
De torpe adulacion; riquezas viles,
Fecundo semillero de maldades:
Todo lo huella ufano,
Al cielo enderezando su camino;
Y con santa ambicion solo codicia
El favor de su amado Soberano,
Y aplausos de la angélica milicia.
Ni el ímprobo trabajo le desmaya,
Ni el placer con su halago le seduce;
Con ánsia no apetece cosa alguna,
Ni pérdida temida le importuna.

Dueño el Señor del cielo y de la tierra,
Obras de su poder omnipotente,
Por mi amor en el seno de una vírgen,
Débil niño se encierra.
Presenta al duro azote las espaldas,
A mano irreverente las mejillas,
Y de hombrecillos viles ultrajado,
En afrentosa cruz muere clavado.

¿Y qué, Señor, buscabas
En tan largo martirio y doloroso?
¿Tu infinita opulencia mejorabas?
Solo por restaurar, con los dolores
De tu carne divina,
De mi culpada carne la ruïna,
Esa carne tomaste,
Y con ella, Señor, me sustentaste.

Formaba yo de tu sagrado cuerpo
Una porcion querida,
Cuando espirabas en la cruz pendiente;
Cuando resucitabas gloriöso,
La muerte ya vencida;
Y cuando en raudo vuelo,
Lleno de majestad volviste al cielo.
Con tan alta esperanza,
¿Qué tormentos habrá que yo rehuse?
¿Quién del amor de semejante dueño
Me podrá separar? Con torvo ceño
Llégate á mí tirano;
Horrible fuego á mi costado aplica;
Hunde crüel tu mano
En mi seno y requiere mis entrañas:
Hecho trozos al fin mi cuerpo inerte,
De tu poder le arrancará la muerte.

Ponme en cárcel oscura,
Ciñe mi débil cuerpo
Con dobladas cadenas;
El alma volará libre y segura
A gozar de su Amado la hermosura.
Si el verdugo levanta
Para herirme el cuchillo temeroso,
Presentaré sereno la garganta:
Pronta la muerte acude;
Será breve el penar, largo el reposo.
¿Y el destierro?...—Los ámbitos del mundo
Son de nuestro linaje la morada.—
¿Y el hambre?...—¿Qué me va, si es mi sustento
Meditar del Señor el mandamiento?
¿Será que yo presuma
De mi propia entereza?
Tú eres, dulce Jesus, mi fortaleza;
Tú que en mi labio tus palabras pones,
Y al sufrimiento mi ánima dispones.
A nuestro propio esfuerzo abandonados,
Nada, Señor, podemos;
Pero en tí confiados,
A la lucha corremos:
Que si tu voz á combatir nos lanza,
La victoria tambien nos afianza.

Por ésto, solo en el Señor confío,
Creer en su palabra es ya mi vida,
Y por mi patria cuento
La ciudad que me tiene prometida.
Y ya que he de correr á mi destino
A través de este mundo miserable,
Soldado de Jesus, voy mi camino,
Corriendo tras su seña venerable.
Seguro de que un dia no lejano
Habré de abandonar cuanto poseo,
Desde hoy mis propios bienes
Ya como agenos veo.

Ni la opulencia mi ánimo cautiva,
Ni á caza iré solícito de honores,
Ni, del dueño á quien sirvo, la riqueza
Me deja ya temer dura pobreza.
Ni de enemiga suerte á los rigores
Se rendirá mi espíritu abatido,
Ni podrán sus favores
Altanero volverle y engreido.
En honra de Jesus siempre mis labios
Repetirán fervientes,
Himnos de gratitud y de alabanza.
Y tú, fiel compañera,
Apréstate conmigo á la batalla
Que á entrambos nos espera;
Tú, á quien, benigno el cielo,
Me dió por mi sosten y mi consuelo.

Si la soberbia un dia me tentare,
Sus ímpetus reprime;
Y si el dolor me oprime,
Tu amor alivio pronto me depare.
Con esfuerzo constante procuremos
Ejemplo ser de vida pura y santa.
Séamos nuestro mútuo firme amparo;
Dame la mano, si caer me vieres,
Que yo no la hurtaré, si tú cayeres.
Con esto alcanzarémos,
No solo que una sea nuestra carne,
Mas tambien una sola nuestra vida,
En nuestros corazones
Por vigoroso espíritu infundida.

Julio 20 de 1883.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

I.

INTRODUCCION.

Cuando aún no habia caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de trasporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron á los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perífrasis, venia de Orizaba á Puebla, con todo y la polvienta funda de manta de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador ó agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño se sintetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte integrante de los utensilios de su profesion; y que chocaban entónces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y áun de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de ménos, y muletas y dos ó tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurreccion se batieron al lado de Rossains, ó acompañaron en la cueva tradicional á D. Guadalupe Victoria fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, segun lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala, y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entónces se decia.

Un aficionado á la pintura, que desde su juventud habia sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraidos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacia recordar el ruibarbo, y cuya levita parecia haber probado muchos años atrás todos los ungüentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habian visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo pequeña con relacion á varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarle. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del dia á que me contraigo, debia ser rendida en Puebla. Anochecia ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche—que es fama, trajo á Marquina á México cuando vino de virey—dió un salto en una de las ramblas pequeñas formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó casi por completo, rompiéndose á un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, y quedando todo ello en estado poco ménos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y ménos compostura de lo que habrian deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar á todo su sabor, sobre aquel monton de apolilladas ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de Diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiracion. Componer y volver á armar el coche, no era posible careciéndose de carrocero y de instrumentos á propósito; y tomar á pié el camino hasta Puebla, no halagaba á aquel cuaterno de cotorrones más ó ménos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar á la garita la habrian de hallar cerrada, exponiéndose á ser tratados como gente sospechosa. Decidiéronse, pues, á esperar el paso de algun otro vehículo, y en último caso el dia, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen á la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por

reirse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mútuamente más comunicativos y procurarse distraccion, cada uno segun el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó instintivamente á recoger y examinar algunas piezas del finado coche, hallando que solo habian quedado ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que habia sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que le vendia por triaca á alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvia en su cabeza leyes y prácticas forenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando á Puebla, al dueño del coche; si bien vino á contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose á la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin prévia indemnizacion, como el frio apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en álguien su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada, y acalló á golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que, al fin, solo se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en union de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacian aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitan, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas, y la natural y reconcentrada malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino á interrumpir el general silencio, solo alternado con las coces de las mulas que ni se calentaban ni veían por allí pesebre.—A la verdad, señores, dijo, representamos una escena casi patriarcal, y que me sería hasta agradable si á esta botella de refino, compañera mia en todos mis viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas, ó siquiera los buñuelos de los pastores de Belem, ó hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balam bien asado. Pero, falto de tales elementos de conservacion y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, héme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de ustedes (movimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo á nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nacion, que comenzó por amarrar en Tehuacan á los miembros del congreso de Chilpancingo, y ha acabado por hacer inútiles reverencias á ministros de Hacienda y tesoreros, en solicitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el dia del juicio; ántes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apolillada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos, y pusiesen mano airada en el mofletudo rostro de este honrado aunque estúpido mulero, á quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habian ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, segun nos ha dicho, tuvo ó tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas é indemnizaciones, que aparecieron en la torva frente del compañero procurador; ave de presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir á embargo ó despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

Y puesto que la casualidad ó Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí á campo raso y sin víveres ni que-

hacer, á individuos de caractéres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que, dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena á los coyotes, ¿no habría más cordura en echar todo á broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido, y que cada uno cante, ria ó hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna ó algunas de sus propias aventuras, ó de las agenas de que tenga noticia, y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir á ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua ántes callada de suyo, el silencio que por espacio de meses y áun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quién comunicarse, y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de dia ideaba un plan de reconstruccion social y política del país, y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala ó del Soconusco, á quien nunca llegamos ni él ni yo á conocer. Así, pues, compañeros, rienda suelta al buen ó mal humor, y charlen ustedes alternando conmigo, ó al mismo tiempo que yo para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva á medir las costillas, se pone en atalaya, por si viniere por esos caminos de Dios, coche ó carreta que podamos aprovechar, ó hasta un atajillo de asnos que, en último caso, embargaríamos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuenta que á estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese; y reputaría verdadero milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una ó más pulmonías.

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar; y aprovechando la interrupcion, el procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico:—"Milagro y muy milagro sería ello; pero de estos tan patentes, solo el Cristo del Licenciado Retortillo los hacia."

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese,—interrumpió el almonedero,—que al cabo nada nos corre prisa, y algun tiempo mataremos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaran igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera á cantar, y sin fijar la vista en nadie para no comprometerse, habló en estos términos:

José María Roa Bárcena.

(Continuará.)

EL MEDIO DIA.

(EN LA COSTA.)

Radiante el sol meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas
Aduermen el manso viento.
De aquella calma profunda
Solo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,
De los apartados morros
Contra los peñascos negros
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:
Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas flotan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas cuelgan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;
Fuego circula en el aire,
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del rio
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.

Al abrigo de la yerba
Los esmaltados insectos
Enmudecen, respetando
El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana
Sobre un tronco de árbol seco,
Duerme el caiman perezoso
A la orilla del estero.
Los loros y guacamayas
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles miéntras soplan
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada
Y el tigre con paso incierto
Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.
....
Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio
Que solo el mar interrumpe
Con su monótono estruendo.

ROSA ESPINO.

(Vicente Riva Palacio.)

CHAPULTEPEC.

(FRAGMENTO.)

El cerro y bosque de Chapultepec se halla á ménos de una legua al S. O. de la capital, y es lugar notable por sus manantiales de excelente agua, que abastecen una parte de la ciudad; por su cerro aislado, desde cuya cima se goza una magnífica vista de todo el valle de México, y por los enormes y venerables sabinos que se encuentran en el bosque, al rededor del cerro. Es tambien célebre en las historias de los indios, por la larga mansion que hicieron allí á su llegada al valle. Fortificaron desde luego el cerro con "muchas albarradas de piedra, las cuales á trechos iban subiendo unas tras otras, á manera de escalones anchos, de un estado de ancho, los cuales en la cumbre venian á hacer un espacioso patio donde todos se recogieron y fortalecieron." Fué prudente medida, porque no tardaron en atacarlos allí sus enemigos. Parece que estas albarradas ó escalones se conservaron hasta despues de la conquista, y que los emperadores aztecas los habian llenado de tierra, convirtiéndolos en jardines, por no tener ya objeto como obras de fortificacion. A lo ménos, se habla de una cosa análoga en la descripcion que hace Cervantes Salazar en sus *Diálogos*. Sin duda con el tiempo, las cercas, que serian de piedra seca, se fueron derrumbando, y las aguas arrastraron piedras y tierra al pié del cerro; el caso es que hoy no queda rastro de semejante obra.

Establecidos despues los mexicanos en las lagunas y fundada la ciudad de México, quedó Chapultepec como lugar de recreacion de los emperadores, quienes tenian allí una casa ó palacio al pié del cerro, y probablemente inmediata á la alberca. En lo alto del cerro habia un pequeño adoratorio de ídolos, y los indios cuidaron siempre con esmero aquel bosque, teniéndole por cosa sagrada.

Moctezuma I, viendo cercano el término de sus dias, quiso dejar de sí una memoria perpetua, mandando esculpir su efigie y la de su hermano ó tio Tlacaelel, en una de las rocas del cerro que ven al Oriente, y en efecto fueron ejecutadas ambas en brevísimo tiempo. El emperador Ahuitzotl dispuso lo mismo, y segun Gama, tambien se esculpió la de Axayacatl, y áun las de otros reyes de México. Unas de estas figuras fueron destruidas á principios del siglo XVII, otra se conservó hasta el principio del XVIII, y la de Moctezuma desapareció por los años de 1753 ó 54.

Hecha la conquista, se puso en Chapultepec un pequeño destacamento de tlaxcaltecas que custodiasen el punto; y Chapultepec sirvió desde luego, como hasta el dia, para lugar de paseo y desahogo de las familias de México, que suelen ir á almorzar ó merendar al bosque. En 5 de Junio de 1528, el cabildo dió licencia á Juan Diaz del Real, para que pudiera "vender allí á los que fueran á holgar, pan é vino é otros mantenimientos." Los vireyes, siguiendo el ejemplo de los emperadores mexicanos, eligieron á Chapultepec para sitio de recreo: se edificó una casa en el mismo lugar que ocupaba el antiguo palacio,

con su corredor á la alberca, y el adoratorio del cerro se convirtió en una ermita dedicada á San Francisco Javier.

D. Luis de Velasco dedicó el bosque al emperador Cárlos V. El mismo virey puso allí dos perros lebreles que trajo de España el señor Arzobispo Montúfar, y se multiplicaron de tal modo, que se extendió la raza por todo el vireinato. Puso tambien dos soldados que cuidasen de los lebreles; pero uno de ellos amaneció ahorcado en uno de los árboles más corpulentos, y creyéndose que habia sido asesinado por su compañero, fué éste reducido á prision. Ya había comenzado á sufrir el tormento, cuando se encontró una carta del difunto en que constaba que se habia suicidado por desdenes de una señora *Francisca Padilla*, con lo cual el presunto reo fué puesto en libertad (1).

Veinte años despues se destinó el antiguo palacio para una fábrica de pólvora, bajo la direccion del perito Estéban Pruneda. Esta fábrica, que habia sufrido ya varios incendios, se voló el 19 de Noviembre de 1784, con pérdida de cuarenta y siete vidas.

La casa del bosque se reedificó en tiempo del virey duque de Alburquerque. Durante el gobierno del Marqués de Croix estaba inhabitable, y creyéndose poder reedificarla con el costo de doce mil pesos, se hizo presente á la Corte, y efectivamente el rey mandó que supuesto el costo referido, se procediese á la obra. Esta real órden vino cuando ya gobernaba el Sr. Bucareli, quien viendo lo deteriorado que estaba el edificio, y considerando seria mucho mayor el costo de repararle, determinó con prudencia que se suspendiera, y así quedó hasta la época del virey D. Matías de Galvez. Este propuso de nuevo al rey la restauracion de todo, para lo cual contribuia el Consulado con veinte mil pesos, en el supuesto de que allí se verificaria en lo sucesivo el recibimiento y entrega del baston á los vireyes, y no en San Cristóbal Ecatepec, como estaba mandado. El rey consintió en la reedificacion, aceptando el auxilio del Consulado y señalando para cubrir el resto del costo algunos arbitrios que resultaron impracticables; pero negó la peticion de que se verificase allí la entrega del baston á los vireyes. Con tal motivo el Consulado manifestó no estar en el caso de cumplir lo ofrecido, puesto que se veia precisado á emplear el dinero en construir una casa en San Cristóbal, para dicha ceremonia. Entónces el virey, que lo era ya D. Bernardo de Galvez, tomó la arriesgada resolucion de prescindir de la reparacion del palacio antiguo, y levantar uno de nuevo en la cima del cerro, tomando al efecto, en calidad de suplemento, los fondos de las casas reales: determinacion que le acarreó muchos disgustos en la corte, donde llegó á sospecharse de su fidelidad, por la disposicion que se dió al edificio, semejante á la de una fortaleza. La obra duró muchos años, y quedó sin concluir casi hasta nuestros dias.

Despues de la independencia continuaron las obras de Chapultepec. Se formó al pié del cerro un jardin botánico (1826) y se agregó al palacio un observatorio astronómico; pero ni jardin ni observatorio llegaron nunca á su conclusion. Por fin se estableció en el palacio el Colegio Militar, destino que tuvo por muchos años, y que aún tenia cuando el ejército americano le bombardeó y tomó por asalto el 13 de Setiembre de 1847.

Años adelante, Chapultepec fué la residencia favorita del emperador Maximiliano, quien gastó sumas considerables en restaurar y embellecer palacio y bosque, habiendo hecho, entre otras muchas cosas, una nueva subida á la cima del cerro. A la caida de este infortunado príncipe desaparecieron las obras de embellecimiento del bosque; y los presidentes de la República, que como todos sus predecesores tienen por lugar de recreo á Chapultepec, continúan disfrutando del palacio.

Es imposible hablar de Chapultepec,

(1) *Calendario de* Galvan *para* 1838. Hay en él una curiosa noticia de Chapultepec, formada, segun se dice, por Don Ignacio Cubas, director del Archivo General, en vista de los documentos del mismo. Bien merecia una reimpresion íntegra en algun volúmen de más duracion que un Calendario.

sin mencionar el famoso suceso de la loba que en el año de 1824 se introdujo al bosque, sin saberse de donde vino. El guarda la descubrió al pié de la subida al palacio, y corrió tras ella al oir los gritos de su familia. Al llegar se le presentó el horrible espectáculo de las víctimas de la fiera. Le disparó un tiro, que por desgracia no le acertó, y la loba se arrojó sobre él. Entablóse una lucha cuerpo á cuerpo: la loba parada sobre los piés traseros, acometia al rostro, y el hombre por defenderle, presentaba los brazos, en que recibió terribles heridas. Hubiera sucumbido, si una hermana suya no se le hubiera acercado á darle una navaja, con la que al fin consiguió degollar la loba. En el acto ó á resultas de las heridas, fueron víctimas de aquella tragedia una anciana de setenta años, un hombre de treinta y seis, una jóven de veintiseis, y tres niños de once, seis y cinco años. El guardabosque Ignacio Gonzalez sobrevivió á sus heridas, despues de haberse visto á orillas del sepulcro. Alguna vez le oimos referir esta historia, cuando ya anciano y enfermo, cuidaba todavía del bosque, y agregaba, que aunque todos llenaron de elogios *al impávido guardabosque*, por su arrojo, nadie se movió á darle un socorro para su curacion, si no fueron *unos ingleses* que estuvieron á visitarle, le hicieron referir el suceso, y le dejaron un auxilio de veinticinco pesos.

JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

MIS MONTAÑAS.

Léjos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
Hermosas montañas mias,
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas agrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetian
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?

¡Ah! Si yo viera aquel valle
De espléndida perspectiva,
Con sus lagos trasparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay, cómo gozara mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!

Pêro estoy léjos, muy léjos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envia;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno

Y en sus brazos me adormia;
Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria mia!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Qué en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!....
¡Hermosas montañas mias!....

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

Madrid.

EL SILFO.

(Del aleman.)

El Silfo está en la roca,
Y busca un peregrino
Las aguas que sobre ella
Levantan su rumor;
Y el Silfo, ven, le dice,
Que amar es mi destino,
Serás, viajero, siempre
El dueño de mi amor.
De tu alma rompo el lazo,
Y danzarás ligero,
Como del aire al soplo
La llama ves saltar:
Te doy los piés del Silfo,
Mi dulce compañero....
Morada deliciosa
Conmigo has de gozar.
Huir quiere el peregrino;
Mas siéntese cansado,
La planta adolorida
No puede ni mover:
Y el Silfo, tan hermoso,
Tan tierno y agraciado,
Le da la linfa pura
Fresquísima á beber.
Su sangre helada siente!....
Mortal es la bebida!....
Los lábios y el semblante
Perdieron su color!....
Postrado cae en tierra
Sin hálito de vida!....
No duerme!....ya las ondas
Le arrastran con furor.
Y vuela su alma libre!....
La noche corre el velo....
Su encanto es de las flores
La plácida estacion:
Y con el Silfo baila!....
La luna desde el cielo
Descubre blanquecino
De huesos un monton.

MANUEL PEREZ SALAZAR.

LOS NARANJOS.

(Fragmentos).

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del rio
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial;*
Y buscan miel las avejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.
....
En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.
En la ribera del rio
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De triebol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EL ILUSTRISIMO SEÑOR



OBISPO QUE FUÉ DE LEON.

I

La vida de edificacion y de santidad que voy á bosquejar en el presente artículo, reclamaba en verdad una pluma inspirada y digna, que supiera ensalzar debidamente las virtudes y los merecimientos del ilustre prelado de Leon, pues raras veces se habrá ofrecido á un biógrafo un tan rico y escogido caudal de acciones loables que describir para admiracion de los contemporáneos y de la posteridad. La laboriosidad del Ilmo. Sr. Sollano, como estudiante y catedrático; su incansable y ardoroso celo como sacerdote; la copiosa ciencia con que enriqueció su talento natural, hasta distinguirse como uno de los primeros teólogos del mundo; y finalmente, sus asombrosos trabajos como obispo, su humildad, su caridad, no menos que la dedicacion con que supo atender al bien espiritual de sus ovejas, y el crecido número de obras útiles que emprendió y llevó á cabo, forman un conjunto tal de hechos memorables, que no dudo hagan vacilar á cualquier escritor que de ellos desee ocuparse. Auméntanse con esta consideracion mi timidez y desconfianza; mas no dudo que suplirán á mi impericia y á mi escasez de luces el vivo afan que tengo de dar á conocer en esta galería de EL TIEMPO las glorias más puras y brillantes del episcopado mexicano.

II

Nació el Ilmo. Sr. Sollano en San Miguel de Allende, poblacion del Estado de Guanajuato, el 25 de Noviembre de 1820, y fueron sus padres el caballero Maestrante de Ronda, D. José María Diez de Sollano, y la Sra. Dª Josefa Dávalos. El bachiller D. Francisco Jara lo bautizó en la parroquia de la misma ciudad, poniéndole por nombre, José María, Miguel, Ignacio, Simon, Catarino del Corazon de Jesus. Su hermano D. Vicente era el mayorazgo de la casa de Soxa.

Comenzó su carrera literaria á los doce años, ingresando á las aulas del colegio Salesiano de la propia ciudad el 18 de Octubre de 1832. Refiere alguno de sus biógrafos, que desde luego dió señaladas muestras de su talento claro

y precoz, de un amor decidido al estudio, y de un criterio no comun para comprender y resolver las diversas cuestiones que se presentaban en cátedra: eran tambien dignas de admirar en sus cortos años la suavidad y mansedumbre de su carácter bondadoso, y la inclinacion que tenia á la vida pacífica y silenciosa. De su aplicacion y aprovechamiento son prueba evidente las ventajosas calificaciones que siempre obtuvo en sus exámenes, y el hecho notable de haber recibido las órdenes menores cuando apenas habian trascurrido dos años desde su ingreso al Establecimiento. El Ilmo. Sr. D. Angel M. Morales, Obispo de Sonora, profesaba al jóven Sollano cariñosa estimacion, y debido á esto, y á sus méritos, le recibió como su familiar al tiempo de conferirle las repetidas órdenes menores. En esa calidad permaneció á su lado hasta que aquel prelado se ausentó de San Miguel.

En 1834 marchó á Morelia para continuar su carrera en aquel afamado Seminario, de donde habian salido y continuaban saliendo insignes sacerdotes y hábiles jurisconsultos, más tarde honra y prez de la Iglesia y del foro mexicanos. Allí estudió, ademas de las materias que correspondian á su asignatura, los ramos secundarios de francés y griego, habiéndole servido de morada la misma habitacion que alojó al actual arzobispo de México, Sr. Labastida. Sin duda habria continuado en aquel establecimiento, si diversas circunstancias de familia no le hubieran obligado el año siguiente de 1835, á trasladarse á esta capital, en cuyo Seminario se inscribió inmediatamente como alumno interno. Comenzó á cursar filosofía; pero no contento con las obras de texto, pues éstas le presentaban un campo sobrado estrecho para su afan de saber, procuró ponerse en relacion con los RR PP. Domínicos de Porta-Cœli, quienes con sus conversaciones ampliaban los conocimientos del jóven seminarista, ó para hablar con propiedad, lo hacian seguir otro curso de filosofía. El Sr. Sollano, desde entónces, declaróse ardiente y decidido partidario de la doctrina Tomística; y con este motivo, se entregó á sérios y profundos estudios teológicos, materia en la cual tanto se habia de distinguir más tarde. Con la adopcion de aquella firme base filosófica, no es de extrañar que el Sr. Sollano hubiese sobresalido de un modo notable entre sus condiscípulos, los cuales se habian limitado á estudiar la obra de Jacquier.

Graduóse de bachiller en el repetido Establecimiento (1841), y allí mismo se le encomendaron las cátedras de francés y de prosodia latina, cuyas tareas alternaba con el estudio de los Cánones, bajo la acertada direccion de su maestro el Sr. Dr. D. Juan B. Ormaechea, Obispo actual de Tulancingo. Pasó luego á la Universidad de esta capital, con objeto de perfeccionar sus estudios de teología, y cursó ademas Sagrada Escritura é Historia Eclesiástica.

La variedad y solidez de los conocimientos que con sus constantes desvelos habia adquirido hasta entónces el Sr. Sollano, le permitieron presentarse en 1842 como candidato á la cátedra de Artes en el Seminario Conciliar, y tuvo la satisfaccion de obtenerla con la unánime aprobacion de sus jueces. Ya con su nueva investidura, pudo el infatigable jóven dedicar todos sus afanes á la realizacion de una generosa empresa, que desde hacia algun tiempo era objeto de sus constantes meditaciones: la restauracion en México de las doctrinas del gran filósofo de Aquino, á las cuales, segun ya he dicho, profesaba viva y entusiasta adhesion. Para él, únicamente en la alta enseñanza de Santo Tomás podian encontrar salvacion las sociedades modernas; solo por medio de ella podria librarse la juventud de las disolventes y perniciosas teorías que en los actuales tiempos propaga la revolucion por todas partes; y solo de ese modo, en fin, las creencias católicas en México podrían matenerse incólumnes en la conciencia del pueblo.

Un maestro que con ardor y fé comunica sólida ciencia á sus discípulos, no imparte á éstos únicamente el bien que

de aquella resulta, sino que lo extiende tambien á las futuras generaciones, á la juventud que más tarde solicitará las mismas luces de los que dejaron de ser estudiantes para convertirse en catedráticos. Bien penetrado estaba de esto el Sr. Sollano, cuando con el celo de un verdadero apóstol emprendió y llevó á término feliz la propagacion de la filosofía aquiniana; no siendo de extrañar, por lo mismo, que hubiese recogido abundantes y preciosos frutos. Si en la actualidad hay en México eruditos y profundos conocedores de los libros de Santo Tomás, y partidarios adictos de sus salvadoras doctrinas, débese en gran parte al Ilmo. Sr. Sollano, que supo despertar en sus discípulos el amor y el entusiasmo por aquellos estudios.

Continuando mi narracion, debo decir que el 17 de Diciembre de 1842, ordenó de subdiácono el Ilmo. Sr. Posada al jóven Sollano, y que el inmediato dia 25 del mismo mes recibió la órden del diaconado. Quiso el Ilmo. Sr. Portugal llevárselo para Morelia, ofreciéndole una prebenda en el coro de aquella catedral pero fuese por humildad, fuese porque deseaba profundizar más y más los estudios que seguia en esta capital se negó á aceptar tan lisonjera y honrosa distincion. Prosiguió, en efecto, sus tareas literarias en la Universidad, y habiéndose opuesto á la Beca de honor, la obtuvo fácilmente, mediante un lucidísimo acto que presenciaron personas ilustradas y distinguidas de nuestra sociedad. Alternaba sus estudios teológicos con otros de mero lujo y pasatiempo para él, como la física, la química, etc. El insigne historiador D. Lúcas Alaman le encomendó por este tiempo la direccion y educacion de sus hijos, dándole así una prueba del aventajado concepto en que lo tenia.

Llegó, por fin, la fecha de su ordenacion de presbítero; y esta se verificó con gran solemnidad el 1º de Junio de 1844. Al dia siguiente cantó su primera misa, con la asistencia del Ilmo. Sr. Madrid, que predicó el sermon. (1)

1 La casulla con que en aquel solemne dia se revistió el Sr. Sollano, estaba valuada en 20,000 pesos.

III.

Desde esta época, la vida del Sr. Sollano fué más laboriosa y activa de lo que habia sido hasta entonces: asombraba el conjunto de sus múltiples ocupaciones á los mismos que estaban acostumbrados á presenciar de cerca sus trabajos. Crecieron, si más era posible, su ardor y sus afanes por el bien y el adelantamiento de la juventud. Se dedicó al estudio de la astronomía, estableció un gabinete de física, gastando en aparatos una suma considerable; y cuando en 1846 se creó en el Seminario la cátedra de griego, él fué á desempeñarla, sin que sea necesario agregar que en todo procedia con el acierto y la eficacia que le eran habituales. Fué despues rector del colegio de San Gregorio, más tarde del Seminario, que tanto habia ilustrado con su nombre, y tambien de la Universidad, institucion que él veia con cariño y con entusiasmo.

Por este tiempo, la cristiandad toda se agitaba de júbilo con la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María. El gran Pontífice Pio IX inspirado del cielo, y queriendo satisfacer un deseo de los católicos del mundo, acababa de anunciar al orbe aquella *buena nueva*, que no obstante estar anticipadamente en la conciencia de todos fué recibida con dulcísimo alborozo. Las corporaciones, el clero de todos los países, las sociedades, etc., hicieron oir su voz en aquella fiesta que conmovió al mundo; y no fué ciertamente la Universidad de México la que dejó de estar bien representada en Roma. Su hijo más distinguido y predilecto, el Sr. Sollano, escribió á nombre de ella una admirable *Disertacion* sobre el dogma de la Concepcion Inmaculada de María; disertacion que fué calurosamente encomiada en Europa, (donde se reimprimió), y que valió á su autor la mitra que ciñó pocos años despues.

Un escritor mexicano refiere que cuando el Ilmo. Sr. Munguía propuso al Pontífice Pio IX para primer Obispo de Leon al respetable Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero, el Santísimo Pa-

dre tomó un librito que tenia cerca, y respondió:

—No, esa sede la tengo reservada para el sabio autor de esta *Disertacion.*

En algun otro autor he leido tambien que la obra del Sr. Sollano alcanzó el segundo lugar entre todas las que sobre el mismo asunto se remitieron á Roma.

El Sr. Sollano fué tambien cura del Sagrario Metropolitano de esta ciudad; y propuesto por el Ilmo. Sr. Arzobispo Garza, se le preconizó obispo *in partibus infidelium* de Troade, auxiliar de la arquidiócesis de México. Al poco tiempo en 19 de Marzo de 1863, fué preconizado por Su Santidad Pio IX primer obispo de Leon, habiéndole consagrado el Ilmo. Sr. Ramirez, en el citado templo del Sagrario, el 12 de Julio de aquel mismo año; pero á causa de las circunstancias políticas de la época, no pudo tomar posesion de su diócesis, sino hasta el 14 de Febrero de 1864.

IV.

Grave y delicada era en extremo la situacion de la República en los momentos en que el Sr. Sollano se hizo cargo del gobierno espiritual de las ovejas confiadas á su celo por el Sumo Pontífice. No habian desaparecido aún los conflictos provocados contra la Iglesia por los revolucionarios de México; se escuchaban todavía los rumores de las guerras civiles traidas por la Reforma; el país estaba cubierto de ruinas, y por todas partes espantosas profanaciones se habian verificado, con gran escándalo de la sociedad piadosa y fiel. Las pingües propiedades, en un tiempo tan benéficas para la agricultura y el impulso de empresas industriales, habian pasado de manos del clero á las de hambrientos aventureros, cegados por la fiebre de riquezas; y por último, el pueblo mismo, fatigado de tantas luchas estériles, desengañado tristemente, y presa de mortal abatimiento, se sentía huérfano y sin amparo, acaso sin fé, al verse privado de sus libertades por aquellos que más pregonaban ser sus salvadores. No bastó, para reanimar sus agotadas fuerzas é infundirle nuevas esperanzas, que se le presentaran ejemplos de grande y verdadera abnegacion, que recibiera los consuelos de la caridad y que presenciara nobles y generosas luchas entre la autoridad eclesiástica desvalida y el audaz poder de la revolucion, henchido de saña y de odio para todo lo que significara catolicismo en México. Solo de este modo podia hacerse comprender á las masas populares que sobre los intereses políticos y privados, objeto á la sazon de inacabables querellas, se elevaban el interes religioso y la integridad de las doctrinas católicas.

Nadie tan á propósito para afrontar con brío y enérgica constancia las dificultades de la situacion, precursora quizá de una catástrofe, como el Ilmo. Sr. Sollano, polemista infatigable, celoso y ardiente apóstol, corazon noble y magnánimo, y en quien resplandecia algo como una luz celeste, distintivo propio de los valerosos soldados de Cristo, que están siempre dispuestos á perecer mansamente si se les lleva al martirio. En efecto, la vida del ilustre Obispo de Leon fué una batalla incesante contra los enemigos de la fe católica, contra los que querian impedir las francas manifestaciones piadosas, contra los que deseaban arrebatar al pueblo sus salvadoras creencias, y contra todos aquellos, en suma, que impulsados por su fanática impiedad, hostilizaban de diversos modos á la Iglesia y á sus hijos.

Era el Sr. Sollano de convicciones firmes y de ánimo inquebrantable, pero dócil á la razon y al convencimiento. En su faz modesta y apacible, en su palabra tímida, en la mirada viva y penetaante de sus ojos, revelábase una alma vigorosa y enérgica, nutrida de las sábias enseñanzas de la verdad: conocíase que sus resoluciones eran siempre irrevocables, y que jamás hacia la menor concesion á sus adversarios. Merced á esto, le veian con tierna veneracion y entusiasmo los numerosos hijos que formaban su grey, y tributábanle el homenaje de su respeto los que alguna vez le combatian. Persecuciones y hostilidades enfadosas

le rodearon sin cesar durante su vida episcopal, llegando aquellas al sensible extremo de poner en grave peligro su existencia, como súcedió cierta ocasion en que el arma homicida destinada al pecho del prelado, fuó desviada prontamente por el brazo vigoroso de uno de sus familiares. Pero él no cedió ni se intimidó jamás, ántes parecia que los riesgos y las amenazas redoblaban su brío y su ardimiento, y comunicaban mayores fuerzas á su espíritu. "Su política—ha dicho un escritor—no se avenia con ningun género de conciliaciones ni de medias tintas. No pudo entenderse con ningun gobierno liberal, y no cesó de reclamar primeramente la libertad de la Iglesia, despues la libertad de la Iglesia, y por último, la libertad de la Iglesia. Luchó con Maximiliano, luchó con Juarez, luchó con Lerdo, y más inmediatamente con los jefes políticos de las ciudades y pueblos de la diócesis. A uno de ellos, el más terrible, dirigió estas palabras de la Sagrada Escritura: "*Ni vivo, ni muerto, escaparás de las manos de Dios.*"

El Sr. Sollano, durante el ejercicio de su sagrado ministerio, á todo atendia, en todas partes estaba presente, y la obra más insignificante recibia con toda oportunidad el vigoroso impulso de su fecunda iniciativa y de su apoyo material y moral. Visitas generales á todo el obispado, cátedras en el Seminario, predicaciones, construccion de iglesias y de capillas en diversos pueblos, tandas de ejercicios que dirigia por sí mismo, estudio constante de las obras más modernas para imponerse del movimiento intelectual contemporáneo; y por último, el despacho de su gobierno, una activa y numerosa correspondencia, decisiones, confirmaciones, etc.: hé aquí las labores que dividian los dias del primer prelado de Leon, sin que jamás la va variedad de ellas hubiese alterado la admirable igualdad de su carácter, el cual era amable y sencillo, bondadoso, y de una ingenuidad y franqueza encantadoras. Nada más dulce y simpático que su trato; ninguna conversacion más agradable, más sembrada de oportunas y hermosas ideas que la suya. Enseñaba sin pretenderlo, y de sus labios se recogian siempre útiles y consoladoras advertencias.

Desconocia la ociosidad y las vanas pompas con que suelen adornarse los palacios del mundo, pues su humildad pareció crecer de un modo extraordinario desde que lo ungieron obispo. En sus habitaciones no habia alfombra ninguna, y refiérese que cuando un rico propietario de Leon mandó ponerlas, aprovechando una ausencia del señor obispo, éste, á su regreso, las regaló á las iglesias más pobres del obispado.

Inocentes y pacíficas eran sus costumbres, frugal y modestísima su mesa; cortas las horas que dedicaba al descanso; y en todo procedia siempre con una discrecion y delicadeza sin igual. A la juventud, como porcion más numerosa y escogida de su grey, miraba y trataba con una señalada predileccion. Celoso por su instruccion, amante de ver á los jóvenes en una carrera feliz, y seguro de lo importante que era difundir entre ellos los preceptos de una sólida ciencia, los guiaba, los atendia, satisfacia sus necesidades, y les prodigaba con la más tierna solicitud los tesoros de un cariño verdaderamente paternal. El Seminario de su obispado era, sin duda, uno de los mejor atendidos de la República, pues la incesante vigilancia que sobre él ejercia el Sr. Sollano, era prenda segura del buen servicio de las cátedras y del crecido aprovechamiento de los alumnos.

La caridad era otro de los rasgos prominentes del señor obispo. No contento con prodigar á su pueblo á toda hora y en todo tiempo los beneficios espirituales, se complacia en socorrer liberalmente á los pobres, quienes hallaban siempre abiertas las puertas de su corazon benévolo y las de su casa. Dos veces al año, el 19 de Marzo y el Juéves Santo, hacia servir en su propia mesa una espléndida y abundante comida á los huérfanos, á los necesitados y á los mendigos de la ciudad. En secreto, distribuia crecidas limosnas, y tenia destinadas, además, cantidades fijas para

el sostenimiento de familias pobres y para el fomento de algunas instituciones piadosas. Uno de sus biógrafos ha dicho, con acierto, que "si la vida del Sr. Sollano era sóbria y sus costumbres sencillas, *era para tener más que dar.*"

V.

Quédame aún por decir algo acerca de los varios escritos dados á luz por el Illmo. Sr. Obispo de Leon, y mencionar, siquiera sea ligeramente, las buenas obras hechas por él en su diócesis; las cuales fueron tantas y tan útiles, que su relato pareceria fabuloso en estos tiempos de suma pobreza para la Iglesia, si no se supiera que el generoso Sr. Sollano habia heredado de sus padres una cuantiosa fortuna. En efecto, esta dichosa circunstancia le permitió seguir más de una vez los impulsos de su corazon caritativo en favor de los pobres y de los necesitados de su grey, así como tambien de cuantas empresas é instituciones pudieran contribuir á su bien estar moral y físico. Pero de esto hablaré luego.

Además de la *Disertacion* sobre la Concepcion Inmaculada de la Vírgen María que ántes he mencionado, el Sr. Sollano escribió diversos opúsculos, pastorales, etc., nutridos todos de la más alta enseñanza, y que revelan la extension y profundidad de los conocimientos que poseia. "La Teología y la Filosofía más elevadas—leo en unos apuntes—le eran familiares; conocia á fondo la Historia, sabia todo lo de México y fué muy aficionado á las ciencias exactas y á las naturales. Enseñaba el griego, hablaba el francés, entendia el inglés, y el latin era para él como su lengua nativa. A un talento de primer órden unia una memoria más admirable todavía; pero sobrepujaban á ambas la virtud y la santidad"

Durante el ejercicio de su profesorado en México, escribió el Sr. Sollano un tratado de física siguiendo á Pouillet, pues de tal pueden calificarse las numerosas y bien ordenadas anotaciones que hizo á la obra de este autor. Publicó igualmente un "Curso de Lógica," y así éste como el Tratado de Física, se estudiaron por mucho tiempo en varios colegios de la República como obras de texto. Anteriormente á estos trabajos, habia redactado varios periódicos, y recien ordenado de presbítero, ya colaboraba en EL SIGLO XIX.

Una de sus obras más famosas y que causó honda sensacion en la época en que salió á luz, fué su admirable folleto titulado: "Exposicion contra las Leyes de Reforma," verdadera gloria nacional que honraría á qualquier publicista, segun frase de un escritor, y en cuyas páginas no se sabe qué celebrar más, si la vigorosa é incontestable lógica de todos los raciocinios y deducciones, ó la magnífica y sólida enseñanza que en ellas se encierra. El Sr. Sollano supo describir con mano firme y estilo inspirado todos y cada uno de los ataques de que se hizo víctima á la Iglesia Católica en México, así como tambien la série de desdichas que á causa de aquellas se desatarian contra la nacion.

Sus "Cartas Pastorales" que ascendieron á veintitres, son notables por la copiosa doctrina de que están llenas, no ménos que por su estilo fácil y persuasivo, impregnado del suave perfume de la moral evangélica. Revelábase en sus palabras el pastor celoso y prudente, observador de la sociedad en que vive y que seguia con atenta mirada las tendencias del Gobierno y del pueblo. Con frases dulces y cariñosas hacia eficaces advertencias á sus diocesanos, los instruia y los dirigia; disipaba sus dudas y vacilaciones, les infundia ánimo para la lucha y en todas ocasiones les daba con su vida elocuentes ejemplos de abnegacion, de piedad y tambien de patriotismo.

Su última obra fué la *Disquissitio Theologica*: en ella expuso el Sr. Sollano de una manera magistral el verdadero sentir de Santo Tomás sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María; y aunque no me es dado manifestar mi opinion acerca de una obra tan elevada por carecer de la competente autoridad para júzgarla, diré que personas inteligentes la reputan como la

produccion más acabada, digna de un verdadero sábio.

VI.

La instruccion y educacion de la juventud; la propagacion entre ella de las doctrinas de una sana filosofía; las buenas costumbres del pueblo, cuyo mejoramiento procuraba por medio de la predicacion y de las prácticas piadosas; la integridad y el respeto de la doctrina católica entre sus ovejas; el esplendor del culto divino: hé aquí los puntos que llamaron siempre de un modo muy particular, como era debido, la atencion del señor Obispo. Convencido de que sin sacerdotes que lo auxiliaran en sus tareas, no podria lograr nunca la completa realizacion de sus propósitos, procuró rodearse en todas épocas de los más ilustrados y laboriosos que le era posible conseguir. Atraia á su lado á los jóvenes que mostraban verdadera y decidida vocacion á la carrera eclesiástica, cualesquiera que fuesen su clase y condicion: se hacia cargo de ellos, y les prodigaba, como ántes dije, los solícitos cuidados de un padre tierno y cariñoso. Y con el fin de tener un establecimiento donde la juventud recibiera una educacion conforme á sus deseos, fundó y dió constituciones al Seminario, al cual proveyó de inteligentes catedráticos, de los libros y enseres necesarios, y de los instrumentos que se necesitaban en los gabinetes de física, química é historia natural.

En ese establecimiento daba las cátedras de Griego, Lógica y Sagrada Escritura, turnando ésta por años con la de Disciplina Eclesiástica, para la cual escribió una obra de texto; y cuidaba de dicho plantel al par del señor Rector, presidiendo todas sus funciones literarias, desde los actos públicos, hasta las lecciones de refectorio.

Construyó tambien la Santa Iglesia Catedral, gastando en ella la considerable suma de doscientos mil pesos, y la cual es hoy uno de los templos más ricos y hermosos de la República por su vasta extension, adecuada al inmenso número de fieles que lo frecuentan, por el buen gusto que revelan los altares, el coro y las imágenes, y por el artístico conjunto, en fin, que presenta en su interior y en su exterior.

Además de esta admirable fábrica de la Catedral, que por sí sola era ya bastante para que en su diócesis sea perpetuamente bendecida su memoria, el Sr. Sollano levantó en diversos puntos *ciento diez* iglesias, cifra enorme y verdaderamente asombrosa, no solo por referirse este hecho á una época en que las fundaciones piadosas son tan escasas, por no decir nulas, sino tambien porque fué una sola persona quien ejecutó aquel, en un cortísimo número de años, diez y ocho, que fueron los que el Sr. Sollano permaneció al frente del obispado. Apénas son concebibles los esfuerzos, la constancia, la abnegacion y los obstáculos que el infatigable prelado tendria que vencer para reunir los diversos y complicados elementos que lo condujeron á aquel admirable resultado.

Y creo que no será aventurado presumir que el Sr. Obispo de Leon, al proponerse y llevar á cabo la construccion de tan crecido número de iglesias, seria hostilizado con frecuencia por las autoridades políticas del lugar, quienes sin duda procurarian estorbar por mil medios este género de obras del Sr. Sollano. Mas debemos observar aquí que si ellas enaltecen á éste, son tambien un elogio para su pueblo, que secundando eficazmente á su prelado, dió elocuente testimonio de su piedad y de su fe.

Construida una iglesia, el infatigable Sr. Sollano procuraba con empeño proveerla inmediatamente de pastor que la sirviera, procediendo al hacer la designacion respectiva con aquella discrecion y prudencia que tan propias eran de su carácter. El señor Obispo sabia mejor que nadie cuántas y cuán singulares dotes se han menester para la cura de almas, ministerio sin duda el más importante en las poblaciones donde se ejerce; y de aquí que el Prelado de Leon se fijara siempre en sacerdotes de una virtud ejemplar, de suave y amable condicion, á propósito para establecer un comercio fácil entre ellos y el pueblo.

Singular penetracion tenia el Sr. Sollano para hacer aquellas elecciones; pero á pesar de esto, él quiso establecer en su diócesis una costumbre que ofreciera mayores garantías de acierto; y fué, la apertura de un concurso para la provision de curatos. Dos veces se observó aquella práctica, y no es necesario decir que fué completo y satisfactorio el resultado.

Procuró siempre el Sr. Sollano con incansable afan, la instruccion religiosa y civil de la niñez desvalida perteneciente á la clase indígena, y en distintos pueblos de su diócesis fundó y sostuvo escuelas á donde aquella concurria.

VII.

La anterior enumeracion de las buenas obras del Sr. Sollano, así como otras que dejo de mencionar por no hacer más difuso este artículo, acreditan de un modo evidente la incesante dedicacion con que atendia al remedio de las necesidades espirituales y temporales de su pueblo; y así no debe extrañarnos que éste y el clero le profesasen una adhesion ilimitada y un cariño que tenia mucho de filial.

Si mal informado por los enemigos del señor Obispo hubo quien alguna vez dejase de quererlo y amarlo, deponia sus sentimientos hostiles al punto en que por cualquier motivo se acerca ba á él y recibia sus miradas llenas de benevolencia y de paz. Refiérese que cierta ocasion, una persona desconocida solicitó hablarle en audiencia reservada, á lo cual el Sr. Sollano accedió inmediatamente, segun era su costumbre. Solos ya los dos, el extraño visitante se arrojó á los piés del prelado, confesándole que su intencion y el encargo que traia era asesinarlo; pero que al contemplar su persona amable y simpática y al leer en sus ojos la dulce bondad de su alma, habia comprendido la enormidad del delito que iba á cometer, y se arrepentia.—Lo demás que pasó entre ellos lo guarda la tumba del señor Obispo.

Siete visitas generales hizo el Sr. Sollano á su Obispado, é iba á concluir la octava, cuando la enfermedad que le llevó al sepulcro lo postró en el lecho. Sufrió los dolores que Dios mandó sobre él con mansa y humilde resignacion, y aun en medio de las molestias naturales que su mal le causaban, queria atender á las obras y ocupaciones que habian llenado su vida. El pueblo seguía con dolorosa ansiedad el curso de las dolencias de su amado Obispo, y este espiró por fin el 7 de Junio de 1881, á la una y media de la madrugada. La mayor parte de los habitantes de la ciudad se pusieron en pie desde esas horas y un inmenso gentío rodeó la casa episcopal. El pueblo desde entonces—dice uno de sus biógrafos — "rodea su tumba, dando aquellas señales de veneracion, que segun leemos en la Historia Eclesiastica, se vieron en los sepulcros de los grandes santos, ántes de que fueran elevados á los altares. Su sepulcro jamas ha dejado de estar materialmente cubierto de flores, sin cesar renovadas. La lápida, que está al nivel del suelo, jamás ha sido pisada, ni en la mayor afluencia de gente, como en la misa de doce ó en las grandes solemnidades. Desde un lugar elevado como el presbiterio, se nota perfectamente el cuadro donde está colocada, en medio de la ola del pueblo que ocupa la catedral. Dicha làpida está dentro del templo frente á la puerta mayor." (1)

Tal fué el primer Obispo de Leon; pastor en quien resplandecieron las virtudes y las dotes de un verdadero apóstol que supo derramar el bien por todas partes con una prodigalidad casi sin ejemplo entre nosotros. Escuelas y colegios, iglesias y ejercicios piadosos, ce-

---

(1) Presb. D. Ramon Valle, en un artículo dedicado á la memoria del Sr· Sollano.

Para que se comprenda la suma veneracion y el tierno cariño que los fieles de la diócesis de Leon profesan á la memoria del que fué su primer prelado, véase el tesoro espiritual que fué ofrecido por los socios, del Apostolado de la Oracion en sufragio del alma del Ilmo. Sr. Sollano, durante el tiempo que aquella Iglesia permaneció viuda. —Dias ofrecidos, 1482. Misas celebradas ú oidas,-34,107. Comuniones Sacramentales, 43,855. Estaciones al Santísimo, 1.425,671, Oraciones y ejercicios piadosos, 1.665,779. Rosarios y viacrucis, 1. 094,241. Mortificaciones, 44,604. Cbras varias, 4.938,479. Todo formaun total de 9.248,218.

lo por la integridad de la doctrina católica, esplendor para el culto divino, asistencia á los desamparados y á los pobres, luz á los ignorantes, en todo se ocupaba, á todo atendia aquel humilde y laborioso prelado que merece llamarse con justicia el BORROMEO MEXICANO.

Su memoria no se borrará nunca en aquella diócesis; y el Sr. Sollano será considerado en la posteridad como lo es ya desde hoy, gloria y lustre de la Iglesia Católica y de nuestra patria.

VICTORIANO AGÜEROS.

LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente dia!
La estacion de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.
Con inefable dulzura
Gime el céfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.
Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del rio
Que las auras estremecen,
Y los álamos se mecen
Abrumados de rocío.
Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.
Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.
Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiros y las flores,
Las flores y el firmamento.
En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay verjeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.
Todo á los ojos encanta,
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero, ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.
Todo se agita gozando
Con sonrisa plancentera
Y está de amor suspirando....
Solo yo vivo llorando
En la dulce primavera.
Sus encantos seductores
No mitigan mis dolores,
Y me son indiferentes
Los árboles y las flores
Los céfiros y las fuentes.
Con su mágica belleza
La feraz naturaleza
Mis sufrimientos no calma.
Siento en el fondo del alma
La opresion de la tristeza.
En vano entre mil fulgores,
Viene, de flores ceñida,
La estacion de los amores,
Pues no trae entre sus flores
Ni una flor para mi vida.
Ya nada me halaga, nada;
Me hace sufrir cuanto existe,
Porque tiendo la mirada
Y todo lo encuentro triste
Como la dicha pasada.
Sin amor, sin ilusion
Y en eterna agitacion,
Camino trémulo, incierto....
Mi existencia es un desierto,
Ya no tengo corazon.
Ese viento, esa armonía,
Esas flores que se mecen,
Esa sonrisa del dia
Con su luz, con su alegría
Mi corazon entristecen.
¡Ay del que llora perdida,
Lleno de afan y dolor,
Su esperanza más querida!
¡Ay del que pasa la vida
Sin esperanza de amor!
No hay dolor que no me hiera,
Muy desdichado nací:
Nada el corazon espera:
Para mí no hay primavera,
No hay ventura para mí.

JOSÉ ROSAS.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

II.

EL CRUCIFIJO MILAGROSO.

Todo el mundo, al ménos el forense —y hablo en términos de mi profesion —ha conocido en México al Sr. Lic. Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente Su Merced, despues de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa, y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atencion general, y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo á su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el trascurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados en estantes, mesas y sillas, parecia oficio de escribano, regocijando la vista y el corazon de la gente de curia que olfateaba allí el gérmen de demandas y litigios interminables. Y aunque el Licenciado trabajaba más cada dia, con riesgo de su salud, y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba á otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresion mayor los de todo género, acabó por atascarse entre aquellos montones de papel, poniendo á prueba la paciencia de herederos y litigantes, y dándosele un comino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habian ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesion en que era excéntrico y claridoso, como decian en presencia suya sus amigos, ó como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malcriado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le ví por última vez, acudiendo yo á su estudio en representacion de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar á ver arreglada la testamentaria respectiva. Frisaba ya en los sesenta mi hombre, y sin ser alto ni bajo, tenia por cuerpo un verdadero costal en que la naturaleza parecia haberse complacido en vaciar á ciegas la carne y los huesos, sin dar á una ni á otros la debida colocacion. De tez aceitunada que contrastaba con lo cano del cabello, corto y levantado de todas partes como si el espanto le erizara; de ojos vivos y malignos aunque algo encapotados; de nariz á la Cárlos III—que la tuvo más larga que Cárlos IV, por más que la fama haya favorecido á éste con daño de aquel—y de excesivamente belfo lábio, que cuando se apartaba del superior dejaba ver hasta cuatro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose dócilmente al impulso de la lengua, tenia temblorosos el pulso y la voz; metidos ambos piés en sendas bolsas ó fundas de paño negro con nombre de zapatos, y la mayor parte del cuerpo en un leviton de bayeta, del corte de los que llamaban *redingotes* en nuestro tiempo.

Tal era la estampa del Sr. Lic. Retortillo aquella mañana en que, sin duda, la digestion del chocolate habia sido penosa, pues no disimulaba el viejo su mal humor, del cual era signo inequívoco para los que le tratábamos el echar pestes contra los clientes que se difundian en la explicacion ó consulta de sus negocios, ó contra las visitas que sin objeto alguno iban á quitarle el tiempo y cuya conversacion suele ser una verdadera calamidad para las personas ocupadas.

Olvidaba decir á ustedes que el Licenciado, hombre íntegro y religioso á pesar de su malicia y aspereza, tenia en su estudio, en una de las paredes preci-

samente enfrente de su bufete y bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros de plata, un Crucifijo de madera que él apreciaba mucho, escultura de Cora, y cuya mansedumbre y benignidad hábilmente representadas por el artífice, formaban más de una vez contraste con el ceño y la iracundia de Retortillo. A pesar de lo expuesto, es indudable que este hombre tenia cariño y devocion á la imágen: solíasele sorprender con los ojos fijos en ella cuando algun cliente le molestaba con la relacion de las enfermedades de todos y cada uno de los individuos de su familia, ó cuando algun enviado de la parte contraria trataba de amedrentarle ó de sobornar su lealtad; y hasta habia llegado alguna vez á decirme en un arranque de confianza: "Rascon, esta imágen es milagrosa, y no extrañaria yo ni que llegaras á ser hombre de bien si te encomendaras á ella."

En la mañana á que me refiero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesaba alguno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Habia despedido el Licenciado á todos sus clientes, citándolos para otro dia, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio, y deteniéndome á mí para que llevase al tribunal el escrito que nos disponiamos él á redactar y yo á escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente, y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar á dictarme, cuando oimos pasos en el corredor; pero en la confianza de que habia dado órden al portero de que á nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula "como más haya lugar en derecho," y cuando su labio inferior llegaba casi á la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios, y el comedimiento y urbanidad en todos los ademanes, dando "santos y felices dias," un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado Don Canuto Bobadilla, que habia venido á México á pasar Todos Santos y Muertos, y que á título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del Licenciado, no habia creido compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar á sus paninos sin hacer una visita á Retortillo; en primer lugar para tener la imponderable satisfaccion de conocer á un abogado cuya fama se extendia casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posicion y familia, y pedírsela acerca del médico más á propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponia radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, segun todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba perenne salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitre bajo la forma de palomino, sin darse por satisfecho con explicacion tan difusa, refirió al licenciado cómo habia forzado la consigna dada al portero, quien procuró detenerle á tiempo en el patio, y solo franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de proteccion con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero, y significando en vano á D. Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba, y su deseo de que terminara cuanto ántes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo, y hasta movia los labios como si orase, en tanto que Bobadilla seguia hablando del frio y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma, y del *chahuixtle* recien caido á sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo

á los impulsos de su devocion, levantóse del bufete dejando al payo con la palabra en la boca, y fué á arrodillarse á los piés del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, y levantando en seguida el rostro y la diestra hácia la sagrada imágen como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor Licenciado, que, á guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo luminoso de un rayo de sol que penetraba en el aposento. Bobadilla, al ver la accion de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose á poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revistió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente los ojos del suplicante á la imágen, y hasta pareciendo asociarse por medio de la oracion mental á la plegaria del Licenciado.

Éste se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pié, y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfaccion y de confianza.

—¡Hermoso Cristo! dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversacion.

—¡Y tan milagroso! exclamó Retortillo.

—¿Conque es milagrosa esta sagrada imágen?

—Usted va á ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado, y siéndome excesivamente molesta á causa de ello la visita de usted, acabo de pedir á ese Cristo que toque á usted el corazon para que se vaya y me deje libre; y no tardaremos en ver que ha sido oida y obsequiada mi peticion.

Por grande que fuese la dósis de tontera y candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya usted ve si la imágen es milagrosa! observó el Licenciado, estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente áun ántes de sentarse, dictó: "....y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el debido respeto, expongo."

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: "Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando."

Recordé estas palabras al oir las últimas del capitan, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realizacion, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolucion del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

José María Roa Bárcena.

EL PAJE.

—Pajecillo, pajecillo,
¿Sabes ya lo que es amor?—
Y turbado el lindo paje
A la reina dijo, *no*.
—¿Del palacio en los jardines
Viste ansiosa de su ardor
Cual ofrece su capullo
Nueva rosa al nuevo sol?—
Y temblando el lindo paje
A la reina dijo *no*.
—Una viste entre mis damas.
(¿Por qué pierdes la color?)
Sin igual en gentileza,
La primera en discrecion,
Palomica en la ternura,
Limpio espejo del pudor,
De ojos blandos, fresco labio,
Diestra mano, dulce voz....
—*Basta*, dijo el lindo paje,
Basta, reina; y suspiró.

Alejandro Arango y Escandon.

DOÑA MARINA.

(Fragmento.)

I.

Discrepan los autores acerca del lugar del nacimiento de aquella célebre india, conocida entre nosotros con el nombre de "La Malinche." Segun Gomara, "era de hácia Xalisco, de un lugar dicho "Viluta." Así se lee en las ediciones españolas; pero en la que hizo Bustamante, está corregida la ortografía y añadida la interpretacion: "Era natural de hácia Jalluco [1] ó Xalisco, de un lugar llamado Huilotlan, que quiere decir lugar de tórtolas." [O "junto á las tórtolas."] Herrera dice que "era de hácia Xalisco, al Poniente de México," y lo mismo Torquemada. Mota Padilla sostiene esa opinion, y su principal razon es que cuando Herrera lo dijo, sus fundamentos tendría para ello, "y pues dicho Herrera lo afirma, debo abrazar su opinion, "como que redunda en gloria de la Galicia."

Ixtlilxochil expresa tambien que era de Huilotlan, mas pone este pueblo, no en Jalisco, sino "en la provincia de Xalacingo," que no es poca diferencia. Ya Clavijero notó, y con razon, la inverosimilitud de que Doña Marina hubiera venido á dar á Tabasco desde una provincia tan remota como Xalisco, [2] y sigue á Bernal Diaz, quien dice era de Painalla, en la provincia de Guazacualco.

Por último, D. Cárlos M. de Bustamante nos informa de que en Acayúcan decian que la patria de Doña Marina era Xaltipan, en aquella provincia, y aun enseñaban su casa. [3]

Bernal Diaz es quien nos refiere con mas extension la historia de Doña Marina, y merece todo crédito, por haberla conocido bien, lo mismo que á su familia. Dice que era hija de un cacique de la provincia de Guazacualco, y que siendo aún niña, perdió á su padre. La madre casó con otro cacique, de quien tuvo un hijo, y deseando ambos que éste heredase el señorío, determinaron deshacerse de la hija, como lo verificaron, haciéndola pasar por muerta, y entregándola á unos indios de Xicalanco, quienes á su vez la dieron ó vendieron á otros de Tabasco. Cuando llegó Cortés á aquella provincia, notando el señor de ella que no traía mujeres para aderezar la comida del ejército, le regaló veinte esclavas, entre las cuales acertó á hallarse "Doña Marina," nombre que despues recibió en el bautismo. "Como era de buen parecer, y entrometida y desenvuelta," la dió Cortés á Alonso Hernandez Portocarrero, sin sospechar entónces los grandes servicios que más adelante le habia de hacer aquella esclava. Convienen todos en que era de notable belleza, y Muñoz Camargo refiere que, cuando unos enviados de Moctezuma volvieron á dar cuenta de su comision, dijeron que los españoles traian una mujer "hermosa como diosa, porque hablaba la lengua mexicana y la de los dioses." [1]

Llegado el ejército á las playas de Veracruz, y miéntras Cortés luchaba con la dificultad de no tener intérprete para entenderse con aquellas gentes,

1 Este Jalluco es, sin duda, errata por Jalisco: la u seria is en el M. S., y no es temerario suponer que la equivalencia que sigue es añadidura de Bustamante.

2 En Jalisco no encuentro otro pueblo cuyo nombre se asemeje al de "Huilotlan" si no es "Jilotlan," en el partido de Zapotlan el Grande, distrito de Sayula. En verdad que los mercaderes mexicanos corrian mucha tierra; mas todas las circunstancias de la vida de Doña Marina desmienten ese origen lejano.

3 Mi estimado amigo el Sr. Dr. C. H. Berendt, me comunica la curiosa nota siguiente, que hace corroborar la opinion de Bustamante. "Todavía subsiste esta tradicion en aquella costa. Hay un cerrito en la salida del pueblo de Xaltipan, que lleva el nombre de La Malinche. Por lo físico y por lo moral de las indias de Xaltipan, bien podía la Malinche ser de allá. Son nombradas por su belleza, y la fama las distingue por su ligereza, en medio de la inmoralidad general del Istmo. Un extranjero se dirigió á una indita, en la calle de Minatitlan, con una pregunta que mal interpretada le valió esta respuesta: "No soy de Xaltipan, Señor."

1 "Historia de Tlaxcala."—Doña Marina sabia las lenguas mexicana y maya; mas ¿por qué los enviados mexicanos habian de llamar "lengua de los dioses" al idioma maya, que les era casi desconocido? Nada tendría de extraño la frase, aplicándola al catellano; pero dudo que á esa fecha le hablara ya Doña Marina.

pues Gerónimo de Aguilar que habia desempeñado ese oficio en Tabasco, no entendia ya el idioma del nuevo pueblo, notaron algunos que la Doña Marina hablaba con los enviados de Moctezuma. Supo entónces el general que la lengua nativa de aquella mujer era la mexicana; y como durante su residencia en Tabasco habia aprendido la de esa provincia, que era la maya, podia hablarla con Aguilar, que la sabia tambien, á consecuencia de su larga cautividad en Yucatan. Por aquí se halló el deseado medio de comunicacion, pues Cortés hablaba en castellano con Aguilar, éste en maya con Doña Marina, y ésta en mexicano con los indios de aquella costa, volviendo la respuesta por el mismo camino. Pero pronto pudo evitarse tan penoso rodeo, porque Doña Marina aprendió en breve la lengua castellana. Poco despues marchó Portocarrero á España, comisionado para llevar los presentes al Emperador, y desde entónces quedó Doña Marina con Cortés, sirviéndole de intérprete, y tambien de dama, por desgracia. De ella hubo el conquistador un hijo, llamado D. Martin Cortés. Durante toda la guerra, Doña Marina acompañó fielmente á Cortés con ánimo varonil (1), haciéndole notables servicios, entre ellos el de haberle dado aviso de la conjuracion de los cholultecas. Tuvo la fortuna de escapar del estrago de la "Noche Triste," lo cual fué no poco satisfactorio para Cortés.

Cuando éste marchó á la expedicion de las Hibueras (1524) llevó consigo á Doña Marina, y en un pueblo inmediato á Orizaba, la casó con Juan Jaramillo, "estando borracho," agrega el desenfadado Gomara, cosa que Bernal Diaz contradice indirectamente. (2)

Siguiendo adelante, al pasar por Guazacualco, hizo convocar Cortés á todos los caciques de la monarca, y entre ellos vinieron la madre y el hermano de Doña Marina; caso que prueba bien que ella era de aquella conarca, y no de Jalisco. Al punto notaron todos la semejanza de Doña Marina con aquellos caciques: siguióse el reconocimiento, y el consiguiente temor de que ella aprovechase su posicion actual para vengar el agravio recibido. Mas no fue así, sino que los tranquilizó, les hizo algunos regalos, y los perdonó, diciéndoles que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos, y ser cristiana, y "tener un hijo de su amo y señor Cortés y ser casada con un caballero, como era su marido Juan Jaramillo," con cuyo motivo y no sin fundamento, recuerda el buen Bernal Diaz la historia de José en Egipto: aunque es fuerza convenir en que hay gran diferencia en la castidad de los protagonistas.

El historiador Prescott dice que se hizo merced de tierras á Dª Marina en su provincia nativa, donde probablemente pasó el resto de sus dias, y que desde entónces desaparece su nombre de la historia. Lo de las mercedes de tierra creo que es cierto, más no que pasara allá el resto de sus dias, pues en 14 de Marzo de 1528 se hizo merced á ella y á su marido, de un terreno inmediato á Chapultepec. Obtuvo además un solar para huerta en la calzada de San Cosme, y en 20 de Julio de 1528 se le dió una huerta que habia sido de Moctezuma. Las casas de su habitacion estaban en la calle de Medinas, segun las investigaciones del Sr. Alaman. (1)

1 "Digamos cómo Doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer." Bernal Diaz, cap. 66.

2 Este suceso inspiró á Salazar y Olarte una de sus más estrambóticas frases: "En una aldea poco distante de Orizaba, celebró matrimonio Doña Marina con el capitan Juan Xaramillo, con consentimiento de Hernan Cortés, cuya novedad dió á la murmuracion, lo que pudo quitarle á la decencia." Lib. III, cap. 12.—Segun Arróniz.—Hist. de Orizaba, pág. 171,—ese matrimonio se verificó en el antiguo pueblo de Ostoticpac, que estaba donde hoy "el Ingenio."

1 "Disertaciones," tomo II, págs. 293, 294. Segun D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, se dió á Juan Jaramilloy á su mujer Doña Marina, para su habitacion, la mayor parte del sitio que ocupó des-

Despues de 1528 no encuentro ya noticias de Dª Marina, y todo induce á creer que terminó su vida en México, rica y estimada, pues su marido era uno de los principales vecinos, y desempeñó diversos cargos de importancia, como los de regidor, procurador y alférez real. Ignoro si doña Marina dejó descendencia legítima: en la "Residencia de Cortés" se hace mencion de "una hija de Marina la lengua," (1) pero sin hablar del padre, tal como si fuera ilegítima.

Muñoz Camargo, en su "Historia de Tlaxcala," M S., cuenta de una manera embrollada y muy singular la historia de nuestra Doña Marina. Dice, entre otras cosas, que cuando Gerónimo de Aguilar y "García del Pilar" (sic!) (2) naufragaron en las costas de Yucatan, ya estaba allí Dª Marina, y el cacique la dió por mujer á Aguilar. A la llegada de Cortés, salió á su encuentro Aguilar "con gran muchedumbre de canoas," y con el carácter de embajador del cacique, en cuya ocasion fueron recogidos los esposos en la armada española. Tambien Ixtlixochil casó á Aguilar con Doña Marina; pero no entónces, sino "andando el tiempo." Inútil es impugnar la historia de tal casamiento. Ya el P. Figueroa, colector de los M. SS. de Ixtlixochil, anotó el pasaje, advirtiendo que "Aguilar era clérigo subdiácono, y así no casó ni pudo casar con Marina."

Todos saben, por otra parte, las duras pruebas á que puso el cacique de Tabasco la virtud de Aguilar sin lograr vencerla.

II.

Quédanos por tratar un punto curioso. Están contestes los autores en que el nombre de "Marina" fué impuesto á nuestra india en el bautismo; (1) este fué, pues, el nombre "cristiano;" pero indudablemente tuvo ántes otro "gentil." ¿Cuál era éste? El orígen del nombre "Malinche," con que fué y es conocida, y que los mexicanos aplicaron tambien á Cortés, (2) se atribuye á que por carecer de la letra *r* el alfabeto de la lengua mexicana, los indios la sustituyeron con la *l*, como la más análoga, y "Marina" se convirtió en "Malina," á cuyo nombre agregaron la terminacion "tzin" que denota cariño ó respeto, resultando "Malintzin," como quien dice "Marinita" ó "Doña Marina," y corrompido por los españoles, como acostumbraban, vino á quedar en Malinche. Pero otros (3), al parecer mejor fundados, creen que el cambio de nombre siguió camino inverso. En la explicacion de la lámina X del "Códice Telleriano Remense," (4) explicacion que remonta á la época del primer virey de México, se lee lo que sigue: "En este año sujetaron los mexicanos á la provincia Coa-

---

pues el convento de Jesus María, lo cual, dice, le constaba „por escrituras antiguas y otras memorias.' "Paraíso Occidental," lib. I, cap. II. En el art. "Malintzin" del "Diccionario Universal de Historia y Geografía" (Apéndice, tomo II, pág. 777) se dice que obtuvo terrenos en Xilotepec; pero desconfío de las noticias de ese artículo, porque contiene suposiciones aventuradas y equivocaciones evidentes, como la de llamar á la esposa de Córtes Doña Juana Suarez, confundir los dos hijos de Córtes, el legítimo y el bastardo, porque ambos llevaban el nombre de Martin, etc. En la "Historia de Orizaba" pág. 182), hallo que á Xaramillo "le tocó parte del valle comprendido en las tierras del Sumidero, hácia el N. E. de Orizaba." El dato está tomado de unas escrituras de tierras del Sr. D. V. Madrazo, donde se lee que "Moyuapan, Sumidero y el Molino de la Puente que está cabe el camino que vá deste lugar á la Veracruz, perteneció al capitan Juan de Xaramillo, marido de Doña Marina la lengua."

1 Las señas que dan los declarantes, y que no son para copiadas, no dejan duda de que se trata de nuestra Doña Marina; y es preciso admitir que ésta hubo la hija ántes de entrar á poder de los españoles.

2 Qué tiene que ver en esto el intérprete é instrumento de las maldades de Nuño de Guzman, y de dónde sacó Muñoz Camargo tal máquina de disparates, son cosas difíciles de explicar.

---

1 "Que así se llamó despues de vuelta cristiana." Bernal Diaz, cap. 36.

2 "La causa de haberle puesto aqueste nombre (á Cortés) es que como Doña Marina nuestra lengua estaba siempre en su compañía por esta causa le llamaban á Cortés el capitan de Marina, y para más breve le llamaban Malinche; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga.... por causa que siempre andaba con Doña Marina y con Gerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche." Bernal Diaz, cap. 74.

3 El finado Sr. D. José F. Ramirez, en nota manuscrito que me comunicó.

4 Lord Kingsborough, tomo V, pág. 150.

tlastla (Cuetlaxtla), que está veinte leguas de Veracruz, dejando sujetos todos los demás pueblos que quedan de allí atrás. Esto fué el año de 8 casas y de 1461, que es esta Guazacualco, que es la provincia donde hallaron los españoles "á la india Malinale, que constantemente llaman Marina."

De aquí podemos inferir que el nombre de Marina se le impuso en el bautismo, tal vez por analogía con el que ántes llevaba de éste, y no del nuevo, salió directamente, sin sustitucion de letras, el de "Malintzin," con solo poner el reverencial "tzin" en cambio de la terminacion, segun lo pide el genio de la lengua. "Malinalli" es el nombre ó símbolo de uno de los veinte dias del mes mexicano, y se interpreta por "retorcedura" del verbo "Malina," "torcer cordel encima del muslo." Es sabido que los mexicanos daban á los niños el nombre del dia en que nacian (1), y más adelante les añadian otro, sin quitarles el que ya tenian (2). En el gomara de Bustamante leemos que Marina ó Malintzin Tenépal, "que era su propia alcuña," que despues se llamó "Marina," dijo, etc." (3) Vése aquí que el nombre de Marina vino despues, esto es, en el bautismo, y que su propia alcurnia, ó sea el nombre gentil, era Malintzin Tenépal. El Malintzin ó Malinalli, sería el nombre primitivo, tomado del dia del nacimiento, y el Tenépal (cuya significacion no alcanzo) el que tomó ó agregó despues, segun la costumbre general, referida por el P. Motolinia.

JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

---

1 "Motolinia," Historia de los indios, trat. I. cap. 5.

2 El Señor de la provincia de Tlachqiauhco, vencido y sacrificado por Moctezuma I, se llamaba Malinal ó Malinalli.

3 Sigüenza y Góngora le da tambien el nombre de Tenépal. Paraiso Occidental, tomo II, pág. 203.

LA TARDE.

(EN EL VALLE DE MÉXICO.)

Está moribundo el dia
Y el sol poniente colora
Las nieves del *Ixtasihuatl*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.
Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume
De las frescas amapolas.
Del mirto y del *cempazochil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrado,
De la azucena olorosa.
En grato vaiven se agitan
Los *tulares*, si les toca
El aliento de la tarde
Que va impregnado de aromas.
Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas
Y el girasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones en las hojas
De fresnos y *capulines*
En cuyas ramas se posan.
El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de las trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo léjos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
O á los potreros retornan.
Por el lago trasparente
Cruzan pesadas canoas
O *chalupas*, que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto,
México, que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que, seductora,
Las nieves del *Ixtasihuatl*
Tiñen de carmin y rosa.

ROSA EFPINO.

(Vicente Riva Palacio.)

GALILEO.

I.

Hay períodos históricos en que el espíritu humano despliega toda su actividad y energía, y se lanza con increible poder á la realizacion de los hechos mas asombrosos. El siglo XVI es uno de estos períodos de inmensa agitacion, de infatigable laboriosidad, de verdadera efervescencia intelectual; siglo grande por los génios que lo ilustran, por las aspiraciones que alienta, por las pasiones que lo agitan, y que son causa de grandes prosperidades y tambien de grandes desastres.

Durante esta centuria, Italia, eden que parece destinado á mecer la cuna del génio, vé nacer insignes artistas que se afanan por expresar las más sublimes creaciones, inspiradas en el ideal cristiano: Rafael y Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Correggio, Ticiano y Andrés del Sarto, legan á la admiracion de una posteridad sus obrás inmortales, en las que elevan la expresion del arte á la altura que no se ha podido sobrepujar. Los descubrimientos marítimos, dilatando los términos del mundo conocido, demuestran laredondez de nuestro globo, y Sebastian de Elcano realiza el primer viaje de circunnavegacion. Tras de los ilustres navegantes aparecen insignes capitanes: Cortés, Valdivia, Ponce de Leon, Pizarro y otros, emprenden la conquista de los países descubiertos, encuentran toda clase de obstáculos, y, para vencerlos, realizan las más heróicas hazañas, asombro de los siglos. Dominadas las nuevas naciones por la fuerza de las armas, se apresuran á entrar en la vida de la civilizacion, subyugadas por la influencia y el pacífico poder de humildes misioneros. Las letras alcanzan altísimo esplendor con las doradas plumas de Cervantes y Camoëns, Shakespeare y Calderon de la Barca, Trissino y Ariosto, que producen obras de peregrino ingenio y hermosura. Los sabios se entregan al estudio de la naturaleza y sorprenden misteriosos arcanos. Cessalpino y Gessner la toman por objeto de sus clasificaciones. Rodio y Harvéy descubren la circulacion de la sangre en los animales; Vieta, Cavallieri, Harriot, perfeccionan las matemáticas; Copérnico y Keppler, explorando los abismos del cielo, señalan á los astros su respectivo asiento en el Universo, a la par que fijan las leyes de las revoluciones planetarias.

Nada falta, pues, para su grandeza al siglo XVI: ilustres príncipes, sabios profundos y laboriosos, osados navegantes, poetas sublimes, esforzados guerreros, varones justos y santos; todo lo tiene. Tiene es verdad un Lutero y un Calvino, que con su refinada perversidad é insolente orgullo se rebelan contra la Iglesia y le arrebatan muchos de sus hijos; pero la Providencia le entrega un Nuevo Mundo, para que haga practicar en él su civilizadora doctrina.

II.

Galileo Galili es uno de los sabios más eminentes del siglo XVI. Nace el 18 de Febrero de 1564, la fecha misma en que Miguel Angel espira: "pronóstico expresivo, dice un sabio escritor, de que las artes que han sido hasta entónces la gloria de Italia, deben en adelante ceder el cetro á la ciencia; y de que empieza el reinado de la filosofía."

Galileo fué destinado por su padre á seguir la carrera de medicina; mas por una circunstancia singular conoce al sabio matemático Ricci, y estas relaciones influyen para imprimir nuevo curso á los estudios del jóven Galileo; se proporciona un Euclides y en poco tiempo hace prodigiosos adelantos en la geometría. Estudia con ardor un Arquímedes que le regala Ricci, y declara que quien toma por guía al célebre matemático de Siracusa, puede caminar sin temor por la tierra y el cielo.

Dotado Galileo de un espíritu atento y observador, desde sus años juveniles descubre en los fenómenos más triviales de la naturaleza principios científicos que fecunda con su genio: un dia, observando una lámpara agitada por el viento en la Catedral de Pisa, descubre que sus oscilaciones grandes ó peque-

ñas, se efectúan en igual tiempo, es decir, descubre el "isocronismo de las oscilaciones del péndulo," é inmediatamente aplica su descubrimiento á la medida de la celeridad de las pulsaciones y del tiempo.

La gravedad, que nos presenta fenómenos tan comunes como el descenso de una piedra, ejercita la sagacidad de Galileo. Desde los tiempos de Aristóteles, se admitia el principio de la proporcionalidad del peso de los cuerpos con el tiempo que tardan en caer: Benedetti, literato veneciano, prueba con argumentos filosóficos que todos los cuerpos caen en el mismo tiempo desde una misma altura; y Galileo, para apoyar esta doctrina, imagina el notable experimento que se ha hecho célebre en la ciencia; sube á la oblícua torre de Pisa, y deja caer varios cuerpos, del mismo volúmen pero de diversas densidades, y por consiguiente de distintos pesos; comprueba qué todos tocan el suelo en el mismo instante, y que solo una bola de cera sufre un retardo notable. Repite el experimento en el agua y se cerciora de que el retardo corresponde, no á la desigualdad del peso de los cuerpos, sino á la diversa densidad de los medios, aire y agua; de donde se deduce que la resistencia del aire es la causa de la diferencia observada para la bola de cera, ó implícitamente, que "en el vacío caen el plomo lo mismo que la lana, con idéntica velocidad." Al mismo resultado lo conduce el perfeccionamiento de la teoría del péndulo.

Considera Galileo á la gravedad, cualquiera que sea su causa, como una potencia oculta en los cuerpos y que obra contínuamente sobre ellos: de tal suerte que, cuando caen, les imprime á cada instante nuevo impulso, y al final de la aceleracion, "la velocidad que adquieren es proporcional al tiempo que dura la caida."

Si se representan los tiempos trascurridos desde el principio de la caida por espacios equidistantes, considerados en una horizontal, cateto de un triángulo rectángulo, las perpendiculares levantadas sucesivamente de aquellos puntos hasta la hipotenusa, representarán las velocidades adquiridas al final de dichos tiempos, y la relacion de los espacios recorridos estará expresada por la de las superficies triangulares que interceptan las perpendiculares, las cuales tienen por base los catetos que designan los tiempos; pero puesto que aquellas superficies son entre sí como los cuadrados de estos catetos, "los espacios," dice Galileo, "crecen como los cuadrados de los tiempos," contados desde el principio de la caida.

En comprobacion del raciocinio anterior, más comprensible con la construccion gráfica conocida con el nombre de "triángulo de Galileo," realiza este una sencilla experiencia: echa á rodar varios cuerpos sobre planos inclinados á diferentes grados, y demuestra que, cualquiera que sea su inclinacion, el movimiento se acelera constantemente. Los espacios recorridos en los instantes sucesivos, siguen la série de los números 1, 3, 5, 7, etc.; y estos espacios, tomados desde el principio, son siempre como los cuadrados de los tiempos transcurridos. El descubrimiento de tan importantes leyes del descenso de los graves, fecundiza y desarrolla las teorías del péndulo y del movimiento de proyeccion: cuando se lanza un cuerpo oblícuamente al horizonte, el movimiento que recibe se combina con el que la gravedad le imprime, y el cuerpo describe una curva cuya naturaleza era desconocida ántes de Galileo: él prueba que esta curva es una parábola, que su amplitud es la mayor posible bajo un ángulo de 45 grados, con lo cual asienta los principios de la balística y la artillería.

En los primeros años de su residencia en Padua, ántes de 1597, donde ejerció por 18 años el profesorado, inventa Galileo un instrumento que es la primera aplicacion de un fenómeno físico á la medida de la intensidad de una causa: el termómetro, cuya invencion se ha atribuido á Drebell y á Sarpi, á Sartorio y á Bacon. Fundado en la elasticidad del aire que se dilata por el calor y se contrae por el frio, de una manera

perceptible, este termómetro se compone de un tubo de vidrio de diámetro pequeño, abierto por un extremo y terminado en una esfera por el otro; en el interior hay una corta cantidad de agua y está invertido en un vaso lleno de lo mismo; en fin, á lo largo del tubo hay una escala graduada. Es cierto que este termómetro, digno más bien del nombre de termoscopio, carece de puntos fijos para su escala, y por tanto no es *comparable;* pero ya se ha dado el primer paso, y con los perfeccionamientos sucesivos se llegarán á apreciar debidamente los importantes fenómenos del calórico.

La Hidrostática fija la atencion de Galileo y en ella hace grandes progresos: no solo considera á los líquidos tales como son en sí, sino que lleva adelante sus estudios y resuelve diversos teoremas de importancia. Mucho tiempo antes, Arquímedes habia demostrado este principio que lleva su nombre: *un cuerpo sumergido en un líquido, pierde una parte de su peso, igual al del líquido que desaloja*, el cual principio le condujo á la resolucion del famoso problema de Hieron. Queriendo Galileo obtener una respuesta de la naturaleza, imagina interrogarla con una especie de balanza que consiste en una regla dividida en dos porciones iguales, en medio de la cual se encuentra el centro del movimiento, y que coloca en la superficie de una agua tranquila: en las extremidades de estos brazos están suspendidos, por una parte una lámina de oro, y por otro un contrapeso, sumergido en el agua como la lámina, destinado á conservar el equilibrio. Quita el contrapeso para colocarlo en la parte superior de la regla, mientras la lámina de oro queda sumergida en el líquido. El equilibrio se rompe á favor del contrapeso, y para restablecerlo, ve Galileo que necesita aproximar el contrapeso al medio de la regla. El punto en que necesita detenerlo y que designa con x, es, segun expresion de Galileo, *el término del oro.* En lugar de la lámina de oro coloca otra de plata de igual peso, y por consiguiente de mayor volúmen; el contrapeso situado en el punto x de la regla, debe aproximarse más al centro del movimiento para restablecer nuevamente el equilbrio y el punto en que es necesario fijarlo, y *es el término de la plata.* Sustituye despues á la lámina de plata, una compuesta de plata y oro, del mismo peso que las otras; se rompe el equilibrio una vez más, y solo se restablece cuando fija el contrapeso en un punto z de la regla, situada situada entre x é y; y la relacion que existe entre el oro y la plata de que se compone la *liga*, queda determinada por la de las distancias $y\ z$, $x\ z$. Tal es el medio ingenioso que Galileo emplea para determinar, sin cálculo, la relacion entre dos metales de una aleacion ó liga.

Hallándose Galileo en Venecia el año de 1,609, llegan hasta él los rumoras de que en Holanda se ha inventado un instrumento que aumenta cinco veces el diámetro aparente de los objetos lejanos: no necesita más para ponerse á meditar las leyes de la refraccion de la luz, y con la combinacion de dos lentes, la una convergente y la otra divergente, forma un telescopio que aun lleva su nombre y aumenta 33 diámetros. El senado de la poderosa Venecia, aprovecha la invencion para sorprender á sus enemigos marítimos desde largas distancias, mientras que Galileo lo dirige á los cielos, y en esa zona luminosa llamada *vía láctea*, á causa de su blancura, confirma (segun lo habia sospechado Demócrito cuatro siglos ántes de la era cristiana), la existencia de incalculable número de estrellas. Obeserva las fases de la luna, explica el color ceniciento por la luz solar que la tierra refleja, reconoce que el hemisferio que nos presenta es siempre el mismo; los confines de la claridad y de la sombra aparecen à sus miradas con irregulares contornos, hecho que le lleva á admitir montañas y escabrosidades que surcar la superficie del satélite. Estas primeras observaciones son tan extraordinarias y se oponen tanto á las ideas de los sabios de su tiempo, que encuentran en todas partes séria resistencia, lo cual le obliga dichosamente á repetirlas y continuarlas por cerca de

treinta años, en los que la luna es un campo de notables descubrimientos, entre los cuales está ese movimiento oscilatorio que los astrónomos llaman *libracion*.

Galileo es quien por primera vez observa en el sol manchas orcuras, lo que echa por tierra la *incorruptibilidad* del astro, admitida por los peripatéticos; determina su forma y tamaño, y su movimiento, sus cambios de posicion, le conducen á admitir la rotacion del sol sobre sí mismo.

El 7 de Enero de 1610, dirige su anteojo á Júpiter y observa tres puntos luminosos, dos al Oriente y el otro al Occidente del planeta. Al siguiente dia los tres están al Occidente, lo cual le hace sospechar su movimiento. El 13 de Enero ve cuatro, y dos meses consecutivos de observaciones le demuestran que Júpiter tiene cuatro satélites, á los cuales llama *astros medíceos*, en honor de la familia Médicis, uno de cuyos miembros, el gran duque Fernando, años atrás lo nombrara profesor de matemáticas de la universidad de Pisa. Por medio del cálculo determina las órbitas de aquellos y el tiempo de sus revoluciones, al paso que utiliza sus eclipses para la determinacion de las *longitudes:* problema de náutica cuya solucion buscaban los sabios ansiosamante. Descubre, ademas, los satélites de Saturno, al que llama *tricorpóreo*, porque sus anillos, que no alcanzan á verse con toda claridad, por la inperfeccion del telescopio, aparecen en proyeccion sobre el planeta.

Mercurio fué tambien observado por Galileo, más dichoso en esto que Copérnico, quien decia: "temo descender al sepulcro sin haber visto nunca al planeta." Y en efecto, murió el ilustre astrónomo sin haber conocido el primer planeta del sistema solar, siempre absorvido en las deslumbrantes irradaciones del astro del dia. El sistema de aquel sabio profundo era generalmente rechazado como una innovacion absurda; los parepatéticos, sus más encarnizados adversarios, le oponian la carencia de fases de los planetas Mercurio y Vénus, diciendo que si estos girasen al rededor del sol, cambiarian de aspecto á nuestra vista, tal como sucede á la luna, que nos muestra á su faz alumbrada de perfil ó de lleno, conforme es el lado que se vuelve hácia el sol.

"Copérnico y su escuela, dice un escritor, habian respondido: no distinguimos fases, es cierto, pero no falta más que esto para que adopteis nuestro sistema; Dios nos hará el favor de que las tengan." Y en efecto las tienen: júzguese cuál no seria el gozo de Galileo al descubrir las de Vénus en Setiembre de 1610: estas fases atestiguaban firme y elocuentemente en favor del sistema de Copérnico, mostrando que, como la tierra y la luna, los planetas reciben sus luces del sol.

Segun costumbre de la época, Galileo oculta su nuevo descubrimiento bajo un anagrama, para justificar la autencidad de él, ó reclamar la prioridad en caso necesario pues el honor del descubrimiento de las manchas del sol le ha sido disputado por el P. Scheiner y Juan Fabricius, y para tener tiempo de continuar; sus indagaciones y hacerlas más precisas. En esta virtud escribe al terminar una carta estas palabras:

Hæc immatura á me jam frusta leguntur, d. y.

"Estas cosas no maduras y ocultas todavía para los otros, están leidas por mí"

Bajo este anagrama, ¿quién hubiera podido descubrir la idea de las fases de Vénus? Hay en la frase 34 letras que, colocadas en otro órden, dan estas palabras en las cuales se expresa elegantemente el descubrimiento:

Cynthiae figuras emulatur mater amorum.

"La madre de los amores sigue las fases de Diana."

Aun hay que añadir á este largo catálogo de invenciones, estudios y descubrimientos, el del *compas de proporcion* tan útil á los ingenieros, un método de valuar la *cohesion* de los cuerpos, la indagacion de las leyes del *calor radiante*, la teoría del equilibrio de los *cuerpos flotantes*, la aplicacion del principio de

las *celeridades virtuales* al cálculo de los efectos de las máquinas; sus ideas sobre el *magnetismo terrestre*, la observacion para determinar la relacion de las vibraciones, haciéndolas sensibles mediante la interseccion de las ondas que se forman en la superficie de un líquido; su cálculo de los *indivisibles* y el de las *probabilidades*, las "disposiciones y combinaciones" de los números y la determinacion del *centro de gravedad* de los cuerpos.

Galileo es uno de esos genios privilegiados que reunen en sí múltiples y poderosas facultades, es una de las inteligencias más vastas que han cruzado este mundo. Felizmente dotado para el estudio de las ciencias exactas, es al mismo tiempo poeta y escritor satírico, lleno de chiste y de númen; ora medita profundamente los más complicados problemas matemáticos, ora compone hermosas poesías, segun el dicho de sus contemporáneos; llega á conocer profundamente la teórica y práctica de la música, toca diestramente el laúd y sobresale en el arte del dibujo, al grado de merecer que le consulten insignes pintores como el Bronzino y el Cigoli; escribe en vigoroso y brillante estilo numerosas obras, en las que expone sus doctrinas ó combate con dialéctica sutil las de sus adversarios. Mas el carácter especial de su genio es la crítica de los hechos, y la obra que da mayor realce á su gloria, su obra capital; la filosofía científica. Hasta aquí lo hemos considerado solo como restadrador de las ciencias, falta considerarle como uno de los fundadores de la filosofía experimental.

III.

¿Cuáles eran las tendencias de la filosofía, cuál su método, sus procedimientos, cuáles sus resultados al despuntar el siglo XVI?

Para contestar satisfactoriamente á estas diversas cuestiones, seria preciso exponer la historia de la Escolástica, que se habia enseñoreado de las inteligencias y hacer la crítica del Peripato, que dominaba el mundo por completo; area árdua si las hay, fuera del alcance de nuestras cortas fuerzas, y ante la cual han retrocedido hombres bien dotados, porque está rodeada de espinosas dificultades. Limitémonos, pues, á someras indicaciones.

Al tenor de los filósofos antiguos, que consideraban como degradante é indigno de hombres pensadores ocuparse en cuestiones del órden físico, y en el progreso puramente material, la filosofía peripatética se mantenia en elevadísimas regiones: ocupada sériamente en encaminar la humanidad hácia un grado superior de virtud y sabiduría, atenta solo al desarrollo espiritual del hombre, buscaba la felicidad de éste por medio de su engrandecimiento moral; eminentemente conservadora y tradicionalista, rendia respetuoso tributo á la autoridad, y fundada en ella, y por medio de ingeniosos y sólidos raciocinios, por silogismos concluyentes, por medios deductivos, en fin, buscaba la solucion de las altas cuestiones que la preocupaban. Tal era la filosofía que, principiando propiamente en aquel genio profundísimo que mereció ser apellidado el Doctor Angélico, derramó luz clarísima en todos los ramos del saber: la que por su método riguroso consiguió dar firmeza al raciocinio, perspicacia y claridad al juicio, agilidad y vigor á los espíritus y sutileza suma al entendimiento, preparándolo así á los mayores descubrimientos cuando se encontrasen nuevos métodos y el espíritu tomase nuevos rumbos.

(*Continuará.*)

LAS AGUAS

EN EL VALLE DE MEXICO.

Valle ameno, Ciudad de los aztecas
A do el rayo del sol con amor baja;
Que la choza infeliz de lodo y paja
Por ricos templos y palacios truecas;
Y de mansion de humildes pescadores,
Del lago en lo profundo
Tus cimientos echando,
Bajo propios y extraños pobladores
Te fuiste al propio impulso levantando
La primera hasta ser del Nuevo Mundo!

¡Qué hiciste de las ondas
Que en tu recinto ayer rizaba el viento?
Su dominio usurpaste,
Y en atrevido prodigioso engaste
De ellas surgió tu firme pavimento,
Y al llano en tu redor las arrojaste.
¿No temes que irritadas
Sin que su enojo aplaquen largos siglos,
De los excelsos montes acotadas
Que á tu esplendido Valle dan corona,
Revuelvan sobre tí, bella matrona,
Cual ponto airado en el preciso flujo;
Y oro y poder con que indolente acorres
A la codicia extraña, al propio lujo,
Y tus soberbias cúpulas y torres
Traguen al fin, y en piélago desierto
No dejen rastro tuyo á otras edades,
Siendo tú copia fiel de las ciudades
Que cubre con sus ondas el Mar Muerto?

Subamos á la cumbre
Donde Chapultepec su alcázar sienta
Coronado en vistosas torrecillas,
Blanca paloma en bosques de sabinos
Del claro manantial en las orillas,
Regio retiro, mirador del Valle.
Del sol de Agosto á la fulgente lumbre
El llano en su extension á ver se alcanza:
Abajo la opulenta
Ciudad que gloria fué de Moctezuma;
De villas y de aldeas muchedumbre,
Lagos semi-velados en la bruma
Que suaviza el paisaje en lontananza;
Y cortando los limpios horizontes,
En círculo fatal los altos montes,
Peldaños de los tronos en que aun reinan
Los de otra edad titanes
Sentir haciendo en terremoto brusco
Su aliento poderoso: al Sur Ajusco,
Y entre el Este y el Sur los dos Volcanes.

¡Cuán bello panorama,
Y cómo en edificios, montes, lagos,
Del sol en su zenit brilla la llama!
Mas alza su calor leves vapores
Que en el éter se juntan y condensan,
Ancho y pardo jiron formando luego
En cuyo seno y desiguales bordos
Brama la tempestad con truenos sordos
Y se agitan sus áspides de fuego.
A calma y luz, agitacion y sombra
En el Valle suceden: remolinos
De polvo el aire anublan sofocante,
Y arranca el huracan cedros y pinos.
La nube en las alturas vacilante
Su oscuridad y su extension acrece,
Y se encorva y se mece
De los contrarios vientos impelida,
Y desciende hácia el suelo,
Cual de su propio peso ya vencida,
En forma de serpiente cuya cola
Azota el aire negra banderola.
Llega su boca el mónstruo al lago hirviente
Y onda y peces al par agita y sorbe;
Se encoge cual sintiéndose pisado
Y se retuerce amenazando al orbe;
Y luego más hinchado,
Del huracan rugiente comprimido,
Del rayo que engendró tal vez herido,
Revienta al fin, y el mar que contenia
En catarata inmensa al Valle envia.

¡Cielos, piedad! Naturaleza toda
Se conmueve y asusta. Y cada dia
El abrasado Agosto
Con nube densa el horizonte cubre
Porque en su oscuro seno rayos ardan
Y se resuelva en lluvias; y ¡ay! aun tardan
Las brisas y los pámpanos de Octubre,
Y se aumenta el peligro. Los torrentes
Bajan de las alturas; son las fauces
De las cavernas espumosas fuentes;
Los rios, rotos sus antiguos cauces,
Consigo llevan árboles y puentes:
Sus yertas aguas cenagosas, brunas,
Al impulso del viento, en oleadas
Van anegando ejidos y calzadas
Y aumentando el caudal de las lagunas.
Cual engrosada hueste sitiadora
A asaltarte, oh Ciudad, se aprestan ellas,
Y en su impaciencia braman á deshora;
Y en sordo paso, reduciendo espacios,
Tu recinto ya invaden sus espías
E impasible los ves en ondas frías
En tus calles y templos y palacios.
Y en su espejo al mirar tu noble frente
Que mañana será monton de escombros,
Murmuras encogiéndote de hombros.
En tu indolencia absorta:
"Gocemos del presente
Miéntras se pueda. ¿El porvenir qué importa?"

Raza meridional, raza venida
Del fiero hidalgo en la estrechez contento
En que ve consumir su ociosa vida,
Y Guatimoc tranquilo en el tormento:
Raza de fantasía á que no hay meta;
Raza feliz de soñadoras almas
Que vives como allá bajo sus palmas
Arábigas los hijos del Profeta!
¿Dónde el afan está, dónde la firme
Voluntad, la constancia inquebrantable
Que, en tu mal y en su bien, lleva consigo
El titan hiperbóreo tu enemigo?
¡Oh si el ardor que inviertes
En decretarte leyes que no acatas,
O con que el huracan recio desatas
De miserias y lágrimas y muertes;
Oh si el pico que empleas

En derribar los nobles monumentos
Que alzaron á su fé nuestros mayores,
En instante oportuno enderezaras
Contra humilde colina
Entre esos montes de rugosas caras
Que aparejan y aguardan tu ruína!
En ciego fatalismo
Te adormiste, Ciudad de los aztecas;
Sigues dormida orillas del abismo.
Si tu gentil beldad y tu abandono
No mueven las entrañas
Del rey á quien se humillan tus montañas
Que sirven de peldaños á su trono,
Y queriendo salvarte,
Ruge cual irritada hambrienta fiera,
Despliega al cielo en humo su bandera
Y en atroz convulsion los montes parte,
Y abra deja profunda
Por donde corra con azufre y llama
El agua opresa que tu Valle inunda
Y al léjos el Pacífico reclama;
La onda que te cerca
Y más y más, avara, se te acerca,
Ha de cubrir tus cúpulas y torres
Sin dejar ¡ay! en piélago desierto
Rastro de lo que fuiste á otras edades;
Y serás copia fiel de las ciudades
Que cubre con sus ondas el Mar Muerto!

J. M. Roa Bárcena.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

(Continúa.)

III.

LA DOCENA DE SILLAS PARA IGUALAR.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradiccion, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habria proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solia emplear aquellas dotes en términos mucho ménos ajustados al Decálogo.

D. Roque habia sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas durante la guerra de insurreccion le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decia, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun debia en la plaza, era afrentarse á sí misma. Por raro que hoy parezca este modo de discurrir, era el de D. Roque en la época á que me contraigo; y lo hago notar á Ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diabluras de D. Roque, recordaba sin querer una cuarteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid, y que dice:

¡Oh necesidad infame!
¡A cuántos honrados fuerzas
A que, por salir de tí,
Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apestado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuarteta; y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa [*radix Jalapæ*]. Y volviendo á D. Roque, sucedióle que, honrado y favorecido de sus mismos acreedores al principio de su pobreza, acabó por cansarlos á peticiones y banderillazos, y llegó á palpar frio el fogon de su cocina, y rajada y vacia la marmita del puchero; situacion terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres ó cuatro hijas pequeñas, que comen con el buen apetito de la miseria, que rompen zapatos, y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva ántes de la invencion de los telares.

Dióse D. Roque á la correduría, aunque sin título, y con la mala suerte que por lo regular acompaña á los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer sino rara vez, algun negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente á su familia. De dia en dia fuéronsele escaseando más y más los medios de subsistencia, y como habia sido rico y se habia sentado en su juventud al festin

de la abundancia, hízosele mucho más amargo el pan de la pobreza; ó, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazon al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente á todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba, y hasta en contestar con grosería á las salutaciones de las gentes, lo cual empeoraba su situacion. Por otra parte, concurria á las casas de juego, á que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, ó á que los conocidos afortunados le dieran el barato; y como la dignidad y la decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo, que habia sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos, jugando topillos en mayor ó menor escala, pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad, y que muchas veces caían en gracia á las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una historia casi tan larga como lo vida de San Alejo. Procuraré, de consiguiente, abreviar la narracion de mi anécdota.

Habiamos llegado, D. Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar, y yo al apogeo de mi posicion como farmacéutico. De humilde orígen y huérfano desde muy corta edad habia pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el dia, en calidad de mancebo, y sin más distraccion por las noches que el estudio del formulario y la colocacion de resetas en los alambres destinados á recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conveniente á jarabes y refrescos, habian llamado más de una vez la atencion de mi principal, y siendo éste español y teniendo que salir del país á la expulsion de todos los de su nacionalidad dejóme la botica en traspaso, á que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que habia: rematé una partida regular de azúcar prieta á precio muy bajo, y contraté la zarzaparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas; y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios solo cubrian con harina ó magnesia, mi establecimiento llegó á ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos, y conviniendo con el Génesis en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y á la muerte de mi suegro—que lo fué para mí en toda la acepcion de la palabra,—por aquello sin duda de que todo está compensado en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó unica heredera.

Fué y es la tal esposa mia un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático, y de un carácter de aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flema con que cuando éramos novios recibia las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió ante el altar mi mano, recibió los catarce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio, y recibiría al verdugo si fuese condenada á la estrangulacion. Y aquí voy á entrar en detalles domésticos que temo fastidien á mi auditorio, pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo habia puesto á mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norte-americanas, de asiento de ojo de perdiz—de las primeras que vinieron al país—que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta, y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales á los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacedero, no lo era entónces

por la sencilla razon de que solohabia llegado á la ciudad una partida de las tales sillas, que inmediatamente se realizó por haber agradado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojo, y como yo tenia mis barruntos de que iba á hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírsele.

—Don Roque—dije un dia á nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragan que habia sido verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario;—mi esposa desea una docena de sillas iguales á las que tenemos en casa. Pídale Usted una de éstas para muestra, y vea si consigue á no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido, y salió de la botica. Me habia visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques á mi bolsillo, y ni su persona ni su historia eran desconocidas á mi esposa, que le profesaba algun aprecio por efecto de su triste situacion y de las consideraciones que me veía guardarle. Media hora despues volvía Don Roque, seguido de dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquellos, y poniendo en doble hilera frente á la puerta de la botica.

—¿Son, ó no son iguales á las tuyas? me preguntó.

Al primer golpe de vista y ántes de oir la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco, y hasta las mismas frutas doradas al claro-oscuro en los respaldos y los piés!—¿Dónde ha podido Usted dar tan presto con lo que buscaba? le pregunté á mi turno.

—Eso no es de tu cuenta,—me contestó.—Las sillas valen sesenta pesos; ni un real ménos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podria ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y ó los cuentas ó me las llevo.

—Mias son, me apresuré á decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer á mi esposa, y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de á veinte duros. Don Roque sonó y frotó algunos de éstos despues de contarlos, puso la cantidad total en su polvero, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa, y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigia su corretaje, y era justo dársele, como tambien pagar á los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exigido factura ni recibo, por creer que no valia la pena de ello, supliqué á Don Roque llevara las sillas á mi casa y las entregara de parte mia á mi mujer; á todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida á hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido— como lo son en la luna de miel casi todos—y compartia y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habiame vuelto insensible á los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de Don Roque, y me decia que con el corretaje de las sillas tendria su familia para comer un par de dias. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habian sido mucho mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer, y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, habia ido á pedirle de parte mia las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objecion ni pregunta alguna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena fé y confianza, él las volvió á llevar á mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas. Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado las recibió, sin meterse en inquirir para qué las llevaron ni cómo las devolvieron: púsolas en la sala en el lugar que ántes ocupaban; y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví á mi hogar, cansado de elaborar píldoras, y de hacer friegas; y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo Don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormia en aquellos momentos; y, habituado yo á sus modos y respuestas que se resentian de cierta obstruccion en los órganos de la percepcion y de la palabra, dime á roncar á semejanza suya, y en dos ó tres semanas no me volví á acordar de la compra.

Cerca de un mes despues, al entrar un dia con Donaciana en la sala, no pude ménos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo Don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entónces, ¿donde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que habia aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—¿Luego has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traidas por Don Roque.

—Don Roque no ha traido más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba quinta esencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví á casa en todo el dia. Las brisas de la noche refrescáronme, y entónces reflexioné que Donaciana no tenia la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que á pretexto de él engullía, debian haber acabado de poner el apagador á la escasa luz de su inteligencia. Volví á casa, llevé á Donaciana á la sala, y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas, y reprimir todo ímpetu de impaciencia ó de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que habia sido víctima de la industria de Don Roque, á quien traté de abrumar con reconvenciones más que enérgicas al presentarse á otro dia en mi botica.

Mi hombre, ¿lo creerán Ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mio—me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto,—los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algun dia llego á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecian. Recordé que habia sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de su familia desnuda y hambrienta. Mi corazon de boticario se ablandó, como las resinas á la accion del fuego; y, enteramente desarmado y para ocultar á Don Roque mi emocion, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices *(óleum serpentorum)* en su lugar respectivo.

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

LA NOCHE.

(EN LA MONTAÑA.)

La noche envuelve la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luna en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imágen de la muerte
Dentro las selvas la noche,
Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.

El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque,
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crugir la maleza
Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Ahullan en las cabañas
Los lobos y los *coyotes*,
Y brillan entre la yerba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,
Fosforescentes, veloces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden
De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los gilgueros en las tardes
Y en la aurora los *sinsontes*.
Una ráfaga de viento
Llega rápida, y se oye
Crujir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La vírgen selva, y entónces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el ángel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

ROSA ESPINO.
(Vicente Riva Palacio.)

ESTUDIOS HISTORICOS
NACIONALES.

La importancia de los estudios históricos americanos no puede desconocerse ni ser negada por nadie. Descubierto un mundo nuevo por Colon; conquistado despues por una raza de héroes; civilizado en seguida, engrandecido y cambiado totalmente en su sér moral por unos cuantos misioneros que serán la perpétua admiracion de la humanidad; convertidas luego las fuentes de barbarie y de la más repugnante idolatría en saludables veneros de paz y bienestar; modificadas las costumbres, destruidas las monstruosas creencias; organizadas en familias las tríbus ántes separadas por el ódio y el rencor; formada una sola nacion con los diversos pueblos diseminados en territorios inmensos; confundidos, por último, en un solo interés los intereses de todos, con leyes y costumbres nuevas, con grandes y nobles aspiraciones para el porvenir, el mundo americano despierta y despertará siempre en todos ánsia inextinguible de conocer su historia. Desea estudiarla el estadista para saber dar leyes convenientes y eficaces á estos países, donde todavia se cuentan millones de indígenas, descendientes de los primitivos habitantes del continente, y que conservan aún algo de los intintos de su raza, de la noble y altiva independencia de su carácter. Desean estudiarla tambien el poeta y el artista, para inspirarse en aquellos sucesos interesantísimos, en aquellas luchas heróicas entre una religion suave y de paz, y otras llenas de absurdos y ritos horrorosos; entre los apóstoles de la caridad y el amor, y sosacerdotes que inmolaban víctimas humanas; entre los albores virginales y purísimos de una época que el cristianismo haria dichosa, y las negras sombras del error en que habian estado envueltos hasta entónces los pintorescos países de los Moctezumas y los Incas. Y al historiador, grave y profundo siempre en sus meditaciones, ¡qué campo tan rico, generoso y fecundo se le presenta en la historia de estos pueblos para emprender provechosísimos trabajos! ¡Cuántos episodios tiene que referir, ya con la cencilla y candorosa pluma del cronista, ya con el buril severo del gran Tácito; episodios y sucesos que al mismo tiempo que pueden recrear al lector frívolo y vano, pueden hacer meditar al filósofo! ¡Cuántas cuestiones de trascendental importancia le convidan á examinarlas detenidamente, á descifrar manuscritos, á interpretar códices, á estudiar y leer una y cien veces crónicas antiguas! Porque todo lo que entónces se hizo fué raíz de la sociedad actual, y nada hubo en aquel tiempo que pueda hoy ser indife-

rente al que trate de descubrir la verdad.—La fundacion de una iglesia ó de un convento, de una escuela ó de un hospital, estaban íntimamente ligadas al porvenir y engrandecimiento de la raza conquistada; no eran manifestaciones del fanatismo de la época, como creen algunos llevados de su ignorancia, ingratitud ó mala fé; no significaban tampoco alardes vanos de la riqueza y poderío de los vencedores: no. Eran por el contrario, asilos santos donde se enseñaba al indio á buscar el consuelo de sus penas, donde se le acostumbraba al trabajo, donde se le daba el sabroso pan y la benéfica luz de la instruccion, donde se le curaba de sus dolencias con una blandura y suavidad que no habia conocido. Casas de bendicion eran aquellas que sucesivamente iban dando á la patria varones sabios, prez y honra de la América; prelados insignes, que se extendian por la tierra llenos de ardor apostólico, para llevar á sus hermanos los tesoros preciosos de la piedad y de la fé; hombres de paz, en fin, que hallaban dulce deleite en la práctica del bien, que discutian en los consejos de gobierno, que daban leyes y reglamentos, y que atentos siempre á la felicidad de todos, indicaban prontamente las disposiciones que debian tomarse.

Sin duda los primitivos misioneros, y más tarde todos los gobernantes de la América española, comprendieron el sumo interés que para el historiador futuro tendrían tales trabajos, pues quisieron que quedase memoria de ellos, no simplemente para mostrar el cariño y predileccion que estos pueblos les merecieron, sino tambien, y en especial, para facilitar su conocimiento y el de sus necesidades. Hé aquí por qué en aquellos siglos, y sobre todo en el XVI, en que se trató de dar forma, y se dió, á numerosos pueblos que no la tenian ni la habian tenido acaso, se escribieron tantas *crónicas é historias:* hé aquí por qué fué éste el primer ramo de literatura que se cultivó en el Nuevo Mundo. Toca á la bibliografía formar una noticia exacta y completa de todo lo que entónces se escribió; y en cuanto á México, bastará recordar algunos nombres de los que principalmente se distinguieron por sus obras.

Ocupan el primer lugar los cronistas; que los hubo entre los mismos conquistadores, y entre los santos varones que luego vinieron á consumar la victoria por medio de la cruz y la palabra evangélica; como Bernal Diaz delCastillo, Gomara, Oviedo, el Padre Durán, Sahagun, Motolinia, Las Casas, etc.; y multitud de cronistas particulares: Larrea, Arlegui, Espinosa, Arricivita Medina, Dávila Padilla, Remesal, Beaumont y MotaPadilla.

Hubo otros escritores, cuyas obras demuestran más órden y cuidado: Torquemada, Betancurt, Acosta, Pedro Mártir de Anglería, etc.; y al llegar á siglos posteriores, obsérvase con pena que no fué ya tan vivo ni tan ardiente el entusiasmo por los estudios históricos: tan solo D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, D. Mariano Veytia, Clavijero, Cavo, Leon y Gama, y algunos otros, volvieron á emprender laboriosas investigaciones, dejando varios manuscritos notables. Veytia escribió una *Historia de México,* que dejó sin concluir, pero que muchos años despues completó y publicó elliterato mexicano D. Francisco Ortega y Leon y Gama dió á luz en 1792, una erudita disertacion histórica á propósito de "dos piedras que se hallaron en la plaza principal de México el año de 1790."(*)—distinguióse tambien, y mucho, el Sr. Dean de la Catedral de México, D. José Mariano Beristain de Souza, cuya famosa *Biblioteca Hispano-Americana,* publicada en esta ciudad el año de 1816, es hasta hoy el único catálogo de escritores que tenemos, y que, no obstante sus defectos, puede calificarse de precioso por la riqueza y lo raro de sus noticias. D. Cárlos María de Bustamante vino despues; publicó manuscritos hasta entónces inéditos, y reimprimió obras ya publicadas, anotándolas; pero por desgracia, su extraño carácter mezcla incom-

* Una de estas piedras fué la que generalmente se conoce con el nombre de Calendario Azteca.

prensible de candor y de malicia, unido á ciertas preocupaciones que le apartaban de la serena imparcialidad del historiador, hicieron que sus trabajos no tuvieran la importancia que era de desearse; han venido á ser completamente inútiles y áun perjudiciales, porque todo lo desarregló y confundió, cortando los textos ó adulterándolos donde mejor le parecia.

En 1844 y 1849 D. Lúcas Alaman dió á la estampa sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, hasta la independencia; y en 1849 y 1852, su *Historia de México* desde 1808 hasta 1821; y aunque algunos no conceden autoridad á estas obras, fundados en que el autor es muy parcial en favor de España, yo creo que la tienen muy grande, y que con ellas el Sr. Alamán hizo adelantar mucho entre nosotros los conocimientos históricos. La diligencia que pone en rectificar errores, la abundancia de los documentos nuevos que presenta y examina, y otras circunstancias que recomiendan ambas *Historias*, las hacen dignas, á mi juicio, del estudio y de las consultas del sabio.

Antes de las guerras civiles de la Reforma, abundaban en México elementos para emprender obras acerca de la historia patria: las bibliotecas de los conventos eran riquísimas en manuscritos, códices, libros impresos en los primeros años de la dominacion española en América, verdaderos tesoros bibliográficos que solo allí se encontraban; y si bien existian en Europa, diseminados en bibliotecas públicas y particulares, otros muchos presiosos materiales que nuestra historia reclamaba, la verdad era que los que aquí poseiamos bastaban para satisfacer, hasta cierto punto, el afan del más celoso, diligente y curioso investigador. Prescott, en efecto, no dejó de aprovecharse de ellos para escribir su celebrada *Historia de la Conquista de México*, aunque no ignoro que consultó tambien los principales archivos de la Península.

Suprimidos los conventos por las leyes de Reforma, confiscados los bienes del clero y cerradas sus bibliotecas, natural era que lo mas estimable de ellas pereciera en el naufragio, y que muchas obras se perdieran para siempre; de manera que si ántes encontraban dificultades para sus consultas los aficionados á los estudios históricos, hoy, debido á aquella circunstancia, tienen que tropezar con otras verdaderamente insuperables. Muchos manuscritos de nuestros croniuas primitivos, y diversas obras de que stsolo tenia noticia, pasaron desde su tiempo al Archivo de Indias, al de Simancas, á las Bibliotecas de Viena, del Vaticano y de Lóndres; y algunos de los que más tarde se descubrieron en América pasaron tambien á manos extranjeras; y hoy, para dar con ellos y servirse de sus noticias, tienen que emplearse trabajos, investigaciones sy gastos enormes, muchas veces inútil mente.

VICTORIANO AGÜEROS.

LA SALIDA DEL SOL.

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hácia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas
Vierten al pié sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores,

Purpúrea el agua del rio
Lame de esmeralda el borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Miéntras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del íris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre;
Cantan las aves y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno.... Entónces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone;
Y Dios, que todos los dias
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

IV.

EL CUADRO DE MURILLO.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narracion no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del primero. Unicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al ménos, Usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfaccion de haberle perdonado; miéntras que yo, víctima de otra estafa no ménos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reir en México.

Esta semi-filosófica reflexion suscitó un tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitan, el almonedero habló en estos términos:

—Si Ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos,—sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimacion con que vendía, sino por mi tino en la eleccion y la colocacion de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado á quien no han pagado sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á ménos; desde los retratos de familias extinguidas, hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería, hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero por temperamento é inclinacion no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. Tambien dirán á Ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco la nomenclatura de las más famosas existentes en los museos de Europa y en los principales conventos de la capital y de Puebla; así como los caractéres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana; y que á primera vista

distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera, de otro de Zendejas ó de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general, no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó ménos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, debílos á un suceso que me pasó en los primeros seis meses del oficio, y que jamás olvidaré, por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoria con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba, pues, amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditacion, que eran las más del dia, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentárseme algun negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondría en aptitud de dar vuelo á mi negociacion y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo colocado sobre una mesa de pino de las de venta, ví entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con todo y bastidor, cubierto con un trapo no muy limpio Cambiadas las salutaciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubréindole el criado. Era una imágen de Nuestra Señora del Cármen, que ni por su dibujo ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oido enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por esta cincuenta pesos para que yo ofreciera. Díjela que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho ménos; y, despues de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comision moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más sin que me costara, y no porque abrigase el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que álguien incurriera en la humorada de hacerle postura, y aunque traté de averiguar cual era el domiciio de la señora, ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenía la buscaran en su casa, y que cuidaría ella misma de volver á verme, pasado cierto número de dias, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte dias volvió, en efecto, y sabedora de que no le habia, marchóse desconsolada diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aun abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que empezaban á cubrirle, y hasta frotéle con una muñequilla mojada en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosecha, media hora despues de tal operacion, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raido, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y siguió su

camino con visibles señales de preocupacion, y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos dias, y al tercero, mi hombre se recostó contra el marco de la puerta, calóse los anteojos y púsose á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjele con urbana frialdad:—¿Por qué no entra Usted, caballero? Abstraido en la contemplacion del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene Usted aquí una joya artística que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas, frotó con su pañuelo ensalivado las dos estremidades inferiores, como en busca de firma y fecha que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detrás, diciendo en tono de profunda conviccion:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana, y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto, preguntéle—todavía sin dar gran valor á su entusiasmo—por qué no le hacia frente, agregando que le tendria por casi nada, puesto que pertenecia á una familia pobre deseosa de salir de él; á lo cual contestóme con visible desconsuelo, que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para arrancados, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, indiquéle que venderian en cien pesos la imágen;al oir lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mi aserto; y contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba cerca de la puerta y llamando la atencion de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenian á verle desde la calle, se le señalaban mútuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana, en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenia que de aquella pintura no podia haber ejemplar alguno en México, y mucho ménos en una almoneda de las de tres al cuarto; miéntras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podia ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse en torno suyo la gente, les supliqué moderaran su exaltacion artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habría dado por él quince ó veinte pesos si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedía, ni era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitacion. Yendo y viniendo dias, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo, colóse de rodon en mi almoneda una tarde, y, llamándome á un rincon de la pieza, con gesto solemne y en voz baja para que no le oyeran dos señoras que ajustaban á sazon unas sillas de asiento de tule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo, ni Usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valía cien pesos, que fué decirme en rigor: "aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrías tú comprarle." Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mio; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si Usted, en lugar de juzgar por las apariencias y de burlarse de un admirador arrancado, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervencion mia, si no lo que se llama un buen negocio, atendido el mérito de su

Vírgen, sí una ventecita que le dé á ganar algunos pesos. Tengo un inglés... pero, ante todo, Usted debe saber mejor que yo, que este lienzo es nada ménos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Estéban Murillo, célebre pintor español que floreció en el siglo XVII; compañero y amigo del gran Velázquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moisés hiriendo la roca, y tantas maravillas del arte que constituyen la riqueza de los museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico, que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Lóndres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el gobierno británico en gastos para enriquecer los museos públicos, ni los Lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros, y actualmente tiene puesto el ojo en este lienzo, mediante indicacion mia; pues, aquí donde Usted me vé, soy inteligente en el ramo, llámome Martínez, y años atrás he desempeñado una clase de pintura en la Academia de Bellas Artes, donde podrán dar á Usted noticias de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle, y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para verle á la luz meridiana.

Desconfiado de mio, y poco susceptible de entusiasmarme, creí que habia más de charlatanería que de sustancia en la peroracion del señor Martinez, quien se presentó á otro dia con su inglés. Aunque tenia éste azafranados el cabello y las patillas, descomunales los cuellos de la camisa, y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y correccion, lo cual debia, segun me dijo, á los muchos años que habia vivido en España visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era, efectivamente, de Murillo, lo cual no se podia dudar, en vista de lo perfecto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes, y de la verdad y naturalidad del colorido, que así huia de la árida y triste severidad de la escuela romana como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Vírgen y los grupos de ángeles que la rodean, solo el insigne fundador de la escuela sevillana habia sabido crearle, y constituia una dificultad en que naufragaron y naufragan los demás artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que lo crean sabio, sino como habla una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraria en ajuste sino al siguiente dia, ni siquiera pretendia saber desde luego el precio del cuadro: que éste era muy bueno, y él bastante rico; pero que los tiempos eran malos, y no se quedaria con la pintura sino tomándola á bajo precio. Agregome que me fijara en el último y definitivo, á fin de volver él á la mañana siguiente, á examinar de nuevo el lienzo, y á quedarse con él, ó á desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista, Martinez no habló, sin duda por haberse abstraido completamente en la contemplacion de la pintura.

Dióme golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que ántes casi ni habia fijado la atencion, y en el que ya creia descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotarle con aceite de linaza, é instintivamente veia hácia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó, al ménos, ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia, ocurrióseme tomar algunos informes respecto de Martinez; y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente, habia sido muchos años catedrático de pintura en

el establecimiento, acudiendo todavia á él á dar su voto siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro dia á las doce, Martinez y su inglés entraban en mi almoneda, y despues de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Cármen, preguntóme el segundo si le habia yo fijado precio.

—No se ha de dar en ménos de quinientos pesos, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo—me dijo,—y, como no me agrada perder tiempo, ni hablar sino lo preciso, terminémos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era "Sir James William Cook;" y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene Usted mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo sin estropearse. Una vez lista la caja, coloque Usted en ella la pintura, muy bien acomodada; y sin cerrar, ó, al ménos, sin clavar la tapa, lleve Usted tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los señores Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque yo debo partir de un dia á otro.

Salieron Martinez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y órden de hacer la caja en el resto del dia; y como la ajusté en seis pesos, hallé que, por principio de cuentas, iba yo á ganar más de otro tanto en solo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su zenit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que, si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí, por lo ménos, viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no habia sido movido de donde llevaba dias de estar; ni mi semblante revelaba la menor emocion, cuando entablamos este diálogo:

—¿Aún no se ha vendido mi Madre y Señora del Cármen?

—Ya Usted la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuanto lo celebro! Decididamente Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese Usted, Sr. Don Mateo, que yo me habia resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generacion en generacion ha llegado á mí; y que ahora mi primo, el cura de Atlixco, me escribe por conducto de mi comadre Petronila, diciéndome que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los Padres carmelitas de Puebla le conocen y podrian dar hasta doscientos pesos por él. Nó, sino muy lucido negocio habria yo hecho malbaratándole, para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Vírgen Santísima, señor Don Mateo; y, como no es justo que Usted la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se cobre lo que sea del depósito y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como Ustedes comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fria, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas, acabando por ofrecerle de contado los cincuenta pesos que al principio pretendia por su lienzo. Tomóle el criado, cubri[illegible]y cargó con él, y, ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, setenta y hasta cien pesos por la imágen. La buena señora ateníase á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme

terminantemente que no daria el cuadro por ménos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros, que la codicia rompe el saco, y que, tratando yo de explotar la pobreza de aquella anciana, habiame sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues aun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja que ya doblaba la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro; y viendo que ni esta oferta aceptaba, díjela: "Es mio por los doscientos," y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro dia la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta, habia de ser recibiendo en el acto su importe, "porque nosotras las señoras—agregó—nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas." Nuevo conflicto para mí, que no podía reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero ántes de llevar empácado el cuadro Habría ido á ver á Sir James W. Cook para que me diera algo á cuenta; pero aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable sin riesgo de que los demás almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birlaran mejorando á la viuda mi oferta. Decidime á ocupar á una persona rica que vivía á la otra puerta y me dispensaba alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos por un par de dias, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo que me firmó con agarabatados caractéres, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á Ustedes más largo el cuento, les diré que á otro dia, al presentarme en la casa de Maning y Mackinstosk con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oido nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la casa de Martinez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que este no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martinez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no habia número 24 ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenia ya pariente alguno, pues los que tuvo solo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz. no solo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad, lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

J. M. Roa Bárcena.

AMECAMECA.

Ya, cual toro que ansía
Del redondel hollar la limpia arena,
Fuego y humo sus fauces respirando
Locomotiva poderosa ruje.
Con indomable empuje
Llévanos ya por la ferrada vía,
No sin que en voces del alegre bando
El entusiasmo comprimido estalle;
Que si dejarte ¡oh México! da pena,
No conoce rival tu hermoso Valle.
Magnífico se extiende
Bajo cielo de azul, ópalo y oro
Que el águila al subir triunfante hiende,
Súlcanle arroyos de rumor sonoro,
Y con la brisa matinal ondean
Sus milpas y trigales:
Ánades y nenúfares albean
Orillas de sus presas y canales.
Aquí presta el Peñon su sombra al llano,
Y destacarse allí redondo veo
Cerro árido que el centro renegrido
Cual apagado cráter muestra hundido,
Trasunto del romano Coliseo.
En término lejano
Que cierran otros cerros y colinas,
Chalco refleja entre árboles oscuros
Sus pardas torres y sus blancos muros
De su lago en las ondas cristalinas.
Ayotla más allá, cercado huerto,
Cáctus, rosal é higuera
Guarda entre sus fecundos olivares.
Y coronando inmóvil, al Oriente,
El lomo de rugosa cordillera
Que parece trazar desde ambos mares
Hácia las nubes áspero camino,
Alza al rayo su frente
Y al huracan sus brazos tiende el pino.
Avanza cual serpiente
El dilatado tren; y del paisaje
Cambia la faz, y término el viaje
Halla en la bien poblada Amecameca,
Donde el Monte sagrado
De cúpulas y torres coronado—
De la fé y la piedad tributo y medros—
Brinda con el hechizo no soñado
De su bosque magnífico de cedros.
¡Qué de rotos pendones!
¡Cuán gallardos al cielo se levantan
A la mole formando espeso muro!
¡Cuál, sobre el fondo oscuro
De aquesta enmarañada selva umbría,
Las ramas que se extienden y adelantan
En gradacion vistosa, adula y mueve
El céfiro más leve
Y con su luz hermosa baña el dia!
¡Cuál los troncos inmóviles, ceñidos
De amante hiedra que al calor de Mayo
Brotó de sus raíces,
Desde la copa hasta la base hendidos,
Muestran en sus quemadas cicatrices
El poder y la cólera del rayo!
¡Bosque maravilloso! No te asombre
Que al verte y al oir la melodía
De tus aves parleras,
Recuerde sin querer, del primer hombre
Las dichas y las lágrimas primeras.

Por la quebrada vía
Que lleva hasta la cumbre, se adelanta
Mi pié. La vista encanta
De la planicie extensa el cuadro vario:
En recta agrupacion los edificios
De la villa, que el pardo campanario
Atrevido corona:
En los ejidos una y otra zona
De rubias sementeras;
Campos á que el arado ha roto el seno,
Fogatas que fecundan el terreno,
Las mieses apiñadas en las eras;
Arroyos y caminos serpeando;
Cabe la fuente, en apacible bando
Las de blanco vellon mansas corderas;
Y al pié del árbol que les presta asilo
Del sol contra los fuegos,
Los ya canos labriegos
Ruda la faz y el ánimo tranquilo.
Pero, la vista alzando,
¿Qué grandioso espectáculo sublime
Hiere y ofusca, y en el alma imprime
Admiracion y horror, y, al par, la embarga
En dulce arrobamiento?
¿Su dominio usurpó la tierra al viento?
¿Nuevo Atlas, no ya el mundo, el cielo carga?
¿Escalan al Olimpo los Titanes?
¡Oh! con qué majestad irguen la frente
Entre uno y otro mar, los dos Volcanes!

Ixtaccíhuatl allí—la Dama Blanca—
Duerme en su lecho colosal tendida,
De sábanas riquísimas cubierta
Que dejan ver el femenil contorno;
Y el curso dilatado
De siglos cien y cien no la despierta.
En pié surge á su lado
El Popocatepetl: su cono inmenso
Coronar ha solido el humo denso
Que en espirales sube de su horno
A que se [illegible]ma el águila: su egregia
Frente el sol dora si al zenit asciende:
De nieve perennal clámide régia
En su ancha espalda tiende.
Entre una y otra cumbre, en las enormes
Bases de pedernal y de basalto
En que descansan, hay mares de hielo
Do los audaces buitres hacen alto;

Cavernas de cristal, picos disformes,
Grietas sin luz, cantiles y barrancas,
Valles á cual más hondo,
Negros abismos de ignorado fondo
A que solo el alud ha descendido.
Y en la falda extensísima se agrupan
En escala ascendente
Y en mil formas extrañas,
Selvas, colinas, cerros y montañas,
Gradas de tan excelso monumento,
Y en cuyas calvas cimas
Que el rugiente huracan barre y asuela,
El abeto sombrío
Se irguió como avanzado centinela.
¿Cuál la edad misteriosa
De estos gemelos? ¿Es la edad del mundo?
¿Del Criador la mano poderosa
Trazólos al trazar los continentes?
¿El diluvio anegó sus albas frentes?
¿O bien la tierra en posterior trastorno
Prendiendo sus ocultos combustibles,
Sus entrañas así trocando en horno
A que el preso aquilon sirvió de fuelle,
Orgullosa Babel se alzó ella misma?
¿Quién vió estas moles ántes del tolteca?
¿Quién su orígen conoce ni su historia?
En la profunda noche de su arcano
Mi espíritu se abisma.
Aspirando á la propia dicha en vano,
Humo, soplo, relámpago, á sus plantas
Pasaron mil y mil generaciones.
¡Qué de orgullo y miseria! ¡Qué de luchas!
¡Qué de sangre y horror! ¡Lágrimas cuántas!
¡Qué de polvo tambien! Sereno siempre
Tú, Popocatepetl, tú te levantas
Sobreviviendo á todo. Parda nube
Hora tu augusta faz cerca y esconde;
Y al soplo de los vientos vespertinos
Cuyo bramido á mi cantar responde,
Tu negra falda puebla
En vellones ó espectros blanquecinos
Que huyendo aprisa van, pálida niebla.
¿Son acaso las almas
De los que aquí reinaron ó vencieron
Y al conquistar ó asir cetros ó palmas
Émulos de tu altura se creyeron?
¿En esa blanca bruma
Irán Nezahualcóyotl, Moctezuma;
Cortés y Scott rigiendo sus falanges;
Los dos Césares rubios—
Libertador de México el primero—
A quienes ambicion, poder y gloria
Deslumbraron tal vez con brillo falso,
Y cuyo pecho el popular encono
Ensangrentó: pequeños en el trono
Y grandes en la lid y en el cadalso?
Quizá el postrer castigo
De la altivez y el último escarmiento
En tí se obre y contigo;
Y á Dios, acaso, decretar ya plugo
Que, llegado el fatídico momento
De que su hechura toda en giganteas
Convulsiones agítese, tú seas,
Al estallar en tu cesáreo asiento,
De esta region magnífica verdugo!
Vive y reina entretanto;
Vive, del hombre siendo que un dia
Nace y existe y pasa,
Admiracion y encanto:
Con el iman de tu grandeza augusta
Su espíritu inmortal á lo alto guía.
Pósese, como el águila, en tu cumbre,
Ara que el sol indeficiente alumbre.
Y con el cielo allí por santüario,
Y tu cráter, que á veces
En terremoto formidable meces,
Sirviendo de incensario;
Acompañado en armonioso coro
Por el rumor sonoro
Que sube de tus lóbregos pinares,
Por el clamor de los opuestos mares
Que el aquilon agita en el invierno
Y á ver tu cima alcanza,
Himno eleve de amor y de esperanza
Al solo Poderoso, al solo Eterno!

J. M. Roa Bárcena.

GALILEO.

(Continúa.)

Pero por otra parte, engreidos los sabios con la filosofía peripatética, descansando confiadamente en su eficacia, la falsearon en su objeto, usando y abusando de su método y del principio de autoridad que erróneamente aplicaron al estudio de la naturaleza. Y así, los fenómenos que esta nos presenta eran explicados por medio de hipótesis más ó ménos ingeniosas, pero enteramente gratuitas y desprovistas de todo fundamento, ó se convertian en objeto de interminables sutilezas y estériles disputas. No se extrañará, pues, que mediado el siglo XVI, la filosofía natural aun no naciese, ni que se ignorasen todavia las reglas que deben servir de guía en el estudio de la naturaleza.

Hácia esta época aparece Galileo y se entrega á profundas investigaciones sobre el método, cuyo resultado es la fundacion de una escuela que enseña á estudiar los fenómenos naturales exento de preocupaciones.

Empieza Galileo por no admitir ningun hecho sin prévio exámen, y frente á frente de las sentencias de los sábios coloca el "manuscrito original de Dios," es decir, el mundo y la naturaleza, donde está escrita, con caractéres matemáticos, la filosofía más sublime; este es su libro, y para leerlo y comprenderlo, emplea los instrumentos que él mismo imagina, para sujetar á peso y medida los fenómenos por medio de una observacion minuciosa. No abusa del silogismo, pues lo considera, como ya lo habia dicho el mismo Aristóteles, impropio para deecubrir nuevas verdades, sino que al silogismo sustituye la induccion exacta y severa fundada en experiencias, y en experiencias notables, en las que combina felizmente la observacion, la experimentacion, y el raciocinio.

Galileo, dice un eminente escritor, para atacar á los escolásticos, opone el universo á sus libros, en vez de atacar la autoridad con la autoridad; y en sus polémicas nos enseña cómo se reunen y examinan las analogías, y cómo de su conjunto, ó mejor dicho de su aproximacion á la identidad, se llega al criterio de la certeza. Se rie de los términos usados por algunos filósofos como más cara de la verdadera respuesta que seria: no lo sé.

Por esto, miéntras sus contemporáneos buscaban la metafísica en la física, queriendo explicar fantásticamente lo maravilloso, él se abstiene de intentar la explicacion de aquellas cosas á que no alcánzan los sentidos, y para las cuales no bastan los razonamientos. Más de una vez se nota que Galileo fija sus indagaciones en asuntos falsamente tenidos por comunes y frívolos, como el caer de uná piedra ó el oscilar de una lámpara, pero con su ejemplo convence á cada cual de que los portentos naturales, se encuentran en todas partes, y que nunca falta materia de meditacion, con solo volver en derredor los ojos y extender las manos.

Tal es, en pocas palabras el método que en sus investigaciones emplea Galileo, método con el cual, partiendo de lo conocido á lo desconocido, traza el camino que debe seguirse para realizar los más bellos é importantes descubrimientos. Auxiliado de este método, Galileo derriba el sistema de Ptolomeo y contribuye en gran manera al derrumbamiento del aristotelismo, harto quebrantado ya con el impulso que habian tomado en Europa los estudios clásicos, desde que por ella se derramaron los sabios que emigraron á la caida del Imperio de Oriente; pues revivieron las antiguas escuelas filosóficas, fundaron la de los platónicos florentinos, una de las más famosas, la de los pitagóricos, la de los estóicos y otras más, que, aunque no adquirieron gran importancia, rompieron las tradiciones de la filosofía peripatética y debilitaron su ascendiente. Esta innovacion filosófica que se habia apoderado del espíritu humano, iniciada por Rogerio Bacon en el siglo XIII, impulsada y sistematizada por Galileo y Bacon de Verulamio en el XVI, tomó en él las proporciones de una gran revolucion que se consumó en el siglo siguiente, al advenimiento de Descartes.

IV.

Hay en la vida de Galileo un episodio que, desfigurado y comentado por la mala fe y la pasion, se ha querido hacer valer de arma contra la Iglesia Católica. ¿Quien no recuerda si no, el decantado *Epur si muove*, y las ardientes declamaciones de los que llaman al célebre astrónomo mártir de la ciencia y víctima inocente, sacrificada por la ignorancia del Santo Oficio? Se ha dicho y repetido hasta el fastidio, por los que gustan de novelas en la historia, que Galileo fué acusado y juzgado como hereje, encerrado en un calabozo (Bernini), cargado do de cadenas y sometido á tortura por la Inquisicion, solamente por haber sostenido la doctrina de Copérnico sobre el movimiento de la tierra y la estabilidad del sol, y no falta quien asegure con Montucla, que se le sacaron los ojos; ¿cómo no vér, se añade, en esta conducta de la Iglesia una prueba de su intolerancia, de su falibilidad y de su oposicion al progreso de las ciencias?

No vamos á refutar punto por punto tan falsas aserciones; semejante trabajo lo han llevado á cabo cumplidamente, hombres eminentes é imparciales, entre los cuales se encuentran autoridades tan poco sospechosas como las de los protestantes Brewster y Mallet–Dupan: solo expondremos aquí sucintamente el resultado de los estudios é investigaciones hechas á este propósito.

La Mitología griega, asociando sus dioses á todos los fenómenos naturales, forjó las más extrañas teorías científicas. Anaximandro, discípulo de Thales, enseñó que el sol era un carro (conducido por Apolo), que daba en veinticuatro horas la vuelta á los cielos; vino despues Plolomeo, y explicó que nuestro globo era el centro del universo, y que los demas cuerpos astronómicos giraban en torno suyo. Pitágoras, que en sus dilatados viajes por Oriente, tomó de la Caldea sus nociones físico–cosmogónicas, sostuvo como lo habian hecho los profetas israelitas, que la tierra era redonda, que se movia, que debia girar en torno del sol, su centro. Trescientos años ántes de J. C., Aristarco de Sámos, de la famosa Escuela de Alejandría, adoptó el sistema pitagórico, pero Claudio Ptolomeo, de la misma Escuela, insistió en el siglo siguiente en la inmovilidad terrestre y su *Sintáxis* geocéntrica fué indiscutiblemente aceptada, dice un escritor, durante trece centurias: hasta vino á ser, traducida al árabe de órden de Al–Mamum. "la gran autoridad de los astrónomos sarracenos." Durante el siglo XV dos eminencias científicas restauran la teoría heliocéntrica de Pitágoras: un cardenal de Bélgica, Nicolás de Cussa, en 1435, y un canónigo de Polonia, Copérnico, cuya obra *De revolutionibus orbium cœlestium*,es publicada en Nuremberg en 1543 y dedicada al Papa Paulo III. Poco despues el ilustre Tycho–Brahe propone un sistema intermedio entre el de Ptolomeo y el de Copérnico, intentando acordar la Biblia con los fenómenos celestes; pero el del gran canónigo polaco es el que subsiste al fin, porque es el que va más conforme con la verdad, es el que profesan Galileo y Newton, Herschel y Laplace, y el que permite, en fin, al espíritu humano, alcanzar triunfos tan sorprendentes como el descubrimiento de Neptuno, cuya existencia habia indicado el cálculo, señalando de antemano hasta el sitio del cielo en que debia mostrarse el planeta, y verificado por aquel sábio profundamente católico, el astrónomo Leverrier, nuevo Colon de los espacios estelares.

Galileo, ya lo dijimos, adoptó la teoría de Copérnico y se propuso demostrarla, pero en lugar de limitarse á tratar como aquel ilustre sacerdote, la pura astronomía, extendió su estudio á las armonías de su ciencia con los Sagrados libros, llegando su pretension hasta exigir, dice Guichardin, amigo suyo, embajador en Roma (despacho de 4 de Marzo de 1616), *que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema copernicano fundado en la Biblia.* Persuadió al cardenal Orsini para que hablase al Papa, el cual no hizo caso de la recomendacion, hasta que despues de muchas instancias, escritos y memorias, el Pontífice que lo era á la sazon Paulo V, amigo y protector de Galileo, sometió el negocio à la jurisdiccion á que competia. Examinadas sus doctrinas en Roma en el año de 1616, fueron presentadas á la censura del Santo Oficio el miércoles 24 de Febrero, dos proposiciones enseñadas por Galileo, en las cuales se afirmaba: 1º, *que el sol es el centro del mundo*, *y por consiguiente está inmóvil con movimiento local*, y 2º *que la tierra no es el centro del mundo*, *ni está inmóvil*, *sino que se mueve toda por sí misma y aún con movimiento diurno.* Aquel tribunal dió su censura unánime, diciendo 1º, que la primera proposicion era necia y absurda en filosofía y formalmente herética, por contradecir expresamente en muchos lugares á la Sagrada Escritura, tomados segun la propiedad de las palabras y segun la interpretacion y comun sentir de los Santos Padres y doctores teológos; y 2º que á la segunda correspondia igual censura en filosofía, y que en lo tocante á la

verdad teológica era, por lo ménos, errónea en la fé. El viérnes 26, llamado Galileo en presencia del cardenal Belarmino, éste le advirtió de la censura de sus doctrinas, mandándole en nombre del Sumo Pontífice y de la Congregacion del Santo Oficio, que abandonando tales opiniones no fuese osado de enseñarles en adelantr de palabra ni por escrito, á cuya órden Galileo se sometió prometiendo obedecer. Dos años despues, en 5 de Marzo de 1518, la Congregacion de Indice lanzó igual censura sobre las doctrinas de Galileo. Este es el resúmen de los documentos oficiales más importantes de la causa, segun constan en el proceso, folio 377, 278 V°. y 380 V°. y páginas 39, 40 y 42 de la edicion de L'Epinois. Despues de su proceso, Galileo visitó á Paulo V, y en la conversacion, que fué cordial y honrosa para el genio toscano. se trató de que no convenia hablar de las concordancias entre el Petanteuco y el sistema de Copérnico. Comprometido á no enseñar sus opiniones, se volvió Galileo tranquilamente á Florencia, á reanudar el curso de sns estudios favoritos.

En 1632, publicó sus *Diálogos sobre los sistemas de Ptolomeo y de Copérnico*, en cuya obra sostenia las doctrinas condenadas en 1616, mereciendo con esto una nueva condenacion del Santo Oficio con pena de encarcelamiento. Mandado de Florencia, llegó á Roma el 15 de Febrero de 1633, alojándose en casa de su amigo Francisco Nicolini, embajador de Toscana. En el mes de Abril se puso á la disposicion del comisario del Santo Oficio, que, segun la expresion del diplomático (*Cartas de Francisco Nicolini*, publicadas en Módena por Venturi), le dispensó la más benévola acogida, y le asignó para habitacion la propia del Fiscal del Tribunal." Para formarnos ahora idea de las torturas que padeció entonces Galileo, trascribamos un trozo de su *Correspondencia*, citado por Mallet Dupan:

"Respondiendo á las cuestiones de que me hablais en vuestra carta, escribia, he de deciros que desde muchos años no habia gozado, gracias á Dios, de mejor salud que desde mi citacion á Roma. He estado detenido cinco meses, y mi cárcel ha sido la casa del embajador de Toscana, que me ha tratado, lo mismo que su mujer, con gran cuidado y suma amistad. Despues, la sentencia me condenó á prision al arbitrio de la Santa Sede. Por algunos dias esta cárcel fué el palacio y los jardines del gran duque en la *Trinidad de los Montes* (llamados entónces *villa Médicis*), luego en casa del arzobispo de Sena (monseñor Piccolomini), en donde he pasado el tiempo con el padre Sainteyré, y con visitas que me ha hecho todo el mundo. No habiendo *en nada sufrido ni en el cuerpo ni en el honor*."

Añadiremos que, cuando cesó la peste que asolaba á Florencia, recibió autorizacion de Urbano VIII para volverse á su casa de campo de Arcetri, á una milla de la capital toscana, donde murió tranquilamente el 8 de Enero de 1642.

Las decisiones tomadas en Roma en 1616 y 1633 contra el movimiento de la tierra, dice un sábio escritor católico de nuestros dias, ¿no son erróneas? Y siendo así, ¿no constituyen grave objecion contra la infalibilidad doctrinal de la Iglesia ó del Romano Pontífice?—Confesamos que estas decisiones, añade, son erróneas en cuanto al fondo, porque los sistemas astronómicos que ellas condenaron, son hoy admitidos como evidentes, pero en cuanto á la infalibilidad doctrinal de la Iglesia ó del Romano Pontífice, está fuera de cuestion.

La infalibilidad doctrinal supone una definicion del concilio ecuménico, ó del Papa, hablando *ex cathedra*. Ahora bien, en el asunto de Galileo, no hubo jamás definicion papal ó concilial, sino simple sentencia de teólogos, que no representando á la Iglesia docente, pudieron equivocarse. Verdad es que los teólogos fueron autorizados por el Papa para examinar la doctrina; pero está demostrado que ni Paulo V, ni Urbano VIII, fuesen cualesquiera sus convicciones personales, lanzaron ni ratificaron una condenacion solemne y pública de las

opiniones del célebre astrónomo. En esto mismo se manifiesta la Providencia de Dios que asiste continuamente á su Iglesia, puesto que en un tiempo en que la mayoría de los teólogos creía firmemente que el sistema de Copérnico era contrario á las Escrituras, no permitió Dios que la Iglesia pronunciase contra él un fallo solemne.

No hay, por consiguiente, en este asunto, más que una sentencia de teólogos falibles. Hoy dia, dice el docto P. Mir, es fácil señalar el error del Tribunal de la Inquisicion, mas en la época en que se condenó la doctrina del movimiento de la tierra, estaba muy léjos del grado de certidumbre que ahora alcanza; y como la enseñanza del sábio toscano iba enlazada con interpretaciones de textos de la Escritura algo aventuradas, pertenecia á la autoridad de la providencia eclesiástica el precaver que la interpretacion de la Divina Escritura no padeciese con conjeturas é hipótesis, entonces poco verosímiles y abiertamente opuestas al sentir de la mayor parte de los matemáticos de aquel tiempo. Todo bien mirado, el decreto del Santo Oficio está bien léjos de encerrar espíritu de persecucion contra la ciencia, que más bien fné encaminado á defender sus derechos tales como entonces se entendian. "De hecho los jueces se engañaron, dice L'Epinois (en el prólogo que encabeza la coleccion de documentos sobre el proceso de Galileo); pero en derecho, si veian la religion amenazada y perturbadas las conciencias por una teoría todavia sujeta á duda y discusion ¿no podria por ventura decirlo, no con ánimo de impedir los progresos de la ciencia, supuesto que siempre ha permitido defender la doctrina como hipótesis, sino señalando el peligro de afirmarla como verdad absoluta?"

Se quiso, indudablemente, por la sentencia, que era al mismo tiempo una interdiccion, impedir que las ciencias naturales tomasen una actitud hostil á la fé revelada, preservar á esta de las fluctuaciones de los juicios individuales, en tanto que la controversia científica no llegase á un resultado cierto y probar, por último la adhesion personal de Galileo á la Iglesia, adhesion que le debe todo cristiano, y á la cual cual no faltó nunca el astrónomo florentino.

Por lo demás, si Galileo encontró eclesiásticos que lo impugnaron, otros, como Foscarini y Campanela, escribieron su apología, otros como Casteli y Caballieri, alardearon de su enseñanza, y otros como Pierozzi, grabaron en su tumba gloriosísimo epitafio.

Podemos, pues, gracias á la crítica profunda y severa de hombres ilustrados é imparciales, tributar nuestra gratitud al insigue sábio toscano, explorador incansable de la naturaleza, y al mismo tiempo admirar la sábia prevision, la prudente conducta de la Iglesia y la diligente solicitud con que vela por la pureza de la doctrina y por los verdaderos y sólidos progresos de la ciencia.

ANTONIO F. LÓPEZ.

México, 1882.

A la Vírgen Nuestra Señora.

Soberana de los cielos,
Gozo de los escogidos,
Que á tus plantas recogidos,
Miran tu gloria brillar;
Madre del Verbo encarnado
Y su reflejo más puro;
Norte del alma seguro,
Limpia estrella de la Mar;
Tiende, Señora, las alas
Desde esa region serena,
Donde, á todo mal ajena,
Gozas del Eterno Amor;
Y ven con piadosa mano
A ponerme en el camino
Que lleva al puerto divino
De la paz y del perdon.
¡Cómo, triste, he desgarrado
La blanca túnica hermosa,
Con que de Cristo la Esposa
Me quiso niño vestir!
Apenas, Madre, si logro
Ostentar pobres girones
De los riquísimos dones
Que hiciste en ella lucir.

Bien como la luna llena,
Al despuntar de la aurora,
Apenas mustia colora
Campos que bañó de luz;
la divina antorcha
fé, casi extinguida,
Muéstrame descolorida
La alta empresa de la Cruz.
¿Qué es á mis ojos, Dios mio,
Tu prometida morada?
Una region ignorada
De indefinido placer.
¿Y cómo entónces pudiera
Poner toda mi esperanza
En bienes que solo alcanza
A entrever tibia mi fé?
Arraigados en la tierra
Mis amores y deseos,
Corren tras mil devaneos
En vergonzosa ilusion:
Placeres de los sentidos,
Oro, saber, gloria vana,
Son la dicha soberana
Que anhela mi corazon.
Así de abismo en abismo
Ciego mi espíritu rueda,
Sin que un asidero pueda
En sus congojas hallar;
Y lo que ayer perseguia
Como acabada ventura,
Tiénelo por desventura
Hoy, si lo viene á lograr.
Vírgen Madre, en cuyas manos
Ha abierto el Omnipotente
Perennal y rica fuente
De fé, esperanza y amor;
Pon compasiva los ojos
En mi pecho envenenado:
Si detestas mi pecado,
Conmuévate mi dolor.
Si del carácter sublime
De cristiano renegando,
Viví sin cesar hollando
De Cristo la pura ley;
Si con afrentosas culpas
Entristecí su semblante,
Desgarré su pecho amante
Y escandalicé á su grey;
Fragilidad é ignorancia,
Tú lo sabes, Madre mía,
Me hicieron por esa via
Desatentado correr;
Mas vuelto ya de mi engaño
Y hondamente dolorido,
Quisiera no haber nacido,
Antes que á tu Hijo ofender.
Aviva mi fé, Señora,
Y mi esperanza acrecienta,
Mi buen propósito alienta,
Pon fuego á mi caridad:
Lléname, en fin, de tus dones,
Y endereza mis pisadas
A las eternas moradas
De la Suprema Bondad.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

FR. MANUEL NAVARRETE.

Nació en Zamora, Estado de Michoacan, el 18 de Junio de 1768. Despues de haber estudiado allí primeras letras y latin, vino á México, en donde algunas desgracias de familia le obligaron á dedicarse al comercio; pero esto duró poco, pues aburrido de la vida que llevaba, pasó á Querétaro, y en 1787, cuando solo tenia diez y nueve años de edad, tomó el hábito franciscano en el Convento de San Pedro y San Pablo de aquella ciudad. Renovó sus estudios de latin para perfeccionar sus conocimientos en este idioma, y siguió despues con filosofía: su aplicacion fué tan grande, que varias veces le encomendaron la cátedra de latin en su convento. Estuvo tambien en Morelia, Rioverde y Silao, hasta que por último, se radicó definitivamente en San Antonio de Tula, cuyo curato recibió en propiedad. Allí, durante los ratos que sus deberes le dejaban libres, continuó cultivando las letras, especialmente la poesía, á la cual habia ya dedicado anteriormente algunas horas: remitió sus composiciones al *Diario de México*, periódico que se publicaba en esta capital; y aunque no traian el nombre del autor, salieron á luz con notable regocijo de los pocos que entónces se dedicaban á los recreos literarios. *La Arcadia Mexicana* inscribió al padre Navarrete en el catálogo de sus miembros, pues estos reconocieron y aplaudieron desde luego su singular mérito. Continuó el distinguido poeta en

Tula, ha... ...e á los 41 años de edad se retiró al Convento de Tlalpujahua, y allí le sorprendió la muerte el 17 de Julio de 1809.

Navarrete pertenece á los poetas mexicanos que escribian siguiendo el ejemplo y las huellas de los españoles, y á él le tocó hacerlo precisamente en una época en que éstos imitaban á su vez á los clásicos franceses; de consiguiente, no tuvo excelente escuela en que formar su buen gusto. A esto se agrega una tendencia decidida á mezclar en sus composiciones personajes y fábulas mitológicas, así como tambien el lamentable descuido con que entónces veian los poetas las reglas de la prosodia: á ellas no fué fiel el Padre Navarrete. Sin embargo, es él una de las má bellas y simpáticas figuras literarias que tenemos: poseyendo una alma dulce y una sensibilidad exquisita, supo dar á muchas de sus composiciones una delicada ternura: su locucion, por lo general, es elegante, y sus versos no carecen de armonía. Un crítico extranjero le elogió como poeta, y sus obras, despues de ver la luz en México en 1823, se publicaron en Paris en 1835.

VICTORIANO AGÜEROS.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

V.

EL HOMBRE DEL CABALLO RUCIO.

A esta razon despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frio y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginacion mia, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me habia vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormia yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormia, se columpiaba como á inpulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la médula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, ...dosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy á referirles del modo más conciso posible la tradicion que á mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni Ustedes podemos creer; pero en que creen á pié juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central hácia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de Ustedes ha bajado, siquiera un vez, de Puebla ó de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por las Vigas, la Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de la Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos á su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, ó sea al Norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas á pico, en cuyas planicies brillan á lo léjos con los rayos del sol los pueblos de Naolinco, Tonayan, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, á semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los dias claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las

grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetacion, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer rios que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire libre y á la luz del sol. Solo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir á las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte á la magnificencia del paisaje á que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcan de Tuxtla, á que responden, á guisa de eco, los truenos apénas perceptibles del cerro de la Magdalena, hácia el Norte; miéntras á la derecha remedan la voz del Océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hácia la costa, hubo á principios ó mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable cuyo centro era Rancho Nuevo, y que extendiéndose entre Actopam y la Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el Rancho do Zontzocomotla. Dueño era de tal extension territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, ó no me dijeron ó no recuerdo si era español, ó criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponia en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados á celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban á pedirle limosna, solo recogian sermones más ó ménos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos, y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecia complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás dias de fiesta, lo cual quemaba la sangre á sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso á que la demás gente del campo se entregaba en tales dias.

Tampoco supe ó recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad, alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras, y que llevaba, á la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con liston verde, que se le mantenía tiesa á manera de culebra semilevantada del suelo, ó le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era éste rucio, segun decian los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habian querido competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aun de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio, á pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de paño azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero, de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando ó yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiracion: "No se puede negar que este hombre nació á caballo." Tal admiracion neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederes; si bien no era bastante á hacer olvidar á sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actopam, al enjugar las lágrimas á una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que habia nacido, por no poder pagar unas rentas ven-

cidas: "Ese hombre no puede tener buen fin."

Y sucedió que, con todo y haberse reido del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban á herrar nuevas reses y él á cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y solo entapizado de un zacaton de tercia ó poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir á los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, ó que, al ménos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en direccion trasversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefaccion cuando, acercándose á examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera, que fin tan desastrado era castigo del cielo por el afectado quebrantamiento de la guarda de los dias festivos; y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesion de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía ni de la persona del propietario.

Mas, pasado algun tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducian ganado á los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botonadura tambien de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar á Ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les habia salido de entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como robles y parecidos á estos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte como si huibera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió á salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado "La Raya," causando el propio terror á los animales y azorando un poco más á los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros solo se comunicó á las viejas y á los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por aquello de que, si no lo estaba el tio, podia fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fué sepultado el ranchero y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte, con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habian correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Losganados eran ya diariamente dispersados por la aparicion y los gritos del "amo;" las reses se desbarrancaban, y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedian.

No podia esto durar así, y el mayordomo ó administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer á éste de la coleta ó quitarse el nombre, si para su expedicion le daban el famoso caballo "Enaguas blancas," casi de tanta ley como el rucio. En pláticas

sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cerca de Actópam, y jóven de reconocido y temerario valor, vino á terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara á él mismo obrar libremente. Ssbía que el muerto iba algunas noches á mecerse suspenso del portalillo ó tinglado de una casita, á un cuarto de legua de Actópam; de consiguiente, para cogerle no habia necesidad de fatigar á un cuadrúpedo de la categoría de "Enaguas blancas," y él se comprometia á echar garra al "amo" en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin digusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada á cabo por Don Encarnacion, que así se llamaba el jóven ranchero.

Cuando éste llegó á la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recien amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso dia de Junio, y la luna aparecía en Oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí habia atravesada, colgábase el "amo" dándose dos ó tres columpiadas, á cuyo impulso se estremecia la casa; y en seguida montaba á caballo y se iba con la música á otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnacion tuvo á mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado á la casucha, ató á su caballo en el exterior, á espaldas de ella; reconoció el filo de su machete rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; fórmose en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando á un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo; y aun se hallaba á punto de dormirse, cuando una brisa fria, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serian las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio á la casita.

Oyó á poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo habia atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo," quien atando al rucio del cabestro—no sin que la bestia de Don Encarnacion rompiera el suyo y echara á huir por el campo,—penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos ó tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del jóven.

Luego que se vaya á mecer—dijo éste para sí—le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecucion de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de mecidas, haciendo crugir todo el techo cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El jóven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; peró no pudo.

—Cuando torne á pasearse y llegue cerca de mí (pensó en su interior), le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió á pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al jóven sentóse éste en la cama; pero dióle en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo á la segunda vuelta; pero á la luz de

la luna vió que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habria podido jurar que tenian tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos, omision grave y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frio y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera á entrar calentura. Tornó á verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos, y, cansado el jóven de batallar con su propio miedo, entregóse á éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz por tener engarabatados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva mecida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entónces volvieron á cantar los gallos.

A eso de medio dia, el jóven, enfermo de fiebre, fue llevado de la casita á su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los lábios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. "Enaguas blancas" fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, á bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El dia designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se habia puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podia salir del valle, de cerca de una legua de extension, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaucion que eran del caso, á eso de las nueve de la mañana despachóse una punta de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo á la cola el mallorquino montado en el famoso "Enaguas blancas," desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaina cargada con bala de catorce adarmes, amén de las postas.

Poco habian andado del valle, cuando de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el ganado, que á su ademan y á sus gritos, instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo á unas cuantas varas, espolear á "Enaguas blancas" el mayorquino, y echársele encima, fué todo uno, asestándole á la cabeza un tajo tal, que, á alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio, y, á guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalacion por el llano, sin volver siquiera el rostro á su contrario. Cuando apenas habria avanzado unas quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta é hizo fuégo. Tenia ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo: seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas entre los dos hombros, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi á la línea de aquel, y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasion sin quererlo.

Llegados á una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados á caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero, á sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquellos, y, tascando el freno, se los llevaron á gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas." y su jinete parecian curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguian incansables al hidalgo, quien le

sacaba solamente uno ó dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiracion del rucio; y por otra parte, aquella escena debia tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendian á derecha é izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares á "Enaguas blancas," y, dando éste una salida más fuerte, asió aquel de la coleta al del rucio, lanzando una interjeccion, hija de varios padres, pues debieron engendrarla á un tiempo mismo el júbilo, el miedo, las sorpresa y aun el terror.

Cualquiera de Ustedes daria por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo á la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciendo hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, ó como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclama ante su soberano:

„Hé aquí, señor, el turbante
Del moro que cautivé."

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

"....¡El moro se fué!"

Y, como llegaran en esto los rancheros, ya repuesto del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Vén ustedes como se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando á azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera á nacer yerba.

Los rancheros se santiguaran admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo,—vean ustedes lo que es el carácter nacional—que, algun tiempo despues, nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de "El hombre del turbante."

I. M. Roa Bárcena.

LAS AMAPOLAS.

(Fragmentos).

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcan.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose va,
Y solo de cuando en cuando
Ronco, imponente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.
. . . .

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento;
El rio, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,
Inclinando perezosas
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tíbios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas
. . . .

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Junio de 1858.

EL CACAO

EN LA HISTORIA DE MÉXICO.

I.

El cacao, de que tanto consumo se hace hoy en ambos mundos, fué desconocido en el antiguo hasta el descubrimiento del nuevo. Cójese principalmente en las regiones de la América Central, y áun se encuentra silvestre en ciertos lugares. El de nuestro país se cosecha en los Estados de Tabasco y Chiapas, siendo reputado el de Soconusco por el mejor de cuantos se conocen. En tiempo de la conquista sobresalia por su riqueza en cacao la provincia de Izalcos en la costa de Guatemala, donde, segun dice el Lic. Diego García del Palacio, ocupaban dos leguas cuadradas los plantíos de ese árbol, y producian cincuenta mil cargas de fruto que valian quinientos mil pesos de oro de minas. * En el dia ha decaido allí mucho la produccion.

El árbol de cacao se siembra en tierras muy fértiles, y como suele agostarse con el calor excesivo, plantan préviamente al lado otro árbol más alto, conocido por su especie, con el nombre de *atlinan*, y por el oficio con el de *cacahuanantli*, ó "madre del cacao," porque tales árboles sirven para preservarle del ardor del sol con su follaje, y al efecto cortan las ramas bajas de manera que no estorben al cacao, y dejan las altas para que den la sombra requerida. Como esos árboles pierden las hojas en invierno, dejan penetrar entónces los rayos del sol, y cubriéndose de follaje en verano, los interceptan. En Nicaragua sembraban con este objeto un árbol llamado *yaguaguit*, muy estimado por su madera oscura, récia é incorruptible. El fruto del cacao aparece en el tronco, casi desde el suelo, y en las ramas. Es una especie de mazorca ó cápsula verde rojiza, en figura de melon, señalados los gajos y contiene de veinte á treinta granos envueltos en una sustancia blanca y dulce que tambien se come. Hácense dos cosechas: una por Junio, que es la principal, y otra por Diciembre. Sacados los granos, puestos algun tiempo á fermentar y secados luego al sol, pasan al comercio.

II.

Los mexicanos llamaban al cacao *cacahuatl*, (1) y segun Hernandez, conocian cuatro especies que enumera por órden de tamaño, á saber: el *quauhcacahuatl*, el *mecacacahuatl*, el *xochicacahuatl* y el *tlalcacahuatl*, ó "cacao humilde," el más pequeño de todos. Tenian además otro árbol llamado *quahpatlachtli*, de género semejante, que á veces sembraban en las huertas de cacao. Daba un fruto parecido, aunque de inferior calidad, que los indios solian mezclar con el cacao verdadero, y tambien se comía confitado. Todos los cacaos tenian las mismas propiedades y usos; pero para la bebida empleaban de preferencia el *tlalcacahuatl*. Los otros servian de moneda que corria generalmente en la tierra, no solo en el Imperio Mexicano, sino tambien en los países vecinos. De lo mismo servía el fruto del *quauhpatlachtli*, y se daba de limosna á los pobres: llamábase "cacao *patlachtli*." Conforme al sistema numeral de los mexicanos, la base para contar los cacaos era el número 20: así, 400 cacaos (20 × 20) formaban un *zontle*: (*) veinte zontles, ó sean 8,000, un

---

* El valor *intrínseco* de un peso de oro de minas era de $2 64 cs.

(1) No hay que equivocar el cacao con el *cacahuate* (el *maní* de las islas), cosa fácil por la semejanza de los nombres y más porque al cacahuate llamaban *tlalcacahuatl*, cuyo nombre daban tambien á una de las especies del cacao.

(*) *Zontli* quiere decir en mexicano "cuatrocientos," y hasta hoy es costumbre vender en México la leña por *zontles* de cuatrocientas rajas.

xiquipilli, y tres xiquipilli una carga, la cual, por consiguiente, tenia 24,000 granos.

Como esta cuenta era difícil y daria lugar á abusos, se prohibió en Cabildo de 28 de Enero de 1527 "vender cacao por cuenta, salvo por medida sellada con el sello de la ciudad, ó colmada;" aunque años despues prevaleció otra opinion y en 24 de Octubre de 1536 se mandó vender contado "é no de otra manera." Los indios falsificaban esa moneda, llenando las cáscaras vacías con greda, y en 1537 enviaba D. Antonio de Mendoza al rey, muestras de esa falsificacion.

No es posible asignar valor á esa moneda de cacao, porque los autores discrepan mucho en su estimacion, y realmente no le tenia fijo, en razon á que el precio de la carga variaba mucho segun la abundancia ó escasez de la cosecha, y conforme á la distancia del lugar en que se cogia. Dicha moneda no solo servia para comprar las cosas menudas, sino aún para las de precio, como los esclavos; y en cantidades pequeñas se ha usado casi hasta nuestros tiempos. Aunque corruptible é incómoda, tenia á lo ménos la ventaja de poder servir de alimento. Por eso Pedro Mártir de Anglería exclama:—"¡Dichosa moneda, que proporciona al hombre una bebida agradable y provechosa, y á sus poseedores preserva de la peste infernal de la avaricia, porque no pueden enterrarla ni guardarla mucho tiempo!!!

El doble uso del cacao hacia que fuese considerado entre los mexicanos como una de las principales riquezas. En los tiempos antiguos solo los señores y principales le consumian en bebida, porque, como observa Oviedo, "la gente comun no ósa ni puede usar con su gula ó paladar tal brevaje, porque no es mas que empobrecer adrede é tragarse la moneda é echalla en donde se pierde." Los pueblos que cogian cacao pagaban tributo de él, y los reyes gastaban cantidades enormes. Cuenta Torquemada que en el palacio del célebre rey de Texcuco, Netzahualcoyotl, se gastaban anualmente 2.744,000 fanegas de cacao: lo cual no es creible por más que diga haber visto los libros del gasto autorizados por un nieto de aquel rey. El mismo Torquemada y el cronista Herrera refieren que los indios auxiliares de Cortés robaron una troje de cacao perteneciente á Moctezuma, donde habia más de cuarenta mil cargas; estaba guardada en cestos de mimbres, tan grandes que seis hombres no podían abarcarlos. El robo fué de seiscientas cargas y no se vaciaron más que seis vasijas, lo cual quiere decir que en cada una cabian cien cargas.

III

El *chocolate*, tal como ahora le usamos, no era conocido de los indios: * lo que ellos tomaban venia á ser lo que hoy llamamos "cacao frio" ó "espuma de cacao," y que aún se vende en los *tianguis* ó mercados de los pueblos. Mezclaban con el cacao varias yerbas, especias, chile, miel, agua rosada, granos del *pochotl* ó ceiba, y especialmente maíz. Conocian varios métodos para preparar la bebida; pero siempre en frio y así se tomaba. Lo general era moler el cacao y demas semillas, desleir la pasta en agua, separar una parte y ponerla en mayor cantidad de agua, batir el líquido y pasarle varias veces de un vaso á otro, dejándole caer desde alto para que formase espuma.

Las opiniones acerca del mérito de tal brevaje estuvieron al principio divididas. Pedro Mártir le llama "bebida digna de un rey," y en otro lugar "bebida de ricos y nobles;" pero el P. Acosta dice "que cierto es menester mucho crédito para pasar por ello," y que "los españoles y más las españolas hechas á la tierra, se mueren por el negro choco-

(*) El famoso Tomás Gage, fué, á lo que entiendo, el inventor de la singular etimología del nombre *chocolate*, que dice es compuesto de la palabra mexicana *atl*, agua, y de una onomatopeya del ruido que hace el líquido cuando se bate con el molinillo, y parece que repite *choco, choco*. Mayans *(Orígenes de la lengua castellana)*, dice que *chocolate*, viene de *cacahuquahuitl*, y no dá la traduccion de esta palabra que parece ser "árbol de cacao".—Mendoza, *(Apuntes para un Catálogo)* apunta la etimología más probable de *xocoatl* ("agua fermentada, picante") que segun Molina es "cierta bebida de maíz."

late; pero los que no se han criado con esta opinion, no le apetecen." Más explícito es el italiano Benzoni, quien le califica de bebida más propia de cerdos que de hombres. Los médicos tampoco le eran favorables: á juicio del Dr. Farfan es "una bebida hecha de muchas cosas entre sí muy contrarias, gruesas y malas de digerir." Pero es cierto que los españoles se acostumbraron muy pronto al uso del chocolate, y hoy en dia ellos y sus descendientes consumen una cantidad incomparablemente mayor que los indígenas puros, que rara vez le usan.

Gomara asegura que los mexicanos hacian del cacao, vino, "y es mejor y no emborracha." De su contexto se deduce que dá tal nombre á la espuma del cacao; pero Pedro Mártir avanza más, pues asegura que embriaga, propiedad que no sé que ningun otro escritor atribuya al chocolate, ó á alguna otra preparacion del cacao.

Por Gonzalo Fernandez de Oviedo sabemos de un extraño uso que los de Nicaragua hacian de este fruto. Despues de molido con bija ó achiote, para darle un color rojo, embarrábanse con aquella pasta carrillos, barba y nariz: "é despues que lo han así tendido ellos "é las mujeres, aquel piensa que va más "galan, que más embarrado va, é así se "van al mercado ó á hacer lo que les "conviene, é de rato en rato chúpanse "aquel su aceite, tomándolo poco á po-"co con el dedo. Ello á la vista de los "cristianos, parece y es mucha suciedad, "mas á aquellas gentes ni les parece as-"queroso ni mal fecho, ni cosa inútil, "porque con aquello se sostienen mu-"cho, é les quita la sed é la hambre, é "los guarda del sol é del aire la tez é "la cara."

Produce el cacao un aceite que se cuaja naturalmente, y es conocido con el nombre de "manteca de cacao," por su semejanza con la manteca de leche (mantequilla.) Antiguamente gozaba de gran reputacion para curar las heridas, y áun se empleaba para guisar. Hoy se usa en la medicina como remedio de grietas, quemaduras, etc., y en la perfumería para la confeccion de pomadas y cosméticos.

JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

Canto de Netzahualcoyotl.

De turbacion exento,
Miéntras haya ocasion las dichas goza:
Fugitivo el contento
Jamás fija su asiento,
Ni tampoco el pesar que nos destroza.

Coronado de flores,
Galas de la temprana primavera,
A Dios tributa honores:
Mas no por esto ignores
Que es la gloria de aquí perecedera.

La estacion agradable
Concédate sin tasa cuanto esperes:
Vendrá con paso instable
La edad inexorable,
Y en vano llorarás por los placeres.

Cuando el cetro potente
A tu mano arrebate muerte dura,
Tu querellosa gente,
Tu familia doliente,
Las heces beberán de la amargura.

Solo del hombre justo
La memoria no olvidan las naciones;
Su proceder augusto,
Domeña el odio injusto,
Y enfrena el huracan de las pasiones.

¿Qué es la vida fugace?
¿Qué son la juventud y la belleza?
Nieve que el sol deshace:
Sombra que huye falace,
Y que corre á su fin con ligereza.

Coje, pues, hoy las flores,
Que los jardines brindan á tu frente:
Antes que triste llores
Engaños y dolores,
Disfruta los placeres de presente.

J. JOAQUIN PESADO.

EL ARTISTA MEXICANO

SEÑOR DON FELIX PARRA.

I.

Grandes son los obstáculos que en nuestro país tienen que vencer los jóvenes que se dedican á la carrera de las bellas artes. Sin estímulos, sin elementos para emprender serios estudios, sin aquel apoyo moral de la sociedad que en ocasiones podria suplir á los de otro género, los que aquí se sienten con vocacion para el cultivo de la pintura, ven trascurrir los mejores años de su vida en medio del desden y de la indiferencia de todos. Necesítase un vivo y crecido amor al arte para perseverar en las aficiones que á él se tienen, pues ni provecho ni gloria se conquistan en México con aquella carrera. Hé aquí por qué son dignos de elogio, y merecen la simpatía de las personas sensatas, los que luchando con escaseces y careciendo de la necesaria asistencia, emprenden y siguen con fé la fatigosa senda de los estudios artísticos. Y dignos son tambien de la gratitud y admiracion de sus compatriotas, los que merced á sus esfuerzos y á su constancia logran alcanzar un lugar eminente, dando así gloria y honra al país que los vió nacer.

Pertenece al número de estos celosos y entusiastas cultivadores del arte, el jóven pintor D. Félix Parra, aprovechadísimo alumno de nuestra Academia Nacional de San Cárlos, autor de varias notables composiciones, y artista que con su talento y sobresalientes dotes está llamado á figurar dignamente al lado de los Pina, los Rebull, los Sagredo y tantos otros que han dado lustre á aquel Establecimiento.

II.

Vió la primera luz el Sr. Parra en la ciudad de Morelia, el 17 de Noviembre de 1845, hijo de D. Mariano Ramon Parra y Doña Juliana Hernandez. En las escuelas y colegios donde cursó los ramos de instruccion primaria, empezó á dar señales de su aficion al arte, valiéndose, para hacer sus primeros ensayos de pintura, del jugo de las flores que por sí mismo extraia y preparaba.

En 1861 ingresó al Colegio de San Nicolás de aquella capital, y allí dió principio á sus estudios de dibujo bajo la direccion del pintor D. Octaviano Herrera, continuándolos despues, los años siguientes de 1862 y 1863, can la de los Sres. D. Ramon Anzorena y D. Job Carrillo. En 1864 vino á esta capital, y desde luego pasó á inscribirse como alumno de la Academia de San Cárlos. Aquí, entregado á estudios superiores, disfrutando de elementos que no podia haber en Morelia, y recibien-

do las lecciones de hábiles y entendidos maestros, el jóven Parra sintió crecer su aficion y amor al arte, los cuales hallaban un poderoso incentivo en las galerías de excelentes cuadros pertenecientes al Establecimiento que él contemplaba sin cesar.

Despues de haber perfeccionado los estudios de dibujo hechos en su ciudad natal, y emprendido otros, que se juzgaron necesarios por el catedrático del ramo, D. Juan Urruchi, pasó el Sr. Parra, el año de 1865, á la clase de pintura que tenia á su cargo el celebre é inolvidable maestro D. Pelegrin Clavé, de memoria grata entre nosotros. En dicha cátedra permaneció nuestro jóven dos años, esto es, hasta el de 1867 en que terminó los primeros cursos sérios de pintura; y en 1868 pasó á estudiar el natural, sirviéndole de director el reputado y modesto artista D. Santiago Rebull.

En 1869, época en que comenzó á dirigir la clase de pintura el Sr. D. José Salomé Pina, continuó el Sr. Parra sus estudios de aquel ramo, dando pruebas todos los dias de un sólido y extraordinario aprovechamiento, fruto natural de la asiduidad con que trabajaba. Dos años despues, en 1871, dió principio á sus labores de composicion, ejecutando la primera obra original que presentó en Diciembre de aquel mismo año en la Exposicion de la Academia, y la cual no anunciaba ciertamente al futuro autor del "Galileo" y de otros cuadros que señalaré despues. Titulábase la mencionado composicion "El cazador;" y en ella por su índole y condiciones especiales, no tenia el artista campo suficiente donde ejercitar sus dotes, pues como primer ensayo de composicion, correspondiente al año escolar, solo debia contener una de ser al desnudo.

Increible parece que entre las obras del Sr. Parra se cuente en segundo lugar, por el órden cronológico, un cuadro tan excelente y acabado como el que representa á "Galileo en la Escuela de Padua demostrando las nuevas teorías astronómicas," porque los admirables adelantos que él revela no parecen habêr sido alcanzados en el corto tiempo transcurrido desde que presentó su primera composicion. En esta, preciso es decirlo, apenas dió señales en sus dotes artísticas; mientras que de la segunda apareció ya como un verdadero maestro, conocedor de los secretos del colorido, de fino y delicado gusto, de pulso firme y seguro, que sabia dar á las figuras que trazaba la actitud natural, verdadera y adecuada á las pasiones ó sentimientos que debian representar.

Cuando en 1873 fué presentada al público la excelente obra del Sr. Parra, en la Exposicion de pinturas verificada ese año, la sorpresa y el júbilo se mezclaron en el ánimo de cuantos la contemplaron. Un aventajado artista, de talento, de sólidos estudios, y en quien no se encontraban las exajeraciones ni los defectos propios y aun naturales en los principiantes; un artista cuya primera obra le aseguraba de una vez y para siempre envidiable reputacion, acababa de aparecer en el cielo del arte de México, escaso por desgracia de relucientes astros, no obstante que en él brillan con indecible esplendor los Juarez, Cabrera, Ibarra y otros.

Este cuadro, en efecto, revela una inspiracion feliz y vigorosa, un estudio detenido de las líneas, de los efectos de luz, del colorido, lleno de esmalte y de brillante entonacion; y se observa tambien en él una notable correccion en el dibujo, suma exactitud en los detalles, un conocimiento profundo del claro-oscuro. La manera de plegar los paños es elegante y de una propiedad intachable. Galileo, sentado con la reposada majestad de la ciencia, tiene en una mano el compás de proporcion que él indica sobre una esfera celeste (armilar) la posicion de los astros, y el fundamento de las teorías astronómicas de Copérnico; y son de ver la expresion de su mirada serena y profunda, cual corresponde al infatigable investigador de la naturaleza y al filósofo que se entrega á las más hondas meditaciones sobre el método científico: en aquellos ojos parece brillar una antigua é inquebrantable conviccion. En la figura del frai-

le hay que elogiar la demacracion del rostro, resultado natural de las prolongadas vigilias y de las crudas mortificaciones. La atencion con que oye al gran astrónomo, y el interés que le inspiran sus teorías, están indicados con haberlo puesto de pié el artista, sin que esto quiera significar, como han querido suponerlo algunos maliciosos que la Religion debe estar sumisa á la ciencia.

Por lo demas, el cuadro contiene detalles delicados que avaloran y completan el asunto; los cuales, sin distraer la atencion del observador, realzan el mérito de la obra y contribuyen á la armonía total.

III

Despues de "Galileo," fruto magnífico del ingenio del Sr. Parra, presentó este á la admiracion de los amantes del arte su gran cuadro "Fray Bartolomé de las Casas," en el cual trató un asunto que despierta la más viva y singular emocíon. El incansable y heróico defensor de la raza indígena; el celoso apóstol que predicaba por todas partes con fervoroso entusiasmo la moral evangélica, sin que le detuvieran jamás temores ni amenazas, hállase en el recinto de un templo destruido donde acaba de ser inmolodo un padre de familia, que habia ido á depositar unas flores sobre la tumba de sus antepasados. La abandonada esposa se acoge llena de esperanza á la proteccion del dulce y manso sacerdote, que con solícitas diligencias procuró mitigar siempre los sufrimientos de los conquistados.

Sabidas son de todos la ardiente y viva caridad, la infatigable constancia el tierno amor á la clase indígena, que caracterizaron de particular manera al primer Obispo de Chiapas. Condolido de las amarguras y dolores que cayeron sobre aquella, cuando la avaricia de algunos conquistadores quiso convertir á los naturales de la tierra en dóciles instrumentos de trabajo, él los consolaba y dirijia, les hablaba el dulce lenguaje del cristianismo, y derramaba sobre sus heridas el suave y maravilloso bálsamo de la más dulce resignacion.

De aquí que cualquier episodio de la vida del Sr. Las Casas ofrezca dificultades espinosas para el artista que quiera presentarlo en sus cuadros; pues aquella actividad, aquel ánimo fogoso que muchas veces lo condujo á sérios conflictos, no ménos que sus firmes propósitos de sacrificarse por el bien de los indios, tienen que formar extraño contraste con los sentimientos de la dulzura y de piedad que para estos abrigaba en su corazon.

Más, el Sr. Parra, sea dicho en honor suyo, supo salir airoso de las dificultades que ofrecia el asunto escogido para su cuadro. En él brillan las mismas excelencias de propiedad, entonacion, correccion en el dibujo y plegado de los paños que ya observamos en el *Galileo*, siendo notable ademas esta tercera obra del Sr. Parra, por la uncion y la apacible mansedumbre de que está lleno el semblante de Fr. Bartolomé. La figura del indio muerto es un buen estudio del desnudo, y está representado en un escorzo difícil, pero que fué felizmente ejecutado. La india produce en el ánimo del espectador suave simpatía; despierta honda conmiseracion por la raza conquistada y su actitud humilde revela con propiedad los sentimientos que en aquellos instantes deben embargarla: aunque tiene oculto el rostro, comprendese luego que es un tipo acabado de belleza azteca. Es una escena de lástima, á la cual conviene la entonacion que le dió el artista, algo fria y cenicienta, que impresiona el alma, pero que pone como de relieve la caridad intensa y viva de la figura principal. Hay en todo el cuadro cierta atmósfera de tristeza que se comunica al que lo contempla; la espontaneidad es propia de un maestro, las telas y el fondo están perfectamente caracterizados, y los objetos todos y los pormenores de la escena completan admirablemente el conjunto.

Entusiastas y merecidos elogios conquistó el Sr. Parra con su nueva obra, y refiérese que el presidente Lerdo de

Tejada, cuando visitó la Exposicion en que fué presentada, dirijió al autor estas palabras, en medio de la más lisonjera y honrosa felicitacion:

—"Irá vd. á Europa á perfeccionar sus estudios, en justo premio de sus adelantos y de sus afanes."

Desgraciadamente esta promesa del Sr. Lerdo no se pudo realizar, pues los acontecimientos políticos lo separaron poco despues del alto puesto que ocupaba.

Al cuadro de "Fray Bartolomé de las Casas," siguió el de "Una escena de la Conquista," exhibido en la Exposicion de 1877. Hé aquí lo que de esta obra decia un sensato crítico mexicano:

"Un jefe español que entra en un templo azteca, y que, despues de matar á sus moradores, se apropia lo que poseian... A pesar la dificultad de de agrupar un gran número de figuras, el artista ha sabido salir airoso en la composicion. Esta escena respira devastacion y sangre. Causa indignacion y terror al verla solamente. Esa india moribunda, que, arrojando una mirada llena de odio y de miedo al mismo tiempo al español, tiende sus manos para recoger á su hijo muerto, es sublime, de gran sentimiento y de verdad. La figura y los ademanes del conquistador están llenos de arroganoia, y en perfecto carácter con el resto del cuadro. La perspectiva es soberbia, y admirablemente comprendida; el dibujo sumamente correcto, y cada figura es un verdadero estudio del natural. Aquellas carnes del indio cuyo cadáver yace al pié del guerrero español, palpitan aún de dolor por las heridas recibidas. El colorido es, por desgracia, débil, y esta circuntancia hace que el cuadro pierda su vida y animacion."

Tal fué uno de los mejores cuadros de la Exposician de aquel año, y el último que ejecutó el Sr. Parra por entónces; pues en Enero de 1878 partió para Europa, con el fin de perfeccionar sus estudios, y contemplar los modelos clásicos. Este viaje lo emprendió el jóven artista por indicacion y á expensas del ilustrado Director de la Academia Sr. D. Roman de Lascurain, quien conociendo las notables aptitudes de tan aventajado alumno, le cedió gustoso parte de su sueldo, para que pudiera ir á recibir las lecciones de maestros europeos, y recojer los provechosos frutos que se obtienen con el exámen de los ricos museos del viejo mundo.

IV.

Merced á aquel rasgo de generoso desprendimiento del Sr. Lascurrain, por desgracia nada comun entre nosotros, pudo el Sr. Parra permanecer en Europa cerca de cinco años, en cuyo tiempo es de creer que haya alcanzado sólidos y positivos adelantos. Las obras que remitió de Paris y que fuerón colocadas en las salas de la Academia durante la pasada Exposician, más que verdaderos cuadros, merecen llamarse bosquejos y estudios del natural, notables por cierta novedad que en ellos se advierte y por la limpieza del dibujo y la verdad del colorido. Adviértese en esas composiciones un cambio de escuela muy marcado, que es prueba segura de los prolongados estudios y sérias meditaciones á que el Sr. Parra estuvo entregado durante su ausencia.

A su llegada á México, en Diciembre del año último, fué nombrado catedrático de dibujo de ornato y decoracion en la Academia de San Cárlos; y así en ese puesto, como en otros á que más tarde lo llamen sus méritos, no es dudoso que sabrá contribuir debidamente al florecimiento del arte entre nosotros. Su juventud, su instruccion y talento, la laboriosidad de que ha dado pruebas y el exquisito gusto que caracteriza todas sus obras, lo anuncian en nuestra patria sólida y duradera gloria.

VICTORIANO AGÜEROS.

LA PLEGARIA DE LOS NIÑOS.

I.

—"En la campana del puerto
Tocan, hijos, la oracion. . . .
¡De rodillas!. . y roguemos
A la madre del Señor,
Por vuestro padre infelice,

Que há tanto tiempo partió,
Y quizás esté luchando
De la mar con el furor.
Tal vez á una tabla asido
¡No lo permita el buen Dios!
Náufrago triste y hambriento,
Ya al sucumbir sin valor,
Los ojos al cielo alzando
Con lágrimas de afliccion,
Dirija el adios postrero
A los hijos de su amor.
¡Orad, orad, hijos mios!
La Vírgen siempre escuchó,
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor."

En una humilde cabaña
Con piadosa devocion,
Puesta de hinojos y triste,
A sus hijos así habló
La mujer de un marinero,
Al oir la santa voz
De la campana del puerto
Que tocaba la oracion.
Rezaron los pobres niños
Y la madre con fervor;
Todo quedóse en silencio,
Y despues solo se oyó
Entre apagados sollozos
De las olas el rumor.

....

II.

De repente en la bocana
Truena lejano el cañon,
¡Entra buque! allá en la playa
La gente ansiosa gritó.
Los niños se levantaron,
Mas la esposa en su dolor
—"No es vuestro padre, les dijo;
Tantas veces me engañó
La esperanza, que hoy no puede
Alegrarse el corazon."

Pero despues de una pausa
Lijero un hombre subió
Por el angosto sendero
Murmurando una cancion.

Era un marino.. ¡era el padre!
La mujer palideció
Al oirle, y de rodillas
Palpitando de emocion
Dijo:—¿Lo veis, hijos mios?
La Vírgen siempre escuchó
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

VI.

A DOS DEDOS DEL ABISMO.

Sin aguardar señales de aprobacion ó desaprobacion de parte de su auditorio, y apénas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitan:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresion en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instruccion y sensibilidad; persona que llamaba la atencion por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su imaginacion, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y tambien—preciso es que lo agregue—por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno—llámole por su nombre de batalla, que le habia sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba—el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la Real Audiencia, y habia presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del vireinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro jóven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su

camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jaman, la habria querido en sus últimos años, en que le vi consumirse de miseria y de desesperacion, sin tener una compañera que endulzara sus cuidados, pues, ¡cosa singular! las mujeres, que, por regla general, nunca se paran en las malas circunstancias de un hombre casable, no se resolvieron á sufrir las consecuencias del bilioso carácter del Marqués; y éste, que así arreglaba una partida de campo ó de baile, como formulaba un plan de hacienda ó urdía una conspiracion, jamás pudo hallar su mitad en el sexo femenino; lo cual—de paso sea dicho—no deja de redundar en honra de las doncellonas de mi tiempo, que no parecían avenirse tal mal á su estado como las de hoy.

Pero me difundo y desvío de mi asunto, costumbre que contraje desde que fuí ayudante del General Victoria, quien, como Ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra, ni la soltaba, ni por mal pensamiento procuró jamás ligar su última idea, no digo ya con la primera, pero ni con la penúltima de su discurso. Ahijado suyo de pila era el Marqués, no sé por qué circunstancia, aunque no heredó la incoherencia de la frase ni las ideas políticas del padrino, á quien, por lo demás, profesaba sincero afecto, bien correspondido del General, quien no se hallaba sin su *chaqueta*, apodo con que designaba al ahijado. Y era de ver á éste en palacio, durante la presidencia de Victoria y cuando el General era nada ménos que el jefe y el ídolo de los yorkinos, en disputa animadísima y casi constante con ellos y hasta con su patron, acerca de si Lemaur llegó ó nó á comer ratones en Ulúa; de si España conservaba ó habia ya perdido el derecho que los tratados de Córdoba le reservaron de darnos un monarca á su gusto; y de si los distintivos y el traje del rito escocés, á que él pertenecía en cuerpo y alma, eran más vistosos ó ménos extratravagantes que los que usaban los afiliados en las logias del rito de York, que acababan de ser fundadas por Poinsett y que constituían, como si dijéramos, la novedad del dia. Exaltábase el ahijado en las disputas, poniéndosele amarillas las pupilas, que eran verdes en estado de reposo; echando espuma por los labios y dando fuertes puñadas en las mesas, no sin amenazar con el triunfo de su propio partido, y el exterminio de sus contrarios. Pero si alguno de éstos le sacaba de aquel terreno, trasplantando la disputa al campo de la ciencia ó de las modas, y disertando sobre el número de patas de una mosca y el buen ó mal gusto de los pantalones que empezaban á usarse en Francia con trabillas, todo el ardor y la vehemencia empleados por el Marqués en sus altercados políticos, venían en auxilio suyo en la nueva cuestion. Poseía un excedente normal de bílis en el estómago, y necesitaba de la controversia para darle salida, tal como el fuego subterráneo necesita abrirse respiraderos. Comprendiéndolo así los albañiles y dignidades del rito de York, no se daban por lastimados de sus injurias, limitándose á presentarle un vaso de agua cuando el exceso de su exaltacion podia orillarle á un caso de hidrofobia. Por otra parte, el ahijado era hombre franco y leal hasta el quijotismo; no mentía ni de chanza; tenia una palabra más firme que el Peñon de los Baños, y no podia ver una necesidad sin tratar de remediarla; todo lo cual le hacia estimable á sus mismos contradictores.

Iba yo á decir—y por poco no llego á hacerlo—que, ahijado él, y ayudante yo del presidente Victoria, quien tenia, despues de todo, un excelente corazon, nos veíamos y juntábamos con frecuencia en palacio, y no sin mútua mortificacion, por ser ámbos aficionadísimos al uso largo y exclusivo de la palabra, de lo cual resultaba, como dijo una vez Don Andrés del Rio, que no éramos elementos afines, sino opuestos. Pero sucedió que cierta noche en que, á consecuencia de una disputa más acalorada todavía que de ordinario, mi hombre se vió amagado de una especie de epilepsía que le dejó sin alientos de hablar

durante diez ó doce minutos; aprovechando yo su forzado silencio, y con motivo del rumor de una aparicion nocturna que solía espantar al ayudante de guardia, le espeté de cabo á rabo la tradicion del "Hombre del caballo rucio," que Ustedes acaban de oír. No obstante la viveza de su imaginacion y el interés que tomaba al hablar ú oír hablar de sucesos y de cosas de mucha menor importancia, las columpiadas del muerto en la viga madre de la casa del rancho, y el espontáneo incendio de su arrancada coleta, halláronle indiferente y frio. Esto no pudo ménos que chocarme, y manifestándole mi extrañeza, me dijo:

—Acabo de verme en un lance mucho más terrible que el del hombre que quiso atrapar al del caballo rucio. Los espantos de los vivos son mucho más serios y temibles que los de los muertos; y aunque yo jamás he creido en estos últimos, todavía estoy azorado de resultas de aquellos. Sepa Usted, señor capitan, que acabo de verme á dos dedos del abismo....Sepa que he estado á punto de casarme por compromiso!

—¿De casarse por compromiso? le pregunté no comprendiendo el sentido de la frase.

—De casarme por compromiso, ni más ni ménos, volvió á decir; y, limpiándose los labios que aun guardaban la espuma de su postrer cólera, y desabrochándome la pechera del uniforme, ó desarreglándome el cinturon de cuero de la espada y dándome fuertes puñadas en el pecho, segun lo requería el curso de su narracion, refirióme, durante más de dos horas, lo que, compendiando ó sintetizando, como decía un amigo mio que se preciaba de lógico, voy á contar á Ustedes en unos cuantos minutos.

Lo sustancial de mi historia es que el Marqués del veneno era un hombre casable, ó casadero, como hoy se dice: que los padres le creían buen partido para sus hijas, y que él, en mi concepto, hizo mal en no tomar la esposa que entónces se le proporcionaba; pues mejor le habría estado casarse por compromiso, que consumirse de solteron más tarde contra su voluntad, por no haber hallado mujer que le quisiese. Sentado esto, entrémos en materia.

Repito que era el Marqués un excelente partido, al ménos en lo ostensible. Hijo de una familia muy decente, jóven bien apersonado, elegante y de esmerada educacion, abrigaba ideas religiosas y nobleza de alma, segun he dicho. La irascibilidad de su carácter aun no era notada sino de las personas que le tratábamos muy de cerca, y en la apreciacion de la sociedad en general, pasaba por viveza y fogosidad juveniles. Ni era de despreciarse la circunstancia de estar empleado con buen sueldo en un ministerio, no obstante ir ya de baja los escoceses; ni se ignoraba su parentesco espiritual con Don Guadalupe, de quien todos creían le haria seguir subiendo más que de prisa.

Concurría el Marqués casi todas las noches á la tertulia en que reunía en su casa á lo más florido de la capital, la señora Rodriguez, tan famosa por su belleza como por su trato, y que parecía hallarse entónces en todo el brillo de su primera juventud, no obstante que á principios del siglo había recibido ya en sus aras el incienso de la adoracion de un ilustre sabio, el baron de Humboldt, quien, poniendo por algunos dias en olvido las alturas barométricas de los Andes, solo se acordó de los osos más estupendos de aquellas montañas, para imitarlos, con más ó ménos gracia, ante beldad tan peregrina.

Era esa la época de la bachillería en las mujeres, y si Molière hubiese vivido y venido entónces á México habríase convencido de que gastó inútilmente tinta y tiempo en sus "Femmes savantes," al ménos por lo que respecta á las nuestras. Así se hablaba en el círculo femenil de la tertulia de política y de historia natural, como de las últimas composiciones poéticas de Arriaza y de los discursos del Doctor Don Servando Teresa de Mier en el Congreso; y no era raro oír á las más eruditas, tan pronto

recitando el *Pater Noster* en inglés, como respondiendo con versos latinos á las galanterías de sus adoradores. De tales flaquezas se hallaba exenta, como mujer de buen gusto, la señora de la casa.

Distinguíase entre las concurrentes á la tertulia, una jóven cuya belleza era proverbial y habíale conquistado el cetro de la moda en México. Vacía de seso, como el busto de la fábula, había seguido la corriente del gusto, dándose á cultivar lo que llamaba, sin duda por ironía, las bellas letras. Incapaz de raciocinar en prosa, segun decía ella misma, hacíalo facilísimamente en verso, y sus labios eran una cornucopia de sonetos, madrigales y letrillas glosadas, muy en boga á la sazon. Leyendo un dístico que acababa de poner á un perrito suyo de Chihuahua, la conoció el Marqués; y aunque deslumbrole su belleza, la impresion poco favorable que le produjo su *intelecto*, influyó no poco en el curso de los sucesos en que figuraron despues entrambos como actores. Repito que la belleza de Loreto era estremada; y ya Ustedes se figurarán si sería ó nó numeroso el séquito de sus adoradores, y si llevando ella como llevaba, el cetro de la moda, y teniendo que presentarse, como si dijéramos, á la altura de su posicion, mi señor Don Raimundo del Monte, antiguo catedrático de química, hombre respetable, aunque de escasa fortuna por no haber descubierto el secreto de la cristalizacion del diamante, y padre de Loretito, tendría pocos ó muchos calentamientos de cabeza para subvenir á los gastos del bien parecer de su retoño.

Bella y ligera la Loretito, y jóven no mal apersonado y de brillante porvenir el Marqués, la legion de solteras, que ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo ó desbaratando bodas, no tardó en advertir y comunicarse que estaban los dos apropiadísimos el uno para el otro. Era sociable y hasta galante el del Veneno, y no podía decentemente eximirse de rendir el tributo de su natural cortesanía á la hermosa, objeto de las atenciones y los suspiros de la parte masculina de la tertulia. Presto se comenzó á decir en ella, por lo bajo, que el Marqués se inclinaba decididamente á la jóven. Ésta llegó á creerlo en fuerza de oírlo, aunque ninguna de las brillantes flores que regaba á sus piés el empleado de hacienda, ofreciera indicios de cuajar en la forma del más pequeño fruto, y, lisonjeada de recibir entre tantos homenajes los de un mancebo del mérito de mi protagonista, dejóse decir, como luego dicen, y hasta por medio de ojeadas, sonrisas y golpes de abanico, dió á entender que no le era del todo indiferente el ahijado de su padrino, como en tono joco-serio llamaba á Don Guadalupe entre sus amigas.

Así las cosas, y siendo la señora de la casa mujer de mundo, y enemiga de que surgiera el menor disgusto entre sus tertulianos, llamó cierto dia al del Veneno, y le habló en estos términos:

—Que Usted se inclina á Loreto, cosa es que dicen cuantos concurren á mi casa. Que ella no pone á Usted malos ojos, Usted lo habrá notado primero que nadie. Sentados estos preliminares, yo me tomo la libertad de preguntarle á Usted, con el carácter de amiga suya y de la familia de esa jóven, si realmente Usted la ama....

Aquí el Marqués giró sobre sus talones como si una víbora le hubiese mordido las corvas, y, tirándole ya las pupilas de verdes á amarillas, exclamó, accionando vivamente con las manos:

—¡Cómo, señora! ¿Conociéndome Usted, y sabiendo mis ideas acerca de su sexo, ha podido figurarse que yo me fijara sériamente en Loreto? Cierto que es muy hermosa; pero esto por sí solo no basta á la felicidad doméstica, que se debe basar en el mérito real de la mujer, en sus disposiciones hacendosas, y, sobre todo, en la conformidad de caractéres y en la mútua simpatía, que aquí no existe ni puede existir, puesto que Loreto me es antipática.

—Así me figuraba yo, y por ello he querido tener con Usted esta conversa-

cion á solas, para excitarle á no fomentar, ni siquiera indeliberada ó involuntariamente, el chisme que se ha levantado. Ella es incapaz de enamorarse ni de Usted ni de nadie; pero su familia tampoco puede sostenerle el lujo que gasta, y se halla en el caso de darle á todo trance un marido que cargue con la petaca. Se le presentan ahora varios partidos ventajosos, y acaso Usted le espante la caza si da lugar á que las gentes sigan diciendo que la enamora. Por otra parte, habladurías de este género suelen comprometer á hombres pundonorosos y delicados como Usted, y á más de uno conozco que las llora tan gordas por no haber sabido huir de un mal paso á tiempo!

El Marqués, midiendo con la viveza de su imaginacion el abismo de que procuraba apartarle la señora, no pudo ménos de abrazarla en señal de gratitud, lo cual no importaba, ciertamente, un sacrificio; y, á consecuencia de esta conversacion, desde esa noche evitó hallarse en la tertulia en el círculo formado en torno de Loreto, para no tener que dirigir la vista ni la palabra á la reina de la moda.

Pero, como toda persona de más imaginacion que juicio, tratando de evitar un escollo, fué á tropezar en otro, viniendo así á ahogarse en la propia agua. Esmeró su jovialidad y sus galanterías con otras jóvenes más ó ménos hermosas ó feas; y la malicia humana, representada en no escasa dósis en la tertulia, mirando el desvío del Marqués respecto de Loreto y sus asíduas atenciones hácia otras, dedujo que habia habido un rompimiento, ó, por lo ménos, alguna de aquellas tempestades de verano tan comunes en el vaso de agua de los amantes, y tras las cuales aparece más tierno que nunca el cariño bajo el íris de la reconciliacion. A procurarla cuanto ántes se convirtieron los esfuezos de todas las gentes caritativas de la tertulia, dividiéndose en comisiones diplomáticas la tarea, y yendo á hablar las unas á Julieta y las otras á Romeo. En vano aquella manifestaba—no sin algun despecho, por lo desairado que ella misma estimaba su papel—que no habia habido ni afeccion ni desvío de parte del Marqués. Perdió éste la calma al oír hablar del asunto, y, viendo el color amarillo de sus pupilas los que trataban de inculcarle la conveniencia de hacer las paces, se dijeron, y dijeron á los demás, que debia haber sido grave la causa del rompimiento. Para no cansar á Ustedes, el Marqués desertó de la tertulia, creyendo que este sería el único modo de poner fin á la charla y la importunidad del prójimo.

No iba descaminado en tal creencia, y á los quince ó veinte dias nadie hablaba ni se acordaba de la pasion ni del disgusto supuestos. El Marqués concurría á otras tertulias, ó prestaba oído y paciencia algunas noches á la conversacion de su padrino el Presidente; y Loreto, más incensada y cortejada que nunca, empezaba á comprender, con aquel instinto que en las mujeres nunca falta de los veinte á los veinticinco años, que de toda la turba de papamoscas que la seguía, no se sacaba un marido de buena madera; por cuya razon, sin duda, iba ya poniendo buena cara á un gallego abarrotero vecino suyo, bastante rico, que parecía hundir la tierra cuando andaba, y que se volvía un almíbar al nombrar á *Luretito*.

Así las cosas, cierta noche de luna que el Marqués se paseaba en el atrio de Catedral, luciendo el frac azul y los guantes de cabritilla color de fuego, y blandiendo ante las hermosas un finísimo junco, cual si quisiera azotarlas, vió venir á su encuentro á don Raimundo del Monte, anciano de venerable aspecto, segun creo haber dicho; quien, poniéndole la mano en el hombro izquierdo, despues de estrecharle ambas suyas con cierta efusion de cariño y confianza no comunes en él, comenzó en el curso de la conversacion á informarse, con el mayor interés, de la posicion actual, de las esperanzas de mayor adelanto de los gustos y costumbres domésticas del Marqués, y del estado de su corazon, como provocando de parte suya una explica-

cioncuyo giro tenía previsto. Díjole el jóven sin rodeos que se hallaba exento de toda inclinacion amorosa, y resuelto á prolongar indefinidamente su alegre vida de soltero, disfrutando de las distracciones que á un hombre de su edad y circunstancias podía proporcionar la residencia de tres ó cuatro años en Europa, á alguna de cuyas capitales contaba con ir, agregado á la legacion mexicana respectiva. Moviendo don Raimundo la cabeza de izquierda á derecha, u guiñándole misteriosamente ambos ojos, se despidió del Marqués, diciéndole que tenía que hablarle de materia muy importante para los dos, y que á la noche siguiente se verían en un café que le designó, dándole cita formal para dicho lugar.

Algo inquieto con motivo de tal cita quedó el del Veneno, inclinándose á creer, despues de muchas vueltas en la cama, que, habiendo llegado á oídos de Don Raimundo el rumor de sus supuestas relaciones con Loreto, se propondría el anciano saber de sus mismos labios lo que pudiera haber de cierto en el particular. Partiendo de tal hipótesis, el Marqués, cuya conciencia estaba del todo tranquila, se proponía ser franco y leal con el anciano, exponiéndole toda su conducta en el caso, y hasta procnrando disipar el mal humor que natural era hubiese causado á Don Raimundo las habladurías de las gentes; habladurías á que el Marqués no creía haber dado el menor motivo. Así discurriendo, logró dormirse; y con el aire más tranquilo del mundo se dirigió, á otro dia, á la hora convenida, al iugar de la cita, considerándose, como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

De poco, sin embargo, habríale servido la limpieza de la espada de Bayardo, y áun la del mismo Bernardo del Carpio, en la aventura que le esperaba. Instalóse en una de las mesitas más apartadas del café, y á breve rato vió llegar á Don Raimundo, que le saludó, y, sentándose á su lado, le habló en estos términos:

—Inútil es, amigomio, el disimulo, tratándose de asuntos tan graves y trascendentes como el que Usted y mi hija traen entre manos; sin que esto quiera decir que yo desapruebe la prudencia y reserva con que los dos se han conducido. Bien, es verdad, que así Usted como Loreto han llevado el disimulo y el secreto á un extremo tal, que. . . .

—Permítame Usted que le interrumpa, señor Don Raimundo, diciéndole que absolutamente no comprendo á qué asunto se refiere. . . . .

—Amigo mio, Ustedes los jóvenes creen que con ponerse los dedos en los ojos tapan el sol para los demás. Pero uosotros los viejos, todo lo vemos, descomponemos y analizamos: además, ¿qué no descubren la vista y la penetracion de un padre? Desde los primeros síntomas de la pasion de Usted hácia Loreto. . . . .

—Pero, señor Don Raimundo, si no ha habido. . . . .

—Nada indecoroso ni siquiera inconveniente en las relaciones de Ustedes, lo sé muy bien; ni podia ser de otra manera, tratándose de un cumplido caballero á quien la decencia y la nobleza de carácter vienen por ámbas líneas, y de una jóven que aunque me esté mal proclamarlo, ha sido perfectamente educada, ha leido mucho, y se sabe conducir en la sociedad. Decía yo, amigo Don Leodegario, que desde meses atrás no hubo necesidad de que nadie me soplara al oído: "Estos muchachos se quieren," por ser cosa patente y que no me pasó inadvertida. Acostumbrado yo, sin embargo, desde jóven á la descomposicion y el análisis, pregunté á mi esposa: "¿Se quieren? y ella me contestó: "Así lo entiendo." Volví á preguntarle: "¿Te ha dicho algo Loreto?" y me respondió: "Ni palabra." Pasan dias, y la mútua pasion de Ustedes. . .

—Deber mio es, señor Don Raimundo, advertir á Usted. . . . .

—Deber de Usted es oírme sin interrumpirme. Pasan dias, y la mútua pasion de Ustedes, llegada á su apogeo, entra al crisol de la prueba. Usted se aleja de Loreto y ella disimula. Las gentes



insustanciales se dicen: "Han quebrado," y yo digo: "Se desvían como los carneros, para embestirse con mayor fuerza." Las gentes dicen: "El Marqués da señales de inconsecuencia y versatibilidad," y yo digo:"Las da de ser más caballero y noble de lo que se cree." Amigo Don Leodegario, ¿qué no descubren los ojos de un padre? ¿Qué hay en el mundo moral como en el físico, que resista á la descomposicion y el análisis? A poco de aislar y examinar los elementos ó sustancias componentes de tal negociado, la verdad se precipita y aparece en el fondo de la vasija. ¡Lo sé todo, lo veo todo, como si se tratara de una cristalizacion! Usted, delicado y pundonoroso hasta el quijotismo, sabiendo que el comerciante en abarrotes, Ledesma, pretende á Loreto, y considerandose relativamente pobre, se ha dicho: "No sea yo obstáculo al actual bienestar y áun al mejoramiento de posicion de esta jóven," y se ha repentinamente retirado del campo. Loreto, á su turno, ofendida de que Usted la crea capaz de sacrificarle en aras del interés, se ha propuesto darle celos, fingiendo admitir los homenajes que Ledesma le rinde en forma de pasas, almendras, bacalao y cajas de vino Todo ello, lo repito, es muy claro; mas constituye un juego que no se podría prolongar sin peligro, y al cual ya he dado punto por lo que respecta á mi hija. No faltaba sino que el porvenir de Usted y el de ella estuvieran á merced de los impulsos del amor propio irritado; no señor: que Ledesma se guarde sus pesos, ó los tire festejando á alguna gallega paisana suya, y que la honrosa medianía, acompañada de un carácter noble y de la cortesanía y finura que á Usted distinguen, se lleve la palma del triunfo. ¡Abajo Galicia y viva México!

—La completa equivocacion en que Usted incurre....

—Amigo mio, quien, como yo, descompone y analiza, nunca ó rara vez se equivoca. Anoche reuní á mi mujer y á mi hija, y á fin de averiguar la verdadera disposicion de ánimo de la segunda, me valí de este ardid: "Loreto, le dije: Don Leodegario me pide tu mano. ¿Qué debo contestarle?" Aquí fué el ponerse como amapolas madre é hija, abrazándose mútuamente, y respondiéndome Loreto: "Yo estoy dispuesta á lo que Usted determine." — "Pero, ¿le amas?" volví á preguntarle.—"Sí, le amo," agregó ella bajando la vista. Con que la incógnita, amigo mio, quedaba despejada; y solo faltaba hacer lo que hice esta mañana y lo que estoy haciendo ahora, á saber: intimar al señor Ledesma que desista de sus pretensiones respecto de una jóven que debe casarse con otro dentro de pocos dias, y decir á Usted, que los padres de Loreto, apreciando debidamente la nobilísima conducta del pretendiente de su hija, ponen á ésta en sus manos, ahorrándole explicaciones y pasos que son molestísimos al amor propio, y deseando á entrambos unidos, una vida más larga que la de Matusalem, y una descendencia más numerosa que la de Jacob.

—Pero, señor Don Raimundo......

—No hay peros ni aguacates que valgan. Usted es muy dueño de creerse indigno de Loreto y de rehusar la dicha por que anhela su corazon; pero yo tambien soy dueño de la suerte de mi hija, y quiero ligarla á la de Usted, y hacer á Usted feliz por fuerza. ¡Vamos, amigo Don Leodegario, que la cosa no tiene remedio! El Doctor Roman se ha comprometido á casar á Ustedes en el Sagrario; he ordenado á mi esposa que dé aviso de la próxima boda de Loreto á sus amistades femeninas, y yo estoy haciendo otro tanto con las mias masculinas. No hay quien no me dé las más cordiales enhorabuenas por la eleccion de yerno......

Las pupilas del Marqués habian ido sucesivamente pasando del verde-alfalfa al verde-mar y al verde-tierno, para teñirse al cabo con el amarillo legítimo de la yema de huevo; á cuyo tiempo, no se sabe si con motivo de la extrañísima conducta de D. Raymundo que pretendia casarle á fuerza ó más bien, por no haberle dejado el mismo

D. Raimundo meter baza en la conversacion, se le llenaron de espuma blanca los labios, y, lanzando un recio bufido, cayó al suelo estremeciéndose en rudas convulsiones. Acudieron los mozos y cercáronle los demás concurrentes al café, echándole buchadas de agua en el rostro, y, tratando de averiguar ellos la causa del accidente, díjoles el anciano, y así lo creia él, que habia sido motivado por un exceso de júbilo repentino. El Marqués fué llevado en un coche del sitio á su casa, prodigándole su presunto suegro los cuidados más exquisitos, y dejándole en manos de una señora grande que le asistía.

Cuando volvió en sí el del Veneno, se preguntó si estaba él loco, ó si Don Raimundo habia perdido el juicio, ó si se trataba de comprometerle indignamente á un paso que no entraba en su voluntad ni en sus ideas, contando con su proverbial caballerosidad, ó con que sus alcances intelectuales y su energía fuesen mucho más limitados que los de cualquier hombre de mundo. Pero, á poco que con más calma se puso á examinar estas diversas hipótesis, fuélas desechando una tras otra por absolutamente inadmisibles, y, en efecto, el juicio y la probidad del anciano, la honorabilidad de su familia, no obstante el pedantismo y las bachillerías de Loreto, y la reputacion de hombre despejado y cabal de que disfrutaba el Marqués, alejaban naturalmente cualquier sospecha á tales respectos. Nuestro protagonista se vió, pues, en la necesidad de atribuir lo que le pasaba, primeramente á su galantería con las damas en general y con Loreto en particular; en seguida, á la necedad de ésta, que tomó por moneda contante las flores veraniegas que el sexo feo tributa á la belleza; despues, á las habladurías de las gentes que, convirtiendo al mosquito en elefante, hicieron comulgar con éste al anciano; por último, á las combinadas bondad y sandez de D. Raimundo, que, dando por cierta é indudable una inclinacion que no existía, se adelantaba espontáneamente á coronarla, contra todos los usos y conveniencias sociales, creyéndose bienhechor, y siendo, en realidad, verdugo del favorecido.

Al obtener en el curso de su raciocinio esta deduccion lógica y natural, no pudiendo el Marqués, en rigor, indignarse contra álguien, se indignó contra su propia estrella; de lo que resultó que durante seis ú ocho dias, los ataques nerviosos no le permitieron dejar la cama. En tal período de tiempo, no escasearon los amistosos recados de la esposa y de la hija de D. Raimundo, ni las visitas de éste á informarse de la salud del presunto yerno. Y aunque el Marqués tomó y abrigó durante una semana la resolucion de explicarse clara y rotundamente con el anciano, el sistema de éste, de cortarle la palabra, creyendo que iba aquel á abrumarle con demostraciones de gratitud, y los paroxismos que la cólera causaba á D. Leodegario, impidieron de pronto la aclaracion que el curso de los sucesos imposibilitó definitivamente poco despues.

Al salir á la calle el del Veneno, vióse materialmente asediado por todos sus conocimientos y relaciones, y no pudo dar diez pasos seguidos sin que álguien le detuviera preguntándole: ¿Conque se casa usted? Y en vano trataba de negar la partida, pues todos á una voz le decian que Don Raimundo y su familia estaban dando aviso de la próxima boda á sus parientes y amigos.

Ni fué menos penosa para el jóven su primera entrevista con la señora Rodriguez.

—¿Quién habria creido—díjole la señora—que usted me engañaba cuando me aseguró qqe no tenia la menor aficion á Loreto? De todas maneras, mil parabienes por el próximo enlace, y que ustedes sean felices.

Trabajos y sudores tuvo el Márqués para explicar, ó más bien dicho, referir lo que pasaba, confiando á la señora el secreto de su desesperacion y encargándole el mayor silencio. Ella alzó las manos en señal de admiracion, sin poder tampoco explicarse lo acaecido. Conviniendo, sin embargo, en que semejante casamiento no podia ni debia efec-

tuarse, aconsejó al jóven que procurara tranquilizarse y escojer con toda calma el medio más prudente de salir de ten horrible atolladero.

No es de omitirse en mi narracion la entrevista casual del Marqués con el Presidente su padrino, ni el recurso que éste propuso al ahijado para conjurar el conflicto. Halláronse en una reunion habida en palacio, y como el General notara la palidez y las ojeras del jóven, díjole sin más rodeos:

—¿Qué tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento, acusan tus vigilias en las malditas lógias escocesas que frecuentas, y que sin duda conspiran contra la paz pública. La regeneracion política y social de México estriba en....

Sabiendo por experiencia el Marqués que esta frase sacramental en boca de su padrino, era el introito obligado de una peroracion poco ménos que interminable, llevóle á un rincon de la sala y le confió sus cuitas, pidiéndole consejo.

—¡Hola! mi amigo, la cosa es grave, y yo en tu lugar, apelaría lisa y llanamente á la fuga. El mayor inconveniente que yo pulso para estas bodas, es la igualdad de razas de los contrayentes. Tú conoces mis ideas sobre tal punto y sabes que, segun ellas, nosotros los de sangre española, debemos unirnos con las aborígenes, para que de estas uniones vaya resultando una raza especial y capaz de llevar á efecto la regeneracion social y política de la República.... Sobre todo, recordarás mi proyecto de matrimonio con una princesa indígena de Guatemala, proyecto que dió márgen á las burletas y habladurías de los chaquetas como tú; pero si se hubiese realizado.... En resúmen, y abriendo aquí un paréntesis, te diré que si el inconveniente de las razas no es bastante para hacer desistir á ese caballero de su propósito de casarte con su hija, ancho es el mundo y sabio el consejo de un predicador amigo mio: "El que pueda escaparse, que se escape."—Existe, y debo creer que sin moradores, la cueva de que yo permanecí oculto y fuera del alcance de las garras de la tiranía, en los primeros tiempos de nuestra gueria de independencia. De igual género es la lucha que tú vas á emprender con Don Raimundo y su familia: vas á pelear por tu independencia y libertad propias.... Pues á la cueva contigo, y que te saquen de ella, si pueden, para casarte! Por penosa que sea la vida del anacoreta, es peor la del casado contra su voluntad. Conque, si te resuelves te daré una carta para Zenobio, á fin de que te ponga en posesion de la cueva. Estoy casi seguro de que á los ocho ó diez años de habitarla.... Mas, para entónces, la regeneracion social y política de la república será un hecho práctico, y tú nada tendrás que temer de la tiranía de tu presunto suegro.—Cierro el paréntesis y voy á enseñarte el mandil de cuero que me ha regalado Mr. Poinsett, etc., etcétera.

Renegando del padrino y de sus ocurrencias, el Marqués se dirigió á la tertulia de la señora Rodriguez, donde llevaba muchas noches de no presentarse. A reserva de tomar una resolucion que le salvara, sintióse un momento atraido por tal reunion, como suele uno sentirse atraido por el abismo.

Las bujías de esperma, reproducidas en anchas lunas venecianas, derramaban una claridad verdaderamente diurna sobre el aterciopelado cútis de las señoras, quienes no se pintaban en aquel tiempo. Distinguió el Marqués á Loreto, y quedó deslumbrado ante su belleza, que era, en realidad, sobresaliente; dirigióse á saludarla, y ella le acogió con la inefable sonrisa de la prometida. ¡Oh si no hablara en latin y no hiciera versos! La aldeana más sencilla y ruda, con tal que posea las dotes rigurosamente femeniles de la gracia, la ternura y el pudor, tiene más atractivos, *es más mujer* á los ojos de los hombres, que la marisabidilla mejor recortada sobre el glorioso patron de las Staël y Sevigné. ¿Qué varon no se enorgulleceria de llamar suya á una jóven tan hermosa como Loreto, animada realizacion de los tipos soñados por Fidias y Praxiteles en la edad de oro de las artes? Mas, por

otra parte, ¿quién oye con calma, á la menor disputa en el hogar doméstico, entre la canasta de costura y olla del puchero, el *Quousque tandem* de Ciceron, de los labios de la esposa enmarañada y con las medias caidas?

Todas estas y muchas más ideas revolvió en un instante la vivísima imaginacion del Marqués, á quien se apresuraron á ceder su asiento los petimetres que daban conversacion á Loreto. No hubo en la tertulia quien no los reputara moralmente casados, y quien no, con motivo de ello, felicitara al uno en presencia del otro; y cuando el del Veneno, despues de haber acompañado hasta la casa de Don Raimundo á la novia y á la suegra, dando el brazo á esta última, como es de rigor, se retiraba cabizbajo y meditabundo para su hogar de hombre solo, díjose, entrando en cuentas consigo mismo, que verdaderamente la reputacion y la felicidad de aquella familia, y su propio buen nombre, dependian de la boda, y que para eludirla no le quedaba otro recurso que el suicidio ó la fuga.

Cristiano viejo, rechazó como malo el pensamiento de poner fin á su existencia; y hombre de corazon, reflexionó que la fuga no podia serle honrosa; si bien, vista más de cerca la boda, empezó á creer que la idea de Don Guadalupe de apelar á la cueva y enterrarse en ella en vida, no era del todo extravagante ni desacertada. No hallando consuelo ni esperanza de salvacion en lo humano, acudió á más alta esfera, no solo encomendándose de todo corazon á Dios, sino dando á su devocion las más raras formas que suele revestir entre las gentes piadosas ménos ilustradas. Vióscle, por ejemplo, tomando en juéves agua bendita de ambas fuentes de la iglesia de Santo Domingo, á un tiempo mismo, poner boca abajo á una imágen de San Antonio, y hasta danzar al són de castañuelas en algun claustro, delante de un lienzo que representaba á San Gonzalo de Amarante. Pero la Providencia no parecia poner mano en el asunto; el tiempo trascurria; los propietarios ofrecian sus casas vacías al novio, mediante buena fianza; los almonederos le proponian muebles, y los vendedores de objetos para las donas le asediaban. Era preciso obrar.

A todo esto, ni una entrevista habia tenido aún con Loreto acerca del proyectado matrimonio; la familia y los amigos lo sabian, y se explicaban tal conducta por medio de esta frase de estampilla: "Rarezas del Marqués."

Este, en una de sus muchas noches de insomnio y de cavilaciones, trazó y se resolvió á poner en práctica el siguiente plan. Un caballero como él, no podia dejar comprometidas y burladas ante la sociedad á una jóven del mérito de Loreto, á una familia tan respetable como la de Don Raimundo; en consecuencia, aceleraria el matrimonio, y, cuando lo hubiera efectuado, procuraria amoldar á su esposa á sus propios gustos é ideas, ó amoldarse él á los de ella: si ni lo uno ni lo otro era posible, realizaria sus pocos bienes, aseguraría con su producto los medios más indispensables de subsistencia á su mujer, y tomaria soleta hácia cualquiera de las otras partes del mundo. En último caso, la cueva de su padrino debia estar desocupada, y le ofrecia seguro asilo. Al levantarse al dia siguiente, hubo de sentirse más tranquilo, sin duda por la resolucion adoptada; y con la energía nerviosa del condenado á muerte, que dice: "Vamos," y comienza á subir los escalones del patíbulo, propúsose ir inmediatamente a casa de Don Rainundo (á quien llevaba ocho dias de no ver) para arreglar con él y con su familia—á la que tampoco habia visto en todo ese tiempo—los indispensables preparativos del matrimonio.

Tomaba con tal objeto sombrero y guantes, cuando oyó ruido y altercado de voces en el corredor de su propia casa, y abriéndose violentamente la puerta de su recámara, penetró en ésta D. Raimundo, de montera, en pechos de camisa, con el rostro pálido, los ojos desencajados, y una torta de pan en la mano. Penetró, repito; y sin decir al Marqués otras palabras que éstas: "Me

persiguen," corrió á esconderse bajo la cama, trémulo y fuera de sí.

Ver esto el jóven, tomar una espada que tenia á la mano en un rincon, y salir de la recámara al encuentro de los perseguidores de D. Raimundo, fué obra de un instante.

Hallóse en la pieza contigua con Fabian, el criado de D. Raimundo, casi tan viejo como éste, y que traía consigo á dos cargadores sin más armas que sus cordeles. Preguntando el Marqués á Fabian que significaba aquello, el fiel servidor llevóle aparte y le dijo:

—Se ha salido de casa el amo, contra las prevenciones del médico, y vengo á llevármele, pues la señora y la niña no quieren que ande sólo en las calles.

Sin comprender todavía el del Veneno, jota de tal enigma, dirigió nuevas preguntas á Fabian y al cabo supo que D. Raimundo despues de algunos dias de estar dando indicios de enajenacion mental, habia acabado por *correr*, y contaba ya media semana de encierro en su casa.

Explicóse entonces el Marqués la conducta de su presunto suegro hácia él, y vislumbró alguna esperanza de salvacion. Pero movido de profunda lástima, y sin ponerse á pensar en sus propios negocios, fué á persuadir al anciano de la conveniencia de que se retirara acompañado de Fabian, lo que á duras penas logró.

En seguida se dirigio á la casa de la señora Rodriguez, quien recibióle con semblante afable y alegre.

—Iba á mandar llamar á usted, le dijo, porque tengo cosas muy importantes que comunicarle. Ya sabrá usted que el infeliz D. Raimundo está loco de remate. Pues bien, Loreto y su mamá, despues de haberse devanado los sesos en vano para explicarse cómo era que usted no les habia chistado ni una sola palabra acerca del casamiento, de que solo D. Raimundo les hablaba tan luego como advirtieron que el anciano estaba trastornado, comprendieron todo lo demas, y yo las he confirmado en sus deducciones. No hay que decir si lo acaecido les causa mortificacion poca ó mucha, pues ya usted lo calculará; únicamente, cumpliendo el encargo que me confiaron, declaro á usted que le juzgan libre de todo compromiso, y que, ademas, le agradecen vivamente la prudencia y caballerosidad con que se ha manejado en tan espinoso y desagradable asunto.

—Es que yo no sería capaz— exclamó impetuosamente el Márques—de dejar á una familia como ésta en una posicion ridícula. No, señora mia; puede usted decir á Loreto, que decididamente y contra todo viento y marea, me caso con ella, y que esto ha de ser á la mayor brevedad.

—Marqués, no tiente usted á Dios de paciencia! Ya que se le abre una puerta, sálgase por ella sin volver atrás el rostro, y dése por bien librado. Por otra parte, aunque Loreto mastica el latin y hace dísticos, no es tan zurda como usted cree, en esto de saberse conducir. Ha comprendido perfectamente su posicion y su conveniencia, y una sola ojeada le ha bastado para atraerse á sus piés al comerciante en abarrotes, más rendido y enamorado que nunca.

—¡Cómo, señora! ¿Sería posible que Loreto?. . . .

—Loreto se casa con Ledesma ántes de ocho dias.

¿Quién descifra el caos del corazon humano? El Marqués, que hacia un momento sentíase dichoso ante la sola idea del desbaratado matrimonio y de su propia libertad, sintióse contrariado y humillado al saber que Loreto le daba con tanta presteza su reemplazo. Pusiéronsele amarillas las pupilas, volviéronle los ataques de nervios, y esto, sin duda, impidió que se echara á rondar la calle á Loreto como verdadero enamorado, y que desafiara á muerte á Ledesma.

Tuvo lugar la boda; y la sociedad mexicana, que nunca llegó á saber lo que habia pasado bastidores adentro, habló durante un mes de las terribles calabazas dadas por Loreto al del Veneno. Este, pasado algun tiempo más, se calmó, y hasta llegó á comprender el beneficio que la Providencia le habia

dispensado; con cuyo motivo costeó un novenario solemnísimo á Santa Rita de Casia, por atribuir á su intercesion tal beneficio.

Ocho ó diez años despues de estos sucesos, volví á ver al Marqués y conocí á Loreto. Hallé al primero cano, calvo, arrugado y desesperado de la mala suerte con quo tropezaban todas sus pretensiones matrimoniales. La segunda estaba hermosísima de figura; y, aunque todavía con algunos resabios de pedantismo, muy torpe ya en el manejo del latin, y sin conato alguno de versificar. Ledesma habia llegado á ser inmensamente rico, gozaba de la reputacion de íntegro y hábil en los negocios, y habiendo, por pura casualidad, conseguido unas hormas regulares para su calzado, no parecian tan descomunales ni escandalosos sus piés. Media docena de chicos, á quienes la madre, por más esfuerzos que impendia, no lograba hacer pronunciar la *o*, alegraban el hogar de tan feliz pareja; y Ledesma, al montarlos en sus piernas y besarles la frente, exclamaba enternecido: "Tuditus á su abuelu!"

VII

Conclusion.

Cuando el antiguo ayudante del General Victoria acabó de hablar, rayaban las primeras luces del alba. Las personas que constituian el auditorio del último narrador, profundamente dormidas, solo despertaron al cesar el monótono rumor de la voz del viejo. Convencidos todos de que no se les proporcionaría otro vehículo, emprendiéron á pié y con la fresca el camino de Puebla, adonde llegarón, cansados y mohinos, en la tarde.

Quisieron, por medio del procurador, y á instigacion suya, demandar al dueño del coche por daños y perjuicios, pero habiendo ofrecido el segundo mejores gajes al primero, cambió de blanco el látigo y fueron acusados, el militar de haber quemado los restos del carruaje y golpeado al cochero, y el farmacéutico y el almonedero, de no haber tratado de impedir tales desmanes; en cuya culpa de omision no resultaba cómplice el procurador, por impedirle el espíritu de su profesion—decia él mismo—todo acto de fuerza no decretado en autos.

El militar y sus dos compañeros de acusacion, viéndose mal parados, tuvieron á bien salirse furtivamente de la ciudad; y demandado á su turno por el dueño del coche por el procurador, para el pago de honorarios, vióse en la necesidad de vender las mulas y de adjudicarle su producto, por vía de transaccion amistosa y equitativa.

¡El Licenciado Retortillo conocía bien á Rascon!

J. M. Roa Bárcena.

Recuerdos de la infancia.

FRAGMENTOS.

Junto á las puertas del cielo
Vive el hombre soñador
Llorando en perpétuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia de dolor
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,
Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener....
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores
Que yo deshojara un dia,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía,

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mia,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:
"Tú pareces un poeta."
—¿Y qué es eso, madre santa?—
Ella besóme llorando
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veia,
Y mi madre me decia:
Tambien ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y solo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!

José Rosas.

D. FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE.

Era hijo de Valladolid, hoy Morelia, y vió la luz el 24 de Enero de 1782. Sus padres vinieron á radicarse á México á la sazon en que él contaba cinco años, y desde luego comenzó su educacion al lado de los Betlemitas: entró despues al colegio de San Juan de Letran á estudiar latin, filosofía, teología y jurisprudencia, cátedras en que obtuvo siempre el primer lugar, debido á su precocidad y aplicacion: su amor al estudio era tal, que prescindia con frecuencia de todo género de paseos y distracciones. A los once años conocia perfectamente, y aun traducia con bastante propiedad, á Horacio y á Virgilio, "y anotando maquinalmente un ejemplar del último—dice una noticia biográfica que tengo á la vista,—con grande admiracion del Director, éste le pidió el ejemplar para conservarlo en la biblioteca, distinguiéndole desde entónces de un modo particular, y pronosticando *que seria el honor del Colegio y el lustre de su patria*." Aprendió por sí solo los idiomas francés é italiano, estudios muy raros en aquel tiempo: y en 1799 y 1802 graduóse respectivamente de Bachiller en filosofía y teología. Sintiéndose llamado á la poesía, es de creerse que se dedicó á cultivarla, ya estudiando los clásicos, ya imitándolos en ensayos más ó ménos felices; y debido á esto sin duda, no tuvo dificultad en concurrir á un certámen poético en el cual presentó su composicion *La Lealtad Americana*, que obtuvo el primer premio, siendo ella la primera que vió la luz pública. Al año siguiente de este importante suceso de su vida literaria, en 1803, fué nombrado catedrático de filosofía por el Virey, quien admirado de los elogios que se hacian á nuestro poeta, lo llamó á palacio solo para conocerlo. Desde entónces llovieron sobre el Sr. Sanchez de Tagle honoríficas distinciones é importantes nombramientos que abrieron paso á su carrera pública. En 1805 fué nombrado académico de honor de la de San Cárlos, y en 1808 regidor y secretario del Ayuntamiento: recibió tambien delicados cargos que desempeñó con lealtad, empeño y eficacia: fué diputado, senador, vice-gobernador del Estado de México y gobernador del de Michoacan. Aunque tan multiplicadas y várias atenciones apenas le dejaban tiempo para ocuparse en la poesía, dió á luz, sin embargo, algunas notables composiciones, entre ellas una hermosa y entusiasta oda al 16 de Setiembre. Sus obras se publicaron algunos años despues de su muerte, acaecida el 7 de Diciembre de 1847. En ellas hay gallardía, cierta facilidad en el estilo y no poca naturalidad; pero sus poesías patrióticas carecen generalmente de aquel fuego y vigorosa entonacion que observamos en los poetas de la América del Sur, sus contemporáneos, que, como él, cantaron los sucesos de la emancipacion americana. San-

chez de Tagle merece ser estudiado y querido por sus compatriotas: nuestra literatura le debe algunos importantes servicios y sus obras pueden lucir entre las muy excelentes que cuenta ya el Parnaso mexicano.

VICTORIANO AGÜEROS.

UN RECUERDO.

Es un recuerdo dulce pero triste
De mi temprana edad;
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.
Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.
Cantaban las tropiales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los penachos del mangle caballero
Agitaba el terral,
Y de la balsa entre los verdes musgos
Se adormecia el caiman,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.
Zumbaban los insectos en el bosque
En su contínuo afan,
Y en medio á los rumores, dominando
Los tumbos de la mar.
Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de la aldea vecina
Tañido funeral.
Detúvose mi madre y en silencio
La contemplé resar,
Y de llanto llenáronse sus ojos
Y se inmutó su faz,
—¿Por qué lloras, mi madre? la decia
Con dulce ingenuidad,
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar.
Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.
—¿Y tú te has de morir? la dije entónces,
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar no más lloraba
Y yo lloraba más.
Sobre su seno recliné mi rostro
Y ella con dulce afan
Enjugando mis lágrimas decia:
—Vamos, ya está, ya está.
Pocos años despues perdí á mi madre:
No ceso de llorar
Y en sueños la contemplo cada dia;
Del cielo viene ya.
Llega y se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite
—Vamos, ya está, ya está.

ROSA ESPINO.

(*Vicente Riva Palacio.*)

REMINISCENCIAS DEL COLEGIO.

I.

Carácter de nuestro Doctor.

Seguiamos nuestros estudios en el colegio Carolino de Puebla, y recuerdo que luego que acabábamos de comer, nos reuniamos en un cuarto cosa de una docena de estudiantes á esperar á nuestro Doctor, no tanto para que curara á los que estaban enfermos, cuando para oir de su boca alguna historieta de las mil que brotaban siempre de la imaginacion brillante de aquel hombre, lleno de chistes y de las salidas más ingeniosas.

El Doctor era de edad avanzada, como lo indicaba su cuerpo ya encorvado, y aunque gesticulaba mucho, tal vez á causa de la escasez de su vista, era muy respetable y simpático. Nunca le ví dejar su baston con puño de oro, y en cuanto al sombrero, lo arrojaba en cualquiera parte al entrar, permaneciendo casi siempre en pié para dar mayor fuerza con su ademan á sus expresiones; y cuando se dirigia hácia la ventana, sus blancos cabellos se agitaban sobre su frente á la merced del viento. Si se quiere saber algo de su carácter, basta citar una de sus ocurrencias relativas á su profesion.

Cierto viérnes de cuaresma en que habia plácticas doctrinales, á las que debiamos concurrir á una iglesia pró-

xima, más de seis estudiantes querian excusar la asistencia, y esperaban, á costa de una medicina ligera, ser considerados como enfermos para lograr su objeto. Llega nuestro Doctor y pasa lista de los presuntos enfermos, unos vendados de la cara, otros de la cabeza, y quiénes de una y otra; álguien se queja de terribles dolores en el hígado, este manifiesta conatos indudables de náuseas, y no faltó atrevido que le pronunciara una larga disertacion sobre la gastritis de que decia adolecer y que, en su concepto, amenazaba ya pasar á su segundo período. Nuestro Doctor aplica el lente—que lo usaba, y de tamaño prodigioso;—observa las lenguas, reconoce con tiento los pulsos, y oprime levemente el vientre de los más achacosos; y cuando ya pareció poseido del conocimiento de los males de todos, toma el recetario de manos del enfermero que le contempla extático; observa de nuevo con su gran lente y cerrado un ojo, á todo su inválido auditorio, y traza luego con la pluma unos caracteres tan raros y menudos, que los estómagos de los estudiantes comienzan á sentir presunciones vehementes de alguna catástrofe funesta.

'Las influencias de la estacion que atravesamos actualmente, amiguitos mios —dijo el Doctor rompiendo el silencio —amenazan ahora más que nunca con el desarrollo de cierta epidemia muy frecuente en los tiempos antiguos en estos países situados bajo la zona tórrida. Los síntomas de tal enfermedad, terrible bajo todos aspectos y muy funesta en sus consecuencias, son muy varios y se fijan en cualquiera parte del cuerpo, á veces con dolores agudos y á veces produciendo tan solo general desaliento. Vistos llevo en el dia algunos casos de este mal gravísimo, y que por inexperiencia confundí de pronto con otras enfermedades comunes, por presentarse con síntomas semejantes á los de estas; pero ya considero los preludios del mal con una precaucion que es indudable ahorrará muchos padecimientos á la humanidad. He recetado, en tal virtud, cosas simples, es cierto, pero que seguramente atajarán una enfermedad que si llegara á estacionarse en un colegio como éste, no dejaría de contagiar más que á los libros."

Habló con tal seriedad y conviccion nuestro Doctor, y lanzó al través de su lente una mirada tan lastimosa á aquellos desgraciados, que le veian con indecible sorpresa, que todos quedamos persuadidos de su formalidad, y hasta comenzamos á sentir indicios más ó ménos graves de aquella epidemia que tanto habia asustado á nuestra imaginacion.

No pasó mucho tiempo sin que viéramos entrar al enfermero cargado de una media docena de botellas de un líquido verdoso, y una enorme marmita, llena hasta el borde de manteca lavada. El Doctor examinó con su lente las medicinas, habló dos palabras al oido al vicerector del colegio, y todos nos dirigimos con paso grave á la enfermería. Dispusiéronse en ella á toda prisa seis camas, fueron llamados los enfermos y despojados de su ropa, muy á pesar suyo, quedando desnudos y entre sábanas. Diré, por último, que, al mandato del Doctor, aquellos infelices sufrieron sucesivamente de piés á cabeza una larga friccion de manteca lavada, siendo obligado en seguida cada cual á apurar un enorme vaso de infusion de yerbabuena, tan fea y tan fuerte, que no pasó un cuarto de hora sin que se armara allí un concierto terrible en que se disputaban la voz el agudo gastritis, el hígado con espada en mano, y los dolores de cabeza, que tanto molestaban anteriormente á los pobres estudiantes, y que eran ya muy poca cosa en comparacion de las angustiosas náuseas y de lo pegajoso de la manteca.

El Doctor volvió á pasear su lente sobre aquellas fisonomías abatidas, y con voz ronca dijo, al salir, al enfermero:

—Basta ya. Todos estos jovenes quedan fuera de peligro.

Cuando despues supimos que el Doc-

tor habia comprendido perfectamente la clase de enfermedad de aquellos estudiantes y que les habia jugado la mala pasada de la manteca y de la yerbabuena, no pudimos ménos de reirnos gran rato á costillas de nuestros infelices compañeros, quienes conservan hasta hoy el peregrino sobrenombre de *los amantecados.*

II.

Algunos antecedentes de D. Roque Maldonado.

Hablamos un dia sobre diferentes materias que el Doctor exornaba con sus chistes, y á poco pasamos al capítulo del amor. Nuestro facultativo lo consideró como una de tantas enfermedades á que están sujetos los hijos de Adan, clasificándolo en la categoría de las más peligrosas en su esencia y por sus accidentes; pero no satisfecho de que le creyésemos bajo su palabra, nos refirió dos historias para demostrar ambos puntos; y de ellas solo recuerdo ya la del amor funesto por sus accidentes. Héla aquí, y el Doctor es quien habla.

—Tuve hace treinta años (el Doctor contaba ahora más de sesenta) un compañero llamado Roque Maldonado, muchacho atrevido en sus empresillas de aquella época, y dotado de cierto tino para salir airoso en los lances que él mismo preparaba, aunque no faltaron ocasiones é incidentes que burlaran su ingenio y malicia. Hasta el cuarto año de medicina, Maldonado siguió los estudios, si no contento, al ménos resignado; pero siendo su familia de muy escasa fortuna, los trabajos que iba pasando en su alimentacion y vestido le aburrieron á tal punto, que iba ya á desistir de una carrera que le producia solo gastos, cuando una circunstancia muy ajena á su prevision, mejoró en gran manera el triste estado de su propia fortuna.

Solia Maldonado ir á estudiar la materia de sus clases á los claustros del convento de Santo Domingo, y una mañana que concurrió allí como de costumbre, se halló tan hambriento por haberle faltado el desayuno, que, cerrando el libro, comenzó á mirar las pinturas de las paredes, por si distraia así su apetito mientras la Providencia le enviaba siquiera un pedazo de pan. Contemplaba asombrado el cuadro de un gigantesco San Cristóbal, y se entretenia pensando en lo mucho que deberia comer aquel santo para alimentarse en proporcion á su estatura, cuando se le acercó un criado trayendo una canasta que, por su apariencia, indicaba contener un sabroso almuerzo. Maldonado túvole por un cuervo milagroso enviado del cielo á alimentarle, y procuró disimular el vivo placer que le causaba aquel hallazgo. Acercósele el mozo, y con voz apagada por respeto al claustro, le preguntó por el Padre Morelos.

—¡Ah! ¡sí! ¡mi tio!—dijo el estudiante con la mayor gravedad del mundo. —¿Por qué habias tardado tanto con el desayuno?

—Pues señor—contestó el mísero criado—como apenas hoy entré á servir en casa de Su Paternidad, aún no sé cómo se hacen las cosas.

—¡Ah! pues entónces, eres disculpable. Vé á pedir abajo á los sacristanes la llave de la celda, porque mi tio está diciendo misa, y vuelve pronto, que aquí te espero con la canasta.

En efecto, desapareció el mozo por los recodos del claustro, y Maldonado se echó sobre la canasta, y en un abrir y cerrar de ojos la aligeró de dos pasteles rellenos, una exquisita torta de frijoles y dos de pan, coronando la obra con empinarse la vasija de pulque que servia como de punto de apoyo á las demás provisiones. Luego que se sintió con el estómago lleno, quiso ponerse en salvo, y atravesó rápidamente el claustro, dejando la canasta bien cubierta con la blanquísima servilleta, y como si estuviese intacta.

Fácil es concebir la sorpresa del Padre Morelos al saber la aparicion de un sobrino cuya existencia no sospechaba, y la desaparicion de su almuerzo; y desde luego le ocurrió quién pudiera ser el protagonista de la aventura, pues

veia con frecuencia á Maldonado estudiando en las inmediaciones de su celda Pero sucedió que cuando este llegaba al tercer corredor, hubo de encontrarse de manos á boca con el Padre provincial, á quien conocia y con quien habia consultado algunos temas de filosofía en el tiempo en que la estudiaba.

—¿Qué ocurre al Sr D. Roque que va tan de prisa?—le interrogó el provincíal, asiéndole al mismo tiempo de las abiertas alas de su barragan.

—Nada, Padre provincial; déjeme vd., que el Padre Morelos está furioso.

—¿Furioso? ¿Y cuál es la causa? ¡Vamos allá! ¡Cuando él es tan pacífico!

—Disputábamos un punto de derecho natural, y se ha exaltado.

—Pero ¿qué dísputaban?

Entonces el provincial abrió la puerta de su celda, que no distaba mucho, y empujando á Maldonado hácia adentro, y siguiéndole, cerró con tiento tras de sí.

—Vamos, amigo mio, cuénteme vd. esa disputa que ha exaltado al Padre Morelos.

De advertir es que el provincial se complacia siempre que alguna leve contrariedad impacientaba al padre Morelos. En cuanto á Maldonado, ya habia tenido tiempo de serenarse, y es tambien de advertir que cuando estaba sereno, fraguaba mucho mejores salidas que alterado.

—Ha de estar vd., reverendo Padre—comenzó Maldonado, limpiándose el sudor de la frente—que hace más de veinte dias que me emplazó el Padre Morelos para que discurriéramos hoy sobre ciertos temas que me dijo habian trabajado mucho su imanigacion allá en su época de estudiante.

—¿Y bien?....—interrumpió el provincial mirando á Maldonado por debajo de sus espejuelos y echando para ello hácia atras su venerable calva de nu modo alarmante. D. Roque prosiguió:

—Despues de andar de aquí para allí en materias espinosas, como el alma de los brutos, el sistema del influjo físico, las causas ocasionales y otros mil temas filosóficos, entramos á un punto de que poco se ocupan los autores....

—¿Y cuál es ese punto?—dijo el provincial poniéndose en pié y repasando ya en su mente los puntos más difíciles del derecho natural, por si lograba prevenir al estudiante.—¿Acaso trataban vdes. el punto de la propia defensa?

—No, señor; otro todavía mas difícil.

—¡Ah! ¡sí!—dijo el provincial alborozado—vdes. tocaban indudablemente la cuestion de á quién pertenece la nueva isla que surge en un rio. ¿No es eso?

—Todavía es cosa mas crítica, señor—prosiguió Maldonado, poniéndose en pié tambien y dando un paso hácia el provincial.

—Pues no atino—dijo este, algo contrariado.

—Hablábamos el Padre Morelos y yo—agregó el estudiante con voz bien templada—de si cuando un hombre que ha empleado todos los medios honestos que están á su alcance para ganar el sustento, y que, sin embargo, no lo gana, puede adquirirlo por....

—¡Cuestion inaudita!—exclamó el provincial interrumpiéndole, y dirigiendo una mirada de extrañeza á las hileras de pergaminos que llenaban sus estantes.

—Deciamos—prosiguió Maldonado—que si este hombre, puesto en el terrible trance de perecer de necesidad, podria hurtar lo necesario para alimentarse, mientras halla una ocupacion lucrativa.

—¡Cosa enteramente nueva!—repitió el provincial, lanzando á sus libros una mirada de lástima. ¿Y qué resolvieron vdes.?

¿Qué resolvimos? Pues ¿qué habiamos de resolver, reverendo Padre? Mi contrincante seguia la afirmativa, apoyándose no sé cuántos pasajes de San Agustin, y en dos líneas de la Suma de Santo Tomás, y yo seguia la negativa fundado solo en el derecho natural....

—¡Eso es! ¡eso es!—dijo el provincial lleno de entusiasmo:—puesto que se trataba de un punto de derecho natural,

era mucho mas conforme á la razon demostrarlo fundándose en el mismo instinto, que no en las opiniones de los autores, pues estas solo podrian valer en punto de razon y no de sentimiento. Deploro sobremanera que el Padre Morelos se haya equivocado tan lastimosamente....

—Pues no pára ahí todo, Padre provincial, sino que......

—¡Cómo! ¿se atreveria á defender algun otro absurdo?

—No precisamente, sino que, usando yo de su misma doctrina y aplicándola muy lógicamente á mis actuales circunstancias, me comí su almuerzo, y esto le ha enojado terriblemente. Paréceme, sin embargo, que soy disculpable, y más cuando el hambre es tan apremiante.

—En efecto que sí—murmuró el provincial palpándose ligeramente el vientre y sacando á toda prisa del cajon de su mesa un trozo de pasta de almendra, que puso cerca para tener á raya las invasiones del apetito. Y recordando entónces la risible situacion del Padre Morelos, se quitó los anteojos para no romperlos, y prorrumpió en una carcajada que dejó retumbando gran rato las bóvedas del convento.

El estudiante quiso salirse, porque oyó pasos afuera y temió fuese el Padre Morelos, que hubiera averiguado su paradero y se llegara á confundirlo en presencia del provincial. Llamaron efectivamente á la puerta, y se presentó el mismo Padre Morelos, quien, habiendo oido por las rendijas gran parte de la conversacion, habia tomado un partido prudente y que contrariaba la satisfaccion del provincial; pareciéndole, ademas, que un jóven tan profundamente ingenioso como Maldonado, era mejor de aliado que de enemigo.

El provincial estalló en otra carcajada ante la aparicion del Padre Morelos y el embarazo del estudiante.

—No me trae aquí el intento de reclamar al Sr. Maldonado la desaparicionde mi almuerzo—dijo el Padre Morelos despues de saludar con una sonrisa al provincial—sino más bien el de premiar hasta donde me sea posible su rasgo de ingenio.

El provincial se puso los anteojos, el estudiante se iba serenando, y el Padre Morelos continuó:

—Tiempo há que deseo tener en mi celda un compañero de mesa para sazonar la comida con la conversacion, que es para mí la mejor sal, desde que mis enfermedades me impiden bajar á refectorio, y ahora veo que he encontrado lo que deseaba, pues, si no me engaño, el Sr. Maldonado no tendrá inconveniente en ser mi comensal desde hoy, y creo asimismo que tendrá la generosidad de dejar algo á mi pobre estómago, no manejándose como ahora.

Desde entónces no tuvo que apurarse mi amigo Maldonado, pues, amen de la comida y la cena que recibia del Padre Morelos, no le faltaba uno que otro peso fuerte que solian darle los reverendos Padres de Santo Domingo, en cambio de sus buenos chistes y de alguna mala pasada que le mandaban jugar; pues mi compañero Maldonado hacia malas pasadas, como un pastelera puede hacer un pastel que se le pido.

III

Comienza la historia, y Maldonado se enamora de Juanita.

Apuntados estos antecedentes de mi amigo Roque Maldonado, entra aquí la verdadera historia del amor peligroso por accidentes.

En el invierno de 1813 vino á radicarse en Puebla una familia originaria las provincias del interior de Nueva-España y propietaria de sendas barras de oro y plata y de fuertes letras de cambio, amen de un equipaje magnífico para aquellos tiempos, y del cual se habilitó, sin duda, al pasar por México.—Aunque Puebla ciertamente no es una ciudad corta, adolecia en la época á que me refiero de los vicios de las localidades pequeñas, entre los que se cuenta el de que, no bien aparece un desconocido, cuando todas las miradas se fijan en él y todas las bocas se hacen mil preguntas que pueden quedar reducidas á



tres. ¿Cuánto tiene? (que es la primera). ¿Quién es? (la segunda), y ¿De dónde viene y qué hace? (la tercera y última). Para satisfacer, pues, á las tres preguntas, diré que la familia citada tenia un fuerte y bien saneado capital; que era de D. Juan Esteves, componiéndose de un papá de 50 años todavía fresco y alegre, de una mamá de las mismas condiciones, de dos hijas verdaderamente guapas, Adela y Juanita, y de Jacobo, gar. zon de 23 años, enamorado y bailador. Ya indiqué de donde procedia, y agregaré que su ocupacion consistia en raparse la mejor vida posible.

Desde luego la tal familia se hizo muy de moda—como se hacen los ricos en todas partes;—y aunque en Puebla ha habido siempre mucho recogimiento, no sé por qué entónces aquellas muchachas de ojos negros y rasgados despertaran la sensibilidad y el entusiasmo hasta de los más encogidos, y diariamente habia convites y brindis, y bailes y tertulias, y paseos pedestres al Alto, y cabalgatas por el Cármen. ¡Bien dicen que cuando un donado cuelga los hábitos, no hay peor diablo que él! Así sucedió con la bendita Puebla en aquella época; colgó su aire de santidad y se echó por la call de enmedio. Los papes tuvieron que capitularán y celebraron transacciones honrosas con los hijos de familia para tenerlos algun tanto á raya, y en cuanto á las madres, no hubo necesidad de transacciones para que entraran á la arena revolucionaria juntamente con sus hijas, y en són de cuidarlas.

Mi compañero Maldonado acababa de cumplir sus 25 años, y solo uno le faltaba para terminar su carrera y examinarse de doctor. Seguia siendo comensal del Padre Morelos, y no faltaba vez por semana en que el provincial le hiciera sentar á su mesa para divertirse con el estudiante. Llegó hasta los respetables claustros de Santo Domingo el ruido y esplendor de la familia Esteves, y mi compañero D. Roque, que andaba siempre en busca de nuevas aventuras, creyó llegada su hora. Empeña todos sus libros de medicina, recoge los pesos fuertes que tenia guardados en la gaveta del provincial, busca por aquí y por allá algunos otros reales; manda hacer un trage á la moda, rízase el cabello, perfúmase, compra una varita delicada y hácese presentar en casa de la familia Esteves.

No abundaban mucho entónces en Puebla talentos como el de Maldonado, y perteneciendo él, además, á una familia decente, y poseyendo gallardo y simpático aspecto, fué de todos acogido con muestras de la mayor complacencia. A la hora de comer, Maldonado tenia la palabra con sus chistes, que nunca empalagaban, y el Sr. Esteves le colocaba entre él y alguna de sus hijas, como por cierta especie de privilegio. En el baile todas las jóvenes ansiaban por que las sacara de preferencia; y si empuñaba la vihuela dando suelta á su voz en alguna cancion amorosa, todas aquellas pobres muchachitas, y aun algunas que ya no lo eran, se figuraban de moras en algun mirador sobre jardines, y veian á Maldonado de trovador que les cantaba sus languideces y sus quejas.

Al cabo de un mes de aquella vida encantada, en que no tomaron parte alguna los libros de medicina, Maldonado, no sé por qué casualidad, meditó á solas, y se encontró medianamente enamorado de Juanita, la hija menor del Sr. Esteves, y que, por cierto, no lo era en belleza respecto de Adela, la mayor. Tenia Juanita un talle esbelto, rostro apacible, voz melodiosa y lánguida, ojos negros rasgados, y la boca algo grande, pero muy bien formada y como adrede para dejar ver una dentadura admirable.

Maldonado habia dirigido á Juanita mil y un requiebros á la hora del baile y en el paseo, y la inundaba de lánguidas miradas durante la comida; pero la pobre niña no sabia á qué atenerse, pues aunque su corazon latia no poco en favor de D. Roque, era éste tan galante con las demas muchachas buenas mozas, y aun con las feas, que no cabia escasa dificultad en investigar si hablaba de veras.

Me acuerdo de cuando Maldonado me presentó en casa de la familia Esteves. Salió á recibirnos Juanita con aquel trage blanco de olanes que le caian con tanta gracia, y al vernos se quedó pensativa y murmuró algunas palabras con aire triste; verdadera imágen de una jóven enamorada que sale á recibir á su amante y no le halla sólo como lo esperaba. Lo conocí yo en el acto y le presenté mis excusas sin afectacion: ella se sonrió poniéndose colorada, y echó á correr desapareciendo como si tuviera diez años. ¡Desde entónces me simpatizó esa niña de tristes recuerdos!

Al llegar aquí, el doctor miró al través de su lente á cado uno de los que componiamos su atento auditorio,y encendiendo un cigarro, continuó como se verá en el siguiente capítulo.

IV.

Anuncio de unn fiesta y descripcion de una costumbre rara, y de una casaca aun más rara.

La Vírgen de Guadalupe iba á ser celebrada en casa de D. Juan Esteves con una fiesta, como cumpleaños de la señora su esposa. Habiéndome recibido en la casa con agrado, merced á mi padrino de presentacion, me convidaban á todas las diversiones, y quedé invitado, en consecuencia, á aquella fiesta.

Hacia tiempo que Maldonado habia fijado por escrito sus proposiciones de amor á Juanita, y ésta le correspondia. En cuanto al papá de la niña, veia en D. Roque á un jóven que llegaria á ser su yerno, pues contaba con su carrera de médico y con la brillante dote que llevaria Juanita á sus bodas.

Existia en aquella época feliz en los círculos más acomodados de nuestra sociedad, la peregrina costumbre de que en los convites pudieran los convidados, ántes de sentarse á la mesa, despachar á sus respectivas casas, por medio de sus criados, á quienes llevaban consigo á tal efecto, uno ó dos platos de los mejores manjares que más les agradaran. ¡Sabrosa galantería de nuestros anfitriones antiguos!

El doctor suspiró mirando á su auditorio al través de su lente y consumiendo de una sola fumada las dos terceras partes de su cigarro, en memoria, tal vez, de algun sabroso plato.

Todos seguiamos esta costumbre con el mismo agrado con que se imita una moda, y era cosa de ver la procesion de criados que se dirigian de la casa de quien daba el banquete á las diversas de sus comensales. Quién se lleva un enorme pavo relleno, quién un platon de bacalao, aquel una docena de truchas, y no faltaba persona que, á despecho del bien parecer, barriese con una magnífica coleccion de estas y otras materias. Se equivocan ustedes, sin embargo, si piensan que las mesas quedaban desmanteladas despues de un ataque semejante, pues apenas salia el último platon de los regalos, cuando aquellas eran cubiertas de nuevo, y aun para lucir su abundancia, se dejaban asomar las extremidades de otros mil manjares al través de los vidrios de los armarios.

Bien que muy grande esta generosidad de los ricos de aquel tiempo, aun parecia muy corta á la desmedida gula de un D. Gaiferos, honrado boticario de la calle de San Martin, pero gastrónomo por excelencia. Este D. Gaiferos, á despecho de las modas de entónces, se habia mandado hacer para concurrir á los banquetes, una casaca de paño grueso, sin talle, y que, por no decir que tenia más de cuarenta bolsas en sus forros, más vale asegurar simplemente que toda ella era una gran bolsa con divisiones y subdivisiones, donde, durante la comida, iba acumulando comestibles, hasta el grado de que al terminarse la mesa, aquel hombre casi no podia levantarse, atendido el peso de su relleno casacon.

Muy original era por lo comun la estampa de aquel D. Gaiferos; pero mucho más cuando se levantaba de la mesa: sus piés, grandes y en forma de guitarra á causa de los juanetes, apenas podian sostener su cuerpo, bien enjuto, doblado de hombros y rematando en un sombrero tan largo y puntiagudo com

el regaton de su báculo: el chaleco le daba casi á la rodilla, y los sellos de su enorme reloj de seis tapas inclusa la de carey, peligraban romperse á cada paso contra el suelo; por último, la fisonomía de mi hombre era verdaderamente mefistofélica. Como D. Gaiferos pasaba por una de las notabilidades poblanas y afectaba gran amistad con el Sr. Esteves, fué tambien convidado á la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe.

Ustedes, amiguitos mios—prosiguió el doctor aplicando el lente á los estudiantes—no extrañarán que haya traido aquí á colacion á este Don Gaiferos, cuando sepan que tan honrado farmacéutico tenia un sobrino pícaro y de no malos bigotes, y que el tal sobrino estaba enamorado de la preciosa Juanita; y ménos lo extrañarán cuando les diga que el tio D. Gaiferos estaba muy de acuerdo en estos amores, gracias á la buena dote de la pretendida, con que el honrado boticario esperaba montar su establecimiento bajo un pié espléndido, uniendo á la razon social de la casa el nombre ilustre de su sobrino Don Manuel. Habian trazado ya sus planes tio y sobrino, y estaban entónces tan amigos, que el sobrino despilfarraba diariamente dos tantos más de las utilidades de la botica—lo cual deberia componer una enorme suma al cabo del mes, porque las boticas producen mucho—sin que el tio Gaiferos chistara una sílaba, pues veia que aquel dinero, tarde ó temprano, volveria centuplicado á la casa. Algo tambien hablaron tio y sobrino de los amores de mi compañero Maldonado; pero mútuamente se convencieron de que un muchacho tan escaso de fortuna como D. Roque, cederia fácilmente la presa á un descendiente del capitalista D. Gaiferos; presuncion muy disculpable en algunos ricos que creen poder allanar todos los caminos con su dinero.

V.

Realízase la fiesta.—*Fracaso de D. Gaiferos.*

Llegó, por fin, la deseada fiesta del cumpleaños de la Sra. Esteves, y una alegre música recibia á los convidados en el patio. Me acordaré siempre de cuando entré en aquel magnífico salon del tercer piso, donde se respiraban mil perfumes y se sentia una comodidad voluptuosa. Allí estaba reunida la familia toda del Sr. Esteves. La señora de la fiesta se reclinaba en un canapé, (hoy sofá) forrado de seda encarnada, que hacia resaltar la blancura de sus formas, dando un tinte carmesí, á trechos, á su elegante trage azul. Hallábase esta matrona á la derecha de su marido, á cuya izquierda aparecia Adelaida, la encantadora Adelaida, con sus ojos negros, el cabello de ébano peinado hácia atrás, levantado el seno, y los brazos de nieve medio ocultos en las amplias mangas de su vestido color de caña. En cuanto á Juanita, sentada á su lado, parecia un ángel envuelto en nubes de celeste gasa, y su hermano Jacobo la hizo ruborizarse al darle el aviso de la aproximacion de Maldonado, que entró conmigo á la sala.

Al presentarse á poco rato D. Gaiferos con su sobrino, algo parecido á una sonrisa burlona retozó en los lábios de todos, y los dos rivales, D. Manuel y D. Roque, se miraron en ademan provocativo. Maldonado ocupaba ya su asiento al lado de Juanita, y cuando D. Manuel se acercó á ocupar el otro, vacante por haberse ausentado Adelaida, recibió de la niña una mirada de desden y un movimiento imperceptible de hombros que queria decir mucho. Media hora despues el salon quedó lleno de convidados de uno y otro sexo.

Se aproximaba la hora de comer, y nos acercamos á aligerar ántes las mesas, segun la costumbre que llevo referida. Encontramos ya frente á los aparadores á D. Gaiferos, que con la mano en la mejilla discutia en su interior la excelencia de los platos, en tanto que dos mozos esperaban á un lado sus órdenes. Decidióse al fin nuestro honrado boticario, y á despecho de toda consideracion, fué despachando, entre otras cosas, un cabrito en barbacoa, que uno de los hacendados de Puebla regalara poco ántes á la Sra. Esteves, y una gran pierna mechada de exquisito venado,

que reconocia análogo orígen. D. Gaiferos sabia que estos eran regalos, porque no faltó quien se lo dijera, y sin embargo, cargó con ellos, disgustando al amo de la casa y á los obsequiantes, quienes para suplir la falta hicieron traer de sus respectivas casas iguales materias. Con tal antecedente quedaron todos prevenidos contra D. Gaiferos, y Maldonado, que veia con satisfaccion aquel disgusto, no esperaba mas que una ocasion de vengarse del boticario á nombre de la concurrencia, y de ponerlo en ridículo juntamente con su sobrino.

Durante la comida estuvo D. Gaiferos llenándose descaradamente de comestibles las innumerables bolsas de su casacon, y á la hora de los postres, al levantarse bajo pretexto de los brindis, se hundió en aquellas profundas faltriqueras dos botellas de Champaña—del primero que venia á América—y otras dos de Jerez, y se las hurtó con tal disimulo, que solo el ojo de Maldonado pudo mirar tan inaudita desaparicion, y pudo tambien observar que habian sido repartidas en la parte media de los faldones del casacon de D. Gaiferos, que colgaban á los lados de su asiento. Maldonado habló dos palabras al oido de Juanita y á otras dos ó tres jóvenes inmediatas á ella, mirando en seguida todas al boticario con sonrisa lastimosa, y echándose hácia atrás para examinar los faldones de su casaca.

D. Gaiferos bebió vino hasta despues del café, y concluido éste, se decidió que los convidados irian á dar una vuelta al jardin. Todos se habian ya levantado de sus asientos, y el honrado farmacéntico aun hacía esfuerzos para ponerse en pié, sin poder conseguirlo, á causa del peso de los comestibles que contenian sus profundas bolsas, cuando D. Roque Maldonado, considerando como un deber de urbanidad el auxiliar á aquel buen señor, se acercó á ofrecerle sus servicios, permitiéndosele tan solo tomar del brazo á D. Gaiferos y ayudarle á dar los primeros pasos y á descender la escalera.

Iba tan graciosa pareja por delante de la comitiva á la mitad de la escalera, cuando el perro de Maldonado se acercó á éste dando brincos y lamiendo la mano envinada de D. Gaiferos, quien lo consideraba con cierto miedo, y comenzó á dar voces cuando el animal pretendia efectuar una invasion violenta en los faldones del boticario, que despedian un suave olor de comestibles. Maldonado tomó el báculo de D. Gaiferos haciendo á éste una respetuosa reverencia, como para pedirle permiso de ello, y asestó un furibundo palo al can, que estaba ya con medio hocico sumergido en el faldon izquierdo. El animal dió un salto tremendo á tiempo que Maldonado le dirigia un segundo palo, que recibieron los faldones levantados de D. Gaiferos, oyéndose al mismo tiempo ruido como de un cántaro lleno de agua que se rompe. El boticario lanzó un gemido de despecho, y D. Roque retrocedió dos pasos sobre el descanso de la escalera, dejando á D. Gaiferos solo en la escena y chorreando á torrentes el vino. A mayor abundamiento, alguna de las botellas de champaña que solo quedó cascada del golpe y que se habia bullido mucho con los movimientos del portador, estalló terriblemente dentro de la bolsa, y dió en tierra con nuestro hombre.

Todos los espectadores de aquella escena original prorrumpimos en grandes carcajadas al ver á tan ilustre personaje tendido en un charco de vino y luchando con el perro de Maldonado, que volvió á la carga, consiguiendo al fin, llevarse á viva fuerza una buena rebanada de jamon que todo el empeño de D. Gaiferos no pudo retener dentro de la bolsa. Lo más original fué que al arrancar su presa el can, extrajo tambien y desparramó una ó dos docenas de bizcochos, que rodaron largo trecho, deshaciéndose luego en el vino y ocasionando nuevo concierto de carcajadas. El honrado boticario no sabia como ocultar su vergüenza y su chasco, hasta que de él compadecido el Sr. Ésteves, mandó á sus criados que llevaran al coche á D. Gaiferos y lo trasladaran á su casa, quitándolo de las miradas de todos y

del centro de aquel charco de vino. En tretanto, el sobrino D. Manuel habia desaparecido, murmurando palabras de venganza.

VI

El baile, y una tragedia sobrevenida.

Tuvimos en la noche de aquel dia un baile magnífico. Ahora que los años han entorpecido mis sentidos, amiguitos mios, muy poca impresion me causa un baile; pero entonces era otra cosa. No sé qué sentia mi corazon al aproximarme á aquella sala encantada, donde no se respiraba sino contentamiento y placer. Las mil luces de las arañas se multiplicaban en los grandes espejos, los perfumes que se esparcian en la atmósfera deleitaban el olfato y predisponian el cuerpo á los movimientos de la danza como una uncion de bálsamo. La música desata de improviso el torrente de sus melodías, los elegantes caballeros se apresuran á levantar á las damas de sus asientos, y á poco el salon todo no es mas que una vorágine mágica en que giran rostros deslumbradores, cuerpos que parecen tornearse más y más por el movimiento circular de la danza, y piés tan pequeños y fugaces, que se pierden en lo mullido de las alfombras. Sentíme entonces como alucinado por aquel espectáculo, y levantando á mi turno á una preciosa jóven que parecia una paloma blanca con cintas y cordones azules, me dejé llevar de los sonidos de la orquesta en medio de aquel mundo de gasa y de felicidad.

El Doctor miró á los estudiantes con su lente, y arrugando el entrecejo, continuó:

Aquel baile maravilloso tuvo su desenlace con una terrible tragedia. Se habian retirado ya todos los convidados cuando mi compañero Maldonado se despidió de la familia Esteves y recibió la última sonrisa de aquel dia en los labios de la graciosa Juanita. Envuelto en su capa iba D. Roque pensando en su felicidad y aun riéndose á carcajadas de lo acontecido á D. Gaiferos, cuando al dar vuelta de la calle de Mercaderes á la de la Compañía, se encontró cara á cara con el sobrino del boticario, que le detuvo por el embozo de la capa.

Maldonado no era hombre que se acobardara por nada de esta vida; así es que trató de hacer á un lado su capa, á fin de tener las manos libres y defenderse de su rival, quien le amagaba ya levantando el largo verduguillo de su baston, y llegó á herirle cinco veces, antes de que D. Roque pudiera desembozarse. Mi pobre compañero habria miserablemente perecido, si por casualidad no se oyen pasos en aquel momento, presentándose en la escena un nuevo actor, el criado de D. Roque, quien apénas vió á su amo en aquel trance, cuando se abalanzó sobre el sobrino del boticario, y cogiéndole por el cuello, se lo apretó bien, hasta dar en tierra con su individuo.

Entretanto, Maldonado habia caido sin sentido á causa de sus heridas, y una ronda que pasaba á la sazon, se llevó al mozo, aterrado de ver á su amo en aquel estado, en que parecia dar muy pocas esperanzas de vida, y al sobrino del boticario, que no era ya sino cadáver, pues tenia roto el cuello.

Tal acontecimiento, como es fácil suponer, alarmó mucho á la poblacion al ser sabido á otro dia; y como se dijo que habia habido duelo entre Maldonado y D. Manuel por causa de celos relativos á la hija del Sr. Esteves, tuvo este caballero que ausentarse precipitadamente del teatro de las desgracias, retirándose con su familia á una hacienda inmediata á la ciudad.

La impresion de Juanita al ver el lastimoso estado de su amante, casi la dejó sin sentido por muchos dias.

La justicia metió, naturalmente, la mano en el negocio, y como era de esperarse, mi compañero Maldonado quedó absuelto, y su mozo condenado á una pena leve, no obstante los esfuerzos que el boticario hizo para que ahorcáran á los que él llamaba los asesinos de su sobrino.

El pobre D. Gaiferos murió á poco de la pesadumbre de haber perdido la brillante posicion que esperaba adquirir con el casamiento de D. Manuel; y aun

más le pudo el descalabro sufrido en su establecimiento con los despilfarros de su sobrino.

VII

La convalecencia.—El signo adverso—Fin.

Muy presto comenzó Maldonado á reponerse de sus heridas, que no habian sido por fortuna peligrosas, pues tres de ellas solo rozaron ligeramente su costado izquierdo, y en cuanto á las otras dos, aunque algo penetraron en el mismo flanco, no causaron derrame alguno interior de sangre. Los vehementes deseos de volver á ver á Juanita, de quien habia estado separado más de dos meses, y los vientecillos precursores de la primavera, pronto volvieron la esperanza á su corazon y los colores á sus mejillas. D. Roque parecia ahora más interesante, y las muchachas lo consideraban como un héroe de novela. Mas por desgracia suya, el Sr. Esteves le declaró por medio de una esquela, que, atendidas las circunstancias desagradables del lance reciente, se veía precisado á no recibirle por entonces en su casa, en obsequio del bien parecer y de la reputacion de su hija.

Aquí fueron los apuros de nuestro D. Roque, y creo que se habria muerto de pura desesperacion si su criado no le sacara pronto del mal paso. Temia mi compañero, y con razon, que durante la ausencia hubieran hablado á Juanita en contra de él, hasta consiguiendo acaso que le olvidara. A fin de desengañarse y de explorar el terreno, escribió D. Roque una tierna epístola, enviada á su novia por conducto del fiel Martin su mozo, y no tardó mucho en recibir una contestacion muy favorable de parte de la niña. Muy presto quedaron arregladas las relaciones por escrito, y aun se trataba ya mútuamente de proporcionarse una entrevista.

Se aproximaba entonces el Carnaval, y la familia del Sr. Esteves pensó dar en la hacienda un baile de máscaras, al que fueron convidadas muchas personas de la ciudad. Aquí fué donde Martin creyó posible realizar su proyecto de que tuvieran una entrevista los dos novios, y sugirió á su amo la idea de que le sería dable presentarse de máscara en aquel baile y hablar toda la noche con Juanita, merced al disfraz que salvaba los inconvenientes de la prohibicion del papá de la niña.

Quedó, pues, arreglado que D. Roque iría á la hacienda á la caida de la tarde; que el último se quedaría afuera á corta distancia con los caballos, y que Maldonado se introduciria salvando la tapia del corral ó patio, donde le esperaría Juanita con un disfraz para llevarlo á la sala como á uno de tantos convidados.

Fácil es de imaginarse si nuestro amigo anduvo listo en acudir á la cita. Salvó la tapia del patio de la hacienda y se puso á esperar con impaciencia á Juanita, detenida en esos momentos en la sala por cualquier causa. Los minutos se hacian horas largas á nuestro enamorado, cuya impaciencia se tornó al cabo en inquietud y temor, al ver que algunos mozos ó trabajadores de la hacienda invadian el corral y podian hallarle, sospechar de su presencia á causa de su trage, de la hora y del sitio, y hasta dar una alarma que le seria indudablemente funesta.

A la sazon rompia el baile en la sala, á unas cien varas frente al lugar donde se hallaba D. Roque, llegándole con el brillo de las luces las melodiosas notas de la orquesta y el espectáculo de las parejas fugitivas á que servia de marco la puerta de la sala, abierta al corredor de la casa, al cual se subia del patio por dos ó tres escalones bastante bajos. Atemorizado mi compañero con la aproximacion de los campesinos, ideaba cómo evitar que le vieran, cuando atinó á divisar en el patio mismo y á corta distancia suya, una bóveda ó *temaxcalli* de adobes, que supuso vacío, por no tener generalmente otro uso que los baños de vapor, tales como se aplicaban en tiempo de los aztecas y cholultecas, y al cual daba entrada una puertecilla ó más bien un boquete relativamente muy pequeño. Agradeciendo á su estrella el asilo que, en su concepto, le deparaba, divisarlo y correr hácia él fueron un mismo acto para Maldonado; pero tro-

pezó desde luego con la natural dificultad derivada de la pequeñez del boquete, y trató de vencerla poniéndose de espaldas y en cuclillas, y entrando hácia atrás á la manera de los cangrejos.

Hallábase precisamente en tan extraordinaria y crítica posicion, cuando un cerdo asaz grande, que pasaba las noches en el interior del abandonado *temaxcalli*, sintiendo invadida su mansion á una hora tan desusada y por un personaje tan poco conocido y en ademan tan raro, trató de salir de allí cuanto antes, juzgando conveniente, sin duda, ganar el campo; y aguijoneado de miedo, salió en efecto con ímpetu terrible y con la rapidez de una flecha, llevándose montado en sus lomos al desventurado D. Roque, quien sorprendido y arrebatado, no tuvo tiempo ni tino más que para asirse casi instintivamente de las orejas del animal. Azorado este más y más con el peso que llevaba encima y con los tirones que le daba D. Roque en las orejas, como habia de tomar otro rumbo se dirigió á carrera tendida al salon del baile, por cuya puerta entró, arremetiendo con dos ó tres parejas y yendo á caer luego con todo y ginete en medio de la sala y de la concurrencia, que salió de su inexplicable sorpresa, para estallar en estrepitosas carcajadas. Repitiéronse estas cuando las pocas personas que al principio, conociendo el carácter del estudiante, creyeron que se trataba simplemente de una broma suya en tan peregrina entrada, al ver á D. Roque demudado el semblante y con ropa y cabello en el más completo desórden, y al advertir la angustia de Juanita y el asombro y el disgusto de los demas individuos de la casa, comprendieron poco más ó ménos la realidad de lo acaecido, y sin querer, se acordaron de la ridícula escena del boticario en el descanso de la escalera de la casa de Puebla y de la infalibilidad de aquella sentencia divina de "Quien á hierro mata á hierro muere."

Antes de llegar aquí el Doctor habia sido interrumpido por las risas de los estudiantes. Encarándose con nosotros mirónos de hito en hito al través de su lente, y en seguida agregó:

Aquella fué la señal del término del baile, que acababa de comenzar. Juanita cayó sin sentido viendo á su amante en tan ridícula situacion. D. Roque apénas repuesto de la sorpresa y del susto, se salió de la sala, y salvando nuevamente la tapia, corrió á caballo hasta Puebla á esperar resultas. En cuanto á la cólera del Sr. Esteves, no tuvo tiempo de estallar, porque la gravedad de la hija exigia todas sus atenciones. La pobre niña salió de su desmayo, pero su razon quedó extraviada y causándole continuos tormentos.

Maldonado llegó á Puebla á postrarse en una cama, y quince dias despues falleció de una terrible fiebre cerebral, asistido de los reverendos padres de Santo Domingo, cuyas simpatías conservaba, y de no pocos amigos y compañeros suyos que le prestamos hasta lo último los impotentes auxilios de la ciencia.

El Doctor se quedó gran rato sumergido en profunda meditacion, y luego se salió del cuarto, dejándonos sorprendidos con el relato de tan extraños sucesos.

RAFAEL ROA BÁRCENA.

EN EL SACRO-MONTE.

Llegué por fin al monte solitario
Con l' alma de placer enajenada,
Recordé tu Pasion y tu Calvario,
Y te dejé, Señor, en tu santuario
Una promesa de mi fé, sagrada.

Dá pues, ¡oh Dios! consuelo á mis pesares,
Dame luz en las sombras de mi vida,
Y volveré de nuevo á tus altares
A dejarte mis férvidos cantares
En union de mi dulce prometida.

ALBERTO G. BIANCHI.

Amecameca, Setiembre 2 de 1881.

LOS ACUEDUCTOS DE MEXICO.

Antes de la conquista, los manantiales de Chapultepec surtian de agua potable á la ciudad de México. "Por la una

"calzada, que á esta gran ciudad entran "vienen dos caños de argamasa, tan "anchos como dos pasos cada uno, y "tan altos casi como un estado, y por el "uno de ellos viene un golpe de agua dul-"ce muy buena, del gordor de un cuer "po de hombre, que vá á dar al cuerpo "de la ciudad, de que se sirven y be-"ben todos. El otro que va vacío es pa-"ra cuando quieren limpiar el otro ca-"ño, porque echan por allí el agua en "tanto que se limpia; y porque el agua "ha de pasar por las puentes, á causa "de las quebradas por do atraviesa el "agua salada, echan la dulce por unas "canales tan gruesas como un buey, "que son de la longura de las dichas "puentes, y así se sirve toda la ciudad".(1) Este acueducto habia sido reedificado por Moctezuma II (2) y parece que traía el mismo camino que los arcos de San Cosme. Luego que Cortés puso cerco á México, trató ante todo de quitar el agua á los sitiados, como lo verificó, á costa de una reñida escaramuza, de suerte que no volvió á entrar el agua en la ciudad hasta que fué ganada por los españoles. Entónces Cortés dió órden de que los indios volvieran á poner en corriente el acueducto que se les habia cortado. (3)

Sea que los caños de los indios hubiesen quedado muy maltratados con la destruccion casi general que se hizo de la ciudad para tomarla, ó que los españoles no los considerasen suficientes para su objeto, el caso es que desde los principios de la nueva poblacion se trataba ya en el cabildo de las obras para *traer* el agua á la ciudad. Así se ve en el acta del 13 de Enero de 1525, en que se dió comision para ello al Lic. Zuazo y al factor Salazar. En 16 de Junio se mandó pagar á Rodrigo de Paz el importe de las mantas y maiz que habia dado á ciertos indios de México que han "guardado la dicha acequia hasta el dia "que se comenzó á labrar la dicha ace-"quia, *é dejó de venir el agua á esta cibdad.*" De aquí se infiere que el nuevo caño era una reposicion ó reconstrucion del antiguo, pues de ser distinto, no habria sido necesaria esa interrupcion del agua. Un mes despues, el 21 de Julio, pidió Jorge de Xexas que se le pagara el resto de la cantidad en que habia contratado la conduccion del agua, y ademas las albricias que se le habian prometido "haciendo venir el agua como habia venido." El resto del importe de la obra se mandó pagar, y que las albricias quedaran "para adelante" Diremos de paso que el famoso acuerdo para cortar los árboles de la fuente de Chapultepec "porque quitaban el sol" y las hojas que caían en el agua "la tiñen é dañan á "cuya cabsa es doliente é no tan sana "como si los dichos árboles se cortasen, lleva la fecha de 28 de Enero de 1527.

Consta por varias noticias, que este primer acueducto de los españoles que solo era una atarjea baja, venia por las calzadas de la Verónica y San Cosme, lo mismo que la arquería actual. Hasta la esquina de la Tlaxpana estaba descubierto, y desde allí á la ciudad tenia una bóveda con sus lumbreras: así lo dice Cervántes.* Parece que á los principios no pasaba de la esquina de la calle de Sta. Isabel, donde comenzaba la *traza*, pues el 6 de Setiembre de 1527 se sacaba á remate "la hechura del rollo, é "fuente, é pilar que se ha de hacer en "la plaza de esta dicha cibdad, é la "traedura del agua de la fuente de Cha-"pultepec á la dicha plaza." La obra aún no estaba terminada el 5 de Febrero de 1529.

En el cabildo de 14 de Marzo de 1530, se habla de un caño nuevo "que agora se hace," y en 12 de Agosto se dió licencia al monasterio de San Francisco para que tomase agua del caño viejo "hasta tanto que llega el caño nuevo," y en 2 de Enero del año siguiente se repitió la merced, casi en iguales términos. Confieso ignorar cuál era ese caño nuevo, así como lo que significa la division del agua en tres par-

(1) Cortés, carta segunda § 32.
(2) Betancurt, Teatro, Pte. II, trat. I, Cap. 19, núm. 151.
(3) Bernal Diaz, caps. 150, 157.

(*) Diálogos.

tes, que se verificaba en la esquina de Santa Isabel, segun dice Cervántes.

Hasta aquí solo se trata del agua de Chapultepec. El aumento de la ciudad hizo que esa agua fuera ya insuficiente, y el Marques de Fálces (1566-1568) intentó traer las de la fuente de Acuecuexcatl, inmediada á Cuyoacan; pero aunque se hicieron gastos considerables, no pudo llevarse á cabo el proyecto. Su sucesor D. Martin Enriquez (1568-1580) habia ya traido en 1576 la de Santa Fé (1) no sabemos de qué manera. La arquería que hoy conocemos, fué empezada por el Marqués de Montesclaros (1603-1607) y concluida por el de Guadalcázar en 1620. Se componía de cerca de mil arcos, y para acabarla se gastaron más de ciento cincuenta mil pesos. Terminaba primitivamente en la esquina de la calle de Santa Isabel; pero en 1851-52 fueron derribados los arcos hasta San Fernando; en 1871 hasta la garita de San Cosme, y posteriormente hasta el frente del costado de la Iglesia, tratándose ahora de continuar la demolicion hasta la Tlaxpana ó sea al principio de la calzada de la Verónica. (2)

La parte derribada ha sido sustituida con caños subterráneos.

Esta arquería es doble: por la parte superior corre el agua de Sta. Fé, llamada *agua delgada*, que en tiempo de lluvias viene muy enturbiada: por la atarjea inferior hemos visto pasar el *agua gorda* de una de las fuentes de Chapultepec: hace muchos años que dejó de correr, y no sabemos qué se hizo.

México tiene ademas otro acueducto: el que trae el *agua gorda* de los manantiales de Chapultepec, limpia en todo tiempo. Comienza en aquel lugar, recorre la calzada de Belen y termina en la fuente del Saltc del Agua. Consta de 904 arcos menos elevados que los de S. Cosme. No hemos hallado noticia de la época de su construccion: solo consta que en tiempo de Betancurt (1690) ya existía, y por una inscripcion puesta cerca de la fuente, sabemos que la obra de la arquería y caja se acabó el 20 de Marzo de 1779.

El que desee más noticias de los acueductos de México las hallará en la interesantísima *Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle de México*, escrita por el Sr. D. Manuel Orozco y Berra.

JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

(1) Sahagun, Hist. Gen, lib XI, cap. 12, § 2.

(2) En el último de los arcos que existian se leía esta inscripcion que ha desaparecido:

"Reynando en las Españas la Catholica Mag. del Rey ntro. Señor D. Phelipe V. el animoso que Dios guarde. Governando esta Nueva España el Exmo. S. Conde de Fuenclara. siendo Superintendente Juez Conservador de los propios de la Novilissima Ciudad de México el Sr. D. Domingo Trespalacios y Escandon, Cavall o del Orden de Santiago se redificaron estos setenta y siete Arcos, los quarenta y dos de Oriete y los treinta y sinco al Poniente. Año de 1745."

LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

I

Por primera vez iba yo á visitar las fincas de campo de mi familia, propiedades lejanas situadas casi todas en las faldas de la sierra de **. Hasta entónces habíame negado yo á salir de México, porque aquí me detenian los regalos de una vida cómoda y pacífica, las naturales distracciones de la juventud, los hábitos, en fin, arraigados ya, de frecuentar la sociedad más escogida y elegante. Los atractivos del campo, las pompas de la naturaleza, la vegetacion sana y vigorosa de las montañas que comunican al ambiente su perfume, su frescura, su deliciosa suavidad; unido todo á las sencillas costumbres de la vida rural tan ponderadas siempre por mi padre, no habian encendido nunca en mi ánimo el menor deseo de conocerlas, ántes me producian un fastidio y un hastío anticipados que en vano trataba de vencer. ¡Cuántas veces mi padre, con aquel tono indefinible de cariño y de broma que nunca olvidaré, procuraba despertar mi interés para que le acompañara á recorrer sus posesiones! ¡Cuántas veces tambien, mi madre y mis hermanas me animaban con palabras de infinita dulzura, á dejar por algun tiempo la vida sedentaria de la ciudad, para ir á respi-

rar el aire puro de la cordillera, de sus florestas esmaltadas, de sus bosques olorosos, y á fatigarme tambien en largas excursiones por la sierra y por los valles! Mis amigos, por su parte, soñando con diversiones campestres que quizá no conocian, halagaban mi amor propio y pretendian infundirme entusiasmo, con descripciones más ó ménos animadas de los goces de que puede disfrutar el hijo de un opulento hacendado en sus propiedades.—Afan inútil: yo nunca quise darles gusto, y ni áun me asaltó la tentacion de hacerlo alguna vez.

Pero, al fin, ante la necesidad y el dolor, fué preciso ceder. Mi padre habia muerto dejando á su familia en la orfandad, y esta espantosa desgracia me obligaba á emprender el viaje á las haciendas, porque mi presencia en ellas era necesaria. Además, ciertos deseos de buscar consuelo en el alejamiento del mundo, me impulsaron tambien á salir de la capital, abrigando la esperanza de que en las ocupaciones que ahora iba á comenzar, hallaria un olvido de mis penas. El *tiempo de aguas*, como dicen los campesinos, habia concluido, y el de las cosechas se acercaba. Los extragos causados por las tempestades de Agosto exijian prontas y urgentes reparaciones; los sembrados pedian á su vez cuidados y gastos que solo el dueño podia autorizar, y todo, en suma, estaba paralizado y como en espera de arreglarse y ordenarse.

Los dias que precedieron á mi viaje estuve triste: á la natural afliccion que me devoraba, se unian una vaga inquietud, un misterioso temor que llenaban mi alma de zozobra, y que me ponian en un estado de abatimiento verdaderamente lastimoso. ¿Eran presentimientos de nuevas desgracias que debian sucederme? ¿Era la melancolía, natural en quien va á separarse de su familia y del hogar paterno, siquiera sepa que su ausencia será breve? ¿Era, en fin, que con aquel viaje comenzaba para mí una época terrible de responsabilidades y deberes, y que este porvenir me imponia miedo? ¡Quién lo sabia! Yo, en medio de mi hondo desaliento y de mi malestar, no acertaba á darme cuenta de los diversos sentimientos que en aquellos dias se agitaban en mi corazon: habia perdido á mi padre, y en verdad me consideraba el más infeliz de los hombres....

La tarde, víspera de mi partida, salí solo, deseoso de no presenciar ya los preparativos de mi viaje, que con esmerada ternura hacian en el salon mi madre y mis hermanas.—Me dirigí al Bosque de Chapultepec, lugar favorito de mis paseos solitarios, en donde cada árbol, cada sitio, cada calle, tenian para mí un dulce recuerdo: queria decirles adios, queria estar entre ellos por última vez ántes de dejarlos, y sentia en mi alma la necesidad de desahogar mi tristeza en aquel retiro apartado, teatro tantas veces de mis juveniles alegrias...

Al entrar á aquella mansion silenciosa y llena de misterios; al levantar la vista para buscar las altas bóvedas de verdura, de las cuales pendian inmensas cabelleras de heno como los adornos de un templo gigantesco; al aspirar aquel ambiente fresco y pe un olor salvaje; al verme, en fin, en medio de aquella soledad, de aquel silencio, de aquella calma para mí tan conocida, como conocidos me eran tambien los cantos de los pájaros habitantes del verde ramaje, una impresion extraña y profunda hirió mi corazon: sentí humedecerse mis ojos.... Las perspectivas que ántes contemplaba embelesado durante horas enteras, me parecian ahora cubiertas de una bruma que me impedia verlas distintamente; las sombras de los ahuehuetes, extendiéndose como paños fúnebres sobre la alfombra de musgo, tomaban á mis ojos proporciones inexplicables que me causaban pavor, y los rumores del bosque, en otro tiempo tan gratos á mi oido, porque me parecian las voces misteriosas de génios invisibles, llevaban á mi atribulado espíritu no sé qué amargo desaliento....

La tarde habia caido ya: las montañas que rodean el valle de México, de un azul purísimo como su cielo, aunque de tintas más oscuras, se sonrojaban ligeramente á los últimos rayos del sol,

como mujeres que reciben los amorosos requiebros de un gran señor; á lo léjos, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, blancos como si fuesen de bruñida plata, parecian dirigirse la última mirada aprovechando la postrera luz de la tarde; y las tinieblas, en fin, como una bandada de aves negras, avanzaban cautelosas por el lejano oriente, precursoras de los ocultos misterios de la noche.....—De repente, la campana del cercano pueblecillo se oyó sonora y magestuosa, y sus ecos se difundieron por el bosque como lamentos fúnebres: era la hora de la oracion.....

Sin fuerzas ya en el alma para resistir las dolorosas emociones que aquellos sonidos me causaban, y que cruelmente aumentaban mi tristeza, salí del Bosque, huyendo de su soledad y de su silencio, que me parecian pavorosos.

II.

Partí al fin, y pronto las bellezas del camino, las fatigas del viaje, el grato descanso que despues de ellas encontraba, comenzaron á distraer mi ánimo y á hacer más suave y apacible mi melancolía. Algo como una luz celeste penetraba en mi alma y la reanimaba, devolviéndole su antigua serenidad, su quietud, la cristiana resignacion que yo reputaba en aquellos momentos como el más rico tesoro.—La naturaleza, hermana de la religion, es como una madre cariñosa que sabe comprender y dulcificar las penas de los hombres: hay una relacion íntima entre sus magnificencias y sus misterios y el estado del corazon de quien la contempla; de tal manera, que éste cree hallar en aquella un eco de sus propios sentimientos, y palpita agradecido porque ve compartido su dolor. Yo reposaba confiado en el seno amoroso de aquella madre augusta.

Por lo demás, todo lo que veia era nuevo para mí, todo me sorprendia, me admiraba, me llenaba de una secreta satisfaccion y de un júbilo interior que no sabria expresar. La majestad de las montañas con sus inmensos mantos de verdura; la imponente soledad de las selvas, los hondísimos valles poblados de risueñas aldeas ó de rancherías; el arroyuelo humilde que se deslizaba silencioso por entre hierbas y flores; los torrentes despeñándose con estruendo de lo alto de la sierra y bajando con la velocidad del relámpago hasta las fértiles llanuras; los lejanos horizontes, en fin, perdidos entre azuladas brumas que parecian ocultar palacios gigantescos y columnas de pórfido que llegaban al cielo; conjunto admirable de cuadros, de objetos, de perspectivas y de paisajes, que yo nunca habia imaginado; todo ponia en mi alma una muda pero profunda admiracion. Aspiraba con delicia el puro y embriagador ambiente de la montaña; mis ojos se recreaban encantados las espléndidas galas de la creacion; mis oidos quedaban atentos al claro rumor de las corrientes impetuosas, de las cascadas colosales, de los vientos que jugaban entre las ramas del pino; y era para mí música deliciosa el canto no aprendido de los pájaros que se escondian en la enramada.

Cerca ya de la sierra, comenzó á variar el paisaje: allí la vejetacion era más vigorosa, màs severa, más imponente; secular para decirlo de una vez. Los árboles, atletas invencibles que habian resistido el fragor de las tormentas, me recordaron los sabinos de Chapultepec, por su majestad grandiosa, sus largas cabelleras de heno, sus troncos sumergidos entre precipicios de peñascos. Las cortaduras de la inmensa cordillera eran barrancas de profundidad no medida, verdaderos oceanos de bosques y de verdura, en cuyo fondo debian reinar perfectamente las tinieblas.

El susurrar de los pinos era lento y monótono, un viento helado azotaba el rostto, y en las cumbres mas elevadas se agrupaban blancas y espesas nubes que á su vez formaban nuevas y más altas montañas... ¡Dios mio, cuánta grandeza, qué sublime majestad! ¡Y cómo me abrumaba aquella naturaleza colosal, inmensa, inconcebible!....Era la mansion del misterio, la region de los

prodigios, la morada de genios poderosos y desconocidos.

Súbitamente, al dominar una altura del camino y tender la vista al rededor, mis ojos divisaron, entre plantas y flores que formaban una especie de gruta pintoresca y aislada, una cruz blanquísima, esbelta solitaria, cuyos brazos se escondian entre las ramas de un arbusto que le daba sombra.

—¿Qué es aquello? —pregunté sorprendido al viejo Bernardo que me acompañaba, el mismo que ántes habia acompañado tambien á mi padre en sus viajes por las haciendas.

—Esa crnz —me respondió, —significa que allí murió un hombre: es el único monumento con que en estos lugares puede señalarse el sitio que ha quedado consagrado por la presencia de Dios, al bajar éste del cielo á sentenciar como juez....

La soledad y el silencio que nos rodeaban, no ménos que el acento conmovido con que Bernardo pronunció estas palabras, dieron á su contestacion, una solemnidad que me turbó, y al volver yo de nuevo los ojos para ver la cruz, un rápido estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—Esa cruz significa tambien, —continuó el viejo criado, —que el muerto solicita de los viajeros que transitan por aquí, una oracion por el descanso de su alma. ¿Quiere usted que recemos?

—Vamos allá, —contesté.

Al acercarnos, no podia yo ménos de pensar en la sublimidad de la religion que así convierte en hermanos, en miembros de una sola familia, á todos los hombres de la tierra, —y que con la simple señal de una cruz plantada en la soledad despierta nuestros sentimientos piadosos en favor de un desconocido. ¡Y cuánta poesía encierra tambien esta costumbre de los cristianos, hija de sus esperanzas y de su fé!

El sitio donde se levantaba la cruz era escabroso y áspero, y al parecer, jamás habia existido camino para llegar á él. Esto llamó mi atencion, pero guardé silencio.

Al rededor del sencillo monumento, que era de toscas piedras unidas con mezcla y pintadas de cal, se respiraba una quietud, una paz, un sosiego verdaderamente serenos y apacibles: reinaba cierta melancolía misteriosa, que parecia anunciar que aquel lugar habia sido teatro de una escena terriblemente dolorosa.... Las humildes florecillas que crecian sobre el pedestal de la cruz, como si no se atrevieran á subir hasta ella, movíanse lánguidamente al impulso del frio viento de la montaña....

El bosque oyó nuestras plegarias: del fondo de nuestras almas se elevaron al cielo esos perfumes suavísimos de la oracion, mística flor escondida en todo corazon creyente; adoramos con profunda humildad la cruz, la vimos con la honda ternura con que se vé á una madre, y cumplido este dulce deber, seguimos nuestro camino. El recuerdo de mi padre me entristeció de nuevo.

—Bernardo —dije á mi compañero— ¿y usted sabe quién murió allí?

—Sí, señor, lo sé, y áun le conocí en mi juventud. En ese lugar se desenlazó una aventura fatal de su inexperiencia, de su corazon extraviado, de su.... ¡Pero ya está juzgado!.... Que Dios lo tenga en su reino!....

—¿De modo —agregué yo— que esa cruz tiene su historia?

—Sí, señor, y muy triste.

—¿Y puede saberse?

—A su padre de usted se la referí mil ocasiones. Siempre que pasábamos por aquí, me decia: *Bernardo, un Padre nuestro y una Ave maria por el infeliz Ignacio.*

—Me alegro de haber hecho yo lo mimo. En cuanto á la historia, puede usted ir empezando.

Bernardo me refirió entónces lo siguiente:

III.

"No léjos de aquí, en una casita que se cuelga de la cordillera, como un canastillo de flores ó como un nido de palomas, y á poca distancia tambien de la principal hacienda de ustedes, vivia, hará más de veinticinco años, la familia



de un amigo de mi padre, campesino como él, honrado, trabajador, que cifraba todo su orgullo en la modesta posicion que con sus constantes esfuerzos habia llegado á formarse, y en la virtuosa y cristiana familia que á su amparo y sombra habia crecido. Don Miguel (así se llamaba aquel montañés) era de carácter impetuoso y enérgico; defecto que desaparecia completamente á los ojos de quien le trataba con alguna confianza, porque entónces se descubria en él al hombre de corazon desprendido y generoso, abierto á los más nobles afectos, recto, noble, franco como lo son los que nada malo tienen que ocultar. En el seno de su familia era un cordero: cariñoso y apacible con su esposa, tierno y amantísimo con sus hijas, afable con todos, nadie dejaba de quererlo, y era un cuadro verdaderamente encantador verle llegar á su casa de vuelta de sus trabajos, con el semblante risueño y satisfecho, buscando á sus hijas, y pidiéndoles, con el candor de un niño, sus inocentes caricias.... En aquella casa reinaba la felicidad de los antiguos patriarcas.

"Entre las hijas de Don Miguel, precioso ramo de azucenas silvestres, descollaba Fernanda, la menor de todas, por su hermosura verdaderamente prodigiosa, nunca vista en estas apartadas montañas, por su sencillez de ángel, su inocencia, y la inagotable bondad de su corazon.—No exajero, Sr. Don Felipe· aquella niña era un portento de belleza. El aire puro y oloroso de la sierra, le daba lozanía y frescura á su cuerpo, todavia de una delicadeza casi infantil: su talle era gallardo, esbelto, gentíl y elegante, como las palmeras que se encuentran en los bosques de los valles. Su rostro sonrosado y hechicero tenia aquella expresion indefinible de la niña que se acerca ya á la edad de las pasiones, pero que conserva aún su gracia nativa, el encanto de su inocencia, el sencillo abandono de la infancia que de nada desconfia.... Habia, además, en la mirada de Fernanda una viveza tal, una ternura tan honda y delicada, que se habria podido decir que su alma misma se asomaba por ella, serena y pura como sus sentimientos de niña.

"Las hijas de Don Miguel se habian criado en estas soledades bajo el cuidado de la familia y del ejemplo materno; así es que cultivaban con esmero las virtudes cristianas que deben adornar á unas jóvenes de sus circunstancias y condiciones. Estaban acostumbradas á las rudas fatigas del campo y á las faenas del hogar, y muchas veces acompañaban á su padre en sus lejanas excursiones, sin que dieran jamás señales de cansancio ó de disgusto. Generalmente iban solas todos los domingos al vecino pueblo á oir misa, y del mismo modo se las veia en los bosques, en el valle, en la cima de la montaña, contentas y risueñas, buscando cualquier objeto que deseaban para embellecer su casita ó adornar su huerto.—A usted, sin duda, le parecerá extraño que aquellas hermosas criaturas, débiles y delicadas, llevasen aquí esta vida independiente y libre, exponiéndose á peligros de todo género; pero nada es más comun que esto entre nosotros los montañeses. Nuestras costumbres son todavia sanas y puras, conservan algo de su sencillez primitiva, y por esto permiten tales libertades: de otro modo, no seria así. La virtud y la religion escudan á nuestras doncellas.

"Dicho se está, aunque yo no lo adadvierta, que las niñas de D. Miguel eran perseguidas por los mozos más acomodados del lugar: atraian con su belleza, su gallardía y su donaire, y la fama de sus virtudes domésticas hacia que muchos las codiciaran para esposas. No sabré decir yo si ellas correspondian á los amorosos anhelos de sus adoradores, pues la oscuridad y el aislamiento en que vivian, impedian tener noticia cierta de lo que acerca de esto pasaba. Sí se sabia muy bien que Fernanda, por recatada y discreta, tenia inquieto y sin sosiego á un mancebo de estos lugares, en cuyo corazon había encendido con toda la fuerza de la adolescencia el más vehemente y apasionado cariño. La doncella no lo amaba, pero tampoco ponia fin á sus esperanzas con un marca-

do desden ni con una negativa terminante; lo cual, léjos de desanimarlo, alentábale más y más, aunque le hacia sufrir crueles incertidumbres.

"Ignacio se llamaba aquel jóven, y ciertamente no era indigno por entónces de alcanzar la predileccion amorosa de una niña como Fernanda. Simpático, arrogante, trabajador, de buenas costumbres; huérfano y heredero hacia dos años, no solo del corto caudal de su padre, sino tambien de sus virtudes; económico y cuidadoso, como deben serlo todos los que aspiren á un bienestar modesto en la soledad de las montañas, Ignacio podia haber hecho la felicidad de cualquiera mujer que lo hubiera amado, y se le esperaba una existencia tranquila y venturosa. Su carácter, sin embargo, le amenazaba siempre con echar á perder ó á desaprovechar tan preciosos elementos: era áspero y duro, de pasiones enérgicas, violentos arranquos, reservado y tímido al parecer, pero en realidad rápido en el obrar, y sobre todo, de una decision irrevocable cuando trataba de realizar cualquier propósito, por audaz que fuera.—Con estos datos, ya podrá usted comprender el estado de su ánimo y las inquietudes y zozobras en que le tendria la conducta de Fernanda. Pero con ella, segun él mismo decia, se mostraba paciente y humilde, tal vez esperando que la correspondencia de su cariño fuese el premio de sus sacrificios.

"Todas las tardes, cuando la hermosa montañesa bajaba al arroyuelo con su cántaro, como las antiguas hijas de los patriarcas, oia no léjos de allí un triste cantar amoroso que involuntariamente la hacia sonreir.

—"Ya está allí Ignacio—pensaba—¿cuándo se convencerá de que no puedo quererlo?

"En seguida se sentaba á la sombra de un arbolito á ver el ganado que venia á beber agua. El cantar seguia: ella lo escuchaba, á veces con atencion, como si no quiesiera perder una palabra, y á veces disdraida, dirigiendo sus melancólicas miradas á la espesura del bosque. Esta escena, como he dicho ántes, se repetia todos los dias, á la misma hora, en el mismo sitio.

"Una tarde, el canto cesó repentinamente; y Fernanda iba ya á volverse á su casa, cuando vió cerca de sí á su gallardo y apasionado adorador.

"—Me has asustado—le dijo ella sonriendo graciosamente y sin dar señales de extrañeza.

"—¿Tan enojosa es para tí mi presencia?—dijo con acento melancólico Ignacio.

"—No, si no digo eso: creí que te habias ido, y me sorprendí al verte de repente.

"Ignacio contemplaba embelesado el hechicero rostro de la niña, y música del cielo le parecian sus palabras. ¡Ah! ¿cómo no habia de adorar á aquel ángel, dechado perfecto de candor y de inocencia, si era tan bello?

"—Pues vengo á preguntarte—le dijo el jóven con honda tristeza—cuál es por fin tu última resolucion. Yo necesito tomar una.

"Las mejillas de Fernanda se tiñeron de un vivo encarnado, y bajó los ojos: aquel pudor virginal realzaba más su soberana belleza.

"—Dímela, cualquiera que sea—insistió Ignacio—Mucho he esperado ya, mucho he sufrido. ¿Hasta cuándo quieres que dure este tormento?

"—Bien sabes.... — se atrevió á decir Fernanda sin levantar la vista.

"—Lo único que yo sé es que te adoro, y que tú me matas con tus desdenes.

"—Ignacio ¿qué desdenes te he corrido? ¿Acaso te he hecho algun mal?

"—Quiero que hoy hables claro, Fernanda—volvió á decir Ignacio con seriedad—¿me quieres? ¿me aborreces? ¿deseas que me vaya de aquí? Dí una palabra, una sola, y tomaré la resolucion que ha de poner fin á todo.

"Fernanda se negaba á responder; pero estrechada por aquel muchacho que comenzaba á infundirle miedo, dijo tímidamente:

"—Ahora, Ignacio, no; quizá más tarde....

"—Lo de siempre, lo de siempre,—

dijo el desventurado, pálido de ira, de despecho, de dolor, de todo á un tiempo.—Pues bien:—agregó—no volverás á verme, no oirás hablar de mí.... ¡Ingrata!

"Y se alejó sin volver más el rostro.

"La niña, asustada, corrió ligera como una cervatilla del desierto, y todavía en su casa temblaba como la hoja en el árbol.

"A los pocos dias se dijo en el lugar que Ignacio habia desaparecido, sin que nadie supiera dar razon de él: solo un pastor de cabras decia haberlo encontrado por un sendero estraviado y escabroso de la montaña, el cual no conducia á ningun punto conocido.

"En cuanto á Fernanda, quedó tranquila. La familia de nuestro D. Miguel siguió siendo venturosa como siempre: ninguna inquietud, ninguna zozobra ni quebranto alteraban la serena dicha que el cielo le habia mandado. Nada tampoco hacia temer que repentinamente cayese sobre ella una triste catástrofe....

IV.

¿Quién, al descubrirse ante esa cruz levantada en la soledad de la montaña, podrá creer que hasta aquí han llegado los estragos de nuestras guerras civiles? ¿Cómo imaginarse que el sagrado signo de la redencion, símbolo de paz, de perdon y de amor está en aquel sitio para recordar un drama sangriento?...... Y, sin embargo, es así.

"La guerra, señor mio, lleva el espanto á todas partes, á las ciudades y á las aldeas, á las llanuras y á las montañas, al palacio del magnate y á la cabaña humilde donde el pobre esconde su felicidad ó sus lágrimas. Y cuando la guerra es entre hermanos, parece que Dios la maldice y se olvida de sus hijos, pues entónces las iras son más tremendas y más hondas, más devastadores los incendios, más furiosas é implacables las pasiones. Acaba todo sentimiento noble en el alma, y se olvidan los deberes más sagrados; se rompen los vínculos más estrechos, y los entendimientos se extravian; dominando en todo la confusion, el ódio, la muerte.......

"Jamás en estas tranquilas montañas se habian oido el fragor de las armas ni la gritería de los ejércitos: nadie sabia lo que significaban esas palabras.—Pero una vez, ¡infausto dia! el clarin del guerrillero resonó en nuestras quietas soledades, alarmando á unos, y aterrorizando á otros, pero despertando en todos una viva curiosidad.—Usted habrá oido decir sin duda, lo que eran aquellos guerrilleros que recorrian el territorio en nuestras antiguas guerras civiles: hombres audaces y valerosos, sí, pero sin freno en sus acciones, que peleaban por su propia cuenta, sin plan fijo, errantes, obligados por la necesidad á tomar los recursos donde los hallaran, que no estaban sujetos á nadie, y que por lo mismo, podian hacer cuanto quisieran sin temor de responsabilidad alguna Las guerrillas, en suma, eran el azote de los pueblos, el espanto de las familias, el terror de los hombres honrados y laboriosos.... Pues bien, cuando ménos se esperaba, esta clase de gente llegó aquí: ¿qué iba á ser de nuestra pacífica comarca? ¿qué de su bienestar y de su floreciente agricultura? ¿Dónde iban á ocultar los vecinos sus modestas economías?

"La alarma se extendió rápidamente por todos estos contornos, y muchas familias dejaban solos sus hogares, presumiendo que aquellas cuadrillas de soldados, se llevarian consigo hombres, cabalgaduras, dinero, semillas, todo lo que encontraran. Sin embargo, pronto los ánimos comenzaron á calmarse.

"—¡Ignacio viene con ellos! —se decia por todas partes— ¡Ignacio ha vuelto! ¡Viva Ignacio!

"Y era verdad: el muchacho se habia hecho soldado, y militaba á las órdenes de un famoso guerrillero. Estaba desconocido: el traje militar le estaba muy bien; su gallardo y apuesto continente prevenia en su favor; sus miradas vivas y penetrantes revelaban audacia y malicia, aunque parecian suavizados por una espresion apenas perceptible de bondad: en su conjunto, Ignacio parecia un soldado habituado ya á los peligros de la guerra, á las fatigas de una vida errante y azarosa. ¡Dios sabia en

cuántos combates se habia encontrado y cómo habia salido de ellos!

"Se dijo luego que la comarca nada debia temer de la guerrilla, pues que viniendo Ignacio en ella, habia quien impidiera cualquier despojo ó injusticia que quisieran hacer los soldados. El jefe, ademas, parecia hombre de órden y dió en efecto desde luego algunas señales de respeto á la propiedad y á la seguridad de los vecinos.

"Cuando Fernanda bajó al arroyo, segun su costumbre, oyó en la espesura del bosque el antiguo cantar con que la saludaba en otro tiempo su adorador; pero en vez de sonreirse como entonces se puso pálida y trémula, otra vez sin duda de súbito terror. Quiso volverse; pero ya no era tiempo. Ignacio venia á su encuentro.

"La pobre niña, como si presintiera algun peligro, quedó inmóvil, confusa, sobresaltada, al acercarse aquel hombre que allí mismo le habia hablado en otra ocasion; pero sin infundirle miedo.

"—Fernada: —le dijo;—aquí me despedí de tí; aquí mataste cruelmente todas mis esperanzas. No quiero hacerte la pregunta que entonces te hice, porque seria ya inútil, inútil completamente! Puedes tú haber cambiado como ha sucedido conmigo: nada me importa. Yo soy ahora otro, y debo prevenirte que la hora de mi venganza ha llegado. Pronto volveremos á vernos.

"Y se fué dejando á la infeliz muchacha más confusa, más sobresaltada que ántes. ¿Qué habia querido indicarle con aquellas palabras vagas? ¿Qué significaban aquellos recuerdos? ¿Por qué esas amenazas?

"Fernanda regresó á su casa invocando el nombre de la Vírgen, y diciéndose interiormente:

"—¡Dios mio! Bien lo decia yo. No seria el mismo cuando volviera.

"Al dia siguiente los principales vecinos de la comarca fueron llamados á presencia del jefe de la guerrilla: se les intimó á que entregaran diferentes objetos para el sostenimiento de la tropa, y á algunos se les pidió dinero, amenazando á todos con castigos terribles si no cumplian.

"D. Miguel fué de los últimos: à él se le señaló una cantidad, superior indudablemente á la que el honrado propietario podia tener, y no pudo entregarla.

—"Se irá usted entónces con nosotros, —le dijo secamente el guerrillero.

"Y los empeños que para evitarlo se hicieron, fueron del todo inútiles: la familia se echó á los piés de aquel soldado inconsiderado, y ni los ruegos de la esposa, ni las lágrimas de las inocentes hijas, fueron bastantes á quebrantar su resolucion, la cual habia tomado tambien respecto de otros infelices vecinos que no pudieron cumplir tampoco las órdenes que recibieron. ¡Todo era llanto y confusion! Entónces se comprendió que si aquella gente habia comenzado por infundir confianza, lo habia hecho con el fin únicamente de que fuesen más seguros los golpes que se proponia descargar sobre los habitantes del lugar. Se le habló á Ignacio y se le suplicó que tomara la defensa de sus amigos cerca del comandante; pero tambien fué inútil, porque él se excusaba de una manera que claramente indicaba que no queria comprometerse ni provocar el desagrado de su jefe.—Por lo que sucedió despues, se consoció la verdadera causa de esta abstencion.

"Fernanda, ¡pobrecilla! creyendo que algun ascendiente tendria todavía sobre Ignacio, lo buscó y procuró hablarle para interesarlo en favor de su padre: el muchacho, sin embargo, no se dejó ver de ella.

"No hubo remedio: D. Miguel y sus compañeros de infortunio engrosaron las filas de la guerrilla, no ya como prisioneros, sino como soldados sujetos á la disciplina militar y á la más severa y extricta vigilancia. ¿A dónde iban á llevarlos? ¿Cuándo terminaria aquella cautividad? ¿Qué harian y cómo vivirian, en medio de temores contínuos, de asechanzas, de sobresaltos y de penas y congojas para ellos desconocidas?

"A la caida de la tarde salió del lugar la tropa oyendo por todas partes la-

mentos, imprecaciones, quejas y llantos amarguísimos de las familias ofendidas. Ignacio no iba en la formacion. ¿Dónde estaba?

V.

"Estaba oculto en el bosque, esperando que Fernanda bajara al arroyo, para seducirla con mentidas promesas, y engañarla y perderla. ¡Hasta este grado de perversidad habia llegado el que ántes habia sido generoso y honrado! ¡Esta era la infame venganza que la tarde anterior habia anunciado á la pobre niña!

"Fernanda, en efecto, triste y llorosa todavía, salió ya al oscurecer de su casa donde su madre y sus hermanas procuraban consolarse mútuamente de la desventura que habia caido sobre ellas. El conocido cantar llegó á sus oidos; fijó su atencion, pero creyó que se engañaba. Volvió á oir, se aseguró bien de que era la voz de Ignacio, y no dudando más, corrió en su busca, con la ansiedad de la corza que ha descubierto la fuente que ha de apagar su sed. Era Ignacio, sí: allí estaba, reclinado tranquilamente sobre el tronco de un árbol. A pocos pasos, su caballo, perfectamente enjaezado, esperaba impaciente.

"Fernanda se echó á los piés del altivo soldado, y cubierto el bello rostro de lágrimas, que semejaban gotas de lluvia sobre una rosa de los campos, le dijo con suplicante acento:

"—Te he buscado, Ignacio, para que salves á mi padre. ¿Dónde lo llevan? ¿Por qué hacen eso con una familia infeliz que ningun mal les ha buscado?

"—¿Qué dices? preguntó á su vez el militar fingiendo profunda extrañeza. ¿Se han ido? ¿Se llevan á tu padre?

"—Sí, se lo llevan, porque no ha podido darles lo que querian: pero tú sabes bien que somos pobres. ¡Sálvalo, Ignacio; devuélvenos á mi padre, y Dios te dará la salvacion!

"Los lamentos de la montañesa habrian conmovido á una roca; mas Ignacio solo pensó en aprovecharse de ellos para ejecutar más fácilmente sus perversos planes. Mostróse indignado, dió señales de tierno interés por Don Miguel, y se preparó á montar. Luego se detuvo pensativo, como si una idea repentina le hubiera asaltado en aquel momento.

"—¿Quieres ir conmigo? dijo á Fernanda volviéndose á ella.—Te llevaré á la presencia del capitan; tus lágrimas y tu llanto se unirán á mis ruegos, y tu padre te será devuelto: podrás volverte con él despues.

"Fernanda pareció vacilar; pero por un sentimiento de amor filial, olvidándose de los peligros, de las amenazas de Ignacio, y concibiendo solo dulces esperanzas, exclamó entre risueña y resuelta:

"—Sí, vamos. Aún no han de ir léjos. ¡Qué bueno eres! ¿Pero no debo avisar á mi madre?

"—No hay tiempo que perder, advirtió el astuto raptor, turbado ante aquella prevision de la inocencia.—Además, quizá ella se opondria, y tú no podrias darle el gusto de una sorpresa.

"—En marcha entónces.

"Ignacio tomó á la gentil doncella en sus brazos, la colocó cuidadosamente en el caballo, y ufano éste con su preciosa carga, partió con la velocidad del rayo por el sendero del bosque.

"Pero este camino no era el mismo que habia seguido la guerrilla. Los fugitivos se internaron por las selvas que cubren los collados de estas montañas, y buscando siempre las extraviadas veredas de la sierra, fueron en una direccion que acaso el mismo Ignacio ignoraba á dónde conducia. Así continuaron toda la noche, sin que la fatiga, ni el cansancio, ni los rigores de la intemperie los obligasen á detenerse un momento. A Fernanda la sostenia su ardiente anhelo de alcanzar y recobrar á su padre; á Ignacio (ya habrá vd. comprendido que su intencion no era unirse á la guerrilla, sino huir de ella con su codiciada conquista) lo animaba el deseo de llegar pronto á lugar seguro donde pudiera ocultarla.

"No amanecia aún, cuando los dos viajeros comenzaron á divisar en el oriente la ténue claridad del alba: el aire era más frio á aquella hora, y estaba

impregnado de un aroma exquisito y penetrante, como si acabáran de abrirse los secretos perfumeros de una estancia misteriosa. A trechos, la espesa niebla de la mañana impedia ver los contornos de los peñascos y de los árboles, y del fondo de los valles subian nubes blanquísimas como jirones de gasa que se arrastraban perezosamente por las faldas de los montes, ó como incienso que la naturaleza enviaba en homeje á los cielos....

"Iban descuidados los dos fugitivos, pensando cada uno sin duda en la extraña causa que los obligaba á recorrer en tan inoportuna hora aquellos lugares, cuando á un lado del camino, y recatándose entre las sombras, les pareció descubrir á un hombre.... En seguida, un grito espantoso, terrible, hijo de la más honda y tremenda indignacion, resonó en la soledad, y de entre las hierbas y los árboles salió con una rapidez y una agilidad pasmosas el mismo que lo habia lanzado, blandiendo en sus manos un arma agudísima.... Era Don Miguel, que habiendo logrado burlar la vigilancia de sus enemigos la noche anterior, se habia escapado de ellos, y volvia á su casa caminando por sitios no conocidos ni frecuentados.

Ignacio y Fernanda, ante aquella súbita aparicion, prorrumpieron á su vez en agudos gritos, el uno de confusion y de espanto, y la otra de infinita alegría.. El caballo se lanzó á galope, amedrentado como su dueño, y furiosamente acosado por él; pero era ya tarde. En aquel terreno era imposible que pudiera sacar ventaja á D. Miguel, áun cuando éste no hubiera obrado en su seguimiento con la violencia que era necesaria. Fernanda cayó á un lado, arrojada quizá de propósito por su raptor para quedar más libre, y todavía Ignacio intentó huir. Era la peor prueba que podia dar de su culpabilidad. D. Miguel le dió alcance en un instante, y el infeliz cayó herido de muerte....

"La muchacha, desmayada por la fatiga, trémula todavía por la sorpresa y por el espantoso desenlace de aquel drama, pasado todo en un momento, quiso ir al encuentro de su padre; mas no pudo, porque su debilidad era excesiva y el golpe de la caida la habia postrado. Don Miguel se acercó á ella, y lanzándole una mirada terrible de indignacion, le dijo:

—"¡Infame! ¡infame!.... Así llorabas mi desgracia, huyendo con mis verdugos. ¡Tambien tú mereces la muerte!.... ¿Dónde ibas?....

—"¡Padre! gimió la desdichada, ¡soy inocente; iba en busca tuya.... Ignacio me habia ofrecido....

—"Sí, ¡el desertor infame, que habria recibido la muerte de manos de sus compañeros si yo no se la hubiese dado ya!.... Ahí queda.... ¿Y tú....

"Don Miguel no pudo seguir: se le arrasaron los ojos de lágrimas, sintió una angustia infinita en el alma, faltó respiracion á su pecho.... y no pudo hacer otra cosa que abrazar á la abandonada niña....

—"¡Dios sabe si eres inocente! le dijo despues. ¿Cómo he de abandonarte aquí para que mueras de dolor?.... ¡Yo te perdono, hija mia, si hay culpa en tí!..

"Algunos dias despues, los amigos de Ignacio levantaban esa cruz en la montaña."

VI.

Tal fué la tristísima historia que Bernardo me refirió en el teatro mismo de los sucesos de esta leyenda, cerca de aquella cruz que recuerda la culpa de Ignacio y la muerte que recibió de un padre justamente ofendido.

La religion en aquel lugar ampara una tumba solitaria; y léjos de olvidar al que pereció trágicamente por haber querido ajar el candor virginal de una niña inocente, solicita para él de todo viajero los sufragios de una piedad sincera. ¡Cuánto dice al corazon creyente una cruz levantada en el seno de las montañas! Su vista mueve todos los afectos, aviva la fé, enciende nuestro fervor, y nos inclina á rogar por el que descansa bajo su sombra, pues áun sin saber su nombre, ese signo nos revela que fué nuestro hermano. ¿Y qué importa que haya sido justo ó pecador, si

la tumba del hombre necesita siempre del rocío de la oracion?....

Yo, desde entónces, al encontrar en mis viajes por la sierra esos sencillos *monumentos campestres*, como los llamó Bernardo, no puedo dejar de conmoverme, pensando que tal vez recuerdan una historia triste como la de Ignacio. La oracion brota espontánea de mis labios, y en lo íntimo de mi alma adoro y bendigo la cruz de la montaña, que así hace sentir y meditar.

VICTORIANO AGÜEROS.

ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

"......Para mañana un hermoso dia.
....
"......Paz sin nubes, feliz abundancia y dias prósperos á las generaciones venideras!"
SHAKESPEARE. Ricardo III. Acto quinto, escenas III y IV.

Último canto es éste. En el sombrío
Otoño de la edad, claro de cielo
Dadme, y en él un rayo
Del sol de juventud, del sol de Mayo!
La ya olvidada nota
Del arpa en que ha vibrado himno de vida
Y que en mi larga senda yace rota!
Pero ¿de qué sirviera
Al ave recobrar, ántes que muera,
Su melodiosa voz y espacio abierto
Para ensayar su cántiga postrera,
Si ha de espirar no oída
En las arenas tristes del desierto?
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro
De la olímpica hoguera,
Contra la nieve de la edad presente?
Fuera su esfuerzo dino
Del Genio inspirador, cuando juntara
A la cándida túnica de lino
La alta mision, la poderosa vara
De Ezequiel inspirado que en voz fuerte
Manda al género humano levantarse
De los helados campos de la muerte.
Cuándo así, á vida nueva,
De nuevo á celebrar hechos ilustres
Que esta generacion niega ó ignora,
Volver hiciese de la tumba fria,
Con su entusiasmo antiguo y pompa y gala,
A quienes vieron en dichoso dia
El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Que júbilo tan puro! ¡Qué presagios
Los que en la blanca flor de sus promesas
Ofreció el porvenir cabe la cuna
De la nacida patria! ¡Cuán propicios
Al par se le mostraron tierra y cielo!
¡Cómo le sonreía la fortuna!
¡Cómo en místico velo
Cubrió su forma tricolor bandera
Que á su cadáver ha de ser sudario!
¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera
LA FÉ de nuestros padres se albergaba;
LA UNION—con la discordia por esclava
En el áspid opreso—
Y el águila, potente en fuerza y brío,
Simbolizando el propio señorío,
La ansiada LIBERTAD, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste
De la sagrada enseña unida en torno,
De Norte á Sur y del Ocaso al Este
La llevara triunfante en breves dias,
No al filo de la espada, ni al pujante
Trueno de sus cañones;
Mas entre rosas, himnos y alegrías,
Piadosa emanacion de libres almas,
Muestra de agradecidos corazones,
De verdadera gloria eternas palmas!
Qué mucho que á su paso se atrajera
La nacional bandera
Al generoso Bravo,
De la virtud y su nobleza esclavo,
Y tambien á Guerrero,
Montañés corazon limpio y entero!
Que, semejante á un rio que en su curso
Acrecienta el caudal y, poderoso,
No sufre, al cabo, márgenes ni puente
Que su ímpetu avasalle;
Roto el muro de leyes y montañas
Y domado el leon de las Españas,
La innúmera falange independiente
De la imperial Ciudad inunde el Valle!

Ya está en Chapultepec. Del sacro bosque
Albergue en su tristeza á Moctezuma
Cruzando los linderos,
Bajo sabinos que la edad no abruma
Plantan sus tiendas ya los Granaderos.
En agitada ola
Cubriendo luego van la cumbre vasta,
Y del soberbio alcázar en el asta
La tricolor bandera se enarbola.
Salúdanla en estrépito sonoro
Las bélicas dianas, y á su aspecto
Una gloriosa frente se descubre....
Llega el GENERALÍSIMO. Le cercan
Herrera y Filisola,
Moran y Quintanar y Bustamante.
Juvenil y bizarro es su talante,
Sin distintivo militar alguno.
El sol de la campaña
No su rubio semblante dejó bruno.
Libre el hidalgo pecho de la escoria
Del odio ó el rencor de hondos agravios,
El mando y el amor lleva en sus labios
Y en sus ojos la luz de la victoria

Las riendas del corcel suelta ligero
Y, entre vivas y músicas en coro,
Toma del fuerte el áspero sendero:
Asciende al mirador cual corza lista,
Y en júbilo anegado, palpitante,
De un sol de otoño á la postrera llama
Foco de oro y de luz, tiende la vista
De México al hermoso panorama.
¡Es ella, sí! La reina de los lagos
Que á su forma gentil sirven de espejos
Y tejen á su faz cendal de bruma:
La primera ciudad del Continente,
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.
Por su beldad lidiaron
Cuauhtemoc y Cortés. En su recinto
Erigióse el pendon de Cárlos Quinto
Que su águila imperial confuso esconde
Al surgir victoriosa tu bandera.
Solo la Cruz sagrada
Con que vencido el Moro fué en Granada
En la ciudad ya libre, augusta impera.
Es ella, sí. La que en el Valle ameno
En alfombra de flores se reclina
Y trémula te guarda
Con el púdico ardor que hay en su seno,
El anillo y el ósculo de esposa;
Y se atavía y hace más hermosa
Porque tú con su amor feliz te ufanes
Cuando llegues mañana ¡ay cómo tarda!
Con ella á unirte al pié de sus Volcanes.
Digna corona al Vencedor, al Genio
Que odios apaga y voluntades une
Y, blando y firme al par, desata el lazo
Materno de Castilla;
Y presenta del mundo en el proscenio
La juvenil nacion que es obra suya,
Rica en dulce esperanza y pompa y gala,
Y en cuya noble faz sin nubes brilla
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

J. M. Roa Bárcena.

México.—1883.

CARTA A JORGE ISAACS

SOBRE SU NOVELA "MARIA."

Mi querido Jorge:

Son las dos de la mañana, y hace ocho horas que estoy leyendo á "María", novela que tuviste la bondad de enviarme, pidiendo mi pobre juicio. Acabo de leer, llorando, la última línea de ese largo y sentimental himno consagrado á recuerdos dolorosos, y ántes de que pase la primera profunda impresion que me ha producido tu libro, quiero escribirte algunas líneas que irán mezcladas con mi llanto, pues, debo confesarlo, tu dulce y poética creacion *me ha hecho llorar*.

No esperes, amigo mio, el juicio crítico que me pides: No soy apto para formarlo, y ménos en esta ocasion.

Respeto muchísimo la crítica elevada é imparcial, que ayuda tanto al desarrollo de las letras, y me inclino ante esos hombres ilustres que en todos los países examinan los productos de la inteligencia con el escalpelo de la verdad. Sensible es que la crítica no exista entre nosotros, y que, por falta de ella se extravien muchos talentos y queden en lastimoso olvido muchas producciones; pero corresponde á otros dar ejemplo. Ancizar, Samper, Ortiz, Caicedo Rojas y tantos buenos literatos que honran al país, deberian tomar la pluma al aparecer una obra literaria y analizarla escrupulosamente, que de sobra tienen aptitudes para tan delicada labor.

Pero me aparto del objeto que tenia en mira, y fuerza es volver á él. Afirmaba que no te puedo enviar *juicio crítico* respecto á "María." Estoy demasiado conmovido, y va á hablarte, desde léjos, mi corazon.

Aún me pregunto, al recorrer con ojos llorosos algunas bellísimas páginas de tu libro: ¿Qué es *María?*

Es (y no te asustes de, al parecer, tan dogmática afirmacion,) es, en su género, la primera obra literaria que se ha publicado en el país. Este juicio que, á primera vista puede juzgarse aventurado, y que emito, á mi pesar, en una forma tan *perentoria*, es tambien, te lo aseguro, no el de humildes borrajeadores de papel como yo, sino el de personas que saben *sentir* y *juzgar*. Pronto, á una voz unánime, se aseverará ésto por todos los que conocen nuestra literatura; y pronto será juzgada tu obra por verdaderos críticos, porque siendo notable en sumo grado, será leida generalmente.

María es tambien algo más que un libro, es un gemido. Tiene la primera condicion de las grandes creaciones: conmover.

María es "el libro de las recuerdos." ¡Cuántos encontrarán en él los paisajes

que amaron en su niñez, las memorias y afectos que hicieron grata su juventud! ¡Cómo pasan por la mente mil sombras parecidas á María y Efrain! ¡Cuánto se recuerdan esas dulces horas del hogar paterno, horas lloradas que no volverán! El que así comprende y describe los sentimientos, es de veras poeta, y grande; el que recoje del dolor enseñanzas y de la desesperacion ejemplos, es además de poeta, sacerdote. Enseña llorando, y sus cantos son oraciones. "Beban aquí, pues, — diré con Rafael Pombo, nuestro melancólico y ausente bardo,— beban aquí, como en propia fuente, tantos lábios que han blasfemado, pronunciando un adios eterno á la felicidad; tantos corazones muertos y aislados que se han envuelto vivos en la mortaja de la desesperacion; tantas almas que en su dia de prueba se han abandonado á sí mismas y perdido al cabo la fé, esa clave única con que se puede descifrar en el libro de los consuelos verdaderos y eternos. Si la miseria del hombre le hace encontrar alivio en sus dolores con la comunicacion de los dolores ajenos, cuánto más elocuentes deben ser las esperanzas que otros revelan en el supremo infortunio!"

Tu obra es tambien una armonía. "La juventud que despierta, el amor que sueña, el ojo que contempla: el alma que se eleva, la oracion que invoca, el duelo que llora, el Dios que consuela, el éxtasis que canta, la razon que piensa, la pasion que se despedaza, la tumba que se cierra, todos los ruidos de la vida en un corazon sonoro, son otras tantas *armonías*,"—ha dicho Lamantine, y de casi todo esto hay en *María*, con abundancia y fecundidad sorprendentes.

La fidelidad, ó mejor dicho, la verdad en la descripcion de caractéres y costumbres ha inmortalizado á muchos escritores. Los tipos raros llaman la atencion siempre. Edipo, en el cual se personifica la fatalidad antigua, es una figura que no morirá. ¿Por qué son inmortales Cervantes y Molière? Porque supieron no solo escribir, sino pintar: sus obras son cuadros. Tomaron el pincel y dibujaron: entónces vió el mundo y verá por muchos siglos á D. Quijote y Harpagon, á Sancho y á D. Juan. Y esa cualidad propia de toda creacion superior existe en *María*. Ésta, Efrain y los demás personajes de tu libro sienten, obran y hablan con naturalidad. Los conocemos y los amamos, y no se borrarán ya de nuestra memoria. ¿Quién olvida á Virginia, poética creacion de Saint Pièrre? ¿Quién no ha llorado con Margarita, heroina de Goethe, bajo el puro cielo de Alemania; ó con Atala, maravilla de Châteaubriand, acompañando á Chactas en su duelo cuando sepultaba en la soledad á la vírgen americana? Todas tres son *creaciones* y, sin que se ofendan, puede y debe morar la tuya en tan amable compañía. Hermanas en hermosura, en sentimientos y en desgracias, recibirán de todos una comun adoracion. Tuvieron por padres á génios melancólicos y sensibles, vivieron aspirando una atmósfera de amor, ya en las selvas de las Antillas, ya en las ciudades de Alemania, ya en las florestas del Norte, ya en las encantadas planicies del Cauca; y murieron todas prematuramente al primer ataque del dolor. No importa que "María" tenga un progenitor solamente bien conocido hasta ahora en nuestro país, que tarde ó temprano irá á reunirse con sus hermanos para vivir la vida gloriosa de la inmortalidad.

Tenemos algunas óbras literarias que presentar con orgullo á la madre patria, á España, que si hoy está oprimida y ha degenerado, siempre es la cuna de nuestros padres y fuente de nuestra literatura. Por ejemplo, la *Manuela*, libro del campesino D. Eugenio Diaz, seria recibida con atenciones por Fernan Caballero y Hartzenbusch. Caro y Arboleda son dos grandes nombres, que sobrenadarán en el ecéano de los tiempos. Pero al recordar todas las obras que se han publicado hasta hoy entre nosotros se reconoce que ninguna tiene el mérito de "María." Has producido, Jorge, una obra que, en el país, por lo ménos, será única por mucho tiempo.

La poesía, la verdadera poesía, es ra-

ra, y cuando aparece debemos inclinarnos. Felicito á mi patria por esta joya, y á tí, mi querido Jorge, te felicito por que has tenido la fortuna de *crear*.

¡Crear! Hé aquí la palabra que buscaba. Pocos son los que crean, muchos los que copian servilmente. Donde hay creacion hay génio, así como donde se copia solo vemos servilismo literario. Tú has creado y vivirás en el porvenir con los que te son iguales, con esos nobles y grandes espíritus que han dado más luz á la humanidad que la que comunica el sol á nuestro planeta.

Tiene tu obra *moralidad*. Cansada está la juventud de beber en esas aguas cenagosas de la escuela literaria francesa, aguas de donde salen vapores que trastornan los cerebros mejor organizados y que corrompen la sangre de los corazones más puros. Todas esas obras malditas que la prensa difunde y la crítica servil aplaude; producciones calenturientas que han extraviado á tantos hombres; deberian ser quemadas, como ántes se hacia, á veces con injusticia, con otras producciones filosóficas, por la mano, tambien maldita, del verdugo. ¿Qué valen el encanto del estilo, el fuego de la imaginacion corriendo como lava ardiente por páginas seductoras, las imágenes, los pensamientos "envueltos en sofismas," si tras de ello hay solo asquerosa corrupcion? ¿Qué aprecio se debe á un talento corruptor? ¿Qué anatema no merecen todos los que por especulacion difunden la inmoralidad y son productores del crímen? ¿Por qué hemos de venerar á esos que ensalzan el materialismo, revisten de flores el esqueleto de la duda y divinizan las más innobles pasiones? Génios mortíferos, matan las almas. Y esa literatura materialista y falaz es la que busca la juventud, sedienta de emociones! Y en esas aguas de limpia superficie y seno asqueroso hemos bebido todos con delicia! Y con delicia tragamos el veneno, y éste va infiltrándose en el alma, causando una desorganizacion moral prematura; porque el materialismo solo puede dar frutos de asquerosa corrupcion.

Excepciones tiene esa literatura, pero ya no muchas. La generalidad de esos escritos, productos de cierta escuela, es abominable, porque fomentan los instintos salvajes de la materia y esterilizan á un tiempo el espíritu y el corazon.

Tu obra, Jorge, es una protesta contra los frutos del materialismo y del mercantilismo literario. Como no la escribiste por especulacion, no te acordaste de amontonar episodios absurdos y brutales para adular las depravadas inclinaciones de la multitud: recordaste y lloraste: recuerdos fueron los que escribió la pluma con lágrimas; repetiste los himnos de ternura que entonaba tu corazon, é hiciste, sin pensarlo tal vez, la apoteósis del amor puro, espiritual, que todos comprendemos en nuestra juventud, y que al perder lloramos toda nuestra vida.

Tu libro es una epopeya del amor cristiano: pueden leerlo las vírgenes sin ruborizarse, y encontrarán allí descritos con admirable fidelidad, los primeros sueños de la existencia, los primeros vuelos del alma, cuando todo canta, suspira y ama en nosotros, entonando un himno de gratitud y dicha que debiera ser inmortal.

Permíteme que ántes de terminar esta ya fastidiosa carta, recuerde á tres hombres ilustres.

Cuando Dargaud, el historiador de la bella y criminal María Estuardo, publicó su obra, que al mérito de la historia une el interés de la novela, un gran génio poético, ántes adorado en la versátil Francia y hoy casi olvidado, Lamartine, escribia á su amigo Beranger, hablando de Dargaud:

"Tiene alma, y por eso su libro será leido, discutido, encomiado, censurado, aborrecido y amado: tal es la suerte de las obras que despiertan las ideas de la mente y los sentimientos del corazon. El escritor que traza la historia de una mujer debe recordar las palabra de Neron, el asesino de Agripina: *vemtren fire*, hiere en el corazon. . . . El libro tiene vida porque conmueve: vivirá."

Sí, María, como Atala, como Virginia, como Graziella, como Julieta, como to-

do lo que se ha escrito con el corazon, tiene el porvenir de las creaciones poderosas, y *vivirá*.

Permíteme, amigo mio, que desde léjos te envíe la más cordial felicitacion. Por un solo supremo esfuerzo te has colocado al nivel de los grandes escritores, saltando sobre mil poetastros vulgares, que tratan de alinear frases, sin comprender la belleza que irradian la naturaleza y el corazon humano. ¡Te has dejado llevar dulcemente de la inspiracion y has formado *una obra!* Has probado que, en resúmen, "el génio no es sino un gran dolor."

La aurora que se aproxima, y la amiga lámpara que vá á extinguirse, me indican que debo terminar esta carta. La pluma ha corrido, ha volado sobre el papel sin pensar en las horas que corren tambien para siempre. Perdona que en vez de un juicio crítico te envíe un grito de entusiasmo. Ojalá que te sea grato y que vaya á unirse con los que sin duda saludarán tu obra. ¡Si no hallas en estas líneas una sola crítica, culpa no solo á mi insuficiencia sino tambien á *María*. Ella no me ha dejado pensar: hirió en el corazon, fuente de la sensibilidad, y aún mana sangre de la herida. ¡Adios!

Tu amigo,

ADRIANO PAEZ.

Socorro, 10 de Julio de 1867.

AL SEÑOR, EN LA TRIBULACION.

ODA.

La voz de mi gemido
Oye, Señor. Mi pecho tus rigores
Lamenta enflaquecido.
Escucha mis clamores
Y alivia, si es posible, mis dolores.
Alívialos piadoso,
O ensancha el corazon de tu criatura;
Préstame generoso
Tu luz serena y pura,
Mire yo de tu rostro la hermosura.
Y entónces, Padre mio,
Hazme apurar el cáliz del tormento,
Si place á tu albedrío:
Que al calor de tu aliento,
Las penas me serán contentamiento.
Señor, de tus piedades
La suma todo número trasciende;
De edades en edades
Incansable se extiende,
Y al pecador y al justo comprehende.
Por eso, Padre amado,
Hoy á tus plantas sin temblar me arrojo:
Si grande es mi pecado
Que provoca tu enojo,
Mayor es tu piedad á que me acojo.
Y si la enorme suma
De mis ingratitudes y traiciones
Con su peso me abruma,
Sé que tu gloria pones
En prodigar tu amor y tus perdones.
Y cuando más ingrata
Huye de tí la miserable oveja,
Y se esconde insensata,
Y tu sentida queja
Desoye con desden y más se aleja;
Tú con más noble empeño
La buscas y la sigues animoso,
Velas su triste sueño
Y al dispertar dichoso,
En tus hombros la pones amoroso.
Y con la dulce carga,
Que el entrañable amor hace ligera,
El Buen Pastor alarga
El paso á la pradera
Donde florece eterna primavera.
Allí á la redimida
Ovejuela solícito regala.
Clara fuente de vida,
Que casto aroma exhala,
Torna al vellon su oscurecida gala;
Y pastos inmortales
De jugos delicados la sustentan;
Robustos mayorales
Con tino la apacientan,
Y al triste lobo del redil ahuyentan.
Jesus, Pastor amante,
Escucha mi gemido lastimero;
Si más de tu semblante
Me despides severo,
Aquí á tus plantas angustiado muero.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

Setiembre 9 de 1883.

Presb. ANASTASIO MARIA OCHOA.

Hijo de padres españoles, vió la luz primera en Huichapan, entonces Departamento de México, el 27 de Abril de 1783. Poco se sabe de sus primeros años; sin embargo, parece que en su pueblo natal estudió los ramos de la instruccion

primaria, y que al poco tiempo vino á México, en donde un profesor particular le enseñó el latin, que él aprendió tan bien, que sin gran trabajo comenzó á traducir los clásicos. Cursó filosofía en el Colegio de San Ildefonso con muy buen provecho, en premio de lo cual le dieron beca de gracia; despues pasó á la Universidad á estudiar cánones, al mismo tiempo que trabajaba en las oficinas de un doctor Picazo para proporcionarse la subsistencia. Habiendo perdido ese destino por cerrarse aquellas, y no temiendo Ochoa otra manera de vivir honestamente, entró á servir en clase de escribiente al Juzgado de Capellanías. Muy aficionado de tiempo atrás á la lectura, y con un vivo deseo de instruirse, empleaba sus ócios en estudiar las literaturas europeas y algunos idiomas, que llegó á poseer bastante bien, no obstante que en su aprendizaje carecció de maestro. En 1806 apareció en el *Diario de México* su primera poesía satírica, género á que desde luego se sintió decididamente inclinado; y en él continuó escribiendo, aunque se ocultaba bajo diversos seudónimos. Sus poesías llamaron la atencien de los inteligentes, y descubierto el autor, fué admitido con aplauso en el seno de *La Arcadia Mexicana*.—En 1813 deseó Ochoa abrazar el estado eclesiástico, á cuyo efecto entró al seminario á estudiar Teología, recibiendo las sagradas órdenes tres años despues, á fines de 1816. Desde luego comenzó á desempeñar interinamente algunos curatos, hasta que en 1820 se le dió en propiedad el de la parroquia del Espíritu-Santo en la ciudad de Querétaro. Sin abandonar un solo dia el cultivo de las letras, permaneció allí siete años, al cabo de los cuales volvió á México por razon de enfermedades; vivió aquí modestamente entregado como siempre á trabajos literarios. Víctima del cólera, falleció en esta capital el 4 de Setiembre de 1833. Sus obras se publicaron en Nueva-York en 1828, con el modesto título de *Poesías de un mexicano*; habiendo escrito, además de estas, dos comedias que no son conocidas; una tragedia en verso, *Don Alfonso*, representada en México en 1811; una novela de costumbres nacionales, y las muy buenas traducciones de *Las Heroidas* de Ovidio, de *El Facistol* de Boileau, y otras muchas de poetas italianos y franceses. El género en que sobresalió Ochoa fué el satírico; y sin temor de errar puede decirse que es él el primero y más magnífico poeta de aquella clase que se registra en la literatura mexicana. Si á esto se agrega que supo escribir conforme á los preceptos de la gramática y del arte, al contrario de otros que se olvidaban de ellos, tendrémos en el Presbítero Ochoa un poeta de importancia, indigno por cierto del olvido en que hoy está. "Las letrillas satíricas de Ochoa,—dice el Sr. Pimental,—son, en nuestro concepto, de lo mejor que en este género hay en castellano. El poeta tomó la pluma para ridiculizar, con buen éxito, todos esos defectos cuyo mejor correctivo es la risa, el ridículo."

VICTORIANO AGÜEROS

A UN RETRATO.

Copia divina en quien veo
Desvanecido el pincel,
De ver que ha llegado él,
Donde no pudo el deseo;
Alto, soberano empleo,
De más que humano talento,
Exenta de atrevimiento,
Pues tu beldad increible,
Como excede á lo posible,
No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
Fué á copiarte suficiente?
¿Qué númen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano,
Que te formó peregrino;
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento,
Pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma, que no veo,

Y dudo el cuerpo que miro:
Todo el discurso retiro,
Admirada en tu beldad;
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma:
Que es visible la deidad.

Mirando perfeccion tal,
Cual la que en tí llego á ver,
Apenas puedo creer,
Que puedes tener igual:
Y á no haber original,
De cuya perfeccion rara,
La que hay en tí se copiara,
Perdida por tu aficion,
Segundo Pigmaleon,
La animacion te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en tí parece;
Posible es, que de él carece,
¿Quién roba todo el sentido?
¿Posible es, que no ha sentido
Esta mano, que la toca,
Y á que atiendas te provoca
A mis rendidos despojos?
¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿Qué, no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma,
Y no te animas con ella.
Y cuando altivo atropella
Tu rigor, mi rendimiento,
Apurando el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja,
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso, que piadoso
Respondes á mi aficion;
Y otras teme el corazon
Que te esquivas desdeñoso:
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz el rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer;
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
A mi me ha dado el pincel
Lo que no puede el amor.
Dichoso vivo al favor,
Que me ofrece un bronce frio;
Pues aunque muestras desvío
Podrás cuando más terrible,
Decir, que eres imposible,
Pero no que no eres mio.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

LANCHITAS.

(CUENTO.)

I

El título puesto á la presente narracion, no es el diminutivo de *lanchas* como á primera vista ha podido figurarse el lector; sino—por más que de pronto se resista á creerlo—el diminutivo del apellido "Lanzas," que á principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, ó si tambien en parte por lo pequeño de su estatura: mas sea que militaran entrambas causas juntas, ó aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, á quien por su carácter se aplicaba generalmente la frase vulgar de "no ha perdido la gracia del bautismo." Y como por algun defecto de la organizacion de su lengua, daba á la *t* y á la *c* en ciertos casos el sonido de la *ch*, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle "Lanchitas," á ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí á poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, á malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oido alguno de tantos cuentos, más ó ménos salados, en que Lanchitas funge de protagonista y que la tradicion oral va trasmitiendo á la nueva generacion? Algunos me hicieron reir más de veinte años há, cuando acaso aún vivia el personaje, sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy que, por dicha, no tengo que ilustrar ó rectificar ó lisonjear la opinion pública, y que por desdi-

cha voy envejeciendo á grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginacion, Lanchitas, tal como me lo describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazon, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo: no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudicion de Fenélon ni la elocuencia de Bossuet; pero pronto á todas horas del dia y de la noche á socorrer una necesidad, á prodigar los auxilios de su ministerio á los moribundos, y á enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano, y en materia de humildad, sin término de comparacion, pues no le hay ciertamente para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fué así; que si no recibió del cielo un talento de primer órden, ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado, y por demás estudioso é investigador. En una época en que la fé y el culto católico no se hallaban á discusion en estas comarcas, y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales, y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimacion de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se habia dado por satisfecho con la instruccion seminarista; y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellan le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas, y con autorizacion de sus prelados, seguia curiosamente las controversias entabladas en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire, ni las aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinoza, ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales despues de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas, todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitia aquí á principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos á la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado á veces por obispos y oidores, y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra ó quema repentinamente sus libros; responde á las consultas con la risa de la infancia ó del idiotismo; no vuelve á cubrirse la cabeza ni á levantar del suelo sus ojos, y se convierte en personaje de broma para los chicos y los desocupados! Por rara y peregrina que haya sido la trasformacion, fué real y efectiva; y hé aquí cómo del respetable Lanzas resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No há muchos meses pedia yo noticia de él á una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad: y como acababa de figurar en nuestra conservacion el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y sacándome de la reunion de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la trasformacion de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas sin meterme á calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

II

No recuerdo el dia, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; solo entiendo que se referia á la época de 1820 á 30; y en lo que no me cabe duda es que se trataba del principio de una noche oscura, fria y lluviosa como suelen serlo las de invierno. El Padre Lanzas tenia ajustada una partida de malilla ó tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catarina Mártir; y terminados sus quehaceres del dia, iba del centro de la ciudad á reunirseles esa noche, cuando á corta distancia de la casa en que tenia lugar

la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del pueblo ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesion! Por amor de Dios véngase conmigo su merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el Padre de si se habia ó no acudido préviamente á la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedian; pero la mujer con frase breve y enérgica le contestó que el interesado pretendia que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaria sobre la conciencia del sacerdote; á lo cual éste no dió más respuesta que echar á andar detras de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente á Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo á salir cerca del Apartado, y de allí tomaron hàcia el Norte hasta torcer á mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejon del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente la mujer, penetró en la habitacion llevando al Padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincon más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; á corta distancia una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz á toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daria idea del desmantelâmiento, desaseo y lobreguez de tal habitacion, en que la voz humana parecia apagarse ántes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilacion.

Cuando el Padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y á trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—Pero este hombre está muerto, exclamó el Padre Lanzas, dirigiéndose á la vieja.

—Se va á confesar, Padrecito, respondió la mujer quitándole la vela, que fué á poner en el rincon más distante de la pieza, quedando casi á oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate y comenzó á recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo*.

III

Tengo que abrir aquí un paréntesis á mi narracion, pues el digno sacerdote jamás á alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesion que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se referia á fechas tan remotas, que el Padre, creyéndolo difuso ó divagado, y comprendiendo que no habia tiempo que perder, le excitó á concretarse á lo que le importaba; que á poco entendió que aquel se daba por muerto de muchos años atras, en circunstancias violentas que no le habian permitido descargar su conciencia como habia acostumbrado pedirlo diariamente á Dios áun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios, y quizá hasta del crímen; y que por permision divina lo hacia en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver á ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, á los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal ó inveterado de la razon del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance á que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias supuesta la perturbacion mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hom.

bre habia vuelto á acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela, á punto de consumirse por completo, despedia sus últimas luces. Llegando él á la puerta, que permanecia entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar á la mujer de la parte de afuera y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera á llamarle á él mismo, áun á deshora, si advertia que recobraba aquel la razon, desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver á entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada como de firme la puerta; y apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin, á alejarse, proponiéndose efectuar al siguiente dia muy temprano, nueva visita.

Sus compañeros de malilla ó tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita habia, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo ó sospechándolo, habia venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló.

No se trataba de un pañuelo cual quiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más considerada de él; finísima batista con las iniciales del Padre, primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más ó ménos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dió las señas de la accesoria en que seguramente habia dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así ocasion de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo habia quedado á su respecto. Y con la fruicion que produce en una noche fria y lluviosa, llegar de la calle á una pieza abrigada y bien alumbrada, y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, á punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una ó dos horas cada noche, repantigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes, y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel ó terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano, y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera mas que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente á quien acababa de oir, dijo á sus compañeros de tresillo:

—¿Han leido ustedes la comedia de D. Pedro Calderon de la Barca, intitulada "La Devocion de la Cruz?"

Alguno de los comensales la conocia, y recordó al vuelo las principales peripecias del galan noble y valiente al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que muerto á hierro, obtiene por efecto de su constante devocion á la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos ú horas despues de haber cesado de vivir. Recordado lo cual, Lanzas prosiguió diciendo en tono entre grave y festivo:

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderon es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarian positivo escándalo hasta en los tristes dias que alcanzamos. Mas para que se vea que las obras de imaginacion suelen causar daño efectivo áun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar á un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos, que apénas sabia leer, y que indudablemente habia leido ó visto "La Devocion de la Cruz," puesto que en las divagaciones de su razon creia reproducir en sí mismo el milagro del drama....

—¿Cómo? ¿Cómo? exclamaron los comensales de Lanzas mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos mios. Uno de los mayores obstáculos con que en los tiempos de ilustracion que corren se tropieza en el confesonario, es el de-

plorable efecto de las lecturas, áun de aquellas que á primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras y tiernas y remilgosas Atalas; algunos Delincuentes Honrados á la manera del de Jovellanos han recibido de mi mano la absolucion, y en el carácter de muchos hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitacion de las fechorías del "Periquillo" de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente, loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que á vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuantos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios.... ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego....

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano habia llamado durante media hora á la puerta de la accesoria, habiéndose acercado, al fin, el sereno, á avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente por razon de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre; y los comensales que, segun he dicho, habian ya tomado interes en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas mirándose unos á otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada ménos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda á que pertenecian, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, á consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca, y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se habia equivocado respecto de la localidad por él visitada y cuyas señas, sin embargo, correspondian con toda exactitud á la finca cerrada y en pleito; á ménos que, á excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse otro dia temprano para ir juntos á reconocer la accesoria.

IV

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaban á su puerta, no solo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atencion del Padre, quien retrocedió hasta el principio del callejon, volviendo á recorrer cuidadosamente y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, á cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde habia entrado á confesar al enfermo, á ménos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle, ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria á fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manojo de llaves viejas, tomadas de orin, y probando algunas, despues de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas por medio de clavo ó estaca el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso á humedad que Lanzas habia aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y á pesar de su oscuridad, pudieron notar desde luego que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño á salir invitando á Lanzas á seguirle ó precederle, cuando éste, renuente á convencerse de que habia simplemente soñado lo de la confesion, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el en-

fermo, y halló en el suelo y cerca del rincon su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le habia dejado ver ántes. Recogiólo con profunda ansiedad y corrió hácia la puerta para examinarle á toda la claridad del dia. Era el suyo, y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecia hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza y salió á la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, despues de haber cerrado la puerta y entregado á su dependiente el manojo de llaves, echó á andar al lado del Padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero ¿y cómo se explica vd. lo acaecido?

Lanzas le vió con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta, y siguió caminando con la cabeza descubierta á sombra y á sol, y no se la volvió á cubrir desde aquel punto. Cuando álguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándose la diestra al bolsillo para cerciorarse de que tenia consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia á las que más en contacto le ponian con los pobres y los niños, á quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenia acaso presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo á los párvulos? Jamás se le vió volver á dar el menor indicio de enojo ó de impaciencia, y si en las calles era casual ó intencionalmente atropellado ó vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus lábios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto, si á los ojos de Dios no era Lanchitas más sábio que Lanzas, y si los que nos reimos con la narracion de sus excentridades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco despues de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejon del Padre Lecuona, extrajeron de la pared maestra de una pieza, que ignoro si seria la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecia haber sido allí lapidado mucho tiempo ántes, y á cuyo esqueleto se dió sepultura con las debidas formalidades.

José M. Roa Bárcena.

UN ESTADISTA AL USO.

Soneto.

¿Yo robar, cuando á nadie nunca pido
La bolsa ó la vida? ¿cuando es fama
Que la mia es más pura que la llama
Del gran sol? ¿Yo robar? ¿Quién ha podido
Un engaño inventar tan mal urdido,
Que al altísimo Dios venganza clama,
Llámese Jehová ó bien Brahama?
¡Qué! ¿yo robar? ¿yo ser un foragido?.....
Exigir que el trabajo recompensen
(Cuando tras del vil agio corren todos
Con las fauces sedientas cual beodos),
Ora en medrar ó en remediarse piensen
Al benéfico influjo de mi sombra,
—Esto, no robo, *comision* se nombra.

Dr. Agraz.

LA LUNA DE LA VELADA.

I.

El reloj de la torre vecina ha dado lentamente las campanadas de la media noche.

Mi lámpara, ya casi apagada, baña á veces los objetos que me rodean con luz azulada y trémula: se ha extinguido y no alumbrará más: su llama vive.... intenta elevarse y espira: así lucha la esperanza con un destino implacable.

Buscamos á Dios en la soledad, porque lo que tenemos de divino se deleita allí con nuestros pensamientos, juega con las flores, las brisas y las aguas; se extasía contemplando el cielo.

Amamos el silencio, porque donde él impera, el alma reina; porque ahí, libre ella del ruido y de las miradas del mun-

do, recibe nuestras caricias como la esposa que por vez primera se atreve á reclinar su cabeza en nuestro pecho, suspirando por un amor inmortal.

Cuando en medio del desierto, bajo el lujoso pabellon de la noche, se pone oido atento á los vagos rumores de la selva cercana, escuchamos á la soledad que alienta y al silencio que se cierne sobre ella en las tinieblas, agitando con sus alas, brisas impregnadas de aromas.

Cuando la luna llena se levanta sobre las cumbres puntiagudas y negras que sombrean el valle donde nací, y dora con su luz macilenta los móviles y altas techumbres de los bosques de palmeras que se elevan ó inclinan sobre los collados de vegas ignotas como floreros inmensos, el viento suspira en los follages; el rio juncoso, sin linfas ni murmullos, refleja todo el esplendor del cielo; los buitres sacuden sus plumajes y graznan en las espesuras, y las palomas gimen. Es que la soledad ha despertado. Pocos momentos despues no se oye ya ni el vuelo de una hoja: el silencio ha descendido sobre la selva y la soledad duerme de nuevo bajo sus alas y sus besos.

II.

¡Desiertos amados sé que me esperais, y tardo!

Noches de paz y deliciosos delirios, ¡por qué placeres os he desdeñado!

Un rayo de la luna avanza temeroso en medio de la oscuridad de mi estancia, lívido como los primeros resplandores de una aurora de invierno. ¡Cuán lentamente, cuán silenciosa y triste recorre ella ahora esa bóveda inmensa de ceniciento azul!

¡Qué de maternales besos é infantiles alegrías trae á mi memoria! Qué de los castos deleites y lágrimas de un amor primero! ¡Recuerdos de un adios y un último beso, humedecido por el llanto de esos ojos que por mí tanto han llorado! ¡Cuántos ensueños de gloria en vano perseguidos! ¿Qué habla á mi corazon de una tumba solitaria y sin sombra, en medio de una llanura que cubren arenas y zarzales?

¡Ya lo sé!

III.

Sobre la campiñita que avanza, rodeada de umbrosas selvas y floridos naranjos hasta la gradería de la casa paterna, estaban esparcidos y deshojados nuestros ramilletes de rosas y albahacas. Una preciosa niña de blanco y vaporoso traje, de talle fino é inquieto, suelta la hermosa cabellera, busca á tientas, porque está vendada, un distraido á quien aprisionar, entre los niños que la rodean riendo y cantando. La veo en este instante; la he desatado la venda al entregármele prisionero, y ella se sonríe dulcemente, arréglase los cabellos y me mira con sus húmedos y negros ojos, antes de cubrir los mios con un pañuelito de batista.

Los retozos infantiles cansan al fin á la bulliciosa turba. Reclinado en el regazo materno, manos que se dejan asir para que yo las bese, juegan con mis cabellos.

IV.

La apacible luz de la luna ha reemplazado la de los arreboles de ópalo y oro. Algunas aves desbandadas, que atraviesan el horizonte con pausado vuelo, se destacan sobre los últimos resplandores del ocaso y desaparecen tras de los bosques lejanos que pisamos.

A distancia y á ratos se oyen cantares campesinos, cuyos acentos tristes y monótonos lleva el viento, vuelve á traer y torna á llevar.

Un caballero se acerca á la gradería y se apea con destreza. Viste de blanco, lleva botas hasta la rodilla y calza espuelas de plata. Los niños corremos á rodearlo, impidiéndole andar: los perros le agasajan y aullan de alegría; ha tomado del regazo de mi madre al más pequeño de mis hermanos y le *hace caballo* en una de las rodillas: yo me afano inútilmente por disputarle á Pedro, el paje mimado, el honor de desabrocharle las espuelas á su amo. Es mi padre.

Los labriegos, que tanto le amaron, cuentan haber oido sus pasos en esos pobres hogares que visitó, remediando miserias; y me han referido que escu-

chan aquella voz armoniosa, en los campos que él cultivó, cuando la luna ilumina noches calladas. Yo le he llamado el dia de supremo infortunio, y aunque sé que vela por mí, nunca responde!

Amor mio, amor primero de mi corazon! Solo me quedan de tí recuerdos que evoco temeroso, y esa luna, confidente ántes amable de nuestras tristezas y alegrías, que ella olvidó ya.

Aún está sobre mi pecho el calor de esa cabeza destrenzada; aún oigo los acentos inarticulados de sus lábios; todavía siento gotear sobre mis manos sus lágrimas ardientes, las veo rodar de sus ojos, velados por el pudor, abrillantadas por tu luz, oh luna, que tanto amó.....!

V.

Pobre Felisa! Si con lágrimas pudiera saciarse esta sed que devora mi alma, si con lágrimas tuyas debias comprar mi corazon, ¿quién se atrevería á disputártelo?

Y hay instantes en que te pertenece entero. Esa impalpable rival que te lo roba, es ménos amorosa que tú. Esta vision querida, que me hace alejar de tí, acabará por vengarte de los momentos de mi criminal desamor. No las temas cuando velo á tu lado, y tus sonrisas y las caricias de nuestros hijos, me hacen olvidar crueles y pasados infortunios.

Pero cuando en horas avanzadas de la noche, entras con pasos quedos á la estancia en que trabajo, á la luz de una rústica lámpara, cuyos resplandores amortiguan los rayos de la luna naciente: cuando te acercas y mis oidos no te oyen ni mis ojos te buscan.... llora y perdona, porque mi corazon te es infiel y tu rival es la gloria.

Si pudieras visitar un instante lo que léjos de tí llamo mi hogar, compadecerias al mismo que llamas y que tarda en volver. Ahora me rodea un silencio espantoso: esa misma luz que penetraba, ha diez años, en nuestra cámara nupcial, viene como á buscar aquí á tu esposo amante de otros dias, y no halla flores ni cortinajes vistosos. Un acento de tu agasajadora voz, el aroma de tus vestidos harian volver la alegría á mi corazon, que más tarde en vano procurarás despertar, porque permanecerá sordo y frio, muerto bajo tu frente.

Y tal vez llegará un dia en que busques, entre otros sepulcros, un sepulcro sin nombre, y gentes extrañas te mostrarán el mio.

VI.

Háblale entónces de mi amor, ¡oh luna! Háblale de las noches en que, ayudado por tu luz, descendía yo de las alturas de San Antonio al pequeño valle sembrado de sauces, donde blanqueaba la perfumada mansion á cuya puerta me esperó anhelosa tantas veces. Háblale de las tardes en que reclinaba mi cabeza sobre su hombro oyendo los gemidos del viento en los peñascos, y los sollozos del Cali, mientras seguian mis ojos corrientes azules en la verde vega del Peñon, plateando á lo léjos al serpentrar en el confin de la llanura. Háblale de nuestro último adios.... y del último beso mio que enjugó sus lágrimas.

VII.

Ahora la llanura está solitaria: el viento sacudirá los arenales resecos, esparciendo en los gramales hojas muertas. ¿Dónde estará la tumba que mi alma busca allí? Nunca hollaron mis piés los zarzales que la rodean; no ha humedecido ese polvo una lágrima mia. Mis lábios no tocan ya, helada, esa mano cariñosa que meció mi cuna. Mi acento no llegó á los oidos de esa madre amorosa, cuando la rodeaban algunos de sus hijos, esperando un adios y una bendicion que yo no merecí. Mis ojos la lloraron tarde!

VIII.

¿Era, pues, de esos dolores de lo que vino á hablarme un rayo de tu luz, solitaria viajera del cielo?

Mucho tiempo hacia que contemplándote no brotaba de mis ojos tan copioso llanto. ¡Permita Dios que ellos se cierren para siempre ántes que se haya secado sobre mi corazon la última lágrima!....

JORGE ISAACS.



DON JUAN DE MONTEJO. [1]

(LEYENDA YUCATECA.)

I.

Caballero va en cerril
Soberbio alazan tostado,
Juan Montejo y Maldonado,
Apuesto mozo y gentil.
De su rostro varonil
La torva y agria expresion,
Demuestra que á la sazon,
Tras la nube del semblante,
Vibra en el alma gigante
El rayo de una pasion.

Fijo tiene el pensamiento
Y absorto en terrible idea:
Ella sola enseñorea
Su angustiado entendimiento.
Ni un fugitivo momento
Concede al dulce reposo,
Ni al grato sueño ni al gozo;
Que el volcan del corazon
Arroja de una pasion
La lava, el fuego espantoso.

Calado el ancho sombrero
Y en negra capa embozado,
El camino dilatado
Venciendo va el caballero.
Ya al instante postrimero
De su largo viaje el sol,
Entre nubes de arrebol
Y de grana, va llegando;
Y va su frente inclinando
Hácia el suelo el girasol.

Las aves buscan el nido
Que entre las ramas colgaron,
Y solícitas cuidaron
Mantener allí escondido.
Se oye del buho el graznido,
Busca el leon su cueva oscura;
Y en la revuelta espesura,
Que oculta en sombra sus galas,
Levanta el eco en sus alas
El concierto de natura.

El sol con sus rayos baña,
Desde el lejano horizonte,
La enhiesta cumbre del monte
Y el techo de la cabaña.
Su luz rojiza y extraña
Puebla el inmenso palacio
Del cóncavo azul espacio,
Con fantásticas legiones
De gigantes y leones,
Vestidos de oro y topacio.

El haz de leña llevando
Sobre sus hombros robustos,
Entre malezas y arbustos
Va el labrador caminando,
Un aire maya entonando
De monótona cadencia,
Sin terrores de conciencia
Y sin cuidados prolijos,
Va á aspirar entre sus hijos
Del amor la pura esencia.

El cazador satisfecho
Cruza del cerro la falda,
Con el morral á la espalda
Y la alegría en el pecho.
Con firme paso al estrecho
Sendero oscuro se lanza;
Que aun abriga la esperanza,
Empeño que á fe no es raro,
De hacer su postrer disparo
Miéntras á su choza avanza.

Recoge el sol en un lazo
Su cabellera y la oculta,
Y su ígnea frente sepulta
De la noche en el regazo.
Espiraba el breve plazo
De la vida de aquel dia,
Para Don Juan de agonía
Y de quebranto profundo;
Y una noche más al mundo
En sus sombras envolvia.

En pos de la noche hiende
El ancho campo del cielo
El silencio, y sobre el suelo
Sus alas inmensas tiende.
Su velo sutil extiende
Desde el oriente al ocaso;
Y tan solo se oye el paso,
Rápido, breve y violento,
Del alazán que de aliento
Se siente, y de fuerza, escaso.

II.

"¡Ultraje tal no devora
Ni el más ínfimo pechero....!
¡Cuál pudiera un caballero
Que honra y valor atesora!
Impaciente espero la hora
Solemne de mi venganza:
Esta es mi sola esperanza

Y esta la única ilusion,
Tras la cual el corazon
Con sed de muerte se lanza.

¡A un Montejo y Maldonado
Tal ultraje ¡vive Dios!
Que basto para los dos
Esos hombres no han pensado!
Con paciencia he soportado,
Disimulando mi enojo,
De mi encomienda el despojo.... (2)
Mas los ultrajes del hijo,
Sólo se lavan de fijo
Con sangre, y verterla escojo!
"Hay quien—la esquela decia—
"Mientras vuestra ausencia dura,
"Mancha con pasion impura
"La inocencia de María."
—La duda en el alma mia
Surge ante este laconismo;
Y se abre ante mí un abismo
De dolor, de angustia horrible.—
"Venid, Don Juan, si es posible;
"Si podeis, venid hoy mismo."
"El honor de vuestro nombre
"Así lo exige y demanda,
"Que en lenguas de todos anda
"Por las infamias de un hombre."
—Yo haré que el mundo se asombre
Ante mi venganza fiera....
Al mismo infierno pidiera
Su inmenso poder impío,
Si no me bastara el mio
Para una legion entera.—
¿Quién el menguado será?
La carta su nombre calla,
Y ante este silencio estalla
La rabia que me ahoga ya.
Mas indicándome está
Quién es el villano aleve
Que á ultrajar mi honor se atreve,
Del corazon el instinto,
Y un recuerdo, que aun no extinto,
A hallar la verdad le mueve.
El es, no hay duda, el villano
Que en los templos y paseos
Anda solo en devaneos,
Artero siempre y liviano.
Hijo de un Luna Arellano
Que á nuestra colonia oprime,
Y el jugo del pueblo exprime
Para colmar su ambicion,
Es fruto de maldicion
Que do quier su huella imprime. (3)

Mas de ese reptil inmundo
Quebrantaré la cabeza....
Su maldad y su fiereza
Espanto serán del mundo!"
Así, con odio profundo,
Que el alma en infierno trueca,
Haciendo una horrible mueca
Que espanto diera á Satán,
Iba exclamando Don Juan
Con voz cavernosa y hueca.

III.

Pronto el término alcanzó
De la ciudad capital;
Y en la ancha calle real
De la Villa penetró. (4)
En breve tiempo llegó
A la plaza, en que orgullosa
Su casa-solar hermosa
Se alzaba, y aun hoy existe,
Y un monumento reviste,
Recuerdo de edad gloriosa. (5)

En silencio y soledad
La grande plaza yacía;
Nadie entónces se atrevía
A transitar la ciudad.
Envuelto en la oscuridad,
Y con paso cauteloso,
Lento avanzó y sigiloso
Hácia el medio de la plaza,
Hasta enfrentar con su casa,
Angustiado y afanoso.
De un álamo corpulento
Al pié robusto llegó;
Del caballo desmontó
Que dió allí el postrer aliento.
Sin detenerse un momento,
El paso rápido guiaba
Hácia su casa, que estaba
De aquel lugar no distante;
Porque á ella, presto, anhelante
Llegar tan sólo deseaba.

Mas indecisa una sombra
Muy cerca de allí surgió,
Y á Montejo preguntó:
—¿Sois vos, Don Juan?
—¿Quién me nombra?
—¿Por qué el hallarme os asombra?
Soy el celoso guardian
Que os ha informado, Don Juan,
Del peligro que María
Sin auxilio correría
Hostigada por Tristan.

—¡Tristán de Luna! ¿no es cierto?
Dijo con voz concentrada
Y por la rabia embargada
Montejo—¡contadle muerto
Si llegar hasta él acierto!
Mas ¿quién sois vos, quién? hablad!
Y ante mi enojo temblad,
Si sois vil calumniador
Que jugando con mi honor....
—Tal sospecha desechad.

En vano quereis mi nombre
En este instante saber....
Os espera una mujer
Asediada por un hombre.
—No me importa, y no os asombre;
Saber vuestro nombre quiero,
Que juzgo no es caballero
Quien en la sombra se oculta,
Y en un corazon sepulta
Del cruel dolor el acero.

Vuestro nombre ¡voto al diablo!
—Con amenazas es mengua....
—Yo os arrancaré la lengua
Si es preciso. ¿Con quién hablo?
—Pues lo quereis, soy Fray Pablo
De Navarrete y Navedo:
No á sus amenazas cedo,
Me conduelo de su afan.
En nombre de Dios, Don Juan,
Id, que aquí esperándoos quedo.

—Mas no puedo comprender
Qué oculto interés os guía....
—Sois desconfiado, á fé mia.
¿Qué otro interés puede ser
Que salvar á una mujer
Del deshonor, y á vos mismo
De caer en el abismo
Insondable de la duda?
Prestar al prójimo ayuda:
Esto enseña el Cristianismo.

Ya el vulgo comienza à hablar
De la pasion del de Luna;
Y aquesta nueva importuna
Podia hasta vos llegar.
Pudo alguno verle entrar
En vuestra casa á deshora,
Y juzgar á la señora
Cómplice de tal delito;
Y los celos ¡Dios bendito!
Vuestro infierno fueran ahora.

¿Qué entónces de vos seria?
¡Y hasta donde y hasta donde,
Alma que celos esconde
En su furor llegaria!
El crímen pronto vendria,
Pronto á manchar vuestra frente;
Y la víctima inocente
De una venganza horrorosa,
Tal vez sólo vuestra esposa
Seria: no el delincuente.

Si quereis de la inocencia
De María persuadiros,
Y del dolor redimiros
De manchar vuestra conciencia,
Calma tened y paciencia;
Guardad sigilo al entrar
En vuestra casa solar:
Ved y oid, Don Juan, con calma,
Que las dudas de vuestra alma
Pronto se han de disipar.

Así habló á Don Juan la sombra,
Con queda voz y remisa;
Mientras que vaga, indecisa,
Como fantasma que asombra,
Se deslizaba en la alfombra
De la suave y verde grama.
En vano Montejo clama:
Nadie responde á su acento,
Que muere en la onda del viento
Como la luz de una llama.

—"Y la víctima inocente
De una venganza horrorosa,
Tal vez sólo vuestra esposa
Seria: no el delincuente."
Ese fraile está demente....
Ella inocente ó infiel,
Quien ha de morir es él....
Sí! le mataré, no hay duda,
Aunque vengan en su ayuda
Las legiones de Luzbel."

Así Don Juan exclamó
Con sordo, apagado acento;
Y hácia su casa violento
Los pasos encaminó.
Al ancho zaguan llegó,
Que era y es la sola entrada
Que se ostenta en su fachada.
Se detuvo allí un instante
Anheloso y vacilante....
¡Sentia el alma angustiada!

Al fin, de la bolsa oscura
Extrajo un llavin mohoso,
Y lo introdujo, nervioso,
De la chapa en la abertura.

Y cedió la cerradura
De fuerte bronce bruñido,
Y en el eje, carcomido
Por el frote continuado,
Giró el postigo, pausado,
Lanzando bronco chirrido.

En silencio y soledad
La casa-solar yacía,
Y en su manto la envolvia
La medrosa oscuridad.
Reprimiendo la ansiedad
Que su alma noble tortura,
Devorando su amargura
En la casa penetró....
¡Cuán feliz de allí salió!
¡Cuál es hoy su desventura!

¡Ah, cuán distinta es la suerte
Que hoy le depara el destino,
Que le torna en asesino
Que lleva á su hogar la muerte!
Tal idea en su alma fuerte
Hace surgir de dolor
Un torrente asolador;
Y se libran cruel batalla,
El odio que fiero estalla,
Y el instinto del honor.

Miéntras Don Juan caminando
Va por la ancha galería,
Una sombra se veia
Por el zaguán penetrando.
El ancho patio cruzando,
Recatada y misteriosa
Cual fantasma vaporosa,
Al interior penetró;
Y pronto despareció
Tras una ceiba frondosa.

IV.

En sus alas trajo el viento
El sonido acompasado,
Melancólico, pausado,
Del esquilon del convento.
En apartado aposento,
A la luz de una bujía,
A una dama se veia
De rara y noble hermosura,
Y en su rostro y apostura
La indignacion se leia.

Sus grandes, rasgados ojos,
Que eran negros cual la noche,
De belleza sin reproche,
Reflejaban sus enojos.
Sus labios de tintes rojos,
Que hoy se ven descoloridos,
Por el desden contraidos,
Expresan la indignacion
De su noble corazon,
Y de su orgullo ofendidos.

Un hombre, cuyo semblante
Revela la llama impura
De una pasion, que es locura,
La contemplaba anhelante.
Y de la dama distante
Corto espacio solamente,
Así decia:—¡Demente!
¡Muy bien decís, estoy loco!
Por eso humillado invoco
Favor y piedad clemente.

Por eso vengo rendido,
Henchida de amor el alma,
A buscar la dulce calma
Que hace tiempo que he perdido.
Mi corazon dolorido
Agonizante palpita;
Y aquí en mi pecho se agita
Y por vuestro amor reclama,
Como el volcan que la llama
Por el cráter precipita.

No llameis á mi razon,
Que inútil será este empeño....
De mi razon no soy dueño
Cuando grita el corazon.
Escuchadme.... La pasion
Que aquí en el alma batalla,
Es la tempestad que estalla:
Para ella no hay valladar
Ni en la tierra, ni en el mar,
Cuyo poder avasalla.

Es en vano resistir
Y en vano que ante este amor
Me recuerdes el honor....
¡Sin tí no puedo vivir!
Si me quieres ver morir
En este instante, amor mio,
Haz que sienta mi alma el frio
De tu implacable desden;
Que la vida no es un bien
Si la amarga tu desvio.

¡Ven á mis brazos y deja
Que el mundo entero se asombre,
Que feliz al ver un hombre
Siempre de envidia se queja!
Calma el afan que me aqueja
Y la sed que me devora,
Si no quieres que la aurora,
Cuando sus alas extienda,

Aquí el cadáver sorprenda
Del infeliz que te adora!"

Erguida la altiva frente,
Crispada la blanca mano,
Con ademán soberano
Y acento breve y potente,
La dama exclamó: "¡Demente,
Demente estais, Don Tristan!
Si estuviera aquí Don Juan,
Tanta audacia se vería
Convertida en cobardía.
¡Inútil es vuestro afan!

¡Apartad de mi presencia!
¡Salid por do habeis entrado!
No sé cómo he soportado
Vuestra cínica insolencia!"
—"Es inútil resistencia
La que oponeis á mi amor."
—"En defensa de mi honor
A todo, á todo me atrevo;
Y haré, Tristan, lo que debo,
Que no conozco el temor.

Daré voces, y en mi ayuda
La servidumbre vendrá
Que de aquí os arrojará."
—"Nada á vuestro honor escuda.
Auxilio hallareis, sin duda,
Más ved cómo procedeis,
Porque de ese modo hareis
Más pública la deshonra;
Y ya ante el mundo vuestra honra
Hecha girones vereis.

¿Quién al verme en vuestro hogar
Y junto á vos á tal hora,
Nécio juzgará, señora,
Que pude hasta aquí llegar
Sin vuestra venia alcanzar?
Ese audaz atrevimiento
No cabe en el pensamiento
Del vulgo que juzga mal,
Y siente un gozo infernal
Si al prójimo dá tormento."

Esto diciendo el impío
Algunos pasos avanza,
Y hácia María se lanza;
Mas ésta con noble brío,
Con fiero ademan sombrío
Y con semblante sereno,
Lleva las manos al seno,
Y de una cinta desata
Un rico puñal de plata
De piedras preciosas lleno.

Del de Luna á gran distancia,
Porque ya alcanzarla puede,
Con rapidez retrocede
A un extremo de la estancia.
Allí con fiera arrogancia,
Con alma serena y fuerte,
Blandiendo el puñal, advierte
Al vil seductor audaz,
Que un paso, un paso no más
Le causaría la muerte.

En este instante una puerta
Con estrépito se abrió,
Y por ella penetró
Montejo. La luz incierta,
Casi á iluminar no acierta
Aquella escena espantosa.
Un grito lanza su esposa
De alegría y de temor;
Se apercibe el seductor
Para una lucha horrorosa.

Brilla el homicida acero
En las manos de Don Juan,
Y se lanza hácia Tristan,
Violento, impetuoso y fiero.
—"Ladron de mi honra, yo espero
Que pues valiente os mostrais
Con una mujer, lo seais
Con un hombre como vos.
¡Encomendaos á Dios,
Que á la muerte os acercais!"

Así exclama y es su acento
Extraño, ronco, profundo,
Cual si fuera de otro mundo
Eco de infernal concento.
En tan solemne momento,
El silencio interrumpido
Era solo por el ruido
De las vibrantes espadas,
Hàbilmente manejadas
Por agresor y agredido.

De un aposento cercano
Súbito entónces se abrió
La puerta, y apareció
La forma de un sér humano.
El sayal del franciscano
Con majestad revestia;
La barba y rostro cubria
En su ancho y largo capuz,
Y del que murió en la cruz
La santa efigie traia.

—"En nombre de Dios—clamó—
Juan Montejo, dominaos!

Y vos, Tristan, reportaos!
Lo exijo.... ¡lo mando yo!"
Y majestuoso avanzó
Con paso lento y pausado
Hasta donde, contrariado,
Reprimiendo á duras penas
El furor que ardia en sus venas,
Se hallaba el de Maldonado.

—"Obra mal el que su afrenta,
Olvidando que es cristiano,
Castigar con propia mano,
Impío, Don Juan intenta.
Muerte afrentosa y crüenta
Para dar ejemplo al mundo
De humildad y amor profundo,
Jesucristo vida y luz
Del hombre, sufrió en la cruz,
Madero santo y fecundo.

Y si el mismo Dios nos dijo
Que volvamos bien por mal,
Vuestra cólera fatal
Pecado grande es de fijo.
A los piès del crucifijo,
Que en mi indigna mano veis,
Humilde, Don Juan, debeis
Abandonarla contrito;
De lo contrario, maldito
Por Jesucristo sereis.

Y vos, Tristan, el pecado
Que más envilece al hombre,
Un negro crímen sin nombre,
Horrible, habeis perpetrado.
Y loco, desatentado,
Olvidándoos de vos mismo,
Todavía hácia el abismo
De otro nuevo crímen vais;
Y la enseñanza olvidais
De la fé del cristianismo.

El adúltero es ladron
De todo crímen capaz;
Ladron de la honra y la paz
Del ajeno corazon.
Vos decís que la pasion,
Que el amor á una mujer
No se puede contener....
¡Mentira, Tristan, mentira!
Cuando el alma al bien aspira
Todo lo puede vencer.

Juan Montejo, perdonad!
—"Es imposible, imposible....
Ha sido el ultraje horrible!
Dejadnos, por caridad."
—"Los aceros envainad,
¡Infelices! que es el duelo
Crímen que castiga el cielo
Con la pena de Caín,
Inmensa, eterna, sin fin,
Sin descanso y sin consuelo.

Vuestro es, Tristan, el delito
Que otro delito provoca:
A vos humillaros toca
Arrepentido y contrito.
Ante este Cristo bendito
Deponed vuestra pasion;
Y cerrad el corazon
A sus gritos seductores,
Y á los ódios y rencores
Que turban vuestra razon."

—"Dueño soy de mis pasiones,
De mi voluntad soy dueño;
Cesad, Padre, en vuestro empeño
Y acortad vuestras razones.
Cuando quiero oir sermones,
Por pasatiempo ó antojo,
Siempre al orador escojo
Que posea más talento,
Que lo pobre del invento
Me ha causado siempre enojo.

¿Quién sois vos? ¿con qué derecho
Os mezclais en este asunto?
¡Voto al diablo! que barrunto
Que estábais allí en acecho."
—"Es tu corazon estrecho,
Cueva en que rugiendo están
Las pasiones de Satán.
¿Quién soy, pregunta el villano?
¡Cárlos Luna y Arellano!
¡De rodillas, Don Tristan!

Así el fraile prorrumpió
Con fuerte y vibrante acento,
Y tembloroso, violento,
La capucha se arrancó.
Tristan de Luna cayó
De rodillas desplomado,
De vergüenza anonadado
Y de angustia y de terror.
—"Mi padre, exclamó, ¡qué horror!"
—"Serás, Tristan, castigado."

Cárlos Luna y Arellano
Dijo entónces á Montejo:
—"Matadle, Juan, os lo dejo,
Su vida está en vuestra mano."
—"Caballero soy cristiano
Que vuestra conducta admira

Y su venganza retira.
Se ha calmado la pasion
Que angustiaba el corazon....
¡Sólo á imitaros aspira!

Temiendo que de otra suerte
A mis noticias llegara,
Cosa posible y no rara
Con que el mundo se divierte,
Este ultraje, y que la muerte
Diera á Tristan y á María,
A quien cómplice creeria,
Vos, Don Cárlos, acertado,
Esta escena provocado
Habeis con sabiduría.

La vida á Tristan salvais,
Prestais á María ayuda,
Y de mi alma la duda
Para siempre desterrais.
¡Bendito, bendito seais!
Que de su nombre memoria
Se guarde siempre en la historia,
Por cumplido caballero,
Gobernante justiciero,
De su Patria honor y gloria!"

BERNARDO PONCE Y FONT.

Notas.

(1) El episodio que es objeto de esta leyenda, es puramente novelesco ó hijo de la imaginacion; pero los personajes que en ella figuran son todos históricos. D. Juan de Montejo y Maldonado, hijo de D. Juan y nieto de D. Francisco de Montejo, quien llevó á término la conquista de Yucatan, nació el 1º de Enero de 1577, y casó con Dª María de Velazco. El Mariscal D. Cárlos de Luna y Arellano, señor de las Villas de Siria y Borovia (España), gobernó la Península, segun Cogolludo, desde 11 de Agosto de 1604 hasta el 29 de Marzo de 1612. Su hijo, D. Tristan de Luna, solo es conocido en la historia por haber pretendido, apoyado por su padre, obtener la facultad de emprender la conquista de los Itzaes, lo cual no pùdo lograr.

(2) El año de 1605 ordenó D. Cárlos de Luna que todos los encomenderos exhibiesen los títulos de sus encomiendas, y del exámen practicado resultó que declarase vacante la de D. Juan de Montejo y Maldonado; pero su auto fué revocado por la Real Audiencia de México, y la resolucion de este elevado tribunal, confirmada por el Real Consejo de Indias.

(3) D. Cárlos de Luna y Arellano es contado en el número de los buenos gobernantes que rigieron los destinos de la península de Yucatan durante la época colonial; pero la pasion que agitaba en aquellos instantes el alma de D. Juan y su natural resentimiento por el despojo de su encomienda, le conducian á expresarse en tales términos.

(4) *Calle real de la Villa* se llamaba entónces en Mérida, á la que conducia al camino que se dirije á la en aquel tiempo todavía villa de Valladolid. Esta calle no es la misma que la que actualmente es conocida con los nombres de calle de Izamal ó de los Hidalgos, sino la que hasta hace poco se llamaba de *Dragones*, y hoy, *Central Oriente.*

(5) Esta casa es la que fabricó el conquistador D. Francisco de Montejo, (hijo) en la plaza de armas de Mérida, en donde todavía se levanta ostentando su magnífica fachada, cubierta de alegorías históricas relativas al hecho glorioso de la Conquista de la tierra de los Mayas para la fé y la civilizacion cristianas.

D. FRANCISCO ORTEGA.

Nació en México el 13 de Abril de 1793. Habiendo quedado huérfano desde muy niño, su padrino se encargó de darle educacion, la cual comenzó á recibir en el Seminario de Puebla. Concluidos sus estudios de latin y otros ramos, vino á México á cursar derecho; pero no queriendo ser gravoso á su protector, y deseando subsistir cuanto ántes por sí solo, cortó su carrera, entrando de empleado en una oficina. Desde su primera edad habíase mostrado el Sr. Ortega amantísimo de los libros; y una señora, á cuyo cuidado estuvo por algun tiempo, favoreció esta inclinacion dando á leer al estudiante convertido en empleado, comedias y dramas del teatro clásico español. La aumentó tambien su amistad con D. Manuel Carpio, de quien

fué condiscípulo en la misma ciudad de Puebla y con quien seguramente alimentó ilusiones literarias. Consecuencia de este entusiasmo fué la fundacion de una Academia privada de bellas letras, de la cual formaron parte algunos de sus amigos.—Ya en México nuestro Ortega, pudo con más elementos y en más distinguidos círculos, desarrollar sus propósitos: asistió con asiduidad á varias casas donde se reunian varios amigos de las letras, entre ellas á la Academia del Dr. Montaño, tan afamada por entónces; y habiendo presentado al distinguido concurso que la formaba su poema de *La Venida del Espíritu-Santo*, tuvo la satisfaccion de que se lo premiasen por unanimidad.—Aparte de estos triunfos y de estas pacíficas ocupaciones, Ortega obtenia en su carrera pública otros muchos, recompensa justa á sus importantes servicios. En 1824 fué nombrado prefecto del Distrito de Tulancingo, en cuyo puesto permaneció hasta 1833, y en 30, 31 y 32 habia pertenecido tambien á la legislatura del Estado de México. Se le encomendó despues la subdireccion del Establecimiento de Ciencias Ideológicas y Humanidades, en el cual sirvió además varias cátedras; y por último, suprimido este plantel en 1835, fué llamado á desempeñar un empleo en la Casa de Moneda y nombrado senador en los años de 1837 y 1838.—Ortega se hizo notar siempre en su carrera de empleado por su eficacia, honradez y desprendimiento; y cuenta que en medio de sus complicadas atenciones no dejaba de escribir sobre diversas materias, ya en opúsculos especiales, ya en periódicos, para ilustrar las cuestiones de actualidad ligadas con el servicio público y la mejor administracion. Escribió además muchas poesías, un melodrama, *México Libre*, representado en esta capital el 27 de Octubre de 1821, y algunas comedias: publicó por primera vez la *Historia de México*, escrita á fines del siglo pasado por el esclarecido mexicano D. Mariano Veytia, y que éste dejó sin terminar á causa de su muerte. Ortega, hombre de vastos estudios y de muy recto y sano juicio, la concluyó del todo.—Sus poesías, así como sus traducciones, se publicaron en 1839; y diez años despues, el 11 de Mayo de 1849, despues de una vida laboriosa empleada en servir á su patria, el honrado D. Francisco Ortega bajó al sepulcro con gran sentimiento de sus amigos y de cuantos conocian sus bellas cualidades, su instruccion, su amor al trabajo y al estudio. Él marca, como ha dicho un escritor, un paso de adelantamiento en la poesía mexicana; la versificacion y la locucion de Ortega son muy superiores á las de sus contemporáneos; su lenguaje es más puro y más castizo; las imágenes más limpias; los giros más naturales y más propios. Ortega se distinguió principalmente como poeta religioso: en este género, su piedad conmueve, muéstrase lleno de ardor y abundan en él levantadas ideas; su estilo es entónces suave y apacible, armoniosos sus versos, los pensamientos verdaderos. Sus odas patrióticas son tímidas; pero, por lo general, ellas, lo mismo que sus demás composiciones, no carecen de belleza.

VICTORIANO AGÜEROS.

EFECTOS DEL AMOR.

Este amoroso tormento,
Que en mi corazon se ve,
Sé, que lo siento, y no sé
La causa por qué lo siento.
Siento una grave agonía,
Por lograr un devaneo,
Que empieza como deseo,
Y pára en melancolía.
Siento un anhelo tirano
Por la ocasion á que aspiro,
Y cuando cerca la miro,
Yo misma aparto la mano.
Siento mal del mismo bien,
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor,
Tal vez á mostrar desdén.
Con poca causa ofendida,
Suelo en mitad de mi amor,
Negar un leve favor
A quien le diera la vida.

Sin bastantes fundamentos
Forman mis tristes cuidados,
De conceptos engañados,
Un monte de sentimientos.
Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razon,
Que no habrá satisfaccion
Que pueda templar mi saña.
Y cuando averiguar llego
El agravio porque riño,
Es como espanto de niño,
Que pára en burlas y juego.
No huyo el mal, ni busco el bien;
Porque en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desdén.
En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solicito el desengaño,
Y no encontrarlo deseo.
Si alguno mis quejas oye,
Más á decirlas me obliga,
Porque me las contradiga,
Que no porque las apoye.
Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero,
Porque pasa de locura.
Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor,
Entenderá lo que digo.

Sor Juana Inés de la Cruz.

D. FERNANDO CALDERON.

Hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de Julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educacion, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo aficion decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado en grado tal, que á los quince años hacia ya muy buenos versos y se distinguia por su saber entre sus compañeros, siendo digno de notar que debido á esa misma aplicacion alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando solo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de *Reinaldo y Elina*, bastante bueno para su corta edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices. Concluidos sus estudios, pasó á Zacatecas donde comenzó á ejercer su honrosa profesion, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al contrario, dió á la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas, que hicieron su nombre popular y apreciado.—Contribuyendo, acaso principalmente, este triunfo á despertar en él deseos de figurar en otra esfera, pronto se mezcló en la política del Estado, llegando su entusiasmo por ella hasta tomar las armas en 1835, para defender y proteger las tendencias de su partido: en ese mismo año quedó gravemente herido en un combate. A poco fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse á México, abandonando así el manejo y administracion de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas y de influencia, que se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letran, fundada hacia poco, la cual lo recibió gustosa en su seno. Allí, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquin Pesado, de Lacunza y otros literatos inolvidables, se despertaron en nuestro Calderon, por explicarme así, nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario, estudió los buenos modelos y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber y erudicion de sus nuevos amigos. Sus composiciones de entónces revelaban estudios y detenimiento, y tenian un lenguaje más cuidado y la locucion era más clara y natural. Calderon, en las consultas que hacia á aquellos distinguidos maestros, se mostraba siempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones, y seguia el camino que ellos le marcaban; de manera que su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las

obras que ya tenia escritas y otras que nuevamente compuso, como *A ninguna de las tres*, *El Torneo*, *Ana Bolena* y *Herman, ó la Vuelta del Cruzado*. Los triunfos que Calderon obtuvo con la representacion de estas composiciones, influyeron seguramente en que D. José María Tornel, ministro de la guerra y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase cerca del gobierno de Zacatecas para que levantase á autor tan distinguido el destierro que le habia impuesto, pues que *el génio*—decia—*no tiene enemigos, y los talentos deben respetarse por las revoluciones*. Oida y atendida como lo merecia esta peticion, Calderon pudo volver ya á Zacatecas, y algun tiempo despues de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia, en seguida electo diputado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaría de gobierno. Retirado á la vida privada, en donde no escasearon para él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo llevó al sepulcro el 18 de Enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de *El Caballero Negro*, y un poema con el de *La Creacion*. Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edicion apareció con prólogo de D. José Joaquin Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Calderon—dice el primero—algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ¡cuánta poesía, cuanta dulzura, y á veces, cuánto fuego! Su locucion es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor; así es que al pasar la vista por sus páginas, se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazon. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto comun en los ingenios dotados de aquella rica prenda. El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende."—Aunque despues de este elocuente elogio nada deberia yo agregar, diré sin embargo, que en mi humilde parecer, Calderon es más notable y digno de admiracion como poeta lírico que como poeta dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el Sr. Couto de *ensayos felices*, adolecen, por lo general, de los defectos que el romanticismo produjo en nuestra literatura; el lenguaje, si bien es fácil y animado, tiene á veces cierta profusion de adornos que le quitan toda la naturalidad; la accion camina en medio de muchas circunstancias que además de dividir la atencion, dejan adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.—Calderon, por lo mismo, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas acredita su mérito: conviene tambien no olvidar que él y Rodriguez Galvan dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que todos se dedicaban á la poesía puramente lírica.

VICTORIANO AGÜEROS.

ODA

A SANTA TERESA DE JESUS.

Limpia joya de España,
Del Carmelo regalo y hermosura,
¿Qué luz tu frente baña
De serena dulzura,
De alegre majestad y compostura?

El alma de tu Esposo,
Con la tuya purísima enlazada
En éxtasis sabroso,
Enciende enamorada
En apacible fuego tu mirada.

Embalsamado lecho
De azucenas purísimas y rosas
Le brindas en tu pecho,
Y en su seno reposas
Al son de sus querellas deliciosas.

De su labio, que mana
Fragante miel de lirios inmortales,
Dulzura sobrehumana
Aspiran á raudales
Tus encendidos labios virginales.

Y viértesla á torrentes
En el pecho de mil generaciones,
Que te escuchan fervientes;
Pues corona tus dones
El don de enamorar los corazones.

Pendientes de tus labios,
Aprenden celestial sabiduría
Atónitos los sabios:
Quien te elige por guia
Derecho va á la luz de eterno dia.

¿Y tú sola ignorabas
La divinal, espléndida riqueza
Que en el alma guardabas!
¿Cómo ¡ay! en tanta alteza
Puedes no más pensar en tu bajeza?

Del amor que atesora
Tu generoso corazon te olvidas;
Y pobre pecadora,
Juzgas en tí perdidas
Las arras del Esposo recibidas.

¡Oh misterio profundo
De santidad! ¿De sí tan bajo siente
Alma que huella el mundo
Con planta indiferente,
Y cuanto precia el mundo locamente!

¡Alma que en casto fuego
Ardiendo por Jesus crucificado,
Pide en perenne ruego
Padecer continuado
ó *muerte* que la junte con su Amado!

¡Alma que en santo vuelo
Se eleva, de sí misma desprendida,
Y se abisma en el cielo,
Y en tu seno escondida,
Vive, oh Fuente del ser, tu propia vida!

Y yo que traigo escritos
En la frente asquerosa todavía
Con cieno mis delitos;
Yo que ciego vivia
Gastando en tus ofensas noche y dia;

Yo, gran Señor, que ahora
—Cuando ya tus piedades me arrancaron
A tu ira vengadora,
Y mi senda alumbraron,
Y mi torcido rumbo enderezaron.

Aún embebecido
Me paro á contemplar, falto de aliento,
El árbol defendido,
Y tentado me siento
A buscar en sus ramas alimento;

Yo, triste, que deliro
Por sosegada vida y sin quebranto,
Y si por tí suspiro,
Es no más, cielo santo,
Por que término pongas á mi llanto;

¡Escondo mis flaquezas
Del mundo y de mí mismo á las miradas;
Y las pobres riquezas
Ostento mal guardadas,
Por tu bondad en mí depositadas!

Por eso tú, Dios mio,
El ardor vigoroso de tu aliento
Niegas al pecho mio;
Y tibio y soñoliento,
Jamas en tus festines hallo asiento.

Mas á Teresa diste
De todas tus riquezas los primores,
Diadema le ceñiste
De inmarcesibles flores
Y abrasaste su pecho en tus amores.

Vírgen hermosa y pura,
Alúmbrese á la luz de tu aureola
Tu patria sin ventura;
Mas no tu patria sola,
Que México tambien es Española.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

1883.

El Rey y el Bufon.

(CUENTO.)

I.

Prólogo.

El esqueleto de este cuento ha sido exhumado de los libros ingleses de caballería del siglo XIII. El autor, más aficionado á las limpias y frescas pastas modernas que al polvo de los cronicones, halló el asunto en el "Curso de literatura francesa" de Villemain, quien descubre aquí el gérmen del estilo joco-serio que llaman humorístico los britanos; "que constituye—dice el mismo escritor frances—el principal mérito de

Swif y de Sterne, y parece pertenecer á un pueblo ilustrado, que se ocupa en sus negocios y que se sirve del ingenio para aguzar el buen sentido y no para darle de mano."

Tal estilo, que distingue á Cárlos Dickens, primer novelista hoy, no es, sin embargo, peculiar de los ingleses, puesto que le hallamos en Cervantes, el primer novelista de todos los tiempos, y en el género de literatura española que Lesage explotó y mejoró trasplantándole á la Francia. Si suele no agradar á académicos graves y á críticos exigentes, halaga á toda la gente de buen humor. Mucho hay que decir en pró de la unidad de tono; pero su variedad ameniza y divierte, imita á la naturaleza, es trasunto de la vida humana, y, léjos de excluir, refuerza útiles enseñanzas. Las mejores frutas de otoño para mi paladar son las agridulces: si tú, lector, prefieres otras, cierra el libro. En todo caso, el prólogo de este cuento tiene el mérito de ser corto, y de no referir vidas propias ni ajenas.

II.

Vísperas sicilianas.

No se trata aquí de la degollacion de franceses, ni de vísperas en que haya habido la menor efusion de sangre.

Trátase de las vísperas celebradas en la catedral ó iglesia matriz de Siracusa, capital de la isla y del reino de Sicilia, el 23 de Junio de algun año de los siglos XI ó XII de la era cristiana, en honor y culto del Precursor San Juan Bautista.

Como aún no regia el principio de separacion del Estado y la Iglesia, el rey pudo asistir á tales vísperas sin conculcarle, y sin temor á las declamaciones de la imprenta, que no habia sido inventada.

Recibido por los canónigos en el coro, como lugar de mayor distincion y honra, no debió guardar en él la compostura que Felipe II siglos despues en el monasterio del Escorial, durante las vísperas de la festividad de Todos los Santos, cuando sus áulicos no se atrevieron á distraerle con futilidades como la noticia de la victoria de Lepanto.

Entretenido el soberano de Trinacria con el cálculo de las riquezas de su ínsula, llamada entónces el granero de Roma; ó recordando las hazañas y travesuras de los Dionisios ó de Rogerio el Normando, antecesores suyos; ó proyectando á falta de ferrocarriles y telégrafos, remover y extraer las rocas de Scylla, cegar el abismo de Charibdis, ó apagar el fuego del Etna, cuyo azufre no podia contratar con los ingleses, vagaba su imaginacion en cosas extrañas á la ceremonia religiosa; ó se adormecia su espíritu con los versos de Teócrito, el compasado martillar de los cíclopes, los inútiles suspiros de Polifemo, los problemas de Arquímedes, ó quizá la dificultosa digestion de algunas hojuelas endulzadas con miel hiblea; cuando le sacaron bruscamente de su divagacion ó letargo estas frases del *Magnificat* en el oficio de vísperas, recitadas con estentórea voz en el coro:

"Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles;"

ó sea, "Derribó de su asiento á los poderosos y elevó á los humildes."

—¿Cómo se entiende? exclamó el rey, extendiendo la diestra en ademan de suspender el oficio, y viendo con irritados ojos al cabildo.

Para que se comprenda la intensidad de la indignacion real, preciso es dar idea del monarca y de su carácter.

III.

El Rey de Sicilia y su Bufon.

El rey se llamaba Roberto, y además de jóven y hermoso, era fuerte entre los fuertes, y valiente hasta la temeridad. En cuanto á dotes intelectuales, reunia á la viveza, el espíritu de observacion y de estudio, amaba las artes, y se hallaba, como hoy decimos, á la altura de los conocimientos de su época. Voltaire, que llamó á Federico de Prusia Salomon del Norte, habria llamado Salomon del Sur á Roberto de Sicilia si algo hubiera esperado de él. Era hermano del Papa Urbano y del emperador de

Alemania; sin que el cronista explique á cuál de los [illegible]banos, ni á cuál de los emperadores se refiere. En lo doméstico le hacia feliz su esposa, bellísima descendiente de los colonos dóricos ó jóni cos de Trinacria: y en lo público, sus ministros eran complacientes como los de ahora, y estaba exento de la formacion y discusion del presupuesto, y de la censura parlamentaria.

Pero la vida es lucha y milicia, como dice Job, y el hombre que carece de enemigos se los forja con el limo de sus propias pasiones. La paz y prosperidad de su Estado, el ejercicio de un poder sin contradicciones ni obstáculos, la conciencia del propio mérito y los homenajes y adulaciones de su corte, encendieron en el corazon y la mente del rey la llama del orgullo y de la soberbia, que cunde y se extiende con mayor rapidez que incendio de selva en estío. Ni hubo ya consideraciones y alabanzas á su persona que no le parecieran debidas é insuficientes, ni prosperidad ajena que no le dañara. Empezando por creerse fuera del nivel de los hombres, acabó por no reconocer superior en ningun órden de séres: y anticipándose y mejorando á Comte que sustituye á la Divinidad el Gran-Todo compuesto de la humanidad y áun de los animales irracionales útiles ó de buena conducta, irracionalmente hablando, se declaró á sí mismo lo único digno de la adoracion ajena y de la propia. Vió sucesivamente con lástima, desden, envidia y enojo la honradez y el saber de los nobles de su corte, y el poder y la riqueza de los demás soberanos, grandes y buenos amigos y parientes suyos; y por alguna de esas puerilidades no raras en quien se hace esclavo de la tal pasion del orgullo, vino á no hallar contentamiento en más compañía y trato que los de su bufon, Benito, que le adulaba y mordia á los demás para ganar honradamente el pan.

Era, despues de todo, hombre ménos malo que el Rey el Bufon; feo de encargo, de miras y conocimientos limitadísimos, y que si se burlaba de toda la corte, inclusive el monarca, lo mismo lisonjeando que zahiriendo por razon de su oficio, tenia gran fondo de humildad y se juzgaba el sér más desgraciado y despreciable de toda Sicilia. A los piés de Roberto se hallaba en el coro en las vísperas de San Juan Bautista; y fué tal la indignacion que vió en el rostro de su amo al recitarse el pasaje del *Magnificat:*

"Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles,"

que, en vez de llenar sus obligaciones de costumbre remedando la actitud y la cólera de aquel nuevo Júpiter, temió él mismo sus rayos, escondió la cara entre las manos, y estuvo á punto de desear que se le tragara la tierra.

Tales eran y aparecian en aquel momento Roberto y Benito; ó sea el Rey de Sicilia y su Bufon.

IV.

Continuacion y fin de las vísperas.—Cambio de papeles.

¿Qué pasó por la mente de Roberto al oir aquellos versículos? Algo como la forma tangible de un absurdo en el terreno de la verdad y de la lógica, y de una grave ofensa á la majestad real y á su persona.

—¿Cómo se entiende? repitió, con la diestra extendida para suspender el rezo de los canónigos.

El dean, hombre grave y reposado, aunque sorprendido del arrebato y la pregunta del Rey, le contestó con toda calma y claridad, que es tal el poder de Dios, que en solo un instante y á su arbitrio, abate lo más alto y eleva lo más bajo y rastrero. Más y más irritado con esta explicacion el monarca, dijo que él podia destruir y habia ya destruido á todos sus enemigos: que no habia ni en la tierra ni sobre ella quien tuviera la facultad ni los medios de derribarle; y que, de consiguiente, lo que se acababa de leer y de cantar en el coro no pasaba de fábula, inconveniente é irrespetuosísima hácia el jefe del Estado, y nociva al Estado mismo por las extraviadas y peligrosas ideas que despertaria en los vasallos; en cuya virtud, quedaba solemnemente prohibida desde ese punto la repeticion en aquel ó cualesquiera otros oficios eclesiásticos, de los

consabidos versículos latinos, que tampoco podrian ser vertidos en romance sin delito de lesa-majestad. Dicho lo cual, volvió á divagar ó á dormitar el Rey, y continuaron las vísperas.

Aquí es donde, sobre todo, necesito apelar á la fé de mis lectores y apoyarme en la crónica inglesa. Segun ella y otras noticias é inducciones posteriores, por permision ó disposicion divina, los espíritus del Rey y del Bufon cambiaron mútua y respectivamente de cuerpo, quedando albergada el alma de Roberto en la fea y enojosa cárcel material de Benito; y alojándose el alma de éste en la arrogante y suntuosa forma del soberano de Trinacria, y por ende en el trono y con derecho de horca y cuchillo respecto de todo siciliano: suceso sin precedente, que es muy dudoso que se haya repetido, y que, como es fácil suponer, se realizó sin protesta, ni conocimiento, ni simple sospecha de los canónigos, ni de los fieles de Siracusa, ni de los demas vasallos de la corona, ni de los grandes y buenos amigos y parientes de Roberto; si bien, como el corazon de la mujer es lo ménos susceptible de engañarse, la del antiguo monarca, viendo algo de raro é inexplicable en el nuevo, acudió á tiempo á refugiarse á la sombra de su cuñado el Papa, y se retrajo en un convento de Roma.

Para no anticipar noticias, diré que, terminadas las vísperas, Benito, á quien el esplendor de su nueva posicion tenia bien despierto, se retiró con sus ministros y cortesanos, no sin otorgar alguna merced á la iglesia y al cabildo; y Roberto, que se habia quedado dormido despues de su cólera, fué despertado por las llaves del sacristan y echado á deshora por el perrero. Llamó á la puerta del palacio; le abrieron; penetró con desenfado, ó, más bien, con enfado sumo en la sala del trono, y como quiso despojar de él á Benito—que ya estaba allí bien hallado—y protestó ahorcarle en compañía de todos los personajes presentes, rióse de buena gana la corte y convino en que la sal y el chiste del Bufon cada vez eran mayores, y en que debia aumentársele el sueldo.

V.

Primera época del reinado de Benito

Pocas trasmisiones de poder habrá habido más pacíficas que ésta, lo cual se comprenderá despues de lo expuesto.

Como el nuevo Rey entraba en posesion, no solo de las prerogativas, sino tambien del físico y hábitos del antiguo, no tuvo que estudiar el modo de empuñar el cetro, de calarse la corona y de llevar con aire despejado el manto; y pudo consagrar toda su atencion y todo su tiempo á los altos y bajos asuntos públicos.

Se ha dicho ya que Benito era humilde en sumo grado, y de no malos sentimientos. Trató, pues, comedida y afablemente á grandes y pequeños; dispensó á su pueblo el bien de justicia, que cada dia escasea más; y, recordando las angustias de su propia pobreza, bajó la tasa del pan y de la sal.

Incapaz, por lo limitado de sus conocimientos y aspiraciones, de comprender las ventajas ni los medios de cegar las fauces de Charibdis y de apagar el resuello al Etna, tuvo, sin embargo, el buen sentido de dejar que sus ministros siguieran hablando de la urgente necesidad de realizar esas grandes mejoras materiales, lo cual bastó á mantener contenta y satisfecha á la parte de la poblacion de Trinacria más ilustrada y ávida de progreso.

Para colmo de dichas, una invasion normanda, venida del continente italiano, fué rechazada. Benito, que no era hombre de armas, y que, para salvar la dignidad de la corona, permaneció en el pajar del palacio durante la gresca, salió despues de ella á arengar á sus tropas vencedoras y á perseguir á los vencidos; y tuvo la inesperada satisfaccion de ver su busto, coronado de laureles, en medallas de cobre como las acuñadas en honor de los emperadores romanos. Apellidáronle rayo de la guerra algunos poetas, y todo el parnaso local convino en que aquel siglo era el de Augusto para Sicilia.

VI.

Penas y reflexiones de Roberto.

El brillantísimo estreno de Roberto

en su segundo papel, no fué bastante á hacerle amar el nuevo oficio. Insistió en tener explicaciones con Benito y hasta quiso matarle. La corte aplaudia más y más la sublimidad del chiste; pero el rey que tenia sus razones para no gustar de él, privó al bufon de espada, y en compensacion le hizo aplicar algunos latigazos. Estos y el hambre pusieron límite á las manifestaciones de rabia de Roberto, quien llegó, por necesidad y convencimiento, á la más rara perfeccion de la bufonería.

Uno de sus tormentos más intensos nacia de la observacion de que, no obstante la ignorancia y nulidad de Benito, nadie echaba de ménos en él las altas cualidades de su antecesor; cualidades que todos, al contrario, acaso por la fuerza de la costumbre y de las ideas preconcebidas, seguian contemplando y admirando hasta con creces en el monarca actual. Lo que hallaba todavía más desesperante Roberto, era que el reino prosperaba en paz y riqueza y en la consideracion de los demás pueblos. El papa Urbano y el emperador aleman se enorgullecian de su parentesco con el soberano de Trinacria, y le consultaban los más árduos negocios. El reino siciliano era un reino modelo, que pesaba más que otro alguno en la balanza europea.

El respeto y los aplausos tributados ántes á Roberto ¿lo fueron á sus propias prendas de hombre privado y público; ó á lo alto de su posicion, y á la posesion del poder, que infunde temores y amamanta esperanzas en todos?

¿Hay una Providencia que se complace en escoger los instrumentos más humildes para sus más vastas obras, y en enderezar al acierto y al bien de la comunidad el gobierno de gentes que no saben leer ni escribir?

Tales llegaron á ser para Roberto, andando el tiempo, los principales temas de sus reflexiones; sombra y figura del sistema hidropático, y que, empezando por enfriar su soberbia y calmar su desesperacion, acabaron por hacerle aceptar su bajo y despreciable oficio como justa expiacion de sus errores y desvaríos.

VII.

Segunda y última época del reinado de Benito

El antiguo Bufon, que tan excelentes dotes de gobernante habia mostrado al principio, no pudo, al cabo, salir airoso de la terrible prueba de la prosperidad y de la grandeza.

Hízose flojo y holgazan y amante de placeres vedados; y para no tener que administrar justicia, instituyó una especie de jurados que solian dejar impune el crímen.

Hízose avaro, y no bastándole los tributos antiguos, decretó una contribucion parecida á la del Timbre, haciendo aplicar obleas con la estampada figura de un ogro, en representacion del erario, al pan con que se alimentaban sus fieles vasallos.

Pero, sobre todo, se hizo orgulloso y soberbio; se olvidó por completo de su antigua bajísima condicion, ó llegó á creer que habia sido sueño y pesadilla; vió con desprecio á grandes y chicos; sintióse lastimado de todo bien y contento ajeno; muy encima de las consideraciones y alabanzas que se le tributaban; fuera del más alto nivel de los hombres; sin superior en la tierra ni en otras partes, y único objeto digno de la adoracion del mundo y de sí mismo.

Sin personalidades ni indirectas se podria decir que el caso era eminentemente bufo.

VIII.

Nuevas vísperas

Tal era el estado de las cosas, ó más bien, de las personas, puesto que del Rey y del Bufon se trata, cuando un nuevo 23 de Junio hizo acudir á entrambos á las solemnes vísperas de San Juan Bautista en la catedral de Siracusa.

Pensaba el Rey en sus truhanerías y el Bufon en sus penas, cuando los canónigos intimidados con el recuerdo de lo acaecido el año anterior y juzgando que en conciencia, no podian alterar el texto del oficio, recitaron en voz baja y poco inteligible aquello de

"Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles."

—¿Qué significa eso? preguntó Benito, que no sabia latin, y á quien alguna siniestra inspiracion ó vaga memoria hizo maliciar el contenido de los versículos.

—Significa que Dios abate á los poderosos y exalta á los humildes, contestó el dean; no sin apañar su breviario á guisa de escudo, al ver la alta indignacion aparecida en el rostro y los ademanes del monarca.

—No pasa de conseja lo que rezais, continuó éste. No hay en tierra ni cielo quien pueda abatir al rey de Sicilia, vencedor de la invasion normanda y consejero de los soberanos de Europa.

Observa aquí la crónica que Benito, por inspiracion y movimientos propios y espontáneos, volvió á su papel y oficio de Bufon en el punto en que ahora remedó las frases y ademanes de Roberto en las vísperas anteriores.

Recobrando el mismo Benito su antigua condicion y su antiguo cuerpo, el verdadero Rey volvió á juntarse con el suyo; y se agrega, redundantemente á mi juicio, que estaba muy aprovechado de la leccion, y sin riesgo de olvidarla.

IX.

Conclusion.

Esta segunda trasmision de poder pasó tan inadvertida como la primera.

La gente, que comenzaba á murmurar y á rabiar con los desmanes de Benito, se calmó y contentó, y reanudó el coro de sus alabanzas á Roberto, á quien nada habia que pedir en el desempeño de su alto encargo.

No obstante ello, esa misma gente, fastidiada al cabo de algunos meses, del exceso de paz y prosperidad, y deseosa de emociones y cambios, fué á agruparse en torno de la bandera comunista que el Bufon, mal hallado con su segundo cambio y creyéndose indebida é indignamente despojado de la púrpura real, acababa de levantar en las asperezas del Mongibelo, prometiendo, entre otras reformas, la abolicion de la especie de Timbre que él mismo habia decretado.

Roberto allegó sus tropas, marchó con ellas contra Benito, y en un abrir y cerrar de ojos le derrotó y ahorcó.

Y aquí termina la historia del Bufon que nunca dejó de serlo.

La gente que le seguia, al verse vencida y deshecha, empezó á maliciar su propio error, y acabó por declararse partidaria de Roberto, ganarle sueldo, y proclamarle el mejor de los reyes en el mejor de los pueblos sábiamente gobernados.

Ni esto, ni la experiencia que habia prácticament eadquirido Roberto en sus dias de expiacion, cooperaron á hacerle formar de la especie humana en general, y de las dulzuras, ventajas y eficacia del poder, mejor idea que la que ya tenia en mientes. Habia visto que los vasallos son carneros ó tigres de quienes es fácil sacar partido; y que el monarca más celoso y justiciero no puede remediar, ni conocer, ni sospechar siquiera los abusos y los padecimientos de que son víctima los súbditos. Al recobrar Roberto la humildad y la bondad, y al ganar en saber y experiencia, se habia inutilizado para el mando. ¡Cosas de este mundo y de nosotros los hombres! Contra el dictámen de los más notables de Sicilia, y de acuerdo con sus hermanos el emperador y el Papa, convocó en Siracusa córtes, y ante ellas se despojó de la corona y la puso en las sienes de un sobrino más ó ménos listo ó negado; yéndose él en seguida al campo á plantar vides y á fundar y curar colmenas, y à amar á su mujer, y á filosofar á sus anchas, sin temor de aduladores, ni de asesinos, ni de pretendientes de empleo, y aconsejando á los demás sicilianos, ya sus iguales, que se conformaran con lo que dios da, y no pidieran gollerías á los gobernantes.

¡Con qué vicio se dieron las uvas, y qué copia de miel hiblea, verdaderamente garantizada, se juntó en la heredad de Roberto! ¡Cómo le proporcionaron las unas el generoso vino que conforta y alegra la vejez; y le hizo la otra más sabrosas las hojuelas á que siempre fué tan aficionado! ¡Qué amante y hermosa era la griega, siempre jóven, sin alba-

yalde ni postizos, ni melindres de sensible, ni pretensiones de erudita! ¡Cómo alegraban la vista de los esposos, en bellísimas lontananzas y bajo un cielo siempre sereno y despejado, los valles y las montañas de Trinacria y las azules y espumosas ondas del Mediterráneo! ¡Cuán bien les arrullaban el sueño los rugidos del Charibdis y el Etna que no habia ya necesidad de cegar ni apagar! Pero, si yo siguiera hablando de paz y bienestar y satisfacciones campestres, se trocaria en idilio mi cuento. Dóile punto, agregando, con referencia á la tradicion, que aquí termina la historia del Rey que se hizo bueno y no sirvió ya para rey.

José M. Roa Bárcena.

GABRIELA.

AL DR. FRANCISCO MONTES DE OCA.

I.

Sin más testigo que el sol,
que su luz al mundo roba,
está Gabriela en la playa
con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
sobre la arena rebosa
y las plantas de Gabriela
casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
á todos lados y llora:
al fin se detiene inmóvil;
ya sonríe, ya solloza;
sobre el seno palpitante
la gentil cabeza dobla;
sus brazos cuelgan; las manos
entreteje una con otra,
y vaga, sin que se fije
ni en el cielo ni en las olas,
entre las olas y el cielo,
su mirada melancólica;
su suelto cabello agita
la brisa murmuradora,
y entre sus hebras de oro
prendida lleva una rosa.
Cerca de ella está amarrada
una barca pescadora,
y entre los médanos áridos
que el huracan amontona,
de una humilde ranchería
se ven las modestas chozas
y el vetusto campanario
de una capilla católica,
con una sola campana,
con una campana sola,
que en aquel instante mismo
á las oraciones toca.

II.

El corazon se estremece
de Gabriela.... ¡Ya es la hora!
Ya no ha de tardar su Félix.
Al fin su Félix asoma:
Félix llega triste y pálido,
algo tiene; algo le enoja;
le da su mano, y su mano
está fria y temblorosa.
Ya no tiene como en ántes
la mirada halagadora;
parece que tiene miedo,
parece que se abochorna,
parece, cuando se acerca
á la niña encantadora,
que una oculta voz le dice:
"¿Por qué, Félix, la traicionas?"

III.

—Félix,—murmura Gabriela.—
Y era su voz melodiosa
como suspiro del aura,
como arrullo de paloma.
—Félix, amor de mi vida,
te he esperado muchas horas,
muchas..¡Ingrato!..¡Y no has ido!
¡Cómo te aguardaba ansiosa
en mi ventana! ¿No sabes
lo que mi pecho te adora?
¿En qué estás pensando, Félix?
Díme..¿Por qué me abandonas?
¿Es verdad cuanto me han dicho?
¿A otra quieres? ¿Amas á otra?
¿Que hablar con ella te vieron?
¿Que en el templo la enamoras?
¿Que á todas partes la sigues
y que de noche la rondas,
y que suspiras enfrente
de su reja silenciosa?
¡No te he visto en siete noches!
¡Aquí están las siete rosas!
¡Que te cuenten mi congoja!
¿Las quieres? Mira éstas, mustias,
marchitas y sin aroma.
Mira ésta, que áun tiene vida.
Aquí tienes la de ahora.
Si me amas como otro tiempo,

dale un beso en la corola.
Si es verdad lo que me han dicho,
Entónces, Félix..... ¡Deshójala!—
Félix de la bella mano
de la niña la flor toma.
y los pétalos arranca
y en la arena los arroja.
—Más tiempo no he de engañarte,
pobre Gabriela, perdona;
que para esta misma noche
concertada está mi boda.—
Dice el infame.. Se aleja..
Y quedó Gabriela atónita,
fija la vista en la arena,
fija la vista en las hojas.
¡Siente que le falta vida,
que su razon se trastorna,
que todo en torno se mueve,
que se cae, que se ahoga!

IV.

¡Fantasmas de oro y de nieve
que poblásteis su memoria,
huid y desvaneceos
como la luz en la sombra!
Soñando estaba despierta;
ya no sueña.... ¡Qué espantosa
pesadilla entre sus lazos
su alma mísera aprisiona!
Gabriela.... ¡Infeliz Gabriela!
¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
que en ella velan tus padres,
que en ella tus padres lloran!

V.

¡Ay!.... Permanece en la playa
inmóvil y silenciosa....
Para ella el mundo es la tumba.
¡Y ella está en la tumba, sola!
Nada mira, nada escucha,
la razon perdida, loca,
vagabundas las ideas
en torno á su mente flotan,
como ráfagas brillantes
de luz en cavernas hondas,
como de una arpa lejana
las inarmónicas notas.
¡Estrellas de un cielo puro
que su luz pálida agotan,
roncos gemidos de muerte
entre cánticos de gloria!
No ha visto en el horizonte
una parda nube torva,
que extiende sus negras alas
y el diáfano espacio entolda.
Se figura que ha caido
de su frente una corona;
que son pedazos de su alma
aquellas hojas de rosa;
que está escrito en cada una
un libro entero, una historia
de malogrados afectos,
de esperanzas ilusorias;
que allí están sus alegrías,
sus juveniles zozobras,
las lágrimas de sus ojos,
las sonrisas de su boca.

VI.

Se le figura el nublado
ancha sábana mortuoria,
y la luz de los relámpagos
las sepulcrales antorchas......
....
Rápida, como impulsada
por atraccion misteriosa,
dirige el paso anhelante
á la barca pescadora.
Entra en ella, en los abismos
el timon y el remo arroja,
y desamarrando el cable
que la sujeta á una argolla,
entrega el débil madero
al hondo mar que le azota,
y el huracan lo arrebata
entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche
larga, negra y tempestuosa,
entre el abismo del cielo
y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe.—¡Al otro dia
vieron una barca rota,
y el cadáver de Gabriela
junto á un peñon de la costa!

José Peon y Contreras.

CANTAR AZTECA.

Te encargo, dulce bien, que cuando mueras,
Me sepultes en esta choza umbría,
En el lugar do enciendes viva hoguera,
Para cocer el pan de cada dia.
Si al recordarme, alguno sorprendiera
Tu oculto padecer, ¡oh amada mía!
Díle que el humo de las verdes ramas
Hace brotar el llanto que derramas.

COLOQUIO

DE SANTA TERESA DE JESUS.

Domine, aut pàti, aut mori.

SONETO.

Padecer ó morir ¡del alma Dueño!
Es cuanto pido de mi amor en pago:
De mil muertes pasar por el estrago,
Ó la vida rendir en tal empeño.
Por Tí abrazada de la Cruz al leño,
La amarga hiel seráme dulce trago,
Cual seráme la muerte anhelo vago
De recordar tras apacible sueño.
¡Qué es la muerte por Tí? ¿qué la amargura,
Si con ardor el pecho ¡ay! te adora?
¿Cómo sentir podrá fiera tristura,
Quien no más de tu vida se enamora?....
Ó para más sufrir y más quererte
Vida me das, ó mándame la muerte.

México, 16 de Octubre de 1882.

DR. AGRAZ

NOTA.—En mi soneto de la página 162 quiso hacer una variante el cajista. Yo habia escrito:

Que al Dios altísimo venganza clama,

y el cajista corrigió:

Que al altísimo Dios venganza clama.

El primer verso es el genuino.

D. MANUEL PEREZ SALAZAR.

(*Prólogo á la coleccion de sus poesías, publicadas en 1876.*)

I.

Empeño sobrado trabajoso es para mis fuerzas escribir el prólogo de las estimables joyas que para honra de Puebla, lustre de la patria y ornamento de las letras hispano-americanas, salen hoy á la luz pública coleccionadas en el presente volúmen. Sin hacer el menor agravio al ingenio que las produjo, y sin temer que desde la tumba me dirija una tierna reconvencion, atrévome á afirmar, que si el entendido filósofo y dulce poeta D. Manuel Perez Salazar, por dicha viviese todavía y tratase de dar á la estampa sus bellas piezas líricas, de seguro que no habria de confiar al ministerio de mi poco autorizada pluma la formacion de este trabajo. Cuantos han tenido ocasion de hacer justicia al mérito de Perez Salazar, y señaladamente los hijos de esta culta Puebla, que saben con orgullo lo que aquel valia, son tambien jueces competentes para fallar acerca de un temor que nada tiene de comun con la modestia fingida.

Porque ello es cierto, que nuestro autor, por la posicion distinguida en que plugo á Dios colocarle; por la elevacion de su carácter, limpieza de sus costumbres y amenidad de su trato; y más que todo, por las altas dotes de su talento é infatigable dedicacion al estudio, contrajo desde su mocedad los más tiernos vínculos con no pocos sábios, sin que fuese el menor fruto de tan asíduos afanes la estima en que los doctos le tuvieron. A alguno de ellos, que no á mí, tocaba de derecho el realzar con un nombre ilustre en la república literaria, el libro en que se reuniesen las dulces trovas que acá y allá esparcidas merecieron universal aplauso.

Se ha dicho que la ignorancia es atrevida: la gratitud acaso no lo es ménos; que ella es hija del más noble afecto del alma, y todo lo arrostra, y nada ni nadie puede impedir sus nobles manifestaciones.

Disculpada queda, á mi ver, con esto la osadía; y no porque un excusable apresuramiento pretenda pagar esa deuda, que, cual dijera Garcilaso,

"*Es deuda general, no solo mia,*"

habrémos de renunciar á la esperanza de que en más felices tiempos

"*Cualquier ingenio peregrino*
"*Que celebra lo dino de memoria,*"

analice con la sabiduría del crítico juicioso los cantos del vate poblano y ponga magistralmente bajo los auspicios de su autoridad un libro que no está destinado á deshacerse, como otros muchos, en el polvo del olvido.

A pesar de mis protestas, la afirmacion que acabo de estampar va á granjearme el calificativo de pretensioso. No será—y esto me consuela—entre aquellos que por los pastos abundosos buscan solícitos las limpias fuentes de la verdad que nunca muere, sino entre tantos otros para quienes esa misma verdad es un estorbo, porque es un remordi-

miento: ella acusa la ausencia más desgarradora, la ausencia de la fé; y sin la fé, rian cuanto quieran los incrédulos, el génio carece de alas para remontarse al cielo, el corazon es infecundo para el bien, y la poesía muere al soplo helado de la duda, precursora del ateismo.

Porque "la poesía, en sentir de un escritor muy estimable, es la expresion de lo bello por medio de la palabra, sujeta á una forma artística."

Y para conocer y sentir ese *resplandor de lo verdadero*, no ménos que para darle la ordenada forma que no existe sin *ese resplandor*, porque sin verdad no hay arte, es necesario creer, es necesario, dijo el grande Aparici, "que al través de la materia se vislumbre al ménos el espíritu: al través de las sombras del mundo los esplendores de la eternidad." Pero ¿puede el alma remontarse como el águila hasta ese Sol eterno de la verdad, sin inflamarse en los rayos de su lumbre, sin amar su infinita belleza, sin prorrumpir en cánticos de júbilo que acompañen el gran concierto con que la naturaleza rinde homenaje á la Bondad excelsa?

El escepticismo finge despreciar esas fuentes de la belleza. Se desdeña de subir á la sacra montaña desde donde únicamente abarcan los ojos del poeta las regiones de lo infinito. Por eso el escepticismo, que prefiere arrastrarse innoble por el fango de la materia, ha abajado al arte muy más hondamente que lo que lo abatiera la antigüedad pagana, y se todavía más criminal que ésta, porque ha despedazado la rica diadema de la belleza moral que el cristianismo colocó en las sienes de la belleza física.

El alma noble y elevada de nuestro Perez Salazar lo habia comprendido así: se habia dicho á sí mismo en el silencio de sus meditaciones y en los raptos de su entusiasmo, algo parecido á este rasgo del ilustre académico Fernandez: "Dadme, pues, el órden, dadme el mundo como Dios lo quiere, como Dios lo hizo, ó como el cristianismo lo regenera, y yo os presentaré siempre al artista universal, que es el poeta, cumpliendo sin alteracion los fines de su altísimo encargo, revelando todas las fuerzas de la inteligencia y todo el calor del sentimiento; animando la religion, las ideas, las pasiones, los sucesos, la naturaleza, la sociedad; encantándolo todo, sublimándolo todo con el destello de la hermosura ideal, que arrebatado contempla; ó para decirlo con más exactitud, dando terrestre esplendor á la belleza típica, por medio del arte, en beneficio de los que no la alcanzan, como prisma que convierte en humanos colores los divinos rayos del sol que la ilumina." Y hé aquí por qué el sensible poeta Perez Salazar, á imitacion de los egregios maestros españoles, á quienes amaba entrañablemente y estudiaba con porfia, y á semejanza de nuestros esclarecidos Pesado y Carpio, cuyos ejemplos y amistad le cautivaban, como los de otros sabios mexicanos que viven todavía, enderezaba su noble ambicion á la gloria de ser llamado poeta cristiano.

No quiero decir con esto que desdeñase el estudio de los clásicos monumentos de Grecia y Roma. Era asaz entendido y circunspecto para atreverse á desconocer unas glorias que han atravesado los siglos. Conocia la grande importancia de aquellas literaturas y su influencia en el adelantamiento de los estudios; pero sin dejarse arrastrar inconsideradamente por sus encantos, y enemigo, como lo era, del error y del vicio, porque su razon y su inteligencia se habian nutrido con las santas máximas de la verdad revelada, á ella pedia sus inspiraciones y en su crisol depuraba las bellezas que otros admiten sin reserva. Habia aprendido, sin duda de San Basilio, que así como las abejas saben sacar la miel de las flores que solo parecen propias para recrear la vista y el olfato, nuestras almas pueden encontrar grandes enseñanzas y sacar dulcísimo fruto de esos libros profanos en que los hombres vulgares solo buscan el deleite. Mas para ello es preciso imitar á las abejas en la sobriedad y en la prudencia, no deteniéndose en todo género de flores, y aun de las mismas á que se inclinan no sacar sino lo que les

conviene para la composicion de su precioso licor.

Esto hacia puntualmente Perez Salazar, y con ello dicho queda que sin fingir desdenes ridículos hácia la poesía profana, en que era por cierto muy versado, cifraba todo su empeño en buscar las claras fuentes de la verdad, la bondad y la belleza. Y su espíritu superior no podia encontrar soluciones acertadas en las dificultades de la estética, sino meditando sobre la Biblia y estudiando los maestros que han bebido de sus inagotables manantiales.

Mas Salazar, que habia aprendido todo eso, que habia asistido al renacimiento de la poesía en México, siguiendo entusiasta los benéficos impulsos que Pesado, Carpio y otros dieron á nuestras letras; generoso él tambien y celosísimo de la correccion y de la pureza de la rica lengua castellana, no podia ver con indiferencia que la juventud bien inclinada de esta Puebla, tan fecunda en estimables talentos, se esterilizase en la inaccion. Mucho ménos podia consentir en verla despeñarse hácia el abismo, halagada por el falso brillo de una literatura corruptora, por los ejemplos teórico-prácticos de quienes entre el oleaje revolucionario han subido hasta una cumbre desde donde creen avasallar á toda inteligencia y engrandecer nuestra naciente literatura suprimiendo á Dios.

Perez Salazar contempló pues con pena tamaño estrago, y eso que todavía en su época no llamaba una *crítica enana*, como dijo alguno, á los poetas cristianos compositores de novenas y copleros de sacristía; y reunió en torno suyo á no pocos jóvenes que aleccionados bajo su inteligente y bondadosa direccion en los sólidos principios del arte, fuesen más tarde mantenedores del buen gusto y fieles á aquellos salvadores principios. Si Puebla y la literatura patria no debiesen más que aqueste beneficio á Perez Salazar, bastaria él solo para inmortalizar su grata memoria. De mí sabré decir que jamás pronuncio el nombre de tan festivo é inteligente maestro sin recordar agradecido sus consejos, sin bendecir sus afanes, sin suspirar por la compañía de aquel en cuya tumba fuí á poner unas tristes flores, y por la de aquellos dulces amigos que la varia fortuna ha dispersado.

He dicho ántes que el público, especialmente el público que no desdeña los asuntos nobles y elevados en que sobreabundan la religion de nuestros padres y la verdadera filosofía que es su inseparable compañera, conoce demasiado la mayor parte de las poesías de Perez Salazar. Ellas han engalanado ciertamente las publicaciones periódicas de mayor nombradía que han venido enriqueciendo nuestra literatura de algunos años á esta parte. Entre esas publicaciones se halla *La Cruz*, monumento imperecedero levantado á la gloria de las letras, buscado por mexicanos y extranjeros, y conservado como un precioso tesoro de fé y de cultura intelectual en el gabinete del sabio y en el apartado retiro donde instruye á sus hijos la madre cristiana. Así pues, esos sabios y esas madres, y en general todas las almas que se gozan con los acentos de la verdad y se conmueven con el lenguaje de la pasion y del sentimiento, no han menester que yo —y ménos en un trabajo de este género,—analice tan hermosas composiciones. Demasiado se sabe ya que ellas no encierran los desvaríos en que abundan otras, ni el sentimentalismo calenturiento, ni los ataques á la religion, la moral y el órden social, ni nada, en fin, de todo ese cortejo que acompaña al *neo-romanticismo francés*. En ellas todo es digno y decoroso, correcto y claro: no hay en sus sonoros, fáciles y armoniosos versos, nada que se parezca á esa fraseología *conceptuosa*, llena de arrebatos frenéticos, muy propia para que las damas vuelvan los ojos en blanco y se desmayen en el estrado, pero no para engendrar una sola idea buena en el espíritu, ni un solo sentimiento puro en el corazon.

Perez Salazar ha sabido ensayar ventajosamente las fuerzas de su genio en el vasto campo de la poesía lírica; y ora cante las grandezas de Dios, ora se eleve adorando los misterios del dogma cristiano; ya describa arrebatado las

maravillas de la naturaleza, ya interprete los más dulces afectos ó las más dolorosas situaciones; ya, en fin, corrija las faltas y los vicios con que la perversidad de todo linaje señorea la sociedad, en todo y siempre se coloca á la altura de sus asuntos, y en ella se sostiene, sin que le falte el númen ni le estorben las reglas que á otros importunan. Así pues, sabe conciliar el calor de su fantasía con el tono de la composicion y con los preceptos de los distintos géneros en que ejercita su talento. Basten estas observaciones generales á mi propósito, y los lectores juiciosos y entendidos, al recorrer los hermosos versos de Perez Salazar y analizar detenidamente sus galas, juzgen sobre si en realidad de verdad son un tesoro para nuestra literatura, ó si la pasion me arranca elogios desmedidos.

II.

No se me perdonaria que al concluir este prólogo dejase en el tintero algunas noticias de la vida de nuestro bien llorado poeta.

Nació D. Manuel Perez de Salazar en esta ciudad de Puebla, el 20 de Diciembre de 1816. Fueron sus padres, el honrado caballero D. Manuel José Perez Salazar Mendez Mont, y la virtuosa y respetable Sra. Dª María Guadalupe Venegas, ambos pertenecientes á antiguas y distinguidas familias, de que aun quedan hoy varios miembros apreciables que figuran entre la buena sociedad poblana.

Desde sus primeros años mostró gran inclinacion á las letras, y singularmente gustaba de la poesía. Acuérdome haberle oido recitar, con el donaire que solia cuando en sus expansiones íntimas censuraba la pronunciacion de la juventud, los inocentes versos que compuso siendo niño. Muy imperfectos debian ser en cuanto á su fondo y forma; pero en ésta, especialmente, se revelaba al poeta.

Por los años de 1832 á 1838, espacio bien corto á la verdad, cursó con notable aprovechamiento en el Seminario Tridentino de esta ciudad las aulas de filosofía, é hizo todos sus estudios para recibir el título de abogado: mas no se presentó á obtenerlo, ya lo impidiese su carácter, muy contrario á las agitaciones y espinas de nuestro foro, en que por otra parte no tenia urgencia de aventurar su reposo el heredero de un decente mayorazgo, como él lo era, ya mediasen para tal resolucion otras circunstancias que es inútil averiguar.

En 1842, esto es, cuando apénas rayaba en los veinticinco años de su edad, comenzó su carrera pública, desempeñando los cargos más honrosos á que fué llamado, siempre con general aplauso, por su juicio recto y claro y su variada y sólida instruccion. Así fué como en multitud de veces formó parte del Ayuntamiento de la ciudad, obtuvo el voto de sus conciudadanos para diputado al congreso del Estado en 1848 y al de la Union que disolvió el célebre golpe de Estado de D. Juan B. Ceballos: fué en tres diversos períodos Consejero de gobierno, y prestó otros servicios importantes á la causa pública. No fueron menores los que la ciencia, la literatura y la humanidad recibieron de su desinteresada y asídua dedicacion. Él trabajó con entusiasmo desde 1843 por la beneficencia pública en calidad de sócio de la Compañía Lancasteriana, y más tarde de la Junta de Caridad: en el mismo año de 43 fué vice-presidente é instructor de la seccion de Literatura é Historia de la "Sociedad Literaria de Puebla," de cuyo seno salieron aventajados escritores que han dado á México mucha honra, y en diversos tiempos despues enseñó en el Colegio del Estado, de que algnna vez fué además Rector, el Derecho Canónico y las bellas letras, como tan competente que era en ambos difíciles ramos. Ni es de extrañar, en vista de su bien probada aptitud, que en 1861 fuese nombrado miembro para la formacion del Diccionario de Geografía: en 1863 censor de teatros; en 1864 socio de la Comision Científica Literaria y Artística de México; en 1865 vocal de la Junta de Exposiciones; en 1866 miembro corresponsal de la Sociedad de Geografía y Estadística, y en 1870 presidente de la Comision de Pu-

blicaciones de la Sociedad Católica, que en aquella época murió en su cuna, y que al renacer hoy providencialmente, echa de ménos al cristiano poeta y distinguido controversista D. Manuel Perez de Salazar.

Su fama no quedó circunscrita á los ámbitos de Puebla, que bastante la propagaron en toda la nacion y fuera de ella los innumerables periódicos políticos, religiosos y literarios en que escribió, siempre con dignidad, siempre defendiendo los principios del único progreso sólido y verdadero.

Nada faltó á la corona de su envidiable carrera. Cuando llevado del noble entusiasmo que le agitaba por el estudio emprendió en 1853 un viaje á Europa, para enriquecer su alma con el caudal de conocimientos de que ha dado buena muestra, tuvo la gloria, que lo es de Puebla y de México toda, de ver aplaudidos sus versos por aquella Italia, cuya literatura le encantaba tanto como la española, y de ser, en 1854, contado entre los Arcades romanos bajo el nombre de *Garigliano Coroneo.*

Curiosos son á fé los apuntes de ese provechoso viaje; lástima que la muerte, que sobrevino á nuestro poeta el 16 de Junio de 1871, hubiese frustrado el designio que acaso tenia de perfeccionar aquellas memorias, así como impidió tan lamentable acontecimiento el que Perez Salazar hubiese terminado sus *Lecciones de Literatura* y de *Oratoria Sagrada*, y la traduccion de la gran tragedia de Pellico *Francisca de Rimini*, cuyo fragmento dará á conocer á nuestros lectores el aliento de Salazar para estas difíciles tareas, si ya no fueran bastantes á demostrarlo sus traducciones de Gilbert, Gray, Manzoni, Víctor Hugo, Leopardi, Carrer y otros.

Justo es hacer mérito del gran servicio que el ilustre poblano prestó á la causa de las letras y de la moral con su apreciabilísima obrilla intitulada: "*Exámen crítico sobre las doctrinas que enseña la moderna literatura francesa.*" Ella revela el fondo de instruccion de Perez Salazar, su amor al bien de la juventud, y el laudable empeño con que trataba de salvarla de ese contagio que nos invade con la rapidez de un incendio. Los estragos que preveia, de tal modo lo entristecieron, que sin duda aceleraron el término de su existencia.

¡Dichoso él que no los contempla ya, y dichosos nosotros si pudiéramos preservar de ellos á nuestros hijos!

TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.

Puebla, Abril de 1876.

LOS DOS PIENSAN.

DOLORA.

El niño.

Mi padre al monte subia,
Y tambien quise ir al monte
Por gozar del horizonte
A la última luz del dia.
Pero pese á mi ansiedad
Mi abuela aquí me detiene. . . .
No tiene el niño, no tiene
Como un viejo, libertad.

El anciano.

Al llanto mi hijo se entrega,
Pero sé muy bien ahora
Que si cuando subo llora,
Así que yo baje, juega.
De inocencia entre las flores
Ignora las amarguras. . . .
¡Tuviera yo por venturas
Lo que él tiene por dolores!

El niño.

Nadie sus gustos desdice
Si duerme, si come, si anda;
Y cuando mi padre manda
Ninguno lo contradice.
No llora, no va á la escuela,
Nadie turba su reposo. . . .
Mi padre sí que es dichoso,
Mi padre no tiene abuela.

El anciano.

Cómo rie divertido
Mientras jugando se engrie;
Y hasta á sus solas se rie,
Y rie estando dormido.
Dichosa, dichosa edad
La que goza el hijo mio,
Libre del pesar impío
El sí tiene libertad.

El niño.

Mas llegará para mí
La edad que espero anhelante

El anciano.

¡Cuándo lloraré bastante
El dulce bien que perdí!

El niño.

¡Cuántos goces se me esperan!

El anciano.

¡Cuántas penas me acibaran!

El niño.

¡Oh, si los años volaran!

El anciano.

¡Oh, si los años volvieran!

Ya baja, y corre al mirarlo
El niño que lo divisa;
Y si uno sube de prisa
El otro baja á encontrarlo.
El viejo besa la frente
Del niño y despues se abrazan;
Luego las manos enlazan
Apoyados mútuamente.
Y tal apoyo teniendo
Pensativos van bajando;
Y aunque los dos meditando,
El niño va sonriendo.
Y se dicen con cariño
Oprimiéndose la mano:

El niño.

Padre, si yo fuera anciano!

El anciano.

Hijo, si yo fuera niño!

RAMON VALLE.

GOROSTIZA.

I.

D. Manuel Eduardo de Gorostiza nació en Veracruz el 13 de Octubre de 1789. Sus padres eran españoles, muy distinguidos y apreciados en la sociedad en que vivian, por sus méritos, sus virtudes y su ilustracion. D. Pedro de Gorostiza, general de los ejércitos del rey, recibió de éste el importante nombramiento de gobernador de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa; y Dª María del Rosario Cepeda, el muy honorífico de Regidora Perpétua de Cádiz, su patria; distincion que se le concedió en premio del extraordinario lucimiento con que á la temprana edad de doce años sustentó unos exámenes. Algunos dicen que los padres de Gorostiza fueron parientes, el primero del célebre y ameritado virey Conde de Revillagigedo, y la segunda de la inmortal y celebrada santa española Teresa de Jesus. Si es así, tendrémos una prueba de que á veces el talento y la generosidad de corazon, se trasmiten de descendencia en descendencia, pues nuestro poeta abundaba en ambas cualidades. D. Pedro falleció en 1793, y de resultas de esta desgracia, su esposa se vió obligada á regresar á España con sus hijos, de los cuales el menor, D. Manuel Eduardo, contaba à la sazon cuatro años. Allí comenzó éste sus estudios, y á su tiempo emprendió los de la carrera eclesiástica, que fué á la que primeramente se sintió inclinado; pero pronto cambió de resolucion, y él mismo dice que "apénas tuvo la edad prevenida por la Ordenanza, entró á servir como cadete." En 1808 era ya capitan de granaderos, y dispuesto á defender la patria de sus padres, que él habia adoptado como suya, tómó activa parte en la guerra contra los invasores ejércitos de Napoleon; distinguiéndose de tal manera por su arrojo y empeño, que á poco le ascendieron á coronel; pero no obstante esto, en 1814 abandonó la carrera de las armas para entregarse tranquilamente al sosegado cultivo de las letras. Deseoso luego de tomar parte en la política, se afilió sin vacilar en el bando del partido liberal.

Escribió, y se representaron con bastante buen éxito, sus primeras obras dramáticas *Indulgencia para todos*, *Tal para cual*, *Las costumbres de antaño* y *Don Dieguito*, distinguiéndose igualmente como entusiasta orador en la Fontana de Oro. Sus avanzadas ideas liberales, sus discursos, sus escritos, hicieron que Fernando VII, al recobrar la corona, lo desterrara al extranjero, confiscándole ántes sus bienes, como lo mandó ejecutar con otros españoles ilustres,

entre ellos Martinez de la Rosa. Con este motivo salió de España en 1821, y recorrió las principales ciudades de Europa, deteniéndose al fin en Lóndres: allí continuó cultivando la literatura, escribiendo sobre las cosas de España y trabajando, en fin, para asegurarse honradamente su subsistencia y la de su familia. En 1824 se presentó Gorostiza al Sr. D. José Mariano de Michelena, representante de nuestra patria en Lóndres, "como un mexicano descarriado que deseaba regresar al regazo de su patria," segun frase de dicho representante, Por conducto del mismo, el ya célebre hijo de Veracruz dirigió al gobierno una comunicacion sencilla pero bastante expresiva, en que ofrecia sus servicios y su talento á la tierra que le habia visto nacer; servicios que fueron aceptados con gusto. Ya con este consentimiento, el Sr. Michelena pudo confiar á Gorostiza, en Setiembre del mismo año, una mision importante en Holanda con el carácter de Agente privado del gobierno mexicano; y la satisfactoria manera con que la desempeñó fué prenda segura de la sinceridad de sus intenciones, é hizo que en lo sucesivo se siguieran utilizando los talentos y disposiciones de tan buen mexicano. En 1825 fué, pues, nombrado Cónsul general interino en Bélgica, en 1826 Encargado de negocios cerca del Gobierno holandés, en 1829, cerca de la Córte británica, y por último, en 1830, Ministro Plenipotenciario en la misma, con facultad de arreglar con las naciones europeas tratados de amistad, navegacion y comercio en los términos que mejor creyese conveniente. Haciendo uso de esta amplísima facultad, y aprovechando las importantes relaciones que anticipadamente habia cultivado con una habilidad, empeño y eficacia notables, se apresuró á negociar tratados con Prusia, Sajonia, Ciudades Anseáticas de Lubeck, Bremen y Hamburgo; convenciones con Baviera y Wurtemberg; y finalmente, el tratado con Francia, habiendo estado tambien en esta corte y en la de Berlin con el carácter de Enviado Extraordinario. "Tuvo además, dice el apreciable Sr. Roa Bárcena, mision confidencial de la administracion de Bustamante, para arreglar el reconocimiento de nuestra independencia por España, de que desistió en virtud de sus informes."—Gorostiza aceptó siempre con agrado todas las comisiones que el gobierno le confió, esmerándose en llevarlas á feliz término por medio de la prudencia y segun las inspiraciones de su ilustrado patriotismo. Por fin, despues de haber servido tan brillantemente á su patria, quiso venir á respirar sus brisas y á contemplar su cielo. Desembarcó en Veracruz, el año de 1833.

II.

A su llegada á México fué nombrado Bibliotecario Nacional y síndico del Ayuntamiento, y poco despues miembro de la Direccion de Estudios. En estos cargos, así como en otros que en lo sucesivo recibió, se hizo notar siempre por su amor al trabajo y al adelantamiento de los asuntos encomendados directamente á su cuidado; y sobre todo, por el empeño que tomaba en sostener, á veces con su propio peculio, una casa de correccion fundada por él, en que los niños desvalidos y en peligro de perderse, hallaban un asilo seguro y fácil manera de ir adquiriendo poco á poco las inclinaciones y cualidades del hombre honrado y trabajador. Despues estuvo encargado distintas ocasiones de las Secretarías de Relaciones Exteriores y de Hacienda, y desempeñó con feliz acierto las labores de tan importantes oficinas. Recibió tambien el delicado encargo de arreglar con Francia las cuestiones de 1838, y por último, el de pasar á los Estados-Unidos en demanda de explicaciones acerca de la conducta observada por el gobierno americano en la ruidosa cuestion de Texas. Si bien habia servido Gorostiza á México en Europa, la conducta del insigne diplomático en esta vez aumentó sus merecimientos, no solo ante el gobierno, sino ante todos los mexicanos sensatos y amantes del buen nombre de su patria. Sus notas al gabinete de Washington, á la par que se hacian notables por la

cortesía, serenidad y prudencia que campeaban en ellas, resplandecian por su energía y su dignidad: las razones expuestas por Gorostiza tenian siempre por base, ó preceptos del derecho internacional, ó artículos de los tratados vigentes; y en todas sus palabras habia vigor de razonamiento, rectitud de intencion y generosos impulsos de verdadero patriotismo. Todo fué en vano, sin embargo: los Estados-Unidos desoyeron las quejas y las protestas formuladas por nuestro representante; la justicia no fué eficazmente atendida, sino que al contrario, numerosos ejércitos se aprestaron para invadir nuestro territorio. Gorostiza volvióse entónces á México dispuesto á defender á su patria en los campos de batalla, del mismo modo que la habia defendido en el terreno de la diplomacia con sus elocuentes y bien fundados escritos. La terrible oportunidad no se hizo esperar: la invasion se anunció atronadora y formidable, haciendo comprender á los buenos hijos de México que habia llegado el momento de la tribulacion, de los trabajos y de los sacrificios por la patria. El ejército americano, numeroso, auxiliado de magníficos elementos y protegido por la fortuna, pisó nuestro territorio, se apoderó de nuestros puertos del Golfo, y avanzó, triunfante siempre, hasta el valle mismo de México. Gorostiza, anciano ya casi sexagenario, sintió incendiado su corazon por el santo fuego del amor pátrio; y conmovido, recordando acaso los triunfos guerreros de su juventud en la península, organizó rápidamente, y con mil esfuerzos, un pequeño batallon formado en su mayor parte de los más distinguidos jóvenes de la sociedad mexicana. ¡Bello espectáculo! un débil anciano salió luego de la capital al frente de un grupo de patriotas para conducirlos al combate y á la gloria.—Gorostiza combatió en Churubusco con el fuego y el entusiasmo de la juventud; pero desgraciadamente, en esa inmortal jornada los mexicanos no ciñeron sobre sus frentes el doble laurel de la victoria y de la gloria. El anciano coronel Gorostiza, satisfecho de haber cumplido su deber luchando por la patria, se retiró desde entónces á la vida privada, en la cual permaneció hasta su muerte, acaecida en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. En sus últimos dias no le faltaron los dolores y las tribulaciones que traen consigo la muerte de personas queridas, la pobreza, el olvido y la ingratitud de los que ántes habian recibido tal vez beneficios de su generosa mano; pero en la noche del 27 de Diciembre del mismo año de su muerte, se celebró en el Teatro Nacional su apoteósis, en la que se leyeron notables composiciones por los mejores poetas de entónces.

III.

Dije ya que en el período de 1816 á 1821 habia dado Gorostiza á la escena en Madrid cuatro comedias suyas, las cuales imprimió en lujosa edicion á su paso por Paris en 1822. Debo agregar ahora que en 1825 publicó en Bruselas, con el título de *Teatro Escogido*, dos tomos que contenian dos comedias de las ya publicadas y las que nuevamente habia escrito, *El jugador* y *El amigo íntimo;* que durante su permanencia en Lóndres compuso y publicó *Contigo pan y cebolla*, así como tambien la refundicion de *Las costumbres de antaño;* y por último, que dió á la estampa una *Cartilla política*. Todas estas obras dieron á su autor merecidísimo renombre: los principales críticos de España se ocuparon de ellas oportunamente, celebrando su mérito y denunciando algunos de sus pequeños defectos; el célebre Scribe, de privilegiado talento para los *vaudevilles*, se inspiró para componer uno de estos en *Contigo pan y cebolla*, graciosísima comedia que fué muy elogiada por el ilustre Fígaro (D. Mariano José de Larra.)

La originalidad de los asuntos de sus obras; el chiste de buen gusto y el fino gracejo que en ellas abunda; la maestría con que están presentados los caractéres; el lenguaje vivo, castizo y elegante; el gran fin moral que dá término á todas, y lo inesperado y filosófico de sus desenlaces, aseguran suficientemente las bellas dotes y el subido mérito literario

de Gorostiza, así como tambien sus felices disposiciones para la comedia, su aptitud para enseñar á la sociedad sanas doctrinas por medio de la representacion de los afectos en la escena. El género que cultivó con tan buen éxito fué el de Moratin, y el que más tarde siguió Breton de los Herreros, haciéndose Gorostiza merecedor, debido á la importancia de sus obras, de que los críticos le llamasen rival del primero y precursor del segundo. Por lo demás, él es sin disputa uno de los más eminentes hijos de nuestra patria: sus servicios diplomáticos, su amor á México y á su engrandecimiento, sus obras que le proclaman nuestro primer poeta cómico, el *Breton Nacional*, como le llama el entendido literato Sr. Roa Bárcena, hacen de Gorostiza una figura de importancia en nuestra historia política y más aún en nuestra historia literaria: su memoria jamás podrá borrarse del pecho de los buenos mexicanos.—Terminaré esta pálida reseña biográfica con las siguientes elocuentes palabras del escritor que ántes he citado: "Si es grande y noble la gloria literaria de Gorostiza, lo es más ante sus compatriotas la del combatiente de Churubusco; lo es todavía más ante Dios y el pueblo cristiano la del fundador de un establecimiento de beneficencia en que se dió pan y luz á los desvalidos, apartándolos de las tentaciones del vicio y afiliándolos en las banderas de la virtud y el trabajo. Triple corona es esta que asegura á quien la lleva, la admiracion y la gratitud de los hombres y las bendiciones del cielo."

VICTORIANO AGÜEROS.

MARGARITA.

A VICTORIANO AGÜEROS.

I.

Margarita estaba triste,
triste y sola.—Margarita
que nunca tuvo placeres,
ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
hizo falta á su alma tímida,
y preguntó por su madre
á un rodrigon que la mima,
y á una dueña octogenaria
que la cuidó desde niña,
que con el alma la quiere
y amorosa la acaricia;
lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fria
sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormia,
y allí lloró muchas horas
triste y sola Margarita.

II.

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mia del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana....! Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mia,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III.

Es Don Gaspar de Hinestrosa
un señor de horca y cuchillo,
rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra, lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo,
que cuando tiene un deseo
necesario es el cumplirlo,
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV.

Ha terminado la boda,

ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincon de la iglesia,
ante la lápida triste
de esta manera se queja:
—¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Díme tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra
dormir, madre.... ¡Díme, madre,
si no es mejor estar muerta!....
—¡Muerta!.... Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! Exclamó Margarita.
—Bien, madre, esta noche mesma.

V.

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,
cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa.... En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigon y la dueña,
los únicos que la quieren....
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hácia el lecho,
los cortinajes desplega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,
y conteniendo el resuello
Margarita inmóvil queda.

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
se marchita y azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su vírgen sangre en las venas.
Oye en son confuso y leve
unos pasos que se acercan......
No oye más.... En su cerebro
se han roto al fin las arterias.

—¡Margarita! ¡Margarita!—
Grita Don Gaspar y entra
en la estancia.—¡Margarita!—
Margarita no contesta:
descorre los cortinajes....
Margarita estaba muerta
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

JOSÉ PEON CONTRERAS.

LAS LITERATAS.

(CARTA.)

Aconséjasme, amigo mio Bonifacio, que no me case con mujer amiga de afeites. Acertaras si me hubieras aconsejado llanamente que no me casase, y eso cuando era tiempo; pero obra ya de dos meses estoy casado; aunque por inadvertencia no he puesto en tu conocimiento mi nuevo estado. Casado me tienes, amigo mio, y si no me ha tocado mujer como tú decias, cuánto no diera yo porque tuviera esa costumbre ridícula, en vez del terrible defecto que he descubierto cuando no hay remedio. "Vine, ví, vencí," dijo el otro; yo digo: "Vine, ví, me casé, labré mi desgracia." Me casé sin largo trato ni perfecto conocimiento de la mujer que elegí, y en vez de resultarme hueso de mi hueso, y carne de mi carne, como esperaba, me resultó cilicio del alma y martirio del corazon. Rábio, me desespero, no sé qué hacerme.

—¿Tiene madre de mal carácter? me dirás.

—Peor es que mala suegra el duro mal que padezco.

—¿Tiene lepra?

—Peor que lepra.

—¿Qué puede ser?

—Es literata con humos de poetisa.

Considera, pues, si será cosa de llevar con paciencia, además de tantos trabajos como nos aquejan en este mísero valle. ¡Literata, amigo mio! ¡poetisa,

gramática, lectora de novelas! ¡Cómo me la quisiera yo envuelta en menjurges de los piés á la coronilla! y yo mismo anduviera de tienda en tienda, y aun saliera á lejanas tierras para traerla con qué afeitarse.

Dias pasados decia un amigo mio, que si el diablo en vez de quitar los bienes al santo Job, hubiese procurado que removiese pleito sobre ellos y que se pusiese el asunto en tela de juicio, habriamos visto si el santo patriarca conservaba la paciencia en medio de tanto embrollo. Puede que no digan que dijeren los abogados y demás gente de curia; pero digo que si el diablo se hubiese metido en la mujer del varon paciente y vuéltola literata, no le habria sido menester hacer segunda visita; pues veo imposible que el Sr. Job las hubiese tenido todas consigo. Estar casado con una mujer literata es peor que haber de roerse la carne viva con un guijarro.

Lo peor para mi desdicha es que no me queda ni el arbitrio de hacer auto de fé con los libros de novelas y poesías, porque ya mi mujer se tiene sabidos buenos volúmenes; y si no hago el tal auto con mujer y todo, para nada puede servirme la hoguera. Tú sabes, amigo mio, que nunca pude llegar al fin ni de la más jocosa letrilla; pues ¿cómo me compondré con los eternos poemas que mi mujer se repite de principio á fin con el ademan y semblante de poética inspiracion? Y luego, que no hay para ella conversacion si no es con los blandos favonios, helados cierzos, vagarosos céfiros, fugitivas algas, cristalinas linfas, hojosas florestas, enriscadas cumbres, y hadas, y sílfides, y nereidas, y no sé que otras mil barbaridades que me vuelven la cabeza como rueda de molino. Es cosa de reventar á puras cóleras, amigo mio.

Figúrate ahora si podré soportar con mi prosáico y más que prosáico gusto, los delirios de mi mujer, que cuando la maldita inspiracion desciende á su pecho, se empeña en que me vuelva céfiro blando y juguetee en torno suyo, suavemente, meciendo su destrenzada cabellera. Otras veces quiere que me torne en huracan furioso y arranque de cuajo los árboles más robustos; ora pide que me convierta en gota de rocío, ora en arroyuelo que murmure diáfano, ó en caudaloso rio que en cascadas se desate: ya desea que trine como jilguero, ya que susurre como suave brisa, ya que brame como ronco trueno, ya que, revuelto mar, ruja conmoviendo gigantescas rocas. ¿No te parece que son conflictos? Si procuro remedar á lo ménos lo que algo pudiera con la voz y movimiento, pierdo la dignidad de hombre y marido, y me vuelvo el sér más ridículo de la tierra; donde no, ahí son las tristes quejas y las elegías á las muertas ilusiones, que me dan ímpetus de convertirme en torbellino y dar con cuanto me rodea.

Desde que me casé no se reza en mi pobre hogar; porque Florinda dice que ¿dónde se cuenta que Sapho rezara el rozario? De misa no hay que tratar, porque en el Olimpo no se oye misa.

Pero á lo ménos, estaré bien asistido. Así te lo puedes imaginar, porque mi mujer no se afeita; pero no más le pedia que cojiese puntos en las medias que iba á calzarme, y la respuesta fué:

"Quién fuera como tú, flor venturosa,
Quién como tú, simpática violeta,
A quien céfiro nunca impone odiosa
Prosáica ocupacion de hacer calceta."

Y hube de calzarme las medias con más puntos que una criba, por temor de que si porfiaba, Florinda pasase á mayores y me hiciese presente que el céfiro blando no se ponia medias.

—¿Y el arreglo de la casa?

—¡Ahí que no es nada! Pues Florinda quiere que en todo reine el *bello desórden de la oda*, y no hay trasto en su lugar. Las cosas que se hicieron para estar sobre las mesas se hallan en el suelo. Espronceda y Zorrilla andan rodando por todas partes, y por lo regular me encuentro con todo el parnaso español bajo las almohadas; porque Florinda no se duerme sino embriagada de poesía, y al despertar por la mañana se santigua con un soneto. *¡El bello desórden de la oda*, querido amigo!

Aparadores no me faltan; pero platos, cuchillos y tenedores, gozan de la dulce libertad del vago viento. Parece que tuviera en mi casa una docena de chiquillos.

—Florinda mia, ¿qué comeremos ahora?

Pregunta excusada; porque ¿cómo una poetisa ha de entender en tan vulgares asuntos?

Pero aunque sea una mala sopa, está enfriándose en el comedor; y ¿la señora mia?.... dice que no hay apuro, que todavía no concluye un idilio que está escribiendo; y es preciso aguardar aunque la sopa se hiele. Y cuando al fin se deja venir, le parece tan prosaico eso de comer en comedor, que hasta el hambre se le quita. Ya si fuera un banquete campestre á la sombra de haya frondosa, teniendo ceñida la frente con corona de verde parra, sentada entre Dafnis y Melibeo, y recreada con los suaves acentos de lejana, pastoril flauta.... Amigo, con tales imaginaciones el pobre marido es más indigesto que sopa fria.

Hace una hora que Tomasa, la lavandera, se está esperando la ropa; y ¿la señora?.... Todavía no termina la lista de las piezas que se han de lavar. Viene por fin, entrega la ropa y lee la lista:

Lleva Nereida mi lavandera,
Cinco camisas de lino puro,
Ocho fustanes, diez pañuelitos,
Dos trajes claros y un verde oscuro.
Pares de medias van diez y nueve,
De Fabio bello tres calzoncillos,
Tres camisetas y dos chalecos,
Y de su amada cuatro manguillos.
Límpidas ondas lo laven todo
En argentada, rauda corriente;
Séquelo presto sobre la grama
Del rubio Febo la lumbre ardiente.

No hay para qué decir que el *Fabio bello* soy yo, que tengo tanto de bello como de emperador, ni que la *amada* es mi mujer, ni que la lavandera Tomasa se queda estupefacta oyendo que se le nombra *Nereida*, y mucho más cuando terminada la lista le previene Florinda que la ropa se ha de lavar en el Duero ó en el Tajo, por ser muy renombrados en las poesías.

¿Dirás que mi mujer está loca?..... Loca de atar está, Bonifacio mio; y lo peor es que no veo remedio á tan extraña locura. Dichoso tú que con solo pintarte la cara conseguiste que tu mujer se limpiase la suya. Pero que yo, remedando tu proceder me pusiese á aprendiz de letrillero ó cosa por el estilo, compusiese romances y recitase canciones, ¿A dónde fuéramos á parar? Muchas veces mi Florinda se compara con tórtola solitaria, y se queja de que sus lastimeros arrullos no tienen correspondencia; pero amigo, el tórtolo se está muy callado, y no soltará un arrullo ni por las minas del Potosí; porque ¡qué música no fuera si, cuando me acatarra con dulce faovnio, la respondiese yo con serenas auras! Formaríase ventolina eterna, mi mujer se viera como el pez en el agua, y luego no me permitiria que hablase en prosa, ni para pedir ropa limpia. No, amigo mio: mi mal no tiene remedio, sí no es la muerte. ¿Dirás que soy muy muy injusto, enemigo de que las mujeres se ilustren y luzcan sus preciosas dotes? Dios me libre de merecer cargo tan grave. Lo que yo digo es: bueno es cilantro pero no tanto. Que la mujer se ilustre, santo y bueno: que aprenda cuanto aprender deba; pero que la primera leccion sea imaginarse que sabe: y la segunda de no dar á entender que es sabia. Tengo para mí que la mujer misma es poesía; y si Dios le dió que hiciese versos, hágalos en buena hora, pero vaya muy á tientas en el uso de ese dón, no sea que dé en el extremo de mi Florinda. Que la mujer lea, mucho me agrada; pero despues de haberse acordado que es cristiana (si lo es), despues de que la casa esté limpia y en órden, dispuesta la comida, cosida la ropa, arreglada la servidumbre; porque no quiere que por la lectura deje de ser mujer aplicada al oficio que Dios la dió; que lea, pero que no sean novelas, porque éstas suelen hacer nerviosas á las mujeres, y por quítame allá esas pajas vienen las convulsiones y pataletas, si no cosas mayores. Despues de leer una con

vela, casi no habrá mujer que no quiera ser la heroina del cuento: si por especial gracia de Dios no lo intenta, quédales por lo ménos, con la continuacion de tan dañosa lectura, cierto disgustillo por los quehaceres vulgares de esta miserable vida: y no son ya para la casa, y la familia llega á serles pesada. Alerta, diria yo, alerta, padres de familia; ¡alerta, señores maridos! no sea que con pasta de "devocionario" anden disfrazadas novelas peligrosillas. Alguien dice que la mujer debe ser tal, que el marido no se sonroje si en conversando con ella se le escapa un barbarismo. No digo yo tanto. Me gusta que la mujer hable castizo, pero sin afectacion ni melindre; me gusta que sepa gramática, con tal que no se empeñe en dar á entender que la conoce. Dirás que esto es imposible. Pero mi Florinda tiene su puntillo en parecer "purista," y yo, que en punto á lengua coso con hilo gordo, figúrate no más lo que tengo encima y qué sustos no pasaré cuando, oyéndome palabra no muy castiza, grita como si viese una araña, y qué cóleras no tendré cuando me corrige! "¿Tengo de estudiar palabras y redondear frases para hablar con mi mujer cual debiera en discurso académico?" Así digo contínuamente en rabioso soliloquio. "Pues vale más que esta lengua se pudra" y me callo; hasta que la necesidad es más poderosa que el propósito de no hablar.

Y esto no es todo: sino que de repente me cita á Horacio que no sé donde le vió; y cuando quiero enderezarla cristianamente en algo, me arguye con que Plutarco dice esto, y las matronas romanas hacian lo otro; y hasta me echa latines, verbi-gratia: habia oido decir: *quando caput dolet, cetera membra dolent;* y sin más ni más, un dia que estuve con dolor de cabeza, me salió con que *quando capadola*, *cetera merandola;* y se quedó tan ufana como si hubiera descubierto la piedra filosofal.

Dime, Bonifacio, ¿se puede aguantar esto? ¿Esto no es peor que el afeite? Al fin las que usan blanquete ¡pobres! quieren parecer bonitas, que es deseo disculpable en la mujer; y se imaginan que afeitándose lo consiguen, y que todos tragamos por la liebre el gato. Pero ¿las literatas?.... No hablemos más, Bonifacio amigo; y cierro mi carta con un adios!

RUDECINDO.

AL TERMINAR EL OTOÑO.

Al Señor Arcediano D. Melesio de Jesus Vazquez

Diáfano el aire, cobra nuevo brillo
Radiante el sol en la azulada esfera;
Encanece la parda cordillera
Y se visten los campos de amarillo.
Presas las aguas en su verde anillo,
Recibe el lago en su híspida junquera,
De tordos la falange aventurera,
Que lo adormecen con cantar sencillo.
¡Qué triste perspectiva!.. ¡yerto el prado!
¡Yertos los rios!.. ¡yerta la llanura....!
Del cierzo aterrador al soplo helado.
¡Ay, de mi valle la eternal verdura!
Mi valle, siempre en flor y serpeado
Por aquellas corrientes de agua pura!

Joaquin Arcadio Pagaza.

LA ORACION DEL ALBA.

Reina un profundo silencio en la naturaleza. Las aves duermen en sus nidos, colgados de las copas de los árboles; las fieras en las recónditas madrigueras de los montes; las serpientes enroscadas en los arbustos y matorrales; los rebaños tendidos en las praderas como copos de nieve; y los bueyes, como troncos derrumbados por el rayo, ocupan las laderas de las montañas. De vez en cuando se oye el lejano ladrido de los perros, el aullido de un lobo ó el balar de algun corderillo. Estos ecos se repiten en las soledades y á poco queda de nuevo toda la creacion sepultada en las tinieblas del reposo. Solo las estrellas arrojan una tímida y débil claridad sobre esa masa negruzca y confusa que presenta el mundo cuando duerme; solo esos raudales de agua pura y trasparente que corren entre las selvas, hacen escuchar su melancólica voz; solo la brisa mueve débilmente las hojas de los sauces llorones y sicomoros.

Se ha desprendido de la atmósfera de azul oscuro un globo de luz que atraviesa rápido la esfera, ilumina un instante los campos, y pasa, se opaca y desaparece.

Quizá es el ángel de la esperanza que vaga de estrella en estrella. Quizá es la mujer blanca y luminosa á quien amamos en la tierra y la vimos opacarse en la orilla de la tumba. Quizá es nuestra fantasía, que sueña siempre con visiones de luz para caer en las oscuras y eternas tinieblas de la indiferencia y de la duda. Quizá.... no es más que un meteoro, un fuego fátuo que se desprendió del éter de los cielos, como dia por dia se desprenden las ilusiones más bellas y más puras de nuestro pobre corazon.

Una línea de luz anteada se pinta en el horizonte; y una luz blanquizca y desvanecida aparece detrás de las altas montañas.

La campana del templo vibra solamente, y sus ecos despiertan á la naturaleza.

Los celajes de nácar suceden á la luz blanquecina, y mil arabescos de violeta y oro se dibujan en la cumbre de la sierra: una ligera niebla que, como el púdico velo de una vírgen, cubria á los campos, se levanta lentamente del suelo.

La campana repite sus ecos solemnes.

¡Qué verde esmeralda tan hermoso pinta los campos! ¡Qué azul tan puro y tan suave colora las montañas!

¡Qué ráfagas de oro vibran en los trigales!

¡Qué colores tan vivos aparecen en los horizontes! Cómo los volcanes alzan á los cielos sus frentes de diamante, y aparecen deslumbradores y magníficos como la montaña del Sinaí cuando el Señor del universo bajó á dar á Moisés las tablas de la ley!

La campana repite de nuevo sus religiosos acentos.

Es la oracion de la alba. Arrodillados en medio de los campos, mirad cómo se levanta el sol majestuoso y espléndido en medio de nubes de nácar y de gualda; mirad cómo los colibrís, los jilgueros y los zenzontles abandonan sus nidos, y volando de rama en rama, alaban al Señor con sus lenguas canoras; mirad cómo las flores abren tímidamente sus cálices y enseñan la gota brillante que el rocío ha depositado en su seno durante la noche; mirad cómo saltan y juegan alegres los corderillos, y retozan y mugen los toros; mirad los cisnes blancos que se retratan en el espejo de los lagos, y las nubes de mariposas de esmalte que vuelan sobre el cristal de los arroyos. Escuchad esas mil voces con que las fuentes, las aves y las brisas saludan á Dios, y arrodillaos porque la naturaleza es el templo del Señor, y las campanas tocan la oracion del alba.

Si no creeis, respirad el ambiente de las flores, escuchad el murmurio de los rios, el bramido de los mares, y el eco religioso de las selvas; si no creeis, levantaos cuando se levanta la naturaleza, echad una mirada filosófica sobre la tierra tan bella, tan galana y tan magnífica; si no creeis, escuchad la religiosa voz de las campanas cuando tocan la oracion del alba, y forzosamente caereis de rodillas exclamando: ¡Bendito sea el Señor que creó tantas maravillas en los cielos y en la tierra! Sentireis entónces aliviado el corazon y ligero el espíritu, porque el ángel de la mañana batirá en torno de vuestra frente sus alas de rosa, y la campana del templo enviará á lo íntimo de vuestra alma esos ecos de religion y de piedad con que anuncia la oracion del alba.

MANUEL PAYNO.

Quejas de amor ausente.

Amado dueño mio,
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fio,
Que breve las conduzca á tus orejas:
Si no se desvanece el triste acento,
Como mis esperanzas en el viento.

Oyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oidos,
Y de ausentes enojos,



En ecos de mi pluma mis gemidos:
Y ya que á tí no llega mi voz ruda,
Oyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás si atento te entretienes,
Ejemplos de mis males y mis bienes.

Si el arroyo parlero
Ves galan de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
A cuantas mira íntima tu cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa,
Que á costa de mi llanto tiene risa.

Si ves, que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde,
Tórtola gemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor, y con lamento,
El mi esperanza y ella mi tormento.

Si la flor delicada,
Si la peña, que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,
Ya con fragilidad, ya con dureza.
Mi dicha aquella y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido,
Que baja por el monte acelerado,
Buscando dolorido
Alivio al márgen de un arroyo helado,
Y sediento al cristal se precipita;
No en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los piés ligeros;
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Seve acosada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mia;
Y si, de luz avaro,
De tinieblas emboza el claro dia,
Es con su oscuridad, y su inclemencia,
Imágen de mi vida en esta ausencia.

Así que (Fabio amado)
Saber puedes mis males, sin costarte
La noticia cuidado,
Pues puedes de los campos informarte:
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,
Saber sin pena, sin dejar tu gusto.

Mas ¿cuándo (¡ay gloria mia!)
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el dia
Que pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
O de los mios quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora,
Herirá mis oidos delicada,
Y el alma que te adora,
De inundacion de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
¿Y cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto?
Que tanto ha de penar, quien goza tanto.

¿Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable,
Y aquel bien indecible,
A toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá á lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido.

Ven, pues, mi prenda amada,
Que ya fallece mi cansada vida
Desta ausencia pesada;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

Sor Juana Inés de la Cruz.

EL HOMBRE EN PERSPECTIVA.

SONETO.

Regla es que los profanos nunca miran,
Pero que los artistas siempre acatan,
Pintar de las figuras que retratan,
Muy más pequeñas las que más retíran.
Y cuando el lienzo al dibujar restiran,
Y la distancia ó término aquilatan,
Grandes á las que acercan las rematan,
En proporcion de las que léjos giran.
Contra esta regla universal, constante,
Que arte y natura juntos obedecen,
Hay otra de moral determinante
Y es, que los hombres á distancia crecen:
Mas de cerca observados, al instante
Pequeños, pequeñísimos parecen.

J. M. B.

RODRIGUEZ GALVAN.

I.

Nació D. Ignacio Rodriguez Galvan en el pueblo de Tizayuca, situado al norte del Valle de México, el 22 de Marzo de 1816. Sus padres, que eran indígenas del lugar, gozaban de las modestas comodidades que en las poblaciones cortas proporcionan un honrado trabajo y una módica fortuna, si bien esta última desapareció casi por completo durante la guerra de independencia. En Julio de 1827, cuando Ignacio contaba apénas once años y habia aprendido lo poco que se enseñaba en las escuelas de aldea, su padre le envió á México para que en el establecimiento de librería del Sr. D. Mariano Galvan Rivera, tio materno de nuestro poeta, comenzara á proporcionarse con su trabajo propio la necesaria subsistencia. El pobre niño, en medio de tantos volúmenes misteriosos para él, triste acaso por su separacion del pueblo natal y de sus padres, en vez de sentir la repugnancia ó la indiferencia con que generalmente á esa edad se ven el estudio y la lectura, se aficionó á ellos con pasion tal, que en poco tiempo logró adquirir útiles y variados conocimientos. Uniendo á sus quehaceres de humilde dependiente el vivo deseo de instruirse, leia durante sus cortas horas de descanso, los libros que más le llamaban la atencion y á cuyos asuntos se sentia particularmente inclinado: de modo que sin maestro ni director alguno, y solo debido á su constancia y aplicacion, aprendió la historia, conoció los buenos autores españoles y aprendió con bastante regularidad los idiomas frances é italiano, y más tarde el latin, guiado por su deseo de leer en el original á los clásicos de la antigüedad. Estudió con fruto los poetas italianos y franceses, de quienes tradujo despues algunas composiciones y fragmentos escogidos; y habiendo sentido á poco el deseo de ensayarse en el hermoso arte de escribir, dió á luz en 1835 sus primeras composiciones poéticas. Animado por la buena acogida que éstas obtuvieron, continuó escribiendo con mayor empeño y dedicacion durante las pocas horas que le quedaban libres y algunas que por las noches robaba al descanso. D. José María Heredia, el magnífico poeta cubano que pasó en México los más bellos años de su vida, visitaba á nuestro Rodriguez en su librería, pues á ambos unia íntima amistad. El cantor del *Niágara* escuchaba con atento interes los versos de su amigo, y á veces le daba sanos consejos é ilustrada enseñanza que le hacian adelantar eficazmente. La Academia de Letran, haciéndose eco de la opinion pública, y deseando premiar la laboriosidad de nuestro poeta, le nombró miembro suyo; y Rodriguez Galvan, el humilde y oscuro dependiente de librería, fué á sentarse al lado de D. Joaquin Pesado, de Carpio y de D. Fernando Calderon. Emprendió despues la publicacion del *Teatro Escogido* y del *Recreo de las Familias*; y fundó, en compañía de otros escritores, *El año nuevo*, coleccion abundante y de buen gusto de diversas composiciones literarias, que aparecia anualmente.—El ideal de Rodriguez Galvan era crear un teatro esencialmente mexicano, inspirado en las tradiciones de nuestra historia y en nuestras costumbres; pero no hallando quien le secundase y ayudase en tan difícil y generosa empresa, todos sus esfuerzos fueron infructuosos. Por entónces, como ya he dicho otra vez, las pocas personas dedicadas al cultivo de las letras tenian singular predileccion por la poesía lírica; y si bien es cierto que Gorostiza y Calderon escribieron para el teatro, tambien lo es que las obras del primero fueron representadas en España, sin que aquí pudieran servir de eficaz estímulo; el segundo explotó en las suyas asuntos extranjeros y caballerescos, y solo en *A ninguna de las tres*, imitacion de la *Marcela* de Breton de los Herreros, copió con alguna felicidad las costumbres nacionales. Nuestro poeta, se vió, pues, obligado á prestar el contingente de su talento al desarrollo de la idea que acariciaba; y así, en 1838 compuso su drama *Muñoz, Visitador de México*, que fué representado y aplaudido frenética-

mente en el Teatro Principal la noche del 27 de Setiembre del mismo año: y en seguida dió tambien á la escena *El Privado del Virey*, que apareció impreso en 1842, dedicado al general D. José María Tornel y Mendívil, ministro de Guerra á la sazon; habiendo dejado sin concluir á causa de su temprana muerte, otros dos dramas, uno titulado *El Angel de la Guarda*, y otro cuyo argumento era la célebre conspiracion del Marqués del Valle.

II.

El 1º de Noviembre de 1840 se separó el jóven Ignacio Rodriguez de la librería de su tio, con el fin de dedicarse á otras tareas y en especial con el de aprender perfectamente el latin. Ya retirado en su pobre hogar, en donde podia disponer de más tiempo para sus estudios favoritos, continuó cultivando las bellas letras con el entusiasmo de siempre. El año anterior habia escrito sús hermosas composiciones *El Angel Caido*, la *Profecía de Guautimoc* y su romance *El Anciano y el Mancebo*; así como otras que revelaban claramente no solo un positivo adelanto en el arte de la versificacion, sino tambien conocimiento profundo de los más autorizados escritores españoles. Su vida que jamás habia sido descansada ni feliz, aumentó su amargura desde que se separó del humilde empleo que habia servido: pobre, olvidado, sin ese prestigio que dan las grandes relaciones, viviendo modestamente, con un corazon noble y sensible, el desgraciado autor de *Muñoz* jamás dejó de experimentar los dolores que traen consigo los desdenes injustos de la sociedad, los desengaños y la pobreza. Años atras se habia enamorado perdidamente de una actriz mexicana, hermosa pero no de blando corazon, que desdeñó el amor del poeta haciéndole probar el amargo cáliz de las decepciones. En una composicion sin título que se registra en sus obras, y en otra, *Amor*, dedicada á una niña de seis años, habla del que se apoderó de su alma, con una pasion y una elocuencia verdaderamente conmovedoras; hay en los lamentos de Rodriguez todo aquel desencanto, aquella amargura, aquella tristeza imponderable del que ama sin esperanza, del que sufre recordando los desdenes de la mujer querida, y aparecen, en efecto, lanzadas por el que, *siendo aún jóven, perdió su vigor*. Nuestros ojos apénas pueden ya leer, al través de las lágrimas, el desgarrador final de la última composicion citada. En la dedicatoria del *Privado del Virey*, Rodriguez Galvan compendió en pocas líneas la historia de sus desventuras. "Este drama—dice—obra de duros afanes y de largas meditaciones, y acaso el ménos insulso fruto de mi estéril imaginacion, es como la historia de mi miseria: en cada frase, en cada palabra, hay un gemido que el dolor y la desesperacion ha arrancado de lo íntimo de mi alma. Como escrito en diversos tiempos, diverso es el estilo y colorido de cada cuadro, bien así como las imágenes fieles de mis afectos, por más que en todos ellos hiera primero la vista el rugado ceño de la fortuna."

III.

A mediados del año en que se publicó este drama, 1842, recibió Rodriguez Galvan un nombramiento diplomático, el de oficial de la Legacion Extraordinaria cerca de las Repúblicas de Sud-América. Partió: y al alejarse ¡ay! para siempre de las costas del golfo y divisar los últimos indecisos contornos de las montañas natales, escribió su célebre despedida *¡Adios, oh patria mia!* ese canto ternísimo y sin igual en que al amor del hijo se mezcla la melancolía del proscrito, á la piedad del creyente la esperanza del que tiene fé; en que el poeta, convertido súbitamente en egregio pintor al fuego de la inspiracion, dibuja con espléndidos colores los espectáculos del mar y las encontradas emóciones del que con tristeza se aleja de donde no quisiera.

Leyendo sus estrofas se comprende con pena todo lo que el poeta sentia al dejar á la patria: ¡qué dulzura, qué piedad, qué dolor, y qué tristeza hay en ellas! Toda la composicion está llena de apacible melancolía, de poesía verdadera, de profunda angustia, y rebosa

en la amargura de que está henohido el pecho del infeliz Rodriguez. Un contratiempo desgraciado en el buque que le conducía obligó á nuestro poeta á detenerse en la Habana, en donde escribió su sentida lamentacion *La Gota de hiel*, que es desgarradora y dolorosa, y que conmueve el alma profundamente. Un mes despues, el 25 de Julio de 1842, y á la temprana edad de veintiseis años, falleció en la misma ciudad víctima del vómito, sin que en sus postreros momentos hubiese tenido á su lado un pecho amigo, un compatriota que recogiera sus últimos suspiros. ¡Y en el cementerio de la capital de Cuba no hay una lápida, una cruz que señale la sepultura del humilde poeta mexicano!... —Sus obras fueron cuidadosamente coleccionadas por su hermano D. Antonio y publicadas bajo su direccion el año de 1851: ¡merecido tributo á la memoria del que luchó y trabajó impulsado por su amor á la gloria, del que tuvo por sueño constante no ser olvidado por sus compatriotas, segun expresion de uno de sus versos!

IV.

Rodriguez Galvan es sin disputa el poeta más simpático y más apreciable de cuantos ha tenido nuestra patria: su humilde orígen, su juventud, su modestia y su pobreza; la singular constancia con que cultivó su talento hasta llamar merecidamente la atencion en una edad en que otros viven entregados á los placeres y al abandono; sus esfuerzos por crear un teatro nacional, y por último, la injusta oscuridad en que vivió, sufriendo siempre sin quejarse las amarguras de su suerte, son otros tantos títulos para que su memoria sea estimada y bendecida por todos los que amen la virtud y las glorias de México. Rodriguez Galvan es igualmente acreedor á la gratitud de sus compatriotas, porque en una época en que el cultivo de la literatura era limitadísimo, y en que el poeta, lo mismo que hoy, léjos de tener algun estímulo en la atencion y benevolencia de la sociedad, era desdeñado y mal comprendido; él, con el solo ánimo de ser útil á su patria y de dar provechoso ejemplo, luchó con la suerte y las preocupaciones, condenándose á sufrir mil desdenes, para impulsar eficazmente el progreso de las letras mexicanas. El Sr. Tornel, en su contestacion á la dedicatoria de *El Privado del Virey*, lamentaba que desgraciadas circunstancias impidiesen á nuestro Rodriguez emprender trabajos más extensos é importantes. "Deseo contribuir con este pequeño estímulo—decia aquel ilustre mexicano refiriéndose á la impresion del drama—á que se desarrolle ese génio privilegiado con que lo dotó la naturaleza para la poesía, y de que ha dado ya distinguidas pruebas en medio de sus escasos recursos, que tanto lo han aproximado á la última miseria." En efecto, las obras de nuestro poeta, atendidas las especiales circunstancias de la época en que escribió y la limitada manera que tuvo para desarrollar sus facultades, son excelentes y dignas de entusiastas elogios: en su poesía hay originalidad, gracia y sencillez; los géneros son diversos y variados; el lenguaje casi siempre castizo y puro; las imágenes propias y limpias: bien se echa de ver que en su composicion tuvo presentes los preceptos y los modelos de los clásicos españoles, aunque se debe lamentar que su inexperiencia, su juventud y la falta de direccion, le hubiesen inclinado á emplear con mucha frecuencia voces y giros anticuados. En las pocas fábulas que escribió, dió muestras de peculiar y rara disposicion para este género de composicion literaria: gracia, novedad, facilidad clarísima en el modo de exponer la leccion que se proponia dar: tales son las cualidades que tiene. En cuanto á sus dramas, en mi humilde juicio, sin ser precisamente notables, abundan en bellezas y dan testimonio de las excelentes dotes de Rodriguez para cultivar el drama, y acaso habria producido más tarde muy buenas obras para el teatro, si la muerte no nos le hubiese arrebatado prematuramente. Sin que las tramas de *Muñoz* y de *El Privado* sean complicadas, se mantiene vivo el interes hasta el fin, merced á las situaciones terribles que presentan, al tin

con que el autor hace simpáticos ó repugnantes á sus personajes, y acaso á su versificacion, siempre fluida y variada: en ambas obras, sin embargo, nos parece hallar, sobre todo en la primera, cierta monotonía, cierta falta de valor en el poeta para trasladar al papel enteras sus inspiraciones: á veces abusa de lo patético de la escena y recarga los colores; otras, por el contrario, desaprovecha ó pasa rápidamente sobre aquellas en que podia detenerse y sacar partido, no solo de la situacion en que ha colocado á sus personajes, sino tambien del ánimo de los espectadores. Pero, en fin, estos defectos, en vez de ser señales de falta de talento y disposiciones, apoyan lo que ántes he dicho, á saber: que nuestro Rodriguez, con el tiempo, habria escrito muy buenas obras dramáticas: la experiencia, un estudio constante y profundo de los dramaturgos, frecuentes meditaciones y sábios consejos de eruditos literatos, habrian ido formando su buen gusto, y acaso entónces, animados muchos por su ejemplo, le habrian ayudado en la obra verdaderamente patrióca de la formacion de un teatro nacional. Rodriguez Galvan es notable como poeta lírico, y si atendemós á su corta edad, que es lo que debe hacer todo el que quiera juzgarlo, pues muerto á los veintiseis años, dejó una abundante coleccion de obras poéticas, muchas de ellas inmejorables; si atendemos á esto, repito, acaso no sea aventurado decir que él seria hoy una de nuestras primeras figuras literarias y uno de los más intachables modelos que podria ponerse en manos de la juventud.

Desgraciadamente el romanticismo, por aquellos años en boga en Alemania, Francia y España, y del cual fué ardiente partidario nuestro poeta, introdujo en la escasa literatura mexicana ciertos vicios y tendencias que corrompieron el gusto, deteniendo así el mejoramiento que en ella se operaba, merced al influjo de las obras del correcto Pesado y del sentido y piadoso Carpio. A mi entender, esta es la principal causa de los defectos que hallamos en Rodriguez, aunque es cierto que en sus composiciones líricas se nota ménos la influencia de la escuela romántica. Podria citar aquí algunas de ellas, notables por el delicado sentimiento con que están escritas, y por su dulzura, correccion y sonoridad; pero no lo hago temeroso de prolongar más esta reseña biográfica. No concluiré, sin embargo, ántes de recomendar muy eficazmente que se lean con cuidado las composiciones de nuestro infortunado compatriota, pues en su mayor parte son dignas de admiracion y de estudio, y conmueven por la melancolía que producen en el alma. En la actualidad Rodriguez Galvan está casi olvidado y sus obras apénas se buscan para ser leidas. ¿Por qué esa injusticia con el que merece nuestro cariño, nuestra gratitud y nuestros recuerdos? ¡Quiera el cielo que al reconocer todos los amantes de las letras el mérito y las virtudes de nuestro querido poeta, ensalcen su memoria y perpetúen su nombre al lado de los de Gorostiza, Pesado y Carpio!

VICTORIANO AGÜEROS.

A la Vírgen María Nuestra Señora.

Vírgen, Madre de Dios, Madre admirable,
 De las vírgenes Reina,
Vírgen entre millares escogida,
 De gracia y piedad llena;
Pon, Señora, los ojos compasivos
 En mis hondas miserias;
Devuélveme la dicha, que insensato
 Perdí con la inocencia.
Largos años, de Dios en el olvido,
 Corrí del mal la senda,
Y del vicio el aliento ponzoñoso
 Casi agotó mis fuerzas.
¿No bastara, Señora, á fatigarme
 La inclinacion perversa
Que puso en nuestra carne la codicia
 De la vedada ciencia?
Tú que lograste con segura planta
 Quebrantar la cabeza
Del pérfido Dragon, y espanto fuiste
 A sus legiones fieras;
Tú, gloria de las vírgenes, que sola
 Entre las hijas de Eva,

Por fin del Padre el corazon heriste
Con tu limpia entereza;
Tú que en el seno virginal llevaste
Sin mancha ni dolencia
Al Resplandor del Padre y Arca Santa
De su altísima ciencia;
Tú en quien puso el Espíritu Divino
Tesoros de belleza,
Todo un cielo de amor en que sus llamas
Los serafines ceban;
Tú en cuyo nombre se regala el justo,
El pecador espera,
Y devorado de inmortal envidia
Satán murmura y tiembla;
Devuélveme la paz, cura mis llagas,
Mis pasiones enfrena,
Hazme puro y humilde, y á tu Amado
Mis ánsias endereza.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

1881.

GIL

Á MI HERMANO PEDRO.

I.

Oye, Gil.... Esposo mio—
Teresa con voz confusa
dice, ahogando los sollozos
que su aliento débil truncan.
—No salgas, Gil, esta noche
que es de mi vida la última,
y cuando llore la niña
que está durmiendo en la cuna,
yo no podré levantarme
á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa
¿quién su blando sueño arrulla?
Gil, como siempre, á la pobre
Teresa abstraido escucha,
y por sus trémulos labios
vaga una sonrisa estúpida.
Gil, otro tiempo tan bueno,
al torpe vicio tributa
la adoracion insensata
que su noble instinto turba.
Duerme cuando el sol ardiente
la ciudad y el campo alumbra;
y cuando tiende la noche
su negra sombra confusa,
en el garito, en la orgía
va á arrastrar su vida oscura,
ó de vil ramera en brazos
placer satánico busca.

II.

¿Qué valieron de Teresa
la esplendorosa hermosura,
halagos, ruegos, suspiros,
y lágrimas y ternuras?
Indómitas, las pasiones,
como encadenadas furias,
en el pecho se desatan
del mancebo, y en él triunfan.
Torpe amistad y menguada
su ardor juvenil azuza,
y mil seductores goces
su edad temprana deslumbran.

III.

Robó el dolor á Teresa
su esplendorosa hermosura:
las rosas de sus mejillas
están pálidas y mústias.
La miseria pavorosa
su alma sensible atribula,
y en su insaciable vorágine
sus alegrías sepulta.
—Oye, Gil, con voz más triste
y más lenta continúa,
jamas partió de mis labios
ni un reproche, ni una injuria;
agotaste tus caudales,
agotaste mi fortuna,
tus caudales eran tuyos,
y mi fortuna era tuya.
Destrozaste el pecho mio,
sus ilusiones más puras
rodaron bajo el imperio
de tus traiciones injustas;
hiciste bien, bien hiciste,
que mi pobre vida es única,
y yo al pié de los altares
te dí mi vida.... Era tuya.
Mas la preciosa existencia
de esa angélica criatura
tus cariños necesita,
y necesita tu ayuda.
¡No salgas, Gil, no me dejes
sola con mi horrible angustia
en esta noche tan triste
que es de mi existencia la última!
Gil por única respuesta
su negro bigote atusa,
se cala el ancho sombrero,
y al decirle con voz ruda:
"todas las noches la misma
cancion y la misma súplica...

y nunca acaba de abrirse
para tí la sepultura,"
soltando una carcajada
de horrible sangrienta burla,
se salió dejando sola
con Dios á la moribunda.

IV.

Está ya Gil en la calle:
de pronto mira una turba
salir del templo y se pára
de un farol en la penumbra.
De gentes alegres todas
entre multitud confusa,
se ven dos novios, que acaban
de doblar á la coyunda
de himeneo, el cuello dócil
al placer que los adula.
El con lujoso vestido,
ella con lujosa túnica
coronada de azahares
blancos como nieve pura...
Y siente Gil que la sangre
en sus venas no circula
y en tropel en su cerebro
mil ideas se acumulan:
recuerda la alegre noche
en que á la luz de la luna
salió de aquel mismo templo
entre mil alegres turbas,
con su Teresa del brazo,
flor que el ambiente perfuma,
de felicidad radiante
y radiante de hermosura;
recuerda cuando en el átrio
amor eterno le jura;
recuerda que él no ha cumplido
de sus promesas ninguna;
recuerda que en su pocilga
la ha dejado sola y mústia
tocando con mano fria
los dinteles de la tumba.
Agudos remordimientos
su pecho intranquilo punzan
y dirige á su morada
la débil planta insegura....
El á su pobre Teresa
le va á decir que no sufra,
que sus infamias perdone,
que dé al olvido sus culpas.
Y embebido en esta idea,
temblando el paso apresura,
porque algo teme, algo teme
que de horror su mente nubla.

V.

—¡Teresa!.... ¡Teresa!—Grita,
y entra en la estancia que alumbra
una miserable lámpara
que en aquel momento ondula
su débil llama, rastrea
en torno y lanzando algunas
tristes ráfagas, se apaga
dejándolo todo á oscuras.
Gil se detiene y vacila
presa de horrible pavura.
Esa lámpara que muere,
¿qué de espantoso le anuncia?
Teresa.... Grita de nuevo.
—Teresa mia, ¿estás muda?
Soy Gil que viene á quedarse.
¿Dónde hay luz?—A tientas busca
un viejo velon, lo encuentra
lo enciende y la estancia alumbra,
y alumbra el lecho y arroja
un grito de espanto y duda.
¿Teresa está desmayada?
¿El sueño acaso la abruma?
—Teresa.... Grita, ¡Teresa!
¿Me perdonas? ¿No me escuchas?
Le toca el pecho y no late,
toca su arteria y no pulsa:
en aquella estancia reina
la paz de las sepulturas.
Toma Gil las blancas manos
que acariciaron las suyas,
y en el copioso torrente
de su llanto las inunda!
Ve espantado aquellos ojos
y áun en las pestañas húmedas
mira pendiente una lágrima
de dolor y de amargura,
y á aquellos labios que un dia
ostentaron roja púrpura,
y ahora tan solo cubre
lívida y mortal blancura,
pide una sola sonrisa....
Una sola frase.... Una
palabra sola.... ¡Una sola
de perdon!—¿Qué es lo que busca?
Convulso, desatentado
arranca de su cintura
una hoja aguda y luciente,
que con fiera mano empuña;
mas cuando toca su pecho
la fria acerada punta,
se oye en la cuna un gemido
que el mortal silencio turba.

—Perdon, Dios mio.... Perdona,
Teresa.—El triste murmura....
Y suelta el hierro.... Y llorando
se postra al pié de la cuna.

José Peon y Contreras.

FLOR SIN AROMA.

(Apuntes de mi cartera.)

....

Una plácida y tranquila noche, desplegaba su cielo inmenso, tachonado de brillantes estrellas, como diamantes incrustados en una cortina de satinado terciopelo negro. La ciudad dormia silenciosa, envuelta en las tinieblas, que le prometian un descanso necesario. Las calles estaban solitarias, iluminadas de trecho en trecho por faroles que despedian vivos reflejos, pero cuya luz se amortiguaba á corta distancia y moria entre las oscuras sombras de la noche. Las puertas y las ventanas yacian cerradas y solo turbaba el silencio solemne que reinaba, los pasos del sereno, que tarareaba de vez en cuando el estribillo de algun villancico popular.

*

Mas no en todas partes era silencio y calma.

En una plazuela, cuyos costados estaban formados por bellos y elegantes edificios, uno de éstos hacia contraste con lo que hemos sucintamente descrito. Iluminado con profusion y gusto su extenso portal, veíase cercado de elegantes berlinas y coches, uno que otro tilbury y tal cual otra antigua calesa. Los postillones, rebujados en sus capotes, calados sus sombreros de librea ó sus chambergos, charlaban, menudeando tragos, que les proporcionaban no mal surtidas botellas, que el portero, con toda libertad, sacaba de su habitacion.

De escalera arriba, la animacion y el bullicio eran extremos. La servidumbre afanosa iba y venia con trajin y algunas parejas paseaban por los corredores, en fogosa si bien discreta conversacion..................................

*

Los salones eran un bazar de hermosuras, exhibidas con todo el aire de la más pura elegancia, los encantos de la última moda y las exquisitas maneras de una culta sociedad.

En unos, distinguidas y jóvenes parejas danzaban al compás de una deliciosa música: en otros, los juegos atraian á formales señores de toga y espada y no escasas entidades administrativas y profesionales, que allí buscaban un solaz permitido: en otros, en fin, reposadas matronas sostenian una conversacion, que en lo comun insípida, solo se coloreaba y tomaba fuego en la maledicencia y la murmuracion.

Ello era, que todos y en todas partes se alegraban y sentian un contento, que no disimulaban de ninguna suerte.

*

En el salon de baile, cerca de una ventana, disfrutando de un intervalo de descanso, hallábase una hermosa jóven, vestida primorosamente y con señales de distincion aristocrática. Un corrillo de jóvenes y pisaverdes se disputaban sus sonrisas, sus miradas y hasta sus más insignificantes palabras. Era la bella Emilia C... que perteneciendo á una rica y noble familia, era el encanto de sus padres y el envidiado pávulo de la más sincera admiracion ó de los más interesados cálculos.

*

Pero Emilia era demasiado orgullosa para abatirse ante tales rejuegos ó dejarse dominar por tontas adulaciones.

Ella, bien hallada con su posicion y sus riquezas, no se dignaba abrir su corazon, ni al dulce néctar del amor, ni á las tranquilas y suaves auras de la amistad.

Veia con desdén desde la altura de sus gracias, de su rango y sus cuantiosas rentas, el mundo que se debatia á sus piés, como un hormiguero en el que las encontradas tendencias imprimen una desordenada actividad que, esto no obstante, conspira á un mismo fin.

Ella comprendia que era el sér ambicionado por los nécios sentimentalistas de la pasion ó por los frios calcula-

dores del interés, y á todos resistia, encastillada en la nobleza de su alcurnia y la suficiencia de sus riquezas.

Para ella, pues, no habia afecciones íntimas del corazon, jugaba con los sentimientos, como despreciaba las impresiones misteriosas del alma: engreida con las ovaciones de que era objeto, recibíalas como un premio merecido por su belleza y posicion, y no como el culto que la beldad recibe de todos los que aman la hermosura y la bondad, sin que se cuidara de aquellas astucias de los que, con cinismo sin igual, del amor hacen un garlito, para apoderarse de una posicion confortable.

Resulta de aquí, que rodeábala lo más florido de la elegancia de la ciudad y uno que otro personaje, de esos, que venidos tal vez de propósito y que olvidados de la oportunidad, no se desdeñaban de ser entusiastas admiradores de aquella hermosura, impenetrable por otra parte, á los dardos del amor, ó á los lazos de la amistad.

*

Entre los jóvenes que allí atraia la belleza de Emilia, se hallaba el señor Roberto E.... apuesto caballero, de muy buena posicion, elegante, fino y generoso. Un poco ligero, pero nunca mal intencionado.

Era alto, robusto y rubicundo como un inglés.

A su lado veíase otro jóven, algo pálido, de melancólico mirar, y que si no chocaba con aquella sociedad bulliciosa, tampoco le prestaba su contingente ruidoso de animacion.

Llamábase Honorio Z.... Vestian ambos de un modo irreprochable y de muy buen gusto ciertamente.

Ambos habian sido educados en un plantel de Inglaterra, al cuidado de esos maestros de la enseñanza moral y literaria, sin rival en el mundo, los jesuitas, y no tenian mucho tiempo de venidos de Ultramar y una de sus primeras entradas á la sociedad elegante, era el baile dado por el riquísimo banquero Don Rufino Morelos, quien al abrir sus salones de primavera, soberbiamente decorados, tuvo la satisfaccion de reunir en ellos á todas las notabilidades de la ciudad y sus alrededores.

En sus salones debia brillar como una diosa su hija la hermosa Emilia.

*

Roberto y Honorio, en segunda fila de los que cortejaban á la hija del banquero, conversaban.

Sus palabras rolaban nada menos que sobre la beldad, centro de aquellas admiraciones, y conocíase que sus opiniones no iban conformes, porque un gesto de despecho traicionaba de cuando en cuando la apacible amabilidad que bañaba el rostro del primero.

Oigamos su conversacion, en el estado en que la sorprendemos.

—Honorio, repuso Roberto, sin apartar su mirada de Emilia, no puedo negar que el consorcio del alma y el cuerpo forman una armonía prodigiosa, pues que la estética más sublime apénas concebirá que falte la inspiracion en la obra maravillosa del arte, sin que rebaje en algo el mérito real de una levantada concepcion; pero sin embargo, lo que tiene un valor por sí, no lo puede perder nunca, eso no lo negarás....

—Ya te dije que te andas por las ramas, contestó su compañero con reposada voz, y si no bajas al fondo de la verdadera naturaleza de las cosas, si no consultas á ese conjunto sorprendente y magnífico de fuerza, materia y espíritu que constituye á los séres racionales, en vano pretendes forjar principios, desarrollar sistemas y sentar conclusiones, que no son más que pobres utopias, en que te enredas miserablemente.

Yo tampoco niego que Emilia sea una rara belleza, estaria falto de sentido comun para asegurar tal desatino; pero sí me concederás, que dentro de ese primoroso vaso alabastrino, de inestimable precio, indudablemente ningun perfumado ungüento se guarda; es *una flor* de rara hermosura, pero *sin aroma!*....

—¡Vaya! siempre estás tú con esas ideas: hombre, tú nunca alabarás las inimitables estátuas de Praxíteles, Fidias, Miguel Angel ó Canova..... quie-

res, segun esto, vida en todo y una vida forjada á tu sabor.

—Tú mismo te intrincas en tu sofisma, Roberto: mira á Emilia y dime, si uniera á su belleza privilegiada una alma generosa, sensible y compasiva con la desgracia, ¿no seria una mujer incomparable? Véla llena de fatuidad y orgullo, el incienso de la adulacion es el tributo que cree merecerse, cual reina de la hermosura y de la buena sociedad, y ¡ay! sondea su corazon y le hallarás.... vacío de virtudes.

—Honorio, ya parece que veo que si Emilia fuera una beata, con su hopalanda azul, un gran rosario y unos enormes rezos en mano, seria un modelo sin rival....

—Roberto, Roberto, tú te ries solo de esa objecion, ¿qué, la virtud necesita de ese aparato severo para ser virtud?.... Puntualmente la verdadera virtud es modesta y ama el retiro y que no sean conocidas sus obras meritorias.

Hay una prueba tan relevante para conocer esas diferencias, que te ruego no desperdiciemos la ocasion de aceptarla. Mira: ¿ves aquella jóven que está sentada junto á la consola, frente del gran candelabro?

—Y bien, sí la veo, pero no atino...

—Aguarda: esa señorita es tambien de muy buena familia, de excelente posicion y....

—Pero no es tan hermosa como Emilia....

—Bien: estoy por darte la concedida, aunque te diré, que sobre gustos no hay ley escrita: á tí te encanta el soberbio continente de Emilia, su dignidad y su hermosura; y á otros les desagrada, no obstante, su desdeñoso mirar, su orgullo y su belleza altiva....

¿Pero crees tú que la señorita Celestina es fea?

—No, seria una mentira el afirmarlo: es muy bella y sus maneras elegantes....

—Y bien, sondea tu corazon y dime si quieres que observemos con toda reserva la conducta de ambas, y con la mano en el corazon me manifiestas despues de un concienzudo exámen cuál te parece más amable, más bella, más digna de aprecio; cuál de esas dos hermosas señoritas es al fin la que merece la primacía.

—Me place tu idea: y harémos una explicacion necesaria: vivo cerca de Emilia y tú próximo á la casa de Celestina; observemos y nos obligamos á referir sin comentarios y del modo más franco ó imparcial las acciones notables de una y otra, el aprecio que de ellas se hace en público, y entónces decidimos lealmente esta cuestion.

—Sea; desde ahora me aparto por vigilar á Celestina.

—Bien, Honorio, yo me quedo junto á esta simpática beldad.... Y estoy seguro de que gano, ya verás....

—Puede ser.... puede ser, contestó Honorio, moviendo la cabeza á uno y otro lado en signo de verdadera duda.

Y se separó para ir á saludar á Celestina....

*

Emilia habia observado, sin saber de qué trataban, la acalorada conversacion de los jóvenes, y lo observó porque solo ellos estaban sin rendir el tributo de adulacion que ella ansiaba; así que, algun ceño apareció en su semblante al ver que la discusion se prolongaba y más sombría quedó cuando vió alejarse á Honorio y acercarse á Celestina.

Una chispa de cólera y de negra envidia irradiaron sus ojos, y en su boca se dibujó una arruga desdeñosa. Es verdad que atendia á cuantas melífluas palabras hacian deslizar la adulacion ó el interés en sus oidos, mas de cuando en cuando al soslayo dirigia una mirada enconosa á los dos jóvenes Celestina y Honorio, que parecian agradablemente entretenidos en una conversacion sencilla.

Roberto no perdia un ápice de aquellos movimientos, y sin asomo de duda estaba contrariado.

Veia la perfecta belleza de Emilia desfigurarse, por instantes, con aquellos relampagos de envidia, é ira y cada vez se desanimaba más, perdiendo el entusiasmo de prediIeccion, que hasta entónces demostrara.

*

—Señorita, decia con la mayor naturalidad Honorio, si debo expresarme con franqueza, no negaré que el mundo es engañoso y que siempre vemos las cosas tras del velo de las ilusiones.

—Si es que éste no se desgarra con un desengaño....

—Ciertamente: el desengaño es la fria verdad que nos convence de los mentidos encantos que algun dia soñamos, engolosinados con las efímeras gracias de una felicidad más bien deseada que en realidad presente.

Honorio se calló, y luego como recapacitando agregó:

—¿Pero usted no juzga que la dicha y el contento sonrien cuando el mundo abre su regazo para acariciar al que supo ó pudo caerle en gracia?

—De lo que yo juzgue, no podemos formar regla, puesto que como he dicho á usted, el mundo se fija en las grandes entidades, pero nunca en los que para nada figuran en el laureado cuadro de sus notabilidades. Yo, por mí, nome atreveré á negar todas las grandezas que brillan en la sociedad, pero por lo que me toca, estoy, la verdad, convencida de que nada valgo, y de que mucho ménos, debo ser estimada.

—Usted se rebaja injustamente, señorita, dijo Honorio, atraido por la dulce simpatía que hacia nacer en su alma la modestia y la humildad de la jóven y bella Celestina.

—Caballero, nunca podria yo revestirme de ropajes agenos; no me desestimo, sino que me concedo lo que realmente merezco. No me hago ilusiones.

Vea usted si no á la señorita Emilia: está resplandeciente de hermosura y gracias, y ella, sin duda que es acreedora á la estimacion justa, y á la admiracion de que es objeto. ¿Podria yo ser siquiera comparable á la mitad de sus encantos y brillante posicion? No, ella nació para ser un astro radiante, que destella luz y belleza; pero yo.... jamás, jamás saldré de la línea en que estoy puesta por la Providencia divina....

—Señorita, exclamó Honorio, realmente influenciado por la modestia de aquella hermosa jóven: yo creo que usted se pone un poco más atrás de la línea que le conviene; pero dejemos esto, que ya oigo preludiar una mazurka, y suplicaria á usted se sirviera concedérmela.

—Con mucho gusto, caballero.

*

Al ver Emilia á Celestina del brazo de Honorio, palideció levemente, y con disgusto mal disimulado, balbuceó:

—¡Jesus! ¡Qué pareja tan vulgar! ¡Qué horror!

*

A las primeras vueltas que de la mazurka daba Celestina con Honorio, dijo ésta, viendo á Emilia:

—Vea usted, caballero, si mi apostura podrá compararse á la esbelta y elegante de la señorita Emilia..... Es toda una hermosa y simpática jóven!.... y al pasar rozándose con ella, Celestina le dijo con un regocijo ingénuo:

—¡Qué bella está usted, Emilia!

Esta, al retirarse, clavó su mirada fiera en la que así le hablaba, y murmuró:

—¡Qué *repugnante igualada!*......

....

Roberto, que habia octenido la pieza y acompañaba á Emilia, no perdió ni el más ligero detalle de aquellas peripecias. Y cada vez más, una amargura intensa destilaba gota á gota el frio del desengaño en su corazon, que anhelaba hallar lo contrario de lo que palpaba....

Cuando la reunion acabó, los dos amigos salieron del brazo silenciosos y meditabundos: un elegante tílbury vino á su encuentro, montaron, y el coche se alejó á paso rápido.

¿Qué habia quedado en el fondo del corazon de los dos amigos?

Ellos no se lo comunicaron, prueba de que su juicio no estaba sino apénas perfilado con las siluetas vislumbradas en aquella noche.

*

Ocho dias habian trascurrido.

Roberto y Honorio cumplian concienzudamente su propósito.

Una mañana, Roberto estaba en el pequeño balcon de su gabinete de trabajo. Miraba distraidamente á los transeuntes. Habia pasado un par de horas, en muy laboriosas operaciones, que lo habian tenido ocupado, porque Roberto era médico y á las puertas de su casa venian pobres enfermos, para que curara sus dolencias, y con la mejor voluntad dedicó el jóven facultativo este tiempo á aliviar, en cuanto le era dable, los dolores de la humanidad. Fatigado por el continuo trabajo se asomó al balcon, á distraerse. Vió entónces la berlina de Emilia, á la puerta de la casa, y á poco notó que la bella jóven, espléndidamente vestida, acompañada de su padre, salieron entrando luego al carruaje.

Quiso seguirla, pero era una empresa disparatada ir á pié tras un coche tirado por fogosos caballos, porque aun no estaba listo el tilbury.

Se entró pensando á dónde iria Emilia y lo primero que le llamó la atencion fué una vistosa tarjeta que el criado habia dejado en el bufete y en la que no se habia fijado al ir al balcon.

La tomó abrióla y leyó.

¡Ah! se dijo: allá va Emilia: sí, á esa fastuosa Exposicion de floricultura, que la sociedad "Muñoz Rivero," ha inaugurado hoy; allá voy tambien: buena oportunidad es esta para que observe á Emilia.

Tomó su gaban, su sombrero, y empuñó uu bambú con puño de oro y á largos pasos se alejó, en el mismo rumbo que la berlina del banquero.

*

Como á las once de la mañana de ese mismo dia, Honorio volvia del Palacio de Justicia, donde los negocios de su profesion de abogado le habian retenido.

Venia gustoso y alegre: acababan de notificarle la sentencia definitiva de un pleito en el que la más reconocida justicia habia brillado, debido al estudio, tino y energía del jóven patrono de una familia desvalida, presa de los usureros y víctima de las expoliaciones de esos buitres infames sin alma ni conciencia.

Al pasar frente á la casa de Celestina se fijó casi sin querer en una docena de niños, macilentos y casi desnudos, que estaban como en espera de algo.

Al atravesar por entre ellos y alguno que otro mendigo que allí se hallaba, oyó ciertas palabras que le descifraron el enigma.

Allí esperaban á Celestina que les iba á repartir ropas y socorros.

No pudo dominar un sentimiento de tierna afeccion hácia aquella jóven, que venia en auxilio de la niñez desvalida y de los menesterosos.

Mas como tenia que evacuar una cita urgente, apénas pasó se entró á su casa, despachó el negocio y se salió de nuevo á presenciar aquel episodio de amable caridad, pues que así convenia á sus fines y compromiso.

*

Las doce sonaban lentas y majestuosas.

Raras personas se descubrieron en honra de la hora solemne, que anunciaban las campanas de los templos.

Los demás corrian en todas direcciones. ¡Era la hora de la sopa!.... Roberto hacia tiempo que admiraba los primores de floricultura, que se ostentaban en ricos escaparates.

Allí las espléndidas dahalias, los geránios, las rosas de Alejandría, los pensamientos, los soberbios tulipanes, y los jericós y otras mil flores, que por su lozanía, sus matices y su grandor, eran el pasmo de los curiosos.

Roberto buscaba á Emilia.

Entre la multitud de visitantes de la Exposicion, no la hallaba, hasta que en el departamento de las rosas té y los tulipanes quedó agradablemente sorprendido al verla, del brazo de su padre, recorriendo los escaparates y alabando las espléndidas flores cuyas bellezas ponderaban los encargados de la seccion.

Púsose tras de la comitiva, para observar.

Emilia hubiera hecho palidecer á un tulipan nacarado, si la flor fuese susceptible de envidia.



Estaba la jóven deslumbrante de belleza y ricas joyas.

Al elogio que hizo Emilia de una flor, rosada y aromática, que se ostentaba en un tiesto de porcelana, el inspector la cortó, y con frases llenas de fina cortesía la ofreció á la jóven.

Aceptóla Emilia y dejó entre los dedos del empleado, un billete de banco, que al verse su tipo, era nada ménos que un *schek* de $1,000.

Así pagaba aquella hermosura una galantería, vulneradora de los estatutos de la Exposicion. Con una sonrisa seductora, entrelazose la flor en el peinado y orgullosa al verse distinguida con aquella muestra inaudita de preferencia, se adelantó llena de satisfaccion al vestíbulo.

Iban de salida.

Cuando pasaron el umbral, acercóse con dificultad el coche, para que subieran la jóven y su padre. Entre el flujo y reflujo de la gente, la flor mal asegurada entre el peinado de Emilia, se desprendió y cayó al suelo.

En aquel entónces, una anciana mendiga, sin saber de qué se trataba y solo deseando solicitar una caridad, avanzó un poco y con su pié holló la flor.

Un grito lastimero brotó del pecho de Emilia, y con voz ronca por la ira, apostrofó á aquella pobre mujer de *vaga, imbécil, estúpida*, y como contestacion á la demanda de *caridad* que le pedia la menesterosa, la señaló con airado ademan á un agente de policía y furiosa se entró al carruaje declamando contra los mendigos *vagabundos*, *lepra* de la sociedad....

*

Roberto, que todo lo habia presenciado, tomó cabizbajo el camino de su casa, no sin recordar, con Beauchène, escritor que alguna vez tiene muy delicados pensamientos, que "*Una mujer hermosa sin virtud es una flor sin aroma.*"

*

Honorio, hemos dicho, volvió á salir, arreglada la cita que tenia, y salió lleno de contento y alegría, porque aquel dia era de justicia y reivindicacion....

Habia logrado protejer á una desventurada familia, presa de la avidez infernal de uno de esos vampiros horripilantes de la humanidad desvalida, y era feliz.

Al proponerse de nuevo salir, no olvidaba que tenia que ver algo que notificara ó confirmara el juicio que de Celestina se habia formado.

Apénas se avistó al frente de la casa de Celestina, empezó á notar que mujeres y ancianos salian y que llevaban niños de la mano, y todos rebosando de gozo, traían ropas, comestibles y algunos enseñaban monedas, con una satisfaccion que expresaba la alegría de que estaban poseidos. Mil bendiciones dirigian al *ángel del consuelo*, *á la santa jóven*, que así aliviaba y socorria sus miserias, y más de una lágrima de gratitud corria de los ojos, de aquellos infelices, cuyas desventuras eran aliviadas tan oportunamente. Honorio entró al portal, y entre la multitud, se internó en una sala baja, donde Celestina repartia ropas y socorros. Y allí la vió, en medio de los pobres, haciendo caricias á los niños, consolando á los enfermos y animando á los desgraciados: allí la vió dando el abrazo de dulce caridad á la anciana enferma, á la que sus mismas manos curaban sus llagas, y allí la vió, en fin, siendo la providencia de aquellos infelices, que pagaban sus beneficios con lágrimas, bendiciones y muestras inequívocas de un respetuoso y puro cariño. Honorio confundido entre los pobres se convenció prácticamente de lo que es caridad y de los tiernos afectos que engendra en las almas.

Allí recordó con Virey que "la mujer parece fué creada para tender una mano caritativa al desgraciado, para calmar las penas del hombre, y no vivir, en fin, sino para amar, que es su primero y único destino; la sola ley que le ha sido impuesta." Humedecidos sus ojos, por algunas lágrimas que brotaron en fuerza de aquella escena conmovedora, Honorio penetrado de aquellos dulces sentimientos, se alejó decidido á ir á departir amigablemente con Roberto. Una expansion le era necesaria, porque cuan-

do se tiene el corazon rebosando de amargura ó henchido de gozo, es preciso aliviarlo con una íntima confidencia, para que no maten sus sensaciones poderosas. Y siguió su camino en busca de su amigo.

*

Al desembocar á una plazuela, en cuyo centro se habia formado un primoroso jardin, que era un lugar de recreo en los alrededores, Honorio alcanzó á percibir á Roberto, que se adelantaba á su frente, pero sin que pareciera haberlo visto ¡tan preocupado venia! Y hubiera pasado á su lado, sin fijarse en su amigo, si Honorio, con palabras que denotaban alegría no le pusiera la mano sobre el hombro diciéndole:

—Detente, hombre ó estátua ambulante: tiempo tendrás de correr por esos mundos de Dios, aunque sea como Julio Verne, cabalgando en las fastidiosas y absurdas quimeras.

—Honorio, estás de gorja; se trasluce en tus palabras el contento. . . .

—Y tú estás sombrío, apenado y triste. ¿Estás malo? dijo con interés Honorio.

—Estoy desilusionado, amigo mio, el hielo del desengaño ha matado el entusiasmo de mi alma fogosa: languidezco al desamor de una fantasía que se desvaneció, no sin dejarme la amarga hiel de las decepciones. . . .

—Me preocupas, Roberto: segun esto, ya estamos de punto para resolver la cuestion que tenemos planteada. . . .

—Mira, Honorio, no quiero entrar en muchos pormenores, que me laceren el corazon: te confieso que estaba en un error lamentable, un error que envolvia consecuencias peligrosas. Si las mujeres, como ha dicho Julien, son flores, no solo su belleza es cualidad esencial para ser dignas de las más puras y ardientes afecciones, porque así como la rosa sin perfume es un objeto ridículo, imposible, inútil, la mujer sin virtudes es una flor sin aroma y no cabe duda en que es una brillante concepcion plástica que hará admirar sus perfecciones, pero no elevará el pensamiento á las alturas de esa armonía sobrenatural del sentimiento y ménos á las inmarcesibles regiones de lo ideal, ni moverá el corazon con el resorte poderoso de la bondad. . . . Obra de un arte maravilloso, que la traduccion exquisita de lo bello como afirma Leon Gautier, solo será objeto de vanas alabanzas, pero permanecerá estéril para los abundantes frutos de su mision sublime, tierna, santa, compasiva, aliviadora de los desvalidos, apoyo de los huérfanos y consuelo de los necesitados; todo lo que es el timbre glorioso de su grandeza en la tierra.. . .

He cambiado, como ves, de opinion pero he ganado en ese nuevo giro de mis ideas.

La mujer en el paganismo fué objeto de satisfaccion de groseras pasiones, el instrumento de viles placeres, una esclava que solo tenia alientos para complacer al cruel amo, que disponia de su vida y su reposo; más alumbró la esplendorosa aurora del cristianismo y la mujer se vió rehabilitada y ocupó el puesto que le correspondia; vino á ser compañera del hombre y desde ese momento consoladora de los infortunios y madre tierna de los desamparados y desvalidos. Una mujer sin ternura, sin santos afectos de compasion, sin dulces muestras de conmiseracion, es ó una estátua fria, impasible y engañosa, ó un monstruo, que solo se merece repugnancia y desprecio. Por eso sintetizando estas ideas, diremos con Napoleon el Grande que «*Una mujer hermosa agrada a los ojos y una mujer buena agrada al corazon.*»

—Ciertamente, contestó Honorio, por eso te aseguro que Celestina se ha llevado la palma en esta liza grandiosa. Oye y enaltece sus virtudes.

Y el jóven refirió á su amigo lo que presenció.

Roberto, instado por Honorio, contó lo que viera y tanto le impresionó. Luego hablaron de cosas indiferentes y se separaron tan buenos amigos como siempre. . . .

*

Desde entónces ninguno de ellos frecuentó la casa de Emilia y sí la de Celestina, esta era la solucion práctica del



problema; pero á la vez era el prólogo de un libro que el porvenir preparaba y en el que debian ser protagonistas Honorio y Celestina........

Seis meses despues, en la próxima parroquia recibian las bendiciones nupciales, el jóven licenciado Honorio Z.. y la bella y virtuosa Celestina H....

Servíales de padrino el Dr. Roberto E., quien no disimulaba el contento que se rebullia en su alma.

En un ángulo de la iglesia, en un rincon apartado desde el cual se podia percibir la santa ceremonia, una señora veia todo, pero con muy malos ojos.

Notábase que habia llorado, pero sus miradas más irritadas por la ira que por las lágrimas demostraban que se hallaba dominada por una violenta agitacion.

Antes de que se concluyera la ceremonia, se puso en pié y lanzando al altar una mirada furiosa murmuró airada:

—¡Qué odiosa pareja!

Y se alejó con presuroso paso, sin volver la cara; ¡temblaba de cólera....! Era aquella la mujer harpía, el reverso de la angélica criatura que aliviaba el infortunio de la humanidad; era, en fin, Emilia C.... que desbordándose en su mezquina alma la enconosa ira, se desfogaba en contra de los que jamás le habian ofendido, pero cuyas virtudes envidiaba y cuya felicidad no podia contemplar sin profundo ódio....

J. R. H.

JAIME ACUÑA.

A FRANCISCO ZAVALA.

I

Despues de muy larga ausencia
retorna á su casa Jaime,
y al penetrar en su estancia
se detiene un breve instante.
Allí unos brazos queridos
deben estar esperándole,
y unos purpurinos labios,
que de amor sólo han de hablarle.
Y allí escuchar ha creido,
allí mismo, en los umbrales
de la puerta, los rumores
de dulces besos, y frases
de halagadores promesas,
y hablar uyó de un enlace
en risueño paraíso
de placeres inefebles.
Con mano crispada y trémula
el endeble cancel abre,
y entra y palidece y calla.
del asombro ante la imágen.
Allí están, la esposa adúltera,
Ines, su dueño, su arcángel;
y Lope, su hermano Lope,
de quien él ha sido padre.

II.

—¡Lope!.... ¡Ines! —Murmura y mira,
aterrado á los amantes;
los mira inmóviles, mudos,
pálidos como cadáveres;
sin calor frentes y lábios,
sin látido el seno exángue,
todo espanto la mirada,
todo estupor el semblante.
Jaime ruge, el hierro empuña
y lo esgrime; más no sabe,
á quién matará primero....
¡Porque es forzoso que mate!
Se acerca á Lope.... ¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés.... ¡Es su alma!
De sus propios hijos sangre!
Se acerca á la una y al otro,
entre el uno y la otra párase,
y vuelve hácia ellos y de ellos
torna airado á separarse.
Jaime Acuña ¿estará loco?
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?
¿Con que es verdad lo que mira?
Ellos son los miserables?
Lope, á quien crió desde niño,
¿así paga sus bondades?
¿Así Ines destroza el nudo
hecho al pié de los altares?
¿Qué es el mundo, la existencia,
sin un amor que la halague?
¡El alma sin esperanzas
sus ligaduras desate,
déja en la tierra las flores
que vió en el polvo secarse,
y á otra region, á otra vida
el espíritu se lance!
Jaime al cielo la mirada
levanta ardiendo en coraje,
balbute algunas palabras

que de su pecho no salen,
vuelve contra él la filosa
punta, se la clava, y cae,
y ensangrentado murmura:
"Orad sobre mi cadáver."—
Un doble grito, espantoso,
resuena, rasgando el aire.
y en una vecina torre
dan las doce en ese instante.

III

De una desierta capilla
bajo la sombría nave
está una estátua yacente
sobre un sepulcro de jaspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
aquella estátua la imágen;
clavado tiene en el seno
un puñal mohoso de sangre,
de sangre añeja, y murmuran
vicarios y sacristanes,
las gentes todas del pueblo,
y lo afirma hasta el alcalde,
que aquel puñal es el mismo
con que Acuña logró darse
airada muerte una noche;
mas la causa, no la saben.

IV

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y en él penetra una dama
vestida con negro traje.
Hácia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales
y de hinojos se prosterna
ante la estátua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

—

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y envuelto en oscura capa
entra un hombre con pié grave.
Hácia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y se detiene en silencio
junto á la estátua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tritses lágrimas caen.

—

Los dos parece que miran
la helada estátua animarse,
que el duro mármol golpea
el corazon palpitante,
que aquellos ojos se encienden,
que aquellas arterias laten:
áun creen que les salpica
el rostro, la ardiente sangre,
y que los líbidos lábios
por la véz postrera se abren,
y ensangrentados murmuran:
"Orad sobre mi cadáver."
Y en la torre solitaria
dan las doce en ese instante
y un doble grito espantoso
resuena, rasgando el aire.

V

Hay gran tumulto en la Iglesia,
las gentes entran y salen,
todo el mundo se hace lenguas,
y es que el mundo nada sabe;
no sabe por qué motivo
los cuerpos helados yacen
de Doña Inés y Don Lope,
junto á la estátua de Jaime.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

I.

Nació esta insigne poetisa el año de 1651 en San Miguel Nepantla, pintoresco pueblecillo situado en una de las más hermosas faldas del Popocatepetl. Su padre, D. Pedro Manuel de Asbaje, era natural de Vergara, provincia de Guipúzcoa en España; quien habiéndose trasladado á la Nueva, vivia entregado al cultivo de la tierra en aquellas fértiles regiones: allí casó con doña Isabel Ramirez de Cantillana, madre de Juana Inés A los tres años de su edad, acompañaba ésta á la escuela á una hermana suya; y como sintiese ardiente ansiedad de aprender, sin que ésto le fuese aún permitido, se valió de una mentira inocente para que la maestra le enseñara á leer, escribir, coser y bordar. Aprendió todo esto con tal rapidez y tal facilidad, que si alguno lo hubiese observado con merecida atencion, habria sin duda adivinado que tras aquella frente pura y candorosa, ardia la vivifi-

cante llama del génio, y que con la edad aquella precoz niña haria prodigios que sorprenderian al mundo. La cortísima instruccion que pudo adquirir en su pueblo, muy lejos de dejarla satisfecha, sirvió solamente para encender en su alma nuevas aspiraciones, para hacerle comprender que era inmenso el campo del entendimiento, y que el suyo podia lanzarse á los espacios de todo género de estudios. Sabedora á la sazon de que en la capital habia universidades y colegios donde se enseñaban las ciencias, comenzó á importunar á sus padres para que la enviasen á uno de esos planteles, disfrazada de hombre, á fin de evitar así dificultades; pero como á estos no les fuese posible cumplir sus deseos, Juana hubo de verse obligada à tener resignacion, y á abrigar, entre tanto, una esperanza. Su aplicacion y su ánsia de aprender eran tales, que habiendo oido decir que ciertas golosinas *hacian rudo el entendimiento*, se abstenia de comerlas. Teniendo ya ocho años de edad, fué enviada á México, á casa de un abuelo suyo, que la recibió con agrado y le dispensó todo género de cariñosas atenciones. Pasados algunos dias, la niña descubrió la abundante biblioteca del anciano, y desde luego se dedicó con indecible afan á leer todos los volúmenes, sin que bastaran para apartarla de esa tarea, como ella dice, *reprensiones ni castigos*. Entónces aprendió, bajo la acertada direccion de un experto maestro, la difícil lengua latina, siendo muy digno de notar que veinte lecciones fueron suficientes para que la llegase á poseer con perfeccion.

II.

Por este tiempo gobernaba la Nueva España el virey marqués de Mancera, cuya esposa, doña Leonor Carreto, acogió benévolamente á nuestra Juana Inés cuando le fué presentada, nombrándola á los pocos dias su dama de honor. En la corte comenzó á llamar la atencion en altísimo grado, no solo por su hermosura, que era extremada, sino tambien por su agradable despejo, su ilustracion, y sus grandes conocimientos en todas materias; pues á la edad en que se hallaba, doce años, se hacia increible que ya hubiese tenido tiempo para atesorarlos. Sorprendido y admirado el virey con este portento extraordinario, quiso someter á la delicada jóven á un exámen solemne y detenido, con el fin de determinar si su ciencia era infusa. Verificóse aquel, en efecto, en presencia del marqués de Mancera, y los teólogos, los sabios, los eruditos, los historiadores, dirigieron á la sustentante complicadísimas preguntas: á todas contestó con serenidad y precision, revelando tal firmeza de conocimientos, que el virey, para describir su triunfo, se contentó con decir que: *á manera de un galeon real se defenderia de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos y cada uno en su clase le propusieron.* En su comedia "Los empeños de una casa," Sor Juana habla así de sus adelantos con encantadora ingenuidad:

"Inclinéme á los estudios
Desde mis primeros años,
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo, que en breve tiempo
Era el admirable blanco
De todas las atenciones:
De tal modo, que llegaron
A venerar como infuso
El que fué adquirido lauro."

Con tan bellas prendas, acompañadas y realzadas por una hermosura deslumbradora, por una sencillez angelical, por una modestia edificante, por la dulzura de un carácter afable; con tales prendas, repito, natural era que Juana fuese la estrella más brillante de la corte vireinal. Y en efecto, todos la admiraban y la amaban, comprendiendo su inmenso mérito y celebrando sus virtudes, á tal grado, que como ella dice en su comedia ántes citada,

"Era de mi patria toda
El objeto venerado,
De aquellas adoraciones
Que forma el comun aplauso."

III.

Sin embargo de esta vida de triunfos, algunos años despues Juana quiso entrar al claustro. ¿Qué motivó tan inesperada resolucion? Ninguno de sus biógrafos lo dice, ni nadie hasta hoy puede explicarlo satisfactoriamente. ¿Fué que el alma elevada de Sor Juana no halló en el mundo un objeto digno de sus aspiraciones sublimes? ¿Fué que todo lo halló pobre y miserable, áun en los dorados salones del palacio y en la lujosa sociedad en que lucia? ¿Temió acaso que los furiosos y ardientes vendabales del mundo abrasasen hasta convertir en cenizas las blancas alas de su alma y las virtudes de su corazon, esas delicadas flores de la vida? . . . . ¡Quién sabe! Esta mujer singular, adornada de las preciosas galas que Dios puede dar á sus criaturas, tenia una alma tan casta y pura como los blancos pétalos de una azucena; eran su candor, su mansedumbre, su apacible modestia tan bellas y extremadas, que edificaban y confundian á cuantos tenian la dicha de contemplar sus gracias seductoras.—Teniendo esto presente, tal vez no será aventurado creer que su grande espíritu, ávido de supremas bellezas y de celestiales aspiraciones, hallase el mundo desierto de aquello que únicamente podia satisfacerla. Algunos creen, sin embargo, que un amor desgraciado, una decepcion amarga la hicieron buscar el silencioso retiro de la vida religiosa. ¿Hubo álguien que ajase con un desengaño aquella delicada flor? Los que esto sospechan, se fundan en ciertas frases sembradas en sus poesías y obras dramáticas, especialmente en *Los Empeños de una casa*, en donde nombra con toda la ternura que inspira la pasion á un amante olvidadizo y desdeñoso. Por otra parte, es digno de notarse tambien que la poetisa habla del amor y de los tormentos que por él se sufren con energía y vehemencia, propias de quien los ha sentido en su pecho. Y ya se sabe que cuando una alma superior pierde la esperanza de ver realizada una ilusion que ha llenado toda su vida, sufre tal golpe, es tan hondo su dolor, que muchas veces, para consolarse y remediar sus penas, apela á extraordinarios extremos, con frecuencia no comprendidos por las almas vulgares, que no sienten con igual intensidad, ni meditan en los misterios insondables del corazon humano.

IV.

Como nadie absolutamente pudo disuadir á Juana Inés de la resolucion que habia tomado, entró al convento de Santa Teresa cuando contaba apénas diez y siete años: mas convencida muy pronto de que allí la severidad de la vida religiosa le impediria del todo dedicarse al estudio, su ocupacion favorita, y sin la cual no podia ya vivir, pasó al convento de San Gerónimo, en donde pudo entregarse tranquilamente á las provechosas y regaladas tareas literarias. Allí trabajó sus comedias *Los Empeños de una casa* y *Amor es más Laberinto*, escrita esta última en colaboracion del Lic. D. Juan de Guevara, *ingenio conocido en la ciudad de México*, notables ambas por la sencillez y facilidad del lenguaje, por la galanura de las ideas y de las descripciones, y por cierto donaire que rebosa en ellas. Fueron representadas con aplauso en la corte del virey. Allí escribió tambien su *Crítica sobre un sermon de un orador grande entre los mayores*, ó sea juicio crítico de un sermon predicado por el jesuita portugués P. Vieyra, en el cual empleó nuestra poetisa tal suma de conocimientos teológicos y de rigurosa lógica, tal acopio de sanos sentimientos, unido todo á loable suavidad y rectitud de intencion, que esa obra fué encomiada por el mismo á quien iba dirigida; y cuando más tarde se remitió á los prelados de la metrópoli, mereció igualmente de éstos elocuentes elogios. El arzobispo de Puebla D. Manuel Fernandez de la Cruz, escribió á Sor Juana una carta con el seudónimo de *Sor Filotea de la Cruz*, haciendo algunas observaciones á su juicio crítico é invitándola á abandonar el sendero de las

letras. La contestacion que le dió la ilustre monja mexicana, será un eterno prodigio, pues en esa pieza no se sabe qué admirar más, si su copiosísima erudicion, el candor de sus alma y la profunda conviccion de sus ideas, ó el gran mérito literario predicado elocuentemente por un estilo sencillo y elevado á la vez, conmovedor y persuasivo. En esta carta dióSor Juana importantes noticias de su vida y pormenores preciosísimos de la historia de sus estudios.

V.

Ya por este tiempo la fama de nuestra monja que era universal, y con los trabajos de que acabo de hablar creció de una manera extraordinaria: su nombre célebre era querido en todas partes, y en Europa y en América se conocian y admiraban sus escritos: se llamaba á Sor Juana, la *décima musa*, el *fénix americano*, la *única poetisa del nuevo mundo*. Los mejores literatos y poetas celebraban su mérito y le enviaban entusiastas felicitaciones, manifestando vivos deseos de entablar coorrespondencia con tan maravillosa mujer; y cuando alguno de ellos venia á la Nueva España, lo primero que desde luego queria ver, lo único que queria visitar era á Sor Juana, que permanecia retirada en su convento llevando una vida de santa y de sabia.

Se vé por esto cuánto sorprendia á los hombres el génio de la monja mexicana, y que no obstante su vida de retiro y de silencio, se veía obligada muy frecuentemente á aceptar con gratitud las repetidas muestras de admiracion y simpatías que de todas partes le llegaban. En cierta época de su vida monástica se le prohibió hacer versos, estudiar y ocuparse, en fin, de todas aquellas cosas en que incesantemente hallaba distraccion y deleite; pero cuando Sor Juana se vió sin libros y en absoluta imposibilidad de apagar aquel fuego que bullía en su alma, tomó á la naturaleza misma por objeto de sus constantes meditaciones. Mas sin embargo de que su pensamiento estaba ocupado en la observacion de los fenómenos naturales, "enfermó está prodigiosa mujer—dice el P. Calleja, de no trabajar en el estudio: así lo justificaron los médicos y la hubieron los superiores de dar licencia para que de fatigarse viviese." Continuó, pues, en sus interrumpidos trabajos con la asiduidad y el empeño de siempre.

VI.

Algunos años despues, por consejo de su confesor, quiso Sor Juana abandonar por completo y para siempre toda ocupacion literaria, con el fin de no distraerse más de sus deberes religiosos. Mandó que se vendiese toda su biblioteca y que su producto se destinara al auxilio de familias pobres y de huérfanos.—Este rasgo de generosidad nos da á conocer la inmensa caridad albergada en el corazon de Juana: á la vida ejemplar y totalmente consagrada á Dios que empezó desde entónces, sirvió de digno pedestal esta accion de cristiano desprendimiento. En lo sucesivo, su nombre fué pronunciado con tierna gratitud por todos aquellos á quienes alivió en su miseria, del mismo modo que habia sido encomiada por los sábios á quienes iluminó con su génio. La biblioteca de Sor Juana Inés de la Cruz, que se componia de más de cuatro mil volúmenes, la mayor parte de ellos regalo de sus admiradores, deberia hoy conservarse si entre nosotros hubiera más amor á los recuerdos gloriosos: seria un monumento digno de cuidadosa conservacion, pues en él podrian verse aún las huellas de aquella grande y célebre mujer.

A fines del año de 1694 el convento de San Gerónimo fué invadido por una terrible y asoladora peste: Sor Juana, con una abnegacion, con una serenidad sin ejemplo, se dedicó á consolar á sus hermanas de claustro; y al atenderlas y cuidarlas, la destructora epidemia penetró en su cuerpo, envenenó su sangre y cortó al fin su preciosa vida en la madrugada del 17 de Abril de 1695. La muerte de la bienhechora é ilustre monja no pudo ménos de causar general dolor en todas las clases de la sociedad: ésta perdia á la que en otro tiempo habia sido su más valiosa joya, el convento á su hija predilecta, ejemplo de cris-

tianas virtudes, y las letras, en fin, á la que las habia ilustrado y engrandecido. Las musas del Anáhuac se cubrieron de luto, y sentidos cantos de los mejores poetas de España, atravesaron el Oceano para hacer coro con los que aquí resonaban, en expresion unos y otros del dolor universal causado por aquella desgracia. El célebre sábio mexicano D. Cárlos de Sigüenza y Góngora pronunció el elogio fúnebre de la inmortal poetisa.

VII.

Sor Juana Inés de la Cruz, además de las piezas en prosa y las dos comedias ántes citadas, escribió una multitud de sonetos, romances, loas, autos y villancicos (poesías que se cantan en las festividades religiosas.) Publicóse la primera edicion de sus obras en 1693, en Barcelona, y parece que habiéndose agotado, se hicieron otras, pues el año de 1709 apareció la tercera en Valencia con este título: *Poemas de la única poetisa americana, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz*, en casa de Juan Camacho Gaina: edicion que tiene la nota de haber sido *corregida y añadida por su autora.* Juana veia sin aprecio alguno sus composiciones, y solo por *obedecer el mandato* de la vireina condesa de Paredes consintió en darlas á luz. Tampoco guardaba sus manuscritos, permitiendo que sus admiradores se los llevasen; de manera que en su poder apenas habia borrador alguno, y cuando llegó el caso de coleccionar aquellos para la imprenta fué necesario *recogerlos de muchas manos en que estaban divididos y escondidos.*

En cuanto al mérito de sus obras, grande es, sin duda alguna. Obligados los poetas mexicanos de entónces á imitar á los de la metrópoli, á la sazon agitados por la revolucion iniciada y sostenida por Góngora, puede decirse que Juana Inés tuvo malísimos modelos. Y sin embargo de esto, es innegable que ella no se contagió tanto como debia: al contrario, dotada de maravilloso instinto para conocer y procurar lo bueno, se apartó cuidadosamente de la senda que seguian sus contemporáneos, y aunque no del todo están exentas de lunares sus obras, se observa en ellas cierta limpieza y correccion que agradan, cierto buen gusto en la eleccion de palabras, de metro y de rima.

Por lo demas, bellísima es la poesía de Sor Juana, magnífica y sentida puede llamarse su esencia. Oigamos sobre esto al elegante escritor Sr. Cuevas: "¡Qué dulce y suave es —exclama— la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz! Son puros sus sentimientos como una hoja de rosa blanca. Cuando se deja nuestra alma arrebatar por alguna de sus poesías religiosas, se siente uno como trasportado en espíritu á habitar mientras llega la muerte, en una de esas nubes de blanco y ópalo que al caer la tarde se forman en nuestro horizonte. Cuando Sor Juana gime porque le agobia demasiado el peso de su mortalidad, gemimos sin sentirlo, como si nosotros fuéramos tambien de su misma naturaleza casi angélica. Cuando son querellas de amor sus estrofas, se comprende como por intuicion que á aquella alma el mundo le venia pequeño y sobre la tierra no habia sér capaz de recibir tanto amor. ¿Qué es su poesía en último término? La plenitud humana del amor y la piedad."—Finalmente, un escritor extranjero, el famoso crítico Feijóo, habla así de nuestra poetisa: "Sor Juana Inés de la Cruz es conocida de todos por sus eruditas y agudas poesías, y así, es excusado hacer su elogio. Solo diré que lo ménos que tuvo fué talento para la poesía, aunque es lo que más se celebra. Son muchos los poetas españoles que la hacen ventaja en el númen; pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas facultades."

VICTORIANO AGÜEROS.

A MI LIRA.

¿Por qué, cítara amada,
A acompañar mis cantos te rehusas?
¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas
En alejar de mi mansion las Musas?
En vano á las Piérides divinas
Ansioso invoco; y las ardientes preces

Que escucharon benignas otros dias
En vano les repito; tú enmudeces,
Y las hijas de Apolo
De la cítara al són acuden solo.

¿Por qué conmigo, oh lira,
Tamaña ingratitud? ¡Qué! ¿No recuerdas
Con qué entusiasmo en épocas mejores
Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?
¡Cuánto, oh lira, te amé! De noche y dia
En tí solo pensaba; y por tañerte,
Libros, amigos, todo abandonaba;
Y en más que los laureles de un guerrero,
Y en más que de un monarca la corona,
En mi ciego entusiasmo te preciaba.

Pero el Señor habló. "Deja (me dijo)
Tus fútiles cantares:
En el silencio y soledad exijo
Que á ser mi fiel ministro te prepares.
Bebe la ciencia en los sublimes Libros
Por mi Divino Espíritu dictados;
Tu mente en ellos ávida escudriñe
Los arcanos al hombre revelados.
Tu cítara abandona; fuerte ciñe
De sólido saber fúlgida espada:
Contra el hereje marcha, y al impío,
Y al orgulloso incrédulo anonada.
No de profanos vates
Como hasta aquí lo hiciste, los poemas
Con tal veneracion iluso acates.
Tú, que no ya mi siervo, sino amigo
En llamar me complázco; tú que al cielo
Mil almas conducir debes contigo,
Es fuerza que más alto alces el vuelo."

Dijo: y á sus mandatos obediente
Al punto te colgué. ¡Con cuánta pena,
Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente
Nublarse viste, y en amargo llanto
Mis mejillas bañarse, al despedirme
De tí, mi dulce bien, mi único encanto.

Por largos años á tus cuerdas de oro
No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,
Crisóstomo, Gerónimo Agustino,
Fueron no más mi estudio y mi tesoro.
¡Cuántas veces con ímpetu violento,
Loco por escuchar tus melodías,
Al sáuce me arrojé, de cuyas ramas
Pendiente te mecías;
Y al recordar de Dios el mandamiento,
De nuevo te dejé á merced del viento!

Si: yo te abandoné; que por entónces
Al dulce canto despegar los labios
El cielo me vedaba; mas ahora
Que ya de Roma los adustos sabios
El premio á mis fatigas concedieron,
Y mi cansada frente
Del anhelado lauro al fin ciñeron,
Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en (las vegas
Del Anio te descuelgo, y al estudio
Dando treguas, un cántico te pido,
Tú desdeñosa un cantico me niegas!
¡Resuena, lira mia! No preludio
Sobre tus cuerdas cantilena indigna
De un ministro del cielo: no de amores
Fútil cancion modulo; ¿cuándo nunca
A una beldad de barro ofrecí flores?
¡Ea, lira, resuena!
Cantémos al Señor: su nombre santo
Ayúdame á ensalzar; el aire llena
De celestiales notas; que mi canto
Desdeñando sublime el triste suelo
De hoy más á Dios remontará su vuelo.

IPANDRO ACAICO.

A JUAN DE LA BORBOLLA.

AL AMANECER.

I.

Rompe la flor su delicado broche
De nácar bello: el cielo se engalana;
Y trina el ave al asomar Diäna,
Risueña y pura en su argentado coche.

El séquito brillante de la noche
Huye despavorido: y solo, ufana
La estrella matutina, cual sultana
Inmoble queda y sin temer reproche.

Las tiernas hayas mece gemebundo
El viento; y del peñon por el taladro
Rápido el rio arrójase y facundo.

Del buho se oye el último baladro;
Y en pabellon de gasa duerme el mundo,
Mientras admiro tan hermoso cuadro.

II.

AL MEDIO DIA.

Deja caer sus rayos destructores
Sangriento Apolo; temen un estrago
Mudas las aves; y el caliente lago
Exhala sus mefíticos vapores.

Riëla el llano; dóblanse las flores
Sobre su cuello; y solo el jaramago
Afronta erguido con aspecto aciago,
Del resol los terríficos ardores.

El ganado sestéa; y aturdida
Con el revés se enjuga de su mano
La zagaleja y del zagal se olvida:

O á la sombra de un críspido banano
Se tiende, y sueña que Titón se anida
En las ondas del trémulo Océano.

III.

AL CAER LA TARDE.

¡Ven de tropel cruzando los bermejos
Celajes el espacio!. . . . la campaña
Pueblan las sombras; y los riscos baña
Tardo el sol con los últimos reflejos!

En medio, Lauro, á los copudos tejos,
Que ves servir de bucle á esa montaña,
Reposa Filis: cuya la cabaña
Fué, que en ruïnas se alza no muy léjos.

La ténue claridad que surge ahora
Ciñendo el mar; de céfiros ladrones
La hueste que perfumes atesora;

Y este plañir tenáz de los alciones,
¡Cuánto agradaban, cuánto, á mi pastora!
. . ¡Apiádate de mí! . . ¡No me abandones!

IV.

EN LA NOCHE.

¡Parece medio dia! . . ¡tanto alumbra
Húmida el bosque salpicando Febe!
Suäve el cefirillo apénas mueve
Aquella encina que entre mil se encum-(bra

Sobre el Zempoala el véspero relum-(bra
Y pestañea en su ándito de nieve:
Y en la planada el arroyuelo leve,
Como cinta de plata se columbra.

Rutila el cielo; y se oye en la montaña
De la abubilla el grito lastimero
Que el eco reproduce en la campaña.

Flérida, ven y sígueme: pues quiero
Gozar de aquesta noche. La cabaña
Cierra, amiga: te aguardo en el otero.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA

LA VUELTA DE LA PALOMA.

Paloma que dí á la aldeana
Que se goza en mi martirio,
Pronto vuelves á posarte
Sobre mi techo pajizo.

Triste vuelves, que tu arrullo
De dolor es claro indicio.
Ven y llora junto á mí,
Que así lloraré contigo.

Ven y cuéntame tus penas
Y causa de su desvío;
Ven y pósate en mis hombros,
Que aun desdeñada te envidio.

El perfume de sus manos
Traerá tu plumaje lindo,
O bajo el ala de nieve
De sus cabellos un rizo.

¿Te ha guardado en su regazo
De los rigores del frio?
¿Sobre su seno turgente
Insensible habrás dormido?

Tú sabes cuán deliciosos
Son sus lábios purpurinos,
Porque acaso muchas veces
Aprisionaron tu pico.

Paloma, vuélvete á ir
A contarle como vivo
En las ásperas montañas
Por su sombra perseguido;

Que he formado para ella
De *bellísimas* y mirtos
Una gruta en que las flores
Que más le agradan cultivo;

Que aquí el bosque es silencioso,
Puro el cielo, manso el rio,
Embriagadoras las auras
Y los lagos cristalinos;

Que cuando la luna baña
Los follajes movedizos,
Oigo su voz en el viento
Y en las sombras su suspiro.

¡Ay! si tardas, cuando vuelvas
Harás de tu amor el nido
En el soto de cipreses
Do cavo el sepulcro mio.

Pero ántes deja á mi boca
Besar tu rosado pico,
Y haz que pronto ella lo oprima
Con sus lábios purpurinos.

JORGE ISAACS.

EL INCREDULO.

(TRADUCIDO POR J. R. H.)

Fué en la primavera de 1845 cuando concebí la idea de recojer esos recuerdos de mi vida de misionero.

Acababa de escapar como por milagro de los horribles abrazos de una fie-

bre acompañada de delirio que habia hecho desesperar por mis dias. Pasaba mi convalecencia en las costas de Sussex, y recibia los cuidados hospitalarios de un venerable y afectuoso colega que me habia admitido, veinte años atrás, en el seno de la Iglesia.

El aire del mar bien pronto restableció mi salud alterada. Cada dia al ponerse el sol, hacia un paseo solitario en la playa; mi distraccion favorita era examinar las caprichosas evoluciones de la barca del pescador; que la brisa de la tarde llevaba mar adentro, y cuya blanca vela desaparecia gradualmente en la tinta indecisa del lejano horizonte. A veces tambien tomaba gusto á seguir con el ojo, el vuelo gracioso de la gaviota, acariciando con su á la ligera la erizada cresta de las olas, ó bien me paraba para ver deslizarse las azuladas aguas del mar, la gigantesca sombra de las nubes purpúreas con el último reflejo del crepúsculo. A veces aún, extendiendo mis fatigados miembros al abrigo de algun escarpado peñasco, escuchaba en una especie de deleite, el mugido de la marea creciente: mecido y como adormecido por esa gran voz del Océano, soñaba en mis pasados dias y en los extraños ó dolorosos acontecimientos que habian interceptado mi carrera. Hácia la línea extrema en la que el mar y el cielo parecen confundirse, veia el ancho disco de la luna proyectando su pálida y suave luz en la oscuridad de las olas, mientras millares de estrellas venian sucesivamente á iluminar la bóveda celeste, y proclamar en su elocuente silencio, la gloria, la majestad y la omnipotencia del Creador.

Fué por una de esas deliciosas tardes cuando se ofrecieron á mi memoria los pormenores del relato que va á seguir. Los hechos venian como por sí mismos á agruparse uno despues del otro, y pronto todas las circunstancias se me hicieron presentes como al mismo momento en que se habian cumplido.

En este siglo de incredulidad, se encuentran hombres bastante desgraciados, bastante atrevidamente impíos, para negar la existencia de la verdad revelada; desconociendo la influencia saludable de la religion, la hacen el objeto de sus burlas, y se resignan á vivir en ese enervante pensamiento, en esa creencia desesperante que su ser todo entero está entregado á la nada, que nada existe más allá de este mundo, y que el alma humana no es más inmortal que el soplo que anima la burla.

Si uno de esos hombres, ¡ay de mí! demasiado numerosos, echa por casualidad los ojos en esas páginas, tal vez se sonriera de lástima al reconocerlas. Que se guarde sin embargo de despreciar las enseñanzas que encierran; que ántes venga á ver en su lucha suprema con la muerte, un espíritu fuerte en otro tiempo orgullosamente terciado en en el manto de su soberbia filosofía; que se acerque al lecho de agonía de ese libre pensador, quien él tambien se habia dicho: "¡No hay Dios! nada hay más allá de esta vida:" que contemple, si puede, sin palidecer, los indecibles terrores de un moribundo bajo la aplastadora certeza de esa eternidad á la que por su desgracia, no se habia preparado nunca, y que diga despues si la incredulidad, este supremo refugio de una conciencia aniquilada, puede procurar al hombre la paz y los consuelos que tanto necesita en el término de su existencia.

—

¡Y bien! me dijo mi vieja amiga, la señora B. . . . es cosa convenida! El juéves próximo á las seis; sobre todo, exactitud rigorosa. Nos acompañará á comer un primo mio, cuyo conocimiento deseo que hagais. Es un incrédulo, lo digo con sentimiento; mas tal vez tendreis con él alguna influencia: en todo caso, os ruego que nada ahorreis para hacer su conversion.

Prometí obrar segun este deseo, bien que en el fondo dudase mucho del éxito de la empresa.

El marido de la señora B. . . . era uno de mis amigos de infancia. En nuestra tierna edad, habiamos juntos frecuentado la misma escuela, y habiamos siempre permanecido unidos por los lazos de la más estrecha afeccion. Hacia al-

gunos años, que al ejemplo de su jóven mujer, se habia convertido al catolicismo; yo habia tenido la dicha de recibir su abjuracion. No tenian hijos, mas no por eso una perfecta armonía dejaba de reinar entre ellos, y gozaban al supremo grado, la dicha doméstica.

Al dia y en la hora convenida, me presenté en casa de mis respetables huéspedes, que me hicieron como de costumbre la más cordial y solícita acogida. Entré en la sala. El primo que me habia sido anunciado, no tardó en seguirnos. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de talle esbelto y elegante, tez pálida y fisonomía pensativa y llena de distincion. La frente ancha y muy desarrollada, denotaba una alta inteligencia. Habia en el timbre de su voz, algo penetrante y persuasivo, y en su sonrisa yo no sé qué dulzura melancólica que trascribia la simpatía. En una palabra, me pareció que me habia raras veces encontrado en presencia de un abogado del error más seductor y más peligroso.

Nos presentaron el uno al otro; cambiamos los cumplimintos de uso, y nos pusimos á platicar de las noticias del dia, hasta el momento que vinieron á anunciar la cena. Mi cubierto estaba colocado frente al suyo; esta circunstancia me permitió estudiar despacio á este sér incomprensible que llaman escéptivo.

Así como sucede de ordinario, la primera parte de la cena estuvo poco ruidosa; mas á los postres, las lenguas se desataron, la conversacion se animó y tomó un carácter general. Se discurrió sucesivamente sobre todos los temas. La política, las eventualidades de una próxima disolucion del ministerio, el último discurso pronunciado en la cámara sobre los asuntos de la Irlanda, el vapor y sus maravillosas aplicaciones, una multitud de cuestiones más ó ménos interesantes, fueron sucesivamente puestas en el tapiz; más lo que me admiró, es que sobre todos estos puntos, el señor H.... el primo escéptico, hablaba con abundante y perfecto conocimiento de causa. Tenia al mismo tiempo el raro mérito de expresarse sin afectacion: sóbrio y mesurado en su lenguaje, no decia jamás nada más, nada ménos de lo que se necesitaba para aclarar la cuestion y dar de ella una perfecta inteligencia.

Despues del café, se hizo música; un hechicero trino de Beethoven, estuvo deliciosamente interpretado. La Señora B....: estaba al piano, su marido tocaba el violoncelo. y el Sr. H.... el violin. Esta pieza fué seguida de un duo para piano y violin, una de las más encantadoras creaciones de Passillo. Aunque se diera como un simple aficionado el Sr. H.... era un ejecutante de primera fuerza, y en mi opinion hubiera sido difícil traducir el canto con más sentimiento y más exquisita pureza. Noté sobre todo un adagio al que dió tal acento de melancolía, lástima y dolor, que los oidores se conmovieron hasta las lágrimas. Se adivinaba en la expresion de su fuego, las emociones de una alma que debió haber sido probada por la adversidad. Terminado el concierto la conversacion cayó naturalmente sobre la música. La Sra. B...., me dijo que su prima poseia una preciosa coleccion de violines antiguos. Como yo expresaba un vivísimo deseo de ver esta coleccion, el Sr. H.... se me acercó y me dijo sonriéndose:

Parece, señor, que no sois ménos entusiasta que yo por los viejos Cremona, tengo algunos de los que os haria con gusto el juez. Venid á verme mañana, me causareis un verdadero placer.

Acepté solícito la oferta; convenimos la hora y volví á casa, profundamente conmovido de compasion por este hombre tan rico de cualidades y á quien la religion faltaba; este único bien que puede consolar de la pérdida de todos los demas.

Al siguiente dia, á la hora dicha, no falté en hacer mi visita al señor H.... fuí introducido en su biblioteca, que contenia varios millares de volúmenes lujosamente empastados. No tardó en reunirse allí conmigo; un instante bastó á ponernos mútuamente en perfecta conveniencia. Hablamos primero de li-

teratura; me enseñó sus libros, cuya mayor parte, lo confieso, excitaron mi envidia. Mas en un compartimiento que estaba guardado por una reja metálica y cuidadosamente cerrado con llave, ví una horrenda coleccion de todas las obras de los modernos corifeos de la impiedad, espíritus diabólicos, que se han propuesto por tarea minar los cimientos del Cristianismo. Ese descubrimiento me causó un vivo sentimiento. ¡Ay de mí! me decia yo, á cuántos millares de almas no ha precipitado en los infiernos la sola lectura de estas obras, y cuán terrible cuenta no tendrán que rendir delante de Dios, los miserables que han así, con ánimo deliberado, sembrado las emboscadas bajo los pasos de sus hermanos? Este pensamiento me hizo odiosa hasta la atmósfera de la sala. El señor H.... lo notó.

"Señor, me dijo, con una sonrisa amena y séria á la vez, esas obras, lo presumo, no son de vuestro agrado; mas, como veis, las tengo bajo llave, y ningun otro, sino yo, las tiene á su libre disposicion. Además, tengo que enseñaros otras riquezas, las que probablemente apreciareis más. Si teneis á bien seguirme, vamos á pasar en revista los Cremona de que he hablado."

Dejéme llevar y penetré en una vasta pieza enteramente artesonada. No se veia allí ni cortinas, ni tapices, ni sofás, ni sillas forradas, nada que pudiere ahogar ó apagar el sonido. Era una sala de música en donde todo habia sido dispuesto y procurado en vista de la acústica. Un gran piano, algunos pupitres, algunos estuches de violin colocados sobre estantes, componian todo el mueblaje. Entre los violines, que todos eran de un gran precio, habia dos de una sonoridad verdaderamente incomparable, un Garneruis y un Stradivarius. No pude ménos que considerarlos con una especie de veneracion. ¿A cuántas generaciones no habian sobrevivido? ¿Cuántos reinos no habian visto levantarse y desaparecer? ¿Cuántas dinastías no se habian sucedido desde el dia en que una diestra mano, habia dado una forma, y diría más, una alma, á esa frágil é inerte madera? ¿Cuántos millones de hombres se habian enternecido á sus mágicos acentos, y que hoy están en la tumba y quizá olvidados para siempre jamás? ¡Misteriosos órganos de la melodia! En vano la ciencia y el arte reunidos han intentado reproduciros é imitaros. Los que os han construido hanse llevado su secreto á la tumba, y solos, brillais aún hoy entre vuestros rivales, en todo el brillo de vuestra gloria secular!

El señor H.... probó uno de estos preciosos instrumentos, y bajo su arco vibraron sucesivamente las cuerdas las más suaves, las más brillantes y lindas melodías. Nada podria expresar la claridad y la precision con la que salvaba los más estremos intervalos, despues de haber recorrido toda la escala de los diapasones diatónicos y cromáticos, desde la nota más aguda, hasta el sonido más grave. Se recogió un intante. De repente sus facciones se descompusieron como si algun siniestro fantasma hubiera pasado delante sus ojos, ó que estuviese bajo la impresion de un punzante recuerdo: el Stradivarius parecia gemir y sollozar bajo sus febriles dedos. Un estremecimiento recorrió mis miembros y me sentí tocado por una indecible conmiseracion por el infortunado maestro.

Tocó en seguida el Nelcorpiú, con una tan desgarradora y tan lastimera expresion, que se hubiera creido por intervalo oir el grito de angustia de un corazon destrozado por el dolor. Terminó por un ligero y gracioso rondo; entónces las notas se desprendieron de sus dedos como una lluvia de perlas. Quedé pasmado, maravillado y como bajo la influencia de un hechizo. M. H.... no era sino un aficionado; artista de oficio, hubiese sido el émulo de Paganini.

Se paró, en fin, estenuado por la fatiga y la emocion.

"Raras veces, me dijo, he tenido la buena fortuna de encontrar á un hombre que supiera realmente apreciar los recursos del violin. ¿No es verdad que son prodigiosos y que sería difícil asig-

narles límites? Para el comun de los mortales el violin no es otra cosa sino una máquina sonora, pero cuando se ha oido á un Paganini, ¿no parece, pues, que esta máquina tenga una alma?

"Y tú, presiguió dirigiéndose á su instrumento, mi viejo y precioso amigo, tal vez estés destinado á sobrevivirme largo tiempo; tal vez tu melodiosa voz deleitará aún muchos oidos, conmoverá muchos corazones, cuando no existiere ya, cuando este misterioso principio por cuya virtud existo, quedará anonadado y descansará en el eterno sueño....!"

"¿Mi querido señor, interrumpí yo, estais pues cierto, estais pues convencido que tal será el término de vuestra existencia aquí abajo?"

"Perfectamente cierto, contestó; hace tiempo ya, que por estudios sérios, maduradas y profundas reflexiones, he adquirido la llana y entera conviccion que no existe nada más allá de esta vida."

Delante de una declaracion tan clara y perentoria, comprendí que toda discusion era inútil. En lugar, pues, de enredarme en una controversia que, en la disposicion de ánimo de mi interlocutor, no hubiera hecho sino alejarlo más de la verdad, acudí á otro método, cuya eficacia en semejante caso ya habia experimentado.

"Permitidme preguntaros, le dije, si esa conviccion contribuye al ménos á haceros dichoso?"

"¡Dichoso! exclamó él con amarga sonrisa. ¡Dichoso! Tiempo ha que la dicha es para mí una palabra vacia de sentido! ¡La dicha! No la busco ya, es una quimera, un fantasma, que se vé en un sueño y se desvanece al despertar. Mas, perdonadme, señor, esta brusca humorada, se me escapó, no sé cómo. Porque, no tomo nada más á pecho como respetar las preocupaciones agenas. Me he trazado una línea de conducta; puede que no sea la mejor, mas cualquiera que fuere, me satisface."

"Sin embargo, proseguí, ¿quisierais morir profesando estos principios de incredulidad? He visto á muchos moribundos y he podido con frecuencia comprobar los cambios que las ideas y los sentimientos experimentan en la hora solemne de la muerte. Jamás he encontrado á un hombre, por tanta indiferencia que hubiere demostrado durante su vida, que no fuese entónces profundamente absorto por el pensamiento de la vida futura y de la cuenta que tenia que rendir á su Criador. Felices, verdaderamente felices aquellos que están preparados para esa suprema hora!

"En vano, me dijo, buscariais discutir sobre este punto. Inquebrantable es mi conviccion, y, en cuanto á la muerte, demasiado tarda en llegar al grado de mis votos. He probado todos los goces de la vida y he reconocido su nada. He saboreado todos los placeres, me he sumergido en ellos cabizbajo, y no les encontré si no amargura y asco. He tanteado uno despues del otro, ciencia, literatura, viajes, esperando que la variedad de las ocupaciones ó el cambio de climas aliviarian el insoportable peso de la existencia; todo, ¡ay de mí! ha burlado mi espera! La misma amistad me ha traicionado, y de la más odiosa manera; no veo desde entónces lo que podria apegarme á la vida. Léjos de mí, sin embargo, el pensamiento de atentar á mis dias! El suicidio es una cobardía, y tengo demasiado orgullo para acabar de este modo con las miserias de este mundo!"

Como mi tiempo era limitado, no creí deber prolongar más esa primera visita. Antes de dejarme ir, el señor H.... me suplicó con muchas instancias que volviese á verlo pronto, agregando que no obstante la divergencia de nuestras ideas en materia de religion, seria muy felíz en cultivar mis relaciones. Lo dejé, sintiendo en el fondo de mi cozazon ver tantos talentos y tantas nobles cualidades, sepultadas en la mortaja de la incredulidad. No desesperaba, sin embargo, de su conversion, y esperando el momento de obrar, lo recomendé con fervor á la infinita misericordia de Dios.

Un dia que hacia mi ronda acostumbrada en casa de mis enfermos, encontré inopinadamente al Sr. H.... en la boardilla de un pobre sastre irlandés que se levantaba apenas de una larga

y dolorosa enfermedad. El desgraciado obrero estaba cargado de familia, y sus hijos demasiado jóvenes todos, para poder venirle en ayuda. Debia varios términos de su alquiler, y su mujer estaba bajo el golpe de una ejecucion; y colmo de infortunio, la sociedad de socorros á la que pertenecia, acababa de quitarle su subvencion semanaria, por motivo de una ligera infraccion al reglamento. El Sr. H.... habia sido por casualidad informado de ese apuro; como el buen Samaritano, se habia dado prisa en aliviarlo. Habia pagado la renta, provisto á las necesidades del momento, y además, prometido al buen hombre procurarle un trabajo luego que estuviese en estado de trabajar. Lo sorprendí en el momento que buscaba sustraerse á las vivas demostraciones de gratitud de la pobre familia y apenas mi llegada pudo retardar su retirada por algunos instantes. Cuando hubo salido, supe de boca del sastre, el admirable uso que hacia de su fortuna, la que era por otra parte considerable. Su beneficencia era sin límites; y no se hubiera podido contar el número de familias que su generosa mano habia levantado de la miseria viudas enfermizas y ancianos á quienes habia preservado de la humillante limosna de la caridad oficial. Varias veces ya, habia oido hablar confusamente del *Buen Señor* que ocultaba sus beneficios bajo el velo del anónimo. *El Buen Señor* no era otro sino el Sr. H....

Esto me hizo más deseoso de tentar su conversion, pero mis planes de ataque, por más hábilmente combinados que fueran, se encontraban constantemente burlados. Todas las veces, en efecto, que abordaba el capítulo de la religion, él tomaba un aire frio y reservado, que me forzaba á dar otro giro á la conversacion. Sin embargo, yo no perdia la esperanza.

Una mañana que me presentaba en su casa á la hora acostumbrada, despues de una ausencia de un poco más de ocho dias, un criado vino á decirme que su amo estaba gravemente enfermo y que no recibia á nadie.

"¿Enfermo? pregunté yo tan sorprendido como afligido por esta noticia: ¿enfermo? ¿Y desde cuándo?

"Ay de mí! señor, nuestro amo ha salido ayer tarde en perfecta salud, y á su vuelta se ha encontrado extremadamente mal. Apénas pudo bajar de su carruaje, y lo que hay de peor, señor, es que no ha dejado durante toda la noche de pasearse de acá por acullá en su biblioteca, sin querer tomar un instante de descanso. El camarista fué esta mañana para recibir sus órdenes, y no ha podido conseguir una contestacion."

Aquí, los ojos del criado se velaron con las lágrimas, que probaban á la vez en favor de sus sentimientos y de las buenas cualidades de su amo.

Dejé mi tarjeta. Hacia apenas una hora que habia vuelto á casa, cuando recibí un billete así concebido:

"Querido señor, en nombre de lo que teneis de más sagrado, venid á verme al instante, no perdais un momento.

"Todo vuestro—F. H...."

Me fuí al momento á casa del señor H.... lo encontré sentado en un sofá, y presa de la más viva agitacion. Su prima, la señora B.... estaba á su lado tratando de calmarlo. Me tomó la mano sin decirme una sola palabra, alzó hácia mí sus ojos inyectados de sangre, y se deshizo en lágrimas. Quedé un momento estupefacto, al ver reducido á tal estado de postracion, á un hombre cuya firmeza de carácter habia podido ya apreciar.

"Por favor, me dijo, por favor, no me hableis todavía; ¡oh, voy á morir sofocado! ¿Qué se ha hecho de mi soberbia filosofía? ¿Dónde está ella ahora? ¡Aterrada! ¡Aniquilada!"

Guardó todavía el silencio durante un momento, y repuso:

"Estoy avergonzado señor, de mostrarme á vos en semejante estado. El abatimiento en el que me veis, es indigno de un hombre, lo sé, mas acaso vacilareis en vituperarme cuando conozcais la causa de ello. Servios tomar un asiento y escuchar con toda la paciencia de que sois capaz, la triste historia de un hombre cuyo corazon es-

tá roto sin esperanza. Tendré además necesidad de vuestros servicios para una mision de caridad que justificará á vuestros ojos la apremiante llamada de mi mensaje.

"Para que podais apreciar mi situacion presente, es menester que os delinee un bosquejo de mi vida pasada.

"Hace veinte años entré al colegio de Eton; de esa época toma fecha el orígen de mis desgracias. Hize en Eton el conocimiento de un alumno á quien se citaba como al más distinguido del establecimiento. Si bien era mi mayor de cuatro años y siguiera un curso mucho muy superior al mio, no tardamos en ligarnos con una estrecha amistad. Era un hermoso jóven de formas y constitucion atléticas. Nadie le igualaba en vigor y agilidad. Al juego de pelota daba mejor que ninguno de sus condiscípulos; en nuestras partidas sobre el agua, el era quien manejaba el remo, y hubiese podido desafiar á todos los bateleros del vecindario.

Vivimos inseparables hasta el momento que salió para la universidad de Oxford. Mas tarde fuí á alcanzarle á Christ Church. Allí aun sobresalia entre todos sus compañeros, y á porfia lo hubieran solicitado. Nuestra antigua amistad se reanudó más que nunca. Debia, ¡ay de mí! llegar á serme fatal! Aunque saliendo apénas de la adolescencia, E.... era un libre pensador en toda la acepcion de la palabra, y no ahorraba penas ni pasos para inculcar sus doctrinas á sus compañeros de estudio. Largo tiempo me mantuve firme contra sus ataques: respondia con éxito, al ménos así lo pensaba, a sus acerados discursos reservados de Hobbes y de Voltaire. Creado en los principios del más rigoroso protestantismo miembro de la Iglesia anglicana, sabia cuánto se afligiria mi madre al saber que su hijo habia llegado á ser traidor á su religion.

"Viendo que simples argumentos no bastaban para moverme, E.... imaginó otro medio para preparar mi caida; fué arrastrarme en los placeres y la disipacion.

"Esa vez, ¡ay de mí! Demasiado éxito logró! Hoy aún, cuando llevo mi pensamiento atrás, no puedo impedirme sentir los dias de calma y de inocencia que pasaba en una tierna edad, cuando sencillo y cándido aún, me dejaba dócilmente guiar por las tiernas y afectuosas enseñanzas de mi madre. Entónces la religion no me parecia como hoy, una institucion de rara fantasía: hallaba en ella una fuente de dicha indecible! Mas ¿por qué abandonarme á pesares en adelante estériles?

"Desde luego, semejante al bañador novicio aún, que duda avanzarse en el rio, me mantuve tímidamente en la pendiente del vicio; despues el vértigo me cogió, y acabé por sumergirme ciegamente en los placeres más disolutos. Mis noches se consumian en orgías; pasaba los dias en un estado de postracion y de languidez febril, del que no salia, sino para recomenzar una nueva série de excesos. Al fin agotado por mis incesantes desarreglos, tuve que entregar las armas; la naturaleza estaba vencida. El *delirium tremens* estrechó mi cerebro resecado por la fiebre. Sobreviví sin embargo á esta, merced á mi vigorosa constitucion; mas durante semanas enteras permanecí débil como un niño. Jamás olvidaré las torturas morales que sufrí durante el curso de mi larga convalecencia. El temor de un castigo futuro me asediaba y dia y noche. ¡Con qué amargura entónces deploraba mi pasada conducta, y cuántas veces tomé la resolucion de enmendarme, si volviese á la salud!

"Hube de guardar la cama un largo espacio de tiempo. Nadie tenia tan cerca de mí, si no era el doctor y la mujer que me cuidaba. Tenia todo el lugar para hacer reflexiones. En fin, llegó el término de mi secuestracion. Al punto reaparecieron mis antiguos compañeros de placer. El primero que vino á verme fué el jóven E.... su visita me fué bastante agradable. Me sentia tan desgraciado! Habia sufrido tanto en el aislamiento! Le participé los tormentos que experimentaba, y le declaré que nada en el mundo me haria recaer en nuevos desvaríos. Estalló de risa, se puso

á chancear sobre lo que llamaba las alucinaciones de un cerebro debilitado, y me aseguró que cuando yo me volviera á mirar sobre mis piés, me reiria tanto como él.

"Ea! mi antiguo camarada, me dijo, recobrando su aire serio, tengo un consejo que daros y es el de que os mantengais en descanso por ahora. No hay constitucion tan fuerte que sea, que hubiera podido resistir á una vida como la que habeis llevado! Yo que os hablo, no soy nada mal robusto y listo, pero á fé mia, no me hubiera sentido con fuerza para haceros frente.

"¡Y bien! Señor, logré restablecerme, y, sin varia del todo de régimen, tomé cuidado de mi salud. Mas todas mi buenas resoluciones se habian desvanecido desde largo tiempo. Volví á mis vergonzosas costumbres. A medida que me sumergia más adelante en el vicio, las impresiones religiosas de mi tierna edad desaparecieron gradualmente. La idea de una vida futura se hizo despues tan odiosa para mí, que me esforzaba con la energía de la desesperacion, en rechazar de mi espíritu, hasta la sombra de una creencia tocante á esto. Mi infernal consejero logró con el tiempo hacerme en todo semejante á él. Era presidente de un círculo de libres pensadores; me hizo agregar á ellos. Nos reuniamos cada semana en nuestras respectivas habitaciones, y nuestros dignos mentores, cuya vigilancia engañábamos, no sospecharon jamás los conciliábulos que tenian lugar entre las paredes de la vieja "Universidad de Oxford."

"Desde este momento me sentí más tranquilo. No tenia ya ni temor ni esperanza que viniesen á turbar mí pensamiento. Mi vida se limitaba al presente y resolví disfrutarla sin reserva. Sin embargo, no tardé en estar saciado de los innobles y groseros placeres á que me habia entregado en primer lugar mi Epícaro, en cuanto á eleccion de los goces. Entónces fué cuando me dediqué con pasion al estudio de la música, hácia el que por otra parte me habia sentido siempre atraido. Despues de haber dejado á Oxford, viajé durante tres años en compañía con mi amigo E.... En lugar de seguir el itinerario acostumbrado de las travesías, nos intrincamos hácia el Oriente, en busca de curiosidades aun inexploradas.

"Poco despues de mi vuelta á Inglaterra, me casé. Durante cierto tiempo disfruté de una dicha sin mezcla. Mi mujer era de una exquisita hermosura, el más sincero amor habia presidido á nuestra union; nuestros sentimientos, aun nuestros gustos estaban en perfecta armonía. Es aquí, señor, el lugar de confesaros, lo que considero como el más estúpido error que he cometido en mi vida.

"Mi mujer era católica; en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, la dejé practicar su religion en toda libertad, evitaba con el mayor cuidado emitir en su presencia una opinion, decir una palabra que fuese hostil al catolicismo; mas al cabo de un año, me sentí acometido por un irresistible deseo de hacer contrarias sus convicciones. Para llegar á mis fines, concerté con E... el que me secundó demasiado en esa ocasion, un sistema de operaciones que llamaria hoy una infernal maquinacion. Nuestro plan fué combinado y llevado con infinita habilidad.

"La gota de agua que cae constantemente en el mismo lugar, acaba por taladrar la piedra más dura. Produjimos en mi mujer un efecto análogo procediendo por influencia y por insinuacion. Primero se mostró indiferente; despues acabó por olvidar poco á poco sus deberes religiosos. Pero á esto se limitó nuestro éxito. Habiamos contado sin su corazon, sin su imaginacion de mujer, sin la irritable susceptibilidad que se apega á la creencia religiosa, cosas todas mucho más difíciles á considerar de lo que se pudiera figurar. No pudimos convertirla á nuestras doctrinas, y no logramos sino quitarle su reposo y su dicha. Me imaginé un momento que sus sentimientos para mí, no eran ya los mismos; pero rechacé luego este pensamiento como una aberracion.

"E.... se mostraba como nuestro más asíduo visitador, y yo creía, ¡fatal

error! tener en él un amigo sincero. Un dia recibí de Devonshire una carta que me anunciaba la enfermedad de mi tio, el señor J. D.... y la poca esperanza que se conservaba de salvarlo. Era un antiguo oficial que habia conquistado por su bravura el título de caballero, y que me era tiernamente adherido. La carta estaba firmada por su médico y me invitaba á partir sin pérdida de tiempo, si queria hallar á mi tio todavía en vida. Leía esta carta á mi mujer, cuando E.... entró. Le hice conocer su contenido.

"Id, mi querido amigo, dijo, id, no teneis un instante que perder. Espero que á vuestra vuelta, la señora H.... habrá recobrado sus más frescos colores. Mi mujer padecia desde poco, una ligera indisposicion.

"Llmé al mozo y le mandé que arreglára mis baúles y que trajera una silla de posta dentro de una hora.

"Tuve una corta entrevista en la sala con E.... me pareció lleno de la más sincera amistad para mí y los mios. "Temo, me dijo, que hayamos llevado demasiado léjos á la señora H.... Me parece que ha perdido su vivacidad y jovialidad. Escribidle con mucha frecuencia, os lo ruego, escribidle bien tiernamente. Si puedo serle de alguna utilidad durante vuestra ausencia, la que espero no será de larga duracion, no teneis más que decir una palabra, me pongo enteramente á vuestra disposicion."

"Le dí con efusion expresivas gracias, suplicándole considerara mi casa como suya, y siguiera viniendo á ella sin cumplimiento, como convenia á un antiguo amigo.

"No habia jamas dejado á mi mujer desde nuestro matrimonio, por lo tanto nuestra separacion fué penosa. Eran lloros, protestas, abrazos para nunca acabar. Jamas la habia amado con tanto ardor como en este momento, y hubiera voluntariamente dado mi vida, para ahorrarle el más lijero sentimiento. Viajé durante toda la noche en verdadero tren de posta. Al llegar á casa de mi tio, el dia siguiente en la tarde, supe con una viva satisfaccion, que contra toda esperanza, su estado se habia sensiblemente mejorado, y no presentaba ya ningun peligro inmediato.

"Nuestra entrevista, para la cual habia tomado la precaucion de prepararlo, fué llena de afeccion y de ternura. El buen anciano estaba sentado, con la cabeza apoyada en cojines. Su pelo blanco flotaba sobre sus espaldas. Su pálido y enflaquecido semblante respiraba la calma y la resignacion. Al verme, un rayo de alegría brilló en sus ojos: me cogió la mano, la apretó con efusion en las suyas.

"Federico mio, dijo con voz conmovida, soy feliz, muy feliz de verte. Habia creido que era cosa hecha de mí, y que tú no hubieses llegado á tiempo; pero Dios, en su infinita misericordia, se ha dignado concederme un nuevo plazo, para que pueda prepararme mejor para la eternidad. Y tú, mi querido niño, ¿podrias hacerme compañía hasta que me vaya? No te detendré mucho tiempo, creelo bien; pues aunque me siento mucho mejor que ayer, tengo el presentimiento que no podré tardar en dejar este mundo."

"Le prometí en cuanto mi dolor me lo permitia que ninguna otra mano sino la mia le cerraria los ojos. Vivió todavia seis semanas, esperando morirse de dia en dia. En el intervalo escribí carta sobre carta á mi mujer; sus contestaciones eran siempre dictadas por la más tierna afeccion.

"La última hora de mi tio llegó, sonó por fin. Su muerte me causó casi envidia; era verdaderamente la del hombre de bien, y no pude ménos que reconocer que la Religion, por quimérica que fuera entónces, y que sea aún á mís ojos, tiene una maravillosa influencia para suavizar la amargura de la muerte.

"Escribí á Emilia para darle parte del fallecimiento de mi tio así como de sus disposiciones testamentarias que me instituian legatario universal. Ya en algunas de sus últimas cartas habia creido notar cierta frialdad, pero los embarazos y las diversas preocupaciones, que me asaltaban entónces, me impidieron prestar á eso grande atencion. Esa

vez sin embargo, no recibí ninguna contestacion: escribí de nuevo; el mismo silencio. Presa de las más vivas alarmas, no sabia en qué suposicion pararme; la creia enferma, muerta tal vez; mi imaginacion se forjaba mil fantasmas que me perseguian dia y noche, y me quitaban hasta el sueño. Tarde se me hacia por salir de esas horrendas perplejidades. La tarde misma de los funerales, cuando todo hubo concluido, despedi dos los convidados y dadas las últimas instrucciones al intendente, me precipité en una silla de posta, y corrí á Lóndres á todo escape. Era media noche cuando llegué á la puerta de mi hotel; no se veia allí luz alguna. Emilia descansa sin duda, me decia, este querido tesoro! No está enferma, lo espero: cuán sorprendida va estar al verme! Estoy cierto que mis cartas han tomado una falsa direccion.

"Mi criado sacudió el aldabon y tocó á redoblados golpes; nadie vino. Siguió é hizo un ruido atronador. El pasmo se iba apoderando de mí, cuando la puerta se abrió por fin. Entré precipitadamente, y encontré en la sala á Juana, la vieja ama de llaves, con otros dos criados, pálidos, temblorosos y á medio vestir, como si acabasen de saltar de la cama.

"Juana, ¿en donde está mi mujer? Está enferma? Está muerta? Pero, habla pues! exclamé sacudiéndole con violencia el brazo; en dónde está mi mujer? Respóndeme luego, ó me volveré loco."

"Oh! Señor, dijo ella comprimiendo un sollozo; por favor, no me interrogueis así. Preferiria mejor morir á tener que contestaros."

"A estas palabras, un extraño calosfrio recorrió todo mi cuerpo; me pareció que mi sangre se helaba en mis venas. Durante algunos segundos permanecí como anonadado; mis ojos horriblemente dilatados quedaban atentamente fijos en Juana. Al fin comprimiendo la emocion que me paralizaba la lengua, la invité á que me siguiera en la biblioteca. Allí le renové mi pregunta. Cayó ella de rodillas, juntas las manos, se deshizo en lágrimas y me miró con la expresion del más punzante dolor.

"Mi mujer? repetí con impaciencia, en dónde está mi mujer?"

"Querido amo, contestó ella, haciéndose violencia, recoged todas vuestras fuerzas, todo vuestro valor, para oir lo que voy á deciros. No me atreví á comunicaros mis pospechas cuando salísteis para vuestro viaje. Están ahora confirmadas! Vuestra desgraciada mujer se ha huido la noche última con el Señor C.... vuestro pretendido amigo!"....

"Huida! exclamé con un rugido de dolor ó indignacion! Al mismo tiempo me parecia ver pasar un relámpago delante de mis ojos y escuchar en mi oido un estampido de trueno. Caí sobre el entarimado como herido por un rayo. Qué pasó despues? Lo ignoro. Durante meses enteros estuve bajo el imperio de las más extrañas y desesperantes visiones. Y, cuando volví al sentimiento de mi existencia, me encontré prisionero y encadenado en una casa de locos. Mis entorpecidos ojos se elevaron perezosamente en derredor mio: no ví sino las cuatro paredes de mi cabañuela, y á diez piés del suelo, el estrecho tragaluz que dejaba penetrar allí un rayo de sol. Haria como una hora que buscaba como darme cuenta de mi situacion y probarme que no era el juguete de un sueño, cuando la puerta de mi celdilla se abrió. Dos hombres entraron. El uno tenia todo el exterior de un hombre de calidad; el otro, segun lo que puede conjeturar, era un mozo de servicio, quizás mi carcelero.

"Que crímen habia pues cometido yo para estar así contenido bajò los cerrojos?

"El primero de mis dos visitadores se acercó á mí con un aire dulce y benévolo, consultó mi pulso, me palpó la frente, como para comprobar su grado de calor, y se volteó con un aire de satisfaccion hácia el hombre que lo acompañaba.

"¿En donde estoy, señor, pregunté yo, en donde estoy?

"Chiton, amigo mio, dijo, no hableis

todavia; habeis estado muy mal, más no tardareis en restableros completamente, consolados y descansad con toda confianza sobre nuestros adictos cuidados. James, agregó, libertad al Señor de sus ligaduras.

"Esa órden fué ejecutada desde luego, con las mayores prevencione y más delicadas atenciones. Me administraron una pocion y caí bien pronto en un profundo sopo. Permanecí, segun parece, cerca de veinticuatro horas en ese estado. Al despertar, me encontré refrescado, mis ideas habian recobrado cierta lucidez. De dia en dia, y á medida que las fuerzas me volvieron, el sentimiento de mi horrenda desgracia se despertaba más vivo en el fondo de mi corazon ulcerado.

Al repasar todas estas circunstancias en mi espíritu, me exaltaba hasta el furor. La razon iba á escapárseme una vez todavía; la idea del suicidio atravesó mi delirante cerebro, más luchaba contra la desesperacion y sus fatales sujeciones. En adelante, no tuve ya más que un deseo, una pasion, la venganza. Todas mis facultades se concentraron hácia este blanco. Mi felicidad estuvo destruida para siempre. No podia sobrevivir á ella, sino con la condicion de vengarme. Queria vengarme del traidor, queria lavar el ultraje en la sangre, aunque tuviese que perseguirlo hasta los confines de la sierra, y sacrificar hasta mi último óbolo para alcanzarlo. Cosa admirable, mi salud se restableció en despecho de mi agitacion moral. Al cabo de un mes salí del establecimiento, perfectamente sano y en plena posicion de mi razon.

"Sin perder un instante mandé hacer pesquisas en todas las direcciones. Supe primero que la criminal pareja se habia ido á Paris, pero que allí habian perdido su pista. Salí al instante para Paris, resuelto á escudriñar todos los barrios de esa capital, para descubrirlos. Avisé á la policía, tomé á un agente á mis expensas; mas un mes se pasó sin traer ningun descubrimiento. Visitó todas las plazas, todos los lugares públicos; mis investigaciones permanecieron igualmente sin resultado. ¡Oh! entónces cuánto maldecia mi locura! Con cuánta amargura lloraba los artificios que habia desplegado para desviar á mi mujer de sus deberes. La religion hubiera sido su mejor salvaguardia, y yo, como un ponzoñoso reptil, habia envenenado la misma fuente de su felicidad! Conocia que yo era el autor de su caida; mas otro habia manchado mi honor, otro me habia robado el descanso y la dicha! Y aquel hombre era mi amigo! El hombre á quien yo miraba como un modelo de lealtad, el hombre á que en mi seguedad lo creia adherido á mí, por los lazos de la gratitud! Porque, cuántas veces, para saldar cuentas de juego, no le habia adelantado considerables sumas, sin haber reclamado su reembolzo? Mi bolsa, mi casa, mi corazon, todo era suyo como mio, y él era quien me habia traicionado!

"Una mañana al despuntar el dia, mi portero vino á encontrarme en la cama, para anunciarme que un agente de la policía deseaba hablarme luego. Ese agente me traia noticias de oro. La víspera en la tarde habia recibido un aviso por un corresponsal, que los fugitivos estaban en Florencia, y que permanecian allí bajo un nombre supuesto. A las once mi pasaporte estaba firmado, á las doce, llevado en alas de la venganza, volaba hácia la indicada ciudad.

"Os evitaré, señor, el relato de esta caza á todo trance que duró doce meses, y que proseguí cuasi al través de todas las comarcas de la Europa. Perdí la pista rarās veces, la seguia con el ardor y la tenacidad de un incansable.

Mas la fortuna me era constantemente contraria. Una vez en Baden-Baden, estuve en el punto de alcanzar al raptor. Llegué de noche á esta ciudad; supe que habia salido de ella en la mañana, despues de haber perdido sumas enormes en el juego. Me puse con encarnizamiento en su persecucion: lo habria infaliblemente alcanzado, á pesar del adelanto que tenia sobre mí, mas por desgracia mi coche se volcó. Recibí graves y numerosas contusiones en este accidente, que me forzaron á pararme

en una miserable posada, en donde permanecí una semana, palpitante de impaciencia y maldiciendo mi destino. La pista se habia perdido y no tenia esperanza de recobrarla jamas. Despues de dos nuevos años de viajes é infructuosas investigaciones, volví á Inglaterra, con la desesperacion en el corazon y quebrantada la salud. La señora B.... mi prima, en cuya casa nos hemos encontrado por primera vez, se mostró para mí llena de ternura y abnegacion. Creo que sin ella, hubiese sucumbido bajo el exceso de mi dolor."

La fatiga obligó al señor H.... á interrumpir aquí su relato. Tomó un sorbo de agua mezclada con láudano, y prosiguió:

(*Continuará.*)

Epistola.

Al jóven poeta Joaquin Gómez Couto.

Ya que contigo pródiga natura
Te dió la inspiracion, fuente divina
Que en semidios convierte á la creatura,
Pues tu planta al Parnaso se encamina
Do las Musas preparan á tu frente
Corona de laurel y sacra encina;
Joaqnin, permite que mi voz te aliente,
Que ella, pues con cariño es escuchada,
Por cariñosa te será elocuente,
Escabrosa es la senda y escarpada
Y allí inclemente seguirá tu huella
La envidia siempre al daño preparada,
Espinas solo pisarás en ella......
La senda de la fama y de la gloria
De léjos nada más se mira bella.
Trae si no, oh amigo, á la memoria
De Píndaro el inmenso sufrimiento
O de Homero inmortal la triste historia.
Mientras el mundo su inspirado acento
Absorto y lleno de emocion oia,
Y un aplauso sin fin llenaba el viento,
El poeta su canto interrumpia
Digno de un Dios, para extender la mano
Y mendigar el pan de cada dia.
Míralo caminar ciego y anciano,
Sin pan, sin un hogar, sin un amigo.....
¡Tal suerte cabe al génio sobrehumano!
Vé á Cervantes sin techo y sin abrigo
Siendo la gloria del hispano suelo.
Pues Cervantes tambien murió mendigo.
Y Dante, tan amado por el cielo,
Por sus mismos hermanos perseguido,
Cubierto siempre el corazon de duelo.
Y entre nosotros mira desvalido
A Rodriguez Galvan, génio sublime
Para cantar, para llorar nacido.
Aún su muerte la Castalia gime
Y ya de Acuña en la inspirada frente
La desgracia fatal su sello imprime.
¿Por qué el destino muéstrase inclemente
Con los que guardan en el alma altiva
Un rayo de la luz omnipotente?
Su dulce canto la virtud aviva,
Tambien aviva el patriotismo austero
Y hace que el hombre la virtud reciba.
Anima en los combates al guerrero,
Conduce al hombre al bien, el mal advierte.
Como amigo sencillo y verdadero
¿Por qué contra él ensáñase la suerte?
¿Por qué solo corona la fortuna
A los bardos por mano de la muerte?

....

Su cárcel al espíritu importuna,
Por eso con ardor lanzarse ansía
Al infinito, porque allí es su cuna;
Y calma su dolor y su agonía
Viéndose al infinito conducida
En alas de la sacra poesía.
Ella tras el dolor trae al olvido,
Embellece el desierto y la pradera
Y bálsamo es del corazon herido.
Ella, cuando es del alma compañera,
En el seno de todos los dolores
Crea mundos de dicha placentera;
La lleva entre los astros y las flores
Y amante, la existencia le revela
De aquel fuego que enciende los amores,
El hombre siempre un ideal anhela,
Hecho para este mundo no se siente
Y la vision del otro lo consuela.
Viendo el mal por do quier y al bien ausente.
La poesia fórjale otra vida
Que lo hace consolar de la presente.
Ella, de sus dolores condolida,
Para animarlo y enjugar su lloro
Le recuerda la Patria apetecida,
Le muestra de sus bienes el tesoro
Y le hace ver de arcángeles cercado
Al Dios del bien sobre su trono de oro.
Le conduce otras veces á algun prado
Y le hace contemplar que está de flores,
De primorosas flores estrellado;
Y allí entre hojas y arroyos bullidores
Escuchar le hace de ternura lleno
El dulce lamentar de dos pastores.
Si de las nubes al romper el seno
La tempestad furiosa se desata,
De Dios el carro fínjele en el trueno,
La brisa imita que susurra grata,

Y remeda en terribles armonías
El ruido de la hirviente catarata.
¿Quién no goza en sus dulces melodías
Oyendo que suspira tiernamente
Con los recuerdos de mejores dias,
Cuando un amante de su bien ausente
Gime, y desprecia en medio de su pena
El lirio azul, y el loto de la fuente,
Y con el alma de dolores llena
Se va á lo largo de la playa triste
Arrastrando su alfanje por la arena?
¿Quién dulce llanto á derramar resiste
Cuando amorosa y enlutada llora
Al amigo leal que ya no existe?
Que insulte y que desprecie en buena hora.
Aquel que tenga el corazon de acero
Al númen sacro que tu pecho adora;
Pero aquel que ame la verdad sincero,
Aquel que tenga corazon sensible,
Amante fiel y amigo verdadero;
Aquel que como tú, no halle imposible
Elevar sobre el mundo el pensamiento
Y que al mundo interior no es insensible,
Que de belleza y de verdad sediento
Sepa amar, comprender á la natura
Y sepa comprender el pensamiento,
Digna es del dios poeta su alma pura
Y digno de alcanzar en algun dia
De Arango y Pombo la sublime altura.
¿Y qué importa la envidia y su osadía?
¿Qué le importa sufrir, cuando altanero,
Al mismo sufrimiento desafía?
La fama eterna, el mal es pasajero.
¿Y qué importa vivir como mendigo
Por morir como Píndaro y *Homero?*
Llega, llega al Parnaso, caro amigo,
Y á los que no comprenden tu ardimiento
Tu misma gloria les será castigo.
No desmaye jamás tu noble aliento,
Que la fama se compra con dolores
Y la virtud con grave sufrimiento.
Canta, y entre tus crueles sinsabores
Lleve alegría tu cantar hermoso
Al seno de tus mismos detractores.
No temas, sigue siempre presuroso,
Sabe que nunca de la niebla umbría
El insensato orgullo presuntuoso
Puede vencer en claridad al dia.

RAMON VALLE.

CARLOS DICKENS.

Nació este famoso novelista inglés en Portsmouth, condado de Hamsphire, en Inglaterra, el 7 de Febrero de 1812. Así que tuvo algunos conocimientos elementales, su padre lo colocó en clase de escribiente en el estudio de un procurador, y allí comenzó á escribir artículos de costumbres, crónicas de teatro, etc., que se publicaban en los periódicos con el seudónimo de *Boz*. Estos ensayos, notables por su originalidad y aguda sátira, obtuvieron en general muy buena acogida, lo qne animó al jóven Cárlos á escribir novelas. Dió, pues, á luz *Los Papeles del Club Pickwick*, obra llena de novedad y de interés que reveló desde luego el talento distinguido de su autor.—La inmensa popularidad y el extraordinario éxito de su primera novela, hicieron que los editores pidiesen á Dickens empeñosamente nuevas producciones: y así, sucesivamente dió á luz: *Oliverio Twist*, *Nicolás Nickleby*, *El Almacen de Antigüedades*, *Barnaby Rudge*, y otras.

En 1844 hizo Dickens un viaje á Italia, del cual publicó despues una interesante relacion. Continuó la série comenzada el año anterior de sus célebres y bellísimos CUENTOS DE NAVIDAD: *El Canto de Navidad*, *Las Campanas*, *El Grillo del hogar*, *La Batalla de la vida*, *El Poseido*, *La Casa de Alquiler* y *El Velo Negro*.—Hizo tambien algunos viajes á los Estados-Unidos, en donde fué siempre recibido con entusiasmo, pues no solo era allí querido y admirado, sino que su presencia proporcionaba á innumerables personas, el interesante y agradable espectáculo de las lecturas que hacia él públicamente de sus obras, segun acostumbraba hacerlo en Inglaterra. El natural atractivo de estas fiestas literarias, la voz varonil de Dickens, sus modales finos y elegantes, su porte majestuoso, noble y simpático, y las magníficas dotes de actor y orador que le adornaban, atraian cerca de él un concurso numerosísimo y escogido.

La venta de sus obras y estas lecturas dieron al popular novelista una fortuna que él siempre dividió con los pobres, los huérfanos y los ancianos desvalidos. Este rasgo de su vida acredita bien la bondad de su corazon; y su generoso desprendimiento se explica por el amor que en todo tiempo profesó á los desgraciados.—Sin embargo de esto,

Dickens pudo dejar á su muerte á sus herederos la enorme suma de 80,000 libras esterlinas (400,000 pesos). ¡Tanto así le produjeron sus obras! Bajó al sepulcro con gran sentimiento de sus adoradores, en Junio de 1870.

Las obras de este popular escritor están revestidas de un mérito singular, y todos sus adornos son tan sencillos como agradables: el estilo es pintoresco y seductor: fácil, ameno, variado; y los sucesos naturales y en extremo interesantes.—Jamás podré yo olvidar los gratos momentos que me proporcionaron la *Historia de David Coopperfield* y algunos de los *Cuentos de Navidad.* En estas preciosas joyas de la literatura inglesa contemporánea, encanto y deleite de los amantes de las letras, dá Dickens pruebas admirables de su talento de narrador elegante y ameno, así como tambien de su fina y profunda observacion.

David Copperfield es una historia interesantísima y conmovedora. En la primera parte, "Recuerdos de mi niñez," un niño inocente enternece los corazones con los sufrimientos injustos que padece. Viviendo en el hogar paterno, al lado de ese sér eternamente adorable que se llama madre, recibe humillaciones y malos tratamientos de personas extrañas, sin que ¡ay! le sea permitido quejarse, ni recibir las caricias maternales como en otro tiempo, ni ir á visitar la tumba de su padre en el vecino cementerio. El pobre niño parte desterrado á un colegio, y sufre allí los horrores de la soledad. Pero aquellos años de amargura y de penas borran en el infeliz David la inexperiencia infantil, y le hacen comprender su desamparo y su situacion tristísima. Meditando en su porvenir, adopta la resignacion y el trabajo como los únicos medios para hacérselo dichoso.—Ya en la segunda parte del libro, "Recuerdos de mi juventud," David es un hombre juicioso que piensa y se deja guiar por la reflexion, consiguiendo de este modo labrarse por sí mismo un bienestar dichoso. ¡Cuántos infortunios, cuántos desengaños, y qué amargos dias ántes de unirse á la amada de su corazon! Antes de llegar al puerto, ¡qué tempestades tan furiosas, qué golpes tan rudos en el océano de la vida práctica!—Muchos afirman que la vida de David Copperfield es la vida de Cárlos Dickens; y si esto es así, honran ciertamente al gran novelista inglés todos los rasgos y episodios, todas las luchas y sacrificios consignados en esas páginas.

Los *Cuentos de Navidad* se distinguen principalmente por sus tendencias á predicar la virtud y el amor al trabajo, á corregir los vicios y las malas inclinaciones del pueblo, poniendo á su vista ejemplos de bondad y de honradez dignos de imitarse. Hay en estas candorosas narraciones mucho ingenio, notable originalidad y una gracia extraordinaria.

Tal es, en pocas palabras, el juicio que he podido formarme de las obras y del carácter de Cárlos Dickens, uno de los escritores contemporáneos que más honran á Inglaterra.

VICTORIANO AGÜEROS.

EL DESAFIO.

Segun doctrina que el orgullo aclama,
Y que los sábios miran con desprecio,
El que un reto no admite, en desaprecio
Cae, y deshonra á su prudencia llama.

Mas si en el campo que su nombre infama,
Alguien arriesga de su vida el precio,
El orgullo al instante, siempre nécio
Hasta las nubes el honor proclama.

Miseria y corrupcion: quimera loca,
Pretender honra y prez el fementido
Que á los honrados compasion provoca.

Fortaleza y honor no desmentido
Tendrá quien agraviado á Dios evoca
Arrojando la ofensa en el olvido.

J. M. B.

A LA ENTRADA DEL INVIERNO.

AL SR. LIC. D. JOSÉ MARÍA SILVA.

El crudo norte con su aliento frio
Va el llano poco á poco despojando
De su hermoso verdor, y deshojando
El tierno sauz del vaporoso rio.
¿A dónde te guiaré; rebaño mio,
Causa inocente del tormento infando
Que sufre el corazon? Ya estás balando
Y áun no se cuaja el matinal rocío.
Ya sé lo que he de hacer. Los juncos (finos
Y ovas que traeré de la laguna
Tu alimento serán. Con gruesos pinos
Mi corral cercaré: y en la importuna
Noche, daré conciertos peregrinos
Con mi avena, alumbrado por la luna.

A JUAN DE LA BORBOLLA.

Hay en mi pueblo un árbol cuya altura
Nadie alcanzó á medir: es un *sabino*
Que el soto envuelve del raudal vecino
Con regio manto de eternal verdura.
Lleva su frente calva á la aura pura
Con donaire: furioso el torbellino,
No logra menear el viejo *Pino*
Gala y padron de mi natal llanura.
¡Cuántas veces al pié de aquel gigante,
En mi niñez, la sombra apetecida
Buscaba sudoroso y anhelante!
¡Cuántas, oh Dios, en la estacion flo- (rida
De su regazo fué mi madre amante
A arrancarme, temiendo por mi vida!

¡Canario mio, de color divino,
Pequeño, ténue, centro de elegancia!
No sueltas los plumones de la infancia
Y ya me alegras con tu dulce trino.
De la corteza de fragante pino
Tu jaula pende en mi tranquila estancia;
Y junto á mí respiras la fragancia
Que el viento trae del jardin vecino.
Si ambos vivimos léjos de la tierra
De nuestros padres; si ambos forasteros
Somos en esta tempestosa sierra;
Cantémos, pues, los dos. A vocingleros
Gorgeos, ave, tu garganta cierra,
Y modulémos sones lastimeros.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

A LA ENTRADA DEL VERANO.

¡Montes ceñidos de verdor eterno
Por la mano de Dios! fuentes sonoras
Que ós deslizais en linfas bullidoras
Lamiendo la raíz del pobo tierno!
¡Violetas de perfume sempiterno!
Y tú, cantueso, que los campos doras,
Córonado de espigas brilladoras,
Entre la escarcha y brumas del invierno!
¡Ved!. . . . Ya se acerca la estacion ar- (diente!
Ya enturbia el cielo la calina, y nace
Sangriento el sol cual globo incandescen- (te.
Enflaquecido mi ganado, pace
La grama seca; y su balar doliente
Me presagia un funesto desenlace.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

EL MAR.

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.
¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oidos
Ese bramido furibundo suena!
¡De cuánto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!
¡Cómo del agua la color oscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!
¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!
¡Cómo las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!
Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desparecen.
Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilon su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.
De mil y mil cañones erizada
A lo lejos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.
Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa,

Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.
¡Ay! yo tambien á desafiar en breve
El tempestoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?
Tan solo tú, Señor, que en Tiberiades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.
Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.
¡Estrella del Océano! que guías
En la borrasca al infeliz marino,
Resplandeciente alúmbrame el camino:
De las borrascas sálvame bravías.
Haz que en el Vaticano Santüario
Presto te eleve mi oracion ardiente,
Y que se postre mi devota frente
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

IPANDRO ACAICO.

EL INCREDULO.

(TRADUCIDO POR J. R. H.)

(CONCLUYE.)

"Ayer, el regidor de mis propiedades rurales estaba en esta ciudad. Fuí á verle en la tarde para darle mis instrucciones respecto de una renovacion de arrendamiento. Cuando lo dejé eran las once. No habia tomado ningun ejercicio en todo el dia, y tuve ocurrencia de volver á pié á mi domicilio. La noche era excesivamente fria; me envolví hasta la barba en una capa que me preservaba contra la atmósfera cargada de una glacial nublina. Al momento en que tomaba uno de los innumerables callejones de la encrucijada de los Siete Cuadrantes, apercibí á una mujer que venia hácia mí con un lánguido y mal afianzado paso. Pensé que estaba tal vez estenuada por las privaciones ó las enfermedades; saqué instintivamente de mi bolsa una media corona; pero ántes que pudiera ofrecerle esta limosna, me abia abordado implorando mi compasion, con el acento de la más humilde y movedora súplica. El sonido de su voz, si bien apénas perceptible, penetró hasta mi corazon. Me parecia que no la oia por primera vez. Una horrenda sospecha me vino luego al espíritu. Era imposible! Mas, al depositar mi limosna en la fria y temblorosa mano de la mendiga, la examiné de frente con atencion. Sus agachados ojos no encontraron los mios. Las facciones de esta fisonomía eran bien las mismas, pero qué cambio en su expresion, en su hermosura!

"Permanecí paralizado y como petrificado durante algunos segundos. En cuanto á ella, se habia alejado rápidamente y sin reconocerme: pero el traidor debia de estar cerca de allí, bajo mi mano, y ella mendigaba para él en la vía pública. La seguí sin ruido, deslizándome sobre su pista, como el tigre pronto á arrojarse sobre su presa. Entró en un expendio del vecindario, compró galletas y vino, que ocultó cuidadosamente debajo de un viejo tápalo, y salió precipitadamente. Seguí sus pasos. Despues de haber atravesado varias calles, se paró delante de un miserable retrete y se introdujo en él, sin voltearse ni cerrar la puerta. Subió penosamente con fatiga hasta el tercer piso. Yo habia permanecido abajo; cuando todo ruido de pasos hubo cesado, me abalancé adelante. En algunos saltos estuve arriba de la escalera. Allí me puse á escuchar á la puerta del cuarto en donde presumia que ella se habia entrado, y oí una dulce y lastimera voz: era la que un instante ántes habia resonado en mi oido como un fúnebre doble. Poco despues, distinguí como un sordo ó inarticulado gruñido. No habia duda, mi enemigo, el infame, execrable E...... estaba adentro de ese cuarto. No pudiendo contenerme por más tiempo, abrí violentamente la puerta y me precipité adentro del cuerto. Mi venganza iba á saciarse al fin! Mas no, señor! Otra mano que la mia se habia encargado de cumplir la obra de destruccion que yo meditaba!

"Mi vista se paró sobre una informe y andrajosa masa extendida en un miserable lecho. Era E...... Su sem-

blante estaba horrorosamente desfigurado y la muerte tenia ya puesto sobre él, su fatal señal. Ella hincada cerca de su cabecera, le presentaba una galleta humedecida en vino, la que devoraba con avidez. A mi aspecto, el miserable fué como acometido por convulsiones. Se reenderezó de repente sobre su asiento, sus facciones se trastornaron, sus ojos horriblemente dilatados por el terror, parecieron salir de su órbita, y se volvieron á cerrar como para evitar la vista de un amenazador espectro; sus crispados músculos se aflojaron, y volvió á recaer en su lecho, como un inerte cuerpo, y cayó muerto ya!

"Ella tambien, desde que sus ojos hubieron encontrado los mios, se habia desmayado. Pedí socorro; no tenia fuerza para levantarla ni aun tocarla. La dueña de la casa acudió, le expliqué en pocas palabras, que el difunto acababa de sucumbir bajo mis ojos, y que la desgraciada mujer solo estaba desvanecida. Le dejé mi bolsa, suplicándole gastase lo necesario, y me escapé como si millares de furias hubiesen ido persiguiéndome."

El señor H.... bebió aún algunas gotas de láudano, y enjugando el frio sudor que inundaba su frente, prosiguió:

"La noche última y esta mañana aún, señor, un violento y terrible combate se trabó en mi espíritu; salí de él victorioso, abjuré toda idea de venganza. El traidor habia dejado de vivir, bastaba; pero ella, mi mujer, no la podia dejar morir de hambre. ¿Quereis encargaros, señor, de proveer á sus necesidades? me haréis así un señalado servicio. Hé aquí una cartera; hallaréis en ella con qué ponerla momentáneamente al abrigo de la miseria. Mi hombre de negocios recibirá mis instrucciones para servirle una renta en relacion con su posicion. En cuanto á mí, no quiero ni puedo ya verla.

Escribió rápidamente su direccion sobre una tarjeta que me entregó, y salí para llenar mi caritativa mision.

Hallé á la pobre mujer en cama; la dueña de la casa se mantenia cerca de ella; habia tenido la humanidad de recogerla en su propio cuarto.

Toda la noche estuvo agitada por violentas convulsiones; estaba calmada en ese momento, si bien agotada del todo. Su semblante conservaba aun rastros de una grande hermosura. Mas por su palidez y estado de inanicion, era fácil juzgar que no tenia ya mucho tiempo que vivir. Le expliqué el objeto de mi visita en pocas palabras, y con todos los miramientos posibles, no queriendo añadir una nueva pena á las que la abrumaban ya.

"¿Y mi marido, mi Federico, es quien se ocupa así de la desgraciada mujer que lo ha hecho sufrir tanto? ¡Oh! Señor, he sido muy culpable hasta desesperar cuasi del perdon; mas lo soy ménos. Decidle buen señor, que he sido engañada, que he caido en el crímen sin premeditacion, y que se debe de imputar á la exaltacion, á la demencia, á la desesperacion, el haber persistido en él. Decidle que en la noche misma de mi evasion, he abandonado á mi cómplice con la firme resolucion de no volverlo á ver jamás; (1) que desde entónces he habitado ese miserable retrete ganando mi pan de cada dia al precio de los más abyectos trabajos y tratando por medio de las lágrimas del más sincero arrepentimiento reconciliarme con el cielo. Decidle que ayer cuando me recogia para mi ruin morada sin un sueldo, y despues de haber buscado inútilmente trabajo, encontré desfallecido y cuasi muerto de inaccion, al autor y cómplice de mi traicion; que habiéndome reconocido, me suplicó le diese abrigo y un pedazo de pan. Hacia dos dias que el desgraciado no habia probado ningun alimento y desde varias semanas estaba reducido á dormir al aire.

---

(1) Esta declaracion era sincera. La señora H... habia dejado á M. E... en Douvres y se habia vuelto para Lóndres. E... se habia dirigido solo á Paris, despues de haber recorrido el mundo, habia vuelto á Inglaterra. allí habia perdido los últimos restos de una bonita fortuna, en una casa de juego, cuyo huésped ásiduo era, y de donde lo habian echado por causa de sus fraudes é insolencia: habia caido hasta el último grado de la degradacion, cuando fué encontrado mendingando y moribundo en las calles por la mujer á quien habia deshonrado y arruinado.



"Habia causádome sin duda muchos tormentos y remordimientos. ¿Más podia yo en este momento permanecer sorda á su ruego? Lo he recogido bajo mi techo y he ido á mendigar para él. He tenido quizá la culpa. ¿Mas es verdad que hubiese sido crueldad verlo morir de necesidad y no procurar socorrerlo?

"No podria expresaros, señor, cuanto he sufrido desde hace siete años que he abandonado á mi marido. Pero debo todos mis infortunios al olvido de mis deberes religiosos. ¡Oh! Sí! ¡Cuando nos alejamos de Dios, cuando llegamos hasta olvidarle, es cuando el tentador se muestra más encarnizado en nuestra pérdida! Dios me ha tratado, sin embargo, con una infinita misericordia. El me ha dado la gracia para volver á él, y expiar la enormidad de mi crímen, por una vida de penitencias. ¡No tengo ya más deseo que el de lograr el perdon de mi marido, y, si tal es la voluntad de Dios, dejar este mundo! Con frecuencia durante las noches de invierno, en lo más fuerte del frio, me ha sucedido pasar horas enteras delante de la morada de Federico, y regar su dintel con mis lágrimas. Con frecuencia me he puesto de rodillas en esta helada piedra, suplicando á Dios dejase caer sobre mí una mirada de compasion. Decidle todo esto.... Señor, repetidle que si mi falta ha sido grande, mis remordimientos la han expiado."

Cuando me separé de esta infortunada mujer, me ocupé de procurarle un alojamiento conveniente en donde recibiera todos los cuidados reclamados por su posicion. A su ruego mandé llamar á su confesor. Se apresuró para venir y continuó yendo diariamente. Por mi lado, me hicę un deber visitarla tan frecuentemente, como mis ocupaciones me lo permitian, pero cada vez me convencia de que el mal hacia nuevos progresos y fué pronto, evidente para mí, que la señora B.... tocaba á su fin.

Al cabo de quince dias, recibí un billete de la dueña, anunciando que la pobre mujer estaba al último; la encontré, en efecto, en un estado desesperado. Su pulso era ya apénas sensible, lívida su tez, cortada y rápida su respiracion: todo anunciaba que la hora habia llegado. En la misma mañana la señora B.... habia recibido la Extrema-Uncion.

"Os he mandado llamar, me dijo con dulce y desfallecida sonrisa, para agradeceros todas vuestras bondades por última vez. ¿Querriais decir á mi marido que hasta mi último suspiro no he cesado de llamar sobre él todas las bendiciones del cielo?

¿No deseariais verlo ántes de morir? pregunté yo.

"¡Oh! Señor, me dijo, miéntras un súbito rubor coloreaba sus mejillas, eso seria para mí demasiada felicidad! ¡Soy muy indigna de semejante favor! Y sin embargo, moriria con gusto, si me fuese dado verle aún, oirle decirme con sus amados lábios: te perdono!"

Sin perder tiempo, me arrojé en un coche de sitio y mandé al cochero que me condujese con toda violencia al hotel del señor H.... Por fortuna se encontraba en casa.

"Mi querido amigo, le dije sin ningun preámbulo, vuestra mujer se muere!

"Y bien, señor, me dijo con amargura. ¿Qué puedo yo hacer en esto?"

Ya algunos dias ántes, le habia narrado mi conversacion con su mujer; le habia hablado de su arrepentimiento; me pareció conmovido.

"Mi querido señor, repliqué yo, estoy cierto que no sereis bastante duro para rechazar su última súplica. Antes de dejar esta tierra, ella desea volver á veros y lograr la certeza que la habeis perdonado."

Sin responderme se dejó caer en su silla, presa de una violenta emocion, y rompiendo repentinamente el silencio

Venid, señor, dijo asiéndome del brazo, he triunfado de mi resentimiento. Pobre Emilia, oh! sí, yo te perdono, pues yo tambien tengo necesidad de ser perdonado."

El mismo coche nos volvió en un abrir de ojos al lugar en donde me habia tomado.

El señor H.... me conjuró que no lo dejase, temiendo, decia, no poder él

sólo soportar la emocion de esta entrevista. Le acompañé hasta el lecho de la moribunda. El marido ultrajado, la mujer purificada por el arrepentimiento, se echaron en los brazos el uno del otro, y permanecieron largo tiempo estrechados en afectuoso abrazo.

Era un espectáculo capaz de regocijar á los mismos ángeles!

"Federico, dijo la moribunda con voz debilitada, Federico, ¿me perdonas?

"Tu falta ha sido la mia; tal como hemos sido unidos, así debemos separarnos! Todo está olvidado!"

Ella echó sobre él una larga mirada de amor, felicidad y gratitud, y espiró.

Sus funerales se hicieron sin ruido ni pompa. Dos personas solamente la acompañaron hasta su última morada: su marido y el autor de este relato.

El dia siguiente del entierro, en la mañana, el mozo del señor H.... vino con un aire impresionado, á anunciarme que su amo deseaba verme. Supe que la víspera habia salido en una hora avanzada de la tarde, y que un coche acababa de traerlo, mojado de piés á cabeza y cuasi privado de sentido; que habian tenido que ponerlo en cama; que habian sobre la marcha llamado al médico y que éste le habia procurado algun alivio, mas que él queria verme lo más pronto posible.

Obsequié con apresuramiento su llamado, pensando que habia atentado á sus dias.

Afortunadamente no habia nada de eso. Lo encontré acostado y entregado á una violenta agitacion, que parecia presagiar una fiebre próxima.

"Mi querido amigo, me dijo, he cometido una grave imprudencia, mas no era dueño de mis facultades. Me he sentido tan desgraciado durante la última noche, al pensar en mi pobre Emilia, que la atmósfera de mi cuarto se hizo insoportable para mí. Necesitaba el extenso aire, salí, llevando mis pasos á la casualidad, y me encontré, no sé cómo, cerca de la tumba de mi mujer. Me dejé caer de rodillas en la losa que cubre sus despojos, y allí me abandoné á las más amargas reflexiones. Recordé sus preciosas cualidades, su primer candor, su amor y todos los tormentos que ella habia aguantado. Quizá me acusareis de debilidad, pero en ese momento tuve la conviccion que algo existe más allá de este mundo; me parecia que desprendida ya de su material cubierta, el alma de Emilia entraba en comunicacion directa con la mia y me atraia hácia una mansion de reposo y eterna felicidad. Estaba bajo el imperio de una superior é irresistible influencia, contra la cual mi filosofía se encontraba desarmada. Una voz interior me decia, en despecho de mis raciocinios: Sí, hay un Dios, hay una vida futura, hay una religion instituida para la salvacion de los hombres! Vertí entónces abundantes lágrimas, y por primera vez, desde hace muchos años, me puse en oracion.

"Estando sobre la tumba de mi mujer, pedí al Espíritu Divino y Eterno, que ella habia invocado durante su vida, que viniese en mi ayuda y trazase mi camino. Ignoro lo que fué de mí despues, mas he debido caer en un profundo sopor ó en una postracion completa, pues esta mañana fuí encontrado en el mismo lugar, privado enteramente de sentido y todo mojado por la lluvia. Tengo fé, señor, en vuestra amistad, y estoy persuadido que no me rehusareis el socorro de vuestras luces."

Le contesté que seria feliz en poder serle útil, y le aseguré al mismo tiempo, que podria encontrar aún la paz y la felicidad, perseverando en esas nuevas disposiciones.

"Ay de mí! Señor, eso no es lo que me preocupa! Cada dia me siento más y más enfermo: creo que mi fin se acerca. Mi constitucion es del todo destruida, enteramente arruinada. Temo una sola cosa, esto es, que el tiempo y las fuerzas me falten para prepararme suficientemente á la muerte."

"No conteis demasiado, le dije, con vuestras propias fuerzas, ni tampoco con los recursos de vuestro entendimiento para lograr alcanzar este objeto. Orad más bien con humildad, á aquel á quien reconoceis hoy como á vuestro Criador, á fin de que os envíe el soco-

rro de su gracia, y derrame en vos sus misericordias."

"Adios por hoy, me dijo apretándome la mano. La incredulidad, debo declarároslo, por humillante que sea esta confesion, no me ha procurado jamás la calma ni la satisfaccion que experimento en este momento; no ha hecho, al contrario, sino volverme desgraciado. Ella ha emponzoñado todos los goces de mi existencia. En vano en mis tribulaciones la he llamado á mi socorro, y me ha hecho defeccion en el momento que más la necesitaba. Rogad por mí, señor, y volved á verme pronto."

Lo recomendé con fervor á la Misericordia divina. Todos los pobres á quienes él habia socorrido indistintamente, juntaron su poderosa intencion á mis oraciones. Durante tres semanas el señor H.... fué presa de un violento ataque de fiebre cerebral. Sus sufrimientos eran horribles. En su delirio, no cesaba de maldecir la memoria de E.... se maldecia á sí mismo, por haberse dejado estúpidamente coger en sus lazos, hasta el punto de ser su burla y su víctima, y entónces un torrente de blasfemias se escapaba de su boca. A veces acometido de un repentino terror, daba gritos horrendos, y pretendia que veia al pié de su lecho el espectro de E....; que el traidor le hacia gestos de burla y mofa, y lo abrumaba con sarcasmos é injurias. Cada noche él interpelaba esta quimérica fantasma; le reprochaba sus maleficios uno despues del otro; le acusaba haberle robado su fé, su descanso, y su felicidad. Y en un arrebato de desesperacion exclamaba con voz lamentable y retorciéndose las manos, que no queria, que no debia morir, que no dudaba ya de la existencia de un infierno, y que estaba condenado por su fatal ceguedad.

Sin embargo, las oraciones de los pobres fueron oidas. El Sr. H.... se habia mostrado clemente y misericordioso hácia su desgraciada mujer: él mismo encontró perdon y misericordia. Dios permitió esa vez que no sucumbiese. Quedó, es cierto, paralizado de todos sus miembros, mas aceptó esa prueba con paciencia y resignacion, y dió gracias á la Providencia por haberle dejado sus facultades intelectuales. La lectura, el estudio, la meditacion y la oracion ocuparon sucesivamente sus momentos. Leyó la Biblia entera, y la hizo el objeto de sus más sérias meditaciones.

"Hé aquí bien la palabra de Dios! me dijo un dia enseñándome este Libro sagrado. Estoy seguro ahora que la religion cristiana es una emanacion de la voluntad divina y la obra inmediata del Hijo de Dios. Ninguna otra religion tiende como ella á purificar el alma, someter las pasiones, hacer al hombre feliz. Sus principios de abnegacion, sus austeras y sublimes enseñanzas me prueban que proviene verdaderamente del Cielo. No quiero otra garantía de su autoridad sobrenatural, si no es la multitud de selectas inteligencias que se han adherido á sus dogmas. En adelante, lo declaro á pesar de mi indignidad, soy sinceramente cristiano. No me queda más que buscar entre todas las creencias que se ligan al cristianismo, la que debo adoptar y practicar."

En su biblioteca se hallaban numerosas obras de controversia, las estudió con ardor, y algunas semanas despues, me declaró que estaba dispuesto para hacerse católico. Le pregunté los motivos de su determinacion.

"Hélos aquí, me dijo, y me parecen concluyentes. Una Iglesia tal como la concibo, es decir, una institucion divina, ha de ser una y no variar en su doctrina. Pues la vuestra ha permanecido siempre inmutable. En segundo lugar, ha de ser infinitamente santa; la vuestra es la madre fecunda de todos los santos, y no puedo bastante deplorar el haber tardado tan largo tiempo, para descubrir la pureza de su moral. Tercero, ha de ser católica, es decir, universal; la vuestra lo es esencialmente y ninguna obra puede revindicar ese venerable título. En fin, ha de ser apostólica, es decir, remontar á los apóstoles por una série no interrumpida de Obispos y sacerdotes; solo vuestra Iglesia puede prevalecer de tal orígen, pues

que todas las demás son de una fecha demasiado reciente para pretenderlo. Además, en mi opinion no hay una religion que responda como la vuestra, á las aspiraciones del corazon del hombre, ni que se ocupe con tanta solicitud de su dicha. Vivo el hombre, encuentra en ella una tierna y vigilante madre; muerto, permanece el objeto de sus piadosos recuerdos y de las oraciones que ella dirije cada dia al Señor. Soy católico de corazon; Señor, haced que lo sea en realidad."

Hice como él lo deseaba y lo recibí en el seno de la Iglesia. Fué un modelo de piedad, virtud y fervor. Despues de haber aplicado al estudio de la Religion todos los recursos de su vasta inteligencia, habia invocado al Dios que jamás rechaza la oracion hecha con fé y humildad. Fué oido, pues sus últimos momentos fueron colmados de alería, paz y consuelo. Jamás olvidaré el espectáculo de su muerte: era la partida triunfal de una alma purificada por el arrepentimiento, fortificada por la fé, animada por la esperanza é inflamada por la caridad. Los Sacramentos de la Iglesia, que recibió con admirable fervor, lo habian armado contra los terrores y las angustias de la muerte. No expresó más que un voto al dejar este mundo, el de que su vida, sus sufrimientos y las crueles pruebas que la justicia divina le habia tan justamente infligido, pudiesen servir de leccion y preservativo á aquellos que como él habian tenido la desgracia de embriagarse en la copa funesta del error. Rogó á Dios extendiese sobre ellos la misericordia que le habia expensado, y les evitase el supremo castigo, el de dejarlos morir en la impenitencia.

Tal fué su fin. Lo entrego á las meditaciones de los libres pensadores, y ruego al cielo que les conceda uno semejante.

RAMIRO RAMIREZ.

Á FRANCISCO PATIÑO.

I.

Nieve el marmóreo semblante,
las negras pupilas fuego,
viva imágen espantosa
del exterminio y los celos,
en la mitad de la estancia,
empuñando agudo hierro,
está Ramiro Ramirez
de rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentilhombre
yace el cadáver sangriento,
y á sus plantas Berenguela
doblega el lánguido cuello.
—Mi amor á un tiempo y mi honra
me robaba ese mancebo....
Pagareis con vuestras vidas
mi honor y mi amor á un tiempo.
—Justo es, murmuró la dama:
herid, pues que sois mi dueño,
y en un solo punto acaben
mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga:
se oyó murmurar un rezo:
tras un grito, el golpe rudo
de un cuerpo que rueda al suelo....
....
....
Despues el paso de un hombre
que se aleja, y nada luego.

II.

En una oscura capilla
cubierta de paños negros,
enlutada la techumbre,
enlutado el pavimento,
bajo una elevada cúpula,
frente al altar, en el centro,
se ven arder cuatro cirios
y un catafalco en el medio:
sobre él están descansando
dos ataúdes abiertos,
el uno de ellos vacío,
ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
duerme en él el postrer sueño,
y tiene el rostro velado
de un oscuro crespon denso.
Cerca de ella, inmóvil, pálido,
está un gallardo mancebo,

sin armas y sin insignias,
de luto el rico chambergo,
la torva triste mirada
fija en los mortales restos,
el corazon moribundo
y estertoroso el aliento.

III.

Es él Ramiro Ramirez,
el castellano guerrero
que casó con Berenguela
hace un año más ó ménos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
y de allí se fué á la guerra
á combatir como bueno.
Y es Berenguela la dama
que ocupa el mortuorio lecho....
Ramiro le ha dado muerte,
la noche anterior la ha muerto.

IV.

Mira Ramiro Ramirez
al cadáver largo tiempo;
al fin con trémula diestra
levanta el fúnebre velo,
y aparece ante su absorta
mirada, el rostro hechicero
que áun del cincel de la Parca
resiste al golpe violento;
que áun ostenta la frescura,
el hechizo, el embeleso
y la mágia seductora
de otros felices momentos.

V

Despues las fúnebres gradas
sube Ramiro en silencio,
y hasta el ataúd vacío
llega tranquilo y sereno
¡Era su lecho nupcial
aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
su alegría y su contento:
le miró desesperado
de amor y de angustia lleno,
y dijo así con voz lenta
y con moribundo acento:
—Ha un año tierna y sencilla,
velado en casto rubor,
me diste un beso de amor
en esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
aquel dulcísimo beso.—
En los lábios de la muerta
los suyos puso el mancebo;
se oyó un rumor misterioso
por las bóvedas del templo,
y tras un postrer gemido,
tal vez de remordimiento,
rompió su cárcel el alma....
Cayó Ramiro en el féretro.

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

ALARCON.

I.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, uno de los más brillantes ingenios que florecieron en España hácia la primera mitad del siglo XVII, nació en la ciudad de México, y no en Tasco, como se ha creido siempre. (El mismo poeta lo asegura así, diciéndose *natural de México en la Nueva España*. Hasta hoy se ignora el dia de su nacimiento.)

Estudió aquí gramática y cánones, y deseando recibir el grado de bachiller en Salamanca, llamada entónces la Aténas de España, atravesó el Atlántico en 1600, y despues de detenerse en Sevilla el tiempo suficiente para recrearse con sus maravillosos edificios y cosas notables, pasó á aquella ciudad, en donde recibió el grado de Bachiller en Cánones el 25 de Octubre del propio año de 1600, y el mismo de Bachiller en leyes, dos despues, en Agosto de 1602. Terminados sus estudios en 1605 é imposibilitado de obtener el grado de Licenciado á consecuencia de los crecidos gastos que era necesario sufragar en el solemne acto correspondiente, resolvió trasladarse á Sevilla, y allí permaneció tres años ejerciendo su profesion en la Real Audiencia, con tal asiduidad y empeño, que, como dice uno de sus biógrafos, "adquirió crédito de muy entendido y fama de hombre honrado, en vida y costumbres excelente." En Sevilla comenzó Alarcon á pulsar la lira, y acaso frecuentó las dos academias que allí existian, llevado siempre de su amor y decidida inclinacion al estudio. Debido

á su afabilísimo carácter, tomó parte en unas fiestas campestre-literarias que la *Cofradía* fundada y dirigida por D. Diego Jimenez de Enciso celebró en San Juan de Alfarache un dia de Julio de 1606, y en la cual se halló tambien y fungió de secretario y cronista "nada ménos que el manco sano, el escritor alegre y el regocijo de las musas, el in comparable autor del *Don Quijote.*" Amigo íntimo fué de aquel nuestro querido Alarcon; quien habiendo quedado solo en Sevilla, sin su maestro Cervantes, que se habia alejado para siempre de Andalucía, sintió ardentísimo deseo de regresar á la patria, á su amada México; y con efecto, en compañía del célebre Mateo Aleman, autor del *Guzman de Alfarache*, salió de Cádiz el 5 de Abril de 1608 en la flota mandada por D. Lope Diez Auz de Armendáris. Ya en México nuestro Alarcon, gozoso de hallarse en la cuna de sus recuerdos infantiles, trató de pedir y obtener el grado de Licenciado, y para esto presentóse á la Real Universidad con los documentos que acreditaban sus estudios de Salamanca: en vista de ellos, fué examinado con todas las fórmulas de cos tumbre el 21 de Febrero de 1609, por veintiun jueces, doctores en leyes todos, quienes le aprobaron por unanimidad. Quiso en seguida graduarse de doctor, mas de ello prescindió á causa de su pobreza. Se opuso diversas ocasiones á las cátedras de la Universidad, pero "aunque se le aprobaron los ejercicios, no obtuvo ninguna." Estos contratiem pos los suavizó en seguida la benevolencia del virey D. Luis de Velasco el segundo y de la Real Audiencia; pues conocedores ambos de los grandes méritos de Alarcon, le recompensaron en justicia, distinguiéndole, el primero con una sincera y cordial amistad, y la segunda con diversas delicadas comisiones confiadas á su celo y su saber: de ellas dió tan buena cuenta, que mereció ser nombrado inmediatamente Teniente Corregidor de la ciudad de México.

II.

El rey D. Felipe III nombró por este tiempo á D. Luis de Velasco Presidente del Consejo de Indias, y como este ilustre personaje hubiese cobrado á Alarcon tal cariño y aficion que, en el decir del Sr. Guerra y Orbe, no estaba contento sin verle á su lado cada dia, llevósele consigo para España, donde el poeta esperaba encontrar una muy buena posicion. Sin embargo, todas sus gestiones fueron en vano. Entre tanto, halagado Alarcon por los triunfos que obtenian los poetas, se dedicó á escribir para el teatro: corrigió algunas comedias que habia compuesto durante su viaje al nuevo mundo, y dió á la escena *El Semejante á sí mismo*, *El desdichado en fingir* y *La Cueva de Salamanca.* Todas, así como las que sucesivamente escribió, obtuvieron el éxito más lisonjero. Esto último irritó sobremanera á los admiradores de Lope; y éste, Quevedo y otros comenzaron á hacer á nuestro poeta objeto de epígramas y burlas: silbaban sus nuevas obras, deseosos de que el público le retirase sus favores. Nada, sin embargo, consiguió cambiar la opinion de aquel severo juez, y ántes al contrario, el nombre del poeta mexi cano *almagraba* contínuamente, como decia Quevedo, las paredes de la villa, porque se anunciaban á cada paso comedias suyas. Así continuó por muchos años, sin que las silbas de sus enemi gos, los epígramas á sus jorobas ni las burlas de todos los poetas, alterasen la gloria de su carrera. Al fin, nuevas desdichas llovieron sobre él. D. Luis de Velasco, su amigo y protector hasta entónces, renunció la presidencia de Indias; murió su padre en esta Nueva España, y tuvo por tan tristes motivos que buscar, sin poder hallarlos, nuevos protectores: las pullas, los maliciosos epígramas, las diatribas y burlas aumentaron; representábanse sainetes, para ridiculizarlo, como uno que se llamó *Los Corcovados*; y en fin, sus enemigos no perdonaron medio de amargar su vida. En 1625, despues de haber enriquecido el teatro español con sus inmortales comedias *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, y otras muchas; despues de haber dado

con ellas honesto y sabroso placer á un público que le amaba, Alarcon se decidió á abandonar el teatro, siendo su última obra: *El exámen de maridos.* Publicó despues en 1634 una coleccion escogida de sus mejores comedias, la cual dedicó á su último protector el duque de Medina de las Torres, en testimonio público de su gratitud, pues debido á él, nuestro poeta, despues de doce años de pretender inútilmente un destino en la córte, pudo obtener del rey con fecha 17 de Julio de 1626 el nombramiento de Relator interino del Consejo de Indias, empleo que se le dió despues en propiedad. Ya desde entónces la vida de Alarcon fué más descansada, permaneciendo así hasta su muerte, que acaeció en Madrid el 4 de Agosto de 1639, despues de "recibidos los santos sacramentos, con edificacion de cuantas personas le rodeaban, por la ardentísima y salvadora fé que resplandecia en el semblante del moribundo."

Sus contemporáneos no le hicieron justicia; y si bien es cierto que algunos le elogiaron, entre ellos el mismo Lope, tambien lo es, que para su mérito esos elogios fueron escasísimos, viendo todos por lo general con desden é indiferencia las inmejorables producciones del dramaturgo mexicano. Y es que aquella época de celos y rencores literarios no podia hacer lo que el tiempo únicamente ha hecho, esto es, "descubrir, como dice el Sr. Guerra y Orbe, el tesoro de enseñanza literaria y deleite verdadero que encierran las comedias de Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza."

III.

Para formarse idea del juicio que ha merecido á la posteridad el sigular mérito de nuestro poeta, bastará decir que los más notables ingénios le han ensalzado. Corneille, Voltaire y Molière en Francia; en España Hartzenbusch, Martinez de la Rosa, Gil y Zárate y Mesonero Romanos; en Italia Fabio Franchi; en Alemania el sábio Schack, y Ticknor en los Estados-Unidos, han celebrado con sus autorizadas palabras el ingénio del poeta corcovado. Hé aquí lo que decia Corneille refiriéndose á la *Verdad sospechosa:* "El argumento me ha parecido tan ingenioso y tan bien manejado, que he dicho muchas veces que daria dos de las mejores comedias que he compuesto, con tal que ésta fuese de mi invencion." Y el padre de la comedia francesa imitó en su *Mentiroso,* la obra de Alarcon que tanto le agradaba. Aludiendo á esta imitacion, Voltaire decia: "Forzoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética, y la primera comedia de carácter." Más tarde, el célebre Molière se inspiró tambien en la imitacion citada.—El Sr. Hartzenbusch dice de Alarcon: "Feliz en la pintura de sus caractéres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caractéres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sóbrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje."

Las obras de Alarcon son todas reflejo de su propia alma: hay en ellas aquella honradez innata, aquella delicadeza de sentimientos, aquella afabilidad, benevolencia y mansedumbre en que rebosaba su hermoso y noble corazon. En todas dá siempre una saludable leccion, critica un vicio y enseña una filosofía tan útil como verdadera: cualidades que las hacen muy estimables.—Alarcon, aunque floreció en España, es una gloria de nuestra patria, y debemos enorgullecernos de los elogios que se le han dirigido.

VICTORIANO AGÜEROS.

LLANTO DEL PECADOR.

No más, Señor, me apartes de tu lado,
Ni me deje tu mano bienhechora
Caer en el abismo del pecado.

¡Qué de veces, buen Dios, mi alma trai-
(dora,
Con el pan de los ángeles nutrida,
Pan que todas tus gracias atesora,

Huyó los manantiales de la vida,
Para saborear viles manjares
Con que enemigo astuto la convida!

¡Cuántas veces al pié de tus altares
Abominó, movida de tu gracia,
Su villana traicion! Crudos pesares

Destrozaban mi pecho; la desgracia
En sus redes de hierro me envolvia;
Cercábame del mundo la falacia;

Densas tinieblas en mitad del dia
Palpaba este infelice; y entretanto,
¿Dónde tu claro rostro se escondia?

¿En verme perecer íbate tanto?
Una mirada sola de tus ojos
En júbilo trocara mi quebranto;

Mas tú me la negabas; y de hinojos
El ángel á quien diste mi tutela
Ponderaba á tus plantas mis enojos:

Que tu misericordia, siempre en vela;
Amargaba mi vida transitoria,
Porque la eterna asegurarme anhela.

Negábasme, Señor, la vil escoria
Del placer mundanal, por que levante
Mis deseos al oro de tu gloria.

Y por dicha venciste, Padre amante,
Y buscaron mis ojos dilatados
La esplendorosa luz de tu semblante.

La entrevieron al fin, y enamorados
De tu serena y plácida hermosura,
A toda otra hermosura están cerrados.

Quien ha visto una vez á tu luz pura
La vanidad del mundo y sus placeres,
Tendrá toda su miel por amargura.

Perdonas tú, mi Dios, como quien eres,
Y no solo en tu casa me recibes,
Tambien tu rica herencia darme quieres.

Piadoso á regalarme te apercibes,
Y de mi tibio amor me das en pago
El ardoroso amor de que tú vives.

Si no muero por tí, buen Dios, ¿qué
(hago?
Y si torno á quebrar tu suave yugo,
¿Con qué martirio eterno satisfago?

Pues arrancarme á tu piedad ya plugo
De la vil servidumbre y tiranía
De mi enemigo eterno y mi verdugo,

No permitas que noche ciega y fría
Torne á envolver en su pesado manto
A quien vió de tu rostro el alegría.

Mis ojos sin cesar enturbie el llanto
Al repasar mi tiempo mal perdido;
Y de mi corazon dure el quebranto
Hasta que suene su postrer latido.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

Octubre 30 de 1883.

EL REO INOCENTE.

ROMANCE HISTÓRICO.

(*Al Sr. Presb. D. José María Sanchez Gutierrez.*)

I.

Frente á un altar enlutado,
y á la luz de un blanco cirio
que ilumina débilmente
la imágen de un Crucifijo;
en mudo recogimiento,
en un éxtasis divino,
y con la frente apoyada
sobre el pavimento frio
de la fúnebre capilla
de dó se sale al suplicio,
de rodillas ora un monge
por el alma de Ramiro.
De Ramiro á quien mañana
en castigo á sus delitos,
la humana y torpe justicia
de su vida corta el hilo;
de Ramiro que sonríe
de la cuchilla ante el filo,
pues si culpable aparece,
su corazon está limpio,
y comparecer no teme
delante del Juez Divino.
Reina un profundo silencio
en el lúgubre recinto,
pues ni áun se oye tras sus bóvedas
del mundo el continuo ruido;
y solo de vez en cuando,
se escucha un triste suspiro
que del pecho se le escapa
al monge, que ora ante el cirio,
y que en eco se repite
en los muros de granito.

II.

Y en tanto Ramiro escribe
en aposento contiguo,
sus cartas de despedida,
sus cartas ¡ay! á sus hijos;
y con ellas les envía
en un amor infinito,
mil abrazos y mil besos,
y de su pecho un gemido,
en una furtiva lágrima
de su cariño testigo.
Y así ha pasado las horas
en sus recuerdos hundido,
sin pensar en que el instante
se acerca ya del suplicio;
en que al despuntar del alba
comenzará su martirio,
recorriendo del cadalso
el espantoso camino,
á donde su negra suerte
lo lleva, y no sus delitos.
"Por el Dios que vá á juzgarme,"
llorando escribe Ramiro,
"os juro que me calumnian
"y os pongo á El por testigo.
"Si os dicen que soy culpable,
"os juro que os han mentido;
"¡Ah! ¡No maldigais mi nombre!
"¡Muero inocente, hijos mios!"
Y bañando con su llanto
aquel papel tan querido,
pues que encierra en sus palabras
un adios para sus hijos,
lo guarda junto á su pecho,
del corazon al abrigo;
y del Criador acatando
los misteriosos designios,
eleva al cielo los ojos
y dice: "El mundo ha concluido."
"Olvidemos de la tierra,"
añade con un suspiro,
"del corazon los afectos,
"de los hijos el cariño;
"y arrancando de nuestra alma
"aun nuestro recuerdo mismo,
"elevémonos en alas
"de un amor, todo divino,
"en Dios poniendo tan solo,
"nuestro pensamiento fijo."
Luego, dirige sus pasos,
sin hacer el menor ruido,
á la capilla, dó se halla
el altar del Crucifijo;
y cayendo allí de hinojos,
con acento conmovido,
une las tiernas plegarias
de su corazon contrito,
á las preces que por su alma
eleva el monge al Dios Vivo.

III.

Tras un hermoso celaje
de carmin y oro vestido,
que asoma por el Oriente
en medio de un cielo limpio,
se ven despuntar los rayos
brillantes y purpurinos,
con que la aurora aparece
abarcando el infinito,
y despertando del sueño
al mundo que está dormido.
Las flores abren su cáliz
de mil colores teñido,
y reciben en sus hojas
el amoroso rocío;
los pintados pajarillos
dejan alegres sus nidos,
y saltando por los campos,
lanzan al aire sus trinos,
inudnando la pradera
en armonioso rüido.
¡Qué hermoso comienza el dia!
¡Qué alegría! ¡Qué regocijo
se difunde por do quiera
con un encanto infinito!
¡Qué bella está la alborada!
¡Qué dulce murmura el rio!
Mas ¡ay! ¡qué triste, qué triste
para el infeliz cautivo
que ve acercarse la hora
de su espantoso suplicio!

IV.

Ya las calles se ven llenas
por numeroso gentío,
que se agita y se embravece
cual furioso torbellino;
Ya sale de la capilla,
por heraldos precedido
que á nombre del rey pregonan
la sentencia y el delito,
el cortejo que conduce
una víctima al suplicio.
Sobre una mula enultada,
falta de arrogancia y brío,
estrechando en una mano
la imágen de un Crucifijo,
descubierta la cabeza,

de negro luto vestido
y hundido de sus pesares
en el insondable abismo,
marcha Ramiro al cadalso
por hombres de armas circuido.
A su lado, en otra mula
cabalga amante y solícito,
el monge ¡fiel compañero
hasta su último suspiro!
Del hábito en la capucha
el rostro lleva escondido,
y con la mirada baja
y el pensamiento en Dios fijo,
mentalmente va rezando,
rezando por el camino.

V.

Ya del trayecto el cortejo
más de un tercio he recorrido
y sigue rezando el monge
y sigue triste Ramiro;
mas sus fervientes plegarias
suspende aquel de improviso;
y volviendo la mirada
hácia el infeliz cautivo,
—"¡Arrepiéntete!"—le dice—
"Arrepiéntete Ramiro!"
"¿Es verdad lo que me dices?
añade casi al oido,
"que te encuentras inocente
"de tan horrible delito?
"¿es verdad?.... ¡pronto!..... ¡responde,
"que es el tiempo fugitivo!
"y si hasta ahora obcecado
"tu inocencia me has mentido,
"¡no olvides que Dios perdona
"por un instante contrito!
"Y puesto que una palabra
"puede variar tu destino,
"y abrir á tu alma por siempre
"las puertas del Paraíso;
"si es que te encuentras culpable,
"confiésalo arrepentido,
"y lavado de tu crímen,
"absuelto de tu delito,
"gozarás eternamente
"de un amor santo y divino."

VI.

Con lágrimas en los ojos
escucha al monje, Ramiro,
apretando entre sus manos
el sagrado Crucifijo;
y fijando su mirada
del cielo en el infinito,
lanza del fondo del pecho
un angustioso suspiro,
y en voz muy baja murmura:
—"¡Padre mio! ¡padre mio!
"¡no atormenteis más á mi alma!
"¡dejadme morir tranquilo!
"¡soy inocente, os lo juro
"por la sangre de Dios mismo!
"¿Quereis tener una prueba?
"¿quereis quedar convencido
"de que es la verdad más pura,
"cuanto mi labio os ha dicho?
"Pues bien, ¡alzad vuestros ojos,
"alzadlos, yo os lo suplico!
"¿no veis?"—con triste sonrisa
añade el pobre cautivo—
"¿no veis? ni una nube empaña
"del cielo el azul purísimo;
"el sol difunde sus rayos
"en medio de un cielo limpio;
"¡hermosa está la mañana!
"¡el aire se halla tranquillo!....
"¡Y pocos instantes faltan
"para mi cruento suplicio!
—"¿Y bien?"—el monje pregunta;
—"Y bien,"—contesta Ramiro:
"cuando mi espíritu sea
"de mi cuerpo desprendido;
"cuando se eleve dichoso
"en alas de amor divino;
"cuando de Dios ante el trono
"me halle de hinojos sumiso;
"yo le pediré una gracia,
"de su poder infinito.
"Le diré, que de los cielos
"empañe el azul purísimo
"ocultando en negras nubes
"del sol fulgurante el brillo;
"que á su voz, se agite el viento
"en furioso torbellino,
"y en prueba de mi inocencia
"podais mirar, padre mio,
"cómo la ciudad se empapa
"en un llover repentino."

VII.

Ya el cortejo se detiene
en el lugar del suplicio,
y bajando de su mula
sube al cadalso Ramiro;
ya del feroz pregonero
se escucha el último grito
que dice: "Esta es la justicia
"que ordena el rey Don Rodrigo,

"en este traidor infame,"
"en castigo á sus delitos."
De pié ya sobre el tablado,
se apoya desfallecido
en el brazo que le ofrece
el monje ¡su único amigo!
y paseando una mirada
por el inmenso gentío
que de su angustiado pecho
aguarda el postrer suspiro;
lleva á sus trémulos lábios
el sagrado Crucifijo.
Luego, saca con cuidado
aquel papel, que hubo escrito
de la fúnebre capilla
en el profundo retiro;
deposita en él un beso,
ahoga un triste gemido,
é inclinándose hácia el monje
le dice: "¡Haced, padre mio,"
"haced que mi despedida"
"llegue á manos de mis hijos!"
Luego, mirando al verdugo,
que espera ejercer su oficio,
con una señal le indica
que ya de hablar ha concluido;
dobla el cuello sobre el tajo,
y dando siniestro brillo
á los reflejos del sol
se mira del hacha el filo.
—"¡Sube al cielo!"— dice el monje;
¡Ay! ¡ya no existe Ramiro!

VIII.

Montado el monje en su mula,
vuelve aterrado y sombrío
pensando en el desgraciado
que ya del mundo ha partido;
no puede borrar de su alma
lo que sus ojos han visto,
y con el rostro lloroso,
sobre del pecho caido,
de su apartado convento
sigue en silencio el camino.
Allá, en lejano horizonte,
de los cerros tras los riscos,
se mira asomar apénas
de una nube el negro pico;
alza el monje la cabeza,
lo mira... y un sudor frío
recorre todo su cuerpo,
su rostro se pone lívido
¡y—"¡Era verdad!"—dice al punto—
era inocente Ramiro!"
Y aquel giron enlutado,
cual negro crespon prendido
del alto y hermoso cielo
en el azul infinito,
vé que se acerca y se extiende
del sol ocultando el brillo,
y vé que el ligero céfiro,
jugueton y fugitivo,
de improviso se trasforma
en violento torbellino.
Brilla fugaz un relámpago....
y del rayo el estallido
escucha á corta distancia
de dó sigue su camino;
y al sentir sobre su frente,
del agua el contacto frío
que del cielo se desprende
en un llover repentino,
—"¡Era inocente!"—repite—
"¡Era inocente, Dios mio!"

JUAN DE ARRIOLA.

Noviembre 6 de 1883.

CARPIO.

I.

El más popular de nuestros poetas es hijo del Estado de Veracruz, en cuya villa de Cosamaloapan nació el 1º de Marzo de 1791. Quedó huérfano de padre á los cinco años, y estudiante en el Seminario de Puebla, á donde anteriormente se habia trasladado su familia, tuvo la satisfaccion de que por su carácter suave y su aplicado empeño al estudio, le distinguieran con su cariño sus maestros y sus condiscípulos. Concluidos los cursos de latinidad, filosofía y teología, entró á estudiar derecho, el cual abandonó al poco tiempo llamado por su aficion á la medicina. No habiendo á la sazon en el país, ni aun en México, un establecimiento formal en que se diera aquel género de enseñanza, formó, en compañía de otros compañeros suyos, una academia privada para estudiar las ciencias médicas por sí mismos y auxiliarse mútuamente: en ella se distinguió por sus adelantos nuestro don Manuel con tan perfecto lucimiento, que el señor Obispo, tomándolo bajo su proteccion, lo mandó á México para que

en la Universidad hiciera de una manera más regular los estudios respectivos que allí habia establecidos; obtuvo al poco tiempo, como fruto de sus afanes, primero el grado de bachiller y despues el título de profesor de medicina. Permaneció en México ejerciendo noble y honradamente su difícil profesion, y cuando en 1833 se creó un establecimiento especial de Medicina y se puso en práctica un nuevo plan de estudios, fué nombrado catedrático de fisiología é higiene, con gran aplauso de los que seguian aquella carrera, pues conocidas eran sus disposiciones, su saber y su empeño, propios del importante magisterio que iba á desempeñar. Continuó sirviendo al instituto con verdadera abnegacion y patriotismo, pues á poco de su instalacion los gobiernos que se sucedieron faltaron á su deber de cuidarlo y atenderlo, hasta el grado de haber estado á punto de desaparecer: á Carpio y á otros facultativos amantes de la ciencia se debe la existencia de la Escuela de Medicina durante aquellos años de trastornos y de enojosas guerras intestinas. Nuestro doctor formó parte de la Academia fundada por varios médicos de la ciudad, "con objeto, dice el Sr. Couto, de tener conferencias en que se comunicaran sus noticias y observaciones, de publicar un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia." Á dicha academia prestó D. Manuel Carpio grandes é importantes servicios, ya por la eficacia que ponia en el cumplimiento de sus deberes, ya porque en la citada publicacion y en las sesiones dejaba escuchar su voz, llena de la autoridad que le daban su saber, su experiencia y su dedicacion. Tuvo tambien por este tiempo, además de la presidencia de la Academia, otros cargos honoríficos, como los de director general de estudios en el ramo de medicina, y vicepresidente del Consejo de Salubridad. En 1854 la Universidad de México le dió espontáneamente el grado de doctor, encomendándole al mismo tiempo las cátedras de higiene y de historia de la medicina.

II.

Aficionadísimo el Sr. Carpio desde sus primeros años á la lectura, habia ido atesorando lentamente útiles y sólidos conocimientos sobre todas materias: amaba el estudio de la geología, el de la astronomía y de la arqueología, y veia con singular predileccion las ciencias sagradas, la historia y las bellas letras. Su copiosa erudicion le permitió dirigir la publicacion de *La Tierra Santa*, obra formada de las páginas más interesantes y escogidas de las obras de algunos célebres viajeros á aquel país, y dada á luz en esta capital por D Mariano Galvan Rivera. D Manuel Carpio, "aunque desde jóven fué aficionadísimo á las bellas letras, y las cultivó con aplicacion, sin embargo, esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con un gran caudal de conocimientos para empezar á producir." Así es que tenia ya más de cuarenta años y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesía cuando vió el público su primera composicion original. Lentamente fueron apareciendo sus composiciones poéticas, muchas de ellas sin la firma de su autor, ya en los Calendarios de Galvan, ya en algunas otras publicaciones sueltas; coleccionadas despues en 1849, por D. Joaquin Pesado, amigo íntimo de Carpio, salieron á luz en un tomo, que llenó de embeleso á todos, y que hizo popular y estimadísimo el nombre de nuestro poeta: ¡un astro luminoso, magnífico, revestido de régia pompa, habia aparecido en el cielo literario de México y se colocaba al lado de la angélica Sor Juana Inés de la Cruz! El autor del *Camino del Gólgota* ingresó merecidamente á la Academia de Letran, y la de San Cárlos se apresuró tambien á hacerle su miembro honorario. Anteriormente habia sido electo diputado al congreso general por el Estado de México, y despues á la legislatura de Veracruz: en 1848 volvió á la cámara de diputados y en 1851 entró á la de senadores, formando tambien parte en 1858 del Consejo de Estado, como representante de Nuevo Leon. Este último car-

go lo renunció con la intencion de no mezclarse más en la política. Y en efecto, volvióse al sosegado seno de la vida privada, en donde siempre se distinguió, lo mismo que en su vida pública, por sus virtudes, su bondad de carácter y su mansedumbre de alma. Falleció á la edad de sesenta y nueve años, el 1º de Febrero de 1860, *pasando á la eternidad como si entrara en un sueño tranquilo*, "Sus funerales,—dice el entendido y reposado biógrafo de nuestro poeta—fueron un duelo público, y seguramente no se hubiera hecho más con el primer hombre de la ciudad. Estas demostraciones, espontáneas todas, fueron el último tributo que pagó México á quien habia sido uno de sus mejores ornamentos."

III.

[illegible] Carpio— [illegible] escritor mexicano— [illegible] entre la [illegible] Envuelto en la sombra del hogar, las alegrías dulces y las penas silenciosas dividieron su existencia. Antes de descender á la tumba, muy cana estaba ya su cabeza, y largo tiempo pudieron acibarar su pecho las públicas amarguras, y pudo la hoz sin filo pero infatigable de los trabajos, de las pobrezas, de los desengaños y de las penas de la tierra, desgarrarle el alma giron á giron. Una admiracion tardía vino á derramar sobre su tumba unas cuantas lágrimas, disputadas todavía por la envidia, aun sobre el dintel sagrado de la eternidad. Fué la de Carpio la vida del varon justo colocado en medio del bullicio y los pesares de este mundo." Por esto sin duda; porque fué modesto y sencillo, porque amó el silencio, la paz y la oscuridad del que no participa de las grandes agitaciones sociales, su existencia carece de aquellos brillantes episodios que perpetúan la memoria de un hombre y atraen sobre él las miradas de la posteridad: el mérito de Carpio es de los que no se acaban nunca, sino al contrario, de los que crecen y brillan más á medida que los años trascurren: sus biógrafos hallarán poco que narrar, pero en cambio ¿cuántas alabanzas y frases de admiracion brotarán de su pluma al estudiar sus hermosas virtudes, su alma piadosa y cristiana, sus relevantes dotes de magnífico y sentido poeta! ¿Quién no ha leido con delicia sus obras? ¿Quién no se ha recreado en los cuadros que su privilegiada pluma describe, en los acentos profundamente tiernos que arranca á su armoniosa lira? ¿Quién no ha sentido ensanchársele el corazon al escuchar los himnos de su piedad y de su amor, sus dolorosas elegías, sus melancólicos cantos? ¿Y quién como él ha tenido dulcísimas palabras para hablarnos de los dolores de María, del amor de Jesus á los hombres, de la sublime y grandiosa majestad del Calvario?. . . . ¡Ah! ¿Q[illegible] grandeza de la poesía de Carpio?—exclama el Sr. Cuévas.—Sus palabras son sencillas, son sus imágenes de una simplicidad casi primitiva, sus pensamientos de una humildad edificante. Lo que él describe lo hemos visto ya, ó ántes que á él lo hemos oido describir, y los sentimientos que provoca ya de antemano nuestra alma los habia sentido.

¿Cuál es, pues, el secreto de su palabra mágica? ¿Qué hechizo misterioso esconde en sus estrofas, que en lugar de leerse con los ojos se leen con el corazon mismo? La bondad en la intencion y la verdad en la idea, en la imágen y en la palabra, ese es su único pero prodigioso secreto. Merced á Carpio, con sus ojos hemos contemplado todas las espléndidas bellezas de nuestro suelo; por él hemos visto aplaudir en el Circo romano á las damas licenciosas y pisar el suelo de nuestra patria, con grande sonrojo nuestro, al invasor seguido de sus grandes caballos y carros polvorosos; por él, sobre todo, sabemos orar á la Vírgen María y hemos acompañado á nuestro Redentor á la cumbre tremenda del Calvario." En la poesía religiosa, á mi juicio, nadie es superior á Carpio, y con honra, y sin temor de que desmerezca, puedo colocársele al

lado de los mejores poetas castellanos de su clase: siempre son elevadas sus ideas, exquisita y fina su ternura, inefable la piedad que sus composiciones respiran. En el arte de describir, Carpio es tambien un verdadero maestro, un espléndido é inimitable pintor: su poesía *México*, llena de animacion y colorido, las primeras estrofas de *El Camino del Gólgota* y de *La Virgen al pié de la Cruz*, y de otras muchas que seria largo señalar, son de una ejecucion acabada, y pueden ponerse como modelos de poesía descriptiva. ¡Qué galanura hay en ellas, qué riqueza de imágenes, qué gallardía en el decir, qué locucion tan clara, tan correcta, tan natural y tan limpia! Sus sonetos, en los que generalmente retrata á algun personaje de la antigüedad, "son—como decia D. Joaquin Pesado—una verdadera galería de cuadros que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto." Por último, sus poesías morales brillan por la profundidad del pensamiento y la armonía del verso; y las eróticas tienen una dulzura y un acento apasionado tan tierno, que conmueven verdaderamente: es imposible leer *El Turco* sin experimentar desde luego una sensacion extraña en el alma, y sin que nuestros ojos se humedezcan por el llanto: tal es la melancolía y el fino sentimiento que hay en ese hermoso canto de amor.

Carpio es el más popular de nuestros poetas, el autor favorito de nuestra sociedad; y ocupará sin duda un lugar muy distinguido entre los *Clásicos mexicanos* que con el tiempo formarán nuestra BIBLIOTECA DE ESCRITORES. La justicia, la poesía y la religion, así lo piden.

VICTORIANO AGÜEROS.

ROMANCE

En que describe, bajo el nombre de otra persona, sus primeros años y sus estudios.

Si de mis sucesos quieres
Escuchar los tristes casos,
Con que ostentan mis desdichas
Lo poderoso y lo vario;
Escucha, por si consigo,
Que divirtiendo tu agrado,
Lo que fué trabajo propio
Sirva de ageno descanso;
O porque en el desahogo
Hallen mis tristes cuidados
A la pena de sentirlos,
El alivio de contarlos.
Yo nací noble, este fué
De mi mal el primer paso;
Que no es pequeña desdicha
Nacer noble un desdichado:
Que aunque la nobleza sea
Joya de precio tan alto,
Es alhaja que en un triste
Solo sirve de embarazo;
Porque estando en un sugeto,
Repugnan como contrarios,
Entre plebeyas desdichas
El ver respetos honrados.
Decirte que nací hermosa,
Presumo que es excusado;
Pues lo atestiguan tus ojos,
Y lo prueban mis trabajos.
Solo diré: aquí quisiera
No ser yo quien lo relato,
Pues en callarlo ó decirlo
Dos inconvenientes hallo;
Porque si digo que fuí
Celebrada por milagro
De discrecion, me desmiente
La necedad de contarlo;
Y si lo callo, no informo
De mí, y en un mismo caso,
Me desmiento, si lo afirmo,
Y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe,
Que de mis sucesos hagó,
Aunque pase la molestia
La vergüenza de contarlo,
Para que entiendas la historia,
Presuponer asentado,
Que mi discrecion la causa
Fué principal de mi daño.
Incliné me á los estudios
Desde mis primeros años,
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo, que en breve tiempo
Era el admirable blanco
De todas las atenciones;

De tal modo, que llegaron
A venerar como infuso
Lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
El objeto venerado
De aquellas adoraciones,
Que forma el comun aplauso;
Y como lo que decia
(Fuese bueno ó fuese malo)
Ni el rostro lo deslucia,
Ni lo desairaba el garbo,
Llegó la supersticion
Popular, á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura,
Acreditó informes falsos.
La pasion se puso anteojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agrandaban los tamaños.
Víctima en mis aras eran,
Devotamente postrados,
Los corazones de todos,
Con tan comprensivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,
Llegó despues la costumbre,
Favorecida de tantos,
A hacer, como obligatorio,
El festejo cortesano;
Y si alguno disentia
Paradoxo ó avisado,
No se atrevia á proferirlo,
Temiendo, que por extraño
Su dictámen no incurriese,
Siendo de todos contrario,
En la nota de grosero,
O en la censura de vano.
Entre estos aplausos yo,
Con la atencion zozobrando
Entre tanta muchedumbre,
Sin hallar seguro blanco,
No acertaba á amar alguno,
Viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
Defendia mi recato
Con peligro del peligro,
Y con el daño del daño.
Con una afable modestia,
Igualando el agasajo,
Quitaba lo general
Lo sospechoso al agrado.
. . . .

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

LA CARTA DEL POBRE.

I.

En la casita más miserable de uno de los pueblos inmediatos á Paris, vivian una madre y su hija. No obstante lo humilde y andrajoso de sus vestidos, se echaba de ver que pertenecian á la clase decente, así por la finura de su cutis y de sus facciones, como por su modo de expresarse. Efectivamente, la madre, viuda de un militar del imperio, descendia de una familia noble, y mediante una larga série de calamidades, se vió reducida á la situacion que guardaba en la época á que nos referimos al comenzar esta anécdota. Olvidábamos decir que Francisca era el nombre de la madre y Margarita el de la hija.

Tendria ésta unos diez años y era, aunque no muy bonita, de excelente índole. Habia aprendido á leer y escribir y tenia una aficion decidida á la música. Cuando pasaba por el pueblo alguna tropa, Margarita no deja escapar una sola nota de la banda militar, y al momento cantaba de memoria cuanto habia oido. Margarita era el canario de su casa á la vez que el embeleso de la madre. El canto de los niños es una de las pocas cosas que alegran la casa del pobre.

Pero el pobre tiene con alguna frecuencia momentos angustiosos, durante los cuales no puede oir cantar á sus hijos sin que se le llenen los ojos de lágrimas. A causa de la escasez de sus recursos, Francisca habia tenido que dejar á medias la educacion de su hija; pero tras la escasez vino la miseria, y ya Francisca no sentia el no poder educar á Margarita, sino el no poder alimentarla.

Era una mañana de Noviembre; no habia rayo de sol, no habia flores, ni Margarita cantaba; caía una lluvia muy menuda y el viento azotaba de vez en

cuando las puertas de la desmantelada habitacion de la viuda. Ella y su hija sentáronse silenciosamente á comer unos mendrugos de pan debidos á la caridad de los vecinos. Cuando acabaron de comer, Francisca abrazó á su hija llorando.

—¡Quién me dijera, cuando tu padre te besaba en mis brazos, que te habia de ver hambrienta y casi desnuda!

La niña se conmovió al oir estas palabras y exclamó con la sencillez de la inocencia:

—No se apure usted, mamá mia; Dios es muy bueno y yo le escribiré para que nos socorra.

La madre no pudo ménos de sonreirse en medio de sus lágrimas, volvió á abrazar á Margarita que tan piadosos sentimientos abrigaba, y en seguida salió á la calle á procurar la venta de sus últimas piezas de ropa.

Luego que se vió sola Margarita, sacó del centro de un devocionario muy viejo una hoja pequeña de papel, y con la única pluma de la casa escribió:

"Dios mio, que estás en los cielos: mi mamá se aflige todos los dias y yo tambien, porque carecemos de lo más necesario; no hay lumbre en la casa, ni ropa que vestir, ni pan que comer. Socórrenos, Dios mio, y á toda prisa, porque es muy grande nuestra necesidad y tú eres muy bueno. Envianos una poca de lumbre, algo de ropa y pan en abundancia. Si no temiera importunarte demasiado, te pediria tambien un maestro de música, porque [illegible]"

La niña cerró la carta y se la guardó en el seno, despues de haber escrito en el sobre: "Al Señor Dios, en el cielo.—Paris."

Al otro dia unas conocidas de Francisca fueron á la capital á comprar varias cosas, y Margarita las acompañó, previo el permiso de la madre.

II.

Cuando las mujeres del pueblo pasaron frente á la primera iglesia de Paris, Margarita se separó de ellas, ofreciendo alcanzarlas dentro de un momento, y se internó bajo las sombrías bóvedas del templo parroquial, enteramente desierto á la sazon.

Creyó la niña que depositando su carta en la caja que está puesta en las iglesias para recibir las limosnas destinadas á los pobres, llegaria á manos de Dios. Hecho tres dobleces el papel, trataba de introducirlo por la hendedura de la caja. El cura, que rezaba en el presbiterio, oyó ruido, bajó y al dar vuelta á la columna que ocultaba á Margarita, vió á la niña inclinada sobre la caja, y creyó que hacia esfuerzos para abrirla. Se dirigió hácia ella y puso una mano ruda en su cuello deciéndola:

—¿Tan niña y queriendo ya robarse las limosnas de los pobres?

Y en el semblante del párroco se veía pintado el disgusto que sentimos al sorprender una mala accion.

—Señor, exclamó la niña, no soy ladrona! Mi mamá está muy pobre; he escrito una carta á Dios, pidiéndole que nos socorra, y he venido á ponerla en la caja.

El semblante del eclesiástico recobró la expresion de su benevolencia habitual; tomó la carta y la leyó.

Desde luego se arrepintió de su mal juicio, bastante fundado, sin embargo, en las apariencias. En seguida alabó á Dios, porque en vez de los gérmenes del vicio y del crímen, hallaba en aquella pobre niña una piedad mayor [illegible] su inocencia. Por último, dirigió á Margarita palabras cariñosas [illegible] de su suerte.

En esto las mujeres del pueblo, que profesaban un afecto sincero á la viuda y á su hija, cuidadosas á causa de que Margarita no iba á alcanzarlas, temieron que algo la hubiese acaecido en la iglesia y se volvieron á buscarla. El cura las pidió nuevos informes acerca de la niña.

—Es un ángel, contestaron á una voz, y la madre una santa; pero están muy pobres y dias hay en que no tienen que comer. A pesar de eso, la niña canta

como un pájaro y tiene muy buena disposicion para la música.

El cura preguntó el nombre de la viuda, y supo que Margarita era hija de un antiguo condiscípulo suyo, militar de mucho mérito, muerto en el campo de batalla.

—Has hecho muy bien, niña, en ocurrir á Dios para que remedie tus necesidades. ¡Nunca deja sin respuesta las cartas de los pobres!

III.

Aquella misma noche hubo en el hogar de la viuda lumbre para calentarse, algo de ropa que vestir y pan en abundancia que comer. Ademas, el párroco escribió á un amigo suyo remitiéndole la carta de la niña y recomendándosela. El amigo del cura llevaba muy buenas relaciones con el director del Conservatorio de música en Paris, recomendóle á su vez á la niña, y M. Auber, este era el nombre del director, despues de haber examinado inteligentemente sus disposiciones para el arte, la hizo entrar de discípula en el Conservatorio.

Ni ella ni la madre volvieron á sentir los horrores de la miseria, porque el cura se encargó de próveer á sus necesidades.

Algunos años despues, Margarita era una cantatriz eminente. Supo conservar su virtud en el teatro; los aplausos y las coronas no la ofuscaron como á tantas otras artistas. Siguió viviendo al lado de Francisca y la asistió en sus últimos dias con la solicitud de una excelente hija. Pocos meses despues, un jóven rico y honrado la tomó por esposa, y Margarita gozó de mucha estimacion en el seno de una sociedad escogida.

No obstante que seguia siendo piadosa, se engolfaba á veces demasiado en los placeres y fiestas del mundo. Durante la primavera y el verano asistía á los paseos y á los bailes, y su voz verdaderamente argentina, resonaba en los conciertos de las gentes dichosas. Pero cuando llegaba el mes de Noviembre con sus nieblas y su lluvia menuda y sus vientos que bramaban en el exterior de la casa, se acordaba de cuando fué niña y pobre, y de la carta que escribió á Dios pidiéndole el remedio de su miseria. Entónces salia á pié por las calles de Paris cubiertas de nieve, y socorria á los ancianos y á los niños indigentes, convencida de que los bienes de fortuna que la Providencia pone en manos de los ricos son otros tantos depósitos destinados á remediar las necesidades de los menesterosos. Siempre que Margarita daba limosna, repetia en su interior las sublimes palabras del párroco:

"¡Dios nunca deja sin respuesta la carta del pobre!"

J. M. Roa Barcena.

DOÑA BLANCA.

Á EDUARDO GONZALEZ GUTIERREZ.

I.

Sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.
Ella es Blanca, á quien el cielo
colmó de preciados bienes:
virtud, riqueza, hermosura. . . .
¡Cuanto ambicionarse puede!
Amó un dia, y aquel ciego
querubin de alas de nieve,
que anda entre fuego y armado
entre el fuego se divierte,
le dió el arco una mañana
y una aguda flecha ardiente,
y ella gozosa y confiada,
y él vivaz, traidor, y aleve,
dispararon sobre un noble,
jóven señor, bravo y fuerte,
que al débil golpe, sumiso
á los piés de Blanca viene
á ofrecerle sus amores;
su fé, su mano á ofrecerle;
y Nuño Rico ante el ara
tan noble oferta mantiene.

II.

Partióse Nuño á la guerra,
de la boda á pocos meses;
fama y honra gana en ella,
en ella la vida pierde,
y llorando su desdicha

sin dicha que la consuele,
sumergida en la tristeza
de tantos dias alegres,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidubre reposa,
y el tierno vástago duerme.

III.

Súbito golpe se escucha,
se abre el balcon de repente,
y un hombre en su capa envuelto
ante la dama aparece.
Sobrecogida de espanto,
horrible espanto, se cree
presa de extraño delirio
que como rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
lucha en su espíritu y vence,
y reconoce asombrada
á Don Leonel de Meneses.
—¿Qué buscais? dice, y resuelta
á su enemigo se vuelve,
como fuégo la mirada,
el semblante como nieve.
—Busco Blanca, la ventura
que me roba ingrata suerte;
mil veces os la he pedido,
me la negásteis mil veces.
Señora, al pié de esa reja,
en poderosos corceles,
mis escuderos, mis pajes,
nos aguardan impacientes.
Si juntos de aquí salimos
no temais que no os respeten,
de lo contrario, este lance
la honra vuestra compromete.
—Piedad señor, por el nombre
de esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble
por serlo tan solo, debe.
Amigo fuísteis de Nuño....
Fué en los tercios vuestro jefe....
—Señora....
—O mi servidumbre
haré que al punto despierte.
—Si no venís de buen grado
á mal grado haréis que apele,
y entre mis brazos robustos
hasta mi palacio os lleve.
—¡Paso! Gritó doña Blanca
y salir de allí resuelve,
mas él con rápido ímpetu
en su marcha la detiene
y el duro cerrojo afianza
de la puerta.... Nada puede
ya la infeliz.... El infante
en la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
hácia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento....
Tal vez su razon se pierde....
¿Qué hace Blanca? ¿Por qué inunda
su faz un fulgor celeste?
Corre á su lecho.... ¡Es un siglo
un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
que bajo su almohada tiene,
y como herida pantera
que á su cachorro defiende,
cuando va á tocar al niño,
ántes que á tocarlo llegue,
el arma rápida clava
en la espalda de Meneses.
—Así has de morir, villano,
que así los traidores mueren,
y pues aguardan tu vuelta
en la calle tus donceles,
se han de quedar asombrados,
¡vive Dios! de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
silencio á su voz sucede.

IV.

Y miéntras el noble-innoble,
de pié no puede tenerse,
y al suelo rueda, y rugiendo
en su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama,
doncellas y pajes vienen,
y llenos de asombro escuchan
estas palabras solemnes:
—Deshonrarme ese hombre quiso,
por eso le dí la muerte,
¡y por donde vino vuélvase
que mi honor así lo quiere!
Señala el balcon, dos pajes
el tronco helado suspenden,
y por el balcon arrójanlo,
cuando áun el alma rebelde,
con doloroso gemido
de su cárcel se desprende,
y su infortunio maldice
entre la vida y la muerte.

V.

Y miéntras se oye en la calle
rumor de rondas y gentes,
imprecaciones y votos,

y relinchos de corceles,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa
y el tierno vástago duerme.

José Péon y Contreras.

AL SEÑOR

PBRO. D. NICANOR LOZADA.

Me hallé, pastor, de un álamo en las greñas,
Estando aún oscura la mañana,
Un nido de plumon y musgo y lana
Que abriga tres polluelos por más señas.
Sabe que ayer dos tórtolas mesteñas,
Junto la fuente á ese álamo cercana,
De sus ojitos la húmeda membrana
Una á otra se besaban halagüeñas.
Te lo daré, pastor: agradan tanto
Las tórtolas á Filis, que sería
Un regalo el mejor. Y, si te place....
Me enseñas... ¿cómo dice?... el dulce canto
Del zagal, á quien bárbara sequía
Presagiaba un funesto desenlace.

Joaquin Arcadio Pagaza.

AL TERMINAR EL DIA.

Del bosque amé la majestad serena,
Y ahora, cuando el sol el mundo esquiva,
Esta quietud, para otros repulsiva,
Es lo que más me agrada y enagena.
En torno mio la última cadena
De montes, se corona de luz viva:
De luz crepuscular; que más se aviva
Si viene no muy léjos luna llena.
Este crugir de las caídas hojas
Si las huello; los plácidos rumores
Del maíz que ya cuelga sus panojas;
Y estos del rio acentos plañidores,
Amenguan de mi alma las congojas
Y adormecen del cuerpo los dolores.

Joaquin Arcadio Pagaza.

EL SR. BANCROFT.

I.

Ultimamente ha llegado á México el diligente historiador americano Sr. Huberto Howe Bancroft. Viene en busca de nuevos documentos con que enriquecer é ilustrar la obra que, con el título de *Historia de los Estados del Pacífico*, escribe y publica actualmente en San Francisco California.

Sabemos que su primera visita ha sido para nuestro eminente escritor y bibliófilo Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, gloria y ornamento de las letras hispano-mexicanas. Es un tributo tan merecido como honroso para quien ha sabido ilustrar, cual ninguno, la historia de nuestra patria, ora con sus eruditas disertaciones, tan bellas por la forma como interesantes por la riqueza y novedad de sus noticias, ora con la publicacion y anotacion de preciosos manuscritos, salvados muchos de ellos por este medio de una segura é irreparable pérdida.

El Sr. Bancroft pertenece á ese número de hombres estudiosos que no perdonan gasto ni sacrificio alguno para ir en busca de la verdad; que son tenaces é incansables en sus investigaciones; que no gustan de formarse juicio de las cosas sino cuando han agotado las fuentes donde pueden hallar un rayo de luz, y que, por último, proceden en todo con la mayor buena fé y rectitud.

Deseosos de dar á conocer á nuestros lectores á un hombre de positivo mérito, vamos á presentarles una noticia de la vida y empresas literarias del Sr. Bancroft, extractándola del folleto publicado este año por los Sres. Trübner y Compañía de Lóndres.

II.

Nació el Sr. H. H. Bancroft en Granville, Estado de Ohio en la Union Americana, el 5 de Mayo de 1832. Sus antepasados vinieron de Inglaterra en 1632. y tomaron parte en las guerras contra los salvajes, y más tarde en la lucha por la independencia de su patria.

Tenia el jóven Bancroft diez y seis

años cuando entró como dependiente á la librería de un pariente suyo, en Búfalo, Estado de Nueva-York. Su asiduidad é inteligencia en el trabajo eran tales, que el dueño de la negociacion le envió en 1852 á California, para establecer allí una sucursal de su casa, lo cual efectuó con notable acierto y buen éxito. Habiendo fallecido el citado dueño de la librería, ésta quedó por cuenta de una sociedad que se formó por el Sr. Bancroft y otras personas.

Al ordenar las publicaciones de su establecimiento, notó que entre ellas se encontraban multitud de preciosos datos relativos á la historia primitiva del país, que hasta entónces habian pasado inadvertidos. Como por instinto empezó entónces á recogerlos y conservarlos, logrando reunir desde luego unos 75 tomos para principio de su coleccion. Y lo que con más empeño comenzó á formar fué una "Biblioteca de la costa del Pacífico," en la cual se propuso reunir todos los libros, manuscritos, folletos y aun revistas y periódicos que se refirieran ó tuvieran un punto de contacto con la historia de la América.

Como para el Sr. Bancroft proponerse una cosa equivale á realizarla, debido al buen órden y constancia con que procede en sus investigaciones, no pasó mucho tiempo sin que comenzara á ver cumplidos sus deseos de una manera del todo satisfactoria. De su libería, segun dijimos ántes, separó un considerable número de obras que convenian á su propósito, y despues fué reuniendo datos y documentos originales de distintas procedencias. Los gobiernos de Centro-América le proporcionaron algunos; de México logró reunir otros, mediante los buenos oficios del Sr. García Icazbalceta, y por último, diversas familias fundadoras ó establecidas de antiguo en California le dieron tambien no pocas é interesantes noticias, y esto mismo hicieron los misioneros del Oregon y los oficiales de las compañías Cazadoras de la Colombia Británica. No satisfecho con lo que de este modo habia reunido, emprendió un viaje á los Estados orientales de la nacion vecina y á Europa, á fin de ver lo que allí podia encontrar. Esto lo ha hecho despues varias veces, con un éxito que siempre ha coronado sus esfuerzos y correspondido á su incansable diligencia.

Cuando se puso á la venta en Leipzic la biblioteca de D. José M. Andrade, y que Maximiliano habia comprado poco ántes pará fundar una Gran Biblioteca Imperial, el Sr. Bancroft estuvo presente, y no obstante los elevados precios que se pusieron á aquel conjunto de tesoros bibliográficos, él compró 3,000 volúmenes, de los más interesantes y escogidos. Más tarde asistió en Lóndres á la venta de la famosa y abundante coleccion de libros y manuscritos raros formada por el inolvidable D. José Fernando Ramirez; é inútil es agregar que el Sr. Bancroft ha aprovechado despues y siempre, todas las oportunidades de aquella misma naturaleza; lo cual, como debe suponerse, ha contribuido á que su biblioteca sea hoy la más rica y completa en asuntos americanos.

Entre tanto, los negocios particulares de este activo librero que habia dado en California un espectáculo enteramente nuevo, fundando una colosal librería, eran ya de suma importancia y magnitud, y fué preciso levantar un nuevo edificio para trasladar á él la negociacion. Así se hizo en efecto, y en el quinto piso estableció el Sr. Bancroft su biblioteca particular, la cual se componía á la sazon de 16,000 volúmenes, allegados con inmenso trabajo y expendio de dinero, de todas partes del mundo y en todas las lenguas, entre los cuales se encontraban muchos manuscritos originales de que ya no existen copias, muchos libros valiosos é interesantes, verdaderas joyas literarias que estuvieron en grave peligro de perderse entre las ruinas de las revoluciones.

III.

Pero por importante y rico que fuese aquel material, ningun beneficio práctico podria traer á las generaciones venideras en el estado y forma en que se encontraba. Era preciso que álguien formara con él un cuerpo ordenado y

compacto, ciñéndose á un método que permitiera aprovechar todas y cada una de las noticias reunidas; órden y método que se refiriera, no solo á las distintas regiones del territorio cuya historia se investigaba, sino tambien á las diversas ramas que de aquella pudieran desprenderse, como la lingüística, los orígenes de raza, la historia natural, las instituciones populares, etc.

Pues bien: esto nadie mejor que el mismo Sr. Bancroft podia hacerlo, porque solo él conocia la extension y el mérito de los datos acopiados en su biblioteca. Diversas ocasiones, en efecto, durante sus laboriosas tareas de colector, le habia asaltado el deseo de aprovecharse él mismo del fruto que con ellas habia alcanzado, y cuando por fin (en 1868) se resolvió á ponerlo en práctica, dejó en manos de un hermano suyo el manejo directo y activo de sus negocios mercantiles, y se entregó por completo á sus tareas literarias. Fué la resolucion más acertada que por entónces pudo tomar el Sr. Bancroft, pues de no haberlo hecho así, quizás sus trabajos de tantos años se habrian perdido para siempre. Porque, ¿quién otro, si no él, podia clasificar aquellos millares de volúmenes diversos, en los cuales se hallaban diseminadas, en confusa mezcla, noticias de todas clases, en doce idiomas distintos, junto lo importante con lo supérfluo, y formando todo un hacinamiento tal de datos, que por su misma variedad, forma y confusion no podia servir á nadie? Allí habia manuscritos casi ilegibles; geroglíficos y signos que era preciso descifrar; relaciones de viajes por mar y tierra; historias locales, y un sin número de narraciones y juicios escasos tal vez de interés para el historiador, pero que no por eso debian de dejar de ser consultados,

El plan que desde luego se formó el Sr. Bancroft fué reunir en obras separadas todas las noticias relativas á determinada localidad ó territorio, pero formando aquellas un conjunto de tal modo enlazado, que todas estuviesen en relacion entre sí. Y esto, sin dejar de tratar un solo asunto, desde las razas aborígenes de cada pueblo, su crecimiento y desarrollo, idiomas, costumbres, etc., hasta el estado y florecimiento en que actualmente se encuentran.

Comenzó sus labores en 1869, y de entónces acá ha escrito y publicado 39 gruesos volúmenes, en el órden siguiente:

I á V. *Las Razas Nativas de los Estados del Pacífico*;—VI á VIII. *Historia de la América Central*;—IX á XVI. *Historia de México;*—XVII. *Historia de Nuevo México y Arizona*;—XVIII á XXIV, *Historia de California*;—XXV, *Historia de Nevada;*—XXVI, *Hitoria de Utah;*—XXVII y XXVIII, *Historia de la Costa del Noroeste;*-XXIX y XXX *Historia del Oregon*;—XXXI, *Historia de Washington, Idaho y Montana;*—XXXII, *Historia de la Colombia Britanica;*—XXXIII, *Historia de Alaska*; —XXXIV, *La California Pastoral;*—XXXV, *La California Inter-Pócula;*—XXXVI y XXXVII, *Tribunales Populares*;—XXXVIII, *Opúsculos y Miscelánea;* y XXXIX, *Industrias Literarias.*

Imposible nos seria dar una idea exacta de las obras que acabamos de mencionar. Baste decir que ellas han sido calificadas ventajosamente por los primeros sabios y publicistas de la época, como Herbert Spencer, Draper, Lecky, Darwin, Longfellow, Holmes, Carlyle, Parkman, y otros muchos. El tratado sobre *Las Razas Nativas* es considerado hasta hoy, como único en su género, magnífico monumento levantado á la literatura científica contemporánea. En él se reveló de un modo palpable, la magnitud de la empresa que el Sr. Bancroft habia acometido, y de la cual esa obra era tan solo la primera muestra. Conocíase el asíduo y minucioso trabajo con que habia sido escrita y daba alta idea de la imparcial y severa crítica del autor, no cabiendo ninguna duda sobre su escrupulosidad en buscar las mejores fuentes y en tomar de ellas todo lo que convenia á su objeto. "Ninguna obra—ha dicho un escritor—producida de cincuenta años á esta parte,

ha sido recibida con tanto favor por los críticos nacionales y extranjeros."

El estilo del Sr. Bancroft es elegante y claro: sóbrio, pero matizado de rasgos llenos de gracia; conciso y de una energía natural y propia del asunto. Le auxilian en sus trabajos doce personas competentes, que se ocupan principalmente en examinar y clasificar documentos, formar índices y extractos, hacer referencias, verificar citas, etc., etc. Su laboriosidad es incansable y trabaja con regularidad y método tales, que á esta circunstancia se debe tal vez que en años relativamente cortos, haya podido escribir y dar á la prensa los volúmenes que ántes enumeramos.

Profesando el Sr. Bancroft singular cariño á su coleccion de libros y manuscritos, no debe extrañarnos que á ella dedique su predileccion y sus cuidados. Hace dos años compró un extenso solar en San Francisco California, y allí mandó contruir un gran edificio de ladrillo, de dos pisos y un subterráneo, para dar nueva colocacion á su biblioteca. Forma ésta ya un verdadero Museo, que excita la curiosidad y la admiracion de cuantos ven el citado edificio, y saben su contenido. Ademas de un considerable número de mapas, el de los libros y manuscritos se elevaba ya en 1881 á 35,000, sin contar más de 400 colecciones de periódicos publicados en pueblos de la Costa del Pacífico. "Allí—dicen los apuntes que hemos consultado para escribir este artículo—pueden verse los célebres fólios sobre Antigüedades Mexicanas de Lord Kingsborough: una serie completa en 27 volúmenes 4º y fólio, de la Comision Exploradora de los Estados Unidos; tomos de fotografías y grabados de las ruinas mexicanas y de Centro América, por Charnay, Waldeck, Dupaix y otros; 130 volúmenes de la coleccion histórica del juez Hayes, sobre la parte meridional de la Alta California; obras en ruso sobre Alaska y la colonia de Ross, y algunos millares de sermones mexicanos, en 60 tomos. De no poca importancia es una coleccion de *Papeles varios*, en 260 volúmenes, que contiene cosa de tres mil folletos mexicanos, los más de ellos sobre asuntos políticos y de inestimable valor bajo el punto de vista histórico. Esta gran série se ha formado uniendo una docena de otras más pequeñas, formadas á su vez por varios mexicanos distinguidos en años anteriores.—Se encuentran tambien muchos documentos curiosos y de valor, del siglo XVI, sobre asuntos mexicanos, y entre ellos no hay uno solo que no merezca ser estudiado detenidamente, con especialidad las primeras producciones de la prensa en México, y los primeros libros impresos en California."

IV.

En cuanto á la *Historia de los Estados del Pacífico*, objeto de los desvelos é incansables diligencias del Sr. Bancroft, debemos decir que ella no está aún terminada; pero lo estará quizá en breves años, y para eso ha venido el eminente historiador á nuestro país. Aquí encontrará los datos que puedan faltarle para la historia de nuestros Estados de Occidente, y debemos esperar que al escribir sobre ellos lo hará con la serena imparcialidad y la debida justificacion que ha empleado hasta hoy en sus demás obras. Para facilitarle el camino, creemos que el gobierno le abrirá con mano franca la puerta de nuestros Archivos y Bibliotecas, proporcionándole además cuantos datos y auxilios le sean indispensables para el mejor logro del propósito que aquí le ha traido. Afortunadamente el Sr. Bancroft es hombre sensato y de buena fe, y sabrá apreciar debidamente las atenciones de que en México se le haga objeto. No irá despues á adulterar la verdad en sus obras como otros muchos, ni ménos arrojará sobre nuestra patria las injustas censuras y los desfavorables juicios que estamos acostumbrados á oir en boca de extranjeros ingratos.

Hombre de estudio ántes que todo, investigador incansable de la verdad histórica y sereno apreciador del mérito, sea cual fuere la persona ó el lugar donde lo encuentre, el Sr. Bancroft es un escritor digno de respeto y consideracion, que merece las simpatías de un

pueblo á quien ha dedicado gran parte de sus afanes y desvelos.

No concluirémos este artículo sin dar al ilustre historiador nuestra cordial bienvenida, deseando que queden satisfechos los deseos que le han traido y á nuestra patria, de encontrar nuevos datos y documentos con que ilustrar sus importantísimas obras.

Victorino Agüeros.

México, Octubre 10 de 1883.



HUBERTO HOWE BANCROFT,
Historiador de los Estados del Pacífico.

SOR ANA.

—

Á MANUEL NICOLIN ECHÁNOVE

I.

Doña Ana adora en Gelmírez
y Gelmírez en Doña Ana:
él es hidalgo, aunque pobre,
ella de regia prosapia.
Doña Ana tiene un hermano
y ha jurado ántes matarla,
que permitir que se enlace
con Gelmírez Doña Ana.

II.

Doña Ana entre los cuarteles
de sus jardines divaga,
y espera como acostumbra
á su amante en horas altas.
Sopla el viento y en los aires
la luna el nublado rasga,
y ve la hermosa en el muro
balancearse la escala.
El corazon le da un vuelco,
corre y al pié de la tapia,
ve á su Gelmírez tendido
en la hierba ensangrentada,
mortal el bello semblante,
y no léjos de él una arma
mira absorta y reconoce
que es de su hermano la daga.

III.

Del almenado castillo
desde una ojiva, angustiada
miró pasar el entierro
dé Gelmírez, doña Ana.
¡Qué de tiernas ilusiones,
qué de alegrías frustradas
junto con el negro féretro
va á guardar la tumba helada!
¡Pobres flores en su tallo
por el huracan tronchadas,
pobre amor muerto en la cuna,
pobre mujer, pobre alma!
Ayer todo era ventura,
campos de oro y esmeralda,
arroyos, aves y rosas
y praderas perfumadas.
Hoy, revuelto mar que ruge
áridas inmensas playas,
campos que el invierno agosta,
negras ruinas solitarias.
¡Mañana, la noche eterna,
á la luz de débil lámpara,
el tiempo solo, sin horas,
sin hoy, ni ayer, ni mañana!

IV.

Nada á su hermano le dice
la doncella desdichada;
ni una queja, ni un reproche....
¡Llora, gime, reza y calla!
Nada le dice á su hermano,
mas á las puertas sagradas
de un convento se presenta,
y en una celda se ampara.

V.

Las madres concepcionistas
están de fiesta y de gala,
que con el Rey de los Orbes
noble doncella se enlaza.
Los más hermosos cabellos
se cortan al pié del ara;
la más rica fantasía
quiebra ante el altar sus alas;
el corazon más sensible
sepulta sus esperanzas;
el alma más tierna y noble,
la más pura de las almas,
del mundo mísero y triste
los anchos límites salva,
y á las celestes regiones
en pos de otra alma se lanza.

VI.

—"Ven, hermano, hasta el recinto
de mi celda solitaria:
aquí Gelmírez habita:
ven á clavarle tu daga.
Ven, y si quieres herirle
en mí misma, el hierro clava,
que es la celda de Gelmírez,
el corazon de Sor Ana."—
Esto la monja escribía,
deshecha en un mar de lágrimas,
desde el oscuro recinto
de su celda solitaria.

VII.

—"Burlaste mis ilusiones,
burlaste mis esperanzas;
si ántes fué ruda, más ruda
será mi nueva venganza.
Te destinaba un esposo
que de estirpe regia emana;
mas puesto que desdeñaste
honra tal, merced tan alta,
y de este modo destrozas
los blasones de tu casa,
y así sus fueros insultas
y mis derechos ultrajas,
mañana, al morir la tarde,
al locutorio te baja;
que en él estará Gelmírez
esperándote mañana."—
Esto á la monja escribia,
desde su noble morada,
brotando sangre los ojos,
el feroz Tello de Tapia.

VIII.

¿Estaba muerto Gelmírez
ó no mas herido estaba?
¿Fué verdad lo del entierro
ó fué el entierro una farsa?
¿Los cánticos funerales,
la negra mortuoria caja,
aquel lúgubre cortejo,
y el clamor de las campanas,
eran engendros tan sólo
de su mente conturbada?
¿Del dolor creaciones fueron?
¿Fueron delirios del ánima?

IX.

Rodaron tristes las horas....
¡Cuán pausadas, cuán amargas
para el sér desventurado,
que mide el tiempo que pasa!

¡Una eternidad la noche
desde el crepúsculo al alba,
y del alba hasta el crepúsculo
de aquella tarde, qué calma!
¡Qué calma tan espantosa
en medio de la borrasca!
¿En dónde se hará pedazos
con el barquero la barca?

X.

Son las seis, la tarde espira,
deja su celda Sór Ana,
y con paso vacilante
hasta el locutorio baja.
Mira al través de la reja,
y.... ¡Es él, Gelmírez!—exclama,
y sin aliento á los hierros
con mano fria se agarra.
El era, el mismo Gelmírez
embozado en una capa,
pálido como los mármoles
de las vetas de Carrara.
Detrás estaba un mancebo
de retorcida mirada,
fiero, inmóvil, hosco, mudo....
El hermano de Sor Ana
—¡Tello, le grita la monja,
mal haya seas, mal haya
tu horrible burla y la ira
de tu espantosa venganza!
Y añade la monja, viendo
al sér á quien tanto amaba:
—Mientes, Tello, no es Gelmírez
ese enlutado fantasma....
¡Gelmírez está en mi pecho,
Gelmírez vive en mi alma!
—¡Ana, Gelmírez murmura,
yo soy!.... Tello no te engaña,
Tello consiente en que seas
mi noble esposa ante el ara.
Roto está el voto que hiciste
y aquí está la bula santa.
—Aquí está, murmura Tello,
y muestra un papel....
—¡No! ¡Calla!
Exclama otra vez la monja,.
No es esa sombra quien habla.
¡Oigo la voz de Gelmírez
que de otro mundo me llama!
¡Ya voy, Gelmírez, espera!
¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!
Dice..... Busca entre sus ropas
un objeto, y luego, rápida,
dirigiendo al cielo augusto
hermosísima mirada,
del seno en medio, hasta el puño,
clavóse una rica daga,
y rueda al suelo y la sangre
por el ancha herida salta.
—¡Maldito seas, Don Tello!
Gritó Gelmírez.... ¡Mal haya
quien olvidó que hay amores
que una vez sola se matan!

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

LA LLORONA.

I.

Uno de los temores supersticiosos que aun dominan en las clases ménos ilustradas de la sociedad, es el relativo á los muertos. Compréndese el horror que causan la vista ó el recuerdo de un cadáver, y solo por medio de tal horror se explica el miedo á las apariciones. Si éstas fueron á veces permitidas por el cielo en la ley antigua, como sucedió con Samuel; de muchos siglos acá el temor á las apariciones solo se funda en la tradicion, que puede decirse es general á todas las razas y á todos los pueblos, y que expresa vaga é indirectamente la persuasion universal de que el hombre no halla la nada en el sepulcro, como trata de hacerlo creer cierta escuela filosófica, y de que una parte de su sér, la más noble sin duda, sobrevive á la destruccion del cuerpo.

Hojeando las primeras páginas de la historia del continente americano, es curioso observar cómo esta clase de creencias venian envueltas con los ropajes de la civilizacion europea, y á la vez, fermentaban en el seno de la civilizacion relativa de los indígenas aztecas. Cuando los descubridores, acaudillados por Cristóbal Colon, se establecieron en la isla Española, fundaron una ciudad (Isabela), y en ella se desarrolló á poco una peste de fiebres que hizo que abandonaran completamente aquel recinto los europeos que sobrevivieron al contagio: años despues, dos españoles recien llegados á las playas americanas, atravesaron en su camino las calles solitarias de la moderna Ca-

tago, y se asombraron al ver en la extremidad de una de ellas multitud de hidalgos formados en hilera, y en cuyos rostros aparecia extraordinaria expresion de tristeza: los transeuntes, segun refiere la crónica, saludaron á los hidalgos á fuer de corteses; mas éstos, para corresponder al saludo, se quitaron los sombreros y quedaron adheridas á ellos las cabezas, apareciendo todos los cuerpos decapitados y sangrientos. Sabidos son de todo el mundo los sueños y las apariciones que tuvo Moctezuma, y que le anunciaron la venida de los conquistadores en el recinto de su mismo palacio.

Algunos espíritus que la echán de pensadores, atribuyen tales supersticiones al influjo que la religion ejerce en los ánimos; pero dan idea de la cortedad de sus alcances, cuando se muestran incapaces de comprender que las creencias de que hablamos toman su orígen casi siempre en la esencia misma del alma humana, y que ántes bien las hace desaparecer paulatinamente la religion del seno de las sociedades á medida que la comprenden y practican. Un escritor moderno, Chateaubriand, hace notar que no hay espíritu mas asustadizo y supersticioso que el del ateo. "Cerrad, dice el mismo autor, los templos católicos, y se abrirán como por encanto las cavernas de las sibilas y de los hechiceros."

Para dar idea de una de las tradiciones populares de este género más comunes en nuestras ciudades cortas, mucha introduccion es ya esta.

II.

El solo dictado de "La Llorona" causa calosfrío á los niños y á las muchachas de cierta edad, y hace santiguar á las viejas. La Llorona es en todas partes una mujer que se aparece despues de muerta, á ciertas horas de la noche; recorre los barrios más apartados del pueblo, dando lastimosos alaridos; llega á las tapias del cementerio y allí se convierte en humo, segun la opinion general, sin que nadie pueda asegurarlo bajo su palabra, porque, al oir los alaridos, ciérranse las puertas, ventanas y postigos como por encanto, y no hay quien ceda á la tentacion de investigar lo que pasa en la calle.

Como las consejas de esta clase van impregnadas casi siempre de poesía popular, la Llorona escoge por lo comun las noches de luna para sus excursiones, y se aparece vestida de blanco y con el cabello suelto, ni más ni ménos que Amina en la "Sonámbula." En cuanto á las causas de la aparicion y el llanto, varian hasta lo infinito. La Llorona es á veces una jóven enamorada, que murió en vísperas de casarse, y trae al novio la corona de rosas blancas que no llegó á ceñirse bajo el velo nupcial: es á veces la viuda que sucumbió entre los horrores de la miseria y viene á llorar la suerte de sus infelices huerfanitos; es la esposa muerta en ausencia del marido, á quien trae ahora el ósculo de despedida que no pudo darle en su agonía; es, por último, la esposa, muerta á manos del esposo en un acceso de celos, y que se aparece ahora en el mundo á lamentar su fin desgraciado y á protestar su inocencia.

Sobre este último tema, y aludiendo en lo general á la tradicion de que hablamos, ha escrito el ilustre decano de nuestros poetas, D. Manuel Carpio, el siguiente soneto.

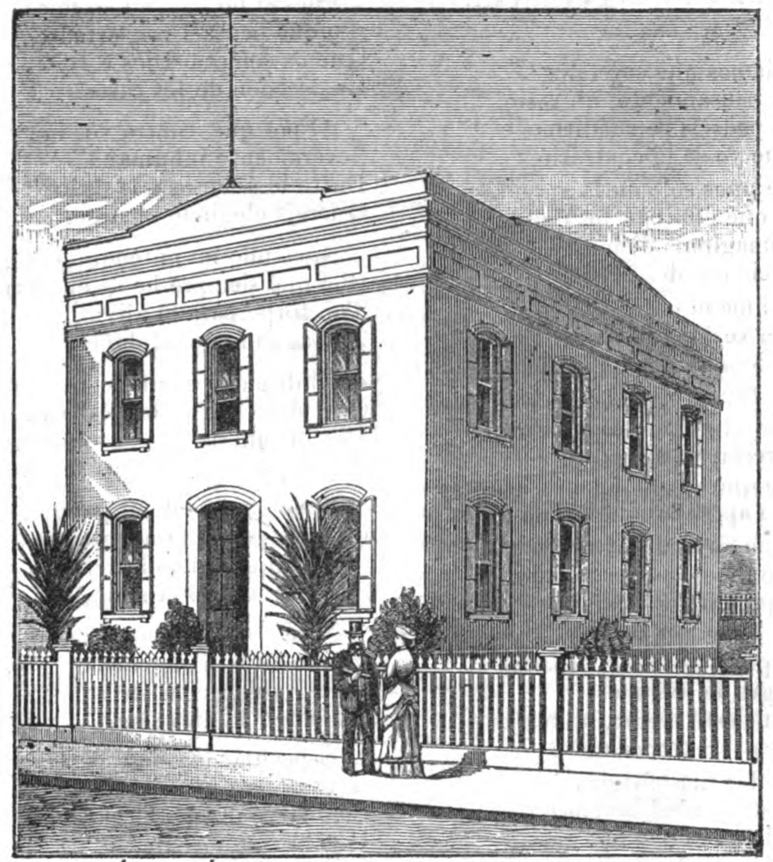
"Temblando de terror contar oía
Cuando era niño yo, niño inocente,
Que dió la muerte un hombre delincuente
En mi pueblo á su esposa Rosalía.

"Y desde entónces en la noche umbría
Oye en la plaza la asustada gente
Tristes quejidos de mujer doliente,
Quejidos como daba en su agonía.

"Por algun rato en su lamento cesa;
Mas luego se desata en largo llanto
Y sola por las calles atraviesa:

"A todos llena de mortal espanto
Y al fin, del rio por la selva espesa
Se va llorando, envuelta con su manto."

Añadirémos que no han faltado en algunos pueblos caracteres intrépidos que son allí, como si dijéramos, los representantes de la escuela escéptica, y que á todo trance quisieron desengañarse y desimpresionar al vulgo respecto



LIBRERÍA HISTÓRICA DE H. H. BANCROFT, SAN FRANCISCO, CAL.

(*Léase la página 253.*)

de la Llorona. Al efecto, la esperaron en el escampado que hay á orillas de la poblacion y cerca del bosque en cuyos laberintos suele internarse. Eran ya las altas horas de la noche: la luna brillaba cercana al occidente: las hojas de los árboles no se movian. A poco interrumpieron el silencio los aullidos lejanos de los perros: cesó en seguida todo rumor: hízose oir más tarde un gemido á corta distancia; erizóse el cabello á los jóvenes y aprestaron palos y espadas, como si estos instrumentos materiales de la cólera y el temor de los hombres, valiesen algo contra los espíritus. La mujer, con su ropa talar blanca como la nieve, suelto el negro cabello, adelantóse con paso firme por el escampado. El más intrépido de los que la esperaban, quiso asirla de un brazo; pero halló que era impalpable. Los demás, un tanto cuanto acobardados, se disponian á herirla, cuando la muerta dió un segundo gemido. Viéronla el rostro; era bella y derramaba una tras otra gruesas lágrimas. Entónces se apartaron dejándola libre el paso,

"Que tanto puede una mujer que llora."

Amen de la compasion, los jóvenes quedaron aterrados. La fantasma ganó el bosque y ellos á toda prisa el camino de su casa. Desde entónces no hay espíritus fuertes en el pueblo.

J. M. Roa Barcena.

SOBRE LA VANA CIENCIA.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que pues solo en la aprension
Dicen que estriban los daños;
Si os imaginais dichoso,
No sereis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno, que es negro,
El otro aprueba, que es blanco.

A uno sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado;
Y lo que este por alivio,
Aquel tiene por trabajo.

El que está triste, censura
Al alegre de liviano;
Y el que está alegre, se burla
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues, lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.

Célebre su oposicion
Ha sido, por siglos tantos,
Sin que cual aserto, esté
Hasta ahora averiguado.

Antes en sus dos banderas
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual su bando.

Uno dice, que de risa
Solo es digno el mundo vario;
Y otro, que sus infortunios
Son solo para llorarlos.

Para todo se halla prueba,
Y razon en que fundarlo;
Y no hay razon para nada,
De haber razon para tanto.

Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie,
¿Porqué pensais vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decision de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,
Quereis elegir lo amargo?

Si es mio mi entendimiento,
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos;
De dar muerte por la punta,
Por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
Quereis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
Discursos sutiles, vanos,
Que el saber consiste solo
En elegir lo más sano.

Especular las desdichas,
Y examinar los presagios,
Solo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
La atencion finalizando,
Más formidable que el riesgo,
Suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sábio,
Halla, de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.

Tambien es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuanto ménos se conoce
Es más nocivo el estrago.

Y si el velo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la sustancia al fruto
La locura de los ramos.

Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo
Si no halla fruto el Otoño,
Que ostente flores el Mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortados?

Y á esta desdicha, por fuerza,
Ha de seguirse el fracaso,
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.

Este périmo ejercicio,
Este duro afan pesado,
A los hijos de los hombres
Dios dió para ejercitarlos.

Que loca ambicion nos lleva,
De nosotros olvidados;
Si es para vivir tan poco
¿De qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,
Hubiera algun seminario,
O escuela, donde á ignorar
Se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!

Aprendamos á ignorar
Pensamiento, pues hallamos,
Que cuanto añado al discurso,
Tanto le usurpo á los años.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

D. JOSE JOAQUIN PESADO.

I.

Nació este ilustre poeta y escritor en San Agustin del Palmar, Estado de Puebla, el 9 de Febrero de 1801. Sus padres, D. Domingo Pesado y Dª Josefa Francisca Perez, eran, español el primero, y mexicana la segunda, y gozaban de una regular fortuna, que consistia principalmente en propiedades agrícolas. D. Domingo murió en 1808, dejando á nuestro D. Joaquin de edad todavia tierna. Habiéndose trasladado la ciuda á Orizaba, comenzo éste sus estudios primarios en la casa, dirigido y vigilado por su madre: y allí, sólo y sin un maestro severo que lo obligara á trabajar, se entregó al estudio con un afan indecible, pues empleaba en él todo el tiempo que se le tenia señalado, y además, sus horas de recreo. Debido á esta dedicacion, y como necesario fruto de ella, á los veinte años ya D. José Joaquin poseía abundantes, variados y sólidos conocimientos sobre todas materias, y conocia tambien con alguna perfeccion los idiomas latin, italiano, francés é inglés. Con motivo de su casamiento, dedicóse en seguida al cuidado y cultivo de sus haciendas, en las cuales trabajó siempre con empeño, sin abandonar por esto el curso de más importantes y elevados estudios.

II.

En 1838 fué electo diputado á la legislatura de Veracruz, y despues gobernador del mismo Estado; pero sólo aceptó y desempeñó el primer cargo. Al año siguiente vino á México, deseoso sin duda de tomar una parte más activa en la política, para lo cual ingresó á la redaccion del periódico *La Oposicion*. La primera de sus composiciones literarias que dió á luz, fué una hermosa poesía moral con el título de *La Vision*: en ella suponia el poeta que la sombra de su madre, muerta hacia poco tiempo, se le habia aparecido en sueños, exhortándole á que se apartara de la política que seguia y trabajara en verdadero bien de su patria.—En 1838 el general Bustamante, presidente de la República, con-

fió á Pesado el desempeño de los ministerios del Interior y de Relaciones, el de este último interinamente. En él se hizo acreedor al aprecio público, pues impulsó eficazmente el progreso de la instruccion y de la enseñanza de la juventud, debiéndose á él, como dice uno de sus biógrafos, el establecimiento de la Escuela de Medicina de México. En Diciembre del mismo año, Pesado se separó de los ministerios que servia, y retirado á la vida privada, se entregó confiadamente al recreo delicioso que le proporcionaba la poesía. Algunos meses despues publicó efectivamente un libro en el que aparecieron coleccionados sus versos, los cuales fueron brillante aurora de la inmensa reputacion que llegó á adquirir despues. Pesado daba en ellas muestra indegable de sus magníficas dotes como poeta lírico, y sobresalia notablemente en la poesía religiosa, á cuyo género pareció dar desde luego suma predileccion. Estas primeras composiciones son notables, porque, como dice el Sr. Roa Bárcena, "el mérito principal de ellas estriba en la moralidad y alteza de las ideas, en la nobleza y ternura de los sentimientos, y en la claridad, pureza y elegancia de la diccion," cualidades que hicieron que la obra fuese recibida por el público con verdadero entusiasmo. En Abril del año siguiente tuvo el dolor de perder á su esposa, modelo de amor y de virtudes y que fué siempre, por decirlo así, la musa inspiradora de nuestro poeta; á causa de esta desgracia, se retiró á Orizaba, en donde se encargó de la administracion de la fábrica "Cocolápan." Fué electo senador para el nuevo congreso que debia reunirse en 1844, pero á él no asistió Pesado, pues se habia decidido á no volver á tomar parte en la política; sin embargo, en 1846 fué llamado nuevamente al ministerio de Relaciones. Al reorganizarse la Universidad de México en 1854, fué nombrado nuestro poeta doctor en filosofía y catedrático de literatura en la misma: tambien tomó una parte muy activa en la redaccion y publicacion del *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, que por entónces daban á luz los escritores y sabios mexicanos más distinguidos.

III.

En 1855 se fundó en México el periódico LA CRUZ, destinado á la defensa de la Iglesia y de la moral católicas, tan combatidas á la sazon por cuantos veian en ellas un obstáculo para la rápida marcha de las ideas del siglo. Su ilustre director, el Sr. Lic. D. Clemente de Jeus Munguía, despues dignísimo obispo y arzobispo de Michoacan, se vió obligado á abandonar el periodo, pues sus deberes eclesiásticos le llamaban á más importantes labores; y entónces D. José Joaquin Pesado, que á sus magníficas dotes de elegante y castizo escritor unia conocimientos muy vastos y profundos sobre todas aquellas materias que tanto auxilian al que está dedicado á la polémica, quedó encargado de seguir redactando y publicando LA CRUZ con la colaboracion de otros distinguidos literatos. Es muy importante y digno de estudio este periódico de la vida de nuestro poeta. Cuanto hizo entónces por la causa de la religion, de la justicia y del derecho, le hacen acreedor á una eterna gratitud y admiracion por parte de los corazones honrados. En sus escritos brillaban siempre una lógica inflexible, un saber vastísimo, una profundidad admirable. Sus artículos de polémica eran sinceros, claros y corteses, notándose en ellos además una rectitud de intencion superior á todo elogio: refutaba con valor y energía las doctrinas filosóficas, políticas, sociales, y áun científicas modernas, aplaudidas y publicadas por los impíos de entónces; analizaba á la luz de la razon y de la filosofía cristianas los discursos del Congreso; criticaba los principios sostenidos por los periódicos de mayor influencia y circulacion; y en una palabra, defendia con incansable afan los fueros sagrados de la Religion y de la patria, de la familia y de la sociedad. En el discurso de estas polémicas mostrábase siempre D. Joaquin Pesado amante del bien público, celoso del engrandecimiento de México, conocedor de sus ne-

cesidades y profundamente adicto á sus creencias religiosas.

IV.

En la segunda edicion de sus poesías, dada á luz en los últimos meses de 1840, la primera fué notablemente mejorada y enriquecida con nuevas composiciones, entre ellas el principio de un poema, *La Revelacion;* y en *La Cruz* publicó además uno completo, épico y original con el dulce título de MARIA, el cuál llamó extremadamente la atencion de los inteligentes; tradujo algunos fragmentos de la *Jerusalem Libertada*, del Tasso, y escribió por último, con feliz acierto, una bella coleccion de composiciones poeticas, á la que dió el nombre de *Escenas del campo y de la aldea*, género poco cultivado en México y que Pesado supo explotar con bastante fruto merced á su rica imaginacion y á la delicadeza de sus sentimientos. Deseoso nuestro poeta de dar á las composiciones que de la antigua literatura mexicana se conservan, la forma y armonía propias del habla castellana, comisionó al Sr. D. Faustino Chimalpopoca, versadísimo en los idiomas indígenas, para que tradujera literalmente los fragmentos poéticos de Netzahualcoyotl y otras piezas que de aquella remota edad han logrado sobrevivir: en seguida, él las puso en verso. Hay que notar en estas composiciones de Pesado, á mi juicio, de un mérito muy subido, que todo en ellas aparece con un colorido esencialmente nacional, con un tinte de naturalidad y de sencillez tales, que el alma se siente agradablemente embelesada con su lectura: las imágenes, los símiles, los cuadros están tomados de nuestra propia naturaleza, de nuestras florestas, montañas, rios y campiñas: la entonacion es casi siempre meláncolica, revestida de una gravedad que dá á la poesía azteca un atractivo especial, un carácter verdaderamente histórico, por decirlo así: y realzan más su valor aquella filosofía verdadera, aquella profundidad y exactitud en los pensamientos, la santidad de las reflexiones y de los consejos que en las obras de los antiguos poetas mexicanos nunca faltan. Acertado estuvo, pues, el Sr. Pesado, así en la eleccion de ese género de trabajo, como en la ejecucion de él, pues debido á su amor á nuestras antigüedades literarias, poseemos *Las Aztecas*, precioso tesoro de cantares indios, en los cuales puede verse y estudiarse lo que era la poesía mexicana antes de la conquista y el grado de cultura en que se hallaban la inteligencia y los sentimientos de nuestros antepasados

V.

Las fatigas del periodismo y recientes y dolorosas desgracias de familia, fueron debilitando lentamente la salud del Sr. Pesado, y la muerte del insigne D. Manuel Carpio, de quien él fué amigo íntimo desde su juventud, le afligió de tal manera, que ya se decidió á retirarse á su tranquilo hogar, en busca de reposo y de descanso: su vida la compartia entre la oracion, el estudio y piadosas lecturas. Así esperó el fin de sus dias, y el 3 de Marzo de 1861, á los 60 años de edad, entregó su espíritu al Señor.

Pocos meses antes de su muerte, habia recibido el siguiente honorífico diploma, en el cual se hace justicia á su mérito literario por peritos irrecusables:

"LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en consideracion á las relevantes circunstancias y copiosa erudicion que recomiendan al SR. D. JOSE JOAQUIN PESADO, residente en México; y prévio el exámen de sus obras poéticas ya conocidas y estimadas en la Península, porque entre otras dotes muestra en ellas el autor clásicos estudios, gusto depurado y castizo lenguaje, se ha servido nombrarlo en la junta ordinaria de 13 del que rige, individuo de la misma corporacion en la clase de correspondiente extranjero, acordando que se le expida el presente diploma firmado por el Excmo. Sr. Secretario, y autorizado con el sello mayor de la Academia.—Dado en Madrid á 15 de Setiembre de 1860.—El Director, FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.—El secretario, MANUEL BRETON DE LOS HERREROS."

Un notable y distinguido literato me-

xicano, á quien ya varias veces he citado, juzga así al Sr. Pesado: "Sin disputa ha sido Pesado el más fecundo de nuestros poetas, y merece notarse que las producciones de sus últimos años, sin carecer de la inspiracion y frescura de las de su juventud, iban siendo más profundas en sus ideas y mucho más correctas en su forma; debiéndose lo primero á lo inalterable de su fé religiosa y á la pureza de sus afectos y costumbres, y lo segundo á sus constantes estudios y á su espíritu esencialmente investigador de la perfeccion y de la verdad en todas las cosas." Con sus obras ejerció una importante y benéfica influencia en nuestra literatura; formó el buen gusto de la juventud, despertó en ella amor y aficion á la poesía religiosa, y no obstante las crudas guerras intestinas que en su tiempo tenian inquietos los ánimos, contribuyó eficazmente á que muchos se dedicasen á la útil y agradable tarea de cultivar las letras. Sus escritos de *La Cruz* fueron de saludable trascendencia en la sociedad y de una importancia suma por los servicios que con ellos prestó á la causa católica: muchas de las predicaciones hechas por él en aquel periódico, referentes ya al órden político y religioso, ya á los trastornos y dificultades que más tarde deberian producir las doctrinas liberales, han tenido su más exacto cumplimiento, segun oportuna observacion del Sr. Roa Bárcena.

D. Joaquin Pesado escribió, además de sus poesías y demás composiciones citadas, las siguientes: fragmentos de un poema, *Moisés*; una coleccion de sonetos con el título de *Sitios y Escenas de Orizaba y Córdoba*; felices traducciones de poetas italianos y franceses; y por último, la *Biografía de D. Agustin de Iturbide* dada á luz en el Apéndice al tomo IV del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* publicado en México, como ya he dicho, por los años de 1853 á 1855. Fué miembro de muchas sociedades científicas y literarias, y tomó parte en casi todos los periódicos que por aquel tiempo salieron de la casa de D. Ignacio Cumplido. En una palabra, D. Joaquin Pesado, por sus magníficas virtudes privadas y públicas, por sus excelentes dotes de poeta y de escritor castizo y correcto, por sus servicios á la literatura nacional y su influjo en nuestra juventud literaria, es digno de una eterna memoria entre nosotros: su nombre vivirá siempre en nuestra historia y se le verá como el tipo de los hijos más trabajadores, ilustrados y eminentes que honran á nuestra patria.

VICTORIANO AGÜEROS.

BUONDELMONTI.

I.

En el tiempo á que va á referirse nuestra narracion, ó sea á principios del año de 1215, cautivaba en Florencia las voluntades y los corazones una jóven llamada María, perteneciente á la casa noble de los Amidei. Habianla dado sus padres educacion hasta cierto punto superior á su época, pues Florencia distaba mucho de alcanzar el esplendor y la fama que más tarde conquistó y que la hicieron considerar como el emporio de la civilizacion y de las artes. Pero si las cualidades que el mundo aprecia más comunmente habian atraido sobre María Amidei la atencion y el aprecio generales, su excelente corazon daba todavia mayor realce á su belleza. Caritativa con los pobres, amorosa con su familia, religiosa por excelencia y dotada de un espíritu elevado, la posesion de su corazon y de su mano era considerada como la suprema felicidad por los jóvenes florentinos, y muchos de ellos trataron, en vano, de hacer á María partícipe de sus amorosos sentimientos.

Las pretensiones matrimoniales habian sido desechadas una tras otra por el padre de María, noble anciano que pertenecia al partido de los gibelinos y que para despedir á los amantes consultaba la voluntad de su hija única, cuando con análoga pretension se presentó Buondelmonti, noble güelfo de la llanura superior del Arno, y que se habia

recientemente hecho ciudadano de Florencia, desde que conoció á María. Cierta mañana esta jóven, al salir del templo, detuvo casualmente sus miradas en Buondelmonti, sintió una emocion inexplicable, bajó la vista y sus mejillas se cubrieron de súbito rubor. María contaba diez y ocho años, y aquel hombre era el mismo que su imaginacion la presentaba en sueños noche con noche como digno de su amor. Buondelmonti que tenia sus humos de libertino, al notar la turbacion de María, creyó haber hecho una conquista, ofreció agua bendita á la desconocida, vióla con interés, siguióla hasta su casa, situada cerca del Ponte-Vechio, y notó que al entrar volvió la jóven el rostro á mirarle, brillando sus ojos al traves del velo que la cubria. Buondelmonti siguióse paseando por la calle aquel dia y los siguientes, sin que se abrieran para él las espesas celosías de la casa de los Amidei. Irritado su orgullo por la aparente indiferencia de la jóven, y sabedor de su alto linaje y buenas dotes, se presentó pidiéndola en matrimonio.

Fué aquel un dia muy triste para la descendiente de los Amidei. Buondelmonti, venciendo su natural arrogancia, se humilló ante el viejo gibelino pidiéndole la mano de su hija, y ésta, oculta tras un tapiz, oyó la áspera contestacion de su padre. "No cederé —dijo Amidei— el único tesoro de mi corazon á un antiguo enemigo de mi familia." Cuando Buondelmonti se retiró, salió María con los ojos llorosos y se echó en los brazos de su padre.

—¿Le amas acaso? preguntó con enojo el anciano.

—Le amo con todo mi corazon, padre mio.

Al oir esto, dióse Amidei una palmada en la frente, desprendióse de los brazos de su hija, pronunció esta sola palabra: "nunca" y corrió á encerrarse en su gabinete.

Pasaron algunos meses y la calma pareció restablecerse en la casa de Amidei; pero María se desmejoraba visiblemente. A su humor alegre y jovial sucedió una melancolía que puso en alarma al anciano. En las mejillas de María la palidez del lirio habia reemplazado al color de la rosa; fuese ella poco á poco retirando de las diversiones y de toda sociedad: á la palidez del lirio sucedió, á su vez, el rojo amoratado que aparece obstinadamente en los pómulos del rostro de las enfermas del pecho; sufria con frecuencia sacudimientos nerviosos, y en una alegre mañana de Marzo, María, que desde su cama escuchaba el canto de los pájaros y aspiraba el perfume de las flores de su ventana, no pudo levantarse, y al irla á besar la frente su padre, pronunció esas terribles palabras que nos parten el corazon al salir de unos labios queridos: "Estoy mala, muy mala."

Amidei llamó á uno de los médicos más hábiles de Florencia. Los médicos de entónces, lo mismo que los de ahora, reconocian la lengua y el pulso. El médico florentino movió la cabeza con aire de duda y pronunció un largo discurso salpicado de voces técnicas, que no comprendió Amidei: en seguida recetó y se despidió prometiendo volver en la tarde; pero, no bien hubo salido, cuando Amidei hizo pedazos la receta y, dirigiéndose á sus criados, exclamó con voz de trueno: "Llamen á Buondelmonti."

Al oir estas palabras, María se incorporó súbitamente en su lecho, extendiendo las manos hácia adelante. Buondelmonti no habia cesado de pasearse frente á las ventanas de María: cuando ésta oyó sus pasos en la pieza inmediata, su emocion fué tan grande que la privó de sentido.

—¿La amais bien? ¿Os comprometeis á hacerla feliz toda la vida?— preguntó Amidei á Buondelmonti cuando éste apareció en lo interior de la alcoba, y señalando á su hija desmayada en el lecho.

Buondelmonti, conociendo la severidad del anciano, creyó por un momento que sus palabras eran irónicas y que María estaba muerta: estremecióse de piés á cabeza, y sin hacer caso del anciano, arrodillóse á un lado de la cama, exclamando con acento agitado: "María, María."

Oyendo confusamente aquel metal de voz, solo escuchado por ella una vez en el templo, entre los suspiros del órgano, María volvió en sí y tendió su diestra á Buondelmonti. Sus ojos volvieron á derramar lágrimas y sus mejillas á teñirse de carmin; pero aquellas lágrimas eran de felicidad, no de dolor, y aquel carmin era el de la alegría y la salud. La crísis se habia efectuado, y la jóven estaba salvada. Amidei sabia más de medicina que todos los médicos de Florencia.

Mientras los amantes, sin hablarse palabra, se entregaban á todos los trasportes del júbilo más vivo, Amidei se paseaba á lo largo del aposento.

—Se aman —dijo entre dientes— y se aman bien. ¡Que sean, pues, felices! Mañana, luego que esto llegue á saberse, me despreciarán los nobles de mi partido, me tacharán de desleal. No importa: ántes que mi partido y que mi patria, es mi hija. ¡Pobre hija mia, que ibas á morir!

El casamiento de Buondelmonti y María quedó arreglado definitivamente para los primeros dias de Abril, cuando la naturaleza se adorna con todas las galas de la estacion primaveral.

II.

Hasta los dias á que nos referimos, la Toscana se habia conservado ajena á los desastres que los bandos políticos conocidos bajo las denominaciones de güelfos y gibelinos, causaban á la mayor parte de la Italia. Sabida es la constancia infatigable con que casi todas las ciudades, y á la cabeza de ellas Milan, depositaria de la corona de hierro del lombardo, lucharon por espacio de más de treinta años para conquistar su libertad. Reducidas á escombros por Federico Barbaroja, renacian por sí mismas en virtud del esfuerzo y patriotismo de sus hijos, y aquel emperador en los últimos dias de su vida y ántes de que fuese á morir en Oriente con la mira de libertar el sepulcro de Cristo, tuvo que otorgar su independencia á las ciudades italianas por medio de la paz de Constanza, respetada mucho tiempo de parte de los príncipes alemanes. Pero como resultado de esa misma independencia, los nobles italianos, que dependian directamente del Imperio, se hallaron aislados en sus castillos feudales y privados de vasallos y de riquezas. La Iglesia habia sido propicia á la libertad de Italia, y muchos de esos nobles, ora obedeciendo á sus simpatías personales, ora por acomodarse á las circunstancias, abrazaron la causa de la libertad y de la Iglesia, denominándose güelfos, al mismo tiempo que otros nobles que en un principio batallaron en favor de Federico Barbaroja, y que posteriormente conservábanse adictos al Imperio, fueron designados con el nombre de gibelinos. Cuando Inocencio III robusteció la independencia de Italia y contribuyó al rápido adelanto de sus ya populosas ciudades, la mayor parte de los nobles, deseosos de participar del desempeño de los cargos públicos y de conquistar por este medio nueva influencia que les indemnizase de la pérdida de su antiguo poderío, fueron abandonando los campos y estableciéndose en las ciudades. Florencia ocupaba ya entre éstas un lugar distinguido, y, no obstante la heterogeneidad de ideas de los nobles que diariamente acudian á aumentar su vecindario, la paz pública no se turbaba en lo más mínimo, contentándose los antiguos partidarios con detestarse mútuamente en silencio.

Hemos entrado en estos detalles para que se conozca bien la situacion respectiva de Amidei, noble señor gibelino, y Buondelmonti, descendiente de una familia de güelfos, y antiguo habitante de la llanura superior del Arno.

III.

En cuanto al segundo de dichos personajes, sus instintos y su educacion le hacian incapaz de apreciar debidamente el mérito de María Amidei y de labrar su dicha. Hay almas que no han nacido para amar, y á quienes pueden conmover la vanidad, la fuerza, la belleza material, la riqueza, pero no las santas y misteriosas dotes de un corazon como el de María. Mucho se ha hablado de las señales esteriores que en la gran familia humana distinguen á los descen-

dientes de Cain; pero, en mi concepto, la maldicion impuesta por Dios á la generacion del primer asesino consistió en hacer que sus almas fuesen incapaces de amar, y por consiguiente, de abrigar la fé y la esperanza. Diariamente en el trato comun de la vida nos hallamos con personas, á quienes no tendriamos empacho en clasificar entre la familia de los bípedos irracionales, y quienes, sin embargo, imitan perfectamente los modales y sentimientos de la parte más noble de la creacion, y hasta el refinamiento de la buena sociedad. Buondelmonti, por desgracia, pertenecia al número de estos seres.

Vió á María Amidei en una iglesia de Florencia; su amor propio se sintió estimulado por el súbito rubor y la turbacion de la jóven, é hizo punto de honor su conquista. La vanidad le indujo á creer que la amaba, y le prestó el idioma y las apariencias del amor verdadero. Hízose, como ya dijimos, ciudadano de Florencia, pidió la mano de María, fuéle duramente negada: esto bastó á afirmarle en su propósito y aun recorria tenazmente la calle de Amidei cuando fué llamado é introducido á la casa por los criados del noble. Seriamos injustos, sin embargo, si negásemos á Buondelmonti la posesion de algunas buenas cualidades. Nadie en Florencia se habia atrevido á dudar de su valor, suficientemente acreditado en las últimas guerras contra el Imperio: su espada habia brillado muchas veces en las puertas de Milan en defensa de la libertad, y uno de los generales más acreditados del ejército de Barbaroja perdió la vida á sus manos, despues de haberse batido con él cuerpo á cuerpo en presencia de ambas huestes. El carácter mismo que le habia impreso su vida aventurera, le hacia ser generoso con los pobres y los desvalidos, y daba á su persona, dotada de belleza varonil, aquel aspecto simpático que granjea en las demas gentes un cariño superficial y facilita el trato de la sociedad en que se vive.

Los primeros dias de Abril se aproximaban, y Buondelmonti hacia los preparativos necesarios á su matrimonio, cuyo proyecto habia sido solemnemente comunicado por Amidei á las familias nobles por amistad ó parentesco relacionadas con él. En las frias respuestas y la insustancialidad de los votos formados por la felicidad de la novia, conoció el anciano que se habia enajenado el afecto de sus parientes y parciales, admitiendo á un güelfo como Buondelmonti en el seno de su familia. Preocupábale, sin embargo, la felicidad de su hija, y ante esa felicidad seguia firmemente resuelto á sacrificarlo todo.

Tenia Buondelmonti entrada franca en la casa de los Amidei, y esto no obstante, las horas que no pasaba al lado de María las empleaba en pasearse frente á sus ventanas, cuyas espesas celosías se abrian ahora de vez en cuando para dar salida á una cabeza de ángel que se inclinaba hácia la calle, siguiendo con la vista la marcha del jóven. Cierta mañana Buondelmonti halló á María más tierna y afectuosa que nunca; pero habia un sello de tristeza en su frente y en sus miradas: el jóven trató de averiguar la causa y María se echó á llorar. Presto se repuso, con todo, y trató de tranquilizar á Buondelmonti.

—Me irrito yo misma contra mi naturaleza, dijo María enjugándose las últimas lágrimas, y á pesar de ello, no consigo dominarme. Desde niña he padecido estos accesos de tristeza, cuyo orígen no puedo atribuir sino á los funestos presentimientos que de vez en cuando me asaltan. Te quiero tanto, Buondelmonti, que suelo figurarme que Dios, enojado de la especie de adoracion que te tributo, no ha de coronar nuestros votos, y que esas hermosas flores de primavera que cultivo en mi ventana, no servirán para formar mi corona nupcial, sino más bien para adornar tu sepulcro ó el mio. No hagas tú caso de estas alucinaciones producidas sin duda por el exceso de mi felicidad, pues bien sabemos que en el fondo de la dicha más pura y completa existe una gota de amargura que nos recuerda nuestro destino.

Buondelmonti trató de alejar las nu-

bes de tristeza que cubrian la frente de María, y despues de formar ambos, durante algunas horas, proyectos de mútua felicidad, se despidió. Habia salido del salon de los Amidei y se disponia á bajar la escalera, cuando oyó que María iba tras él, gritando con timidez: "¡Buondelmonti, Buondelmonti!"

El jóven volvió el rostro hácia atrás y detuvo sus pasos. María, al llegar cerca de su novio, permaneció toda confusa, sin saber qué decirle. Al cabo murmuró con voz apenas perceptible, y fijando sus negros y húmedos ojos en el jóven: "¿Me amarás siempre, siempre?"

Buondelmonti por toda respuesta estrechó á María contra su pecho y bajó la escalera, volviendo varias veces el rostro para ver á su novia. Cuando María le perdió de vista exclamó, juntando sus manos: "Gracias, Dios mio, soy feliz," y en seguida se dirigió á su alcoba.

Entretanto, Buondelmonti fijo el pensamiento en María, avanzaba por la misma calle de los Amidei hácia el Ponte-Vechio, cuando una señora noble de la familia Donati, que se hallaba como esperándole en la puerta de su propia casa, le detuvo, diciéndole que entrara, porque tenia que hablarle de un asunto de mútuo interés para entrambos. Sorprendióse Buondelmonti, porque, si bien los Donati habian pertenecido siempre al mismo partido que él, jamás mediaron hasta allí relaciones de amistad entre uno y otros; pero, cediendo al impulso de su natural cortesanía, manifestóse dispuesto á seguir á la dama.

La señora Donati, llevando de la mano á Buondelmonti, atravesó el vestíbulo y varias piezas de la casa, hasta llegar á una en que hacian labor las mujeres de su servidumbre. Trabajaba, rodeada de ellas, su hija Constanza. La señora se acercó á la jóven, quitóla el velo que cubria su semblante, y dijo al ilustre güelfo con no disimulado despecho:

—Aquí está la esposa que te tenia reservada. Es güelfa, como tú; pero tú tomas una mujer de entre los enemigos de tu Iglesia y de tu sangre.

Buondelmonti permaneció inmóvil y sin hablar. Constanza Donati era una jóven de hermosura sorprendente, ¡cuán superior, ay, á la de María! Acababa de salir del baño, y la abundantísima copia de sus negros cabellos formaban un marco de ébano á la blancura deslumbradora del semblante y del cuello. Sentada en un asiento de terciopelo rojo, tenia puestos sobre un taburetillo sus piés, verdaderamente de niña por el tamaño. Lo desaliñado del traje hacia adivinar proporciones análogas á las de la estatuaria griega, y la arrogancia de los movimientos de la cabeza y hasta el aire ligeramente varonil que presentaban á Constanza sus actitudes, su voz y sus miradas, hicieron una impresion indecible en Buondelmonti, á quien la jóven quedóse viendo por largo espacio de tiempo y con cierta expresion de cariño, mezclado de burla y de lástima.

—Buondelmonti—continuó la señora Donati—puesto que has contraido compromiso con María Amidei, hija de Amidei, el más detestable de todos los gibelinos, es inútil que permanezcas aquí por más tiempo: esto ocasionaria más vivo dolor á Constanza....

—¡Cómo! interrumpió Buondelmonti. ¿Esta bellísima jóven se interesa realmente por mi suerte? ¿Será posible?

—Desde niña estaba acostumbrada por su madre á ver en tí á su futuro esposo. Ultimamente, al través de sus celosías, ha espiado tus frecuentes paseos del Monte-Vechio á la calle de los Amidei.... Constanza te ama, y si quieres satisfacerte de ello, mírala el rostro.

En efecto, Constanza se habia puesto como una amapola; más por un movimiento casi instintivo en las mujeres, se echó el velo, y permaneció silenciosa y con los brazos cruzados.

—¡Constanza! exclamó Buendelmonti, ¿por qué me negais ya la luz de vuestros ojos? Señora, añadió dirigiéndose á la madre, ¿por qué no me dijísteis ántes todo esto?

—¿Qué quieres? Fué un error el mio el callarme, y ahora lo conozco; pero ya es demasiado tarde. Desértate, desérta-

te, Buendelmonti, de las filas del partido güelfo: la causa de la libertad no tiene atractivo para tí, desde que está contrapesada por la rica dote de la hija de un gibelino, celoso partidario del imperio. ¡Lástima que hayan cesado las guerras con los emperadores alemanes, porque todavía pudieras tú distinguirte peleando contra milaneses y florentinos! Y despues de una breve pausa, añadió, como hablando consigo misma: "Hé aquí la delicadeza y los escrúpulos de lealtad de los hombres. Buondelmonti se cree firme y eternamente atado á una palabra de casamiento, y no vacila, sin embargo, en desertarse cobarde y villanamente de las filas del partido güelfo. Es que el casamiento le proporciona ventajas de que carece y que no le puede dar su partido. Si yo fuera rica, sacrificaria hasta mi última y más insignificante propiedad para juntar á mi hija una dote mayor que la de María Amidei, y entónces, ¡adios los escrúpulos y la fidelidad de Buondelmonti! ¡Pero soy pobre, aunque noble, querida hija mia, hermosa Constanza."

La señora Donati era una víbora, y por medio de estas palabras, habia introducido su veneno en el corazon de Buondelmonti, quien se vió humillado y afrentado por aquella terrible mujer. Iba á contestarla con todas las señales de la ira, cuando Constanza, apartando el velo, fijó en él sus ojos suplicantes.

—Idos, señor, le dijo. Toda explicacion es ya inútil.

En medio de la lucha que Buondelmonti sostenia con sus opuestos sentimientos, invocó el recuerdo de su novia, y, haciendo un esfuerzo, salió de la casa de los Donati, permaneciendo por todo el resto de aquel dia distraido, pensativo é irritado consigo mismo.

María Amidei se asomó repetidas veces á la ventana, pero la calle estaba desierta. Buondelmonti no parecia.

En la noche llamaron á la puerta de la señora Donati y Buondelmonti se presentó en la sala, pálido y agitado.

—Sabia que volverias, dijo la dama, y dirigiéndose hácia un gabinete que comunicaba con la sala, gritó: ¡Constanza, Constanza!

La jóven apareció en el umbral de la puerta, vestida de blanco y coronada de flores. Su belleza era capaz de trastornar el juicio.

—Hé aquí á tu esposa, Buondelmonti: es güelfa como tú, te ama, y estrechará más y más los lazos que deben unirte con las familias de tu bando.

A estas palabras de la señora Donati, los jóvenes se abrazaron. Un sacerdote que se hallaba presente, murmuró algunas oraciones y les dió su bendicion. ¡Buondelmonti y Constanza estaban casados!

La señora Donati habia mandado espiar al güelfo, y teniendo noticia de su agitacion durante el resto del dia, preparó la escena que acabamos de describir. En diplomacia la señora Donati habria hecho avergonzar á Metternich y al conde Buol.

IV.

¿Has visto, lector, alguna vez puesto en escena el magnífico drama de Goëthe, intitulado "Clavijo?" Si lo has visto, ya tienes idea de los padecimientos de una jóven enamorada y virtuosa á quien engaña su novio; del desaliento que se apodera de sus padres y hermanos, de la ira terrible que sucede al desaliento, y por último, de la sangre que viene á reemplazar las lágrimas y á lavar una afrenta en la opinion insensata del mundo, como si el verdugo no quedara suficientemente castigado con sus propios remordimientos, y como si pudiera caber afrenta para el corazon sensible y delicado que cree en los más nobles afectos y en las palabras más santas que se conocen en el idioma humano.

Buondelmonti no podia alejar de su imaginacion á María llorosa y desesperada; pero Buondelmonti se engañaba respecto de las formas exteriores del dolor de su prometida esposa.

Pasaron uno, dos y tres dias y Buondelmonti no se presentaba en la casa de los Amidei. María estaba inquieta y recelosa. En la mañana del cuarto dia, que era el 1º de Abril, reinaba un ca-

lor sofocante y las flores de su ventana se deshojaron todas á la primera ráfaga de brisa que sobrevino. Estaban secas porque la jóven habia dejado de regarlas con agua, segun tenia costumbre de hacerlo. Continuaba silenciosa y pensativa, en un rincon de su aposento, cuando se presentó el anciano Amidei, pálido como la muerte.

—¡Valor, hija mia! exclamó. Buondelmonti es un villano, que no te merece.

—Todo lo preveo.... todo lo sé. ¡Callaos por piedad, si no me quereis matar!

El espanto se retrató entónces en las facciones del viejo. Tendió los brazos á su hija y la estrechó en ellos queriendo provocar su llanto y salvarla así de una crísis peligrosa; pero los ojos de María permanecieron secos, y cuando se separó de los brazos de su padre, los pómulos de sus mejillas habian recobrado la tinta rojiza de los dias en que estaba enferma.

Aquella misma noche veinticuatro familias gibelinas se reunieron en la casa Amidei. Sabíase ya en toda Florencia la conducta desleal de Buondelmonti y el deseo de la venganza ardía en todos los pechos contrarios al partido güelfo. Amidei, en la mañana habia enviado á desafiar al verdugo de su hija. Buondelmonti, por toda respuesta, partió su espada en dos pedazos y los envió al anciano, significándole así que no se batiría con él.

La muerte de Buondelmonti quedó acordada por las veinticuatro familias gibelinas reunidas en la casa Amidei.

María lo sospechó así y escribió al güelfo un billete que contenia estas solas palabras: "Alejaos de Florencia, porque se os busca para mataros."

Amidei interceptó el billete y lo leyó. "Noble y hermoso corazon, exclamó, tú no conseguirás salvar á tu asesino; pero Dios, á cuyo seno presto debes volar, tendrá en cuenta esta buena accion tuya."

V.

Si las almas del temple de la de Buondelmonti son capaces de experimentar alguna cosa semejante al amor, esta cosa era experimentada por el güelfo en los primeros dias que pasó al lado de su esposa. Constanza Donati, cuya belleza le habia deslumbrado completamente, no poseía el excelente corazon ni el elevado espíritu de María, pero contaba con otras cualidades que, segun hemos dicho, prefiere más generalmente el mundo, y que por más vulgares se hallaban al alcance de la apreciacion de Buondelmonti. Podria argüir mucho contra el orgullo y la delicadeza de carácter mujeriles, el modo con que se llevó al cabo su matrimonio, si no atendiésemos á la corta edad de Constanza, quien no contaba diez y seis años, á los grandes intereses de partido puestos en juego, á la aficion que de meses atrás la señora Donati habia sabido crear en el corazon de su hija hácia el jóven güelfo, y, por último, á la persuasion hábilmente infundida á Constanza, de que María Amidei distaba mucho de poseer el amor de su prometido, siendo un casamiento de conveniencia el que ámbos iban á efectuar. La señora Donati no quiso fiar el buen éxito de sus planes á los afectos del jóven, excitados por las circunstancias ordinarias de la vida; quiso más bien jugar el todo por el todo, recurriendo á un medio audaz y desesperado, cuyos efectos hemos visto. Aparte de que la pobreza era el actual patrimonio de la noble familia de los Donati, y, por lo mismo, Constanza no podia presentarse en las tertulias y espectáculos públicos de Florencia, la madre evitó cuidadosamente que Buondelmonti conociera á su hija ántes del momento decisivo, convencida por sus instintos de mujer, de que la impresion seria más viva cuanto mayores fuesen la novedad y el asombro que los atractivos de Constanza causasen al güelfo. Por lo demas, aun cuando la jóven hubiera abrigado algunas dudas relativamente al cariño de su esposo, se habrian desvanecido con los testimonios de amor que contínuamente recibia. Buondelmonti, avergonzado de sí mismo, para acallar los gritos de su conciencia y alejar de su me-

moria la imágen de María, ni por un instante se separaba de Constanza. Sentado á sus piés y apoyando su cabeza en las manos de la jóven, que jugaban con los negros rizos de su cabello, formaba planes de vida que se complacia en sujetar á la aprobacion de su esposa. Terminada la celebracion de sus bodas, debian pasar á residir algun tiempo en Milan, á cuyas inmediaciones Buondelmonti poseía una hermosa finca rural. Aunque casados cuatro dias ántes, las fiestas no debian tener lugar sino el próximo domingo de Pascua y estaban invitados á ellas muchos magistrados de Florencia y los nobles pertenecientes al partido güelfo, quienes habian colmado de regalos á Constanza.

El domingo de Pascua amaneció alegre y sereno. Desde temprano ambos esposos acudieron á oir misa en la iglesia de Santa-Croce, inmediata al Ponte-Vechio, misma en que se conocieron Buondelmonti y María Amidei. Cuando, terminado el santo sacrificio y al retirarse la concurrencia, aquel ofreció á Constanza el agua bendita, un amargo recuerdo atravesó su corazon, y la imágen de María, á quien dirigió en este mismo sitio las primeras palabras de amor, música dulcísima á los oidos de la desventurada jóven, se presentó á su espíritu bajo las formas espantosas del remordimiento.

Las fiestas debian comenzar por una lucida cabalgata para dirigirse al extremo opuesto de Florencia, donde vivia el magistrado que apadrinó el casamiento, y en cuya casa iba á tener lugar el festin.

De vuelta de la iglesia, los esposos hallaron reunidos á todos los nobles de la comitiva: piafaban impacientes los corceles en el patio de la casa, y Constanza apénas tuvo el tiempo necesario para vestirse un traje conveniente. Cuando reapareció en el patio dispuesta á montar, Buondelmonti alargó su diestra para que sirviera de estribo al diminuto pié de la jóven, quien, dando un ligero salto, se colocó en la silla.

Púsose en marcha toda la gente. Constanza y su marido abrian la comitiva: seguíanles la señora Donati y muchas damas principales de Florencia, parientes ó amigas suyas; iban á lo último multitud de jóvenes nobles güelfos, amigos de Buondelmonti. El dia, segun hemos dicho, estaba alegre y sereno. Las torres de las iglesias se alzaban sobre los edificios de la ciudad bajo el azul de un cielo sin nubes. La brisa de la mañana agitaba el velo de Constanza, entregada exclusivamente al placer que la causaba la fogosidad de su palafren blanco como la nieve.

Buondelmonti aproximó aún más su caballo para decirla: "Tu velo actual con que juguetea el viento ocultando tu rostro y descubriéndolo alternativamente, me recuerda el momento en que te conocí, Constanza mia; el momento en que tu madre, quitándote el velo, hizo aparecer á mi atónita vista esas facciones de ángel."

Constanza suspiró de placer y adelantó ligeramente su caballo.

A la sazon llegaba la comitiva á una de las extremidades del Ponte-Vechio. Un grupo de hombres decentes ocupaba gran parte de la calle. La señora Donati distinguió entre ellos á algunos nobles gibelinos y se estremeció involuntariamente. Enrique d'Arezo, pariente inmediato de los Amidei, separándose del grupo, se adelantó con rapidez y detuvo de la brida el caballo de Buondelmonti, diciendo á éste: "Tengo que hablaros."

Buondelmonti por un solo momento permaneció estupefacto, mirando á Enrique, y luego exclamó: "Soltad. No es esta ocasion de hablarnos."

No parecia dispuesto Enrique á obsequiar la indicacion de Buondelmonti, y, por lo mismo, éste clavó repentinamente sus acicates al caballo, que partiendo con fuerza, derribó á Enrique sobre la calzada. La cabeza del jóven d'Arezo retumbó contra las piedras, y por boca y nariz comenzáronle á salir rios de sangre.

Buondelmonti, arrebatado por la violencia de su caballo, fué á caer al pié de la estátua de Marte, situada en el centro del puente. Las señoras de la co-

mitiva prorumpieron en gritos de espanto. Una mujer que salió repentinamente de una puerta inmediata, trató de interponerse entre Buondelmonti y sus asesinos; más era tarde: el puñal de un noble, contrario suyo, habia quedado clavado en su corazon. El güelfo, por algunos instantes, se agitó con las convulsiones de la muerte, y en seguida quedó inmóvil en el suelo, y en medio de un charco de sangre.

La mujer que habia tratado de salvarle, se arrojó sobre el cadáver, cerró sus ojos y lo estrechó silenciosamente en sus brazos.

Los gibelinos habian desaparecido.

Las señoras y los nobles de la comitiva se desmontaron y formaron círculos al rededor del grupo. Constanza se adelantó bañada en lágrimas. Cuando en la mujer, desconocida hasta entónces, reconoció á María Amidei, todo lo comprendió. Arrodillóse al lado del cadáver de Buondelmonti, y alzando la vista hácia María, que estaba en pié, pálida y con los ojos extraviados, murmuró estas palabras:

—¡Perdon para él y para mí!

María se quitó su velo blanco y lo extendió sobre el cuerpo ensangrentado de Buondelmonti. Despues abrazó á Constanza, la dió un beso en la frente, y cayó muerta á sus piés.

¡Noble y generosa criatura, como habia dicho muy bien el anciano Amidei.

Podemos terminar esta narracion por medio de las mismas palabras de Sismondi. Hablando este historiador de las repúblicas italianas de la muerte de Buondelmonti dice: "Cuarenta y dos familias del partido güelfo, se unieron y juraron vengarle; corrió, en efecto, la sangre, y todos los dias afligió á Florencia un nuevo asesinato, una nueva batalla, por espacio de treinta y tres años."

DOÑA ELVIRA.

Á BARTOLOMÉ PÉREZ HERMIDA.

—

I

El conde de Aldaz es viejo
pero tiene esposa jóven,
como rosas las mejillas,
y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
en hora ingrata casóse,
porque á casar la obligaron
exigencias y temores;
no el amor, pues era el solo
imán de sus ilusiones
Rui-Fernández, con quien tuvo
y aun tiene, ocultos amores.

II

Hijo de Elvira es Don Mendo,
mancebo gallardo y noble,
capitan el más valiente
de los tercios españoles,
que bajo el delgado cútis
áun el rubio bozo esconde,
y es ya en la ruda pelea
de los contrarios azote.

III

Tiembla Elvira cuando al mozo
contempla embebido el conde;
parece que una honda pena,
oculto cáncer que roe
su corazon, hace á veces
que á su faz el llanto asome,
y la espléndida hermosura
de su rostro le trastorne.
¡Tal vez combaten y estallan
en su pecho los dolores,
como las olas de Atlante
cuando se encuentran y rompen!

IV

En una vieja poltrona
la existencia pasa el conde,
paralizados los miembros
de añeja dolencia al choque.
Diz que en la lid espantosa
de una lanza al rudo golpe,
cayó al suelo y que el sentido
largo tiempo perdió entónces;
y desde entónces no hay modo
de que sus miembros recobren
la sávia, el vigor, la fuerza
que hubo del destino en dote.

V

Y allí, en su vieja poltrona
está el de Aldaz, una noche,
cuando Fortuño, escudero
que de antaño le conoce,
entra y le dice:—Señor,
sé que manchan tus blasones;
sé que hay quien aquí te ultraja,
quien escarnece tu nombre.

—¿Quién tal hace? Con voz ronca
exclama furioso el conde.
—Señor, tu esposa.
—¿Qué has dicho?
—Tu esposa todas las noches
las desiertas callejuelas
de tus jardines recorre,
de un hidalgo acompañada,
en punto á las oraciones.
Ruge el de Aldaz en su silla
cual hiena herida, se encoje
y gira en torno los ojos
como inflamados tizones.
Ha tiempo que horribles celos
llenan su alma de rencores,
tiempo há que su pecho hiere
el desden de su consorte,
y con acento convulso
exclama:—Fortuño, ¿me oyes?
díle á Don Mendo eso mismo.—
Y como muerto quedóse.

VI.

—Señor, le dice Fortuño
á Don Mendo, noche á noche
en los jardines he visto,
en punto á las oraciones,
á una dama y á un hidalgo.
—Fortuño, y tú ¿los conoces?
—Señor, el conde me envia....
—Díme al instante sus nombres!
—Ella es Doña Elvira....
—¡Madre!—
¡Ah, Fortuño, en bien te pone
con Dios, que es reo de muerte,
quien tal secreto conoce....!
Rodó Fortuño en el suelo
traspasado el pecho innoble,
y en aquel horrible instante
sonaban las oraciones.

VII

Al jardin con el sangriento
acero en la mano, corre,
y allí D. Mendo dos sombras
distingue en la sombra inmóviles.
—Madre.... ¡Madre!....
—¿Qué haces, Mendo?
Don Mendo no le responde,
blande el hierro, al cual el otro
hierro apenas se le opone,
y como el rayo potente,
y como el rayo veloce,
en el seno del contrario
el arma sangrienta esconde.
Lanza un grito doña Elvira
que repercuten los montes,
y se queda muda y fria
como una estátua de bronce.
Mira Don Mendo que llegan
con luces dos servidores,
y hácia ellos rápido avanza,
y en su paso se interpone.
—¡Idos, canalla! Murmura,
y de manos de uno, coje
una tea y torna solo
al horrible sitio, en donde,
áun Doña Elvira parece
que no alienta, que no oye,
que no vive, en el espacio
clavada la vista inmóvil.
La ve Don Mendo y alumbra
y pasmado reconoce,
en el sangriento cadáver
á Rui-Fernández de Ordoñez.

VIII.

—Mendo, al fin exclama Elvira
descompuestas las facciones,
pues mataste á Rui-Fernández
ruega á Dios que nos perdone.
—¡Madre!
—¡En tus venas circula
sangre que tiñe tu estoque!
—Madre, escucha....
Doña Elvira
cae al suelo y no responde.

IX.

Dentro y fuera del palacio
se escuchan sordos rumores.
¡Se acerca al sitio del crímen
la justicia de los hombres!
Es fuerza que ignore el mundo,
es fuerza que el mundo ignore,
que en casa de Aldaz habitan
la deshonra y las traiciones.
Mendo se acerca al cadáver,
sobre sus hombros le pone,
y por un portillo estrecho
que da á los campos, salióse,
medroso el paso y lijero,
con el cabello en desórden,
tinto hasta los gavilanes
de propia sangre el estoque.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

PIEDAD.

(LEYENDA DE NOCHE-BUENA.)

I.

¡Navidad, Navidad!, fiesta de la infancia y de la niñez, dia glorioso de una religion santa; el corazon palpita del más puro entusiasmo al aspirar la regalada poesía que traen consigo tus esperados momentos! Noche de amor y de recuerdos, ¡bendita seas! Solo tú puedes arrancar lágrimas de ternura, así á un corazon insensible y gastado ya, como al que se abre por primera vez á los dulces afectos de la vida; solo tú puedes producir en ellos esos deliciosos y gratos trasportes de regocijo, de veneracion y de cariño que nos recuerdan nuestra primera edad; y solo tú, en fin, puedes inspirar al mismo tiempo en todas las almas sentimientos elevados y piadosos y unirlas con el invisible lazo de una comun adoracion. ¡Cuántos esperan tu llegada para elevar á Dios sus ardientes oraciones, porque ese dia en que es la fiesta de la inocencia todo es amor, misericordia y regocijo en el cielo! ¡Cuántas madres desean los dolores del parto durante tus sagradas horas, para que el inocente fruto de tus amores respire el puro, aromático y bienhechor ambiente de la santa Navidad!

La naturaleza, al acercarse el 24 de Diciembre, derrama con profusion sus más ricos tesoros y se engalana con sus más gallardos atractivos; las montañas se cubren de un manto de blanca nieve, símbolo de pureza, y exhalan salvajes y delicados aromas; el ambiente corre veloz por las llanuras y los valles, sembrando en su camino la animacion y la alegría; las aves dejan la tristeza que en ellas produce el invierno y entonan armoniosos trinos; y por último, hasta parece que es más suave y apacible el rumor de los bosques y el de las cristalinas corrientes. Por do quiera brotan flores, y por do quiera tambien hallamos rostros animados de indefinible contento: en la choza mas humilde y lejana, en la aldea mas apartada y silenciosa, se oyen cantos de alegría y de placer; aquí candorosos niños recorren las huertas en busca de flores silvestres ó de heno para adornar sus *nacimientos*; allá algunos campesinos de corazon sencillo y faz serena elevan enternecidos al cielo sus bendiciones, despues de haber oido de los lábios de un anciano la poética y misteriosa leyenda de Betlen; acullá, finalmente, las alegres músicas lanzan al viento sus acentos entusiastas, llenando de santo alborozo á las muchachas de la aldea. ¡Oh, noche de Navidad: tú que disipas las tormentas del corazon con las ideas de esperanza y de ternura que infundes; tú, la más bella de los tiempos, la que más aman los niños y hermosea la naturaleza, bendita seas!

II.

Reclinada sobre la falda de la montaña, medio ocultas sus casas entre ár-

boles frondosos: así se ostenta mi aldea querida, la cuna de mi infancia y de mis recuerdos. Las aguas que bajan saltando de los vecinos cerros, riegan las cañadas, los extensos platanares, las olorosas huertas cultivadas siempre por honrados labriegos, que las animan con su presencia y las alegran con sus cantos. La iglesia, modesta, limpia y blanca como una paloma de paz, apenas se divisa á lo léjos, escondida como está entre majestuosos tamarindos: tan solo la santa cruz asoma sobre el ramaje de éstos, como para señalar la morada de Dios, refugio del fatigado viajero de la vida, ó como para protejer de los rayos y las tempestades del cielo, el pacífico y honrado caserío que la rodea. Muy cerca del pueblo, á una distancia que casi permite ver el movimiento de los árboles, están las escabrosas montañas y los pintorescos bosques envueltos al aparecer la aurora en el manto de impalpable gasa formado por las nieblas de la montaña; y despues, cubiertas de verdor y teñidas al caer la tarde de un azul suave y purísimo. ¡Oh bellezas de la tierra natal! ¡oh perspectivas del campo que nos vió nacer! siempre venís á la memoria de los que os aman, como mensajeros de sabrosos consuelos, de esos consuelos que halla el corazon sensible en los recuerdos del pasado.

Cuando regresé al hogar de mis padres, despues de seis años de ausencia, las lágrimas que salian de mis ojos me impedian ver distintamente aquellos lugares tan queridos de mi corazon: sentia sobre mi frente las caricias de una brisa perfumada por flores que yo no habia olvidado; y el rumor de las aguas deslizándose sobre las *canáles* de las huertas, los cantos, las canciones, formaban á mi derredor un concierto conocido por mí, que me hacia recordar embelesado los dichosos dias de mi inocente infancia. Cuando mis brazos ciñeron el talle de mi madre; cuando los sollozos ahogaban mi voz; cuando mis hermanos me rodeaban esperando cada uno su turno; y mi padre, trémulo de emocion y sin poder dirigirme la palabra, se lanzaba á estrecharme contra su pecho, sentí en mi interior algo como el vértigo de una felicidad inmensa, algo que sacudió mi cuerpo y mi alma con tan violenta rapidez, que me ví libre de las penas, de los temores, de los recuerdos dolorosos que por tanto tiempo me habian atormentado.

III.

La casa en que habitaba mi familia, estaba situada á un lado de la iglesia, en seguida de la que ocupaba el señor cura: un amplio portal ocupaba la parte de afuera, y en la interior estaban, despues de otro pequeño, un poblado jardin y una bien cultivada huerta; sus árboles siempre verdes y frondosos, daban espesa sombra y con sus agradables aromas perfumaban el ambiente. ¡Cuántas veces mis hermanos y yo esperamos á mi padre en aquel portal, de vuelta de sus trabajos del campo, gozosos de poder referirle nuestros triunfos de escuela y dispuestos á disputarnos sus primeras caricias! ¡Cuántas veces tambien, Dios mio, oimos de sus labios sanos consejos, descansando él en la hamaca y rodeándole nosotros; y le hicimos juez de nuestras querellas infantiles! ¡Ay de mí! á mi vuelta no ví repetidas, como en otro tiempo, estas inolvidables escenas: mi padre, anciano ya, habia dejado sus excursiones campestres; y mis hermanos, educados por él en la escuela práctica de sus negocios predilectos, hacian sus veces en ellos, con éxito satisfactorio: á todos los encontraba sosegados y felices.

Solo yo, que habia preferido correr los azares del que se separa del hogar que cobijó su infancia, volvia á él como el hijo pródigo, arrepentido de mi ingratitud, con el desaliento y la tristeza en el alma, con el remordimiento en la conciencia. Queria borrar el recuerdo de mis imprudencias entregándome al trabajo, á los duros afanes del campesino; y me prometia hallar dulcísima recompensa en la satisfaccion que por ello sentiria mi padre, en la inalterable paz de que disfrutaria estando á su lado, al de mi madre y al de mis honrados hermanos. Todos sonrieron al participarles yo mi resolucion: ¡ellos, que sabian el

género de vida que habia llevado, dudaban de que la pudiese cumplir, y tenian razon!

—Olvidan ustedes—les dije algo mortificado por aquella desconfianza que yo bien merecia—que el hastío que siento hácia la vida de ciudad, está atestiguado por las renuncias que voluntariamente he hecho de las nuevas mercedes con que queria detenerme el señor M.** Ademas, hay otras circunstancias, que no es fuerza decir ahora, que me hacen desear vivir aquí; siendo la principal de ellas, mi amor á ustedes, avivado por tanto tiempo de separacion, y no muerto, como me dijeron en una carta.

—Pues es por demas encarecerte, me respondió mi padre conmovido, el regocijo que nos das oyendote hablar así, y sobre todo, viniéndote á vivir con nosotros. No dudo que cuanto nos has dicho sea la verdad; pero como es difícil que el que está acostumbrado á una vida cómoda y prescinde de ella en un momento de impaciencia, se acostumbre á otra de trabajos, y acaso de privaciones, es de mi deber advertirte que estás en absoluta libertad para elegir las ocupaciones que mejor se avengan á tus costumbres y á tu gusto.

Y sin darme tiempo para responder á sus generosas palabras, agregó:

—¿Quieres ir mañana conmigo al *Cerro?* Allá vive ahora D. Braulio, de quien acaso te acordarás. Se fué del pueblo desde que tuvo la desgracia de perder á su esposa, que esté en el cielo.

—Tenia una hija ¿no?—pregunté á mi madre—creo que estará ya muy grande.

—Sí, se llama Piedad y se ha puesto hermosa. ¿No te acuerdas que todos ustedes jugaban con ella siendo todavía muy niños?

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Pero por qué D. Braulio está allá tan solo? ¿Estará la niña contenta?

—Solo ella lo sabe: la pobrecita, siempre que le hacen esa pregunta, dice que sí; pero yo he notado que cuando viene al pueblo se va muy triste: acaso le pesa dejarlo. Es muy buena niña, muy dócil y amable.

—Si D. Braulio consiente—observó mi padre—se vendrá ella con nosotros y pasará aquí la Noche-Buena.

—¡La Noche-Buena!—exclamé lleno de júbilo. Sí, ya está próxima.

Y sentí mi corazon henchirse de pacífica alegría y de no sé qué suave tristeza al mismo tiempo, ante los dulces recuerdos que esta palabra trajo á mi memoria. ¡Ella me recordaba mi niñez y la de mis hermanos, las fiestas del pueblo y las del hogar de mis padres!.. Pensé en Piedad, la sencilla y hermosa compañera de mis juegos infantiles, y comencé á acariciar desde aquel momento mil ensueños de felicidad para ese dia ya tan esperado.

IV.

Al dia siguiente mi padre y yo nos pusimos en camino para la casa de D. Braulio.

Bella, imponente y majestuosa aparece la naturaleza ante los que de ella han estado alejados por mucho tiempo. Yo, nativo de aquellas montañas, las atravesaba sorprendido y admirado, contemplando con verdadero placer sus espléndidas faldas y su rica y exhuberante vegetacion; los gigantescos árboles, los collados, los misteriosos rumores de aquellas soledades, los fértiles y pintorescos valles que se extendian al pié de escarpados montes; todo recreaba agradablemente mi vista, y me hacia respirar con deleite el aire embalsamado de la montaña. Sentia yo, además, en mi alma un bienestar indecible, tal como jamás lo habia sentido en mis locas diversiones de la ciudad.

Cerca ya del medio dia, empezamos á oir los ladridos de los perros; y la casa de D. Braulio, situada cómodamente en el fondo de una hermosa cañada, apareció á nuestra vista. Llegamos, y fuimos recibidos con franca hospitalidad; mas como el bueno y honrado campesino á quien íbamos á visitar, no me conociese ya, me saludó con cierta frialdad y ceremonias no acostumbradas por él. Mi padre que lo observó, le dijo:

—¡Cómo! ¿no se conocen ustedes? ¿ya no se acuerda usted de Julio, D. Braulio?

—¡Pues qué!—respondió éste con extrañeza—¿es Julio?

—El mismo, para servir á usted—concluí yo bajando del caballo.

—¡Dios santo!.... Pero muchacho, ¿quién te habia de conocer si estás tan *hermoso?* Piedad—continuó nuestro amigo alzando la voz—ven acá y mira quien está aquí. ¿Pero, cuándo vino, dónde ha estado, qué se ha hecho en seis largos años?—agregó despues dirigiéndose á mi padre.

—Llegó hace pocos dias, D. Braulio: lo demás él se lo dirá á usted.

Era D. Braulio un campesino rico, de esos que aman sus montañas y las costumbres en que han sido criados; de vida sencilla y libre de inquietudes, oscura y aislada, pero que ellos prefieren á cualquiera otra, por muchas y deliciosas que sean las comodidades de que en esta pueden disfrutar. Hijo único de unos acomodados montañeses, su juventud se habia deslizado tranquila, libre y feliz en aquellos apartados sitios: cuando quedó huérfano y se vió dueño de una regular fortuna, buscó una compañera que le acompañase en su soledad, y se casó. Se fué entónces á radicar al pueblo, ya por complacer á su esposa que así se lo pidió, ya por no sufrir incesantemente el dolor que le causaba verse sin sus amados padres habitando la casa en que se habia mecido su cuna. De entónces databa la íntima amistad que al presente le unia con mi padre: pues vecinos en el pueblo, y dedicados ambos á las mismas labores en el campo, habian tenido frecuentes ocasiones de tratarse, de hacer excursiones juntos á lejanos lugares de la sierra, y de unir su suerte en el buen ó mal éxito de algun negocio. Cuando murió su esposa, D. Braulio se volvió á la montaña triste y desconsolado; queria ocultar su desgracia en la antigua casa de sus padres, acompañado solamente de su hija Piedad, angelical criatura que yo habia dejado muy niña, y de algunos criados: su vida allí fué tranquila y sosegada, pues como él mismo decia, el trabajo, las fatigas y áun las molestias á que se entregó, le servian de distraccion. Al pueblo bajaba rara vez con Piedad, generalmente los domingos para oir misa; pero apénas se detenia en él, pues se volvia inmediatamente á la montaña.

D. Braulio decia que ya no debia yo conocerlo por haber cambiado *en todo;* pero desde luego que lo divisé reconocí en él al antiguo é íntimo amigo de mi padre, no estaba en verdad, como la última vez que lo habia visto, sano, robusto, con semblante risueño y alegre; pues la pérdida de su esposa habia destruido su naturaleza afligiendo profundamente su alma; más lo hallaba yo franco y amable como siempre, y me trataba con esa familiaridad encantadora de antiguos conocidos, al mismo tiempo que con cierta superioridad paternal, disimulable en los que nos han tenido en sus rodillas y han acallado con sus caricias nuestro llanto de niños.

V.

Despues de un momento de conversacion, D. Braulio, observando que no se habia presentado Piedad, exclamó:

—Pero esta niña que no viene.... ¡Hija!....

—Voy, papá—contestó una voz dulce y suave que desde luego resonó agradablemente en lo íntimo de mi corazon.

—Vamos á ver—agregó D. Braulio en voz baja y dirigiéndose á mí—si te conoce Piedad.

Esta se presentó en aquel momento, tímida y pudorosa, resplandeciente de hermosura y de modestia: apénas podia yo reconocer en ella á la niña que habia dejado al alejarme de mi pueblo! Las suaves y apacibles gracias de la infancia se mezclaban de un modo inexplicable á los encantos y hechizos de la adolescencia: era una rosa en el momento de abrir su broche y ostentar frescos y lozanos sus delicados pétalos. La aurora de la juventud iluminaba aquella frente, blanca como las azucenas de la montaña, y encendia sus miradas en el casto fuego de la honestidad: habia en sus movimientos recato y sencillez, y todo denunciaba en la hermosa jóven una bella alma, poseedora de la inocencia del niño y del modesto rubor

de la vírgen. Envolvia su esbelto talle en un fino pañolon de seda, oscuro y de rayas verdes, bajo el cual se veia su vestido de blanca muselina salpicada de florecillas encarnadas: llevaba suelta sobre su espalda, y húmeda aún del baño, su espesa, negra y sedosa cabellera que se agitaba blandamente al andar.

Nos saludó, sin atreverse á mirarnos. ¡Qué dulce era su acento!

—A ver, hija, ¿conoces al señor?—le dijo D. Braulio señalándome.

Alzó ella los ojos para verme, y encontrándose con los mios, sus mejillas se tiñeron de rosa, de ese suave color que toma la nieve vírgen de las montañas al verse sorprendida por el primer beso del sol.

—No, señor—contestó Piedad avergonzada—no recuerdo....

—Vaya, yo tampoco lo conocia ya. Pues, hija, es Julio, con quien jugabas en el pueblo cuando ámbos erais niños. ¿No te acuerdas?

—Ah! sí,—exclamó la niña reconociéndome y dibujando en sus hermosos labios una graciosa sonrisa.—Está muy cambiado—agregó despues más animada y tratando de verme sin turbarse.

—Tú no lo estás ménos—le dije yo—y parece que te sienta bien vivir aquí ¿no es verdad?

—Como á tí te ha sentado pasar seis años por allá—me interrumpió D. Braulio. ¿Y crees que te habiamos olvidado? Que te diga tu padre lo mucho que te extrañamos desde que te fuiste, aquella santa que esté en el cielo y nosotros; y aun creo que algunas lágrimas corrieron por tu causa, ¿no, hija?

Me volví hácia ésta, y me pareció ver sus ojos próximos á humedecerse: inclinados al suelo, no pudieron leer en los mios la inmensa gratitud en que rebosaba mi corazon. Sin duda el recuerdo de su madre, evocado por D. Braulio, habia turbado súbitamente la serenidad de ánimo de la pobre niña. Por lo demás, aquella ternura de alma, aquel cariño que ella habia conservado hácia mí hasta llorar por mi ausencia, me conmovieron de un modo indecible, haciéndome sentir una felicidad dulcísima, una especie de inocente orgullo. ¡Cuán bellos y lejanos aparecieron en mi mente los felices años de mi infancia pasados al lado de aquella candorosa niña!

—¿Es cierto, Piedad, eso que dice tu papá?—me atreví á preguntarle con voz que alteraba la emocion, y haciendo esfuerzos para afectar una serenidad que no tenia. Si es así, ya sabes que te lo agradezco.

Me vió apénas, y no atreviéndose á hablar, bajó los ojos.

—Yo tambien—continué volviéndome á D. Braulio—hacia frecuentes recuerdos de ustedes. Mis cartas así lo decian.

—Hombre, lo creo porque tú lo dices. ¿Pero qué tiempo habias de tener para eso, metido allá entre tanta gente lleno de diversiones, paseos y de quién sabe qué cosas más? Cuando uno goza no se acuerda ni de Dios.

—Así será, pero muchas veces pensé en ustedes. ¡Y cuánto he sentido no encontrar ya á Dª Teodora! Dios no lo ha querido.

—¡Que se haga su santa voluntad!—repuso el piadoso montañés lanzando un triste suspiro y viéndome con tierna gratitud. Ella descansa ya en el seno del Señor: así lo espero de su misericordia.

VI.

Mi padre y D. Braulio comenzaron despues á hablar de sus negocios. Yo me paré para ir á ofrecer á Piedad algunos pequeños regalos que habia traido para ella; y viéndola ya ménos tímida conmigo, le dije, cuando estuvimos solos:

—¿Conque te acordabas de mí, Piedad? ¡Qué buena eres!

—Y mi pobre mamá tambien, que esté en la gloria. ¡Y yo que no te conocia!—agregó riéndose. ¿Cómo te ocurrió venir?

—Por acompañar á mi padre; el quiere ahora ir conmigo á todas partes.

—Cómo no, si has estado en México tanto tiempo. Cuando venia á vernos y hablábamos de tí, se entristecia mucho, y se le conocia que queria que tú vinieras; pero ¿cómo no te llamaba, no?

Yo oia embelesado su dulce voz, y me enternecia leyendo en sus miradas la inocencia y la pureza de su alma. ¡Qué hermosa estaba!

—¿No quieres ir al pueblo, le pregunté, á pasar las Posadas y la Noche-Buena con nosotros? Empiezan dentro de tres dias, y mi madre quiere que vayas.

—¡Ay, sí! yo tambien; pero mi papá ha estado enfermo estos dias, y no quiero dejarlo solo.

—Pues irá con nosotros: diciéndoselo mi padre no se ha de negar.

—Quién sabe: él tiene la costumbre de llevarme todos los años, pero cuando ya falta poco para la Noche-Buena. En tu casa será la última Posada ¿no?

—Creo que sí, aunque mi madre no me ha dicho nada.

—¿Te acuerdas qué locuras haciamos cuando éramos chicos?—prorumpió riendo de la manera más graciosa. ¡Cómo me acordaba de tí en las Noche-Buenas que han pasado!

—¡Hija!—gritó en aquel momento D. Braulio llamando á Piedad. ¿Tienes deseos de ir al pueblo, no es verdad? Las Posadas y la Noche-Buena se acercan, y la señora (así llamaba á mi madre) quiere que vayas.

—Como usted quiera—respondió la jóven así que se acercó á su padre.

—¿No sabes que lo quiero?—agregó éste en tono de chanza.

—Es que todavía no está bien aliviado, y por eso....

—¿Ha estado usted enfermo?—interrumpió mi padre.

—Sí, pero no ha sido gran cosa. Este dolor de costado que se me quiere acercar de cuando en cuando.... Si cuando uno está ya viejo.... Pero ya me siento bueno, hija. Conque, prepárate para mañana: te irás con el Sr. D. Julian, que piensa salir á la madrugada para caminar con la fresca, y temprano están en el pueblo.

—¿Y usted no vá?—le preguntó la niña con acento cariñoso.

—Sí, hija, por supuesto que he de ir; pero será despues, el dia de la verdadera fiesta.

—Entónces sí voy—exclamó Piedad llena de júbilo, y mostrando más desembarazo en sus palabras.

A medida que se sentia feliz, desaparecia su encantadora timidez, sin abandonar por eso aquel recato, aquella modestia que tanto la agraciaban.

VII.

Al dia siguiente, muy temprano, el ruido de los caballos en el empedrado del patio me despertó. Vestíme apresuradamente, salí afuera, y quedé sorprendido del bello espectáculo que se presentó á mi vista: la luna, teñida de ese color rojizo que Ossian describe en sus cantos, estaba próxima á desaparecer tras las cumbres más elevadas de la inmensa y majestuosa sierra; el lejano correr del rio, que se percibia claramente, y el monótono y constante rumor formado por los insectos de los bosques vecinos, interrumpian el imponente silencio de la noche; en el cielo brillaban, puras y serenas, las inmóviles estrellas, despidiendo esos hermosos resplandores semejantes á los de un limpio diamante herido por la luz.

A poco de estar yo contemplando este cuadro, salió Piedad y se acercó á mí: venia envuelta aún en su hermoso pañolon de seda, y animaban sus ojos los rayos de la más inocente y sosegada alegría.

—¿Nos vamos ya?—le pregunté.

—Sí; yo en un momento estoy lista. La mañana está muy fria ¿no la sientes así?

—Con razon, si estamos en Diciembre, cerca ya de la Navidad. Cuando amanezca, vamos á ver las cumbres de la sierra blancas de nieve. Y este airecillo helado que corre y que tanto te va á molestar.... ¿Quieres que nos aguardemos hasta que salga el sol?

—No, no: si tengo tanto alboroto que ya se me hace tarde. ¿No sabes tú que á mí me gusta mucho madrugar? Mi papá, siempre que me lleva al pueblo, sabe que la *madrugadora* le ha de despertar: así me llama él.

—Yo lo decia por el frio, que está muy fuerte....

—No, no; por eso no; bien abrigada....

—Pues entónces vámonos. Mi padre viene ya.

En efecto, un cuarto de hora despues, todo estaba arreglado para marchar; entré á despedirme de D. Braulio, que por su salud delicada y reciente indisposicion, permaneció en su cuarto: el pobre señor no podia disimular su tristeza al quedarse solo, por más que supiera que solo unos cuantos dias iba á estar separado de su hija.

—Les encargo mucho á mi niña—nos dijo á mi padre y á mí.—Si ha nevado, debe estar muy resbaloso el camino, y cuiden de guiar su caballo por las partes ménos malas. Y tú, Piedad, te vas muy quieta..

—Sí, papá.

—No quieras ir haciendo locuras cuando bajen al llano. Me la regaña vd., D. Julian, si no va con juicio—concluyó dirigiéndose á mi padre en tono de chanza.

—No le dé á vd. cuidado: irá perfectamente. Conque, ¿hasta el sábado, no? Hombre, váyase usted ántes; ¿qué hace vd. aquí solo?

—Veremos, Sr. D. Julian.

Despues de esta despedida, salimos. Piedad abrazó á su padre, le besó repetidas veces y fué á reunirse con nosotros.

—Me entristece dejarlo solo—me decia la dulce niña cuando yo la sentaba en su caballo. Pero irá pronto ¿verdad?

—Sí —le contesté enternecido— y de ese modo estarás allá más contenta.

¡Qué dulce era su voz, suavizada, por decirlo así, por el inocente candor de su alma y el cariño que profesaba á su padre!

VIII.

Bajamos de la montaña; y cuando la luna se habia ya ocultado tras la inmensa serranía, una poética claridad, un apacible resplandor comenzó á iluminar el Oriente: era la hora del alba, con todas sus pompas y armonías, con todos sus aromas y sus indescribibles bellezas. Las estrellas del cielo empezaron á palidecer y á ocultarse ruborosas entre el manto de la aurora; los gallos cantaban en la escondida choza del montañés, y en la lejana ranchería oíanse ya los primeros mugidos de las vacas; los pajarillos saludaban la alborada con sus alegres trinos, ocultos todavía entre el fresco ramaje de las arboledas que cubrian las hermosas faldas de la sierra; y por todas partes, en fin, percibíase ese alegre rumor de la mañana que anuncia el despertar de la naturaleza.

La escarcha, blanca y fina como polvo de plata ó de cristal, cubria los campos, las verdes ramas de los pinos, los peñascos y los extraviados senderos de los valles: del fondo de éstos veiamos ascender, ora azuladas columnas de humo salidas de la humilde choza del labrador, ora espesas nieblas que, cual girones del desgarrado manto de las montañas, flotaban al caprichoso empuje de los vientos; rozándose unas veces con las copas de los árboles y deslizándose otras sobre las elevadas cumbres, desaparecia al fin, en las alturas del cielo. De repente, el azul del firmamento tomó un tinte más puro y más hermoso; cubriéronse de encendida grana las blancas y ligeras nubecillas, la cándida nieve de la montaña, y todo pareció reanimarse con general alegría: era que el sol acababa de despuntar en el Oriente y que sorprendia á la tierra, engalanada de espléndidos atavíos, en su inocente entusiasmo.

Me volví á Piedad, que caminaba á mi lado, y su deslumbradora hermosura amortiguó inmediatamente en mi alma las impresiones profundas que aquella escena me causaba, haciéndole sentir otras más dulces, regaladas y deliciosas. ¡Ay de mí! No he visto desde entónces, proscrito del amor, la inefable expresion que sus miradas tenian en aquel momento; ni en encantos más seductores, más bellos y candorosos que los suyos, se han deleitado mis ojos y mi alma desde aquella mañana inolvidable. Sus mejillas, acariciadas por la brisa del alba, estaban frescas, rosadas y pudorosas como las suaves hojas de de una rosa de Castilla; sus negras y lucientes trenzas recogíanse bajo la falda de un graciosu sombrerillo café, adornado de cintas negras de seda; y un ele-

gante túnico de montar, de color verde-caña, cubria su flexible talle, que airosamente obedecia á los acompasados movimientos del caballo: Contemplaba yo con singular arrobamiento aquel conjunto de bellezas, ante las cuales, las magníficas de la naturaleza que antes habia admirado, me parecieron ya sin atractivo alguno; veia yo á Piedad revestida de todo el mágico encanto de la juventud, de toda la gracia de la candorosa inocencia, de toda la poesía que para un adolescente tienen los ensueños del amor. ¡Y cuánto y cuán profundamente la amaba ya! Habiánme subyugado en pocas horas el fuego honesto y apacible de sus ojos, su modestia, su sencillez y su candor; encontraba nuevas y bellísimas las virtudes que en ella habia descubierto; agradábanme la delicadeza de sus sentimientos, su casto rubor, su inefable mansedumbre y pureza de alma. Al verla tan cerca de mí en aquellos sitios agrestes y solitarios que yo amaba; al ver que no me encubria sus encantos ni se ronrojaba ya al dirigirle la palabra, sentíame dichoso y agradecido al cielo por aquellas dulcísimas horas que me daba y yo no merecia.

—¿Vas bien, Piedad?—le pregunté.—¿No te has cansado?

—¿Tan pronto? Si ya estoy acostumbrada á andar á caballo—me contestó con cierta satisfaccion de sí misma.

—Bueno—interrumpió mi padre que en aquel momento se unió á nosotros y que habia oido mi pregunta.—¿Conque no te sabes cansar?

—No, señor—contestó ella algo avergonzada y con cierta timidez.

—¿Y estás contenta? ¿Llevas deseos de divertirte mucho en las Posadas?

—Sí, señor; y si mi papá hubiera venido con nosotros más contenta iria.

—No todos los gustos han de ser completos, hija—le respondió mi padre—pero luego vendrá.

Cuando comenzamos á descubrir las blancas casas del pueblo, el acento de las campanas que llamaban á misa llegó hasta nosotros; produciendo en mí esa inocente y pacífica alegría del que se acerca á donde le esperan con amor y oye el sonido de las campanas que le son conocidas. Piedad se hallaba á mi lado en aquel momento.

—Estoy contento, muy contento—le dije entusiasmado.—¡Qué dichoso voy á ser en esta Noche-Buena! Y á tí te lo deberé, Piedad.

—¿A mí?—dijo ruborizada.—¿Por qué?

—Despues te lo diré, le contesté sin mirarla.

Entretanto, pensaba en que muy pronto iba á comenzar para mí una vida nueva, llena de regocijo y de poesía, de felicidad y de amor. La dulce y hermosa niña, cual una cándida azucena de la montaña, iba á derramar el perfume de su inocencia en la casa de mis padres, iba á alegrar nuestras fiestas del hogar y á contentarnos con su amable compañía.

Media hora despues llegamos á casa.

IX

Mi madre recibió á Piedad con la alegría de quien recibe á una hija propia: la amaba tanto, que su presencia era para ella como necesaria en aquellos dias en que todo era bullicio y animacion. Entró Piedad á cambiarse de vestidos, y poco despues se presentó tan bella y graciosa como siempre, llena de satisfaccion y de júbilo.

—Ahora á mí me toca—le dije sonriendo—vas á estar aquí como en tu casa.

Y así que me contestó con una de sus más tiernas miradas, fué á buscar á mi madre para conversar con ella un momento. Yo me salí al portal de afuera.

Los preparativos de la gran fiesta de Navidad habian ya comenzado en el pueblo, y en todas partes se notaba ese movimiento, esa algazara que anuncian la próxima llegada de un suceso extraordinario: en la plaza se levantaban numerosas enramadas para los puestos de dulces, de juguetes y de *nacimientos*: las fachadas de las casas se limpiaban para hacerlas aparecer blancas y hermosas; las tiendas se surtian, llenaban

sus aparadores de sabrosas golosinas y se adornaban más y más de vistosos lienzos ó botellas de color: multitud de chiquillos recorrian alborozados las calles, gritando y cantando, felicesy contentos. Al ver aquella alegría, no podia yo ménos de participar de ella y de entristecerme á un tiempo: recordaba mis primeros años y mis inocentes alegrías pasadas, y me sentia dichoso á la sazon, viéndome al abrigo de mis padres, bajo el techo que me habia visto nacer. Recordaba tambien las Navidades que habia pasado en la ciudad y una dulce melancolía se apoderaba de mi alma. ¿Cuándo un recuerdo no nos entristece?

—¡Qué fiesta tan poética, tan hermosa y tan general!—pensaba yo. En todas partes es esperada con impaciencia y recibida con júbilo; en todas partes es uno mismo el entusiasmo que produce, principalmente en los niños, que son los verdaderos ángeles de la tierra, los ángeles custodios de sus madres y de sus familias.

Deseando yo que Piedad viese tambien el cuadro que tenia á mi vista, corrí á buscarla, invitándola para que saliese á dar un paseo conmigo; pero ella prefirió quedarse y verlo todo tras las cortinas de una ventura.

Desde que llegamos á la casa, observé que se turbaba al dirigirle yo la palabra, que me ocultaba sus miradas, que su semblante, en fin, se cubria á menudo de un suave color de rosa, como si me quisiera indicar así que le causaba rubor verse tratada por mí con la confianza que acaso parecia extraña á los demás. Sus palabras no eran ya como en la montaña, ingénuas y rebosando cierta encantadora familiaridad: por el contrario, en todo lo que ella me decia, observaba yo una tímida reserva. Las almas que, como la de Piedad, están acostumbradas á la dulce libertad del retiro, pierden su espontánea franqueza, su serenidad y su ánimo expansivo cuando se hallan entre personas de carácter y de costumbres diversas de las suyas.

—Estás triste—le dijo—no venias así.

—Si yo no estoy triste; ¿quién te lo ha dicho?

—Como no hablas ya....

—Pero eso no quiere decir que esté como tú dices.

—¿Estás, pues, contenta?—le pregunté seducido por el acento con que pronunció estas palabras.

—Sí.

—Pero de seguro no tanto como yo.

—¿Por qué?

—Debias haberlo conocido ya: porque estás tú aquí.

—¿Sí?....—dijo ruborizándose.

—¿No lo crees?

—Pues no.

—Es porque no me conoces. Desde que he vuelto de México apénas he podido alegrarme una que otra vez, como estoy ahora. Vengo tan fastidiado....

—¡Ah! y ahora recuerdo, ¿por qué me dijiste eso en el camino?

—¿Qué cosa?—Ah, sí! que por tí.... Pues ya ves que no te he engañado; ¿acaso no me ves dichoso?

—Bueno, pero digo que por qué....

Piedad no me veia: finjia examinar atentamente el secreto de un juguete que habia sobre la mesa.

—Porque me causa alegría que estés tú aquí—acabé de decirle.

—Díme,—continué despues de un momento de silencio en que enagenado estuve contemplando su hermosura;—díme, ¿te gusta estar en la montaña?

—Mi papá lo quiere así—me respondió con sencilla ingenuidad—y vivo muy contenta: me sobra allá en qué entretenerme.

—Pero allá.... tan léjos.... ¿no te quisieras venir á vivir al pueblo?

—Sí, pero no se lo digo á mi papá porque él está allá mejor, y á mí me toca cuidarlo. Pero voy adentro á estarme con la señora.

Salió: y mucho tiempo despues de que habia desaparecido, resonaba aún en mi alma el suave acento de su voz.

X

Entretenido yo en casa en diversas ocupaciones que inventaba para permanecer en ella, tenia oportunidad á cada momento de ver á Piedad, de observar

su manso carácter, su bondad y pureza de corazon, su inocencia y todas aquellas virtudes, en fin, que tanto realce daban á sus gracias naturales: deleite regalado era para mí oir el limpio y dulce metal de su voz, sus conversaciones con mi madre llenas de candor y de ingenuidad. Cuando me presentaba yo donde ella estaba, como mis miradas buscaban primeramente las suyas, bajaba ruborizada los ojos, permanecia callada y apénas se atrevia á mirarme: no parecia sino que mi presencia la mortificaba en extremo delante de los demás. Algunas veces, sin embargo, la sorprendia yo mirándome con singular atencion y hasta con cierto cariñoso interés: cuando yo hablaba, me oia sin apartar la vista de algun objeto cercano, como si quisiera ocultar de este modo la complacencia que sentia y que yo leia claramente en sus ojos: observaba tambien que solia buscarme con afan y que venia á donde yo conversaba con mi madre ó con mi padre, permaneciendo allí en actitud humilde y distraida hasta que me iba ó la llamaban.

Pero no obstante estas preferencias suyas, tanto más preciosas y dulces para mí cuanto que ellas me anunciaban lo que yo tanto queria saber, Piedad evitaba ya quedarse sola conmigo como si temiese que su turbacion me revelara sus sentimientos ó que mis lábios se atreviesen al fin á decirle lo que ella sin duda sabia ya: que yo la amaba. Tales son las almas candorosas cuando abrigan un cariño puro: se conforman con amar y ser amadas, sin desear ni esperar nunca que se las dirijan esas palabras vagas y extravagantes que ha inventado el lenguaje moderno del amor. Piedad ignoraba ese idioma; y tímida y humilde como son las doncellas virtuosas, ocultaba su amor modestamente. Acaso, si yo le hubiera hablado del mio, no me habria comprendido.

¡Amable niña, cuánto me enternece hoy tu recuerdo! Despues de tantos años que han pasado desde entónces, te veo aún en mi memoria, pudorosa y sencilla como en aquellos dias te ví; hoy admiro tu virtud, tu inocencia, tu casta honestidad, y apareces en mi mente como un sueño delicioso de la adolescencia, como una de esas vírgenes, radiantes de luz y de candor, que se dibujan en la fantasía de un poeta. Me acordaré siempre, estremeciendome, de la felicidad que en aquel entónces, inundó mi pecho, del temor y de la modesta humildad con que aceptaste mi cariño y con que me dabas pruebas del que yo te inspiraba. ¡Cuán superiores eran tus méritos de niña inocente y pura á los de otras mujeres que despues me han fascinado con su belleza!...

XI

Un dia, varios amigos me invitaron para que los acompañase á una excursion que pensaban hacer al interior de los bosques de la montaña: faltaba ya solo un dia para el de Navidad, y ellos querian ir á traer el heno más fresco y abundoso, verdes ramas de pino y las flores silvestres más olorosas y más bellas, para regalar á las jóvenes del pueblo que debian poner *nacimientos* en sus casas. Acepté con gusto, y dí órden para que me preparasen el caballo. Mi madre, en compañía de Piedad y algunas mujeres, arreglaba en el salon los adornos para la Posada de ese dia, que debia darse en nuestra casa. Entré para despedirme y le dije:

—Ya sabe usted á dónde voy ¿no? Estarémos aquí de vuelta en la tarde.

El rostro de Piedad se inmutó ligeramente, y manifestó como pesar ó extrañeza de que yo me fuera: sus tímidas miradas así me lo dijeron. Mi madre me hizo algunos encargos y me enumeró lo que habia de traer de la montaña para adornar el salon y el altar: pero Piedad nada me dijo.

—Tal vez acompañe mañana á mi padre—continué—pues segun me ha dicho, tiene que ir á acabar de arreglar al rancho lo de los peones que han de comenzar á trabajar la semana que viene: de vuelta pasaremos por D. Braulio; así es qué seria bueno que mandara usted arreglar todo para tenerlo prevenido.

—No creas que vaya—me respondió mi madre—eso se puede hacer despues.

¿Cómo han de andar en negocios en estos dias? Sin embargo, temo que ahora que se fué al campo se resuelva á ir de una vez al *Cerro*. De ese modo, él y D. Braulio estarán aquí esta tarde.

—Pues mejor—concluí yo.

Piedad pareció alegrarse al oir estas palabras, y sus ojos, con una dulce y clara expresion de humildad, me rogaron que no me fuese.

Salí afuera, y no sé por qué en aquel momento me avisó el corazon que debia decir á Piedad ántes de irme lo que tanto deseaba, seguro de que en aquella vez no rehusaria ella quedarse un momento sola conmigo ni oir lo que yo le dijera. En efecto, así fué: recargado en una barandilla del corredor esperando el momento de montar, me volví súbitamente al oir el roce de un vestido: era Piedad.

—¡Ah! si todavía no te vas—exclamó.

—¿No deseas tú que te traiga algo de la montaña para el nacimiento?—le pregunté.

—Sí—me respondió humildemente y bajando la voz—¿pero para qué vas tú si se puede encargar el heno y las flores y todo lo demás?

Al hablar, sus ojos apénas podian resistir las miradas de los mios, y en sus mejillas sonrosadas observé la mortificacion que aquella escena le causaba.

—¿No quieres, pues, que vaya? Yo deseaba ir, porque comienzo á ponerme triste y sin saber qué hacer: como tú apénas quieres estar donde yo estoy y no me platicas......

—Es que me da vergüenza; pero ya no sucederá así cuando vuelvas.

—¿Acaso no sabes que yo te quiero mucho y que deseo estar siempre contigo?

—Sí; pero, ... ¿no te digo que me dá vergüenza........ y así como miedo?......

—¿Miedo? ¿de qué?

—Pues no sé.... de que me vea la señora.... Pero cuando vuelvas hemos de platicar.

—¿Y ya no te andarás escondiendo de mí?

—No; ¿no ves que á mí tambien me gusta estar contigo?

—No lo demuestras mucho.

—Pero si ya te dije por qué....

—¡Ah! ¿entónces puedo estar seguro de que tambien tú?....

Y adivinando lo demás de mi pregunta en la mirada, sus mejillas tomaron un tinte de rosa más subido que otras veces.

—Sí, sí...... me interrumpió ocultándome su rostro y entrando al salon muy avergonzada.

Aquella expedicion á la montaña me era ya penosa. Acababa yo al fin de revelar mi amor á Piedad, y al sentir inundado mi corazon de incomparable dicha, la casa de mis padres me atraía de un modo irresistible, y era más bella para mí que las espléndidas y calladas montañas que iba á recorrer.

Un cuarto de hora despues me reuní á mis amigos y salimos del pueblo.

XII.

Cuando en la tarde volví, Piedad me esperaba ya en el portal interior de la casa: el suave carmin del rubor no habia desaparecido aún de su semblante. Me acerqué á ella inmediatamente, le entregué un ramo que en la montaña habia formado para eso y le pregunté si habia vuelto mi padre.

—Todavía no—me respondió—pero la señora cree que se fué para el *Cerro* y que debe llegar hoy con mi papá, aunque ya con la noche.

—Pues ojalá—repuse—así estarás más contenta. ¿Quieres esperarme aquí mientras voy á saludar á mi madre? Acuérdate de lo que me has prometido.

—Sí.

—Vuelvo pronto.

Hallé á mi madre en el salon donde se disponia la Posada; y en aquel momento veia el heno, las flores y otras yerbas aromáticas que yo habia traido y que el mozo acababa de poner á su vista.

—¿Ya sabe Piedad que has vuelto? —me preguntó—si no, llámala para que venga á ver todo esto.

—Viene ya—le respondí.

Cuando volvió á donde habia quedado yo esperándola, traía en un delantal

muchas flores, y me dijo que tenia que formar unos ramilletes para el altar; pero como ya faltaba poco tiempo, queria que yo le ayudase.

Piedad tenia aquel dia un sencillo vestido de muselina color de rosa; su abundante cabellera, peinada primorosamente, estaba recogida en dos gruesas trenzas adornadas de cintas negras; y un collar de oro de cuentas pequeñas y unos hermosísimos pendientes del mismo metal, daban cierta expresion encantadora é irresistible á aquel conjunto de inocencia, de belleza y de angelical candor: yo no me cansaba de contemplarla.

—Te has puesto hoy muy elegante, le dije cuando nos quedamos solos.

—Elegante no; pero como hoy tiene que venir aquí mucha gente, debo estar limpia.

—Y más hermosa que nunca, ¿es verdad?

Las blancas facciones de la niña se tiñeron súbitamente de un vivo encarnado, no tanto por mis palabras, cuanto por el acento con que las pronuncié: con él habia traido á su memoria lo que entre nosotros habia pasado en la mañana; ruborizada así, su pudor era el pudor de un ángel.

—¿No es verdad? volví á decirle.

Entretenida con las flores no alzaba los ojos para mirarme, pero comprendiendo yo lo que en aquel momento pensaba, insistí en mortificarla.

—¿A que sé por qué te has puesto así?—le dije.

—¿Cómo?

—Muy elegante, muy bonita y callada. ¿Ya no me quieres hablar?

—¿Pues acaso no estoy hablando?

—Sí, pero no como yo quiero. Y no te olvides de lo que digo. Díme, Piedad, si yo te hubiera suplicado que te vistieras así, ¿lo habrias hecho?

—Segun.

—¿Cómo segun?

—Sí; porque si era para hacerme burla.....

—¿Burla? ¿acostumbro yo hacer eso, ménos contigo?

—No: pero como yo soy ranchera, y....

—Muy bien, muy bien; por eso que dices, precisamente por eso, te quiero á tí solita.

—Es que tú eres muy bueno...... más yo siempre me avergüenzo...... En la ciudad debe haber mujeres muy lindas, y tambien aquí en el pueblo hay.

—Pues yo todavía no las he visto. ¿Y qué te parece de una que me hallé en el *Cerro*, en casa de D. Braulio? ¿No crees que es más hermosa?

No sé quién es, me respondió con voz imperceptible y dibujando en sus lábios una inocente sonrisa.

—Yo le he dicho—continué—que la quiero mucho, y como es tan buena, me ha respondido que ella tambien.... Pero dudo que me quiera tanto como yo á ella.... ¿No lo crees así?

—No—contestó resueltamente.

—Entónces—le dije yo sintiendo en mi alma una felicidad que jamás habia sentido—entónces dame un ramito hecho por tí para que con él me pagues el que yo te regalé.

—¿Nada más para eso?

—Y para otras cosas.

—¿Cuáles?

—Para guardarlo como tuyo; para que con él me digas lo que no quieras decirme, y para que en él vea yo una prueba y un recuerdo de tu cariño.

Piedad me miró con inefable expresion de ternura y de gratitud, que penetró hasta lo más íntimo de mi alma llenándola de orgullo: en los ojos de la hermosa niña volví á ver aquella mezcla singular de júbilo y de timidez, de amor y de inocencia que tanbien sabian hermanarse en ellos.

—¿No me has de dar el ramo?—volví á decirle, viendo que no me habia contestado.

—Sí, ¿no ves que ya lo estoy haciendo?

Y me enseñó las flores que habia elegido.

Despues de un momento, me dijo al present rmelo:

—Aquí está ya: guárdalo como yo guardaré el tuyo.

Tomé el ramo y acariciándolo la suave y delicada mano con que me lo daba, repuso sonrojada:

—Ahí viene la señora.

En efecto, á poco entró mi madre.

—¿No acaban?—nos preguntó.

—Poco nos falta—dijo Piedad.

—Pues les ayudaré: así acabarán más pronto. Tu padre—agregó despues dirigiéndose á Piedad—se habrá entretenido y por eso no ha llegado; pero ni Julian viene. Si vienen juntos estarán aquí á las ocho de la noche. Y el señor cura no debe tardar: me ofreció venir á ver el altar y nuestra sala de Posada, ha mostrado grandes deseos de verte al saber que tú estás aquí, hija; pero si quieres, anda con Julio á dar una vuelta por la plaza miéntras viene: ya ves que está muy animada, Yo acaboré aquí, al fin ya falta poco.

Piedad, procurando que mi madre no la viese, me preguntó con los ojos si podia aceptar: le contesté que sí.

—¿No rehusas ahora mi compañía?—le dije así que salimos.

—Al contrario—me respondió—quisiera estar siempre contigo.

XIII.

A las ocho de la noche comenzó en el pueblo la agitacion y el bullicio acostumbrados hacia ya siete dias: era la última *Posada*, y el concurso que se preparaba á presenciarla era más numeroso que otras veces, pues los habitantes de las montañas y de los pueblecitos vecinos habian llegado traidos por su deseo de disfrutar de las alegres fiestas de Noche-Buena. En la casa habia una confusion y un alboroto indefinibles: los chicos habian invadido los corredores, el salon y la huerta, y llenos de infantil alborozo, gritaban, cantaban y reian.

Al fin se encendieron las luces del altar, y el aromoso incienso comenzó á derramar los por aires su delicioso perfume: en la calles se oian las músicas que acompañaban á los Santos Peregrinos, y los cohetes, los cantos y los gritos formaban un concierto tal de entusiasmo y de gozo, que naturalmente se henchia el corazon de piadosos sentimientos.

Cuando las imágenes de la Vírgen María y de San José llegaron á la puerta, cesó por un momento aquel bullicio, sucediéndole el sordo rumor de la multitud que las acompañaba: despues de los cantos y abierta ya aquella, la gozosa muchedumbre invadió precipitadamente el salon, radiante de vivísima luz y despidiendo el sabroso aroma del incienso y del fresco pinó. El entusiasmo aumentó, sonaron más alegres las músicas y numerosos cohetes atronaban el aire en la plaza: los niños, valiéndose de delgados carrizos que ponian en contacto con el agua, producian unos sonidos agradables y alegres, tradicionales en toda fiesta de Noche-Buena. Concluidos los rezos de costumbre, comenzó á retirarse la numerosa concurrencia: solo quedaron algunos amigos de la casa, piadosos campesinos que no se cansaban de ver á la Vírgen en su improvisado altar, y por último, algunas otras mujeres del pueblo que rezaban en respetuoso silencio.

Durante aquella escena que fielmente veo retratada en mi memoria y que en vano he querido reproducir aquí, no aparté los ojos un momento de mi querida Piedad: me agradaba ver en su semblante los reflejos de su veneracion y respeto religiosos, que me anunciaba el tesoro de fé albergado en su inocente alma.

Ya muy entrada la noche, como ella habia rogado á mi madre que la dejase velar á los santos Peregrinos hasta que la venciese el sueño, me acerqué á donde estabá para decirle que se retirara á descansar; y notando su actitud melancólica, le pregunté:

—¿Estás triste?

—No, no tengo nada; pero ya ves que mi papá no ha venido como me lo ofreció. Hoy debia estar aquí, y el señor D. Julian tampoco ha llegado. ¡Ay! ¿qué habrá sucedido? Nada han mandado avisar ¿no es verdad?

—No tengas cuidado por eso—le respondí yo para tranquilizarla:—mañana temprano estaránaquí. Entre tanto, re-

tírate ya, pues es muy noche. Yo me quedo: á la madrugada iré á despertar á uno de mis hermanos para que venga á sustituirme.

—No, todavía no: voy á estar otro rato. Quédate conmigo.

Me senté á su lado, y pareció quedar contenta y tranquila; pero luego me dijo:

—Yo tengo miedo de que mi papá haya enfermado; es muy delicado. Y cuando va á sucederme algo, el corazon me avisa..... Si vieras, cuando murió mi pobre mamá, que esté en la gloria, soñé....

—Pero ¿para qué te acuerdas de eso ahora?—le dije interrumpiéndola.—¿No ves que es afligirte en vano y afligirme á mí?

—Sí, pero hoy no estoy sosegada...... ¡Dios mio, Vírgen Santísima!—exclamó con el más hondo acento de sincera piedad y dirigiendo sus ojos al altar.—Haced que no le suceda nada á mi papá porque yo me moriria; ó mandadme primero la muerte....

Al cabo de una hora conseguí con mis ruegos que Piedad se fuera á descansar, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para tranquilizarla.

Y sin embargo, yo mismo estaba ya alarmado: recordaba lo que algunos dias ántes me habia referido mi madre acerca del sueño que Piedad tuvo la noche que le sucedió la desgracia de perder á la suya. Soñó que veia á ésta elevarse hácia los cielos, en medio de blancas nubes y conducida por un ángel: ántes de perderse en las alturas llamaba á su hija: Piedad, que la amaba con todo su corazon, y que habia sufrido al verse ya sin ella, angustias de muerte y penas superiores á sus fuerzas de niña, elevó á Dios una plegaria, rogándole que le concediera morir ántes que su padre para no padecer de nuevo lo que ya una vez habia padecido. El Señor oyó su ruego, y cuando la madre de la pobre niña entró en el cielo, ella se sintió consolada, pues le parecia que pronto la seguiria á la region de los escogidos.

Desde entónces, para Piedad la muerte no tenia nada de temible ni de cruel: en vano se le habia dicho que abandonara la preocupacion de aquel sueño, pues en su sencillez y en su candor esperaba que Dios le cumpliria su promesa y que no la dejaria sola en el mundo. Su padre mismo, al ver la tenacidad con que ella creia que moriria primero que él, se habia apenado muchas veces, y no habia podido ménos de entristecerse profundamente pensando cuánta seria su desgracia si aquel ángel, que era todo el encanto de su vida, se remontaba al cielo en busca de su madre, dejándolo aquí desamparado y solo, sin consuelo ni esperanza ya de volver á ser feliz.

Sobre todo, los temores de Piedad me preocupaban de un modo indecible: me parecia que su sueño iba á ser pronto una realidad, y temblaba. Porque hay momentos en que el amor nos hace creer en todo, aun en los mayores imposibles, siempre que ellos nos anuncien el peligro de perder á la persona amada. ¿Y la inocencia, además, no tiene tambien sus presentimientos? ¿por qué aquella afliccion anticipada de la dulce niña; por qué aquella zozobra, cuando ninguna noticia mala habia llegado á sus oidos, y cuando, por el contrario, sabia que pronto llegaria D. Braulio? ¿por qué recordar aquel fatídico sueño en los momentos en que á su alrededor todo era contento, júbilo y animador bullicio? Pensaba en la juventud, la lozanía y la frescura de Piedad, y pensaba que era imposible que algun mal le hiriese de muerte; pero si sobrevenia una desgracia ¿podria resistirla su alma delicada y sensible?.... En vano procuraba tranquilizarme yo mismo; aquella preocupacion afectaba mi ánimo tan profundamente, cual si hubiese sido una realidad, arrebatándome en un momento el sosiego y la alegría de que ántes disfrutaba.

Al amanecer del dia siguiente llegó mi padre: D. Braulio no venia con él.

—¿Y mi papá?—le preguntó Piedad llena de cuidado y casi palideciendo.

—Se quedó, hija, porque dice que tiene mucho que hacer y no puede dejarlo.

Evidentemente, habia en mi padre al pronunciar estas palabras una estudiada reserva: yo, que lo conocia bien, así lo comprendí, pues ni su serenidad de aquel momento ni la indiferencia de la frase le eran habituales, por más que él hubiese procurado disimularlas dando á su voz un acento de dulzura y de tranquilidad. En efecto, cuando ya Piedad no estaba allí, le dijo á mi madre:

—Don Braulio está enfermo: él dice que no es nada, pero ya sabes tú el peligro que corre de agravarse cuando las punzadas le comienzan y no se les ataca. Queria venir, pero temiendo que le hiciese daño andar á caballo, le obligué á quedarse. Voy á mandar al médico hoy mismo, y si sigue malo don Braulio nos vendrán á avisar luego. No digan nada á Piedad.

Esta, en todo aquel dia, estuvo inquieta y molesta: mis palabras apenas conseguian distraerla un momento. Dios mio ¡cómo le avisaba el corazon lo que iba á suceder!

XIV.

Llegó por fin la esperada noche de Navidad, pura y serena, majestuosa y llena de poesía. La luna la iluminaba con todos los resplandores de su clara y plateada luz, y las estrellas lucian en el cielo suave y apaciblemnnte.

En el pueblo, el bullicio continuaba siendo extraordinario; los gritos de entusiasmo repetidos; la alegría de todos completa. Numerosos puestos de dulces y de otras sabrosas golosinas, perfectamentamente iluminados, formaban en la plaza prolongadas y vistosas calles, que sin cesar recorria una concurrencia abundante.

En casa, poco antes de las ocho, el señor cura, sentado en un sillon bajo el portal interior y rodeado de muchos niños, referia á éstos la siempre poética, conmovedora y sublime historia de Navidad. Piedad la oía desde un lugar apartado con respetuosa atencion y singular interés. Hé aquí lo que el excelente sacerdote decia á su infantil auditorio:

"El rey de Judea habia dado una ley para que todos sus súbditos marchasen á la capital á empadronarse; y, obedeciéndola, multitud de familias se habian puesto inmediatamente en camino, conducidas por magníficos trenes ó ligeras cabalgaduras, y con todas las comodidades de viaje de que pueden disfrutar los dueños de cuantiosas riquezas. La Santísima Vírgen María y su casto esposo Señor San José, se dirigieron tambien á la ciudad para cumplir con la disposicion del rey; pero como su pobreza era muy grande, él caminaba á pié, y la Vírgen en una mansa y pacífica pollina. Ya la noche empezaba á caer cuando llegaron á Betlen: venian cansados, y aunque en aquel país eran totalmente desconocidos y no tenian en él un pariente ni un amigo en cuya casa pudieran hospedarse, San José, sin embargo, queriendo que su santa esposa pasase la noche al abrigo del helado viento del invierno, buscó alguna parte en donde pedir posada. Todos los mesones estaban ya ocupados por ricos comerciantes, por sus criados y aun por sus cabalgaduras, y en las casas á que el Santo Patriarca acudió pidiendo un rincon por toda hospitalidad, se les despidió con desden, porque su presencia bastante pobre y humilde, no prometia á sus dueños la más módica ganancia por el alquiler. La Santísima Vírgen estaba en cinta y comenzaba ya á presentir la hora del parto; pero la maldad de los hombres no habia permitido que los santos Peregrinos tuviesen todavía un lugar apropiado para recogerse. Ellos, empèro, en su angelical sencillez y mansedumbre, sufrieron con paciencia tan repetidos desaires; y elevando al cielo sus miradas, oraban á Dios, y sus almas se sentian henchidas de dulcísima esperanza. El afligido esposo condujo á María á los alrededores de la poblacion, en busca tal vez de la pobre choza de algun pastor que sin duda se abriria para darles abrigo: pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. A un lado del camino divisaron un punto negro, y á él se dirigieron: era una solitaria y abandonada gruta que servia de pesebre á los animales del campo. María y San José dieron gracias al cielo

fervorosamente, y entraron: la oscuridad era completa, pero á poco observaron que no estaban solos: en el establo se hallaban un buey y una mula, los cuales permanecieron quietos al entrar los fatigados viajeros. ¡La hospitalidad que entre los hombres no habian encontrado, la hallaban al fin entre los animales!....

"En aquella gruta, hijos mios, y hácia la media noche, la Santísima Vírgen ¡siempre dichosa entre todas las mujeres! dió á luz sin dolor alguno al Niño Dios, más bello y más hermoso que los querubines del cielo. Súbitamente la gruta se llenó de una luz apacible y desconocida, como si todas las estrellas hubiesen enviado sus más suaves resplandores á aquel ignorado rincon del mundo para iluminar la pobre cuna del Hijo de Dios. El corazon de María, más puro que los copos de la nieve vírgen de las montañas, rebosaba en una felicidad inefable y dulcísima: contemplaba respetuosamente y con amor al Santo Niño, pues sabia que era su Dios y su Señor: veia envuelto su cuerpecito, semejante á un fresco y suave boton de rosa, en pobres pañales, pero su alma de madre se consolaba al sentir que el buey y la mula calentaban el ambiente con su respiracion. El Niño Dios sonreia inocentemente, al ver á los ángeles que poblaban la gruta y al oir las dulces armonías de sus cánticos.

"Entretanto, la naturaleza toda celebraba con regocijo el nacimiento del Salvador de los hombres: el cielo estaba sereno y diáfano, como una bóveda de azulado cristal; la luna y las estrellas brillaban con sin igual esplendor, y los ángeles entonaban en las alturas himnos de alabanza y de gozo. El ángel del Señor, mensajero de su voluntad, se apareció á unos pobres y sencillos pastores y les dijo: "Id á Betlen y adorar al Salvador de los hombres que ha "nacido ahora, y le hallareis en una "gruta, recostado en un pesebre y cu"bierto de pobres pañales." Y el ángel desapareció elevándose hácia los cielos y entonando con otros mil este sagrado cántico: "Hossana, hossana; gloria á "Dios, gloria al Señor en los cielos y "paz en la tierra á los hombres de bue"na voluntad. Hossana al Hijo de Da"vid." Los pastores se apresuraron á ir en busca de la gruta de Betlen; y habiendo visto lucir sobre ella un brillante lucero, la encontraron donde el ángel les habia dicho. Entraron y vieron al Niño, y lo adoraron."

Calló el señor cura: todos los chicos se acercaron á él para abrazarlo y recibir sus caricias y sus bendiciones.

—¿Y por qué hay ahora misa del gallo, señor cura?—le preguntó uno de aquellos inocentes.

—Para celebrar el nacimiento del Señor, le contestó su bondadoso ministro—por eso se dice á la hora en que El vino al mundo. Hoy todos ustedes deben rogarle que los proteja y que mande sus bendiciones sobre sus familias; pedirle que los haga buenos para que nunca le ofendan cuando sean grandes. Hoy todo lo que los niños le piden con buen fin, lo concede; pues como El tambien fué niño, ama á los niños con singular predileccion.

El infantil concurso comenzó á disolverse en medio de la mayor alegría, llamado por el bullicio y el entusiasmo que reinaban en la plaza y en las calles. Música, cohetes, cantos, todo producia una animacion sin igual y daba al pueblo un aspecto inusitado y extraordinario.

¡Bendita y hermosa noche que así reune en fraternales fiestas á los habitantes de los pueblos cristianos! ¡Bendita Navidad que hace olvidar todos los pesares, y cuyo principal y más raro secreto consiste en derramar la felicidad y el bienestar en los corazones que creen!....

XV

Y aquel movimiento uniforme y general, léjos de terminar parecia crecer á medida que avanzaba la noche: todos esperaban la misa del gallo.

Volví á observar que Piedad estaba triste: yo, por el contrario, me sentia dichoso y tranquilo ya, pues confiaba en que D. Braulio no habria seguido malo y en que el médico habria cortado acer-

tada y eficazmente los avances de la enfermedad.

—Tranquilízate, Piedad—decia yo á la jóven—¿qué puede haber sucedido á tu papá?

—No sé.... ¿pero por qué no ha venido entónces? Habria dejado cualquier quehacer.... ¡y él, que segun me ha dicho, nunca ha faltado una sola vez en su vida á la misa del gallo, hoy va á faltar!.... ¡Y ese sueño!....

—¿Insistes en pensar en él?

—¿Cómo no, si no puedo olvidarlo?

—¿Qué temes, pues?.... Tú estás buena.... mañana verás á tú papá temprano: si él no viene por tí, yo te llevaré con mi padre á la montaña.

—¡Ay! ¿me lo prometes?

—Sí, Piedad: pero no pienses ya en el sueño.

—No, no; ya no pensaré.

Dieron las once, y un alegre repique se dejó oir en aquel momento: era la primera llamada á la misa del gallo. Pero casi al mismo tiempo sonaron las herraduras de un caballo en el patio.

—¿Quién es?—pregunté adelantándome.—Ah! eres tú, Miguel—agregué, al reconocer á uno de los criados de D. Benito.—¿Qué hay?

—El señor sigue malo y quiere que vaya el señor cura.

Estas palabras me helaron la sangre.

—Dice tambien que se vaya la niña Piedad—continuó el criado.

—¿Pero por qué no has venido á avisar ántes?

—Porque él no habia querido. Creo que el señor cura no podrá ir sino hasta que pase la misa ¿verdad?—me preguntó Miguel.—Al fin hay buena luna: llegaremos allá al amanecer.

Avisé á mi padre, que inmediatamente dió órden para que se ensillaran los caballos.

—Quédate aquí—me dijo en seguida—yo voy á ver al señor cura para que partamos al salir de misa.

—Pero el tiempo urge—le repliqué. —Seria bueno que Miguel se adelantara con esas medicinas que encarga el médico.

—Pues mándalas traer, y que se vaya. Entretanto, evita á todo trance que Piedad sepa esto ántes de partir.

Pasada media hora, nos dirigimos todos á la iglesia: yo sufria dolorosamente al pensar en la gravedad de D. Braulio, y rogaba á Dios desde el fondo de mi corazon, que evitara á Piedad una desgracia en la que pudiera peligrar su vida. Las almas de sensibilidad exquisita como la suya, apenas pueden resistir las pruebas que el cielo les envia.

Cuando entré en el templo, profusamente iluminado y lleno de deliciosos perfumes, experimenté una sensacion indefinible: se confundian en mi alma la tristeza de que me hallaba poseido y el natural regocijo de contemplar aquel imponente cuadro; junto á mis temores y mis inquietudes presentes, veia surgir del fondo de mi imaginacion los gratos y tiernos recuerdos de otro tiempo; y así, conmovido hondamente y casi con las lágrimas en los ojos, contemplaba el *nacimiento* levantado en el altar mayor.

Estaba éste adornado con sencillez y con arte: multitud de blancos cirios ardian en él; y el heno, cuyas hebras se mezclaban á otras de plateada escarcha, las frescas y olorosas ramas de pino, los graciosos canastillos de verde yerba cubiertos de pintadas flores, y otros mil adornos campestres, lo cubrian por todas partes. Las imágenes de la Vírgen y de San José, inclinadas en actitud de tierno respeto, parecian contemplar algo que en medio del altar se ocultaba bajo un velo de blanco lino, el cual deberia rasgarse poco despues de comenzada la misa. Una multitud inmensa llenaba la única nave del templo, y rezaba callada y fervorosamente: ¡cuadro conmovedor el de aquel pueblo sencillo y creyente que así acudia, en medio de la oracion y del silencio, á recordar la escena que en un país remoto habia tenido lugar hacia diez y ocho siglos! En el momento en que el sacerdote entonó el sagrado cántico *Gloria in excelsis Deo*, rasgóse el velo del altar que cubria al Niño Dios, y éste apareció dulcemente recostado en un lecho de paja. Las músicas prorumpieron en alegres sones, repicaron las campanas,

escuchóse el coro de argentinas voces que elevaban al cielo himnos de entusiasmo, y todo fué, en fin, regocijo y armonía: aquellos cantos, que brotaban de los corazones puros de inocentes niños, y los suaves acentos de las flautas de caña que los acompañaban, daban á la fiesta de Navidad un aspecto especial, propio tan solo de ella. Yo me sentia henchido en aquellos momentos de dulce y tierna piedad; y el delicado aroma del incienso, el fresco olor de las yerbas del altar, el júbilo inmenso que brillaba en los semblantes, la respetuosa actitud de todos y el fervor con que dirigian á Dios sus oraciones; todo comunicaba á mi alma un bienestar inefable, y la hacia gozar doblemente con estas pompas de las ceremonias y fiestas cristianas, tan llenas de poesía y de verdad y que tanto conmueven el espíritu.

Cuando, pasada la misa, salimos todos de la iglesia y me reuní á Piedad, anuncié á ésta que inmediatamente nos íbamos á poner en camino para la montaña. Al principio pareció alegrarse en extremo; pero al llegar á casa, y ver que iban á acompañarnos mi madre y el señor cura, y sobre todo, al observar el silencio con que se hacian los preparativos de viaje, la cuidada reserva con que hablábamos todos y que procurábamos guardar cerca de ella, se alarmó de tal manera, que temí lo hubiese comprendido todo. Nada nos dijo, sin embargo: permaneció callada, una mortal palidez cubrió su hermoso semblante y á la luz de la luna ví brillar algunas de sus lágrimas. Mi madre, que para irla preparando á las fuertes emociones que quizá iba á recibir, le habia ya dicho que su padre estaba algo enfermo, procuraba consolarla; asegurándole que el médico se hallaba á su lado, y que nosotros llegariamos á tiempo para atenderlo más eficazmente.

Así, alumbrados por la luna de Navidad y guiados por un sacerdote, mis padres, Piedad y yo nos dirigiamos en silencio y con el corazon atribulado, al lecho de un moribundo, quizá á la tumba de un muerto....

XVI.

Amanecia: las nieblas como gasas vaporosas, se mecian sobre los valles á impulsos de la brisa matinal, ó suspendidas de las crestas de la sierra y deslizándose sobre ellas, cubrian por un momento los collados, envolviéndolos en su flotante sudario. La escarcha cubria las piedras, las hojas de los árboles y la yerbecilla del campo; y á lo léjos comenzaba á oirse el canto de los gallos, los ladridos de los perros y el mugido de las vacas: todo despertaba en la montaña, y la naturaleza parecia renacer á una nueva vida. El concierto de la mañana era, como siempre, animado y espléndido; pero ¡ay! ¿quién podia disfrutar de él en aquellos momentos de afliccion y de dolor?

Ví á Piedad, no gozosa y feliz como otra vez, sino con su hermosura marchita por el insomnio y las lágrimas, con sus ojos empañados por el llanto, y con la impaciencia y la pena retratadas en su rostro.

El sol empezaba á disipar las nieblas y á dorar las cimas de los montes, cuando divisamos en el fondo de la pintoresca cañada la alegre casita de D. Braulio: á su vista, un nuevo torrente de lágrimas brotó de los ojos de Piedad y nuevos sollozos ahogaron las quejas en su garganta.

—Consuélate —le dije— ya vamos á llegar. El médico está aquí desde ayer, y á estas horas tu papá debe estar muy aliviado.

—No te aflijas así, niña—le dijo tambien el señor cura.—Dios todo lo puede, y debemos dirigirnos á él siempre, pidiéndole sus mercedes. Y en todo caso, debemos acatar y bendecir su voluntad.

Cuando llegamos, el médico nos dijo:

—Está ahora durmiendo; el reposo le ha faltado desde ayer, hasta hace un momento en que al fin pude conseguir que se durmiera.

Y luego, refiriéndose á Piedad, agregó:

—Esta niña viene mala; á ver el pulso.... —sí, trae calentura.

D. Braulio llamó; y el médico, sin con-

26

cluir de examinar á la niña, que estaba pálida, acudió al cuarto del enfermo. Luego, volvió.

—Les ha sentido á vdes —nos dijo— quiere que entren, y pregunta por Piedad. Pero sálganse inmediatamente porque necesita de reposo.

Piedad se adelantó á nosotros; y arrojándose en los brazos de su padre, desató el torrente de sus lágrimas. ¡Cuánto nos conmovia y nos hacia sufrir aquella escena!

D. Braulio estaba muy cambiado; en pocos dias habia enflaquecido de un modo notable; su palidez extremada, su debilidad, las huellas de sus sufrimientos, le daban un aspecto tristísimo y lastimoso. El médico le indicó que no hablara una palabra y que evitara agitarse.

—No llores, hija —decia mi madre á Piedad. ¿No ves que eso le puede hacer mal á tu papá? Necesita ahora de tranquilidad: vámonos para afuera.

—¡Ay, Dios mio!.... —se quejaba D. Braulio, herido por el terrible dolor y contestando apénas á las tiernas caricias de su hija.

Apartamos á esta, casi á la fuerza, del lecho del enfermo, porque era preciso dejarle en sosiego, y porque su afliccion podia hacerle mucho mal: cuando la llevamos á su cuarto, por órden del médico, para que éste concluyese de examinarla, la frente de la pobre niña ardia con el fuego de la fiebre, su cuerpo temblaba y en sus miradas ví con espanto esa vaguedad, ese brillo siniestro de los que no se dan ya razon de sí mismos.

—¡Santo Dios! —dijo el médico preparando en la pieza contigua una enérgica bebida,— esta niña se pone grave. ¿Estuvo en la misa del gallo?

—Sí —le respondió mi madre.

—Pues su afliccion ha avivado la calentura que se apoderó de ella al salir de la caliente atmósfera de la iglesia: el frio de la mañana le ha hecho muchísimo daño despues de aquel calor.

—¡Dios mio! ¡el sueño!—exclamé yo fuera de mí al oir estas crueles palabras!

—Todavía puede ser tiempo —dijo con serenidad y con confianza el prudente facultativo.

XVII.

Sucedió lo que el médico temia: el abrasador y envenenado fuego de la fiebre se apoderó de aquel cuerpo delicado, y con la rapidez del rayo produjo en él casi instantáneamente sus destructores y mortales efectos. El delirio vino luego, alarmante, terrible, espantoso; y en un momento se declaró la crísis de que depende muchas veces la salvacion del enfermo. Si el médico acertaba al combatirla y triunfaba de ella, cuando llegara la noche, llegaria tambien á nuestras almas la consoladora esperanza. Entre tanto, mi padre procuró ocultar á D. Braulio la nueva desgracia que pesaba sobre él; si llamaba á Piedad, le distraia con su conversacion y disculpaba su tardanza, inventando cualquier pretexto: el pobre señor se resignaba á esperar diciendo: "Es mejor: así no me verá padecer estos dolores que me matan."

El señor cura, despues de haber prestado á D. Braulio los auxilios espirituales, quiso detenerse aún en la montaña para no regresar al pueblo hasta en la tarde; pero al ver que Piedad seguia muy grave, difirió su marcha para el dia siguiente, pues no quería faltar, como él dijo, en el trance fatal en que la inocente y buena niña pudiera verse. D. Braulio se sintió mejor, entrando poco despues del medio dia en un sueño profundo y tranquilo: el médico no dudó ya de su salvacion.

Pero ¡ay de mí! cuán dolorosos fueron los sufrimientos de mi corazon en aquel dia inolvidable! Durante él ni mi madre ni yo nos apartamos un momento del lecho de Piedad. Hoy que lo recuerdo, no comprendo cómo pude tener ánimo para hacerlo así. Con miradas angustiosas seguiamos los movimientos de la enferma, que en medio de su delirio repetia el nombre de su padre alternado con el mio: su respiracion era agitada; su inmovilidad, á veces, aterradora y funesta.

A la entrada de la noche, los sínto-

mas de una reaccion poderosa que el médico esperaba despues de la aplicacion de enérgicas medicinas, no habian aparecido aún; y si bien la confianza alentaba todavia en nuestros corazones, en aquel momento todo lo creimos perdido. Mi afliccion entónces no conoció límites: sentí algo extraño en mi alma, el olvido de mí mismo; estaba como sofocado, y todo se presentaba á mis ojos anunciándome la más cruel de las desdichas, el más amargo dolor que á la sazon podia sufrir. No supe qué fué de mí aquella noche: despues me dijeron que habia caido en una especie de sopor ó desvanecimiento que me tuvo sin sentido durante muchas horas, y que aumentó el desconsuelo y la angustia de la familia.

Ya á la madrugada pude volver al lado de Piedad: la pobre niña, despues de una hora de reposo en que el señor cura recibió su confesion, habia entrado en un segundo delirio: aquella vez repetia mi nombre con más frecuencia, si bien sus exclamaciones eran tranquilas y lentas.

—¿Lo ves?—decia—no me engañé.... Y tú que creias que íbamos á estar muy contentos esta Noche-Buena!.... ¡Mira á los santos Peregrinos! ¡cuántas luces hay en el altar, qué olor tan agradable! Han quemado mucho incienso. Julio, ¿ya están los caballos? Vámonos ya, porque es muy tarde.

Y luego, despues de un momento de silencio, continuaba con acento cariñoso:

—No te aflijas: ya no pensaré más en el sueño. Mira, como te quiero mucho, no quiero que suceda; me dá miedo.... No, no, Dios mio.... Julio, Julio, ven, no te vayas: siéntate aquí, junto á mí. Eso es: ya no estoy triste.... Pero mi papá no viene. ¿Qué le habrá sucedido? Julio, no te vayas, te lo ruego, no me dejes sola. Avisa á mi papá que ya llegamos. ¡Qué gusto le va á dar!.....¿No está enfermo, verdad?.... Desde aquí veo la gruta de Betlen; ¡cuánta luz! Y el Niño se sonrie....

Esta escena nos llenaba de dolorosa pesadumbre: sin apartar la vista del médico, seguiamos con ansiedad todos sus movimientos y todas sus miradas, queriendo sorprender en ellas los temores ó las esperanzas que su atenta observacion le inspirara. ¡Ay! ¿para qué recordar aquellas últimas horas, pasadas bajo el mismo techo que habia visto correr los pacíficos años de la niñez de Piedad? ¿Para qué atormentar mi corazon trayendo á la memoria los pormenores de aquellos momentos de amargura, de dolor y de lágrimas?

Al amanecer, el cuerpo de Piedad, semejante á la marchita azucena de la montaña, descansaba sobre almohadones de blanco lino, entre cuatro cirios, cuyas llamas agitaba blandamente el helado viento matinal.

¡Ay de mí! ¿de dónde tuve fuerzas para contemplar tan doloroso cuadro? Si la amaba tanto, si mi vida estaba ya solo en la suya, Dios mio, ¿cómo pude sobrevivir á su muerte?....

XVIII.

La noche de aquel dia fatal me sorprendió en el cuarto mortuorio, inmóbil, con la mirada fija en el pálido rostro de la niña. En sus ojos medio entreabiertos aún y en sus labios que parecian sonreir, habia todavia aquella cándida expresion de inocencia que jamás le habia faltado.

Estaba yo allí con ella, solo, entregado á mi dolor, padeciendo con amargas reflexiones y fúnebres pensamientos. Deseaba morir.

Abrí la ventana: un aire frio, impregnado de los perfumes de la sierra, penetró en la estancia. Yo me sentia arder, y por mi frente corria un sudor helado: apenas tenia fuerzas para sostenerme.

La cariñosa solicitud de mi madre vino á alejarme de aquel lugar; y al dia siguiente, cuando yó desperté, Piedad ya no estaba allí. Sus inocentes y queridos restos descansaban ya en el cementerio de la montaña, lugar sagrado donde pronto las flores rodearian su tumba.

VICTORIANO AGÜEROS.

——:o:——

UNA MADRE.

Pequeño Poema.

CANTO PRIMERO.

Eso es; cuatro años, aunque no cumplidos
Pues mirándolo bien faltaba un dia,
La pequeña Lucía
Contaba.... no, tenia ya vividos.
Tal correcion la historia reclamaba,
Pues ella qué sabia!
Y era Elena su madre quien contaba.
Pero la pobre Elena,
Tan buena madre como su hija buena,
Se aferra en vano á la existencia ingrata,
Pues ha tiempo se encuentra adolorida,
Con la miseria en lucha, que al fin mata.
Y si Elena aferrábase á la vida
Era por su hija, á quien dejar no quiere
Y por ella la muerte la intimida.
¿Qué sentirá una madre que se muere?
Y la cosa bien vista,
¿Quién, conociendo al mundo y sus engaños,
Se marchará á los cielos, egoista,
Dejando aquí una niña de cuatro años?
Por eso el lecho con horror ve Elena
—Sabe que es antesala de la muerte—
Y con la fiebre con valor luchando
Pero con mala suerte,
Andar quiere y consigue irse arrastrando,
Y aunque mira que aun eso hace con pena:
"Si ya estoy buena, dice, sí estoy buena."
Mas no lo estaba, y ve que cada dia
Apresura su fin, y que cada hora
Pedazos de su sér se lleva impía,
Y se moria la infeliz señora
De ver que sin remedio se moria.
La niña en tanto que su mal ignora,
Con flores casi secas teje ramos
Diciéndoles ternezas y cariños,
Y pensando.... pensando.... Pero vamos,

Que ignoro yo qué pensarán los niños,
Todos los fuimos, ay! y lo ignoramos.
A la luz de una vela agonizante
Que moriria aun ántes que su dueña,
La niña juega, del pesar distante,
Y sus flores juntar sus manos quieren,
Y mientras más resisten más se empeña,
Sin advertir en tan tremendo instante
Que su vela y su madre ya se mueren.
La madre oprime su afligido pecho
Y mira á su hija con extraño modo.
Y se siente morir en aquel lecho,
Que para serlo le faltaba todo.
Y la niña riendo
Prosigue aquellas flores componiendo
Y charlando á sus solas en voz alta
Sin oir de su madre la tos seca,
¡Flores! Para jugar con su muñeca
Precisamente la muñeca falta.
Abriéndose la puerta, el viejo cura
Penetra al aposento;
En llegar á la enferma se apresura,
Con ella habla un momento,
Atiza la espirante candileja,
Y en el suelo desnudo
Tomando, el pobre, asiento como pudo,
Luego á la niña de la casa aleja.
Salió al campo y anduvo
Lucía, vacilante, cierto trecho,
Mas al fin miedo tuvo
Ya cerca de la aldea y del molino
—Su edad para tenerlo da derecho—
Y al cabo se detuvo
Y sentóse en un lado del camino,
Volviendo el rostro hácia el materno techo;
Y sin saber por qué sintió tristeza,
Y mojó, sin saberlo, sus mejillas
Llanto que de sus párparos brotaba,
E inclinó la cabeza,
Y sintió un malestar que la agobiaba
Con ganas de ponerse de rodillas.
Cuánto misterio á la desgracia aguarda!
¿Por qué ese malestar súbito y raro?
¡Ay, quizás su orfandad y desamparo
Llorando estaba el ángel de su guarda!
Alzó al cielo los ojos por consuelo,
Y que ya van cubriéndolo, divisa,
Gruesas y negras nubes, cual si el cielo
Se vistiera de luto á toda prisa.
Y aunque el miedo moverse la estorbaba,
Sus piés atando como fuerte nudo,
A correr pronto el miedo la impulsaba,
Y adivinando que eso la consuela,

La pequeña Lucía
Haciendo al miedo contra el miedo escudo
Se animó con un grito: ¡madre mia!
Y echó á correr cual pájaro que vuela,
Y corrió tan aprisa como pudo.
Y no léjos un pájaro cantaba
Y tal vez la veia,
Y parece que de ella se burlaba;
Mas la niña, corriendo, no lo oia.
   Llegaba ya á la puerta
Cuando salia de la estancia el cura,
Y dando un beso á la hija de la muerta
Se marchó á disponer la sepultura.
   Penetró la inocente
A la estancia ya oscura
Y á su madre llegó violentamente,
Sin comprender el pavoroso arcano
De que, aunque la tocaba con la mano,
Su madre, á pesar de eso, estaba ausente.
Y al ver que no escuchaba su querella
Se acostó, despertarla no queriendo,
La cabeza en las ropas envolviendo
Lo más cerca que pudo junto de ella.
Perdió el miedo quedándose dormida,
Y en esa noche, por extraña suerte,
Buscó abrigo la vida con la muerte
Y sí, la muerte protegió á la vida.

CANTO SEGUNDO.

   Oscuro el templo estaba y parecia
Que más oscuro estaba,
Porque su oscuridad se contemplaba
A la luz de una lámpara indigente,
Que con tardos relámpagos ardia.
   Y alumbraba esa luz intermitente
Sombras movibles, formas confundidas,
Que al parecer huian sorprendidas
Cuando resucitaba de repente.
   Se destacaba en tanto
Blanca, sobre el altar no percibido,
La Santa Vírgen de la aldea encanto.
Era blanco su manto,
Blanca su tez y blanco su vestido.
   Y el que fuera nictálope mirara
Junto á la reja que el altar rodea,
Inmóvil cual de mármol de Carrara,
La niña á quien su madre abandonara
Que á ver viene á la Vírgen de la Aldea.
   De hinojos se encontraba

Lucía, mas despues de estar de hinojos
Sobre sus piés el cuerpo descansaba.
En la Vírgen los ojos
Ella tenia con amor clavados
Más que de llanto, llenos de tristeza,
Hácia atrás inclinada la cabeza,
Y los brazos cayendo de ambos lados.
—Mi madre Elena, Vírgen, me contaba
—La niña así decia—
Que eres, me acuerdo bien, que eres muy buena
Y que tú puedes todo cuanto quieres.
Dime si me engañó mi madre Elena,
Porque pudiendo habérmela dejado
Antes me la has quitado.
Ya ves como eres, no, ya ves como eres.
Me contaba ella haciéndome cariños,
Que á tu santo querer nada resiste
Y que tú amas muchísimo á los niños;
En tu bondad me dijo que esperara
Y me hizo que te amara. . . .
Y el hecho es que mi madre ya no existe.
Nadie me quiere desde que ella ha muerto,
Nadie acalla mi llanto cuando lloro,
Nadie me besa ya cuando despierto,
Nada á reir, jugando, me provoca;
Y ten, Vírgen, por cierto,
Que cuando muerta de hambre un pan imploro
Es amargo ese pan para mi boca.
Otras niñas yo miro
Llevadas de su madre por la mano
—Lo mismo que iba yo;—su dicha veo
Y sin querer suspiro
Y á desear me siento. . . . pero en vano,
Que me quedo no mas con mi deseo.
Si lo quisieras tú. . . . pero no quieres,
Ya ves como eres, no, ya ves como eres.
Mas yo vengo á contarte mi querella
Porque busco tu amparo todavía;
No, pues me vuelves á la madre mia
O me das otra madre como aquella.
Escuchaba escondido
El viejo cura y con afan reia,
Pero riendo y todo,
Sin conocerlo estaba conmovido;
Y sin saber él mismo de qué modo,
Acabó por pedir á la Señora
Que oyera, como buena protectora,
La oracion candorosa de Lucía.
En ese instante entró por la ventana
Un rayo refulgente
De la luna, que estaba en su creciente,
Y fué á bañar la Imágen soberana.
¡El cura no da crédito á sus ojos!

La Vírgen sonriendo complaciente
Inclinaba á la niña la cabeza,
Y una nube, avanzando de repente,
Y nube, segun él, muy importuna,
Le impidió contemplar la maravilla,
Pues cubriendo á la luna totalmente,
Como sus rayos recogió la luna,
Dejó otra vez oscura la capilla.
Se levantó la niña sin tristeza;
Pero al salir sintióse detenida
Por el cura, que acude con presteza
Y con su casa y todo la convida.
Oh! no, dijo la niña, gracias, Padre.
Sabed que en cambio de mi madre Elena
Tengo ahora una madre que es muy buena
Y mejor, señor cura, que mi madre.
Salió al campo; y un pájaro cantaba
Y al parecer la niña lo entendia,
Y el ave sus canciones repetia,
Y la niña los cielos contemplaba.
Y yo creo que entónces sucedia
Que en su tumba, sonriéndose la gozaba
Elena, otra madre de Lucía.

CONCLUSION.

—Señor cura, mirad, ¡vaya una cosa!
Exclamaba una vez la sacristana.
La hija de Elena, que con Dios reposa,
Se encuentra cada dia más hermosa
Y alegre como el sol de la mañana.
Desde que soy Dolores, y soy vieja,
Yo cosa igual no he visto, señor cura.
¿Quién la cuida, la viste y la aconseja?
—Deja, Dolores, deja,
El cura repetia;
Mas puedes de una cosa estár segura,
Que nunca Salomon, buena Dolores,
Se vistió en su esplendor como las flores.
La vieja no entendia
La bíblica alusion que el cura reza,
Y siempre repetia:
—Nadie me quita á mí de la cabeza,
Señor cura, ¿quién cuida de Lucía?
Pero ésta, sin saber que se murmura,
Bella, limpia, tranquila y sonriente,
Saludaba de prisa al señor cura,
Saludaba á la gente,
Y sin cuidar de si era ó no misterio
Su vida, y de la aldea maravilla,

Iba de la capilla al cementerio,
Si no, del cementerio á la capilla.
Y á un grupo de aldeanos
Que el cura hablar oyó cuando pasaba,
Sobre esto haciendo mil discursos vanos,
—Y eran los principales del cortijo—
El Pastor, que riendo regañaba
Primero los bendijo,
Y porque tanto murmurar se enfrene,
—Cállense, tontos, dijo,
Porque es huérfana al fin que madre tiene.
Y en una tarde, bella como aurora,
—Aurora de la noche—fué Dolores
El jardin despoblando de sus flores
Y su llanto enjugando—porque llora—
—Señor cura, exclamó, murió Lucía,
Y un pájaro cantaba,
Y al parecer la niña lo entendia,
Pues muerta como estaba,
O yo no veo bien, ó se reía.
Y el cura contestó:—Tengo un consuelo,
Ahora comienza en realidad su historia,
Pues la llamó su madre de la gloria,
O su otra Madre la llevó á su cielo.

Leon, 1882.

RAMON VALLE.

BOJORQUES.

Á GONZALO A. ESTEVA.

I.

Está en su oscuro aposento
Juan Bojórques de Vadillo,
y está sólo como siempre
y como siempre sombrío.
Se abre de pronto la puerta:
con paso grave y tranquilo
entra Violante, trayendo
de la mano á sus dos hijos.
Vestida de negro viene,
triste el semblante, abatido,
tristes tambien y de negro
vestidos vienen los niños.

II.

—¿Qué quieres? Hija, ¿qué quieres?
—Me han dicho, señor, me han dicho
que á la noble madre mia
diste muerte en este sitio.
¡No miente, padre, quien toca
de la tumba el mármol frio,
y hoy ha muerto mi nodriza,
y ella al morir me lo dijo!—
Tembló el anciano Bojórques,
lanzó su pecho un rugido,
y sus demacradas manos
cubrieron su rostro lívido.
Del sitial en que se hallaba
como presa de un delirio,
se alzó violento, en el suelo
clavando los ojos fijos.
Miró á sus plantas abrirse
las entrañas de un abismo,
y del antro tenebroso
en el inmenso vacío,
despliega sus leves alas
un fantasma peregrino,
bella seductora imágen
de un sér amado y perdido:
oro las rubias guedejas
del cabello suelto en rizos,
el hechicero semblante
con la blancura del lirio,
cuajado el llanto en los ojos

como gotas de rocío.
Y en el seno palpitando
con los últimos latidos,
hasta el fondo, entre la sangre
que salta en copiosos hilos,
clavado por fiera mano
un implacable cuchillo.
Giró Bojórques en torno
los ojos despavoridos,
oyó murmurar su nombre
y un postrer mortal gemido,
y de Violante y sus nietos
huyendo y lanzando un grito,
cayó, convulso y demente,
á los piés de un crucifijo.
Despues de una breve pausa,
pausa que parece un siglo,
con acento cavernoso
murmuró entre dientes:—Idos,
—Guárdeos Dios, dice Violante,
guárdeos Dios en el castillo
que en orfandad dolorosa
fué de mi existencia abrigo.
Mas ni he de volver á veros,
ni á llevar vuestro apellido,
ni éstos mis hijos, señor,
ni los hijos de mis hijos.
Despues, de la oscura estancia
salió con paso tranquilo.
Y quedó muerto Bojórques
á los piés del crucifijo.

José Peon y Contreras.

AL AGUILA MEXICANA.

SONETO.

¡Ave feliz! cuyas hermosas alas
Al sol desplegas con gallarda frente,
Y del lago á la orilla trasparente
Vas á lucir tus majestuosas galas:

Con esas rocas tu firmeza igualas
Al reposar en el nopal pungente,
Y severa, magnífica, valiente,
Tu garra enorme en viva sierpe clavas.

¿No el augurio tú fuiste venturoso
Del término feliz de acerbos males
Para el Azteca, en tiempo borrascoso?

¿Por qué al mirar que hermanos y rivales
Nos destrozamos con furor rabioso,
Anuncio no hallo de ventura iguales?

Manuel Mª Alvarez de la Torre.

SANCHO BERMUDEZ de ASTORGA.

Á MI HERMANO JUAN.

I.

Está triste y desvelado.
el conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcon de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la ancha bóveda,
ya en el lejano horizonte
que las montañas recortan,
ya en las brumas impalpables
que por el espacio flotan,
ya en el huerto: entre los árboles,
entre las tinieblas hórridas,
se le figura que mira,
cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
blanca túnica á la otra.
—¿Quiénes serán? dice Sancho,
—¿Quién serán á tales horas?

II.

Dirígese conturbado
al camarin de su esposa:
el lecho estaba vacío,
en gran desórden las ropas,
hundida la muelle almohada,
la lámpara silenciosa,
el tierno niño en la cuna,
y una sonrisa en su boca.
—¡Es ella la infame! ¡Es ella!
Clama Don Sancho, y retorna
á su aposento, y un rico
arcabuz, airado toma.

III.

Del balcon muy cerca vagan
los dos amantes, que inmolan
en aras de su cariño
paz, ventura, y hasta la honra.
La luna arrojó un instante
su blanca luz melancólica,
iluminando los rostros
de un mancebo y una hermosa.
—¡Es ella!.... Repite el conde.
¡Desventurada traidora!
y es él, mi primo Don Arias,

el traidor que me la roba!
Subió la sangre á sus sienes,
tendió el arma matadora,
y apuntó; pero no sabe
á quién primero le toca
lavar con su sangre ardiente,
la mancha de su deshonra,
si él á quien tanto ha querido,
si ella á quien aun tanto adora.
En perplejidad tan grave,
en vacilacion tan hosca,
oye estas dulces palabras
que el aire trae en sus ondas:
—"Si tú murieras, bien mio,
"muerta mi esperanza loca,
"en el corazon al punto
"hundiera mi daga toda."
—¡Pues húndela ya, Don Arias!—
Grita el conde con voz ronca,
y del arcabuz tendido
partió la muerte, celosa
de tanta dicha.—Bañada
en sangre, en la verde alfombra,
cayó la dama lanzando
un ¡ay! de mortal congoja.
—¡Maldito seas, maldito
Sancho Bermúdez de Astorga!—
Gritó Don Arias, gimiendo
en convulsion espantosa.
Llevó á la cinta la mano,
brilló la luna en la hoja,
y en el corazon al punto
hundióse la daga toda.

Dejó el arcabuz Don Sancho
en un rincon de su alcoba,
y fuése al lecho, y durmióse
hasta el rayar de la aurora.

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

LA HERMANA BEATRIZ.

(Leyenda religiosa traducida por R. R. Bárcena.)

No léjos de la más alta cima del Jura, descendiendo un poco á su vertiente occidental, se encontraba, hace cerca de medio siglo, un monton de ruinas que habia pertenecido á la iglesia y al monasterio de *Nuestra Señora de los Espinos Floridos*. Este sitio queda á la extremidad de una abra estrecha y profunda, abrigada por la parte del Norte y que produce todos los años, gracias al favor de su posicion, las flores más raras de la comarca. A media legua de allí, en la extremidad opuesta, se descubren tambien los restos de una antigua mansion feudal que ha desaparecido. Se sabe solo que ella estaba ocupada por una familia famosa en las armas, y que el último de los caballeros nobles que llevaba el nombre de ella, murió en la conquista del Santo Sepulcro, sin dejar heredero que perpetuase su estirpe. La viuda, inconsolable, no abandonó aquellos sitios tan propios para conservar sus melancólicos recuerdos, y la fama de su piedad se extendió tanto como sus beneficios. Una gloriosa tradicion consagró su memoria al respeto de las generaciones cristianas. El pueblo, que ha olvidado ya todos sus títulos profanos, la llama con el de LA SANTA.

En uno de los dias en que el invierno próximo á su fin mitiga sus rigores, bajo la influencia de un cielo templado, se paseaba LA SANTA, como de costumbre, por la extensa avenida de su castillo, ocupado su espíritu en piadosas meditaciones. Así llegó hasta los espinos que aun se conservan, y no quedó poco sorprendida al ver que uno de aquellos arbustos estaba adornado con las galas de la primavera. Se acercó apresurada para cerciorarse de que aquella aparicion no era producida por los restos de la nieve, y encantada al ver al espino coronado de hermosas y blancas estrellas con radios azules, no pudo ménos de cortar cuidadosamente un ramo, para ponerlo en su oratorio á una imágen de la Santísima Vírgen, muy venerada por ella desde su infancia. Sea que este pequeño tributo fuese realmente agradable á la Divina Madre de Dios, sea que un placer particular, que no se puede definir, esté reservado á la menor efusion de un corazon tierno hácia el objeto amado, nunca el alma de la noble señora se habia abierto á emociones más inefables, que en aquella hermosa tarde. De manera que prometió, con una alegría ingénua, volver todos los dias al espino florido, y llevar

siempre una nueva guirnalda. Puede creerse que cumplió fielmente su promesa.

Un dia, sin embargo, en que el cuidado de los pobres y de los enfermos, la habia detenido más tiempo del ordinario, por más que ella se apresuró á llegar á su jardin campestre, la sobrecogió ántes la noche, y cuentan que comenzaba á arrepentirse de haber avanzado tanto en aquellas soledades, cuando una claridad suave y pura, como la luz de la aurora, le presentó súbitamente todos los espinos en flor. Suspendió sus pasos por un momento temiendo que aquella luz pudiese provenir de una banda de ladrones, no siendo posible imaginarse, que fuese producida por millares de luciérnagas, nacidas prematuramente. Distaban aún mucho las noches pacíficas y tibias del estío. Sin embargo, la obligacion que ella se habia impuesto se le presentó con viveza y reanimó su valor, de modo que echó á andar poco á poco, reteniendo el aliento, hácia el espino de las flores más grandes; cogió con mano trémula un ramo, que parecia caer por sí mismo entre sus manos, segun la poca resistencia que ofreció al cortarlo, y tomó el camino del castillo, sin atreverse á mirar hácia atras.

Toda la noche estuvo la Santa pensando en aquel fenómeno, sin podérselo explicar; y como estuviese empeñada en aclarar el misterio que á su parecer habia en él, se dirigió al dia siguiente, á la misma hora, hácia los espinos, en compañía de un criado fiel y de su anciano capellan. Reinaba la misma luz tranquila de la víspera, y parecia que, á proporcion que se acercaban era más viva y resplandeciente. Se detuvieron entónces y se pusieron de rodillas, porque les pareció que aquella luz venia del cielo; despues de lo cual, el buen sacerdote se levantó sólo, dió algunos pasos respetuosos hácia los espinos floridos, cantando un himno sagrado, y los separó sin esfuerzo, porque se abrieron como un velo. El espectáculo que se presentó en aquel momento á sus miradas llenó á los tres de tanta admiracion que permanecieron largo tiempo inmóviles y penetrados de reconocimiento y alegría. Vieron una imágen de la Santísima Vírgen, labrada con sencillez en madera comun, animada con los colores de la vida por un pincel poco diestro, vestida con un traje modesto y derramando milagrosos esplendores: "Dios te salve, María, llena de gracia," dijo al capellan arrodillado, y segun el murmullo armonioso, que resonó por todo el bosque, al fin de estas palabras, se hubiera creido que un coro de ángeles las repetia. En seguida recitó con solemnidad la letanía lauretana, expresion de la fé y de la poesía más elevada, y, despues de nuevas adoraciones levantó la imágen en sus manos, para trasladarla al castillo, donde debian encontrar un santuario más digno. La señora y el criado, con las manos juntas y la frente inclinada, le seguian acompañándole en sus oraciones.

No es necesario decir que la maravillosa Imágen fué colocada en un elegante nicho, rodeada de olorosas lámparas, bañada de aroma, coronada con una rica diadema, é invocada hasta la media noche, por los cánticos de los fieles. Sin embargo, á la mañana siguiente habia desaparecido de allí, dejando llenos de consuelo á los fieles, á quienes acababa de colmar de dichas tan puras. ¿Qué pecado oculto podia haber atraido aquella desgracia al castillo de la SANTA? ¿Por qué le abandonó la Vírgen? ¿Qué nueva morada habia elegido? Fácil es adivinarlo. La Madre de Dios habia preferido la modesta sombra de los espinos al brillo de otra morada. Habia vuelto á la frescura de sus bosques, á la paz de la soledad y á las suaves exhalaciones de las flores. Todos los habitantes del castillo se dirigieron allí aquella noche y la encontraron más resplandeciente que nunca, y la adoraron de rodillas con un respetuoso silencio.

"¡Poderosa Reina de los ángeles! dijo la señora, puesto que ésta es la morada que prefieres, será cumplida tu sagrada voluntad."

Pocó tiempo despues, se levantó allí un templo, embellecido con los ador-

nos que prodigaba la arquitectura inspirada, de aquellos siglos de imaginacion y de sentimiento. Los grandes y los nobles lo enriquecieron con sus dones, y los reyes le ofrecieron un tabernáculo de oro puro. La fama de sus milagros se extendió por todo el mundo cristiano, y atrajo á muchas mujeres piadosas para formar un monasterio. La santa viuda, más tocada que nunca por las luces de la gracia, no pudo rehusar el título de superiora de aquella casa. Allí murió, despues de muchos años y de una vida consagrada á buenas obras, á heróicos sacrificios y á piadosos ejemplos. El olor de sus virtudes se exhaló como un perfume al pié de los altares.

Tal es, segun las crónicas manuscritas de la provincia, el orígen de la iglesia y del convento de *Nuestra Señora de los Espinos Floridos*.

Habian pasado dos siglos despues de la muerte de LA SANTA, y una jóven doncella de su familia, era todavía, segun la costumbre establecida, hermana *custodia* del sagrado tabernáculo: tenia cuidado de él: lo abria en los dias solemnes, en que la milagrosa Imágen era expuesta á la pública veneracion: cuidaba de sus adornos; y recogia para su corona y para su altar, las flores del jardin más graciosas en su forma, y más puras en su color, tejiendo con ellas festones y guirnaldas, en que revolaban las mariposas pintadas de púrpura y azul, como flores volantes de la soledad. Entre estos inocentes tributos, la flor del espino era preferida siempre en su estacion; y, figurada, cuando no era tiempo de ella, con un arte cuyo secreto habian robado desde entónces á la naturaleza aquellas buenas religiosas, poniéndola en las manos de la hermosa Imágen, en forma de un ramillete atado con una cinta de plata. Las mariposas mismas hubieran podido engañarse alguna vez; pero no se atrevian á posar sobre aquellas flores celestiales, que no estaban hechas para ellas.

La hermana custodia se llamaba Beatriz. Tenia diez y ocho años á lo más, y apénas habia oido decir que era hermosa. Entró de quince á la casa de la Santísima Vírgen, tan pura como sus flores.

Hay una edad, feliz ó funesta, en que el corazon de una jóven comprende que ha sido creada para amar, y Beatriz estaba precisamente en aquella edad; pero esta necesidad, vaga é inquieta al principio, no habia hecho otra cosa que hacerla estimar mas y más sus deberes. Incapaz de explicarse entónces los impulsos secretos de que era agitada, los habia tomado por instinto de un piadoso fervor, que se acusa de no ser bastante ardiente, y que se cree áun obligado hácia el objeto que ama, miéntras que no le ama hasta el entusiasmo y el delirio. El objeto desconocido de su amor se escapaba á su inexperiencia; y entre los que caian, por explicarme así, bajo los afectos de su alma ingénua, solo la Santísima Vírgen le parecia digna de aquella adoracion apasionada, que debiera ocupar su vida. Aquel culto que llenaba todos sus momentos se habia hecho la ocupacion única de su alma, y el encanto único de su soledad. Se le presentaba en sueños con misteriosas complacencias: se la veia muchas veces postrada ante el tabernáculo, dirigiendo hácia su divina protectora, súplicas y sollozos, ó regando el pavimento con sus lágrimas. La Vírgen soberana, escuchaba sin duda con dulce sonrisa, desde lo alto de su trono eterno, á aquellos tiernos ruegos de la inocencia, porque amaba á Beatriz, y se complacia en ser amada de ella. Leia en el corazon de la doncella que siempre le consagraria su amor.

Ocurrió en aquel tiempo un suceso que levantó el velo que ocultaba el secreto de Beatriz, áun para ella misma. Un jóven noble de las cercanías, atacado por unos asesinos, quedó por muerto en el bosque; y aunque conservase solo las débiles apariencias de una vida próxima á extinguirse, los criados del monasterio le trasladaron á su enfermería. Las hijas de las familias nobles eran poseedoras en aquella época, de los secretos de la medicina. Beatriz fué enviada, como una de éstas, por sus hermanas al socorro del agonizante. Prac-

ticó cuanto sabia, pero contaba más con la intercesion de la Vírgen que con su ciencia: largas y laboriosas vigilias, divididas entre los cuidados del arte y la oracion, obtuvieron el buen éxito que era de esperar. Raimundo, que así se llamaba el herido, abrió los ojos á la luz y reconoció á su libertadora: la habia visto algunas veces en el castillo mismo, en que ella habia nacido.

—¿Y qué, exclamó el jóven, es á Beatriz á quien yo miro? ¿tú, á quien he amado tanto desde mi infancia y á quien una promesa, olvidada de tu padre y del mio, me habia prometido por esposa? ¿Por qué funesta casualidad te vuelvo á ver, destinada á una vida que no se ha hecho para tí, y separada para siempre de un mundo brillante, de que eras el mejor adorno? ¡Es tan dulce el amar, tan dulce el ser amado, tan dulce vivir por lo que se ama en los objetos amados! Las puras alegrías de un afecto que se duplica, multiplicando tambien la vida; la ternura de un amigo que adora, que no vive sino para quererte y para agradarte; ¡todo esto lo has perdido! Pero no, continuó el jóven con una expresion más viva, tú no desconocerás que hemos sido criados el uno para el otro. ¡Qué! ¿no te rendirás á las súplicas de mi amor? ¿No serás la esposa de Raimundo, como eres su hermana? ¡Ah! ¡No apartes de él tus ojos llenos de lágrimas! ¡No le prives de tu mano, que tiembla entre las suyas! ¡Dile que estás dispuesta á seguirle, y á no dejarlo jamás!....

Beatriz no respondió, ni encontraba expresiones para decir lo que sentia. Se escapó de los brazos débiles de Raimundo y se alejó turbada y fuera de sí; palpitando fué á caer á los piés de la Vírgen, su consuelo y su apoyo. Lloró allí como ántes, pero ya no impulsada por una emocion pura en su objeto, sino impelida por un sentimiento que sofocó en ella el pudor y la piedad. ¡Ay! que el amor hácia la Vírgen cuyos auxilios invocaba en vano, era ya tibio, y sus lágrimas eran amargas y ardientes. Por espacio de algunos dias se la vió cerca del altar. Pasaba el resto de sus horas en el retrete del herido, cuya curacion no exigia ya sus asiduos cuidados.

Una noche, á la hora en que la iglesia estaba cerrada, y en que todas las hermanas estaban retiradas en sus celdas, en la hora en que todo calla, se dirigió Beatriz al coro á pasos lentos, depositó su lámpara sobre el altar, abrió con mano trémula la puerta del tabernáculo, se apartó temblando, bajó los ojos, como si temiera que la Reina de los Angeles la condenara, y se postró de rodillas. Quiso hablar, y las palabras se extinguieron en sus labios, ó se perdieron al exhalar sus sollozos. Se cubrió la frente con un velo, y trató de tener firmeza y calma, con un postrer esfuerzo. Al fin llegó á arrancar de su corazon algunos acentos confusos, sin saber si proferia una oracion ó una blasfemia.

"¡Oh celestial bienhechora de mi juventud! dijó: ¡oh tú á quien únicamente he amado por tanto tiempo, y que siempre eres la única soberana de mi alma, por más que participe de otro amor indigno de tí! ¡Oh María! ¡divina María! ¿Yo te abandoné? ¿Dónde iré á ocultar, lejos de tí, el eterno remordimiento de mi falta, la pérdida eterno de mi inocencia, que ya no me es posible recobrar? Permite, sin embargo, oh Madre mia, que yo me atreva á adorarte: ¡ten compasion de mis lágrimas, y prueben ellas á lo ménos cuán extraña he quedado á las viles traiciones de mis sentidos! acoje el último de mis homenajes, como has acojido todos los demás; ó mas bien, si mi respeto á tus altares es digno de algun premio, envia la muerte á esta desgraciada que te implora, á pesar de haberte abandonado!"

Al terminar estas palabras se levantó Beatriz; se acerca trémula á la imágen de la Vírgen, la ofrece nuevas flores, coje las que acababa de reemplazar, y, avergonzada por la primera vez de no poder hacer de ellas el uso piadoso que ántes hacia, las estrecha á su corazon, guardándolas en un escapulario que llevaba consigo, para no separarlas nunca de sí. Dspues de esto echó una

mirada al tabernáculo, lanzó un grito de terror, y huyó.

En la noche siguiente un rápido carruaje condujo léjos del convento al jóven herido y á Beatriz, infiel á sus votos, que le acompañaba.

DOÑA BRENDA.

Á ALFREDO CHAVERO.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia:
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pié, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.
Despierta está Doña Brenda
y soñando el de Moncada:
¡siempre el amor descuidado,
siempre los celos en guardia!
El sueña con sus amores—
bien lo dicen sus palabras—
y Doña Brenda, del lecho
convulsa y turbada, salta.
"Laura, murmura D. Diego,
"jura obedecerme, Laura;
"sé que Don Luis te enamora,
"si dices que no, me engañas:
"jura que sola conmigo
"saldrémos de aquí mañana."
No escucha más Doña Brenda,
gira en torno la mirada;
cerca de ella está una silla,
sobre la silla una capa,
un gran sombrero de plumas,
el talabarte y la daga.
Se arroja sobre el acero,
desnúdalo su venganza,
y en el pecho de Don Diego
con mano firme lo clava.
—Brenda, Don Diego murmura.
¡Infeliz! ¿Por qué me matas?
—Traidor...Traidor...—Doña Brenda
dice con la voz airada—
—Con esa mujer infame
no has de partirte mañana.
—¿Qué murmuras, Brenda mia?
¿Qué mujer es esa?
—Laura....
Y de un Don Luis tienes celos.
—Yo de Don Luis de Moncada?
—¡Celos tú de nuestro hijo!
—No case con doña Laura
el inexperto mancebo
que es Doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
fruto fué la desdichada.
—Perdona Diego, perdona,
doña Brenda loca exclama,
D. Diego no le responde
que está D. Diego sin habla,
Doña Brenda espera en vano
suenan doce campanadas,
lívida está como el muerto,
no puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
por las calles y las plazas:
va tras de ella la justicia....
La justicia no la alcanza.
Corre de dia y de noche,
un solo instante no pára,
y hasta que llega la muerte
ni sosiega ni descansa.
Despues de morir le vieron
las ropas ensangradas:
¡siempre los ojos abiertos,
siempré en la diestra la daga!

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

CUENTOS LIGEROS.

(A mi querido amigo Arturo Ibañez.)

Lentamente moria una tarde de Junio.

Las últimas nubes de púrpura palidecian sobre las montañas del Ocaso; pequeñas olas ligeramente espumosas agitaban el lago de Zinzunzan.

Un viento frio y cortante empujaba una barquilla sobre el lago; en la barca habia un perro, un niño y un hombre casi viejo. En el semblante del niño habia dos impresiones, el frio y el pavor; en el del viejo una que dominaba á las demas, la ira: sentia ira porque no podia vencer el elemento terrible, porque con el remo que oprimia entre las manos no le era dado domesticar las

olas que como fieras se embravecian bajo sus piés; en cuanto al niño, de seguro no comprendia todo el peligro y no obstante sobre sus mejillas amoratadas por el frio se detenian dos lágrimas, dos lágrimas que parecian congeladas. El perro, hermoso animal de Terranova, recostado sobre la barca parecia dormir; aunque al sentir sobre sus párpados el agua que salpicaba, abria los ojos y los volvia á cerrar perezosamente como confiando su sueño á la pericia naútica de su dueño, y seguia roncando á los piés del niño como si le dijera: "nos da garantías el marino."

La luna aunque velada comenzaba á platear el lago turbulento: la tempestad seguia aumentando por minutos.

El oro del zic-zac bordaba un cielo plomizo, habia mucha hiel en el corazon del marino, su hijo y su antiguo perro perecian, él no se acordaba de su vida.

Los oleajes seguian pahorosos.

El niño comenzaba á comprender todo el peligro y comenzaba á clamar sollozando por su ausente madre; el perro lamia los húmedos piececitos del niño, y el agua comenzaba á entrar en la barca sin piedad.

La afliccion del remero se desbordó en desesperacion, luchó un momento.. necesitaba aligerar el peso de la barquilla, miró al cielo todo encapotado y sin esperanza y se decidió; se dirigió al perro, el que se acercó moviéndole la cola, lo tomó de las manos, cerró los ojos y lanzando una blasfemia lo arrojó al terrible lago.

El animal fingió creer un accidente, y despues que las olas lo cubrieron hizo impulsos titánicos y se llegó á la barca del lado en que estaba el niño; parecia que buscaba su amparo; el marino espantaba con su remo al animal que naufragaba: un peso más hundiria la barca, y las robustas garras del perro tiraban de sus bordes; el remero ciego de ira y sin encontrar otro remedio, descargó con el remo un golpe terrible que hirió en la cabeza al perro y lo hundió en las ondas que se tiñeron de sangre.

Él hombre rugia, su hijito lloraba. Las olas se embravecian cada vez más y siguieron entrando con precipitacion en el frágil barquichuelo que se fué hundiendo poco á poco.

El niño quedó sobre el agua casi sin sentido, el hombre luchaba con el último de sus impulsos y comenzó á nadar á la isla de Pacanda, la que distaba una milla, y el ex-remero solo pensó en su vida........ Despues de una hora de luchas, de pensamientos terribles, de ansias y de sacrificios inexplicables, llegó á arrebatar un peñasco de la isleta; pero ¡qué gran impresion! un niño privado estaba sobre una peña, bañado con la sangre del perro que allí estaba cuidándolo; ¡él le habia salvado! El hombre y el perro se estuvieron mirando largo tiempo........

La frente empapada del náufrago se tiñó de vergüenza, y sus ojos lloraron sobre la herida del animal; se acercó á él otra vez y lo besó muchas veces.

*
* *

Al amanecer todos siguieron el camino, el marino remaba murmurando: si al llegar á la casa no me dijera mi mujer que por blasfemo me pasan estas desgracias, yo diria que mi "Negro" tiene más religion que un canónigo.

F. DE P. S. S.

EL NORTE.

I

Una nacion perversa é inhumana,
con artera infernal hipocresía
disfrazando su vil alevosía
por amiga vendióse y por hermana,
De otra vecina suya soberana
pero débil, que apoyo no tenia
y forzosos vaivenes resistia
para llegar á ser republicana.
Mil mentidos progresos le asegura
hasta tener la víctima segura,
al verla entre sus garras la traidora
á engullirla en su vientre se apresura
y con crueldad extraña la devora.

II

Una nacion que dá munificente
la fortuna y la dicha codiciada,

cómo no habia de ser tan envidiada
de ese vecino avaro é indolente!
Lo fué: su planta pérfida, traidora
holló por fin el suelo mexicano
y todo lo extermina asoladora.

No quede en él un solo americano;
elijamos morir libres ahora
para no ser esclavos del tirano.

Manuel Mª Alvarez de la Torre.

EL LAGO.

(Traduccion de Lamartine.)

A mi querido amigo Antonio F. López y Meza.

Siempre á nuevas riberas impelidos
En noche eterna sin cesar marchando:
¿Podremos solo un dia arrojar el ancla
En el oceano inmenso de los años?
¡Oh lago! El año apenas ha concluido
Junto á las olas que ella amaba tanto,
Solo, vengo á sentarme en esta roca
Donde has visto su cuerpo reclinado.
Así mugías bajo profundas cimas
Rompiéndote sus flancos desgarrados;
Así el viento la espuma de tus ondas
Arrojaba en sus piés, por mí adorados.
Una tarde, ¿recuerdas? en silencio
Vogábamos, ni un ruido heria el espacio,
Aparte de los remos que batian
Tus olas, llenas de armonía y de encanto.
De súbito, cadencias ignoradas
De la playa los ámbitos llenaron,
La ola escuchó; y la voz que me es tan cara,
Fué al fin estas palabras pronunciando:
"¡Oh tiempo! ¡Ten tu vuelo! ¡Horas propicias,
De vuestra marcha detened el paso!
Dejadnos saborear rápidos goces,
Que nuestros dias más bellos han formado.
Hay muchos desgraciados que os imploran;
Seguid para ellos siempre caminando,
Llevad juntos sus dias y sus dolores,
Tened á los felices olvidados.
¡En vano pido solo unos momentos!
¡El tiempo velozmente va escapando!
Digo á la noche: ¡tente! Mas la aurora
No tardará en haberla disipado.
¡Amemos pues! En la hora fugitiva
Con premura encontrémonos gozando,
Sin puerto el hombre; el tiempo sin ribera
Marcha veloz y todo va pasando."
Tiempo celoso: ¿acaso los instantes
En que al hombre el amor está embriagando,
Sin diferencia, rápidos se alejan
Cual los dias en que vive desgraciado?

¿Qué, al ménos no podemos su vestigio
Fijar? ¿Qué, para siempre son pasados?
El tiempo que los dá y los arrebata
¿Ya no los volverá jamás acaso?
¡Nada! ¡Pasado! ¡Eternidad! ¡Abismos!
¿Dónde los dias están, que habeis robado?
Hablad: ¿nos volvereis éxtasis bellos
Que nos quitasteis siendo nuestro encanto?
¡Oh lago! ¡Mudas rocas! ¡Bosque oscuro
A quien mata ó remoza el tiempo insano!
De esta noche guardad, bella natura,
Siquiera algun recuerdo delicado.
Que se halle en tu reposo y tempestades,
En tus rientes riberas, bello lago,
En los sabinos negros y en las rocas
Que sobre tu agua pura están colgando.
Que esté en el vientecillo fugitivo
En, de tus bordes, el sonido blando,
En el astro de frente plateada,
Cuya plácida luz te ha iluminado,
Que llorando el rosal, gimiendo el viento,
El aire sus perfumes arrojando,
Y todo lo que se oye, vé y respira
Diga en conjunto que: ¡Ellos han amado!

México, Agosto 1º de 1883.

EMILIO DE ARRIOLA.

TORCUATO TASSO.

Nada hay tan conmovedor en la historia de este insigne poeta, como el infortunio que llenó de amargura todos los años de su vida. Cuando se le recuerda, no solo admiramos en él al inspirado autor de uno de los poemas más bellos con que se enriquece la literatura universal, sino tambien al hombre de corazon sencillo, de sensibilidad delicada, y casi pudiera decirse de infantil inocencia: los episodios de su vida nos interesan tiernamente, porque no son sino de desdichas, de desprecio y de crueles injusticias.—El inmortal autor de la JERUSALEN LIBERTADA fué hijo del notable poeta italiano Bernardo Tasso; y desde muy niño, cuando su genio apénas empezaba á desarrollarse, comenzó á dar pruebas de su talento y de la nobleza de sus sentimientos; pues condenado su padre á un penoso destierro, él le siguió y le acompañó, despidiéndose de su madre en unos tiernos y dulces versos que todavía se conservan. El padre de Torcuato, que notaba en él una ardiente inclinacion al estudio, le envió primero á Roma, y despues á Padua, para que allí apagara la sed de saber que le devoraba.—Hizo extraordinarios progresos que admiraron á sus mismos maestros y condiscípulos: y á los diez y siete años publicó su poema de REYNALDO, el cual fué recibido con general aplauso.—Habiendo pasado á la córte de Ferrara, conoció allí á Leonor, el ídolo de su vida desde entónces, y á quien inmortalizó con su amor y con sus versos. Hizo despues con el Cardenal de Este, su primer protector, un viaje á Francia, de donde pronto volvió pobre y desvalido, dirigiéndose á Ferrara. Concluyó en 1575 el admirable poema que ha inmortalizado su nombre, y desde luego se entregó á los delirios de

su pasion, la cual crecia cada dia más, en medio de sus constantes sueños de gloria, y sin que bastasen á apagarla los desdenes y la indiferencia de Leonor. Comenzó entónces para el infortunado poeta una vida de no interrumpidas desventuras, de agitaciones y de temores: sustrajéronle el manuscrito de su poema, y lo publicaron sin su consentimiento; iba de una ciudad á otra en busca de reposo, y hallando amistoso recibimiento en todas partes, abandonaba de improviso y sin comunicarlo á nadie, los palacios que se le daban por morada; se le veía ir al lado de su hermana, y luego dejarla sin motivo alguno para recorrer apartados caminos; unas veces buscaba aventuras y distracciones, otras huía desesperado de las córtes, en busca de la paz que nunca hallaba; en una palabra, su vida era agitada y triste. Esos frecuentes cambios de su carácter, hacen sospechar que el amor lo tenia demente, pues en realidad las causas de sus desgracias solo existian en su imaginacion. Su protector, Alfonso de Este, creyéndole loco, le persiguió con tenacidad, mandándole encerrar en el hospital de Santa Ana; allí pasó siete años y dos meses, sin duda lo más doloroso de su vida. En aquel abandonado retiro lloró como un niño, gimió de desconsuelo y de dolor. Reflexionaba que Leonor, la verdadera causa de sus sufrimientos, léjos de libertarlo de tan miserable vida, gozaba tranquila y feliz de los placeres de la corte, recibiendo las adulaciones de fátuos pretendientes, y olvidándose de él.

Muchos ilustres viajeros, atraidos por la fama del Tasso, corrian à Ferrara para conocerle; mas su dolor era grande al encontrarle gimiendo en un calabozo, ¡á él, que merecia estar rodeado de cariño y consideraciones! El Papa Clemente VIII, poseido de la amorosa benevolencia con que la Iglesia ha visto siempre á los génios desgraciados, quiso hacer justicia al insigne poeta coronándole en el Capitolio, y al efecto se procuró con vivísimas instancias que aquel pasara á Roma. ¡Brillante, aunque tardía reparacion á sus desgracias y á sus infortunios! "La gloria me llama al Capitolio, decia, y seré coronado el primer poeta de mi siglo. Vamos. No tengo ya enemigos. No hay ya obstáculos para mi amor. Podré hablar de él: podré hablar libremente, á todas horas, todo cuánto desea hablar de él este corazon que de él está lleno!"—Pero aquel esperado dia en que debian llegar para el infortunado Tasso, *su redencion, su victoria y su felicidad*, como él decia, no llegó. El poeta, desde su salida del hospital, habia quedado enfermo y débil. La religion le ofreció un asilo en el Convento de San Onofre, cerca de Romo, y allí murió el 25 de Abril de 1695, ántes de que la corona que habia ceñido las sienes del Petrarca descansara sobre las suyas. Los laureles se reservaron para su tumba.

¡En qué tristeza nos sumerje la vida de este grande hombre, y á qué reflexiones tan desconsoladoras se prestan sus infortunios! ¡Qué profundo dolor se apodera del corazon ante tantas desdichas, tantos sufrimientos, tantas injusticias y humillaciones! Su sencillo corazon, tierno y constante para amar, dulce y resignado para sufrir, conmueve hondamente y hace derramar lágrimas de compasiva tristeza. Las *Vigilias*, escritas por él mismo, son la historia íntima de las desventuras de su alma, de la pureza de su afecto hácia Leonor y de los delirios constantes de su imaginacion, sus lamentos están allí fielmente traducidos en palabras de amargura, tales como debieron resonar en la oscura soledad de su prision: esa incoherencia, ese desórden, ese descuido en la frase, tiene un sello de verdad que sorprende, propio, ciertamente, de los corazones que sufren. Ante su cariño por Leonor, desaparecia para Torcuato la fama que iba á conquistar con su poema: *en ella estaba su gloria*, segun decia; ella era para él su mayor tesoro, la única mujer que reunia todas las bellezas y todos los encantos de su ideal. "Yo he renunciado á la gloria poética—exclamaba—Ariosto, Camoens, Virgilio y Homero son para mí nombres indiferentes. Pasó el tiempo en que creía un grande honor

rivalizar con ellos. Mi gloria es vivir para aquella que es mi todo." En sus delirios, Tasso pensaba en la inmortalidad de su nombre: veia el brillo que debia cubrirle y las pompas con que seria conducido su cadáver al sepulcro. Conocedor de su propio mérito, exclamaba: "¡Zoilos insensatos!..... Cuanto más obstinada es vuestra persecucion, tanto mayor será mi gloria. Vosotros, sí, perecereis. No pasarán dos generaciones sin que sean olvidados vuestros nombres.... Yo me he medido con todos los ingenios de mi tiempo, y no me he desanimado. La misma firmeza mia es una grande prueba para mí." Y refiriéndose á la grandiosa empresa de Godofredo, decia: "Yo he eternizado este acontecimiento con mis versos.... Mi *Jerusalem* será para todas las naciones cristianas lo que la Iliada fué para los griegos, la Eneida para los romanos, lo que la Luisiada es para los portugueses.... ¡Ah! ¿Se preguntará por lo mismo cuál fué el destino del poeta? ¡Camoens, somos los dos muy desgraciados! ¿Y cuándo no ha sido infeliz el que ménos debia serlo? Por doble título será querido mi nombre, ¡Oh! ¡cómo será execrado el de aquel que me persigue!"

La posteridad en efecto, le ha hecho justicia, cubriendo su nombre de un brillo inmortal. Lord Byron escribió un poema conmovedor dedicado á su memoria—*La Lamentacion del Tasso*— y él y otros génios ilustres, como Goethe, Chateaubriand y Lamartine, visitaron su calabozo de Santa Ana con la veneracion que inspiran los grandes génios y los grandes infortunios.

VICTORIANO AGÜEROS.

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DON IGNACIO MONTES DE OCA,

OBISPO DE LINARES.

I.

Insignes prelados han honrado en todas épocas el episcopado mexicano, dando lustre á la patria y gloria imperecedera á su nombre, no solo por la magnificencia y alteza de sus virtudes apostólicas, sino tambien por las brillantes luces de su inteligencia, su copioso y universal saber y las sobresalientes dotes literarias que á algunos adornaron. Ocupa hoy muy distinguido lugar entre todos los respetables Pastores de la Iglesia mexicana, por su juventud y temprana sabiduría, sus maravillosas y excelsas facultades poéticas, los numerosos laureles de gloria que ya cubren sus sienes, el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, Obispo que fué de Tamaulipas, y actualmente de Linares.

Vió la primera luz en la ciudad de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre en esta República, el 26 de Junio de 1840, siendo sus padres D. Demetrio Montes de Oca, sabio jurisconsulto y honradísimo abogado, y Dª María de la Luz Obregon. A los doce años fué enviado á Inglaterra, y allí hizo, con extraordinario aprovechamiento, sus estudios preparatorios, terminados los cuales regresó á su patria en busca de algun descanso en el seno de la familia. Estuvo por este tiempo, 1856, pocos meses en el Seminario Conciliar de México. Volvió en seguida á Europa, y en Roma cursó las materias eclesiásticas, graduándose de Doctor en Teología, en 1862, y ordenándole de subdiácono el Ilmo. Sr. Mungía, primer Obispo de Michoacan, una de las inteligencias más privilegiadas que ha producido la na-

cion mexicana en el presente siglo. La dedicacion del Sr. Montes de Oca era tal, y tan grande tambien su aptitud para los estudios superiores, que con razon fué el asombro de sus maestros y condiscípulos, complaciéndose todos en profesarle cordial y sincera estimacion. En poco tiempo concluyó sus cursos de la manera más brillante y satisfactoria. Recibió el órden del presbiterado el 28 de Febrero de 1863, en la basílica de San Juan de Letran, de manos del cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad, y en 1865 obtuvo el grado de doctor en ambos derechos. Fué cura párroco de Ipswich (Inglaterra), y más tarde de Guanajuato, su ciudad natal: tuvo tambien el nombramiento de Capellan de las tropas pontificias y de Promotor fiscal de la curia de México. El emperador Maximiliano le hizo su Capellan de honor, y el Santo Padre Pio IX su Camarero secreto en 1863; cargos todos que demuestran el grande aprecio en que era tenido el Sr. Montes de Oca, así en su patria como en Roma, y la señalada distincion que se hacia de sus relevantes méritos.

El inmortal Pontífice Pio IX, cuya muerte llora todavía y llorará siempre la cristiandad, tuvo al Sr. Montes de Oca particular y cariñosísimo afecto, de manera que "al asignar á Tamaulipas un prelado propio y elevarla al rango de las demas diócesis de la República mexicana, (1)" no pudo olvidarse de él; jóven eclesiástico, en cuyos ojos ardia el más vehemente celo apostólico, inteligencia nutrida de la alta enseñanza de los Santos Padres, corazon tierno y generoso que derramaría copiosos torrentes de piedad y de amor evangélico, sobre los que habian de ser sus hijos en Jesucristo. Fué, pues, elegido para ocupar la silla episcopal de Tamaulipas. "Nos hallábamos entónces en la Eterna Ciudad—decia el Sr. Obispo á sus diocesanos con encantadora sencillez en su *Primera Carta pastoral*,—presenciando el más grande acontecimiento de este siglo: la celebracion del Concilio Ecuménico Vaticano. Diversas causas retardaron nuestra preconizacion; entre otras, la caida de Roma en poder de los enemigos de la Iglesia, y la prision á que tuvo en consecuencia que sujetarse nuestro augusto Pontífice desde el 20 de Setiembre del año siempre infausto de 1870. Este funesto suceso nos hizo ir á buscar en el Calvario los consuelos que ya no nos suministraban los sepulcros de los mártires, hollados por sacrílegas plantas. Partimos para Tierra Santa, y sepultamos nuestro dolor entre los puros goces de Belen y la dulce amargura de Getsemaní. Recorrimos más de una vez las aldeas y pueblos por donde Nuestro Divino Salvador pasó derramando beneficios, anunciando el Evangelio de los pobres y enseñando sus santísimas doctrinas. ¡Cuántas fuerzas adquirimos meditando la Pasion de Nuestro Redentor en los mismos lugares regados por su Sangre preciosa! ¡Cuánto valor nos infundieron las largas horas pasadas en santa contemplacion dentro del sepulcro glorioso del triunfante Jesus! El deber nos llamó otra vez á la esclavizada Roma, y el 6 de Marzo del presente año (1871), penetrando por en medio de las guardias que circundan el que fué palacio, y hoy es cárcel del Soberano Pontífice, fuimos revestidos por el gran Pio IX con el roquete de cándido lino, emblema de nuestra jurisdiccion, despues de haber sido solemnemente preconizado primer Obispo de Tamaulipas. Un altísimo honor, una nueva dicha, un insigne favor nos aguardaba, de que ántes que Nos ningun compatriota habia gozado, con que, fuera de Nos, solo un nacido en el continente americano ha sido distinguido. No contento Pio IX con las gracias que ya habia acumulado en nuestra humilde persona, no satisfecho con los dones esparcidos sobre los mexicanos, quiso honrarnos, ¡oh hermanos é hijos nuestros! y honrarnos á Nos mismo, por vosotros y para vosotros, consagrando con sus propias augustas manos al primer Pastor de Tamaulipas, y confiriéndole él mismo directamente la plenitud del sacerdocio. No podemos disimularos, hermanos é hijos nuestros,

1 Antes era Vicario apostólico.

el inefable gozo que inundó nuestra alma la inolvidable mañana del 12 de Marzo, fiesta del gran Pontífice San Gregorio Magno. En el oratorio particular de la habitacion del Papa prisionero, se verificó privadamente la majestuosa ceremonia de nuestra consagracion episcopal. Si siempre es imponente sea cual fuere el Obispo que derrame el óleo sacrosanto, sean cuales fueren las circunstancias, la época y el lugar en que el nuevo Pastor recibe la uncion sacramental, figuraos la indeleble impresion que dejaria en Nos y los pocos que fueron admitidos á presenciarlo, el acto en que el Pontífice cautivo impuso las manos sobre el Obispo misionero y le entregó las insignias de su autoridad y jurisdiccion."

Tamaulipas es una region del territorio mexicano, situada al Norte, bastante extensa, en muchas partes despoblada y llena de grandes bellezas naturales. En espaciosas llanuras encuéntranse diseminadas solitarias aldeas, pobres cortijos y algunas ciudades de escasa importancia; el clima es ardiente y enfermizo, malsanas las costas, y tan difíciles como peligrosas las comunicaciones. Mas, sin embargo de estas circunstancias, el Sr. Montes de Oca aceptó gustosísimo el gobierno espiritual de aquella tierra que el Santo Padre le encomendaba. La novedad del lugar, lo desconocido de las costumbres y del carácter del pueblo, las fatigas apostólicas, las peregrinaciones, todo presentaba para él misteriosos y dulces atractivos; de manera que no es de extrañar, que más de una vez se soñara evangelizando á la multitud en las orillas de los pintorescos rios y ungiéndola con el crisma de salvacion bajo los frondosos árboles de las escarpadas sierras.

Consagrado Obispo el Sr. Montes de Oca, y "sin aprovecharse de los cien dias que aún le era permitido permanecer junto á la tumba del Príncipe de los Apóstoles, partió sin dilacion, rumbo á su diócesis," como él mismo dice, tomando posesion de ella el 8 de Junio del propio año de 1871. Dedicóse desde luego, con una constancia, un celo y un ardor sin igual, al desempeño de su santo ministerio, dirigiendo primeramente á sus diocesanos una paternal y tierna salutacion. Su carácter manso y bondadoso, su amante solicitud para satisfacer pronta y eficazmente las necesidades espirituales, su palabra fácil, cariñosa y persuasiva, hicieron que en poco tiempo el jóven Obispo fuese el ídolo de los fieles de Tamaulipas. Su lozana y fresca constitucion, embellecida aún por las gracias de la juventud, y su vigor y perfecta salud le permitieron visitar con detenimiento sus vastos dominios, conocer todos los pueblos, y derramar en todas partes los tesoros de la predicacion evangélica y las ricas mercedes del Cristianismo. Visitó las ciudades y villas, penetró en los bosques, ascendió á las montañas y cruzó las corrientes de impetuosos rios: por donde quiera fué, por donde quiera resonó su voz, y ora bajo la sombra de las palmeras y de los naranjos, ora en sencillos y humides templos de aldea; ya en las playas del mar, ya en las silenciosas florestas de la costa, administró con celoso fervor los Santos Sacramentos.

Los sueños que en Roma acarició el preconizado Obispo, tuvieron, pues, su más exacto cumplimiento; y el Ilmo. Sr. Montes de Oca pudo gloriarse de haber llenado su mision, dando cima á sus sagrados deberes. El movimiento religioso de Tamaulipas, en la actualidad, es asombroso; hánse avivado la fé y la piedad de los fieles, se han mejorado las costumbres y la instruccion pública, sobre todo, ha adquirido un desarrollo y una importancia notables, fecundos en consoladoras esperanzas. Y cuenta que el Obispado se fundó en medio de las circunstancias más difíciles y azarosas, siendo suma la escasez de recursos y de colaboradores en las tareas apostólicas. Pero el claro talento, la abnegacion y ardiente celo del Sr. Obispo, suplieron con ventaja aquellas y otras faltas: su actividad infatigable le lleve donde quiera que fué necesaria su présencia para remediar males, instruir y enseñar, fomentar obras buenas y levantar instituciones piadosas. "Grandes

han sido—exclamó en cierta ocasion el pastor cristiano—los frutos que hemos recogido, y abundantes las bendiciones que el Señor ha derramado sobre Nós y sobre nuestro pueblo. Cuando consideramos los innumerables beneficios que el Dios de las misericordias ha querido dispensar por nuestras manos pecadoras, no podemos menos que deshacernos en lágrimas de confusion y de gratitud." ¡Cuántas conversiones hizo allí en efecto, la inspirada palabra del Sr. Montes de Oca; cómo huyó el cisma de entre sus diocesanos; cómo, los que ántes eran indiferentes ó escépticos, se tornaron en piadosos creyentes y en humildes y buenos hijos de la Iglesia.

Aparte de estos inapreciables bienes, Tamaulipas debió á su Prelado otros que harán por siempre querida y venerada su memoria: él levantó desde los cimientos del Colegio Seminario del Obispado en la capital de su Diócesis, Ciudad Victoria, y procedió á la construccion de la Catedral, numerosas iglesias fueron restauradas y engrandecidas; el culto adquirió gran pompa y majestad, y hasta parece que se redoblaba el celo de los párrocos: todo lo cual se debió en gran parte al ejemplo, á la caridad, y á la constante dedicacion del virtuoso Sr. Montes de Oca.

Posteriormente, en uno de los últimos meses del año de 1879, fué trasladado á la diócesis de Linares, por haber sido preconizado para la de Puebla el Illmo. Sr. D. Francisco de P. Verea, que ocupaba hacía muchos años aquella Sede. Allí continúa hoy el Sr. Montes de Oca, prestando grandes y saludables servicios á los fieles de la frontera. Su laboriosidad, su celo, su fecunda iniciativa para emprender y llevar á cabo obras benéficas, son los de siempre. Ni las amarguras de estos tiempos difíciles, ni la hostilidad que se encuentra en las instituciones políticas actuales, son bastantes á hacerle desmayar en el estricto cumplimiento de sus sagrados deberes; él vela con atenta vigilancia, y hasta sabria sacrificarse por el bien espiritual de sus ovejas.

Tal es el obispo. Véamos ahora al poeta, al orador, al literato.

II.

Pocos ingenios han podido atesorar, á la edad del Illmo. Sr. Montes de Oca, los profundos y vastos conocimientos que él revela en sus obras, y pocos tambien podrán gloriarse de haber hecho en corto tiempo una carrera tan brillante y magnífica como la suya. "Ocupado desde niño en estudios sérios y en el extranjero,—como dice en el prólogo de sus poesías;—encerrado muy jóven en austero Seminario, y ordenado sacerdote á los veintidos años,"—nuestro insigne Prelado supo adquirir con maravillosa prontitud, una selecta educacion literaria. Distinguióse en el colegio de Inglaterra entre los más aprovechados discípulos; pues á su singular talento, su rica imaginacion, su ingenio claro y peregrino, uníanse una aplicacion y empeño extraordinarios, acreditados á cada momento con los triunfos que obtenia en las aulas. Formó allí su buen gusto, leyendo y estudiando detenidamente los autores clásicos; y ora ejercitaba su entendimiento en las labores de la crítica, ó vertia á nuestro idioma las bellezas de la poesía griega y latina; ora se ensayaba en la lira para modular sentidos y armoniosos cantos. Sus estudios de Roma le llevaron á otros horizontes, amplios y llenos de atractivo para una inteligencia juvenil destinada á ejercer espiritual jurisdiccion: allí otras fuentes de enseñanza, otros estímulos y otros triunfos le aguardaban al lado mismo del venerable Jefe de la cristiandad. Abréronsele las copiosas y saludables páginas de los teólogos y los doctores, de los Santos Padres y los apologistas: su alma se sumergió, por decirlo así, en aquel océano de sabiduría, y conoció luego todas las ramas de las ciencias sagradas· tan alta lectura, dió á su espíritu el vigor y la energía del verdadero saber.—Ya hemos visto ántes cuan rico y valioso fué el premio que por sus crecidos afanes recogió el Sr. Montes de Oca: el Santo Padre Pio IX le distinguió con su cariño, le elevó á la alta dignidad episc

o-

pal en los frescos años de su juventud, y le "consagró con sus propias augustas manos, primer Pastor de Tamaulipas," precisamente cuando el Soberano Pontífice se hallaba mas afligido y contristado: merced singularísima que no á muchos es dado alcanzar. Al saberse en México cuántos honores conquistaba el Sr. Montes de Oca y cómo honraba á la patria en el extranjero, todas las simpatías fueron para él, cobrándole, los que conocian sus triunfos, el más entusiasta y cordial afecto. Sus glorias se reflejaban en el país que lo habia visto nacer, y éste se sentia orgulloso con justicia.

Hé aquí ahora las obras del ilustre Obispo:

En 1868 fundó en Guanajuato una "Revista Católica," que redactó él solo, durante dos años, y de la cual llegaron á salir dos tomos. Por ese mismo año, el 19 de Julio, predicó en San Luis Potosí un "Panegírico de San Vicente de Paul," lleno de uncion y fervor evangélico, con cuadros interesantes y vivamente dibujados, sembrado de juicios y reflexiones oportunas, y engalanado de exquisitas flores. En Octubre pronunció, en la parroquia de su ciudad natal, el "Elogio fúnebre de la Sra. Doña Francisca de Paula Perez Gálvez y Obregon," virtuosa dama, que prodigó los tesoros de su ardiente piedad y crecido patrimonio en favor de los desgraciados. Ambas piezas son dos cantos á la caridad.

Habiendo marchado á Roma en 1869 á presenciar lo que él llama con justicia el mayor acontecimiento de este siglo, —el Santo Concilio Euménico Vaticano,—remitió con regularidad al periódico "La Revista Universal," de esta ciudad, unas "Correspondencias" interesantísimas, relativas á las deliberaciones y trabajos de aquella Asamblea cristiana y á cuantos sucesos se ligaban con ella.

En 1877 apareció su version métrica de los "Poetas Bucólicos griegos," obra admirable, acompañada de eruditas y curiosas notas explicativas, críticas y filológicas, que alcanzó el honor de que la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, hiciese suya la edicion. Forma un lujoso volúmen de más de cuatrocientas páginas de impresion limpia y correcta, y comprende: veintisiete idilios de Teócrito, nueve de Bion de Smirna, y otros tantos de Mosco de Siracusa. Las notas ocupan unas ochenta y seis páginas, y todas convidan á leerlas por su grande interés histórico y literario.

Incapaz yo de juzgar tan concienzudo trabajo, me contentaré con manifestar la admiracion que me causa. Los inteligentes dicen que es la version castellana más completa y elegante que se ha hecho de los bucólicos griegos, y agregan que ninguna otra ha reproducido con tanta verdad la innata belleza, el delicado adorno, los primores poéticos del original. Comparando, en efecto, la traduccion del sabio Prelado mexicano, con otras que existen de diversos autores, se notan desde luego diferencias esenciales que realzan notablemente el mérito de la primera· así, por ejemplo, no encontramos en esta, ni los pasajes, ni los idilios que ofenden el pudor; y por lo demas, todo en ella es sencillo é inocente, los cuadros respiran aquel amable candor de los pastores, aquella frescura de las costumbres primitivas. Aquella inefable delicia de las escenas de la naturaleza; y la graciosa ingenuidad, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de descripcion que caracterizan á Teócrito, parecen conservarse con toda propiedad. Por último, de esta magnífica obra del Sr. Montes de Oca, utilísima á la juventud literaria de nuestro tiempo, porque con ella trata de restaurar los buenos estudios sobre su antigua y sólida base, como dice un escritor distinguido; de esta obra puede repetirse lo que su mismo autor dijo, del "Siglo de oro" de Balbuena: "No solo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecia; como aconseja San Basilio, sino que siguió áun más escrupulosamente sus instrucciones: "¿No veis, dice este Padre, "no veis á las avejas cómo escojen el "zumo de las flores de que han de for-

"mar su dulcísima miel? Ni á todas "vuelan, ni en todas se paran, ni en to-"das igualmente se detienen. De unas "beben más, de otras ménos, y cuando "han libado el jugo de que han menes-"ter para formar su panal, tornan sin "tardanza á la colmena. Así es fuerza "que hagamos nosotros, si tenemos jui-"cio y aspiramos á la verdadera sabidu-"ría, con los libros de los gentiles."

Y así lo ha hecho el Señor Obispo de Linares: "no se contentó con traducir, ni áun arrancando las espinas de inmoralidad de que están erizadas las rosas" que se hallan en los poetas bucólicos griegos. Tomó de ellos cuanto necesitaba para formar una coleccion de poemas pastoriles, dulces, gratos y morales; y "si cantó los sencillos afectos de apasionados pastorcillos, procuró no apartarse de las huellas que Salomon nos trazara en su Cántico y expresarlos con frases pulcras" que no hirieran oidos delicados. (1) Si, pues, nuestro Prelado-poeta no hubiese conquistado ántes con otras obras fama y renombre imperecedero, sin duda habria bastado para asegurárselos esta espléndida version de los bucólicos griegos. (2)

Durante el ejercicio de su sagrado ministerio en Tamaulipas, el Illmo. Sr. Montes de Oca publicó tres "Cartas Pastorales" (una de ellas sobre la francmasonería); multitud de "Cartas á los párrocos," haciéndoles eficaces recomendaciones acerca de asuntos religiosos, y especialmente acerca de la educacion de la niñez; varios "Discursos;" una "Homilía" bellísima, predicada en la iglesia de Ciudad Victoria con motivo de la apertura del Colegio Seminario del Obispado, dos "Edictos," un "Sermon sobre el Sagrado Corazon de Jesus," predicado en la iglesia de San Lorenzo de México, el 30 de Setiembre de 1877; otro "Discurso," pronunciado en la solemne consagracion del altar mayor de la iglesia matriz de Tampico; y por último, "El Elogio fúnebre de nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX," que oyeron los fieles de la misma ciudad el 8 de Marzo de 1878, en las solemnes exequias celebradas en honor de aquel inmortal Pontífice. Y merecen tambien citarse otras dos Homilías, ricas en bellezas literarias, sobre "La Tempestad en el Lago de Tiberiades" y "En la ordenacion de un jóven Sacerdote."

El Sr. Montes de Oca, que es poeta de alta inspiracion, "cantando apacienta su rebaño (1); pues en medio de sus tareas apostólicas no abandona sus aficiones literarias ni deja de pulsar la lira; ántes, al contrario, cultiva aquellas con más calor que nunca en sus horas de soledad y de aislamiento, para dulce y pacífica distraccion de su ánimo: y si el Obispo de Puerto Rico, D. Bernardo de Balbuena, empleaba el tiempo que le quedaba libre en escribir sus cantos del "Bernardo" y del "Siglo de Oro," el Obispo de Linares ocupa el suyo cantando en castellano los apasionados afectos de los antiguos pastorcillos de la Grecia, para dar á la juventud mexicana buenos modelos que formen su gusto. En 1878 dió á luz un precioso tomito que contiene sus composiciones poéticas, y que él modestamente calificó de "Ocios." Está dividido en cuatro libros; el primero comprende diez sonetos, escritos ántes de los veinte años, y noventa, escritos despues de los treinta y cinco; el segundo, una "Epístola moral;" el tercero, un pequeño poema heróico intitulado "Fiesco," trazado á los diez y nueve años; y por último, el cuarto, una coleccion de odas, himnos y canciones, cuyos títulos, asuntos y estilos —dice el autor—"revelan que son produccion de un estudiante." En un cuaderno suelto apareció despues la sentida "Elegía" que escribió con motivo de la muerte del Illmo. Sr. Obispo de Olinda (Brasil).

1 Estas frases que yo aplico al Illmo. Sr. Montes de Oca, las dedicó él al autor del *Bernardo* y de *La Grandeza Mexicana* en la *Oracion fúnebre* de que adelante me ocupo

2 Publicóse ésta en Madrid, en 1881, formando parte de la Biblioteca Clásica, que todavía da á luz una acreditada casa editorial. El reputado literato español D. Marcelino Mendez Pelayo puso prólogo á esa nueva edicion.

1 El mismo Sr. Montes de Oca se aplica estas palabras, que se hallan en el Idilio III de Mosco, intitulado *Canto fúnebre de Bion* traducido por él.

Uno de los mayores y más brillantes triunfos que se registran en la vida literaria del Illmo. Sr. Montes de Oca, es sin duda el que obtuvo el dia 3 del del mes de Agosto 1878, en la iglesia de la Profesa de esta capital. Con motivo de las honras celebradas por la Academia Mexicana en memoria de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y demas ingenios nacionales y españoles que en ambos mundos cultivaron las letras castellanas, aquella docta Corporacion encomendó al Illmo. Sr. Obispo la oracion fúnebre que debia decirse en dicha fiesta religiosa y literaria. Lo más selecto de nuestra sociedad, la prensa de todos los partidos, las celebridades màs notables de México, se agruparon al rededor de la cátedra sagrada para oir al que es honra y gloria de nuestra literatura y de nuestro respetable episcopado. Su palabra cautivó durante hora y media al escogido auditorio, presentándole bajo elegantísima forma una série de admirables juicios y de gallardos pensamientos, de fundadas sentencias y maravillosos panegíricos; "enlazados todos, como dijo un escritor, con cadena de oro y de flores, expresados con puro y correcto lenguaje, sin afectacion y sin miedo, sin aparato y sin pretensiones." Despues de un magnífico y oportuno exordio, el eminente orador hizo el elogio de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, de Sor Juana Inés de la Cruz y del célebre cantor de la "Grandeza Mexicana" D. Bernardo de Balbuena, dibujando rápidamente con rasgos maestros y vigorosos la historia de su vida y de sus obras. Viniendo á los tiempos modernos, habló con una erudicion, una prudencia y tacto asombrosos, de nuestro gran historiador Alamán, de nuestro insigne literato y poeta Pesado, y de D. Clemente de Jesus Munguía, ilustrísimo y eminentísimo Arzobispo de Michoacan. Y hay que notar que la posicion del orador era difícil: pronunciar un discurso literario en un templo, darle forma adecuada, revestirlo de galas que lo hiciesen digno del púlpito y de un recinto académico al mismo tiempo, eran dificultades gravísimas que solo á los talentos superiores es dado vencer; pero el Sr. Montes de Oca las venció todas con facilidad sorprendente; supo dar á su oracion fúnebre, atractivos que de igual manera cautivaron al literato y al poeta, al historiador y al crítico, al cristiano y al filósofo. Su lenguaje fué pulcro y castizo, exento enteramente de inútiles adornos, é incontable el número de sus bellezas literarias y de pensamiento. La Academia Mexicana, á propuesta de su Director el Sr. Arango y Escandon, dirigió algunos dias despues al insigne Obispo un hermosísimo oficio, que era prenda segura del entusiasmo que causó entre sus miembros el inspirado discurso, y del júbilo y complacencia con que vieron el acertado desempeño del encargo del orador.

La última obra dada á luz por nuestro ilustre Obispo, (Febrero de 1882), es la version completa de las "Odas" de Píndaro, con la cual añadió un floron más á su corona de consumado helenista. Forma un tomo de cuatrocientas veinte páginas, y en él se registran, elegante y magistralmente traducidas, las odas Olímpicas, Píticas, Nemeas é Istmicas, todas con eruditas é interesantes anotaciones. Es la primera traduccion métrica que existe en castellano del Príncipe de los líricos; y ella, lo mismo que la de los bucólicos que ántes mencioné, es hoy y será siempre una de las joyas más preciadas de la literatura mexicana.

Nuestro distinguido prelado es miembro de la Arcadia de Roma desde 1865, bajo el el nombre de "Ipandro Acaico" (con el cual quiere ser conocido en el mundo literario), y lo fué de la Academia de Ciencias y Literatura de México, fundada por el emperador Maximiliano. Pertenece igualmente á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y en 1877 fué nombrado académico correspondiente de la Mexicana y de la Real Española de Madrid.

Concluyo este artículo insertando el juicio que del Sr. Montes de Oca formó D. Anselmo de la Portilla, el inolvidable escritor á quien nuestra literatura

debió grandes é importantes servicios.

"El Sr. Montes de Oca—dice—como Obispo, como orador y como poeta, es una de las figuras más simpáticas de esta República. La naturaleza le ha dotado de todas las cualidades que requiere el feliz desempeño de este triple papel, y el arte ha completado á maravilla en su persona la obra de la naturaleza.

"Obispo de una comarca inmensa, mal poblada á trechos por gentes casi bárbaras, y solo en pequeña parte por otras civilizadas y cultas, tiene la constancia y sabiduría necesarias para infundir la luz del Evangelio á las primeras; la filosofía y el prestigio indispensables para convertir en creyentes á los incrédulos, que abundan entre las segundas; y tiene tambien la robustez y el vigor que ha menester para soportar los rudos trabajos de su vida pastoral por los desiertos de su diócesis Es un apóstol del tiempo antiguo, sin el semblante demacrado, ni el hábito roído, ni las arrugas de la frente; àntes bien, con las elegantes y atildadas formas exteriores de la sociedad más refinada de nuestro tiempo. Tiene el entusiasmo de su apostolado, y hasta la vocacion del martirio, como lo da á entender en alguna de sus composiciones poéticas, lo cual no impide que su noble faz anuncie con perenne sonrisa la serenidad y el contento de su alma.

"Como orador sagrado, posee las dotes de espíritu que la oratoria requiere: clarísimo talento, vasta y amena erudicion, exquisito gusto liberario; y con estas dotes del espíritu junta en felicísimo consorcio las condiciones físicas que sirven para realzarlas: gallarda presencia, noble ademan, metal de voz que parece música, todo aquello, en fin, que constituye el encanto irresistible de la elocuencia. Todo estas cualidades brillaron con nunca visto fulgor en su famosa "Oracion fúnebre" de los literatos difuntos; magnífica novedad, que hará época en los anales de la oratoria sagrada de México.

"El Sr. Montes de Oca escribe tan legantemente en prosa como en verso, y de él se puede decir lo que Chateaubriand decia de De Fontaines, que tiene las dos liras. De la elegancia de su prosa dan testimonio, además de otros escritos literarios y de polémica, sus pastorales y sus sermones. De la excelencia de sus versos serán testigos irrecusables su traduccion de los bucólicos griegos y la coleccion de poesías originales que acaba de dar á luz con el título de "Ocios poéticos." El estro del Sr. Montes de Oca es fácil, abundante y florido. No hay ciegos arrebatos en su poesía, ni pasiones ardientes, ni peligrosas intemperancias. Tiene la sencilles griega, la gracia antigua, el sello clásico y la entonacion grave. Se revela en sus composiciones el poeta enamorado de la antigüedad clásica y el pastor de la Iglesia. Son notables, además, por lo correcto del lenguaje, por lo castizo de la diccion, sin afectaciones de arcaísmo, y por la alteza de los pensamientos, impregnados siempre de uncion piadosa y filosofía cristiana. Esta coleccion de poesías asegura al Sr. Montes de Oca distinguido lugar entre los mejores poetas de nuestro tiempo.

"El Obispo de Tamaulipas está en la fuerza y en la madurez de la edad, y ha de hacer mucho todavía para honra y gloria de su clase, de las letras y de su patria."

VICTORIANO AGÜEROS.

EXCLAMACION.

¿Conque siempre he de verme arrebatado
Del proceloso mar de mis afectos,
Cual débil navecilla que zozobra
Sin encontrar un derrotero cierto?

¿Siempre he de ser juguete de las olas,
Conducido al antojo de los vientos,
Aquí y allí sin direccion llevado,
Sin hallar nunca el venturoso puerto?

¡Cielos! mandad, á compasion movidos
Del grave mal que me amenaza fiero,
Un auxilio eficaz que me socorra
Y conduzca feliz á salvamento.

MANUEL Mª ALVAREZ DE LA TORRE.

A LA PURISIMA VIRGEN MARIA.

ODA.

¿Quién me diera, oh María,
Ser eterno cantor de tu grandeza,
Y cada nuevo dia
Celebrar tu pureza
Con nuevos himnos de inmortal bellleza?

¿Quién me diera, Señora,
A tu linda guirnalda frescas flores
Poner hora tras hora;
Realzar tus primores
Y ver rendido el mundo á tus amores?

¿Quién, oh Vírgen, me diera
Del gran Bernardo el corazon ardiente
Y la voz hechicera,
Con que de gente en gente
Pudo tu nombre dilatar ferviente?

Mas mis ojos, gastados
Por el brillo de efímera hermosura,
Desmayan quebrantados
Solo á la lumbre pura
Que destella tu régia vestidura;

Y este mezquino pecho,
De amores vanos sin cesar henchido,
Es, Madre, albergue estrecho
Y pobre y abatido,
Para el amor á tu beldad debido.

Y si busco en mi lira
Tonos para cantar tu nombre y gloria,
Angustiada suspira,
Y trae á mi memoria
Recuerdos ¡ay! de mi culpada historia.

Por eso mis cantares
Son flores sin aroma y deslustradas,
Que afean tus altares;
Son frutas descarnadas
Y por rüin gusano taladradas.

Pero tú, Reina mia,
Rica en piedades y de gracia llena,
Ensancha el alma mia,
Y de tu amor la vena
Haz en ella brotar limpia y serena.

Y cuando rinda fruto,
El más blando, jugoso y sazonado
Te llevaré en tributo,
En vaso aljofarado,
De lindas azucenas coronado.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

Diciembre 8 de 1883.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Nació el autor de *Pablo y Virginia* en el Havre, puerto del Norte de Francia, el año de 1737. Fué desde su primera infancia muy aficionado á la lectura, sobre todo á la de viajes y de historia natural.—Debido á esto sin duda, su imaginacion fué exaltándose lentamente, templándose sus sentimientos y adquiriendo ciertas ideas que pronto aumentaron la ardiente excitacion natural de la juventud: se volvió soñador, sombrío, y de tan viva fantasía, que con frecuencia huia de la casa paterna para ir á ocultarse á solitarios bosques, deseoso, segun decia, de llevar una vida aislada, apacible y tranquila. Pensaba igualmente ser con el tiempo un nuevo Robinson Crusoé.

Viajar era el delirio del jóven Bernardino; y así, luego que se le presentó una oportunidad, acompañó á un tio suyo á la Martinica; mas no tardó en volver á su país, á causa de las penas y molestias que halló en esta isla. Entró al Colegio de Jesuitas de Caen, y allí su romántica imaginacion le inspiró consagrarse para misionero; pero habiendo cambiado al poco tiempo, pasó á estudiar matemáticas á Paris, en donde se recibió de ingeniero: tuvo un magnífico empleo en el ejército, el cual abandonó por hacer un viaje á Malta. A su vuelta á Paris, se dedico á la enseñanza de las matemáticas, pero de nuevo su carácter le hizo entregarse á continuos viajes, á una vida agitada y llena de aventuras.

Pasó á Rusia, y allí fué presentado á Catalina II: quiso fundar despues una especie de república compuesta de hombres buenos y sufridos, á las orillas del mar Caspio; combatió en la guerra de Polonia; estuvo en Dresde, Berlin, Viena; y por último, regresó á Francia en 1766. Hizo aún nuevos viajes, entre ellos uno á la Isla de Francia, teatro de *Pablo y Virginia*, hasta que al fin se detuvo en Paris.—Allí frecuentó algo la sociedad; y llevado de su carácter raro y misántropo, buscó la amistad y el trato íntimo de Juan Jacobo Rousseau, quien á la sazon herborizaba en los alrededores de la capital, habitando en una morada humilde: ambos de muy semejantes gustos, amantes de la naturaleza y de la soledad, pobres y desgraciados, emprendian paseos solitarios, departiendo amigablemente sobre diversas é importantes materias. Entónces fué cuando, como dice Lamartine, Rousseau vació su alma en la de Bernardino de Saint Pierre.—Publicó éste en 1784 sus *Estudios de la Naturaleza*, que fueron acogidos con singular entusiasmo por el público; pues el estilo de esta obra era nuevo, sencillo, conmovedor, perfumado de cierta encantadora poesía, hasta entónces poco conocida en las obras francesas escritas en prosa. Tres años des-

pues dió á luz *Pablo y Virginia*, este idilio inmortal que será siempre el libro predilecto de todos los corazones sensibles y amantes: y el efecto que causó en el mundo literario de entónces, es casi imposible de describir. Nunca se habia visto entusiasmo igual, aplausos tan unánimes y espontáneos: las ediciones se repetian, en el extranjero se multiplicaban las traducciones, las fábricas nuevamente establecidas llevaban el nombre del libro, y las madres bautizaban á sus hijos con los dulces nombres de Virginia y Pablo.

Luis XVI nombró á Saint-Pierre intendente del Jardin de Plantas; despues fué nombrado catedrático de moral en la Escuela Normal de Paris; y por último, en 1795, entró á formar parte del Instituto de Francia.—Escribió otras muchas obras, tales como *Los Votos de un Solitario*, las *Armonías de la Naturaleza*, *Viajes*, *La Cabaña Indiana*, y un drama, *La Muerte de Sócrates*. Fué tratado con muchas consideraciones por todos los gobiernos que se establecieron despues del sangriento drama de Luis XVI; mas sin embargo de esto, su carácter permaneció el mismo, sombrío, etraido, acaso áspero; lo cual formaba notable contraste con sus obras llenas de frescura, de gracia y de amable sencillez. Saint-Pierre murió el 21 de Enero de 1814, y sus *Obras completas* fueron recogidas y lujosamente publicadas cuatro años despues por su amigo y discípulo Aimé Martin.

VICTORIANO AGÜEROS.

LA ROSA MUSGO.

Traducido directamente del aleman.

(KRUMMACHER.)

El ángel que de perlas del rocío
A las flores guarnece,
En una noche del ardiente estío
De un rosal en la sombra se adormece,
Y con voz cariñosa
Al despertar exclama:
¡Oh tú la más hermosa
De mis hijas! Por tí mi amor se inflama;
Y gracias mil te da por el empeño
Con que olores y sombra me prodigas
Al refrescar mi sueño.
Pídeme lo que quieras; lo que digas
Será por mí atendido
Y al instante cumplido.
—"Pues dáme un nuevo adorno,"
Al espíritu díjole la rosa.
Y el ángel el contorno
Ciñó de la más linda de las flores
Con simple musgo, y presto
La estimada entre todos los rosales,
Apareció ostentando aquel modesto
Pero hermoso atavío.
¡Oh jóvenes lozanas! con desvío
Ved el oro, diamantes y corales:
Seguid á la gentil naturaleza;
No os dejeis seducir de falsos brillos,
Que los adornos miéntras más sencillos
Más realce le dan á la belleza.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

RELIGION.

SONETO.

Naciste pura de una Cruz sagrada,
Al aliento de un Dios incomprensible;
Te produjo su amor tierno y sensible
A la raza de Adam degenerada.

Desde entónces te elevas sublimada
Sobre el mundo, cual faro bonancible,
Y de ese mundo en la tormenta horrible,
Guias á la humanidad abandonada.

Yo te admiro y yo te amo, porque eres
La única luz que me inspiró confianza
En este mar de libres pareceres:

Tú me enseñas el cielo en lontananza,
Y aunque nécios te burlen otros séres,
¡Tú seras mi consuelo y mi esperanza!

ANTONIO DE P. MORENO.

Noviembre de 1883.

ROSA Y VIOLETA.

APÓLOGO.

Bella se alzaba en el rosal erguido,
La hermosa reina del jardin de Flora,
Y en su cáliz temblaba suspendido
El rocío precioso de la aurora.



De Febo hermoso los brillantes rayos
Besaban con amor sus bellas frondas,
Y de su trono los movibles tallos,
Se vian del agua en las azules ondas.

Orgullosa cual bella, despreciaba
El canto de las aves y las brisas,
Y con desden y vanidad miraba
Del cielo y de la tierra las sonrisas.

No léjos del rosal, tímida y pura,
Entre las hojas de su verde lecho,
Rodeada de aromas y frescura
Y bajo dulce y amoroso techo;

Pudorosa y gentil, modesta y bella,
Una violeta azul como los cielos,
Del astro rey la luminosa huella,
Admiraba sencilla y sin recelos.

Alzó despues la inmaculada frente
Hácia la rosa, que inclemente y fría
La dijo:—"¿Por qué miras imprudente
Mi hermosura, mi encanto y lozanía?"

¿Por qué, vasalla humilde, te enamo-
(ras
Del sol que me ama y mi corola besa?
Tú debes ocultarte, no atesoras
Como yo los encantos y belleza."

Asustada la pobre florecilla
Tembló cerrando su nectario puro,
Ocultando su frente sin mancilla
Entre las hojas del ramaje oscuro.

A poco el sol en el zenit brillando,
Con su fuego agostó la fresca rosa,
Y seca y deshojada fué rodando
Sobre un agua pesada y cenagosa.

En la tarde los trinos de las aves
Volvieron á inquietar á la violeta,
Y sus hojas purísimas y suaves
Abrió temblante y á la par discreta.

Cerca de ella rodaban unas hojas
De la orgullosa flor que en la mañana
Se ostentaban magníficas y rojas,
Como diadema de la flor galana.

La tímida violeta amante y pura,
Sintió pesar en su aromado seno,
Que es de nobles sentir la desventura
Que nos enseña el infortunio ageno.

En su corola dulce y pudorosa
Dejó ver una gota; era de llanto
Lágrima pura que realzó dichosa
De su modestia el virginal encanto.

Un ruiseñor amante contemplaba
Aquel mudo dolor, y le decia:
"La belleza es efímera y se acaba,
La virtud es eterna y no varía."

ANTONIO DE P: MORENO.

Abril de 1879.

BELEN.

(Al egrejio literato D. J. García Icazbalceta)

En la envejecida ampolleta de la era pagana iban á ser las doce de la noche.

Armoniosamente se agitaban las ramas de los árboles orientales. Las aves se movian en sus nidos de oro como previniéndose para entonar sus estrofas más delicadas.

La sombra de la fatalidad se proyectaba en los pórticos de la sinagoga moribunda.

Un lúgubre presentimiento se agitaba terrible en el corazon de Herodes; sus sueños de esa noche debieron ser espantosos.

La humanidad dormia sosegada, en tanto que miriadas de arcángeles descendian de los cielos y revolaban sonrientes sobre los carcomidos techos de un portal humildísimo.

Una luna de invierno, bañaba con sus ráfagas los perfumados valles del Nazaret. Parecia que la Naturaleza esperaba un grande acontecimiento.

Un himno indescriptiblemente sublible resonaba en los cielos, un himno que repercutian los vírgenes bosques de la tierra.

Bajo las ruinas de un establo abandonado un varon santo sonreía ante una vírgen que besaba á un niño por primera vez; á un niño que calentaba con sus labios de mirto y recostaba en su pecho de azucena. ¡Ah! ese capullo que brotaba de la violeta de Palestina traía en su cáliz muchas lágrimas, traía en sí la ofrenda, único presente que en adelante aceptaria el Eterno en sus altares: aquel niño era Jesus.

Dentro de su corazon estaba el código de los hombres, allí germinaba la redencion del mundo, en aquel divino niño venía envuelta la civilizacion de la

humanidad. ¡¡Gloria á Dios en las alturas!! repetian sin cesar los querubines. Y en tanto que los hombres dormian y el Niño no tenia con que arroparse, la voz de los profetas se habia cumplido; la serpiente del Paraíso sentia herida la cabeza y el mundo se habia salvado. Jesus, que habia nacido sobre las ruinas del pasado, venia á levantar para su Padre los grandiosos templos del porvenir; nada de esto querian saber los impíos sacerdotes del Sanhedrin, y el infeliz Herodes ya persigue á Jesus, cuando todavía su palabra no habia resucitado los corazones.

¡Cuántas veces durante la persecucion contra los niños, la Madre de los desamparados empapando con lágrimas el rostro de su hijo, se diria: "Dejad que alimente á mi niño y que viva más; un dia os dará hasta la última gota de su sangre y yo sufriré dolores que vosotros ni imaginais."

Tres grandes sabios del Oriente vienen á buscar al rey de Judea que suponen en alcázares de oro brillante como la estrella que los guiaba; pero el Rey que solo debia imperar desde el trono de una cruz habia nacido y estaba en un establo; los reyes penetraron en él y sorprendidos encontraron al Rey de los cielos teniendo por trono único el seno de María; á su lado estaba un justo desterrado y pobre; los potentados ante la grandeza del pequeño Niño se quitaron sus coronas y anonadados se postraron ofreciéndole perfumes. ¡Cómo gozaria ante este cuadro la amantísima Madre! ¡Con qué regocijo miraria el incienso de los grandes en los sagrados piés de su hijo! ¿qué diria la graciosa nazarena tímida y bella á los que así celebraban la llegada de Dios? ¡Cómo sonreiria el Niño á los representantes de los hombres que por amor los venia á redimir! En el portal de Belen nacia la aurora y comenzaba la primavera. Jesus venia á agotar las espinas reservándolas para su corona; despues solo flores encontrarian sus hijos, flores que regaria con su propia sangre. Pero no mezclemos los cantos y las alegrias de Belen, con los gritos deicidas del Calvario; miremos hoy solo á los campesinos que se llegan al pesebre con sus rostros risueños y su encantadora sencillez, y llevan al recien nacido ofrendas pobres que todos miran con placer; aquellos corazones inocentes y buenos representaban no á los hijos de Jerusalen impía, sino á los de la Jerusalen libertada: los más humildes celebraban cantando la llegada de Dios á la tierra, los más humildes predicarian despues su doctrina, los más humildes le seguirian entonando himnos en los siglos y en la eternidad. ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

Jesus el hijo de Dios ha vestido la humana carne para iluminar los hogares que la idolatría llenó de sombras, para traernos la paz, la libertad y la vida.

Bendígante Jesus, todas las generaciones, que yo desde el fondo de mi corazon te bendigo.

F. de P. Sanchez Santos.

México, Diciembre 24 de 1883.

JUAN FARRIZ.

Á JOAQUIN BARANDA.

I.

Apénas del sol ardiente
entra un débil rayo de oro
que alumbra el recinto estrecho
de un oscuro calabozo.
Sobre un jergon, en el suelo,
apoyando en él los codos,
sobre los codos las manos,
y entre las manos el rostro,
está un anciano abatido
por el dolor y el insomnio;
la tez marchita y arada,
secos y ardientes los ojos.
Allí la humana justicia
guardóle un año tras otro,
y allí vió correr los años
en cautiverio espantoso.
Diez lustros cumple aquel dia,
y al tender la vista en torno,
no halla una amiga mirada,
ni un semblante cariñoso.
¡Nadie. .! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira!
Ni está aislado, ni está solo;
allí está con sus memorias

y con sus recuerdos todos.
Allí estan sus alegrías
y sus tristezas, sus odios,
sus afecciones... ¡Un mundo
con él en su calabozo!
—¡Padres, hermanos!—Exclama.
¡Cuántas veces os ví en torno
de una mesa, en mis natales!
¡Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
en aquel semblante hermoso,
madre del alma, el primero
que ví cuando abrí los ojos!

Juan Farriz sintió en su pecho
un dolor fiero, espantoso:
en el insondable abismo
de la conciencia, muy hondo,
creyó contemplar la imágen
de su madre... Sintió el soplo
de su aliento... Y oyó el eco
de su voz, y luego el sordo
gemido de sus dolores,
entre el murmullo monótono
de sus rezos, y el tristísimo
estertor de sus sollozos.
Juan Farriz sintió en su cráneo
algo terrible, monstruoso,
como tempestad airada,
como rugidos del noto,
como el chocar de las olas
en los peñascos del ponto,
y brotar quiso á torrentes
el llanto, y rebelde y sórdido
volvió á estancarse su llanto
del corazon en el fondo.
Llanto que es sangre del alma
que arroja el alma, copioso,
cuando la pena la ahoga
de la desdicha en el colmo.

Juan Farriz miró en seguida
de su jergon en contorno,
girar pálidos, horribles,
con fieros semblantes torvos,
á los que hirió con su mano
en un encuentro alevoso,
ó en la guerra, ó como bueno,
y frente á frente y sin dolo.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito
de miseria y de abandono!....
Hijos sin padre...! ¡Sin hijos
tantos padres cariñosos!

Y Estrella, allí estaba Estrella,
virgen de cabellos blondos,
de negra ardiente pupila,
y semblante melancólico,
la que sufrió de sus padres
por Juan Farriz el encono;
la que en el hogar querido
por Farriz lo dejó todo,
las rosas de sus arriates,
y sus pájaros canoros,
y la pequeña alcancía
de sus modestos ahorros;
y al viejo mastin que estaba
mirándola siempre absorto,
entre el lecho y el altar
de su blanco dormitorio;
Estrella que sin amparo
cayó desde el cielo al lodo,
del infame abandonada
en el fangal del oprobio;
Estrella.. Y despues de Estrella..,
Juan Farriz contempló atónito—
el flaco espectro de un niño,
que es su trasunto, que es otro
Juan Farriz, su imágen viva,
que hácia él convierte lloroso
el demacrado semblante
donde nunca dejó un ósculo..
Y.. "Padre,—le gritó el niño,
Me muero, padre, me ahogo,
me falta el pan y no tengo
ni amor, ni besos, ni apoyo....
Padre... ¿Dónde está mi madre?
No escondas, padre, los ojos,
mírame: ¡el hambre y el frio
van á matarme muy pronto!
No huyas, padre.. Espera, espera."
Saltó junto al lecho tosco,
y apoyándose en los muros
de aquel recinto espantoso,
acosado por el niño
sin parar un punto solo,
le daba vueltas y vueltas
de su prision al contorno.
Tornaron á su memoria
sus crímenes y sus odios;
tras el niño aparecieron
los espectros espantosos
de otras víctimas... De nuevo
oyó sus risas... Sus roncos
gemidos y maldiciones,
y juramentos y votos,
y al fin lo mismo que cae

en los breñales de un soto
acosado por la jauria
sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
un gemido estertoroso,
cayó sobre las baldosas
frias de su calabozo....

II.

De la prision á la entrada
llega un hombre; los cerrojos
descorre, y entra y le dice:
—Farriz... Muere de alborozo;
Farriz, despierta... Tus padres
y Estrella y tu hijo, y todos
están allí... Todos viven.
ya estás libre...¿Te haces sordo?—
Juan Farriz no contestaba,
abrió sus párpados rojos
y fijó en el carcelero
las miradas de un beodo.
—Contempla abierta tu cárcel,
y la luz y el cielo hermoso,
Juan Farriz. ¿Por qué te callas?
¿Por qué miras de este modo?
Juan Farriz ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco!—
Juan Farriz no respondia....
¡Juan Farriz estaba loco!

José Peon y Contreras.

LA CANCION DEL PERAL.

(DE PAUL FEVAL.)

En nuestro pueblo
Ma lon tan ta,
Mi torre la hi la,
En nuestro pueblo
Habia un peral.
Antig. rondo.

I.

Habia un gran peral al cabo del pueblo; cuando venia la primavera, parecia un monton de flores. La casa del arrendatario estaba por el otro lado del camino; tenia un portal de piedras parecido al de un castillo. La hija del arrendatario tenia por nombre Perina.

Eramos novios.

II.

Ella tenia diez y seis años... ¡Cuántas rosas en sus mejillas! Tantas como flores en el peral. Fué bajo el peral en donde le dije: Perina, Perina mia, ¿hasta cuándo las bodas?

III.

Todo en ella reia: sus cabellos jugando con el viento, su talle, su pié desnudo en sus pequeños zuecos, sus manos agachando la colgante rama para respirar las flores del espino-albas, su frente pura, sus blancos dientes entre sus encarnados labios.

¡Ah! La amaba mucho.

Nuestras bodas hasta la cosecha, me dijo, si el emperador no te llama para soldado.

IV.

Cuando llegó la conscripcion encendí un cirio, porque la idea de irme léjos de ella me revolvia el corazon.

¡Alabada sea María Santísima! Saqué el más alto número. Pero Juan mi hermano de leche cayó al sorteo.

Lo encontré llorando y diciendo:

—¡Madre mia, pobre madre mia!

V.

—Consuélate Juan;, yo soy huérfano. No queria creerme, cuando le dije:

—Voy á partir por tí.

Perina vino bajo el peral, con los ojos humedecidos; jamás la habia visto llorando; sus lágrimas eran más bellas que su sonrisa.

Me dijo: has hecho bien y eres bueno, anda Pedro mio, te esperaré.

VI.

Derecha, izquierda, derecha, izquierda, tambor batiente. ¡Adelante, marchen! Marcharon así del primer golpe, hasta Wagram! ¡Pedro estaba firme! ¡Hé aquí el enemigo! Ví una línea de fuego. Habia quinientos cañones gritando á la vez, y un humo que oprimia el pecho, y sangre en la que resbalaba el pié!

Tuve miedo y miré atrás.

VII.

Atrás estaba Francia y el pueblo y el peral cuyas flores eran todas frutas ahora. Cerré los ojos y ví á Perina que oraba por mí. ¡Alabado sea Dios! ¡Héme aquí valiente! ¡Adelante, adelante! ¡Derecha, izquierda, apunten, fuego! ¡A la bayoneta! ¡Ah, ah! ¡anda bien el reclu-

ta! Muchacho, ¿cómo te llamas? Señor, tengo por nombre Pedro.

—Pedro, te hago cabo.

VIII.

¡Perina! ¡Oh mi Perina! ¡Cabo! ¡viva la guerra! ¡Los dias de batalla son fiestas! Para pasar por encima de un ejército, basta poner un pié delante del otro. ¡Derecha! ¡izquierda!

—¿Eres tú otra vez, Pedro?

—Sí, Majestad.

—Recoge una charretera.

—Habia charreteras para vender de sobra, en los hombros de los muertos.

IX.

Señor, muchas gracias? Y adelante hasta Moscou.

—¡Pero no más allá! En la enorme llanura de nieve un camino marcado por los cadáveres, aquí el rio, acá el enemigo, de los dos lados la muerte! ¿Quién pone en línea el primer paso?

—¡Yo, señor!

—¡Tú siempre, capitan!

Me dió la cruz de caballero.

X.

¡Alabado sea Dios! Perina, Perina mia, pronto estarás orgullosa de mí. La campaña concluyó, tengo mi licencia. ¡Toquen el repique, campanas, para nuestro matrimonio! El camino está largo, pero la esperanza corre aprisa. Por allá detrás de aquella cuesta, está ya el país.

Reconozco el campanario, diríase que repican.

XI.

Repican. ¿Pero el peral?

El mes de las flores ha llegado, y sin embargo no diviso el monton de flores. En otro tiempo se le veía de lejos; estaba entónces en pié.

Habian cortado el árbol de mis jóvenes ternuras.

¡Habia tenido sus flores tan alegres! Pero sus dispersadas ramas yacian en la yerba.

XII.

—¿Por qué repican, Mateo?

—Por una boda, señor capitan.

—Mateo ya no me reconocia.

—¡Una boda! Y decia la verdad. Los novios subian el pórtico de la iglesia. La desposada era Perina, mi Perina risueña y más hermosa que ántes. Juan mi hermano era el desposado.

XIII.

En derredor de mí, las buenas gentes decian: se aman.

—¿Pero Pedro? pregunté yo.

—¿Cuál Pedro? me respondieron.

Me habian olvidado.

XIV.

Me arrodillé en lo más bajo de la iglesia. Oré por Perina, y oré por Juan: todo cuanto yo amaba. Concluida la misa, cogí una flor del peral, una pobre flor muerta, y volví á tomar mi camino sin mirar por detrás de mí.

¡Aladado sea Dios! ¡ellos se aman, serán felices!

XV.

—¿Héte aquí de vuelta, Pedro?

—Sí, señor.

—Tienes veintidos años, eres comandante y eres caballero. Si quieres te da ré por mujer una condesa.

Pedro sacó de su seno una florecita muerta, recogida en el peral cortado,

—Señor, mi corazon está como esto. Quiero un puesto á la vanguardia para morir como soldado cristiano.

XVI.

Hubo un puesto á la vanguardia. Al cabo del pueblo está la tumba de un coronel muerto á los veintidos años, en un dia de victoria. ¿Quién es?

Aquí está el lugar que ocupaba el peral. En vez de un nombre sobre la piedra han puesto tres palabras:

¡Alabado sea Dios!

(Trad. por J. R. H.)

ALFREDO.

Á LA MEMORIA DE MI HERMANO ALFREDO.

(*† en Mérida el 16 de Enero de 1879.*)

I.

Aun en los floridos años
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos,
vió morir de sus amores
un delicado renuevo,
flor del alma, flor que apénas



abria el cándido seno.
Ni un gemido de las auras,
ni una lágrima del cielo,
ni de la noche apacible
el tierno lánguido beso,
temblar las débiles hojas
del cáliz límpido hicieron,
cuando perdido el aroma
rodó cadáver al suelo.
Y él lloró tan gran desdicha
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra,
que avara esconde sus huesos!

II.

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
¿por qué del padre amoroso
giras en torno del lecho?
De airada parca desvía
el rudo golpe violento,
de la implacable guadaña
embota el filo siniestro.
Tus blancas alas escuden
el nobilísimo pecho,
donde ardió la fe que brilla
en las lámparas del templo,
la que abrió al israelita
del Mar Rojo los senderos,
la que alboraba en el Gólgota
en los ojos del Cordero.

III.

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
dále vida al moribundo,
dále vigor á su aliento,
mira el combate espantoso,
escucha el múltiple ruego,
los pobres un padre pierden,
los ricos un alto ejemplo,
la gratitud el tesoro
de sus ardientes afectos,
la desdicha una esperanza
y la esperanza un consuelo!

IV.

En vano el ángel implora
en el alcázar eterno:
el Señor de los señores
así lo tiene dispuesto.
Allí le esperan los santos,
allí le aguardan los buenos,
allí junto al trono altísimo
está vacando un asiento.

V.

"Alfredo" gritan en torno
del escogido, los siervos....
¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte
descarga el golpe certero,
abre sus puertas la gloria,
una sepultura el duelo,
y con lágrimas y flores
se cubre el mortuorio féretro.

VI.

Aquel invisible drama
tocó al fin su inícuo término;
quedó de la hermosa vida
un indeleble recuerdo,
el hermano sin hermano,
sin padre los hijos tiernos,
y la esposa sin esposo
y el risueño hogar desierto.

En tanto el ángel querido
del Hacedor mensajero,
va con el alma del padre
por las regiones del cielo.

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Isabel Prieto de Landázuri.

Isabel Prieto de Landázuri nació en Alcázar de San Juan, en España, durante un viaje de sus ilustres progenitores por la Península, y falleció el 28 de Setiembre de 1876 en Hamburgo, donde su esposo D. Pedro de Landázuri, distinguido escritor y político, ejercia el cargo de Cónsul General de la República. Ejemplar madre de familia, jamás hizo uso de sus altísimas dotes poéticas sino para cantar con ternura infinita la vida y los goces del hogar. Su instruccion era vastísima y poseía con perfeccion los idiomas aleman, inglés, francés é italiano. Dotada de prodigiosa y facilísima memoria, concebia y daba forma à sus composiciones sin auxilio de la pluma, y las dictaba despues á su esposo: puede decirse, á pesar de la gran extension de la mayor parte, que todas ellas son verdaderas improvisaciones. Enemiga de hacer ostentacion de su talento, se opuso constantemente á publicar sus poesías, que al fin vieron la luz, causando colosal sensacion, gracias al

empeño de sus amigos, que con noble intencion lograron sustraérselas.

Sus poesías líricas forman dos tomos, uno de ellos compuesto de traducciones que las más veces superan á los originales. Sus obras dramáticas pasan de catorce, y son las principales: *Las dos flores*, *Los dos son peores*, *Oro y oropel*, *La escuela de las cuñadas*, *Duende y serafin*, *Abnegacion*, *El Angel del hogar*, *Una noche de Carnaval*, *Soñar despierto* y *Un lirio entre zarzas*. El 19 de Diciembre de 1861 dió su primera obra á la escena, y el 21 de Junio de 1872 la última. Todas ellas se representaron con un éxito verdaderamente extraordinario, valiéndole envidiables obsequios, entre ellos una medalla de oro expresamente acuñada en honor suyo. No ha habido periódico alguno mexicano que no haya consagrado entusiastas elogios, ni círculo literario que no se honrase colocando el nombre de la poetisa entre los de sus sócios de mérito, ni mexicano que no rinda á su memoria el respeto debido á la que será siempre para aquella República una gloria nacional. Modesta, sencilla é inspirada, sus obras se distinguen por su dulzura, armonía y pureza. Pulsaba su lira en la tierra, la templaba en el cielo, y la hacia sonar en los corazones: sus composiciones suenan como notas arrancadas de cuerdas de oro por dedos de diamante: todas las virtudes las recitan como escritas para ellas, y nadie que las conozca duda que la poetisa haya sido recibida en los cielos como uno de esos seres privilegiados que jamás han dejado de usar bien la inteligencia, ese supremo destello de la Divinidad y el génio, esa chispa iluminadora de las pupilas de Dios.

E. DE OLAVARRIA.

EL TIEMPO.

Al Sr. D. Victoriano Agüeros.

¡Un año más, un año,
Su frente encanecida
Del tiempo en el abismo
Ya presto supultó!

¡Un año más, un año,
Suspiro de la vida,
Lamento doloroso
Que el aire se llevó!

Un año, sí, ¿qué importa?
Decidme ¿qué es un año?
Palabra que pronuncian
Los siglos al pasar;
Sonido misterioso
Que vaga en giro extraño,
Y apenas si percibe
La inmensa eternidad.

Es nube voladora
Que allá en el firmamento
Va alígera arrastrando
Su manto de oro y tul,
Y mírase, indecisa,
Veloz cual pensamiento,
Su sombra dibujarse
Del lago en la onda azul.

Del mar de nuestras vidas
Espuma que levanta
Del tiempo fugitivo
La airada tempestad,
Y lleva de ola en ola,
Con rapidez que espanta,
Cabe la blanca orilla
Su triste fin á hallar.

¡Deten tu vuelo, oh sombra
Que cruzas el espacio,
Deten tu vuelo, escucha
Mi grito de dolor!
Tu vida es cual mi vida,
Magnífico palacio
Forjado por la mente
De un pobre soñador.

Deten tu curso horrible,
Que siento que la vida
Fugaz y deleznable
Contigo huyendo va;
Que pronto mi cabeza
Veré ya encanecida,
Y siento que mi sangre
Tu soplo helando está.

Mas ay! en vano, en vano
Pretendo, que es locura,
Tu raudo torbellino
Momentos detener;
Mis ojos verán siempre
Tu negra vestidura,

Cual sombra vana ante ellos
Pasar, desparecer.

Tras ella va mi vida
Cual rápido torrente
Que cae de la cumbre
Con ruido aterrador,
Y extiende por el valle
Su límpida corriente
Que muere entre las ondas
Del mar atronador.

En vano será ¡oh tiempo!
Que siga tu camino
Y en vano que pretenda
Tu curso detener,
Tu ruta es ruta eterna,
Correr es tu destino
Sin un instante solo
Tu viaje suspender.

Al soplo de tus labios
Mil seres se levantan
Do quiera que tú posas,
Huyendo, el leve pié;
Con vida se estremecen,
Palpitan, giran, cantan....
Mas huyes y los dejas
En breve perecer.

Y así, si das la vida,
Bien pronto la arrebatas,
¡Sér eres caprichoso,
Creador y destructor,
Avaro de la dicha
Que das y luego matas,
Fuente eres bienhechora,
Torrente asolador!

Arco Iris que en el cielo
De Dios la mano traza
Si calma sus furores
La fiera tempestad:
Sus prístinos cambiantes
Reviven la esperanza
Que el corazon abriga
Del mísero mortal

¡Mas ay! cuán pronto extingue
La noche con su manto
Los fúlgidos reflejos
Del arco bienhechor!
¡Cuán presto la alegria
Conviértese en quebranto!
¡Cuán presto la ventura
Tornarse ví en dolor!

El dia es hijo tuyo,
La vida simboliza;
El Sol, tu fiel ministro,
Derrámala do quier;
Mas tú tambien engendras
La noche que horroriza,
La noche que recuerda
La muerte y el no ser.

Y así la noche al dia
Va siempre sucediendo,
Que en pos de la ventura
Camina el cruel dolor,
Y rápidos van ambos,
Tu impulso obedeciendo,
A caer en la honda sima
Do nunca luce el sol.

¿Quién eres, sér extraño,
Que naces cuando mueres,
Y mueres cuando naces?
¿Que siempre vivo estás
Y siempre estás muriendo?
Mi afan calma, ¿quién eres?
¿De dónde vienes, dime,
Responde, ¿á dónde vas?

¡Enigma misterioso
Que el alma mia asombra
Y en vano comprenderte
Procura la razon!
Ni espíritu, ni cuerpo,
Ni luz, ni aun vana sombra;
No existes y en tí existen
Los mundos, la creacion.

Tú vives porque vivo,
No mueres porque muera,
Y mientras mundos haya
Tú siempre vivirás.
Tú marcas de la vida
La noche pasajera....
La eternidad inmensa
De Dios no marcarás.

Tu curso sigue ¡oh tiempo!
Tu raudo torbellino
En horas de locura
Yo quise detener;
Tu ruta es ruta eterna.
Correr es tu destino
Sin un instante solo
Tu viaje suspender.

BERNARDO PONCE Y FONT.

SUEÑOS Y FANTASMAS.

CUENTO.

I.

Estudiaba mi último año de Jurisprudencia en el Instituto Literario del Estado.

Volvia una tarde del bufete del abogado con quien hacia mi práctica, cuando varios grupos que sucesivamente encontré á mi paso, cargados con cuadros, lazos y coronas fúuebres, me hicieron recordar que aquel era el dia de Difuntos, ó mejor dicho la víspera, pues por causas que no trato averiguar, acostumbramos anticiparnos al calendario en la conmemoracion de los muertos.

Aquel dia era de gran solemnidad en mi casa. Mi madre, mi abuela y mis dos hermanas rezaban rosarios por el alma de los difuntos de la familia y tambien por las de los extraños. Los criados de ambos sexos preparaban una rica colacion para las ánimas de sus deudos y les encendian velas de cera para alumbrarles el camino, porque segun sus creencias, el banquete fúnebre tenia lugar en la pavorosa noche del 1º al 2 de Noviembre.

Cualquiera que fuese el juicio que yo formara entónces de estas costumbres, las solemnidades de aquel dia estaban íntimamente enlazadas con las impresiones siempre gatas de la infancia, y todavía recuerdo con una fruicion sin igual que en los primeros años de mi vida solia burlar la vigilancia de la servidumbre para usurpar su puesto á las almas en el nocturno festin.

Tambien se conservan aún en mi memoria, como reliquias de inapreciable valor, las veladas que precedian al rosario, rezado siempre en familia, y durante las cuales oia contar mil historias de almas en pena, que me erizaban los cabellos y me mantenian despierto una parte considerable de la noche.

Aguijoneado por estos recuerdos, apreté el paso para llegar á mi casa, deseoso de alcanzar una parte siquiera de los incidentes de aquella fiesta tradicional que todavía me arrastraban, á pesar de mis veinte y tres años y de la seriedad de mis estudios.

Daban las tres en el reloj del Ayuntamiento cuando puse los piés en las baldosas del zaguan, y al entrar en el ámplio corredor que precedia á las habitaciones interiores, encontré allí reunida á la familia, con excepcion de mis dos hermanas que se habian retirado á vestirse para ir al cementerio. Acompañaban á mi madre y á mi abuela dos criadas antiguas, á quienes no se desdeñaban de admitir en sus reuniones íntimas, y dos ó tres señoras de la vecindad que habian venido con el pretexto de rezar, pero con el objeto real de participar de la comida clásica del dia, que se preparaba en mi casa con esmero y profusion.

Habíase terminado el rosario del medio dia, y miéntras mis hermanas concluian su *toilette*, aquellas señoras, para quienes ya no encerraba delicias el tocador, se entretenian en contarse recíprocamente historias de almas escapadas del Purgatorio, que como debe comprenderse, estaban á la órden del dia.

Despues de dar un beso á mi madre, de apretar la mano de las vecinas y de cambiar una mirada de cariño con mi vieja nodriza, cuyo rostro irradió de satisfaccion, aproximé una silla y ocupé un lugar en el grupo.

Todos los lábios habian enmudecido desde el momento de mi presentacion: y temeroso yo de que este silencio provocase el recuerdo de algun sér querido que hiciera asomar las lágrimas á los ojos de mi madre:

—Yo no soy un obstáculo—dije—para que se continúe la historia de que he alcanzado algunas palabras.—Marianita—añadí dirigiéndome á una de las vecinas, que no por el diminutivo de su nombre, dejaba de haber asistido cuarenta veces por lo ménos á la celebracion del dia de los muertos—creo que vd. tenia la palabra cuando yo me presenté.

La señora aludida se puso roja como el carmin, pero no osó desplegar los ládios para contestarme.

—Héctor—dijo entónces mi madre—

desde que Marianita comenzó su historia, hizo la advertencia de que no se comprometia á concluirla si tú te presentabas.

—Y si yo arguyera que me mortifica la excepcion....

—Dice que te burlas de las pobres mujeres que creen en las apariciones.

—Nunca me burlo de las creencias de nadie. Combato las que me parecen erróneas, sobre todo, cuando las creo pueriles ó perjudiciales. Y coloco en esta categoría la creencia en las apariciones, porque me parece muy triste que á los sinsabores reales de la vida, venga la imaginacion á aumentar los terrores que causan en el ánimo esos séres impalpables que no han existido jamás.

Y trás estas palabras pronuncié un largo discurso para llegar á las siguientes conclusiones: el que á un poco de cultura añade mucha tranquilidad de conciencia, no puede abrigar ningun temor contra las apariciones: los fantasmas, los espectros y las almas en pena no son otra cosa que las diversas formas que toma el remordimiento para atormentar á los malvados.

Mi modestia me impide calificar aquel discurso; pero cualquiera que hubiese sido su valor, bien pronto conocí que estaba predicando en desierto. Se me escuchaba, es verdad, con atencion; mas yo leía en todos aquellos rostros femeniles la ninguna eficacia de mis palabras.

Marianita fué la primera que osó romper el silencio con uno de esos argumentos que no son fáciles de desvanecer.

—¿Me cree vd. una mujer inculta ó criminal?

Contesté con una protesta llena de calor.

—Y sin embargo—añadió con el acento de la más profunda conviccion—se me ha aparecido una alma.

Hubiera sido una falta de educacion y de galantería desmentir á una señora, y el silencio á que me redujo esta consideracion, fué interpretado por una derrota. Entónces llovieron los testimonios en favor de las apariciones, y hasta mi anciana nodriza, que era seguramente la primera vez que deponia contra mí, afirmó haber visto en no sé qué ocasion la sombra de no sé qué difunto.

Advertí que mi madre se abstenia de tomar parte en esta cruzada contra mi escepticismo, y deseoso de atraerme un aliado tan importante, le hice una interpelacion directa.

—No, respondió—yo no he visto jamás ninguna alma en pena. Pero he experimentado..... estamos experimentando todos los individuos de la familia los efectos saludables de una aparicion.

Estas palabras encerraban el gérmen de una anécdota fantástica, y comprendiéndolo así todas las circunstantes, desviaron su atencion de mí para fijarla en mi madre.

No tardaron en suplicarle que la contase, y ella poniéndose repentinamente grave y seria, á causa sin duda del recuerdo que evocaba, contó la historia que voy á referir.

Mi padre, que era uno de los comerciantes más ricos de Mérida, habia depositado toda su confianza en un dependiente que desempeñaba las funciones de cajero y tenedor de libros. Pero el miserable, que se hallaba dominado por la fatal pasion del juego, sustrajo en diversas epocas gruesas cantidades de la caja, y como no le faltaba habilidad, logró hacer pasar mucho tiempo desapercibida esta defraudacion. Pero á la muerte de mi padre hubo de revelarse el mal estado de la casa, y mi madre y sus tres hijos pequeños quedaron reducidos poco ménos que á la miseria.

Esta desgracia no conmovió al tenedor de libros, que continuó su vida disipada, aprovechando sin duda el caudal que oportunamente habia sustraido. Pero el cielo preparaba su castigo.

Una tarde en que volvia de una de esas expediciones á que le arrastraban sus vicios, le sorprendió la noche cerca del cementerio, y habiéndose apoderado de él un vago temor, apresuró cuanto pudo el paso de su caballo.

No tardó en presentársele un nuevo motivo de inquietud. La atmósfera se cargó de electricidad, y densas capas de

nubes cubrieron el firmamento. Los relámpagos se sucedian, con muy ligeras intermisiones, y comenzó à retumbar á lo léjos la ronca detonacion del rayo. Estremecíase el viajero bajo el ancho abrigo de lana con que se habia cubierto y procuraba sondear con los ojos las tinieblas que le envolvian. Repentinamente surgió á la derecha del camino un arco alto y esbelto, cuya blancura hacia resaltar la misma oscuridad.

Era el pórtico del cementerio!

Sobrecogió al malvado un terror supersticioso y estuvo á punto de retroceder en la direccion que habia traído por no verse obligado á pasar ante la sombría mansion de los muertos.

Pero una segunda vision le impidió realizar su deseo.

A la instantánea luz que precedió al estampido de un trueno cercano, descubrió un hombre que se destacaba en medio del camino, frente al pórtico del panteon.

Y no debia de ser un viajero como él, porque tenia la inmovilidad de una estátua y llevaba el fúnebre traje con que se encierra á los cadáveres en su ataúd.

Un nuevo relámpago que iluminó intensamente el espacio, dejó la sangre helada en sus venas.

En el marmóreo semblante de la vision acababa de reconocer las facciones de mi padre, y en el brazo que tenia levantado hácia el cielo, creyó adivinar que le amenazaba con la justicia divina.

El caballo se encabritó en aquel instante y dió en tierra con el mísero ginete. Este se incorporó, se arrodilló sobre el musgo y con voz balbuciente, murmuró:

—Perdon! Perdon!.... Yo repararé mi falta.

La descarga eléctrica que sucedió á estas palaoras, no alumbró más que la soledad habitual del camino.

La vision habia desaparecido!

Al dia siguiente el antiguo cajero se presentó á mi madre y le entregó todo el dinero que habia podido reunir, confesándole, sin embargo, que no era más que una pequeña parte de la restitucion á que se creía obligado....

En cualesquiera otras circunstancias, esta historia me hubiera provocado á risa. Pero los labios respetables que la habian contado en un lenguaje que jamas sabré reproducir, y la imágen de mi padre que representaba en ella el principal papel, dejaron en mi ánimo una impresion indefinible que me embargó el uso de la palabra.

El resto del auditorio tambien habia quedado mudo, probablemente de espanto, y no obstante, en medio del silencio que dominaba la escena, sentia clavados sobre mí los ojos de Marianita que parecian retarme á desmentir á mi madre.

En verdad que habria podido argüir que la anécdota referida por mi madre confirmaba mi tésis en vez de probar su falsedad, puesto que la víctima de la vision habia sido un estafador; pero no encontré en mí las fuerzas suficientes para romper mi mutismo....

Mis hermanas, que salieron en aquel instante de su tocador, vinieron á sacarme de mi posicion embarazosa. Como solo se esperaba á ellas para emprender el viaje al cementerio, mi madre y las mujeres que la acompañaban se levantaron en seguida, y no sin cierta inquietud las ví desfilar á todas delante de mi para salir á la calle.

Me habia quedado solo en el vasto edificio, un poco impresionado todavía con la historia del tenedor de libros.

II.

Habia estudiado mucho en los dias anteriores, y deseoso de entretener mi soledad con alguna lectura que diese expansion á mi espíritu, me dirigí á mi pequeña biblioteca, donde yacian esparcidos sobre una mesa varios libros que solo consultaba en mis ratos de ocio.

Tomé al acaso un volúmen, y abierta la primera página, leí: *Los mil y un fantasmas*, por Alejandro Dumas.

Confieso mi debilidad: arrojé el libro sobre la mesa con cierta precipitacion mezclada de terror y me apoderé de otro. Era una novela de Ana Radcliffe!

—Es singular—pensé yo—que solo

vengan á mis manos historias de fantasmas y de espectros en este dia que el vulgo consagra á las apariciones de la otra vida.

Y sin querer confesarme todavía que yo tambien cedia á las aprehensiones del vulgo, deseché el libro de Ana Radcliffe, tomé otro, y sin osar imponerme de su título por el temor de incurrir en una nueva debilidad, salí al corredor en que momentos ántes estuve reunido con mi familia, y me instalé en el ancho sillon de vaqueta que habia ocupado mi madre.

Tenia delante de mí un gran patio plantado de árboles y flores, y permanecí por algunos instantes en inaccion, aspirando con delicia la fresca brisa de la tarde, que venia impregnada de perfumes.

Un reloj próximo que tocó cinco campanadas, me sacó de mi arrobamiento, y fué entónces cuando abrí el libro que traia en la mano.

Era la *Divina Comedià* del Dante.

Parecia que la fatalidad se habia propuesto aquella tarde poner á prueba mi escepticismo. Despues de haber desechado las narraciones fantásticas de dos novelistas, venia á caer en las visiones del poeta florentino.

Tuve un instante tentaciones de volver á mi biblioteca para cambiar el libro. Pero avergonzado de este primer impulso, abrí resueltamente el poema y comencé mi lectura. No sé si la casualidad ó el deseo de castigar mi cobardía, me llevó al primer acto, en que, como es bien sabido, Virgilio pasea al Dante por los numerosos departamentos del infierno, y en cuadros sublimes por el horror que inspiran, le hace ver los atroces suplicios con que el demonio atormenta á los condenados.

Era ésta, por lo ménos, la centésima vez que recorria con los ojos aquellas páginas inmortales. Nunca, sin embargo, me habian causado la impresion que entónces. Cada nueva vision que aparecia en el infernal escenario, producia en mí una impresion que no osaba explicarme, é involuntariamente dirigia miradas en derredor de mí, como receloso de que se convirtiesen en realidad ante mi vista las monstruosas creaciones del poeta.

Pero no tardé en avergonzarme del sentimiento que me dominaba y me propuse analizarlo, apelando al raciocinio de que otras veces me habia valido para infundir valor á los pusilánimes.

Entónces recordé la tésis que dos horas ántes habia yo defendido en aquel mismo lugar y la historia que habia puesto fin á la discusion. La sombra de mi padre, vista á la luz de un relámpago en las inmediaciones de un cementerio, tenia su razon de ser, puesto que se habia aparecido á un miserable, devorado por el remordimiento. Pero yo que comenzaba á vivir, yo que tenia la conciencia tranquila de un niño, yo que á nadie habia hecho mal alguno hasta entónces, ¿por qué habia de temer...... por qué habia de experimentar aquella desazon que estaba muy próxima á degenerar en miedo?

—¡Fantasmas! exclamé en alta voz como para reanimar mi espíritu.—Quédese el terror que inspirais para los nécios y los criminales!

¡Fenómeno singular! En aquel instante me asaltó un recuerdo que debia abatir mi orgullo y acabar con el valor que me quedaba.

Cuatro ó cinco años ántes de esta escena, yo habia cultivado la amistad de un viejo militar que despues de haber prestado importantes servicios á su país en la guerra de bárbaros, vivia pobre y olvidado en una casita del barrio de Santa Ana, que constituia su único patrimonio. Llamábase el capitan Saldaña y formaban su familia dos mujeres: una hermana que frisaba en los sesenta, y una hija, preciosa niña de quince abriles, cuyos sentimientos estaban á la altura de su belleza.

El viejo soldado me recibia en su casa con alegría, porque gustaba mucho de referir sus campañas y yo me prestaba siempre á escucharle. Pero miéntras él se engolfaba en los incidentes más ó ménos dramáticos de su narracion, los ojos de Julia y los mios no permanecian ociosos y se hablaban con una

elocuencia, que no por ser muda era ménos expresiva y palpitante.

La frecuencia con que visitaba al capitan, me hizo encontrar muy pronto la oportunidad de hablar á solas con su hija, y creí morirme de alegría cuando me dijo que amaba. Era la primera mujer que me hacia esta confesion.

El viejo militar aprobó nuestro amor cuando lo supo, y el primer dia que pudo hablar conmigo sin testigos, me dijo con lágrimas en los ojos y abrazándome:

—Ya puedo morir tranquilo. Dios no podia haber deparado más á mi gusto el amparo que le pedia para mi pobre Julia.

Pero la inconstancia que acompaña siempre á la juventud, me hizo entusiasmarme poco despues con otra beldad que hacia ruido en el mundo elegante, y canté su hermosura en unas décimas que se publicaron en un periódico. Julia las leyó, me pidió explicaciones, me negué á dárselas.... y ¡ay de mí! abandoné aquel tesoro de belleza y de inocencia por un amor fugaz de que no volví á acordarme en toda mi vida.

¿Qué habia sido de Julia? Yo solia tener noticia de ella por algunas relaciones que habia adquirido en la calle en que vivia. La pobre niña habia hecho de nuestro amor su única ilusion, y luego que la vió perdida, comenzó á marchitarse, como una flor arrancada de su tallo. Ya no salia á la calle, y cuando alguna vez se presentaba en la ventana de su modesta vivienda, dejaba admirados á los que àntes la habian conocido, con la palidez de su semblante y el círculo amoratado que rodeaba sus ojos.

Un dia sentí una conmocion extraordinaria al leer en los periódicos la muerte del capitan Saldaña. Aquella habria sido una buena oportunidad para reconciliarme con Julia; pero la dejé escapar, sin darme cuenta exacta del móvil de mi conducta.

Recordaba todos los incidentes de esta historia, con el poema del Dante sobre mis rodillas.

Pero en vez de leer, meditaba.

—Cualquiera que haya sido mi conducta con ella—pensaba yo—esto muy distante de ser un malvado ó un criminal. Amar hoy una mujer y olvidarla mañana, es falta en que incurren casi todos los jóvenes de mi edad. Será esto, si se quiere, una ligereza de la juventud; pero un crímen....

Y creyendo haber aquietado mi conciencia con esta reflexion, volví á fijar los ojos en el libro.

Inútilmente... yo no podia leer... Intenté un esfuerzo para alcanzar mi objeto.... Pero en vez de los versos del Dante, ya solo veia grabadas sobre el papel las palabras del capitan Saldaña: "Ya puedo morir tranquilo. Dios no podia haber deparado más á mi gusto el amparo que yo le pedia para mi pobre hija."

Comenzaba á inquietarme sériamente. Aquellas palabras ya no solo las veia impresas en el libro, sino que hubo un momento en que creí que llegaban clara y distintamente á mis oidos. Levanté la cabeza con verdadero sobresalto.

Las tinieblas de la noche comenzaban á invadir el corredor en que leía, y en el patio débilmente alumbrado por el crepúsculo vespertino, las copas de los árboles proyectaban sombras alarmantes en las tapias y en el piso alfombrado de césped.

Era la hora favorita de los fantasmas y de las almas en pena, y el sombrío escenario que se desarrollaba delante de mí parecia el más á propósito para desarrollar su aparicion. Los condenados del Dante, la historia del tenedor de libros y todos los cuentos de espectros que conocia, asaltaron en tropel mi imaginacion, obligándome á formar el proyecto de levantarme, encender una luz y encerrarme en mi aposento.

Quise, no obstante, aventurar todavía una mirada en derredor de mí, como para persuadirme de que no era un temor superticioso el que me obligaba á huir.

Y miré.... miré con atencion profunda....

De súbito, un estremecimiento n e

vioso recorrió tódo mi cuerpo y heló la sangre en mis venas.

Allá..... en el fondo más oscuro del patio, bajo la frondosa copa de un árbol lejano, se destacaba una sombra que paulatinamente fué tomando todas las formas de un sér humano.

Yo hubiera querido apartar la mirada de aquella vision; pero por no se qué fascinacion misteriosa que ejercia en mí, continuaba con los ojos clavados en ella y los abria extraordinariamente, acaso para convencerme de que no cedia á una alucinacion de mi espíritu.

Pero no.... era una realidad espantosa.... y sus contornos.... los contornos de la sombra, seguian acentuándose cada vez más en la semi-oscuridad que la rodeaba. Un terrible presentimiento me decia que no era extraña para mí, y no me equivoqué.

¡Era el capitan Saldaña!

Le conocí fácilmente por su elevada estatura, su blanca barba y el baston nudoso en que se apoyaba.

Sentí que el cabello se me erizaba sobre la frente, y si no lancé un grito, fué seguramente porque el miedo ponia un nudo á mi garganta.

Despues de un momento de indecible angustia en que el espectro no se apartó de mi vista, hice un esfuerzo poderoso para levantarme y corrí á refugiarme vergonzosamente en mi aposento.

Pero allí noté con espanto que la oscuridad era completa, y con febril impaciencia busqué á tientas en mis bolsillos y en todos los muebles, los fósforos que necesitaba para hacer luz. ¡Inútil afan!.... no los encontré.

Una vaga inquietud me hizo volver los ojos á la puerta por donde acababa de entrar y en donde se hacian notar todavía los últimos destellos del crepúsculo.

¡Horror! el espectro del viejo soldado estaba á pocos pasos del dintel, apoyado como siempre en su nudoso baston.

Esto ya era demasiado para mi imaginacion sobrexcitada, y caí sobre la silla que tenia más próxima, con la frente bañada en sudor y con la respiracion anhelante.

....

Súbitamente resonaron en el zaguan fuertes y repetidos golpes, que me hicieron saltar de mi asiento como impelido por un resorte.

Despues de un momento de vacilacion, me dí una palmada en la frente y murmuré:

—¡Me he salvado!.... Son ellas.

Y atravesé valerosamente el largo corredor, llegué al zaguan y abrí la puerta.

Mi madre, mi abuela, mis hermanas, las vecinas, el mundo entero, en fin, invadieron la casa.

—¿Dormías? preguntó mi madre.

—¡Dormir yo! prorrumpí asombrado.

—Hemos llamado tantas veces......

—¡Dormir solo y á oscuras en un dia de Difuntos! exclamó Marianita con acento de verdadera admiracion.

La oscuridad que nos envolvia, impidió que fuese notado el rubor que estas palabras debieron encender en mi rostro.

Acababa de comprender que me habia desmayado de espanto.

III.

Pasé una noche agitada.

No me atreví á acostarme sin luz, y solo logré conciliar el sueño cuando hube tomado una resolucion que puse en práctica al dia siguiente.

Muy temprano me vestí con un esmero que entra poco en mis costumbres, y tomé sin vacilar la direccion del barrio de Santa Ana. Marchaba alborozado con el acto de reparacion que iba á ejecutar, confesándome al mismo tiempo que jamas habia sido impuesta á ningun pecador, una penitencia tan agradable como la mia.

Los latidos de mi corazon aumentaban á medida que me acercaba al término de mi viaje, y cuando doblé la calle de la esquina trasversal en que vivia la familia Saldaña, necesité apoyarme en el guardacanton, porque la emocion me ahogaba.

En esta actitud dirigí la primera mirada á la casa que tanto conocia. Una

exclamacion de júbilo se escapó de mis labios. En la ventana estaba de pié una mujer, y á pesar de la distancia que nos separaba, reconocí en ella á la encantadora Julia. Recobré todo mi valor y continué andando.

Al ruido de mis pasos, la jóven se fijó sin duda en mí, porque lanzó un grito que llegó claro y distinto á mis oidos. Pero en seguida se apartó violentamente y quedó vacía la ventana.

Sentí una triste opresion en el pecho.

—¡No me perdona su abandono! murmuré con pena.

Llegué no obstante á la casa, empujé la puerta, que cedió fácilmente al primer impulso, y entré.

¡Quién podrá pintar la sorpresa y el dolor que se apoderaron de mí al encontrar á Julia pálida y exánime en los brazos de su anciana tia!

Arrojé el sombrero sobre una mesa y me arrodillé junto al grupo que formaban las dos mujeres para prestarles el socorro que ambas necesitaban. Era ademas la actitud que convenia al que como yo, venia á demandar su perdon.

El asombro que mi presencia causaba en la anciana, se leia en la expresion con que me miraba.

—Un médico—exclamé.—¿No hay acaso quien vaya á buscarle?

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de la anciana.

—No bastarian todos los médicos de la ciudad—me dijo—si hubiésemos de llamar uno para cada accidente.

—¿Tan frecuentes son?—pregunté con la voz ahogada por el remordimiento.

Entónces mi interlocutora me confirmó todos los rumores que habian llegado á mis oidos. La salud de Julia habia recibido un golpe mortal desde el momento en que se persuadió de mi abandono. Su padre y su tia la sorprendian frecuentemente llorando, y todos los consuelos y los cuidados que la prodigaban habian sido hasta entónces inútiles para mitigar su pena. La medicina tampoco habia podido triunfar del mal oculto que la devoraba, y.....

Tuve necesidad de interrumpir á la buena señora para preguntarle si tampoco habia ningun antídoto contra aquel letargo que se prolongaba ya demasiado.

—Sí—me respondió.—Y si vd. se dignara sustituirme, yo iria á prepararle.

Me levanté apresurado y recibí en mis brazos, con una emocion que renuncio á describir, el precioso depósito que se me confiaba.

Me quedé solo con Julia.

¡Qué bella estaba, á pesar de su intensa palidez!

Aquellas facciones que el tiempo y mi afectado desvío no habian logrado borrar de mi memoria, parecian haber aumentado sus encantos en el calvario á que yo mismo la habia conducido.

Me reprochaba por la milésima vez la falta que habia cometido contra aquel ángel, cuando de improviso noté que abria los ojos y los fijaba en mí primero con indecision.... despues con una expresion celestial.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas cuando notó que se hallaba en mis brazos, é hizo un ligero esfuerzo para sustraerse de ellos. Entónces la deposité suavemente en un sillon, y obedeciendo á un impulso irresistible, volví á arrodillarme junto á ella.

—¡Oh! ¡A mis piés! balbuceó con voz débil todavía.

—¿No soy un gran criminal?

Una hechicera sonrisa iluminó su semblante.

En seguida—para probarme sin duda que estaba ya perdonado—me señaló una silla inmediata.

Obedecí como un esclavo.

—Te esperaba—me dijo al cabo de un instante de silencio.

Yo la miré con asombro.

—Sí—añadió sonriendo dulcemente.
—Mi padre me aseguró que vendrias.

—¡Tu padre!.... ¿Cuándo?

—Anoche.

Mi asombro crecia por instantes. Comenzaba acaso á flaquear la razon de la pobre niña.

Mas no tardó en asaltarme una idea que me estremeció hondamente. ¿Habria tenido alguna vision como yo?....

Ella se anticipó á la objecion que iba á hacerla.

—Fué en un sueño, dijo, cuyo recuerdo vivirá eternamente en mi corazon. Dormia profundamente cuando vi que el aposento se iluminaba con una claridad misteriosa, cuyo orígen me era desconocido. Mi padre apareció sentado á la cabecera de mi lecho, como acostumbraba hacer siempre que yo me enfermaba. Sentí que posaba su mano sobre mi frente y llegó á mis oidos su voz que me decia:

—"Pronto se secarán las lágrimas de tus ojos, porque el remordimiento se ha apoderado de él, y al arrepentimiento sigue muy de cerca la reparacion."

—No me ama, no me ama, murmuré yo sollozando.

Vi mover á mi padre su venerable cabeza en ademan de duda.

—Son nobles sus sentimientos, y ha comprendido ya que cuando se ha logrado encender el amor en el corazon de un àngel como tú, es un crímen abandonarle bajo un pretexto cualquiera.

—Pero si él no me ama, volví á interrumpir...... yo solo ambiciono su amor.

"¡Loca, loca!—susurró con paternal ternura la vision—¿Acaso se te puede olvidar á tí nunca?"

Yo no sé si Julia soñó más y si añadió alguna palabra á las que acabo de reproducir. Solo recuerdo que cuando acabó de hablar, yo la dije con los ojos preñados en lágrimas:

—El capitan Saldaña me conserva su amistad hasta más allá de la tumba. Yo no podria haber elegido mejor abogado que él, y á todo lo que te ha dicho, solo debo añadir que aunque me considero indigno de tu indulgencia, seria el más feliz de los hombres si me perdonaras.

Julia no supo ó no pudo responderme. Pero con los ojos húmedos en lágrimas y las mejillas encendidas por el rubor, apretó suavemente la mano que yo le extendia......................

....

Pocos meses despues de estos sucesos me recibia yo de abogado, y la familia de mi madre, ya bastante numerosa, se aumentaba con una nueva hija.

Era Julia, con quien acababa de casarme.

IV.

El primero de Noviembre siguiente, en los momentos en que mi madre y mis hermanas se vestian para hacer su acostumbrada peregrinacion al cementerio, insinué á Julia mi deseo de que las acompañase.

—¿No temes quedarte solo? me preguntó.

—No.

—¿Y si vuelves á tener alguna vision?....

—Es justamente lo que deseo averiguar. Y como segun se cuenta en las historias del género, las almas en pena y toda la caterva de fantasmas, no se presentan jamás á dos personas reunidas, quiero quitarles cualquier pretexto que pudieran alegar para negarme su visita....

A la mañana siguiente, Julia y yo nos comunicábamos nuestras impresiones del dia de Difuntos. Quise saber ante todo, si el capitan la habia visitado durante sueño.

—Yo amo, como siempre, la memoria de mi padre—me respondió.—Pero anoche solo he soñado en tí.... y en el futuro Héctor—añadió ruborizándose y echándome los brazos al cuello.

Inútil es decir cuánto me satisfizo esta confesion.

—¿Y tú? preguntó despues.

—¿Yo?

—¿Se presentó ayer la vision?

—No..... el bravo capitan no me hizo el honor de repetir su visita. Y cuenta que le esperé con la lectura del poema del Dante, como el año anterior.

—Señal evidente de que está ya satisfecho de tu conducta.

—Todo puede ser—repliqué yo—pero cada vez me persuado de que "la tranquilidad de la conciencia es el mejor antídoto contra las apariciones."

Eligio Ancona.

¡AL QUE ES!

A. S. S. I. el Sr. D. Pelagio Antonio de Lavastida.

Ego sum qui sum.
Exod. cap. III v, XIV.

¡Señor! ¡Señor! tu inmensidad me admira.
Tu grande Providencia
Por donde quiera el universo mira;
Es inmensa, infinita cual tú lo eres,
Y ese universo que á tus plantas gira
Poblado de planetas,
De soles, y de mundos, y de séres,
¡Fué el caos donde tu alta inteligencia
Quiso con su saber y sus poderes,
Dar á la nada vida y existencia....!
¡El mundo fué! Tu mano poderosa,
Prodigó sus bondades
Sobre ese espacio do tu planta posa,
Y pregona tu amor y tus piedades.
Sobre el suelo anchuroso
Que ha visto muchos siglos deslizarse
Y una trás otra hundirse en su carrera
Las mil generaciones
De que la tierra se poblara entera;
Derramo tu infinita omnipotencia,
Aguas, verdor, y flores y hermosura,
Valles amenos y elevados montes,
Brisas, auras, perfumes y frescura,
Deleitados y bellos horizontes.
Tú, Dios de las edades,
Inagotable fuente de dulzura,
Padre amoroso de sin par ternura;
Tú derramaste sobre el ancho mundo
Bellezas infinitas,
Muestra patente de tu amor profundo.
Todo dispuesto en él con sábio acierto,
Respira por doquier tu santa esencia,
Y desde el sol que anima á la existencia
Hasta el vasto desierto,
Muestra al hambre tu grande omnipotencia.

El planeta, la nube, la montaña,
La flor, el valle, el poderoso viento,
La fuente pura que los campos baña
Y el azul infinito firmamento,
Entonan cada dia
Himnos de gratitud y de ventura
Que suben cual ofrenda de alegría
Hasta las gradas de tu inmensa altura.
La aurora luce sus rosadas galas,
Sus celajes divinos,
Miéntras las aüras de ligeras alas
Traen los dulces y encantados trinos
Con que el ave canora
Saluda en la mañana placentera
Con gracia inimitable y seductora,
Del magnífico sol la luz primera.
¡Cuán bellas se destacan las montañas
Limitando doquiera al firmamento....!
¡Qué risueñas se miran las cabañas
En medio á la arboleda
Como nidos de plácidos amores,
Do canta el ave leda
Y se aspira el aroma de las flores!
El rocío gentil de la mañana
Cubre los verdes prados
Y sus ricos matices engalana;
Los sauces elevados,
Sacuden la abundosa cabellera
Al soplo de la brisa pasajera,
Y en su ramaje altivo
Cubierto con su mágica espesura,
Se mece ufano y vivo
El zenzontle que canta su ventura.
El sol abrasa al mundo
En la hora silenciosa de la siesta,
Y con su ardor profundo,
Calma y silencio al Universo presta.
Entónces no se mira en el espacio
Sino al cóndor audaz con tardo vuelo,
Ligeras nubes de movible pluma,
Y ese ténue vapor que con su bruma
Quiere ocultar á nuestra vista el cielo.
¡Parece muda la agitada tierra!
Ni el viento gime ni la brisa llora,
Y el encanto que encierra
El misterio dulcísimo de esa hora,
Parece adormecer entre sus brazos
A la creacion entera con el sueño
De puros, santos y eternales lazos....!
Llega la tarde fresca y perfumada
Con el último aroma de las flores;
La tórtola solloza en la enramada
Y espera al dulce bien de sus amores.

Las aves presurosas,
En bandadas cruzando el vasto cielo,
Van á buscar tranquilas y amorosas
De su agitado vuelo
El descanso en el sitio apetecido,
Donde les brinda plácido consuelo
La dulce paz de su amoroso nido.
El sol apénas en la altiva cumbre
De elevada montaña
Detiene ya su moribunda lumbre;
El labrador retorna á su cabaña,
Y ya las sombras de la noche umbría
Parecen impacientes
Por recoger en su capuz profundo,
El último fulgor del muerto dia,
El vago ruido del inquieto mundo.
¡Qué bello entónces se contempla el cielo!
¡Qué poderosa la creacion se mira
Al dilatar la vista por el suelo
Que sobre su eje portentoso gira..!
La luna suspendida
Como lámpara inmensa en el vacío,
Derrama melancólica tristeza,
Que aspira conmovida
Lánguida de sopor Naturaleza.
¡Qué grande es tu poder, Dios sacrosanto!
¡Qué incomprensible tu bondad divina!
Ante misterio tanto
El humano saber su orgullo inclina,
Y solo la creencia
Puede fijar su pensamiento osado
En el arcano incomprensible y grande
Que envuelve tu existencia,
Y que á su entendimiento le has vedado.
La dulce calma de la umbrosa noche,
La majestad de su silencio augusto,
A meditar convida.
El alma entónces hasta tí se eleva,
Increado Sér, Espíritu Invisible;
A ella te haces sensible,
Y sublimada por la fé y creyente
Se pierde en los abismos de su nada,
Al pensar en tu Sér omnipotente.
Ya te mira animando la materia
Que en el caos se agitaba,
Para formar el universo entero.
Ya poblando el espacio
De miriadas de soles y de mundos,
De nubes de topacio,
De misterios tan grandes y profundos
Como Tú mismo lo eres.
Despues te admira en el fecundo suelo
Donde formaste hermoso paraíso

Y lo poblaste de animados séres.
Allí ve al padre tierno
Que, en su cariño para el hombre, quiso
Que fuera aquel su bienestar eterno.
Más tarde, le intimidan tus enojos
Del horrendo diluvio en los fragores;
Ve los yermos despojos
Que al cesar el castigo, contemplaron
Tristes tal vez tus compasivos ojos,
Y admira luego tu cariño inmenso
Al recibir con paternal ternura,
De Noé la ofrenda pura
Que á tí subió como aromado incienso.
En Sinaí tronante le revelas
La majestad de tu poder augusto,
Del Padre la bondad, del Rey las leyes,
El premio y el castigo,
Y humilde cual tu pueblo se arrodilla
Te reconoce como Rey de reyes
Y ante tu gloria y tu poder se humilla.
Pero ¡ah! donde se abisma el pensamiento
Y el alma de temor sobrecogida
Se llena de ternura y sentimiento,
Es cuando admira tu humanada vida.
¿Quién pudo sino tú, Dios poderoso,
Salvar á los mortales
Con sacrificio tanto y tan grandioso,
De los fecundos males
Que trajo á su existencia
La pérdida fatal de su inocencia?
¿Quién sino tú, de abnegacion portento,
Con el valor de tu divina esencia
Pudo espirar sangriento
De afrentoso madero suspendido,
Para borrar con su fecunda sangre
El Drama misterioso
Que en el Paraiso el hombre temerario
Iniciara orgulloso,
Y que Tú terminaste en el Calvario?
¡Mísera humanidad! dobla la frente
Que altiva elevas al inmenso cielo,
Cuando la duda escéptica insensata
Tu corazon invade
Y en groseras blasfemias se desata.
Contempla á Dios en sus distintas obras,
Medita, tiembla y que en temor se cambie
El orgullo sin fin á que te entregas.
Esos misterios que saber no puedes
Y que insensato niegas,
Son de un Dios de bondad grandes arcanos,
Y esa inmensa creacion que no te asombra,
Es la obra inimitable de sus manos.
¿Quién es Dios? ¿Dónde está? pregunta osado

El atrevido lábio del ateo,
Y en su horrible cinismo,—"Yo no creo,"
Dice al mirar el insondable abismo
Que de su alma anegada en los errores,
Hay hasta el solio del Señor Increado;
Y en su mal obcecado,
Viviendo en las tinieblos de la duda,
Espera en brazos de su triste suerte
El golpe de la muerte,
Sin que á su corazon la luz acuda.
Miserable gusano de la tierra,
Pigmeo que vives con tu ciencia engreído
Filósofo profundo....!
Ven léjos del bullicio de ese mundo
Donde inquieto te agitas;
Ven y contempla en frente de Natura,
Todas sus maravillas infinitas,
Y dime si tu ciencia
Puede dar á una de ellas solamente
El gérmen más sutil de su existencia?
¿Puede acaso tu voz mandar al viento
Que se convierta en bullidora brisa,
Y de la tempestad el ronco acento
En plàcida sonrisa?
¿Puede tu mano encadenar los mares
Con solo un dique de sutil arena,
Y hacer tu voz los bellos luminares
Que en el espacio giran,
Que son del cielo las mejores galas
Y que los ojos y la mente admiran?
Tú lleno de saber, de ciencia tanta,
Que convertido en juez demandas ciego
A ese sol que te encanta
Quién lo llenó de tan fecundo fuego;
Tú que estudias el curso de los astros,
El giro de la tierra,
La vida frágil de las lindas flores,
El vuelo de las aves,
Tú que ves la estacion de los amores
Y sientes del estío las brisas suaves,
Que ves de otoño la gentil frescura
Y de invierno los áridos rigores,
¿Puedes soñando en tu fatal locura,
Decir que fué el "acaso"
El que sábio, potente y justiciero
Formó de nada el universo entero?
Adorador constante de la idea,
Apóstol del error, falso profeta....
Ven á humillarte ante el Señor inmenso
Y que tu mente crea,
Quedando así tu blasfemar suspenso.
Míralo por doquiera en la infinito
Sobre tronos de gloria suspendido;

Su alfombra son los soles
Que en el espacio brillan
Tiñéndolo de nácar y arreboles.
Contempla su poder y su grandeza
En la luz que te alumbra,
En el bramar de tempestad sombría,
En la montaña que la fiera encumbra;
Su paternal amor admira luego
En las bellezas que prodiga al hombre,
Y pregunta despues al universo
Si no se inclina ante su Santo nombre.
¡De rodillas, mortal! posa tus lábios
Sobre la tierra que tu planta pisa,
Y á la que ha de volver tu vil materia;
Cree sin vacilar en los misterios
De ese Dios á quien niegas descreido;
Penetra al templo y en las blancas aras
Donde en su sangre el vino convertido
Nos hace recordar su amor sublime,
Depon la duda que te ciega impía
Y tu razon oprime;
Y el error en que tu alma se extravía
Lo alejará de nuestra fé divina
La luz que las tinieblas ilumina.
¡El Es El Que Es! espíritu infinito,
Alma de la Creacion, Sér de sí mismo,
Eterno, incomprensible y poderoso.
Así mi alma, Señor, te vé y te admira,
Y si el lábio medroso
Cantar no puede tu ideal belleza
Con el númen fecundo
Con que otros inspirados se han sentido,
Al trávés de la fé que tú me has dado,
Mi pensamiento por su luz herido,
Con esa fé, Señor, te ha conocido
Y prosternada mi alma te ha adorado.
¡Ante el misterio de tu augusto nombre,
Y ante las obras de tu santa diestra,
Inclínese el mortal, calle y se asombre,
Y que ellas sean la constante muestra
De la infinita pequeñez del hombre!

ANTONIO DE P. MORENO.

Diciembre de 1883.

TU Y YO.

Á MI ÍNTIMO AMIGO EL CORRECTO ESCRITOR D. JOSÉ JOAQUIN TERRAZAS.

I.

Tristes las horas se van pasando,
Se vá la tarde con su carmin,
A nadie esperas en la ventana,
¡Pobre de tí!

Ni bailas nunca, ni en el teatro
Brilla tu gracia, niña gentil;
Ni te conocen en los salones,
¡Pobre de tí!

Ni lees novelas, ni te figuras
Ser heroina de algun desliz;
Las niñas sabias dicen al verte:
¡Pobre de tí!

Frente á la Vírgen, ¡siempre en el tem-
(plo!
Los que te miran salir de allí,
Se van diciendo: ¡qué triste vida!
¡Pobre de tí!

Siempre respondes cuando te hablo
De los placeres de alguna hurí:
"Siempre hay más dichas allá en el cie-
(lo"
"¡Cómo es pequeño lo que hay aquí!"

II.

Yo vivo, en cambio, entre las fiestas
Siempre aturdido si no feliz;
Cuando me muera..... tras de la tumba
¡Pobre de mí!

F. DE P. SANCHEZ SANTOS.

LOS SAUCES.

Á MI QUERIDO HERMANO DEL CORAZON FRANCISCO DE P. SANCHEZ SANTOS.

¡Qué tristes son los sauces!

Parece que sus hojas lloran al rozar abatidas la húmeda arena del arroyo.

Símbolos constantes de una eterna melancolía, tambien parece que se quejan misteriosamente, como demandando un consuelo.

Delante de un sauz los ojos tienen que apagar su alegría y los labios su risa.

Hasta su sombra es tétrica!

Cada sauz, me dá la idea de un pensamiento doloroso vegetalizado.

¡Cuántos suspiros de afliccion han cruzado sobre sus copas y cuántos ayes de amargo sufrimiento se han exhalado de corazones lastimados, en armonía con el quejumbroso susurro de sus ramas!

Para llorar en la soledad se busca un sauz.

Para meditar sobre un desgraciado presente, sobre un pasado horrible, ó sobre un porvenir incierto, se busca la sombra de un sauz!

Cuando el pueblo de Israel, gemía en la esclavitud, las liras rotas de sus poetas fueron suspendidas en las ramas de estos árboles melancólicos; y el pueblo predilecto de Dios, lloró en silencio bajo de su follaje, con la pérdida de su libertad su merecida humillacion.

Las sendas solitarias por donde se deslizan las hojas muertas, llevadas por el huracan; las orillas de los rios, en cuyo cauce serpea como una cinta de cristal una agua pálida y monótona; las calles funerarias que cruzan en diferentes puntos el extenso ámbito de un lóbrego panteon, están sembradas de estos árboles; y son suyas las sombras que velan como madres cariñosísimas sobre las tumbas de los muertos.

Cuando una niña muere, exhala una vírgen su postrimer suspiro, ó una matrona venerable ha dado el último ¡adios! á la vida, la mano cariñosa que en el mundo cuidaba de ellas, pone sobre sus sepulturas como celosos cuidadores y fieles compañeros á esos árboles tristes, verdaderos intérpretes del llanto, de la afliccion y del recuerdo; y al pié de ellos, derrama la pena sus lágrimas, el dolor sus gemidos, la desesperacion sus ayes.

¡Cuánto amo yo estos árboles!

Entre ellos y mi alma hay una íntima afinidad.

¡Cuántas veces al compás congojoso de las ondulaciones de sus ramas, ha ido cayendo gota á gota un mar de llanto de mis ojos! ¡Cuántas veces las lentas y amargas horas de mi vida se han

deslizado bajo de su sombrío follaje! y ¡cuántas, debilitado mi cerebro á fuerza de tanto pensar, ha venido la noche á sorprenderme reclinado en su tronco!

El infortunio cuando desgarra el corazon, para el mundo debe ser un misterio, para el mundo que tiende la mano al que rie, pero que vuelve la espalda al que llora; para el mundo que aplaude al que goza, pero que zahiere al que sufre; para el mundo, siempre cruel con la desventura, siempre irónico con el dolor, siempre injusto con la desgracia!

Un secreto cuando se guarda mucho, ahoga; se necesita comunicarlo para que no llegue á romper el pecho que com prime. Se necesita un confidente, un amigo callado, leal. ¿Qué mejor confidente que un sauz? ¿Qué mejor amigo que ese arbol mudo y abatido; el susurro de cuyas ramas semejan un gemido que se pone en relacion con el gemido de nuestra alma?.... Por eso todos los sauces son mis confidentes, mis amigos.

Yo no sé qué secreta aficion me ha atraido hácia ellos siempre.

¡Desde niño los he querido mucho!

Entre una flor y una rama de sauz, siempre escogía yo la segunda; y ahora, cuando encuentro á uno de estos árboles, desprendo con mucha suavidad una rama pequeña y la conservo con el mismo cariño con que guardaría en un pañuelo una lágrima de mi madre!

Por eso el último deseo que abrigaré cuando esté próximo á abandonar este Gólgota eterno de dolores que se llama la vida, será el de que la losa de mi tumba sea sombreada con las melancólicas ramas de un sauz.

DOMINGO ARGUMOSA.

NOCHE.

—

Plateaba la luna el horizonte
Ya próxima á salir,
Y al viejo cementerio, junto al monte
Mis pasos dirigí.

De la gran cruz la gigantesca sombra
Se extendia del llano hasta el confin,
Y de hojas secas la siniestra alfombra
Parecia gemir.

Callado habia el mundanal ruido
Cuando llegué por fin
Y pude de los muertos en mi oido
Sus voces percibir.

Con sus ojos fosfóricos me vieron
Cuando la puerta abrí,
Y en tropel silencioso me vinieron
Juntos á recibir.

Las manos me tendieron, y las manos
A mi vez les tendí:
—Ya muy cansado estoy, les dije, hermanos,
¿No hay lugar para mí?

Teme el descanso en su afanar demente
Quien se llama feliz....
Pero ay! el triste corazon doliente
Solo descansa aquí.

¿Por qué el puerto temer quien vió afanoso
Su barca en riesgos mil?
¿Por qué temer el desterrado ansioso
De su destierro el fin?

Como nadie he sufrido y he llorado,
Ya no quiero sufrir.
¿No hay, hermanos, que vengo muy cansado,
Un lugar para mí?

—

Ligera nubecilla vagarosa
Erraba en el zafir,
Y agitando su marcha presurosa
Se perdió en el zenit.

Así pasan los hombres por la vida,
Así pasan, así.
¿Quién envidia á la nube en luz vestida
O á las flores de Abril?

—

Cuando descanse ya; cuando mi alma
Su cárcel rompa al fin,
Y en las regiones de la eterna calma
Ya pueda sonreir,

Bajaré al mundo, lleno de ilusiones,
Y buscaré feliz
Aquellos amorosos corazones
Que me amaron á mí.

Llegaré junto de ellos silencioso,
Y su tierno latir
Conoceré, de nuevo venturoso,
Pues en ellos viví.

Y si los veo arder en nueva llama
Mi voz les haré oir:
—Abridme, les diré, soy yo quien llama.
¿No hay lugar para mí?

RAMON VALLE.

JULIA.

POEMA EN TRES CANTOS.

A mi querida amiga Carlota Camargo.

CANTO PRIMERO.

Era Julia una niña encantadora,
Espiritual, ardiente, y tan sensible,
De una imaginacion tan soñadora,
Que aunque parezca increible,
Diremos en honor de prenda tanta,
Que con frecuencia mucha,
La más pequeña lucha
Que su sér delicado sostuviera,
La doblegaba tanto
Y la hacia sufrir de tal manera,
Que sofocada casi por el llanto
Le atacaba una especie de locura,
Sintiéndose despues desfallecida
Al peso del dolor y la amargura.
Educada con mimo
Por séres tan sensibles como ella,
De su madre amorosa
Era la blanca y peregrina estrella,
La esperanza más bella
Que para el porvenir acariciara,
Pues convencida la feliz señora
De que una linda cara
Y cierto aire de gracia encantadora,
Son más que suficientes
En este mundo frívolo, engañoso,
Para hallar entre tantos inocentes
Alguno qne quisiera ser su esposo;
Muy poco se cuidaba de que fuera
Una jóven de prendas tan morales
Que cautivar pudiera
Con ellas y las otras personales,
A esa modesta sociedad que busca
Para desdoro de otra más brillante,
La luz del alma que en el alma ofusca
De frívolas pasiones el semblante.

—

Frisaba Julia en los diez y ocho abriles,
Y en edad tan florida
¿Qué rosa en sus pensiles
No se siente engreida
Al ver que siempre tiene admiradores
Que su hermosura advierten,
Y que luego en rendidos amadores
Al fuego de sus ojos se convierten?
Muchos tuvo ya Julia,
Pero fueron de un dia
Ensueños nacarados, fugitivos,
Que seducen la ardiente fantasía,
Sin que del corazon al fondo lleguen
Ni perturben la paz de la existencia,
Pues teniendo dudosa la conciencia,
Es fácil que al capricho se dobleguen.

—

Quiso la suerte que la hermosa Julia,
Un tanto disgustada
Del lugar no muy bello en que vivia,
Sintiera en su pobre alma acostumbrada
Al bullicio, al placer y á la alegría,
Necesidad de aquellos amadores
Que enántes tan rendidos
Le brindaron amores
Que fueron á la vez correspondidos.
Pero léjos del teatro de sus glorias,
Volvia á todos lados la mirada
Y no encontraba nada
Que halagara sus horas ilusorias.
Por esa misma suerte que dispone
Tan variadas escenas
En la eterna comedia de la vida,
Vino á aliviar sus penas
Dándole forma á su ilusion querida.

—

Fué al templo una mañana
Y á Anibal encontró, que descuidado
Al verla tan galana
Sintió su corazon impresionado.
Los ojos son la vida
De todo sentimiento verdadero,
Y cruzándose luego sus miradas
Dieron los dos el corazon entero
A soñar ilusiones encantadas.
Anibal era un hombre que tenia
Cumplidos ya los treinta y cuatro años,
Y que por experiencia conocia
De este mundo falaz los desengaños.
Sensible por su mal habia sufrido
Del atroz infortunio los rigores,
Y guardaba en su pecho dolorido
Recuerdos de pesar desgarradores.
Un padre anciano, pero amante padre,
Y una hermana amorosa
Que de tres criaturas era madre,
Formaban la familia cariñosa

En que Aníbal hallaba
Un mundo reducido,
Que sus penas amargas consolaba
Con las dulzuras del hogar querido.
Pobre y sin brillo, pero llena el alma
De ternura, de amor y de nobleza,
En sus horas de calma,
En sus dias de brumas y tristezas,
En versos escribia
Sus recuerdos de amor y venturanza,
Confiando al papel sus impresiones,
Las íntimas y dulces emociones
Que son para el dolor una esperanza.

—

En aquel corazon acostumbrado
Desde su tierna edad al sufrimiento,
De un ideal adorado
Se encarnaba el constante pensamiento;
Y al ver de Julia el continente bello,
Iluminó sus sombras un destello
De ese amor que se adueña de la vida,
Que no le arredra nada,
Y que de su existencia convencida
Es con él ó feliz ó desgraciada.

—

Aníbal; además, era creyente,
Confiaba en que Dios, de sus dolores
El premio le daria,
Y una noble mujer encontraría
Digna de su ternura y sus amores.
Al ver á Julia dentro el santo templo,
Y al sentir allí mismo que la amaba,
No dudó de que fuera
La dulce y amorosa compañera
Que la mano de Dios le deparaba.

—

¡Se vieron y se amaron! A lo ménos,
Así Aníbal de Julia lo creía,
Y sus dos corazones siempre llenos
De amorosa poesía,
Ser el uno del otro se juraron,
Y entre versos, y flores, y ventura,
Tres meses se pasaron
Llenos de bienestar y de dulzura.

—

Aníbal, sin embargo
Que de Julia escuchó los juramentos;
Varias veces dudaba,
Teniendo sin querer presentimientos,
De que como él á ella, no lo amaba.
Pero eran solo nubes verdaderas,
Pues tanto su adorada le decia
En cartas tan amantes y sinceras,
Que cediendo á su amor se convencía,
Y olvidaba sus dudas pasajeras.
Era que en su alma la traicion y dolo
No podian caber, y siempre austero
Al juzgarse á sí solo,
Creía en el cariño verdadero
Que Julia le pintaba
Y su pecho amoroso cada dia
Con más pasion á Julia idolatraba.

—

Entre la sombra oculto. del destino
El adusto semblante,
Cual otro Mefistófeles, con tino
Le preparaba al desdichado amante
Horribles desventuras,
Horas de duelo y de mortal quebranto,
Eternas amarguras,
Eterna soledad y eterno llanto.

CANTO SEGUNDO.

Del mes de Julio en los primeros dias,
Vino á nublar de Aníbal
La idea de futuras alegrías,
La muerte de su hermana
Que llena de episodios imborrables,
Le hirió profundamente,
Dejándole en el alma y en la frente
Huellas de padecer inolvidables.
A dolor tan terrible,
A tan triste quebranto,
Y cuando era á sus ojos imposible
Secar aún el dolorido llanto,
Otro nuevo pesar vino á llenarle
El alma de amargura,
A nublar para siempre la ventura
Que un bello porvenir pudiera darle.

—

Habian trascurrido quince dias
De aquel en que murió su pobre her-(mana,
Cuando de Aníbal el anciano padre
¡Murió tambien!..................
Al peso de una noche tempestuosa,
El infeliz anciano,
Despues de recibir un tierno beso,
Estrechó con su mano
La del hijo tambien harto infelice,
Y temblando una lágrima en sus ojos
En silencio lo mira y lo bendice.
¡Abandona del mundo los despojos,
Abandona las playas de este suelo,
Y con pura conciencia,
Va á disfrutar en la mansion del cielo

La santa eternidad de otra existencia!
—
Aníbal era fuerte, pero el hombre,
A medida que sufre es delicado,
Y ante esas penas que les falta nombre,
Sintió su corazon despedazado.
Aníbal vió dos tumbas
En pocos dias abiertas á sus ojos,
Su pecho desgarraron los abrojos
De la triste orfandad y el aislamiento,
Y vió doquiera con dolor profundo
La ausencia de los séres
Que formaban sus lazos en el mundo.
—
Hay dolores tan íntimos, tan grandes,
Que su misma grandeza
Impide al pensamiento describirlos,
Y en lugar de decirlos,
Se adivinan del alma en la tristeza.
Al pintar los de Aníbal, se detiene
La temblorosa pluma....
¡Imposible! Su peso nos abruma....
Y todas las palabras que contiene
El humano lenguaje,
Obligaran acaso á nuestro labio
A inferir á sus penas un agravio
O hacer á su dolor amargo ultraje.
Sigamos, sí, sus pasos en los dias
De borrascas tan crueles,
Presenciemos sus tristes agonías,
Sus luchas, su quebranto,
El fin de sus pasadas alegrías,
Y el mar inagotable de su llanto.
—
Cuando calmado un poco
Y ya con la conciencia de sí mismo
Midió su corazon triste y desierto,
La orfandad y el abismo
En que lo sumergió su padre muerto;
Cuando miró tres niñas á su lado
Que le dejó su cariñosa hermana
Como un tierno depósito sagrado
Del que tendrá que responder mañana;
Parecióle volver de horrible sueño
Que embargó su razon por muchos dias,
Y oprimiendo su frente con empeño,
Vió de la realidad la desventura,
Y al contemplarse huérfano y aislado,
Más honda pareciole la amargura.
Pero entónces pensó que era creyente,
Y que Dios desde el cielo le escuchaba,
Y humillando la frente,
Ante El que su alma en el dolor probaba,
Bendijo resignado
De Dios la voluntad y los designios,
Y se sintió tranquilo y consolado.
—
No obstante el sufrimiento y los dolores
Que Aníbal padecia,
No dejaba pasar un solo dia
Sin pensar con ternura en sus amores.
Julia lo consolaba
Con cartas cariñosas y sentidas,
Repitiéndole en ellas amorosa,
Que siendo ya ante Dios su dulce esposa
El dolor enlazaba sus dos vidas.
Lloró, vistió de luto, y dijo tanto,
Que el pobre Aníbal de esperanza lleno,
Esperaba tener amigo seno,
Donde enjugar de su orfandad el llanto.
Le habló de aquellos niños inocentes,
De los cuales él era el solo padre,
Pero que era preciso que sus frentes
Recibieran el beso de una madre.
Ella mostró con abnegado acento,
Que no eran á su amor rémora alguna,
Y fuera para ella una fortuna
Amarlos con ternura y sentimiento.
—
Cuando existe en el alma esa nobleza
Agena de interés y de ambiciones,
¿Qué no pueden hacer dos corazones
Unidos por la dicha y la tristeza?
Así pensaba Aníbal
Y miéntras su ilusion acariciaba,
Aun más se convencía
De que Julia lo amaba,
Y como ella sin tregua le decía
Era imposible que sin él viviera,
Trataba de abreviar con su deseo,
El enlace con Julia proyectado,
Y ponerle en la frente, enamorado,
La brillante corona de Himeneo.
—
¡Pobre Anibal! soñaba un paraíso
Y en él una Eva candorosa y pura,
Un nuevo hogar que en sus ensueños (quiso
Llenar de amor, de paz y de ventura!
—
¡Se apagaba una tarde melancólica!
De Julia el pensamiento
Acaso de su amante se ocupaba,
Al ver en Occidente reflejados
Tras celajes violados,
Los destellos del sol que se ocultaba

Muy cerca de ella su amorosa madre
Veia su abstraccion con desconsuelo,
Y clavando los ojos en el suelo
Con cierta reflexion meditativa,
Levantólos despues, con una viva
Y resuèlta mirada, en la que el celo
Del maternal cariño se notaba.
Se acerca, toma á Julia de la mano,
Y advirtiendo que triste suspiraba,
La dice con acento cariñoso:
—Antes que todo, quiero ese reposo
Que no ha mucho tu pecho disfrutaba.
Tengo que hablarte, escucha y mis pa-(labras
Graba bien en tu mente,
Porque si la desdicha tú te labras
Yo de ella quiero ser siempre inocente.

—

Sé que quieres á Aníbal,
Pero eso puede ser un devaneo,
Un capricho de jóven
Que debe terminar, y lo deseo.
Un hombre como él de edad madura,
Sin porvenir, sin posicion, sin nombre,
No debe interesar á una hermosura,
Por la sola razon de ser un hombre.
Ademas, como dudo
Que abandone á los hijos de su hermana,
Estarás muy graciosa, muy galana,
Enlazada tan niña con un viudo.
Tú eres bella, elegante, de talento,
Luces muy bien tus juveniles años,
¿Cómo vas á adunar tu sentimiento
Al de un viejo que llora desengaños?
Si uniera á su experiencia,
Y á la noble pasion con que te quiere,
Algo más positivo...: mi conciencia
Que á toda costa tu ventura quiere,
No se opusiera á tu amoroso anhelo;
Pero debes pensar que en este suelo
Donde vamos doquiera de partida,
Buscar debemos siempre
La dicha y el descanso de la vida.
Vamos, mi Julia, piensa....
Esta noche hay un baile, ya lo sabes,
Estamos invitadas, y es preciso
Que cautiven tu gracia y tu hermosura.
El amor, Julia mia, es un paraíso,
Pero sin la riqueza, poco dura.
Prepárate á brillar y á Aníbal deja
Que llore su desgracia y sus dolores;
¿Qué culpa tienes tú si de él te aleja
Una vida de amargos sinsabores?

—

Julia así, entre dudosa y convencida,
Pensó en su pobre Aníbal que lloraba
Sobre la tumba de su amante padre,
Y que haciendo ocho dias
Que su orfandad y luto lamentaba,
No era justo que en dulces alegrías
Ella pasara el tiempo
Que él á sus dolores consagraba.
Pudo más sin embargo el incentivo
Del frívolo placer en su alma bella,
Que del recuerdo amante la querella,
Que del pesar el sentimiento vivo.
Y olvidándolo todo en un momento,
Dejó el traje de luto que vestía,
Y trocó de su amor el sentimiento
En sonrisas de plácida alegría.
A sus solas pensaba al ataviarse:
—El me perdonará porque me quiere;
Le diré que obligada....por mi madre,
Aunque de pena muere
Mi corazon por su difunto padre,
Fuí una mártir que llevan al suplicio.
Y como obrando con razon y juicio
Las buenas hijas
Que obedecer tenemos,
Fuí contrariada, la razon me abona,
Y si él no me perdona,
Lo que he de hacer despues ya lo veremos.

—

Llegó del baile la hora.
Julia, bella, gentil, á la locura
De un rato se lanzó, dando al olvido
Del amante querido
La punzadora y triste desventura,
Y miéntras ella oía
De cierto jóven las mentidas flores,
Aníbal desvelándose escribia
A la ingrata su amor y sus dolores.

—

Cuando la mente sueña,
Y sueña el corazon con la esperanza;
En plácida confianza
El amor la ventura nos diseña.
Aníbal, que sabia
Que Julia con delirio le adoraba
Segun ella le decia,
Despues de haber escrito mil ternezas
Para que al otro dia
Disiparan de Julia las tristezas
Que sus propios dolores
Llevaron hasta el alma
De la niña gentil de sus amores;

Aníbal se acostó pensando en ella,
Y en que al dia siguiente
Su carta alejaria de su frente
De importuno dolor la triste huella.
Pero en vez de dormir, se dió su mente
A pensar sin querer en muchas cosas,
Pero entre todas, ni soñó siquiera
Que Julia estar pudiera
En aquellos instantes,
Feliz, risueña, y como nunca hermosa
Escuchando amorosa,
Galanteos dulcísimos y amantes.

CANTO TERCERO.

Está escribiendo Aníbal.
La horrible palidez de su semblante,
La sombra de sus ojos
Y de su pecho el respirar jadeante,
Anuncian la tormenta
Que en olas tumultuosas se levanta
Rugiendo sorda en su interior sombrío,
Y ante la cual su corazon se espanta.
Toma despues las cartas y las flores
Que de Julia tenia,
Vacila recordando sus amores
Y las contempla con pasion un rato,
Luego toma su pelo, su retrato,
Y los llena de lágrimas y besos,
Les dá su adios sentido,
Y á Julia los envía
Con la siguiente carta,
Que poco ántes convulso le escribia.

"Soñé un hogar, una familia, un mundo
De los cuales el alma hubieras sido
Si mi amor tan sincero y tan profundo,
Tu corazon hubiera comprendido.
Soñé un hogar humilde pero santo,
Donde pura la fé de dos amores,
Siempre diera sonrisas para el llanto,
Cariño y esperanza en los dolores.
Dicha y tranquilidad en la conciencia,
Que nunca se marchitan,
Y goces que jamás á la existencia
En criminal abismo precipitan.
No me sedujo, no, para adorarte,
La hermosura fugaz y pasajera
Con que plugo á la suerte engalanarte,
De la edad en la grata primavera.
Me sedujo el fulgor que desprendian
Los rayos de tu fúlgida mirada,
Cuando ardientes mis ojos te veian
La cabeza inclinar ruborizada.
Me sedujo el candor y la inocencia
Que veia brillar sobre tu frente,
Cuando en el templo, humilde y reverente
Meditabas de Dios en la presencia.
Yo ví en tí del amor la pura forma,
Encarnada en tu sér y realizable;
La intuicion misteriosa que conforma,
Cuando se siente un algo inexplicable.
Un paraíso se forjó mi mente
Al decirme tus labios que era cierto,
Que al fin podria descansar mi frente
En el oasis hermoso de un desierto;
Y al creer en tu amor, te dí confiado,
Mi reposo, mi vida, mi esperanza;
Todo aquello que el hombre enamorado,
Para ofrecer á la mujer, alcanza.

"Y tú sin apreciar lo que valia
Toda la fe de mi pasion sincera,
Por un frívolo instante de alegría
Enlutas de los dos la vida entera.

Anoche has ido al baile, profanando
El dolor que mi pecho desgarraba;
El mismo que dijiste aparentando
Tu corazon amante laceraba.

Has ido al baile, sí, y en la locura
De esas horas fugaces, borrascosas,
Has oido sonriendo con ternura,
De un hombre las frases amorosas.

¡Y me pides perdon!.. ¡Y me recuerdas,
Que sin mi amor serás muy desgraciada,
Y que la senda do infeliz te pierdas
Estará por tus lágrimas regada....!

¿Qué disculpa á los ojos de un amante,
Saber que la muger idolatrada,
Ha olvidado por otro en un instante,
Toda la fuerza de la fe jurada?

¿Cómo dar el perdon á quien ofende
Lo más sagrado que en el alma existe,
Sin con despojos del amor que vende,
Al ídolo casual frívolo viste?

¿Por qué lo hiciste y me engañaste artera,
Fingiendo sentimientos y ternura,
Burlándote despues tú la primera,
De mi triste orfandad y desventura?

Jamas olvidarás mis sentimientos;
Mi amor y mi lealtad te son notorios:
Devuélveme mis santos juramentos,
Y recibe los tuyos ¡ilusorios......!
Rotas por tí del corazon amante

Las fibras delicadas y amorosas
Con que ayer todavía palpitante
Te dió de amor las aromadas rosas,

Ya no debe latir por tu recuerdo,
Ni conservar mas tiempo tu memoria,
El alma se me rompe, y sé que pierdo
Toda la dicha que soñé en mi gloria.

¡Pero tú lo has querido! y si te asalta
La idea de mi propio sentimiento,
Tú sabes que á mi pecho no le falta
Valor para apurar el sufrimiento!"
Agotado el valor del pobre Aníbal
Con lucha tan terrible,
Quedó por un instante anonadado
Pidiendo á lo pasado
Un consuelo á sus penas, ¡imposible!
De la emocion repuesto,
Trató de serenar su alma agitada,
Y enjugando sus lágrimas sentidas,
Con noble dignidad irguió la frente
Y se dijo:—"Que el mundo indiferente
No adivine de mi alma las heridas.
Quien ama como yo, y es engañado,
Si externa sus dolores, es un necio.
¡Para el mundo semblante enmascarado!
¡Para ella la altivez y el menosprecio."!

—

En tanto Julia con su nuevo amante,
Un amante de un dia,
Del desdichado Aníbal se reía
Con sátira insultante.
Despues de recibir aquella carta
Con que Aníbal enviara sus objetos,
Le contestó con cierto desenfado
Diciéndole que Dios le perdonara
El mal que le causara,
Como ella se lo habia perdonado.
Pero el mismo dia
Léjos siquiera de fingir tristeza,
Hizo cosas de tal naturaleza,
Que al saberlas Aníbal,
Sintió un dolor agudo,
Porque si acaso generoso pudo
Perdonar de Julia los desvíos,
Al ver sus insensatos extravíos
Sintiéndolo por ella,
Borró con llanto la amorosa huella
Que su pasion vendida le dejara,
Y al pensar en que pudo ser su esposa,
Dió gracias á la mano poderosa
Que de tal desventura le librara.

ANTONIO DE P. MORENO.

Agosto 6 de 1883.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON

En el teatro español cuando resuena
De Tirso y Lope el inspirado acento,
Prueba un humilde ingenio su talento
Dando el modelo de la nueva escena.
Habla, y con voz que como el rayo (atruena,
Interpreta el sublime pensamiento
Que eleva la virtud al firmamento,
O los impulsos del error condena.
Al deleitar con su laúd sonoro,
Descubre el vicio que falaz engaña,
Mostrando de verdades un tesoro.
Nada la gloria de Alarcon empaña,
El de las letras en el siglo de oro
La ganó para México y España.

JACOBO C. DÁVALOS.

IPANDRO ACAICO.

Sentado al pié de la Castalia fuente
Do su ganado abreva el pastorcillo,
De los zagales el amor sencillo
Fiel retrata en su cántiga elocuente.
Es porque baña su elevada frente
Del sol de Grecia con el almo brillo,
Y recibió el dorado caramillo
De las Trinacrias Musas por presente.
No describe las fiestas saturnales,
Ni de los Faraones y gentiles
El lujo de sus torpes bacanales.
Discurre de la Arcadia en los pensiles,
Regalando la miel de los panales
Con sus dóricos cantos pastoriles.

JACOBO C. DÁVALOS.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Se ignora todavía por qué misterio
De la corte imperial triste se aleja,
Para encerrarse tras la dura reja
De humilde y olvidado monasterio.
Cuando el santo deber del ministerio
Un punto de reposo á su alma deja,
Como tímida alondra que se queja,
Canta al compás de místico salterio.
Convierte el claustro en delicioso nido
Y en alcanzar la perfeccion se afana,
Cual pocos sábios que en el mundo han (sido.
En el convento se llamó Sor Juana,
Pero lleva en el siglo el apellido
De la décima Musa Mexicana.

JACOBO C. DÁVALOS.

LA CRUZ DEL GOLFO.

I.

Existe entre los Estados de Oaxaca y Puebla, una hermosa cañada cuya direccion invariable, en un trayecto de más de ochenta kilómetros es de N. O. á S. E. La elevada cordillera de los Andes forma su pared oriental; la opuesta la forman los desnudos y rocallosos montes de la "Mixteca." Estas altas cordilleras se tocan en su base, por intermedio de montes mas pequeños, caprichosamente cortados, en número incontable, y que hacen los primeros escalones de tan interminable serranía.

Tres rios de importacia dejan escucurrir allá sus rápidas aguas. "El Salado," que toma su orígen en las áridas y calurosas llanuras de "Tehuacan." El rio de "Vueltas," que desde arriba de "San Juan del Estado," en una garganta de la Sierra, nace humilde y perezoso, para enriquecerse á poca distancia con numerosos afluentes que le activan y convierten en vertiginosa su carrera; y por último el "Rio Grande," que nacido en el corazon de la Sierra, sigue su marcha por entre altísimas montañas y llega á la cañada á unirse con el anterior, en el pintoresco sitio llamado "Teconastlahua."

Poco más arriba de la confluencia del Salado y el Quiotepec, en una expansion de la cañada que se llama el "Arenal" existia hace algunos años una linda casita perfectamente arreglada, con la envidiable sencillez de las habitaciones de campo. En el corredor oriental, frente á la majestuosa cadena de los Andes, adornado de variadas flores, y con sus columnas blancas como la nieve, se veia frecuentemente una jóven, rivalizando en hermosura con sus flores; fresca y lozana como ellas........

II.

Aproximábase el invierno del año de**En aquellas cálidas regiones esa estacion nunca se viste de nieve, y solo las brumas de algunos dias, con los récios vientos que las acompañan, anuncian la época más mala.

Eva, en alegre conversacion con su tierna madre, retiraba cuidadosa las plantas más bellas, librarlas de los aires de Noviembre y Diciembre. Entre sus flores preferidas, colocaba en mejor lugar unas bien provistas matas de "miosotis," cuidaba con particular esmero. Aquellas flores azules, nacidas bajo su vista, al suave calor de sus besos, eran recuerdo de Heliot, su prometido esposo, que no debia tardar mucho en llegar á su lado, para realizar tan deseada union, de acuerdo con ámbas familias.

Aquellas flores hablaban por Heliot, y decian á Eva en mudo lenguaje: "no me olvides."

Buscando la cariñosa mirada de su compañera, Eva despues de un corto silencio preguntaba à su mamá:

—¿Viviré siempre á tu lado?

—Si, hija mia, porque los intereses de tu padre y Heliot, siendo comunes, ámbos estarán á su cuidado y ningun punto más á propósito que esta casa, situada en el centro de todas sus negociaciones.

—¿Eso te ha dicho Heliot?........

—No precisamente; pero hace pocas noches, hablando con su padre, nos dejó entrever el deseo de que le reemplazara su hijo en las atenciones del campo, y en el cuidado del ingenio de azúcar que tienen allá arriba.

—Y Heliot se pondrá muy contento cuando lo sepa, porque ya recuerdas cuánto se queja con nosotras de la monotonía de la ciudad y cómo extraña el trato llano y franco de nuestras buenas gentes de la cañada, en vez de las falsas ceremonias de aquella sociedad elegante.

—Es verdad, hija mia; pero deja tu obra y entra á disponer que preparen la mesa, porque llega ya tu padre.

Eva revolviendo entre sus blancas y sedosas manos un ramillete de "no me olvides," desapareció en las habitaciones.

Aquella noche habia un convidado á la mesa; Heliot, que desde Puebla, llegaba á participar á la familia de Eva, haber concluido los asuntos que por encargo de su padre desempeñaba en la ciudad, y deseaba tambien convenir desde luego el dia de la boda....

31

en rápidas vueltas amenazaba sumergirse.

Las gaviotas y golondrinas de mar revoloteaban sobre él.

Una lancha pescadora hacia rumbo velozmente á su alcance. Pronto se pondria al habla; pero acercarse demasiado debia ser peligroso, allí las aguas del rio en lucha con las del mar formaban violentos remolinos.

La lancha avanzaba, dejando una prolongada estela. Unos cuantos momentos más, y el bote estaria salvado. Redoblábanse los esfuerzos, se tendian las velas. En medio de un imponente silencio, la voz del vigía de proa, marcó "alto".... los remos cayeron.... las velas azotaron los palos y la lancha permaneció mecida suavemente sobre las mansas olas.... ¿Qué habia pasado?.. El bote arrastrado por el remolino, se sumergia más y más. Los pescadores cayeron postrados rogando al cielo por los que bajaban á descansar el sueño eterno, en el lecho de arena, y al clavar por última vez sus miradas en el sitio de la catástrofe, percibieron una hermosa cruz cubierta de flores azules, que flotaba blandamente sobre las aguas. "La Cruz del Golfo," exclamaron á una voz, y sobrecojidos de temor abandonaron aquellos sitios!....

Desde entonces, muchas embarcaciones de las que surcan el Golfo, suelen alcansar la preciosa isleta. Así tambien los que atraviesan el Arenal, pueden ver una cruz semejante donde ántes existia la bella casita. Preguntad qué significa y sabreis la historia de Eva y Heliot; preguntadlo en el mar y oireis llamar al sepulcro flotante de "no me olvides," como le llamaron los pescadores "La Cruz del Golfo!......",

Demetrio Mejía.

LA POBREZA.

Bendita sea mil veces la insólita tristeza
Hija de la pobreza, que va del hombre en pos;
Dichoso el que la sufre con resignada calma
Que un templo hace de su alma donde recibe á Dios.

Bendito sea el harapo que cubre un pecho honrado
Porque allí ha colocado Jehová su voluntad;
Y el que la sigue humilde con gozo y con paciencia
Hace de su existencia dulce felicidad.

Bendita sea la lágrima que arranca el sufrimiento
Y el labio macilento, callado ante el dolor,
Porque esa gota amarga aunque produce enojos
La coloca en los ojos la mano del Señor.

Dichoso ese suspiro que arrancado del pecho
Anuncia que deshecho palpita el corazon;
Porque al subir al cielo en ondulante giro
Se cambia ese suspiro por una bendicion.

¡Pobreza de la tierra! ¡Bendita seas, pobreza!
Por donde el hombre empieza à vislumbrar su Eden,
Corona que entre todas, con goce sin segundo
El Redentor del Mundo buscó para su Sien.

Ser pobre es ser bendito, es ensayar el vuelo
Desde la tierra al cielo, mucho antes de partir;
Llevar con el Dios-Hombre su cruz de desconsuelo,
Tener por tumba el cielo, por làpida el zafir.

¿Qué importa que en el mundo, la desprecien osados
Todos los potentados con hórrida crueldá?
¿Qué importa que la execre la sociedad precita,
Si es del Señor bendita, lo ha sido y lo será?

¡Qué importa que el estigma de bàrbara costumbre
Liste en su servidumbre al pobre honrado y fiel;
Qué importa que el palacio ante él cierre sus puertas
Si están en par abiertas las del cielo para él!

¡Qué importa que en su contra se multipliquen leyes,
Si el que es Rey de los reyes al pobre dá su amor,
Si abriéndole los brazos le dice "*Tú eres mi hijo*,
"*En tí ha vivido fijo mi sér consolador;*

"*Tú que eras en el mundo de mil diversos modos*
"*El último de todos cuando vivías allí*,
"*Hoy que á mi Reino vienes que es el espacio entero*,
"*Te declaro el primero de todos ante Mí.*"

Y el pobre que en el mundo vivió menospreciado,
Siempre glorificado por el Señor será;
Y una inmortal aureola de luces esplendente
Sobre su humilde frente eterna brillará!

....
....

¡Bendita la pobreza de institucion divina,
Dichoso el que camina de sus huellas en pos;
Que aunque entre abrojos crece solo flores encierra,
¡Muy vil para la tierra! ¡¡muy grande para Dios!!

DOMINGO ARGUMOSA.

FUNERALES EN ALTA MAR.

Si es solemne y tristísimo el acto de dar sepultura á un cadáver en la tierra, entre los sollozos de los parientes y amigos del finado, y despues que al rededor del ataúd los sacerdotes han agotado aquellas sublimes deprecaciones en que campean el dolor, la súplica, los temores y la esperanza de la inmortalidad, más tristes y solemnes deben ser los funerales del que muere á bordo de un buque, y tiene por sepulcro el Océano. Separado de su familia, de sus amigos y de su patria, no vió tal vez durante su agonía un rostro que le fuera conocido. Consagró sus últimos pensamientos á una madre, á una esposa, ó un hijo; pero ¿quién les trasmitirá estos pensamientos? ¿Quién les dará cuenta de sus últimos instantes? ¿Quién les dirá: espiró con su cabeza reclinada en mi pecho; vertí en su corazon las esperanzas del cielo y cerré sus párpados inmóbiles, tan luego como les fué inútil la luz?

¡Pobre del que muere en alta mar! Un dia avisan al capitan del buque, hombre frio é insensible, que ha muerto uno de los pasajeros; difúndese la noticia, y entónces recuerdan los compañeros de travesía, que cierto jóven pálido y enfermizo no habia parecido sobre cubierta en muchos dias. Reúnense por curiosidad al rededor de su lecho; palpan su frente y sus manos: están frias, frias como el mármol! Registran sus faltriqueras y hallan varios papeles: quizá una órden de destierro; quizá algunos renglones desiguales, trazados por una mano trémula, y que contienen la promesa de nunca olvidarle. El jóven llevaba al pecho una cruz, símbolo de su religion, y un relicario con cabello de su madre. Fórmase un paquete con todos estos objetos para entregarlo á la familia algun dia, si es posible. En seguida se procede á los funerales. Reúnense sobre cubierta la tripulacion y los pasajeros; es conducido allí el cadáver; el capellan ó alguno de los circunstantes reza diversas oraciones análogas, y el cadáver es arrojado á las olas, que lo reciben con la misma indiferencia con que lo arrojan los marineros.

El eminente artista inglés Wilkie, pintó un cuadro notable, de que nos da idea el grabado de Jones. Dicho cuadro representa unos funerales á bordo de un buque. Es de noche: dos marinos, trepados en las escalas, alumbran la escena por medio de teas. Otros dos, valiéndose de unas cuerdas, descuelgan el ataúd y están próximos á soltarlo sobre las negras y espesas olas, cuya cresta espumosa aparece á trechos iluminada. Un sacerdote francés, con su libro en la mano, y los ojos dirigidos al cielo, recita las oraciones de los muertos: la tripulacion y los pasajeros, entre quienes hay algunas jóvenes vestidas de blanco y dos niños, se inclinan sobre la cubierta hácia el mar: el juego de luces es magnífico; perfectos los ropajes y las actitudes. Píntanse la curiosidad ó la indiferencia en todos los rostros, excepto el de un hombre que, colocado en el último término del cuadro, fija su mirada melancólica en el ataúd. Quizá fué el único en cuyo corazon halló simpatías el enfermo y ante quien exhaló su postrer suspiro, ó al ver arrojar á las olas el cuerpo del desconocido, piensa en que su familia no tendrá siquiera el consuelo de orar en su sepulcro.

¡Pobre del que muere en alta mar!

J. M. Roa Bárcena.

GOMEZ DE LARA.

I.

Cubren las sombras nocturnas
La solariega morada
Del señor de horca y cuchillo
Don Suero Gómez de Lara.
Menuda llovizna cae;
Todo es soledad y calma;
Ni el fulgor de los relámpagos
Los nubarrones desgarra.
Tan profundo es el silencio,
Que cualquiera imaginara
Que no hay ánima viviente
En aquella régia casa,
En aquel castillo enhiesto,
Petrificado fantasma

Que alza altivo sus almenas
Dominando la comarca.

II.

Sobre un sillon de Damasco,
En cuyo espaldar se alcanza
A divisar el escudo
De los señores de Lara,
Don Suero se halla sentado.
Su lívida faz espanta
Y sus inquietas pupilas
Rayos de cólera lanzan.
La mano izquierda sus blancos
Cabellos con furia arranca,
Y con la diestra convulsa
Está estrujando una carta.
De súbito en pié se pone
Y— "Esto no es posible!—exclama;
"Mas, si lo fuere, ni el cielo
"Ampararte podrá, Blanca!
"¡Cuán lentas corren las horas
"Que esa ampolleta señala!. . . .
"Tiempo, apresura tu curso,
"Porque la duda me mata!"—
Y con pasos agitados
De dar vueltas no se cansa,
A intervalos deteniéndose
Junto á la luz de una lámpara
A leer, febricitante,
Aquella terrible carta,
Que terrible debe ser
Cuando tal estrago causa.

III.

Media noche: la llovizna
Ha cesado; ténue y pálida
Apénas brilla la luna
Por densas nubes velada.
Con sigilo y poco á poco
Se entreabre una puerta falsa
Y da paso á un embozado
Que cauto y prudente avanza,
Procurando no se escuche
El rumor de sus pisadas,
Que muere, por dicha suma,
Entre la húmeda hojarasca.
Atraviesa un ámplio patio,
Al muro se acerca y halla
Que— de un balcon suspendida—
Se mece al viento una escala.
"¡Maldicion!" dice, y sus dientes
Crujen y torna á su estancia
Murmurando: "el hijo mio
"Me ayudará en mi venganza."—

IV.

—"Lope, Lope, deja el lecho,
"Que nunca fué de los Laras
"Al blando sueño entregarse
"Cuando alguno los infama.
"Toma este arcabuz y sígueme
"Si quieres honrar mis canas!"—
Veloz como una saeta
Al patio el viejo se lanza,
Y en pos suya va el mancebo
Sin comprender lo que pasa.
—"Desde aquel balcon un hombre
"Bajará por esta escala,
"Si hasta el suelo llega vivo,
"Mi eterna ignominia labras."—
Y mientras el arcabuz
El noble jóven prepara,
Esperando asome el blanco
De su vengadora bala,
Desnudando Suero Gomez
Fina y reluciente daga,
Se dirige al aposento
De su esposa Doña Blanca.
Rudo la puerta golpea
Y—"Abrid!—iracundo exclama. . . .
Trascurren breves minutos:
Se abre la puerta: azorada
Una mujer hermosísima
Se presenta ante el de Lara.
—"Yo del honor de mi nombre
"Os hice depositaria;
"Os consagré amor y vida;
"Pero vos, impura y falsa,
"El blason de mis mayores
"Cubrís de afrentosa mancha.
"Llegó vuestra hora postrera. . . . . .
"Entregad á Dios el alma!!"
—"!Piedad, Don Suero!"
—"¡Jamás!„
—"Socorro, Iñigo. . . . . !„
Y, sarcástiea
Respuesta al clamor de aquella
Adúltera malhadada,
Oyese un tiro, seguido
De un ¡ay! lúgubre que á Blanca
En su sitio deja inmovil
Como una marmórea estátua.
—"¡Ah! comprendeis?..vuestrocómplice
"A los infiernos ya baja;
"Y pues con infames vínculos
"A él estuvísteis ligada,
"Id pronto en su compañía
"A arder en las mismas llamas!„

Así diciendo, el mortífero
Golpe Don Suero descarga,
Y entre un mar de roja sangre
Espira la hermosa dama.

V.

A poco, grave y sombrío,
Llega Lope; dos espadas
Desnudas su mano empuña;
En tierra se postra y graba
Un beso en la frente lívida
De su madre infortunada.
Al sorprender en los ojos
Del doncel ardiente lágrima,
Del pecho del castellano
Ronco gemido se escapa,
Y con voz que al par revela
Despecho, dolor y saña,
Grita:—"Por Dios! no la llores,
"Fué adúltera, fué liviana!
"Mancilló con impurezas
"El seno que te llevara,
"Pobre hijo mio!
—"Ese nombre
"De vuestros labios no salga.
"Por padre, Don Suero, os tuve....
"¡Ay de mí! mas me engañaba
"Y por vengaros he muerto
"Al hombre que me engendrara!—
—"¿Don Iñigo........?
—"Era mi padre!
"Yo recogí sus palabras
"Ultimas y un moribundo
"No miente. Señor, en guardia!
—"¡Lope, Lope!
—"En guardia digo.
"O en premio de vuestra hazaña,
"Asesino de mujeres,
"Os he de azotar la cara.
—"Infame bastardo, sea
"Pues tanto lo anhelas!........"
Rápida
Fue la lucha: relucian
Las dos hojas toledanas,
Enroscándose ligeras
Como serpientes de plata.
....
Los aceros ya no chocan;
Un hombre la vida exhala,
Y cruzándose de brazos
E irguiendo altivo la talla,
Fija en los helados troncos
Despreciativa mirada
El señor de horca y cuchillo
Don Suero Gomez de Lara.

ANTONIO CISNEROS CÁMARA.

D. FRANCISCO DE ZUÑIGA.

(*Insigne protector del Hospicio de Pobres.*)

No de *filantropía* tan decantada
Que es de la *caridad* moneda impura,
Sin que oculte con régia vestidura
La augusta faz de la virtud sagrada,
Sino por el amor su alma inflamada.
Y con un corazon, todo ternura,
Del bien, fué derramando la ventura
Que salva á la pobreza infortunada.
No reclamaron su piedad en vano
Los que abatidos por el cruel tormento,
En él tuvieron al mejor hermano.
Las lágrimas que arranca el sufrimiento,
Secó mil veces con la propia mano,
Que pan siempre tenia para el hambriento.

JACOBO C. DÁVALOS.

A MI VIRTUOSA AMIGA M.: O.

I.

Sigan las ondas del inquieto arroyo
Dando al viento sus gotas de cristal,
No suspiren las flores de la orilla,
¡Las ondas volverán!

Bajan los copos de la blanca nieve
Y las galas abrasan del rosal,
Pero los juncos de esmeralda quedan,
¡Las rosas tornarán!

Llega Octubre, y los álamos sollozan
Sus ropajes plateados al dejar,
Pero vendrá otro mes, y nuevas hojas
¡Frescas retoñarán!

Llega la noche y con su aliento enluta
Las tintas de oro que esmaltara el Sol,
Pero pasa la noche y nueva aurora
¡Animará la flor!

Llegan las bulliciosas golondrinas
Y alegres forman con su pico hogar,
Y al secarse los árboles se alejan,
¡Las aves volverán!

II.

Se aleja un alma del calor de otra alma,
Deja un pecho su altar:
¡Ay de la golondrina que no vuelve!
¡Ay tambien del amante que se va!!

México, Setiembre de 1883.

F. DE P. SANCHEZ SANTOS.

ITURBIDE.

Como el pintor que con robusta mano,
E inspirado por noble sentimiento,
Erige, con su cuadro, un monumento
Digno tan solo del ingenio humano,
Así tú, esclarecido mexicano,
De Hidalgo dando forma al pensamiento,
Al eco poderoso de tu acento
Haces á un pueblo libre y soberano.
Vive el cuadro la vida de la historia,
Mas la mezquina humanidad se atreve
A negar del pintor la inmensa gloria.
Tú redimiste á un pueblo, quien aleve
Aun conserva el laurel de la victoria,
Y se empeña en negar que á tí lo debe.

JACOBO C. DÁVALOS.

GLORIA MUNDANA.

Felicidad aquí! palabra vana,
Loca expresion de la soberbia humana.
Fenelon

SONETO.

Es la gloria del mundo un esplendor
De míseros objetos que seducen
Cual frecuentes relámpagos que lucen
Con fugaz y fantástico fulgor:
Es como de un incendio el resplandor
De las funestas llamas, que conducen
A ocultar los estragos que producen
Deslumbrando al sencillo espectador:
Es aquel bien que poseyendo estaba
El triste que soñó, y al despertar
Anhelante y solícito buscaba.
Nadie esa gloria pudo descifrar:
Todos dicen que existe y que se acaba,
Mas ninguno la llega á disfrutar.

MANUEL MARÍA ALVAREZ DE LA TORRE.*

LA CRUZ DE CULIACAN.

LEYENDA.

I.

Entre nubes de oro y rosa
Como sobre blando lecho,
Al declinar de la tarde
Iba el sol despareciendo.
El cielo se recamaba
Con variados reflejos,
Lampos de luz mortecina
Con sus vislumbres postreros.
Ni las hojas se movian,
Ni se escuchaba del viento
El cadencioso gemido
De blandos sones remedo.
Cabe del nido entonaban
Con melancólicos ecos,
Las pintadas avecillas
Su canto de amores tierno.
Era una tarde de Otoño
Con sus divinos misterios,
Sus brisas suspiradoras
Y sus placenteros sueños.
A las márgenes floridas
De arroyo dulce y parlero,
Cuyas ondas remedaban
El rumor de dulces besos,
Y en cuyas leves cascadas
Los rayos del sol postreros,
Se reflejaban formando
Mil fugitivos espejos;
Bajo la sombra apacible
De hermoso y altivo fresno
Se ven departir unidos
Una jóven y un mancebo;
Ella hermosa, muy hermosa,
El bello, gentil y apuesto;
Ella viste traje humilde,
El, traje de caballero.

II.

—Gaston, cuando así te miro.
En mi cariñoso anhelo,
Olvido de lo futuro
Los tristes presentimientos,
Porque leo en tu mirada
De mis amores el premio,
Y al verme amada por tí
Con fervor bendigo al cielo.
Así con voz cadenciosa
La jóven habla al mancebo,

En cuyos ojos azules
Se mira de amor el fuego.
—¿Y cuándo has visto en tu vida,
Aurora de mis ensueños,
Esas nubes importunas
Que llamas presentimientos?
¿No eres con mi amor dichosa?
¿No me amas como te quiero?
¿No tienes de mi cariño
Los solemnes juramentos?
—No es la duda de tu amor
La que destroza mi pecho;
Es que anoche, Gaston mio,
Tuve un fatídico sueño;
Un sueño cruel de los muchos
Que se posan en el lecho
Para arrebatar del alma
La dulce paz y el sosiego.
—¿Y eso, mi bien, es la causa
Del triste presentimiento?
—Eso Gaston
—No te aflijas,
Es la mentira de un sueño.
—Escúchame, no es mentira,
No es un vago pensamiento,
Es la realidad amarga
Que ha lastimado mi pecho.

III.

—Todavía me parece
Oir el airado acento
Con que mi padre maldijo
Nuestro amor y nuestro empeño;
Pues sábete que mi padre
Posee nuestro secreto,
Y anoche, anoche me dijo
Lanzando sus ojos fuego:
"Ya sé que usted, señorita,
"Desoyendo mis consejos
"Está enagenando el alma
"A un español caballero;
"Y como su raza impía
'Amancilla nuestro suelo
"Y oprime de nuestra raza
"El triste y esclavo cuello;
"Como ese español altivo
"Es noble y yo soy plebeyo,
"Vendrá á deshonrar mi casa
"Cual la deshonró otro tiempo
"Un ascendiente de ese hombre.
"Un infame aventurero;
"Y ya que borrón impuro
"Que envuelve triste misterio
"Manchó mi hogar y mis canas,
"Que se repita no quiero.
"No permitiré que el hijo,
"Aunque sé que es un modelo
"De esa nobleza del alma
"En que solamente creo,
"Se olvide de sus deberes
"Y llegue acaso el momento
"En que tenga que aplastarlo
"Como á venenoso insecto.
"Olvida, Aurora, de ese hombre
"El capricho ó el empeño,
"Porque es del todo imposible
"Que te unas á ese mancebo."
—Yo aventuré una palabra,
Pero me marcó el silencio,
Dejándome anonadada
De sus miradas al peso.
Me arrojé triste, llorando,
Sobre mi apartado lecho
Y á poco escuché dos voces
En un cercano aposento;
Era de mí padre la una
La otra del anciano Pedro.
Hablaban ambos de muertes,
De batallas, de degüellos,
De vengar no sé qué afrentas
En los españoles pechos;
De exterminar una raza
Que dicen oprime al pueblo
Y proclamar libertades
A la faz del mundo entero.
Callaron despues sus voces,
Se apagaron sus acentos,
Mas yo las seguí escuchando
En mil agitados sueños.
Ví á mi padre fulminando
En sus manos el acero,
Al frente de unas legiones
Que le seguian por el yermo
Valle que cubren gigantes
Aquellos altivos cerros.
Despues miré de unas tropas
El pesado movimiento,
Y las ví que se mezclaban
Con las de mi padre; luego,
Escuché fiero alarido
De unas y otras al momento
Que rayos de roja lumbre
¡Llenaban todo de fuego....!
Despues á la luz siniestra
Que alumbraba el firmamento
Te vi á los piés de mi padre
De anchas heridas cubierto....

No vi más; pálida, inquieta,
Salté temblando del lecho
A tiempo que la mañana
Lucía su albor primero.
Ne he tenido hora de calma,
Y aunque amoroso te veo
¡Quiero olvidar de esa noche
Las escenas. . . . y no puedo. . . .!
—Serénate, Aurora mia,
Siente cuál late mi pecho
Tranquilo porque no teme
Los augurios de tu sueño.
Tú me amas y yo te adoro,
¿Quién puede extinguir el fuego
De almas que hasta el infinito,
Unidas tienden el vuelo?
No temas, pronto, muy pronto
Un albor dulce y risueño
Iluminará las sombras
Que ves enlutar tu cielo.
Ahora, mi bien, la noche
Se va acercando; en el huerto
Espérame al toque de ánimas.
—Gaston, Gaston, tengo miedo,
No vayas. . . .
—¡Niña! no temas,
No temas que mientras fiero
Lata el corazon ardiente
Aquí en mi amoroso pecho.
Todo el mundo es poca cosa
Para oponerse á mi empeño.

IV.

Callaron sus tiernas voces
Y el ruido grato de un beso
Turbó de las soledades
El apacible silencio.
Su leve rumor en alas
De la brisa, fué corriendo
Y espiró en el infinito
Envuelto en dulce misterio.

V.

Estaba entrada la noche
Y á la vaga luz que dejan
Del misterioso crepúsculo
Las radiaciones postreras,
Se sucedieron bien pronto
Sombras informes y negras
Que como enlutado manto
El firmamento cubrieran.
Tras ese triste sudario
No se veia una estrella
Que con sus blancos fulgores
Alumbrara las tinieblas.
De tarde en tarde un relámpago
Lanzaba su luz siniestra,
Y un trueno lejano y sordo
Anunciaba la tormenta;
El viento soplaba raudo
Y en sus alas pasajeras
Dejaba escuchar rumores
Que el alma medrosa hielan,
Cuando en medio de la noche
Envuelta en triste tiniebla,
Vé delante de sus ojos
Tan poderosa grandeza.

VI.

Al escucharse á lo léjos
El fúnebre toque de ánimas
Que deja vibrar á ratos
El clamor de la campana,
Del relàmpago rojizo
A la luz siniestra y vaga,
Se ve á Gaston que los muros
De una huerta, ágil escala:
Penetra, y á poco rato
Ve luz en una ventana
Donde la tímida Aurora
Llena de afan le esperaba.
Llega al pié del bajo muro,
La luz discreta se apaga
Y quedan los dos envueltos
En la oscuridad más grata.
Gaston, las manos de Aurora
Con tierna efusion enlaza,
Y sus voces se confunden
Con el rumor de las auras.
Una hora breve pasó
En que aquellas tiernas almas,
Casi en silencio se hablaron
De amor, de dicha, de tantas
Ternezas que son el poema
De los que rendidos aman;
Y cuando más arrobados
En su dicha se encontraban,
Oyen sonar de repente
La terrible voz de alarma. . . .
Alguien de acecho en la huerta
Vió á Gaston saltar la tapia,
Y al padre de Aurora luego
Su presencia le delata.
Gaston se ve descubierto,
Y con enérgica calma
A Aurora toma en sus brazos,
Cruza la huerta, y las tapias,
Jadeante, de nuevo escala:
Sale, desnuda el acero,

Y con su preciosa carga,
Remonta el cerro y se pierde
Entre la oscura enramada.
A tiempo que muchos hombres
Salen tambien de la casa,
Y en opuestas direcciones
Emprenden ligera marcha.

VII.

La blanca luz de la aurora
Por gruesas nubes velada,
Vino á alumbrar de la noche
Escenas tristes y amargas;
Sobre una vasta meseta
Que está cerca de la casa
A dondo el rapto de Aurora
Hizo la noche pasada
El atrevido mancebo
A quien ella idolatraba,
Se miran tres hombres muertos,
Y huellas ensangrentadas
Que ascienden á cierta altura,
Dando señales bien claras
De encarnizado combate,
A juzgar por las espadas
Que rotas allí se miran,
Y otro muerto cuya cara
La cubre una enorme piedra
Desde la altura arrojada.
Muy cerca de este lugar
Un giron de ropa blanca
Flota pendiente de un árbol
Que un precipicio señala,
En cuyo fondo se pierde
La vista de ver cansada,
Y donde apénas se mira
De una manera muy vaga
¡De la desgraciada Aurora
La figura ensangrentada!

VIII.

¿Qué crímenes ¡Dios Eterno!
La noche en su seno guarda,
Que alumbra el sol al romperse
Del cielo las negras gasas?
¡Gaston.... Aurora.... su padre....!
¿Dónde están? ¿á dónde fueron....?
Está vacía la casa
Donde hace unas cuantas horas
La tranquilidad moraba,
Donde hija y padre tenian
¡Vida y amor y esperanzas....!
Hoy en vez de las dulzuras
Que da del hogar la calma
¡Sangre, cadáveres, luto,
Víctimas que al cielo claman,
Misterios que guarda escritos
El libro de la desgracia....!

IX.

Con tardo paso camina
Por una angosta vereda
Que de Culiacan al cerro
A los caminantes lleva,
Un religioso dieguino
Que casi la faz se vela
Con la calada capucha
Que triste aspecto le presta.
Están sus piés destrozados
Por las ásperas malezas,
Y se conoce que viene
Tal vez de lejanas tierras,
A juzgar por la fatiga
Que su tardo andar revela.
En grueso baston apoya
Con firme valor la diestra,
Y asciende del Culiacan
Por las fragosas laderas.

X.

La noche habia tendido
Sus sombras tristes y negras;
Todo era calma y silencio,
Oscuridad y tinieblas.
Un rayo de luna á pausas
Rasgaba las nubes densas
Y con fulgor melancólico
Iluminaba la tierra.
Entónces podia verse
Entre la oscura arboleda
Al humilde religioso,
Ya sentado en una piedra
Descansando unos instantes,
O siguiendo la vereda
Tal vez para él conocida
Que conduce á una meseta
Donde se ven de una casa
Las envejecidas huellas.
Llega por fin á aquel sitio
Exhaustas todas sus fuerzas,
Y falto de aliento cae
Rendido sobre la tierra.

XI.

Se escuchaba el toque de ánimas
En una vecina aldea,
Cuando el pobre religioso,
De un vértigo acaso presa,
Recobraba los sentidos

Al soplo de brisa fresca
Que de su frente el sudor
Con suavidad orea.
Las nubes que ántes velaban
La luz de la luna llena,
Disipadas por completo
La dejaban por doquiera
Lucir su fulgor divino,
Dando á la noche serena
Ese encanto misterioso
Que el alma hasta Dios eleva,
Y absorbe los pensamientos
En la fe de otra existencia.
El religioso entretanto,
El sitio en que se halla observa,
Se arrodilla y en voz baja
Algunos momentos reza;
Despues se pone de pié,
Al cielo la vista eleva,
Y de sus ojos se mira
Caer dos lágrimas tiernas.

XII.

Con una voz angustiada,
Y por las lágrimas trémula,
Habla el pobre religioso
Como si alguno le oyera.
—¡Dios mio! ¡cómo han cambiado,
Estos sitios, estas selvas,
Testigos en otro tiempo
De dolorosas escenas!
Apenas ya se distinguen
Entre las duras malezas,
Los lugares que una noche,
Negra, terrible, funesta,
Fueron regados con sangre
De la cual no queda huella.—
Sigue hablando y recorriendo
La prolongada meseta.
—Aquí se rompió mi espada,
Y falto ya de defensa,
Me arrebataron á Aurora
Y quedé tendido en tierra.
De aquí despues me llevaron
Casi sin vida á la aldea,
Donde unas gentes piadosas
Me salvaron la existencia.
¡Cuántos años han pasado
De esa noche tan horrenda!
¡Cuánto he llorado y sufrido
Y cuánto tiempo me resta
Que vivir en este mundo,
Que llorar sobre la tierra....!
La religion es un bien;
Por eso mi alma desierta
A ella se acogió creyente
Y ella sola me consuela.
Si Dios me llamara pronto
A sus mansiones excelsas,
Apiadado de mis lágrimas,
De mi dolor, de mis penas......
Al acabar de decir
Estas palabras, resuena
Del fúnebre toque de ánimas
La campanada postrera,
Y al mismo tiempo ilumina
Aquella vasta meseta
Una luz esplendorosa
Que opaca la luna llena,
Y sobre de blanca nube
Radiante, divina, bella
Aparece una vision
Que el religioso contempla.
¡Aurora! grita al mirarla,
Pareciéndole que sueña.
¡Aurora! repite el eco
Que el aura fugace lleva.

XIII.

Como de lánguida lira
Suspiran dulces las cuerdas
Trasportando el sentimiento
A las mansiones etéreas,
Así brotó de los labios
De aquella niña hechicera,
Una voz sentida y grata
Tan sentida como tierna:
—Gaston, la piedad divina
Abrevia ya tu existencia
Y pocos dias de vida
En este mundo te quedan.
Pero antes quiso de Dios
La infinita Providencia,
Que á este sitio de recuerdos
Por última vez vinieras,
Para oir de mis labios
Revelaciones que sean
El lazo que una en el cielo
A nuestras dos existencias.
Mi padre me dió la muerte
Aquella noche funesta,
Antes que pudiera vernos
Unidos en esta tierra,
Y al creerte ya sin vida,
Y á mí por su mano muerta,
Tambien con furor insano
El se arrancó la existencia.
Para crímen tan horrendo

Perdon acaso no hubiera,
Si ya espirando mi padre
No apelara á la clemencia
De Aquel que todo lo puede,
Y humilde se arrepintiera.
Para acabar su castigo
Falta, Gaston, que tú quieras
Perdonarlo como yo,
Y de los cielos la puerta
Se abrirá para los tres
De Dios ante la presencia.
¿Lo perdonarás, Gaston?....
—¡Sí! contestó el religioso
Con voz vibrante y entera,
Porque el perdon es la fuente
Que lava nuestra conciencia.
—Entónces, Gaston, erige
En este sitio una prueba
Que demuestre al mundo entero
De nuestro Dios la clemencia.
¡Adios! en el cielo pronto
A tu alma la mia espera;
Prepárate, pues, Gaston
Para abandonar la tierra.—
Se desvaneció la imágen
Dejando una blanca huella,
Y de Gaston en el alma
Una celeste promesa.

XIV.

Algunos dias despues,
Sobre de aquella eminencia
Quedó una cruz colocada,
Como misterioso emblema
De la justicia de Dios
Que todo castiga y premia,
Y ese signo sacrosanto
Que del mundo nos recuerda
La redencion portentosa
Y nuestros males consuela,
Desde entónces con respeto
Se visita y se venera.

ANTONIO DE P. MORENO.

LAS TRES FLORES.

CUENTO BOHEMIO.

I.

—¿Crees, Lisbeth, en los juramentos de amor?

—Yo creo, Ludwig, en el poder de un padre.

—¿Te acuerdas de las doradas horas que pasábamos en los grandes bosques de Ehrenfels?

—¡Ah!

—¡No hay que decir más.... cuando se ama!

—¡Ah!

—¿Con que todo está decidido? ¿mañana es la boda?

—Mañana.

—Y tú amas al nuevo esposo, á Enrique, hijo del conde Fausto?

—Me caso con él.

—Puedes casarte con él sin amarlo, puesto que me has amado sin casarte conmigo.

—Ludwig, tus palabras son duras...

—Lisbeth, las tuyas eran falsas.

—Un dia me decias: "Aunque me pidieses mi sangre ó mi vida, Lisbeth, tú la tendrias."

—Y un dia tú mi dijiste: "Todo lo que quieras de mí, aunque sea mi corazon, aunque sea mi mano, Ludwig, tú lo tendrás."

—Yo contaba sin los otros, Ludwig.

—Yo contaba sin tí, Lisbeth.

—Mi padre nos separará.

—Dios nos unirá.

—¡Nunca!

Y Lisbeth, la bella olvidadiza, dejó caer la cabeza sobre su mano, calló y se puso á llorar..

Una de sus lágrimas cayó abrasadora sobre la frente de Ludwig, su triste amante, que suspiraba bajo el balcon de su ventana. El llevó la mano á su frente y recibió esta lágrima "perla caida de los negros ojos de Lisbeth"—y vencido por el dolor y por el amor, porque mucho amaba Ludwig, le dijo con una voz más dulce:

—¿Por qué me has hecho venir.

—Para cambiar nuestros adioses....

—Adios, Lisbeth.

—Y.... tambien para pediros mi anillo de oro.

—La única cosa que me quedaba de tí.

La niña le dió; la jóven le vuelve á tomar.

—La jóven es muy prudente, la niña lo era ménos.

Lisbeth no dijo nada; pero extendió la mano ahogando un suspiro.

—Héle aquí, dijo Ludwig.

Ludwig era alto; la ventana estaba baja. Se enderezó sobre la punta de los piés; ella deslizó su mano á través de las barras del balcon y él puso el anillo de oro en su dedo meñique.

—Ludwig, teneis un gran corazon!

—Yo no sé, Lisbeth.... pero te amaba.

—Quisiera pediros todavía una cosa.

—Pídela.

—Se ha hablado de nosotros mucho; es necesario que vengais á la boda; estareis alegre!.... reireis....! se verá que ya no me amais.

—Para eso.... nunca!

—Lo quiero.

—No conteis con ello, jamás, jamás!

—Te lo ruego.

—Me has dicho *tú*.... vendré.

—Gracias, querido Ludwig.

—Concédeme una gracia á tu vez.

—Habla.

—Bailarás un wals conmigo.

—¿Cuál?

—El primero despues de media noche.

—Sea.

—Lisbeth, Lisbeth, decia una voz en el interior de la casa.... ¿en dónde estás?

—Aquí estoy; adios, querido Ludwig.

La pequeña mano blanca envió un beso en la sombra. Las luces recorrieron todos los pisos; despues las ventanas cerraron, y tornóse negra la casa del baron de Walder, padre de la hermosa Lisbeth.

Sin embargo, Ludwig marchaba triste en la oscuridad; atravesó el puente de San Juan Nepomuceno, y siguiendo las riberas sombrías del Moldaw, se dirigió lentamente hácia la isla de los Cazadores, que lleva el rio en sus húmedos brazos como un canastillo de flores y de verdura.

Lisbeth destrenzó sus hermosos cabellos, consagrando un último pensamiento al primer amor de sus años juveniles. Reprimió los impulsos de su corazon y quiso dormir. El sueño no vino, y ella oyó sonar, una tras otra, las horas de la noche. En el momento en que la primera campanada de media noche resonaba en la torre de San Veit, en la noble iglesia de Hardschin, le pareció que alguno habia suspirado muy cerca de ella.

—Es el viento que se queja entre los árboles, pensó Lisbeth.

Pero era una noche de Mayo oscura y tranquila; no habia ni un soplo en el aire y las tiernas hojas dormian medio plegadas en las ramas inmobles.

Nada turbó ya el silencio. Lisbeth ocultó su cabeza llena de miedo bajo la almohada, y se durmió pensando.

II

Es de mañana. Praga se despierta alegre: la noche levanta sus velos de estrellados pliegues; la bruma fina y ligera rueda sobre los techos; la aguda flecha de las altas iglesias desgarra al pasar, cual si fuesen blancos vellones, las lentas nubecillas; los primeros rayos del sol quiebran sobre las cimas de los monumentos su punta de oro que resalta como relámpago. Acá y acullá cuelgan y flotan en el aire esos ligeros hilos caidos de los invisibles husos de la Vírgen que parecen atar la tierra con el cielo; las veletas parlotean y saludan al viento dando vuelta sobre su enmohecido pié, y las mil voces argentinas de las campanas suben al cielo, como un enjambre de abejas zumbadoras.

En casa de Walder, van, vienen, se agitan. Las criadas corren por los aposentos, los caballos piafan en el patio, los músicos tocan en la calle.—Se diria que la ciudad entera se casaba. Es que Lisbeth es muy bella y Enrique está muy enamorado, y cada uno se alegra de estas nupcias del amor y de la belleza.

La novia apareció un poco pálida como todas las noches; pero más bella que ninguna.

Enrique se adelantó á su encuentro.

—¿Y tu ramo, amada mia, tu ramo de blancas flores, imágen de tu alma hermosa y pura?

—El ramo, mi querido señor, le habeis olvidado.

—No, por cierto, yo mismo lo he cogido en el jardin de mi padre, sobre los

ribazos de Wieshrad, desde la madrugada. Míralo.

Y llamó.

Un escudero con los colores del conde, mitad rojo y mitad negro, puso delante de la jóven un cofre de ébano.

—Abre, dijo el novio dándole una llavecita de plata.

Tomó ella la llave; su mano temblaba un poco; abrió, no obstante; pero en lugar de un ramo blanco, no encontró sino tres flores en el cofre de ébano: una *primavera*, una *verónica azul* y una *inmortal*.

En ese dulce lenguage de las flores, que no tiene por palabras sino los colores y los perfumes, la primavera es la esperaza, la verónica es la fidelidad y la inmortal es la constancia.

El novio pareció sorprendido, sorprendido y enojado. Pero él mismo habia guardado la llave de plata, y no pudo acusar á nadie. Solamente tomó el ramo y quiso arrojarlo por la ventana.

—No, no dijo Lisbeth, así me agrada; y puso las tres flores en su cintura.

Una hacanea blanca esperaba á la novia al pié de la gradería, enteramente cubierta de oro y de terciopelo, y caparazonada de seda. Dos jóvenes pajes tenian en su mano las flotantes riendas.

Se pusieron en marcha. La comitiva se mostró en toda su pompa sobre los bordes del rio.

Lisbeth no percibió á Ludwig; pero en el momento que la brillante comitiva comenzó á subir la colina sobre la cual está construida la antigua catedral, oyó sonar la tierra y retnmbar el lejano galope de un caballo. "¡Es Ludwig!" pensó ella, pero continuó su camino sin atreverse á volver la cabeza.

Llégaron muy pronto á las puertas de la iglesia; la novia bajó y entró, precediéndola la multitud de nobles y de bellas. Todos se colocaron en la larga nave colgada de sobarbias telas y sembrada de flores. Los coros de músicos cantaban sus más hermosos himnos, y el órgano juntaba á estos cantos su gran voz que sucesivamente estallaba como un trueno, ó suspiraba como una mujer.

El sacerdote bajó del altar y se adelantó para bendecir á los esposos. Lisbeth por dos veces se volvió hácia la nave.

—¿Qué tienes? le preguntó su madre con una vocecita seca; no es allí donde debes mirar.

—Madre, ¿quién es ese hombre vestido de duelo que está puesto de rodillas cerca del tercer pilar?

—Yo no veo sino la estatua de bronce de San Wenceslao; pero atencion, á tí te toca responder!

—Lisbeth de Walder, ¿aceptais por esposo al caballero Enrique de Stolberg?

—Sí, respondió Lisbeth, con una voz tan débil que el sacerdote apénas la oyó.

Y ella lanzó una mirada hácia el tercer pilar. No vió á nadie.

—Me he engañado, pensó bajando rápidamente los ojos; pero notó que no habia más que dos flores en su cintura.

La *primavera* habia desapareeido.—¡La dulce flor de la esperanza!

III.

El festin de la boda fué alegre. Los convidados se oprimian al rededor de las largas mesas; un ciervo entero se levantaba en medio del aderezo de la mesa con sus altos cuernos cargados de flores y de frutas; los escuderos trinchaban los cabritos rellenos de alfónsigos, y hacian pasar en platos de plata los faisanes de álas de oro y de cabeza de púrpura. Los vinos generosos circulaban en las copas espumosas; el rosado vino de Hungría, el blanco de Alemania y el rojo de Francia.

Cuando se habian hecho abundantes libaciones, cuando más de un convidado, deslizándose suavemente de su silla, yacía debajo de la mesa, trajeron un *wiedorcomo* antiguo; era un vaso inmenso adornado de esmaltes de vivos colores, especie de copa de Hércules que contenia la embriaguez de veinte hombres; se le llenó hasta el borde de *tokay* real; y los dos padres brindaron primeramente por la dicha de sus hijos, ¡por

la dicha y el amor! ¡Todos los convidados hicieron lo mismo y el *wiedorcomo* volvió á los esposos cargado de votos.

Enrique lo ofreció á su jóven esposa; pero apénas Lisbeth hubo tocado su borde con su rosado lábio, cuando la copa se vació como por un bebedor invisible. Ella se volvió.—¿Qué veria?—Yo no lo sé; pero puso un dedo sobre la boca, con ese gesto que dice: "Silencio y cuidado."

Y ni una gota para mí, dijo el esposo con tono de dulce reproche: brindaré, pues, por mi felicidad en una copa vacía.

—La desposada no tiene más que una flor en su ramillete, dijo una voz entre la multitud.

La *verónica* habia desaparecido; la flor de la fidelidad.

IV.

Llegó la noche: las mesas fueron quitadas; se derramaron perfumes; se encendió la aromatica cera sobre los candeleros de hierro dorado; heraldos de armas, grandes como gigantes, inmóviles como rocas, se mantenian en las puertas elevando en sus manos antorchas de resina. Ya las orquestas resuenan y los dulces preludios conmoviendo las almas, invitan al placer.

Se baila.

Todos admiran la inefable gracia de Lisbeth, su talle flexible, sus movimientos armoniosos, y su cuerpo todo obedeciendo á las dulces leyes de la medida y de la cadencia.

Tiene el encanto del ave que vuela. Sus alas no se ven, pero se adivina que las tiene.

Sobre el pavimento luciente dan vuelta sus piés ligeros. Nada puede hacerse sino mirarla; se siente uno feliz. Pero de tiempo en tiempo, con mucha frecuencia quizá, su mirada inquieta se vuelve hácia la puerta de entrada, ó consulta furtivamente la aguja del reloj grande, cuyo péndulo de oro va y viene en su caja de madera negra.

El baile estaba en todo su brillo.

Jamas fiesta tan espléndida habia animado el antiguo palacio de los Walder, y nadie, excepto la jóven desposada, y tal vez el esposo, pensaba en que era ya media noche.

Sin embargo, las violas y los oboés preludiaban un wals. Tres ó cuatro caballeros se adelantaron hácia Lisbeth.

—Ni á vos, dijo ella al primero; ni á vos tampoco.... á nadie; he prometido.

Y miró el reloj.

Nadie entró: los jóvenes se retiraron respetuosamente.

La primera de las doce campanadas se dejó oir en el timbre sonoro.

La mirada de Lisbeth brilló y la flor de la sonrisa se abrió en su boca. Pero no eran ni la mirada, ni la sonrisa de los vivos. Se hubiera dicho que sonreia á los ángeles y que miraba al cielo.

Adelantó una mano que ninguno de los convidados se atrevió á tomar, levantóse de la silla, é hizo dos pasos como para ensayar el compás.

La orquesta habia comenzado el wals, y los danzantes, en enlazadas parejas, giraban en armonioso torbellino.

En medio de ellas, la novia se lanzó sola. Con el brazo izquierdo suspendido y apoyado en la espalda de un caballero invisible, la cintura doblada ligeramente, la mano derecha delante, extendida y como abandonada á la blanda presion de una mano amiga.

Walsaba.

Los hombres la admiraban, las mujeres la envidiaban: nunca habia estado más bella qne entónces. Un compas perfecto conducia todos sus movimientos: una expresion celestial trasfiguraba su semblante; habíase tornado etérea y diáfana, como esas hijas del aire que caminan sobre los juncos de los lagos sin inclinarlos siquiera. En lugar de fatigarse, como las otras, en el rápido círculo, parecia encontrar en él nuevas fuerzas, y sentirse más ligera á cada vuelta que daba. Su talon tocaba de tiempo en tiempo el suelo, que no abandonaba la punta de su pié. Las otras se habian detenido para verla mejor.

Ella valsaba siempre.

Su vestido se levantaba en torno de ella y la seguia, flotando como blanco vapor dejando ver su menudo pié y sus hermosos tobillos; su cabeza volvíase á

medias sobre sus espaldas y sus ojos se adormecian en la vaguedad del éxtasis.

Nadie se atrevia á detenerla. El jóven esposo hizo una señal á la orquesta, y en lugar de volver á comenzar el tema del vals sin fin, fué amortiguando poco á poco su compás; los oboés no hicieron oír más que una nota lánguida y entrecortada pur los suspiros, y las violas se extinguieron en un dulce estremecimiento.

Lisbeth volvió á su asiento, y ántes de tomarlo hizo una gran reverencia.

Enrique se acercó á ella.

—¿Por qué, le dijo, por qué, amor mio, has bailado sola cuando tantos señores te invitaban?

—¿Sola, amigo mio.......? Yo he bailado con ese caballero del jubon negro, de la negra toca y de las plumas negras.

—¿En dónde está, que no lo veo?

—Allí, cerca de la pared; ahora nos mira.

—¡Es extraño, yo no lo veo, ni nadie lo ha visto; ¿cómo se llama?

—Se llama Ludwig, dijo Lisbeth ruborizándose.

—¿Ludwig?.... corazon mio, pero Ludwig ha muerto.

—¡Muerto! ¿y cuando.... en dónde?

Ayer á media noche los marineros han encontrado su cadáver entre las cañas, cerca de la isla de los Cazadores.

Lisbeth inclinó la frente, y mirando su cintura percibió que habia perdido su tercera flor. La inmortal, la flor de la constancia.

—¡Ah! murmuró con una sonrisa extraviada; Ludwig ha muerto y yo.... tambien estoy muerta.

Y cayó en los brazos de Enrique.

(Trad. por I. M. Altamirano.)

EL MEJOR SONETO INGLÉS.

De Leon á México.—Febrero 6 de 1884.

Sr. D. Francisco Pimentel.

Muy señor mio:

Me tomo la libertad de dedicar á vd. mis dos traducciones, francesa y castellana, del soneto de Blanco White, del cual dijo Coleridge que *el mejor soneto inglés es uno escrito por un español.*

Escribir bien es sin duda difícil; pero para traducir bien; es necesario vencer mayores dificultades sin duda.

Gran mérito es la originalidad, ¿pero por qué ha de ser menor el mérito de dar originalidad á lo ageno?

Si á un pintor se le dijera: Haga vd. una copia original de ese cuadro, comprenderia que se le pedia un absurdo. Un músico tambien hallaria un imposible ante una pretension semejante; pero lo que música y pintura no podrian hacer, lo consigue su hermana mayor la poesia.

La pintura, ante un cuadro, no podria hacer más que una copia.

La música en frente de un tema, no haria más que un plagio.

Y no se me objeten las *variaciones*, porque ellas no son otra cosa que un plagio que está fuera del código penal de las bellas artes. Salvo cuando hay tanta conexion entre lo *variado* y las variantes, como entre Wagner y Rossini.

Es decir, que un músico que *varía* hace lo que los versistas llaman: una glosa; la cual consiste, ó en ir repitiendo el ageno pensamiento con distintas palabras, ó en vertir nuevos conceptos, entre los cuales y el tema no hay más union que las plecas que caritativamente va colocando el cajista.

Pero un buen traductor, ni copia ni plagia. Se apodera de un pensamiento extranjero: lo hace suyo por derecho de conquista: hace para él nuevas formas, y si no crea, le dá una vida que no tenia.

Hacer mexicano á Persio ó á Teócrito; legar á la posteridad entre la poesía mexicana la Iliada y la Divina Comedia; hacer vivir entre nosotros á Tíbulo ó á Byron, pero con una vida igual á la que ántes y en otra parte tenian, sin que pierdan nada de su inspiracion, de su grandeza, de su dulzura, si no es crear las obras, es crear á los autores.

Por esto he querido acompañar la traduccion de Boud, que al trasportar á

Blanco White al idioma universal—sobre todo en estos momentos en que Ciceron y Virgilio tienen tantos motivos para quejarse—se ha hecho merecedor de un diploma de honor que deberian extenderle los verdaderos literatos.

Usted tiene razon para darse por aludido; pero hay veces que en casa del ahorcado sí debe mentarse la soga.

A la verdad, es de lamentar que el Sr. Boud haya suprimido el

"Whilst fly and leaf and insect strood (revealed."

ó más bien que le haya cambiado de lugar; pero, ¿quién no admiraria su magnífico

"Lux ipsa est quæ patuisse vetat,"

y las otras grandes bellezas que se notan en su obra?

En cuanto á mí, no me canso de admirar el *Mystica Nox*, que hace de noche un emblema, el cual es precisamente el que el poeta va á descifrar, correspondiendo ese epíteto al *Mysterious Night* siendo ese misterio el que el poeta va á descubrir, quedando ese misterio *como una cortina de trasparente* rocío:

"Neat as courtain of traslucent dew."

Usted que conoce perfectamente los tres idiomas, podrá decirme si me equivoco en mi juicio.

Aquí me asalta un escrúpulo: ¿No haré mal en poner mis traducciones al lado de las suyas....? Pero, no. ¿Por qué? Siempre es bueno ir en buena compañía.

RAMON VALLE.

NIGHT.

Mysterious Night! When our first parent knew
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?
Yet, neath a curtain of trauslucent dew
Bathed in the rays of the great setting flame,
Hesperus, with the host of heaven, came,
And lo! creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concrealed
Within thy beams, O Sun, or who could find,
Whilst fly and leaf and insect stood revealed,
That to such countless orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?

JOSÉ BLANCO WHITE.

TRADUCCION LATINA.

Mystica nox, cum te primum rous pexit Adamus
Tendere nigrantem per loca cuncta togam;
Quaeque prius folia et minimarum corpora rerum
Cernere erat, miris coeca latere modis;
Nonne animun dubii temtavit frigidus horror
Ne caderet fracti machina magna poli,
Cerulea ne ruerent proni laquearia coeli
Neve dies vitae primas suprema foret?
Attamen, haec inter, sub ròscida nubila fulgens
Hesperus exurgit, sidereuque chorus;
Visibus attanitis en alter nascitur orbis;
En novus aetheriis arcibus extat honos!
Mile unus soles velabat, quodque repugnat
Credere, lux ipsa est quae patuisse vetat.
Cur, igitur, tanto fugimus molimine mortem?
Lux potuit; cur non fallere vita potest?

SAMUEL BOND.

TRADUCCION FRANCESA.

NUIT.

Quand la premiere nuit le monde enveloppait
Et s'endormait derrière la montagne voisine,
Adan la blonde tête penchait sur la poitrine
Croyant, dans sa douleur, que l'Univers mourait;
Mais il lève les yeux et Vénus s'allumait
Déjà, suivie de prés de son armée divine,
L'Univers s'agrandit, et alors on y dévine
Qu'ont, jusqu'a l'infini, ses bornes reculé.
Soleil mysterieux! ta lueur mensongère
Cachant d'autres soleils nous cache l'infini.
Voilà! N'est toutefois qu'une ombre ta lumière!
Pourquoi donc du cercueil la vue d' horreur saisit?
Que d'ombres cachera nôtre vie passagère!
Ainsi que le Soleil, mortel, trompe la vie.

RAYMOND VALLE.

TRADUCCION CASTELLANA.

—

LUZ Y VIDA.

Al ver llegar la noche á su morada
El padre Adan se inclina tristemente
Creyendo que robaba el Occidente
Toda luz á la atmósfera enlutada.
Ciega juzga á la noche. muerta, nada;
Pero al alzar los ojos de repente
El ejército de astros reluciente
—Nuevo Universo— brota á su mirada,
La luz del Sol mil soles encubria,
Como la luz la vida es sombra extraña
Y á la inmortal ofusca la de un dia,
Vida ó luz por do quiera te acompaña.
Mortal! no temas a la tumba fria,
Como engañó la luz, la vida engaña.

RAMON VALLE.

DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

Este insigne escritor, gloria de la literatura nacional, nació en la ciudad de Puebla de los Angeles el dia 10 de Julio de 1821. Fueron sus padres D. Alejandro Arango, sargento mayor del Regimiento de Extremadura y nacido en el pueblo de Cudillero (principado de Asturias), y Dª Guadalupe Escandon, natural de Orizaba. En 1831 fué enviado á España, y en el Real Colegio de Humanidades de Madrid, situado en la calle de la Madera Baja, estudió gramática latina y filosofía; habiendo tenido el honor de que en uno de sus exámenes fuese sinodal suyo el insigne poeta D. Juan Nicasio Gallego.—En esta misma época, las relaciones y buena amistad que le unieron con su condiscípulo D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, nieto del célebre D. Martin Fernandez de Navarrete, y que tanto se distinguió despues por sus trabajos históricos y críticos, permitieron al Sr. Arango conocer personalmente à varios de los literatos y poetas más notables de aquel tiempo, como Lista, Quintana, Breton de los Herreros y otros.

En 1836 se trasladó á Paris para continuar allí sus estudios; pero en Setiembre del año siguiente regresó á México, entrando desde luego al Seminario Conciliar de esta capital. En él cursó las cátedras de ambos derechos, civil-romano y canónico.—La *Academia de Letran*, asociacion literaria de que formaban parte muchos de los que despues han llegado á ser rico ornamento de la literatura mexicana, llamó con gusto á su seno al Sr. Arango; y allí se distinguió siempre por su instruccion, delicado gusto y entusiasmo por las letras. Hizo sus estudios de derecho público con el céle-

bre jurisconsulto D. Manuel de la Peña y Peña, y su práctica de foro con el Dr. D. José Bernardo Couto, uno de los sábios más eminentes que ha tenido nuestra patria. He oido referir que el Sr. Peña y Peña encargó en cierta ocasion á cada uno de sus discípulos que hiciese una disertacion sobre diversos puntos tratados en cátedra, á fin de que reunidas todas fuesen un *Curso* completo *de Derecho Público Mexicano*. Cumplieron todos, y el Sr. Arango tuvo la honra de que su maestro le comisionara para enlazar y corregir los trabajos, siendo preferido á sus compañeros, que los tenia muy distinguidos. Tambien por este tiempo dióle el Sr. Couto señalado testimonio del aprecio en que ya tenia su instruccion y gusto literario, pasando á su exámen una traduccion del *Dies Iræ* del poeta mexicano Sanchez de Tagle; la cual no podia revisar el Sr. Couto por sus muchas ocupaciones. Tan feliz y acertado estuvo el Sr. D. Alejandro en la correcciones que hizo, que merecieron todas la aprobacion de su sabio maestro, y el mismo Sanchez de Tagle las aplaudió, juzgándolas obra del Sr. Couto.

Esto no es de extrañar en quien habia recibido una educacion rigurosamente clásica, bajo la direccion de entendidos y severos maestros, ni en quien á los doce años sabia de memoria todas las obras poéticas de Fray Luis de Leon, de Garcilaso, de Argensola y otros ingenios españoles del siglo XVI.

II.

Prévios los exámenes de ley, sustentados con extraordinario lucimiento, el Sr. Arango y Escandon recibió el título de abogado en Agosto de 1844.—Desde entónces comenzó á desempeñar diversos cargos públicos de importancia, así en el órden político y administrativo, como en el judicial, á saber: dos veces fué nombrado síndico primero del Ayuntamiento de esta capital y otras tantas presidente de la misma corporacion; tuvo á su cargo la cátedra de Humanidades de la Universidad; formó parte del supremo tribunal de Justicia, y fué secretario de la Asamblea de Notables reunida en México para decidir la forma de gobierno que deberia adoptar la nacion.—En el último período del imperio de Maximiliano, que fué el más difícil y peligroso para cuantos de buena fé rodeaban al monarca, el Sr. Arango era miembro del consejo de Estado, y con este carácter se distinguió por sus rasgos de energía y de valor. Sabido es que cuando los Estados-Unidos del Norte obligaron á Napoleon III á retirar de México sus ejércitos, quisoéste que Maximiliano abdicara, á fin de cubrir así la verdadèra causa del embarque de sus tropas: Bazaine y Castelnau trabajaron aquí para que se cumpliera la voluntad del emperador de los franceses. El proyecto de abdicacion, á haberse realizado, habria deshonrado al imperio y á Maximiliano mismo: por eso su ministerio y su consejo de Estado se opusieron á él.—El Sr. Arango al dar su voto contra la abdicacion, pronunció un breve discurso, cuyos conceptos hicieron y hacen digna su memoria, del sincero aprecio de todos los hombres honrados, porque demuestra sus caballerosos y nobles sentimientos, y la firmeza de su espíritu. En la junta que discutia el proyecto, y de la cual formaba parte el mismo mariscal Bazaine, el Sr. Arango dijo:

"Me gustan, señores, las reminiscencias históricas.

"En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el reino de Nápoles, en posesion del cual estaba el rey católico, á quien no era en verdad fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares en Francia. La cuestion interesaba vivamente, como saben todos, á esta nacion; y su rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el duque de Guisa, noble, entendido, valiente capitan, y además de esto, señor mariscal, (1) muy católico. Pero el duque de Alba, que valia tanto al ménos como el general Sherman, mandaba los tercios españoles, que valian algo más que los

1 Bazaine. Ya se dijo que estaba presente.

filibusteros que han ocupado á Maatmoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice: el duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales á las puertas de Roma.

"Sabeis, señores, cómo se formaban entónces los ejércitos: al rededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas se reunia tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrasadas, y que no se proponian más que enriquecerse con el botin y los despojos de los pueblos que ténian la desgracia de recibirlos. Gente sin Dios y sin ley, rara vez respetaba á sus jefes. Roma ya los conocia, y el terror se apoderó de sus moradores. Paulo IV, sin embargo, descansaba tranquilo, esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares, y sobre todo de los tratados. ¡Pobre Papa!

"Las cosas, entre tanto, se habian complicado en el Norte de Francia, y Enrique II ordenó al duque de Guisa que, abandonando al Pontífice, viniese presto en su propio auxilio. El duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la órden; y la historia no le culpa por esto, señor mariscal, pues que no le tocaba más que obedecer; aunque agrega que no pesaba al duque de poner término á una campaña como aquella, muy escasa de laureles para él.

"En aquellos terribles momentos, Paulo IV, tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al general francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del monarca ofendido de México, en nombre de esta nacion que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E.: "Idos: nada importa. Habeis hecho muy "poco por vuestro soberano; ménos aún "por la Iglesia; nada, absolutamente "nada por vuestra honra."

"Señor mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y estamos ciertos de que conservamos ileso el honor; los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida, dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar, que no es á nosotros á quienes ni ahora ni en el porvenir podrán aplicarse esas palabras."

III

Cayó al fin el imperio del infortunado Maximiliano, y entonces el Sr. Arango, despues de sufrir una prision de tres meses, y la pérdida de no pequeña parte de sus bienes, salió desterrado para el extranjero, en donde vivió un año. Desde su vuelta á la patria en 1868, vivió completamente alejado de los negocios públicos; y debo decir aquí en cumplido elogio de tan ilustre mexicano, que en todos los importantes puestos que ocupó, jamás cobró sueldo alguno: cosa rara hoy dia, y que le honra sobre manera.

El Sr. Arango salió de su carrera pública con la conciencia limpia, admirado de sus compañeros en política, considerado y respetado profundamente por sus adversarios. Nadie tuvo jamás para él una palabra de censura, porque todos reconocian la buena fé y la rectitud de sus convicciones, y el noble patriotismo que le guiaba en todos sus actos.

Escribió muy poco, y por un sentimiento de timidez y de modestia, natural en todos los hombres de verdadero valer y que más realza su mérito, dejó de publicar muchos trabajos importantes sobre diversos puntos de historia, crítica y literatura que permanecen inéditos. Su instruccion era vastísima, su gusto fino y delicado, y conocia como pocos las literaturas clásicas de todos los pueblos; la biblioteca que dejó es una de las más ricas y escogidas del país. Tuvo siempre particular empeño en que se cultiven en México los estudios orientales, y tal vez puede decirse que él fué el único que puso los medios para introducirlos; porque en 1867 publicó á su costa una *Gramática hebrea*, y ayudó á que saliese á luz otra del idioma griego, contribuyendo liberalmente para los gastos de impresion. Puso tambien prólogo á un *Oficio parvo* de la Vírgen María publicado en 1870 por D.

José Mariano Lara, en ocho idiomas: hebreo, griego, latin, italiano, inglés, francés, aleman y español. Tradujo en verso castellano *El Cid*, de Corneille, y *La Conjuracion de los Pazzi*, de Alfieri; mas no ha dado á la estampa sino fragmentos de una y otra version.

En el periódico católico *La Cruz* publicó por primera vez su importantísimo trabajo sobre Fray Luis de Leon, que en 1876 salió de nuevo en un volúmen, corregido y notablemente aumentado. —No es este lugar oportuno, ni cabria tampoco en los cortos límites de que puedo disponer, estampar el juicio que la obra del Sr. Arango mereció de personas competentes; básteme decir que las Reales Academias de la Historia y de la Lengua, haciendo justicia á *la erudicion y diligencia que en su estimable trabajo acredita el autor*, 1 abrieron á éste sus puertas, la una con fecha 28 de Noviembre de 1857 y la otra el 1° de Julio de 1870.—En efecto, brillan en las páginas del libro, segun decia el Sr. Marqués de Morante, "tanto el estudio profundo que el Sr. Arango hizo de las obras y de la época del insigne Fray Luis de Leon, y la imparcialidad y sana crítica, cuanto el estilo correcto y la modestia con que asienta sus opiniones." Propúsose el Sr. D. Alejandro en su obra, despues de examinar detenida y concienzudamente el proceso del autor de *La vida del Campo*, probar "que ni el maestro Leon careció de culpa, ni se guardó por sus jueces la debida proporcion entre esa culpa y la pena que por ella le hicieron sufrir;" y creo que lo consiguió, pues la abundancia y peso de sus razones hacen que el lector aprecie del mismo modo que él aquellos memorables acontecimientos. Antes que el Sr. Arango, ninguno habia juzgado así á Fray Luis de Leon; y es de notar que en esto tuvo la aprobacion de personas respetables por su carácter y severidad de doctrina. Bajo el punto de vista meramente literario, el *Ensayo histórico sobre Fray Luis de Leon*, es modelo de lenguaje: su pureza, elegancia é intachable correccion lo hacen digno del mayor elogio.

El Sr. Arango dió tambien á luz un tomo de *Versos*, magníficos todos, y ricos por los nobles sentimientos de piedad y de fé que los inspiraron. Algun escritor español ha dicho que parecen escritos en el siglo de oro de la poesía castellana, y es la verdad.—Sus odas tienen todo el sabor de las de Fray Luis, la misma entonacion, igual limpieza y sobriedad; sus traducciones del italiano *El Caballo de Extremadura y La Venganza (*dos leyendas de Luis Carrer) conservan la gracia y la frescura del original, y de esto están revestidas tambien sus lindas poesías eróticas, como *El Paje* y *Rosaura*. En cuanto á sus sonetos de sátira política, son notables por la amarga censura y la aguda intencion que se esconde bajo una forma castiza y elegante.

IV.

La justicia de la historia debió á nuestro autor un importante servicio.

Posee la ciudad de México en uno de sus más hermosos paseos, merced á la generosa munificência del capitalista mexicano Sr. D. Antonio Escandon, un grandioso monumento dedicado á Cristóbal Colon. Compónese de dos cuerpos principales: el superior es un pedestal en que descansa la estatua del inmortal Descubridor del Nuevo Mundo, y el inferior, un gran basamento cuadrado, en cuyos ángulos aparecen cuatro figuras decorativas que representan á los religiosos Fray Juan Perez de Marchena, el inolvidable guardian del Convento de la Rábida, el amigo de Colon, único que le consoló y alivió en sus adversidades; Fray Diego de Deza, varon docto que defendió los proyectos del genovés en el célebre consejo de Salamanca, comisionado por el rey para examinarlos; Fray Bartolomé de las Casas, y Fray Toribio de Benavente (*Motolinia*), protectores y amigos de los indios, que pueden y deben considerarse como los más celosos y ardientes apóstoles de la civi-

1 Son palabras del Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, secretario que fué de la Academia Española, en oficio que por acuerdo de la misma dirigió el 6 de Febrero de 1857 el Excmo. Sr. Marqués de Morante, que presentó la obra.

lizacion cristiana en el mundo americano. (1) La eleccion de estas cuatro figuras que dignamente acompañan á la de Colon en ese soberbio monumento levantado á su gloria; eleccion acertadísima, como pueden comprenderlo todos los que estén versados en la historia de estas tierras, correspondió al Sr. Arango, sobrino del Sr. Escandon, por quien fué consultado; y ella prueba su grande amor á la justicia y á las glorias de España, y su gratitud á los santos misioneros que sembraron aquí la semilla del catolicismo.

El Sr. Arango perteneció á todas las sociedades literarias más importantes de México, y obtuvo de corporaciones extranjeras distinciones tan honrosas como merecidas.—Ya dije ántes que era Académico correspondiente de las de la Lengua y de la Historia, y director de la Mexicana. Perteneció tambien á los Arcades de Roma, entre los cuales era conocido con el nombre de *Sceta Neocosmeo.* Fué miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y del Liceo Hidalgo de esta capital; fué oficial de la Imperial Orden de Guadalupe, establecida por Maximiliano, y Su Santidad el Sr. Pio IX le nombró Caballero de segunda clase de la Orden de San Gregorio Magno, con fecha 5 de Setiembre de 1865; y más tarde Comendador de su propia Orden.

El Sr. Arango era de carácter afable y bondadoso, protegia y estimulaba á la juventud, la alentaba con sus consejos, y su corazon estaba siempre abierto para oir las quejas del desgraciado, y consolarle y remediarle. Vivia pacíficamente entregado al estudio, sirviéndole de compañía su estimable esposa Dª Leocadia Molinos del Campo, señora de grandes virtudes y viva piedad, que casó con él en 1851.

La muerte le sorprendió el 28 de Febrero de 1883, cuando preparaba una tercera edicion de su *Fray Luis de Leon*, enriquecida con piezas y documentos de sumo interés que habia puesto en sus manos la Real Academia Española.

Fué sentido con sobrada justicia por cuantos conocian los grandes méritos y virtudes que le adornaban, y que hacian y hacen de él uno de los hijos mas esclarecidos de México.

VICTORIANO AGÜEROS.

(1) El P. Motolinia fué el fundador de la ciudad de Puebla de los Angeles, patria del Sr. Arango.—El proyecto primitivo del Sr. Escandon indicaba que las estatuas decorativas del monumento representasen cuatro de los principales rios de América, pero el Sr. Arango lo reformó en el sentido que queda dicho.

SAN FELIPE DE JESUS.

La religion su espíritu domina,
Lleno de ardor se apresta á la batalla,
Va de Macau á la desierta playa
A predicar de Cristo la doctrina.
Hácia el Japon sus pasos encamina,
En su laudable empresa no desmaya,
Porque la santa fé que lo avasalla,
Al martirio sublime lo destina.
Dejó del claustro la tranquila calma
Para morir en apartado suelo
Ganando de los mártires la palma.
Lo mató la impiedad, tal fué su anhelo;
Mas tranquilo espiró, porque su alma
Pura volaba á la region del cielo.

JACOBO C. DÁVALOS.

¡ADIOS!

A LA MEMORIA DE MIS PEQUEÑOS HIJOS, MANUEL Y PORFIRIO DE LEON.

¡Manuel! ¡Porfirio! Encanto de mi vida,
Hijos del alma, mi única ilusion,
¿Por qué dejais nuestra mansion querida?
¿Por qué me destrozais el corazon?
¿Por qué partís tan breve, y desconsuelo
Me ofreceis en retorno á mi cariño?
¿Por qué tan pronto os elevais al cielo
Y me dejais, mis inocentes niños?
¿Es que, tal vez, de mi ternura inmensa,
Vuestro almo corazon no satisfecho,
De Dios buscó la claridad intensa,
Porque no la encontrabais en mi pecho?
¡Oh, mis hijos del alma idolatrados!
Dichosos para siempre sois, sin cuento:
Ante el SÓLIO SUPREMO porstenados,
Pedid á Dios que calme mi tormento,
Pedidle, sin cesar, por vuestro padre
A quien dejais doliente en este mundo;
Y el consuelo obtened á vuestra madre
Que llora y gime en su dolor profundo.
Y por el nombre Augusto de MARÍA,
Bello Manuel, tiernísimo Porfirio,
Rogadle envie la paz al alma mia,
Y que tenga piedad de mi martirio.
¡Adios, hijos, adios! haced memoria
De nuestras penas y mortal quebranto:
Gozad, dichosos, en eterna gloria,
Y alabad al SEÑOR tres veces SANTO.

Calpulalpam, Febrero 21 de 1884.

MANUEL DE LEON.

AL CIUTEPETL.

AL SR. D. RAFAEL AGUILAR Y MARROQUI.

¡Guardian del valle que de azul y gualda
En alto solio, tu cabeza erguida
Airoso elevas cana y mal ceñida,
De roble y pino en húmeda guirnalda!
Libre y feliz á tu amorosa falda
Logré atenuar las penas de mi vida.
¿Y hoy?.... Sólo mi cabaña derruida
Cobijas con tu manto de esmeralda.
En tu gemir de agreste melodía,
En tu hálito aromoso, en tu severo
Mirar, ya no halla encanto y poesía.
¡Oh, monte, monte, de quietud minero!
En tu ardua selva y rumorosa y fria
Acógeme aunque pobre y forastero.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

EN LAS MONTAÑAS.

(FRAGMENTOS.)

I.

El sol se ocultaba ya: las nieblas ascendian del profundo seno de los valles: deteníanse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco, despues avanzaban con rapidez hácia las cumbres; se despedian majestuosas de las agudas copas de los abetos é iban por último á envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habian desafiado allí durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecian incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecian despues de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del dia anunciaban por donde quiera la proximidad del silencio. A lo léjos, en los valles, en las faldas de las colinas, á las orillas de los arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas; las aves habian entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendia la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba á agitarse entre las hojas.

II.

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriria nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaria á los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oido renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesus, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros dias de la vida.?

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este dia solemne, en medio del silencio de aquellos bosques majestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista absorbiendo mis sentidos embargados poco há por la admiracion que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude ménos que interrumpir mi dolorosa meditacion, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y ternísimas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas y me trasportaron á otros tiempos, á otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habian hecho siempre grata para mi corazon esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban á porfía con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegría de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belen*, curiosamente levantado en el altar mayor: parecíame oir los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruido, convocando á los fieles á la *misa de gallo*, y aun escuchaba con el corazon palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos á mis hermanos y á mí á arreglarnos pronto para dirigirnos á la iglesia, á fin de llegar á tiempo; y aún sentia la mano de mi buena y santa madre tomar la mia para conducirme al oficio. Despues me parecia llegar, penetrar por entre el gentío que se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pié del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha, el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y

la iluminacion espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubria el barandal del presbiterio y que ocultaba el pié de los blandones. Veía despues aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido dè los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, á la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban á ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traia con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oidos los alegrísimos sones populares con que los tañedores de arpas, de bandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. *El Gloria in excelsis*, ese cántico que la religion cristiana poéticamente supone entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecia trasportarme con una ilusion encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emocion, de mis hermanitos que reian, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecia iluminado por la piedad religiosa.

III

Y despues de un momento en que consagraba mi alma al culto absoluto de mis recuerdcs de niño, por una transicion lenta y penosa, me trasladaba á México, al lugar depositario de mis impresiones de jóven.

Aquel era un cuadro diverso. Ya no era la familia; estaba entre extraños, pero extraños que eran mis amigos; la bella jóven por quien sentí la primera vez palpitar mi corazon enamorado, la familia dulce y buena que procuró con su cariño atenuar la ausencia de la mia.

Eran las *Posadas* con sus inocentes placeres y con su devocion mundana y bulliciosa; era la cena de Navidad con sus manjares tradicionales y con sus sabrosas golosinas; era México, en fin, con su gente cantadora y entusiasmada, que hormiguea esa noche en las calles *corriendo gallo*; con su plaza de Armas llena de puestos de dulces; con sus portales resplandecientes; con sus dulcerías francesas, que muestran en sus aparadores iluminados con gas, un mundo de jugnetes y de confituras preciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz y de armonía. Era una fiesta que aun me causa vértigo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

———

MOROS EN LA COSTA.

PEQUEÑO POEMA.

Canto primero.

—¡Ay qué sueño!
—¡Ay qué sueño, estoy dormido.
Así hablaban Antonio y Magdalena
Despues de haber comido;
Mas no, que era de noche y era cena,
Pues segun los caprichos del idioma
—Y ante ellos muchas veces yo me abismo—
No es lo mismo, lectores, no es lo mismo,
Y el que cena no come aunque sí coma.
—Yo no voy á dormir.
—Lo que es ahora
Yo voy á hacerlo como dos lirones.

—Tu cuarto da á la calle.
—Sí señora.
—Y yo tengo á la plaza mis balcones.
—¿Y qué?
—Que en esa plaza malhadada
Los máscaras no dejan su fatiga.
—Si estás dormida, ya no le hace nada.
—Mas lo difícil es que lo consiga.
—¿No pensará esa gente tarambana
Que hay otra gente que dormir desea?
—¡Máldito carnaval!
—Maldito sea.
—Pues adios.
—Pues adios.
—Hasta mañana.
Y así diciendo al acabar la cena
Separóse el dichoso matrimonio.
Al cuarto de la calle se fué Antonio
Y al cuarto de la plaza Magdalena.

Canto segundo.

Brillante está el salon, y tan brillante
Que al mirarlo cualquiera pensaria
Que sin seguir al sol que va delante
Se ha rezagado en el salon el dia.
Por la puerta que se halla junto al foro,
Como en triunfo una mora penetraba
En su vestido prodigado el oro,
Y por la puerta que en el frente estaba
Al mismo tiempo penetraba un moro.
Danza en esos momentos se bailaba,
Febril bullendo la estruendosa fiesta;
Las parejas girando,
Los pechos de cansancio suspirando,
Y la orquesta tocando á toda orquesta.
Llevando un tirso de color de fuego
Y abriendo paso el bastonero avanza,
Y á su señal la danza cesa luego;
Pero sigue la danza.
¡Y vaya que siguió! Turbion humano
Que á sí mismo se arrastra en su camino,
Locura procelosa,
Pero eso sí, brillante y armoniosa;
Pues lo que no era música era vino,
De sol y tempestad era un enlace
—Y es la mejor comparacion que encuentro—
Y si cesa la música no le hace,
Pues siempre va la música por dentro.
Y estando cerca el dia
Que ya las puertas del Oriente dora,
En el maelstrom de un wals que concluia
Llevaba el moro á la elegante mora
O tal vez ella al moro llevaria,

Lo que es yo no adivino
Y al verlos nadie adivinar podria
Cuál era de los dos, el torbellino.
Cansada del contínuo movimiento
—Pues que la tal cuestion no está resuelta—
Y al último compás, tras rauda vuelta
Se dejó ella caer sobre su asiento.
Luego estuvo pendiente
Mirando cómo el moro se alejaba,
Y al ver que ya la puerta lo tapaba,
Volando se salió por la de enfrente.

Conclusion.

Con grande suavidad, con mucho tiento
La cochera se abria
Que hácia la plaza consabida estaba,
Y en el mismo momento
Y con más precaucion, si se podia,
Tambien la puerta que á la calle daba.
El moro penetró por la cochera,
Por la puerta la mora,
Y por las dos los rayos de la aurora;
Y sin duda por obra del demonio
Se encontraron al pié de la escalera.
—Tú!
—Tú!—Y un grito:
—Magdalena!
—Antonio!
Y el lector adivine lo que quiera.

RAMON VALLE.

DON MANUEL JOSE OTHON.

(Prólogo á la Coleccion de sus *Poesías*, publicadas en 1880.)

I.

Hace todavía pocos años, cuando la ausencia del hogar propio, las tristezas de una vida solitaria y aislada, y los afanes laboriosos de las aulas nos traian abatidos é inquietos,—varios estudiantes de medicina y de derecho, conocedores de nuestra situacion, nos reunimos en fraternal amistad para vivir y trabajar bajo un mismo techo, y formar, en cierto modo, una sola familia que fuese como la sombra ó el remedo de la que cada uno habia dejado en su pueblo. Limitamos para esto nuestra libertad en aras del bien comun; ajustamos nuestras costumbres á determinadas reglas y método, con el fin de alcanzar ciertas comodidades que no podriamos haber tenido viviendo separados; é hicimos, por último, comunes nuestras alegrías y nuestras penurias de estudiantes. Nuestra existencia, así, fué ménos triste, ménos amargas las horas de soledad y de fastidio, y más llevaderas las penas y zozobras que nunca faltan á los que viven fuera del seno de su familia.—Un rato de franca y amistosa conversacion nos distraia agradablemente despues de estar largo tiempo sobre los libros; pues con frecuencia sucede que el espíritu, cansado y fatigado de tareas superiores, se deleita en aquellas sencillas frivolidades, en aquellas íntimas y sabrosas expansiones que son el encanto de una conversacion entre jóvenes. Hablábamos de todo; nos comunicábamos nuestros proyectos y esperanzas para el porvenir; se referian anécdotas, episodios, chascarrillos; se comentaban los sucesos del dia, y ha-

ciamos, en suma, cuanto podia apartarnos de los tristes recuerdos del pasado y del solitario aislamiento del presente.

Muchos de aquellos amigos mios eran nativos de San Luis Potosí, y en sus conversaciones hablaban siempre, como era natural, de su país y de sus amigos de allá, de sus usos y costumbres, de los paseos, comodidades y regalos que habian dejado, para venir á buscar aquí los veneros de la ciencia, y á conquistar un título que fuera honor suyo y de sus familias.—Yo escuchaba con interés estas conversaciones, y me agradaba provocarlas; porque es natural que cause novedad lo que uno no conoce; y tanto se repitió esto, tan vivas y minuciosas eran las descripciones que yo oia de lugares, hechos y personas de San Luis, que al poco tiempo me habia formado idea de todo, y casi nada me era desconocido. Y entónces nació en mí cierto cariño á aquel Estado, señaladamente á su capital, cuyos habitantes me parecieron amables, ilustrados y laboriosos. Más tarde he tenido repetidas oportunidades de ver que no me engañaba.

En mis conversaciones con los estudiantes potosinos, supe que habia en San Luis un grupo de jóvenes amigos de las letras, y que entre ellos figuraba notablemente por su ardiente aficion y entusiasmo, D. Manuel José Othon, cursante de leyes en el Instituto Literario. Me dijeron que su gusto por la literatura, su carácter expansivo y abierto, su amor á los libros y á los escritores, de tal manera le dominaban, que sin abandonar por ellos los estudios jurídicos, vivia siempre leyendo, escribiendo, haciendo versos, y conversando sobre asuntos de crítica ó de historia; que estaba al tanto del movimiento literario de la capital y de los progresos que en este ramo se alcanzaban; que no le eran desconocidas las obras más notables y más modernas de los grandes literatos, así nacionales como extranjeros, y que su placer favorito, en fin, su única ambicion, era vagar con libertad por el ameno y florido huerto de la poesía. El sostenia, ademas, en compañía de jóvenes inteligentes como Colunga y Dávalos (J.), el fuego sagrado de las letras en San Luis, ora fundando y redactando periódicos, ora leyendo poesías en fiestas ó reuniones.—Estas noticias hicieron que el Sr. Othon apareciera á mis ojos como una risueña esperanza para nuestra literatura, y que viera yo en él á un escritor y á un poeta que con el tiempo podria distinguirse en México. ¿Y no es interesante, por otra parte, un jóven modesto, inteligente y estudioso, que apartado del centro de la ilustracion de un pueblo, sin los elementos que aquí tenemos, acaso sin estímulos, y condenado á ver solo de léjos el teatro en que por su talento podia figurar; no es interesante y digno de estimacion un jóven que así cultiva, lleno de fe y de entusiasmo, la literatura y la poesía, leyendo para ilustrarse y formar su gusto, y escribiendo diversas composiciones? —Sí que lo es, y mucho; y no de otra manera comenzaron su carrera de triunfos algunos de los que hoy son gloria y ornamento de la literatura española.

¡Los poetas de provincia! Selgas, Alarcon, López de Ayala, Cánovas del Castillo, y cien más, lo fueron; y ántes de que sus nombres resonaran en la capital de la Península, ya ellos habian hecho oir en sus pueblos tiernos y sentidos acentos, los primeros que salieron de sus liras de poeta. Jóvenes nacidos en la oscuridad de una aldea ó de una ciudad antigua ya olvidada; criados en los campos, en las régias pompas de la naturaleza; alimentando allí su mente y su corazon de ilusiones y de esperanzas generosas; dotados de una alma ardiente y soñadora, de una imaginacion viva, de un ingenio lozano y vigoroso,—devoran los libros que llegan á sus manos, leen idilios y poemas, dramas y novelas, y comienzan á comprender que hay otro mundo más allá del límite de sus montañas y de sus valles, donde todo es bello y halagador, y el alma puede satisfacer la sed misteriosa que le aqueja, los desconocidos anhelos que le arrebatan su plácida quietud. Sienten en el fondo de su corazon algo vago é indefinible que quiere salir de ellos, y arrebatados de entusiasmo, impulsados

por un secreto poder, se desahogan en la soledad y el silencio de los campos paternales, escribiendo tiradas de versos, malos é incorrectos si se quiere, pero espontáneos todos, animados y sentidos. Quieren luego público, aplausos, un teatro más vasto y despejado donde ejercitar sus dotes y adquirir honrosamente los lauleres de la gloria; saben que allí encontrarán estímulos, que su inteligencia podrá nutrirse de sólida enseñanza, su gusto formarse y afinarse, su ingenio y su pluma enriquecerse de fuerzas y brio frecuentando libremente los grandes maestros de la inspiracion y del lenguaje; piensan, en fin, que allí hay hombres inteligentes y desprendidos que conceden apoyo al talento y recompensa al trabajo, y que pueden juzgar y conceder hermoso lauro á quien de él sea digno. Mas, ¡cuán pocos de estos soñadores consiguen volar desde su nido á ese mundo de risueñas ilusiones! ¡Cuántos quedan olvidados, oscurecidos, sin ánimo ni aliento para seguir esperando! No todos encuentran, como Selgas, un conde de San Luis que los saque de su pueblo para ir á figurar al lado de las grandes notabilidades literarias de la época, ni todos se atreven á dejar la casa de sus padres, como Alarcon dejó á Guadix, para trasladarse á Madrid en busca de gloria y de fortuna en las letras; solo, desamparado, desconocido, en medio de las luchas del periodismo, llevando una vida errante y azarosa, teniendo amarguras y soledades como aquellas que sentida y magistralmente describió en su artículo *La noche-buena del poeta*......

Ahora bien; el Sr. Othon no ha abandonado el patrio suelo, la ciudad de San Luis; y sin soñar acaso, porque es mucha su modestia, con los triunfos literarios que se alcanzan en las grandes capitales, ha podido leer y escribir sosegadamente, y creo, por lo mismo, que no necesita más para conquistarse un buen lugar y una buena reputacion en la literatura mexicana. Allá en San Luis ha conocido las reglas y los preceptos, ha leido los mejores autores, ha educado su gusto, y siguiendo sus inspiraciones propias, ha escrito esta coleccion de versos, que sin duda puede y debe considerarse como magnífica promesa de lo que es capaz de escribir más tarde. Tiene entusiasmo, es humilde y modesto, revela ser estudioso y dedicado; y esto basta para que alcance positivos y sólidos progresos en la composicion literaria.

III.

Viniendo ya al exámen de las *Poesías* contenidas en este tomo, diré desde luego que me parecen buenas, y dignas muchas de ellas de un talento inspirado y de una imaginacion sana y ardorosa.—La coleccion, en general, respira sentimiento y melancolía, natural ésta última en quien ha perdido á su madre y dedica la primera página de su libro á su triste y tierno recuerdo; no hay allí nada que parezca fingido ó falso, exajerado ni exótico: ántes se ve que todo ha nacido espontáneamente del corazon en sus horas de pesadumbre ó de desmayo. La elegía *A mi madre*, expresa con la sencilla elocuencia del dolor la honda pena del hijo que queda sólo en el mundo, sin el amante pecho que era su abrigo y su consuelo. Bien hizo el Sr. Othon en dedicar á estos nobles sentimientos de su alma los más suaves y delicados acentos de su lira, los cuales no solo le honran, sino que le conquistan la simpatía de quienes saben sentir.

El amor es tambien objeto de algunos cantos en el presente libro, pero no el amor frívolo ni enfadoso que algunos poetas suelen convertir en eterno tema de sus versos. El Sr. Othon registra pocas composiciones eróticas en éstas páginas, y son todas sencillas, delicadas, sentidas; verdaderas violetas del jardin que sueña su alma, así por su modestia como por el exquisito perfume de que están llenas. El amor tímido y callado, inspirado más por las virtudes y el candor, que por la hermosura de la mujer; los anhelos de un corazon apasionado y afectuoso que sueña con las venturas del hogar; las vagas inquietudes del que espera, la fe del que ama, los ensueños, los delirios, las zozobras que el recuerdo de la mujer querida trae al alma del

poeta: hé aquí lo que se esconde en los versos amorosos del Sr. Othon. Léase su bella composicion *Ideal*, y se verá una verdad en cada verso; porque así sienten y así aman, en efecto, los corazones de veinte años. Léanse tambien *Mi virgen*, *Ella* (traduccion de Byron), *Noches de Junio* (traduccion de Victor Hugo), *Jamas*, *A Esther*, *Duerme* y *Ausencia*, (cantares), y en todas se encontrarán blandas afecciones, gratas imágenes, dulces y amorosas ternuras,—reflejo fiel de los sentimientos del poeta potosino.

En cuanto á las *Odas*, siendo este género de composicion de un difícil desempeño, porque requiere gran brío de imaginacion, imágenes severas y pomposas, tono grandilocuente, y un lenguaje sonoro y digno, ya se deja entender que quien las escribe tiene que vencer diferentes y terribles obstáculos: hay que cuidar, sobre todo, de los que pensamientos sean elevados, y hasta sublimes, si es posible.—El Sr. Othon ha escrito algunas odas, y la verdad es que en diversos pasajes estuvo muy feliz: agradan, por ejemplo, la que dedicó á Cristóbal Colon, aquel *visionario* inmortal que nunca se borrará de la memoria de los hombres, y las dos *A la juventud del Instituto*; y las octavas *Al 15 de Setiembre*, canto patriótico verdaderamente inspirado, causan entusiasta y ardiente emocion por sus generosos acentos, su noble intencion, y la gratitud y el aliento que respiran.

Dice el Sr. Othon:

No saldrá de mi boca, patria mia,
Una sola de aquellas maldiciones
Que puso en nuestras almas algun dia
El hervor internal de las pasiones.

. . . .

Para cantar tus glorias, patria mia,
Es fuerza bendecir á la matrona
Que te enseñó la luz de un nuevo dia
Y te dió por corona su corona.
Eres grande, eres noble y eres pia;
Tu gratitud sus yerros le perdona,
Que ella te dió por celestial herencia
Su religion, su amor y su conciencia.

El Sr. Othon merece felicitaciones por los sentimientos que revela en estos versos, pues tiempo era ya de que jóvenes inteligentes é ilustrados como él, se apartaran de aquel camino de ódios y de preocupaciones contra España, sembrado de zarzas y de espinas, que vino á limpiar del todo el magnánimo é inolvidable D. Anselmo de la Portilla.

Antes de concluir esta parte, no dejaré de recomendar al lector la composicion intitulada *¡Patria!* Es, en mi sentir, una de las mejores de la coleccion, por las ideas que en ella campean, la gallardía de la diccion y las consideraciones filosóficas de que está llena.—Este es un género poco cultivado en México, y para el cual se descubren en el Sr. Othon excelentes dotes. La poesía de pensamientos es de las que más honran una literatura.

Las *Leyendas y Poemas* que ha coleccionado en su libro el Sr. Othon, son de grata y amena lectura, si bien es de sentirse que en algunas falte cierto interés dramático, ó éste no esté bien sostenido hasta el fin; pero, en general, la ternura de sentimientos y las bellas descripciones, así como las hermosas figuras que presenta, compensan al lector, hasta donde es posible, de aquella falta: la cual, por otra parte, no es muy grave, si se atiende á que el autor se propone únicamente pintar un sentimiento ó una pasion del alma. Las heroinas de sus leyendas, como Blanca de Nieve, Rosa del Mar, Consuelo, Fiorella, son niñas enamoradas, pálidas, gentiles, que viven y sueñan con los encantos del amor, ó que sufren ó mueren por las tristezas y dolores que trae la ingratitud.—Estos ensayos dicen bien claramente que el Sr. Othon no carece de una imaginacion fecunda: siga escribiendo, medite los desenlaces de esos dramas íntimos del alma, dé mayor colorido y movimiento á sus cuadros, y es seguro que llegará á escribir preciosas leyendas y conmovedores poemas. Los que ahora ofrece al público son bonitos; pero es indudable que llegará à escribirlos mejores. ¿Se desconsolará por esto que yo le digo?—No lo quiero en manera alguna, ántes deseo que en mis palabras, que son sinceras y bien intencionadas, tenga un estímulo para más eficaces y provechosos

estudios. Piense, además, que si persevera, y medita, y siente lo que escribe, sus poemas y leyendas podrán llegar á ser el encanto y deleite de los corazones sensibles, como lo son las composiciones de Campoamor que hoy toma de modelo.

Terminaré este prólogo, diciendo: que el estilo del Sr. Othon es fácil y florido, ameno, y casi siempre armonioso y brillante; y que si bien en ocasiones carece de imágenes y de giros valientes, no faltan en él, sin embargo, aquella elegancia ni aquella gracia que hacen estimables las obras de este género. Por lo demas, fuerza es manifestar con franqueza que se echan todavía ménos en los versos de esta coleccion la correcta limpieza y los primores de lenguajes que solo pueden ser fruto de la edad ó de un estudio profundo y no interrumpido. Nótanse en algunas composiciones frases que no son castizas, cuyo defecto proviene seguramente de la asídua lectura de libros extranjeros; y en otras hay pensamientos que, desarrollados con detenimiento y esmero, pudieron haber dado mayor brillo y magnificencia á las frases con que fueron expresados. Pero es justo hacer observar que tales lunares merecen ser disimulados por los que lean este libro, ya en gracia de la juventud del autor, ya porque desde luego se ve que su imaginacion inquieta y fogosa, le lleva más á cuidar de decir lo que siente y piensa, que de la forma que para ello ha de emplear.—Desterrará el Sr. Othon sus defectos de estilo, leyendo y meditando con cuidado los maestros del idioma, los poetas y escritores españoles que supieron unir á una inspiracion vigorosa y original, una forma castiza, tersa y elegante.—Y entónces, enriquecidos sus conocimientos y perfeccionado su estilo, llegará á ocupar indudablemente distinguido lugar en la literatura de su patria.

VICTORIANO AGÜEROS.

———

GERARDO EL CIEGO.

(Traducido para "El Tiempo" por J. R. H.)

I

La casa de la nave de oro.

Cada uno de vosotros, quizá en su solitario corazon, bajo pasajeras risas, ahoga un largo pesar; ¡Ay de mí! sufrimos todos juntos en la tierra, y sufrimos todos en secreto.

Lugares hay donde se desearia vivir. Tal era la reflexion qua nacia en el espíritu del viajero, atravesando la ciudad de Dieppe en Normandía, y fijando los ojos en una pequeña casa situada al extremo de la calle principal.

Vieja hoy esta casa, en la época en que pasa nuestro relato estaba en toda la lozanía de su gótica arquitectura; los cruzados brazos de sus ventanas, las molduras de su balcon, el pináculo en forma de pequeño campanario, el rodapié de la estátua de la Santísima Vírgen que adornaba la fachada, la estátua misma, todos estos adornos estaban tallados en piedra de una deslumbrante blancura, y cuyas vivas líneas y puros y firmes perfiles no habian sido todavía marchitados ni desportillados por las inclemencias del tiempo.

La puerta con claraboya, dejaba ver un vestíbulo enlosado con mármol blanco y negro; en su fondo se levantaba la espiral de una escalera de encina cuya balaustrada formaba pequeñas columnas torcidas. El fondo de este vestíbulo, alumbrado por dos ventanas con vidrieras de plomo, formaba una tienda ó almacen de jarcias y de tela para velas. Unas macetas colocadas sobre el bruñido mostrador, alegraban con sus vivos tintes este interior un poco sombrío; la casa se prolongaba sobre el frente de la calle, y el transeunte podia ver al través de los trasparentes vidrios medio velados por unas cortinas de sarga, los macizos y lucientes muebles que guarnecian las vastas piezas, mesas de contorneados piés, alacenas pesadas cu

biertas de enroscadas y de esculturas, morillos de cobre relumbrantes, graciosas lámparas colgando de las vigas; todos estos muebles revelaban el bienestar y la limpieza; la calma, la serenidad esparcidas en esta casa, debian hacer que el cansado extranjero la mirase como un asilo donde fuese bueno ser acogido.

En todo tiempo se veían sentados junto al mostrador, sobre altas sillas de cuero, dos amables y dulces semblantes: eran la madre y la hija; la primera jóven todavía y cuyas facciones anunciaban un espíritu pacífico y sumiso; la segunda, de doce años apénas, niña modesta, de mirada firme y serena; ambas interesantes bajo el humilde y severo traje de las personas acomodadas de la época, y hablando con un suave lenguaje de domésticas afecciones.

La madre hilaba de costumbre su rueca cargada con hermoso lino; la jóven cosía ropa, ó leía correctamente en un grueso libro, cubierto con pergamino, la Vida de los Santos, ó la Imitacion de N. S. Jesucristo, recien traducida del latin al francés por el abad de Balerne.

Todo cuanto rodeaba á estas dos mujeres, anunciaba la felicidad ó al ménos la dicha material que resulta de la comodidad y de un largo bienestar cercano de la riqueza. Pertenecian, en efecto, á la honrada vecindad de la ciudad de Dieppe. Catarina se habia casado jóven todavía con maese Gerardo, mercader de telas y de jarcias, hijo de regidor, síndico de su oficio, revestido, en fin, con todas las dignidades municipales, tan queridas de nuestros abuelos. Ella lo habia hecho padre dos veces; su hijo llamado Jorge, parecia abocado á un risueño porvenir, y Beatriz su hija, llenaba de alegría y de bendiciones la casa. La Sra. Catarina habia tenido por qué estimarse feliz, pues todos proclamaban su dicha, y sin embargo, tenia á veces la frente pálida y la mirada apesadumbrada de una persona á quien agobia el peso de amarguras y secretas penas. Beatriz alzaba entónces los ojos hácia su madre, y su pequeña cara se ponia triste, como si hubiese reflejado los dolores de su madre; pero ni la una ni la otra revelaban á las demasiado curiosas vecinas el motivo de sus mudos pesares.

Entónces como hoy, se vivia entre dias sombríos y cargados de inquietudes. La reforma levantaba por toda la Francia sus audaces estandartes, dividia el reino y las familias, atizaba en el seno del Estado, como en el hogar doméstico, invencibles ódios, y ocultaba bajo la máscara de una errónea doctrina, la insaciable y sensual ambicion de sus jefes. La ciudad de Dieppe no habia sido olvidada por esa funesta irrupcion. Las biblias falsificadas, los salmos traducidos é interpretados por Clemente Marot en lengua vulgar, algunos pequeños libros de controversia, habian sido traidos de Ginebra y esparcidos en la ciudad. La guerra declarada por la Inglaterra á la Francia en 1557, habia vuelto á sus hogares á un gran número de dieppenses, la mayor parte imbuidos en la herejía, y bien pronto los principios del libre exámen se derramaron con este fácil contagio del mal, tanto más violento cuanto que favorece en el hombre las innatas inclinaciones á la revuelta y al orgullo. Se iba públicamente á la prédica; se vieron sobre todo entre los sectarios de la doctrina nueva á los que se cansaban desde largo tiempo con el saludable yugo de la Iglesia, y que miraban como un insoportable freno sus maternales y suaves mandamientos; á los que hallaban demasiado larga la misa, demasiado severos los ayunos, demasiado penosa la confesion, y demasiado laboriosa y difícil la comunion misma, esta gloria del cristiano como la ha llamado un Santo Padre. Los sectarios en general se reclutaban entre esos hombres de costumbres graves y de convicciones profundas, quienes despues de un exámen sério se habrian determinado, por el impulso de su conciencia, á seguir la doctrina nueva; aquellos tales como Moro en Inglaterra, Virgilio (1) en los Países Bajos,

(1) Virgilio, que llamaban el hombre más virtuo-

que permanecian fieles á la Iglesia católica, la sola que no varía jamas; pero los corazones vacilantes y tíbios abrazaban con alegría una ley cómoda que servia sus instintos. Más tarde las pasiones políticas añadieron su energía á ese primer arranque y prestaron á una cobarde apostasía no sé qué aureola de abnegacion y de valor.

Pero, notémoslo, por un justo castigo del cielo, jamás en Francia el ejército de los sectarios fué el ejército de los buenos ciudadanos, y siempre sus intereses fueron opuestos á los de la patria; ¡traidores eran hácia sus dos madres: la tierra natal y la tierra de Francia!

Entre los habitantes de Dieppe, comprometidos más ó ménos solemnemente bajo la bandera protestante, se encontraba Maestre Gerardo.

Habia tomado gusto á los hermosos discursos del predicador mandado por Calvino, y sin haber abjurado la fé de sus padres, abandonaba cada vez más sus santas y gloriosas prácticas. Su mujer lo sabia, y este era el motivo que hacia subir tantas lágrimas á sus ojos, que echaba sobre toda su vida una nube de tristeza tanto más amarga, cuanto que no osaba expresarse sino por algunas silenciosas lágrimas ó algunas humildes y tímidas reprensiones.

La señora Catarina temblaba delante de su marido, no porque él fuese malo, sino que los progresos de comercio, la constante prosperidad material de que habia disfrutado, le habian dado un orgullo intratable que la oracion no podia doblegar, que el raciocinio no podia mover. Sufria, pues, en silencio, con una timidez triste, esta desgracia que la alcanzaba en lo que tenia de más querido, su fé religiosa. No existian ya para ella esos dias de felicidad en los que veía á su lado, en la iglesia, delante del radioso altar, á este marido á quien amaba tanto como lo temia; no veía ya apretarse en las grandes fiestas del año, por la participacion comun, en el santo banquete, esos lazos tanto más suaves cuanto que los esposos están más unidos en Dios; no se atrevia ya en la noche sentada junto á la lumbre, proponer á su marido una piadosa lectura, temia tocar los libros que él estimaba, y ocultaba á sus ojos las santas imágenes, el crucifijo delante del cual oraban en otro tiempo juntos; la amarga division, en fin, se habia deslizado en el hogar doméstico; la mujer lloraba por su marido, la madre temia por sus hijos....

El historiador, pintando á grandes rasgos sus crueles luchas, no nos habla más que de campos de batalla regados con sangre, generales sepultados en sus victorias, desgracias ilustres, desastres gloriosos; pero calla los dolores de la familia, las lágrimas derramadas aparte, los corazones destrozados, las dulces afecciones rotas, el odio sucediendo al amor, inevitables y tristes resultados de las guerras civiles, de las querellas intestinas, que escojen á sus soldados entre los hijos de una misma ciudad, entre los hijos de una misma madre.

II.

Jorge.

> *Y cuando se hubieron ido, la madre comenzó á llorar y á decir: "Nos habeis quitado al báculo de nuestra vejez, lo habeis alejado de nosotros."*—Tobías. Capítulo V.

Jorge, de humor bullicioso y alegre, no tomaba sino una débil parte en las preocupaciones teológicas del Maestre Gerardo; no habian tenido otro efecto más que el de desprenderlo poco á poco de toda práctica religiosa, aunque guardase en el fondo del corazon, lo confesaba él mismo, un verdadero respeto por la fé católica, y una afeccion de hijo por el párroco de San Remigio, que lo habia bautizado y le habia dado

so de su su tie[illegible], fué á pesar de las intrigas de los sectarios irrevocablemente fiel á la Iglesia, permaneció igualmente fiel á Felipe II, dando á este monarca justos y severos consejos sobre los rigores desplegados en los habitantes de los Países Bajos.

su primera comunion. Ahí se limitaba su profesion de fé; y con los jóvenes de su edad, preferia mejor ocuparse de los descubrimientos y de las carreras marítimas de los dieppenses, que de las ásperas discusiones que agitaban entónces todos los espíritus.

La marina normanda estaba entónces en el apogeo de su gloria. Ango habia hecho triunfar sobre los mares el pabellon de los mercaderes de Dieppe; los hermanos Parmentier habian descubierto la isla de Fernambuco, y penetrando hasta las riberas de la China, habian, los primeros, traido á Dieppe dos buques cargados con las especies del Oriente.

Estos sucesos inflamaban la imaginacion de los jóvenes, quienes veian en esta arriesgada carrera la gloria y la fortuna á la vez. Jorge no fué insensible á estas ideas, en las que el peligro se ofrecia velado bajo todos los encantos de la esperanza, y habiendo sabido que una nueva expedicion se preparaba para la Florida, manifestó á sus padres el deseo de tomar parte en ella.

La señora Catarina á estas palabras se vió sobrecogida de terror; todos los peligros de una incierta y larga navegacion se ofrecieron á la vez á su espíritu; creyó que su marido participaria de sus temores y se uniria á ella para retener á su hijo; pero se engañó de una manera completa en su esperanza.

El orgullo del Maestre Gerardo se encontraba en juego; las felices disposiciones, el atrevimiento, el aire varonil y animoso de su hijo le habian merecido algunos cumplimientos, y no se necesitaba de más para que consintiese en ese lejano viaje que habia de ilustrar á su familia.

—¿Vuestro hijo se embarcará con messir de Epineville? decia algun curioso vecino.

—Si compadre, y la ciudad me dará algun dia las gracias por ello. Es valiente como Judas Macabeo.

—Sin embargo, mi opinion es que teneis en que ocuparlo en vuestra casa, y que la señora Catarina no estaria molesta por conservar á su hijo en casa.

—No, vecino; mi mujer es prudente, quiere lo que yo quiero; entiendo que mi hijo vaya á buscar gloria y ganancia para que á su vuelta pueda conservar el lado derecho cuando ande por las calles de la ciudad.

—Yo lo deseo tambien así, compadre, respondió el vecino.

Durante este tiempo, la señora Catarina estaba como en el suplicio, y las tiernas y suplicantes miradas de la pequeña Beatriz sostenian solo su valor. El momento de la partida se acercaba: la buena madre habria bien querido, como en los dias pasados, mandar celebrar en el grande altar de San Remigio, una misa solemne por el hijo que se iba allende los mares; pero no pudo conseguir de su marido esta última gracia. En secreto fué, pues, como una mañana antes que se abriese el dia, se llevó á Jorge á la capilla de los padres de la Merced. Uno de ellos subió al altar y celebró el santo sacrificio; pero los ojos de la pobre madre lo distinguian apenas, no veian sino los *ex-voto* colgados en las paredes del santo lugar, las cadenas de los cautivos, los cuadros representando horrendas escenas de naufragio, monumentos que hablaban á la señora Catarina de los peligros que su Jorge iba á correr. La pequeña Beatriz miraba tambien al soslayo estas piadosas ofrendas; pero léjos de perturbarse por esto, parecia radiante de esperanza, y viendo á su madre llorar, se puso á decirle muy bajo:

—¡Madre, todos aquellos han vuelto!

Estas palabras calmaron las angustias de la pobre mujer; pensó repentinamente mucho ménos en su desgracia que en la infinita potencia que podia invocar. Oró, oró con este confiado fervor que deposita entre nuestras manos las riquezas del cielo; depositó entre las manos de Dios lo que amaba, y confió á Aquel que dispone de los vientos y de las olas, al hijo bien amado, que habia de abandonarlos.

Cuando concluyó la misa, estaba calmada: nada habia cambiado en su suerte, pero una grande trasformacion se habia verificado en su alma: resignada,

queria lo que Dios queria; confiada, esperaba que le devolviera algun dia lo que le habia sacrificado con tanto trabajo.

El dia siguiente Jorge partió. Su buque, orgullo de los marineros dieppenses, levantó anclas al sonido de las campanas, y saludado por los cañones del castillo, una multitud inmensa lo seguia con sus aclamaciones, mientras saltaba sobre las olas, y Maestre Gerardo, más exaltado que los otros, parecia olvidar que tenia á un hijo en esta débil embarcacion, suspendida entre el cielo y el agua; pero ni el ruido ni los *vivas* del pueblo, ni la exaltacion universal, podian consolar á la señora Catarina, destrozada por esta terrible partida. Muda, quebrantada, seguia con los ojos la nave, que no era ya más que una forma negra y confusa, apareciendo sobre la barra del horizonte; no volvió en sí sino cuando Beatriz le dijo:

—¡Volverá, madre mia! No lo dudo, ¡lo he pedido tanto á Nuestra Señora!

La familia volvió á casa, y la vida acostumbrada recomenzó su curso. Maestre Gerardo, se acercaba cada dia más á los sectarios cuyos esfuerzos fomentaban Calvino y Beza, y se principiaba á hablar de su abjuracion próxima y pública. Catarina tímida y triste, sentia á su hijo y lloraba á su esposo; solo la pequeña Beatriz parecia revestida de una imperturbable serenidad, y al ver á esta niña risueña, á esta mujer calmada y silenciosa, á este hombre orgulloso por su independencia y por su prosperidad, el público, juez esclarecido, como cada uno lo sabe, exclamaba maravillado:

¡Qué dichoso, es, pues, Maestre Gerardo! Su casa con su buena mujer, su bella hija y sus escudos al sol, es un paraíso sobre esta tierra!......

III.

La víspera de Pascua.

No comeras carne ni el viérnes ni el sábado. —Mandamientos de la Iglesia.

Era Sábado santo. La familia se habia reunido para la cena de la noche, puesta sobre una mesa que cubria un mantel de deslumbrante blancura. Por un lado estaban colocados pan y algunas frutas secas, por el otro se ostentaba en un ancho platon de estaño, un asado de buey rodeado de legumbres. La Sra. Catarina y Beatriz hicieron la señal de la cruz y rezaron *Benedicite*; maestre Gerardo metió el cuchillo en el trozo de carne y se sirvió; pero su mujer extendiendo el dedo hácia este plato prohibido, con dijo voz triste:

Carne no comerás ni el viérnes ni el sábado. ¡Oh Gerardo! ¿cómo puedes despreciar así las prescripciones de la Iglesia?

—¡La Iglesia! ¿Cuál Iglesia?

—La Iglesia católica en la cual has nacido.

—¡Y bien! ¿Qué importa á la Iglesia católica que yo coma carne ó higos? Explícame esto si puedes.

—No soy mas que una pobre mujer ignorante, Gerardo; pero sin embargo, sé que al imponernos esta ley, la Iglesia ha querido á la vez reprimir nuestros sentidos y nuestra voluntad; nuestros sentidos haciendo que practiquemos una saludable mortificacion; nuestra voluntad sometiéndola á la obediencia. Este es un mandamiento todo maternal, que previene la gula y la rebelion......

—Rompamos ahí, interrumpió Gerardo con mal humor, y estimaos feliz, Catarina, que no os obligue á que obedezcais á vuestro marido antes que á la Iglesia de Roma.

—Amigo mio, replicó Catarina con dulzura, la Iglesia misma me impone la sumision hácia voz en las cosas justas... ¿he faltado á ellas cuando me impusisteis un tan duro sacrificio?...... ¡mi pobre Jorge!

—¡Lágrimas! contradicciones! No encuentro aquí ya otra cosa!

—¡Oh! amigo mio! Si quisierais seriamos felices! Mañana en este gran dia, unidos por el corazon y por el espíritu, iriamos á celebrar juntos la resurreccion del Salvador, orariamos en el mismo altar, como en los dias en que éramos jóvenes y felices.... ¿Por qué ha venido la division entre el marido y la mujer...?

—De vos dependeria, Catarina, que fuéramos perfectamente felices. Consentís en seguirme mañana......

—¡A la prédica!

—Sí.

—¡Antes morir!

Catarina no concluyó esta enérgica palabra, la ahogó en sus lágrimas, y tendiendo hácia su marido las manos juntas y temblorosas, exclamó dolorosamente:

—¡No vayais! Esta es la perdicion de vuestra alma! Esta es una falsa y engañadora libertad! Permaneced sumiso, Gerardo mio, á fin de que seais feliz y salvado! ¡Gran Dios! ¿Será menester que con el corazon alegre os vea correr hácia el abismo? No está escrito que perecerá el que se aleje del Señor?

—Paz, mujer, exclamó Gerardo con violencia; tus locas quejas no alcanzarán á impedir que ejecute lo que he resuelto. Mañana iré á la prédica.... y dentro de pocos dias abjuraré mis antiguos errores.... Una sola palabra tengo que decirte: acuérdate que la religion nueva permite el divorcio......

Catarina no oyó esta palabra, amenaza gratuita añadida á un discurso tan penoso para su corazon. Su marido habia salido: cayó sobre su silla y atrayendo á sí á Beatriz, aterrada y silenciosa, —¡Oh hija mia! exclamó: Oremos, oremos ambas; oremos por tu padre, tu padre extraviado por esos hombres pérfidos, por esas doctrinas funestas...... Desgraciada herejía que trasforma nuestro país y turba nuestras familias....... Ora, Beatriz, á fin de que el Dios de las misericordias desvíe estas plagas...... Mi marido, un sectario, un apóstata!

—¡Oh mi querida madre, dijo la vocecita de Beatriz, la Santísima Vírgen tendrá compasion de mi padre.... la amaba en otro tiempo, me llevaba para ver sus capillas y sus estatuas; pero no la ama ya! la olvida, no quiere honrarla ya.

—¡Oh! yo le suplicaré en su nombre, le rogaré tanto que será fuerza que me escuche...... y diré que es por mi padre......

—Sí, ora, hija mia; Dios solo puede salvarnos.

IV.

Una desgracia.

"...*Mañana pertenece al Señor*...."

Habia llegado la mañana; las alegres campanas anunciaban á los corazones fieles *ese dia que el Señor hizo*; esa resurreccion triunfante del Cristo, primicia de la nuestra; esa fiesta tierna y brillante, eco de las fiestas del cielo, en las que los elegidos repiten en eterno éxtasis: El Cristo vive, reina, tiene el imperio.... Oh muerte! En dónde está tu victoria! Oh muerte, en dónde está tu aguijon!

Los católicos se dirigian de todas partes á las iglesias; pero, ¡ay de mí! sus filas estaban diezmadas; la zizaña habia germinado entre el buen grano y se veian grupos numerosos de sectarios vestidos con una austeridad puritana, teniendo en la mano la gran Biblia en lengua vulgar, impresa en Ginebra ó en Ougsburgo, dirigiéndose hácia la casa en la que tenian lugar sus asambleas.

La mayor parte de los hombres iban armados con espadas ó pistolas, aunque se estuviera entónces en plena paz, y que los parlamentos hubiesen cesado sus persecuciones contra los fautores de nuevas doctrinas.

Maese Gerardo se disponia á reunirse con sus correligionarios, y para presentarse entre ellos con el traje de rigor, habia descolgado de la chimenea, donde hacia treinta años que estaban alzadas, dos pesadas pistolas que habian servido á uno de sus tios en las guerras de Italia. Cubiertas de orin estas armas no podian servir para ningun uso á su poseedor, y despues de haber en vano probado el juego de sus inmóviles resortes, Gerardo resolvió ponerlas un momento sobre un ardiente fuego. Acercóse à la chimenea y agachose para seguir los progresos de la operacion.... una explosion tremenda se dejó oir, á la que se mezcló un grito de angustia...... Catarina y Beatriz acudieron.... un vapor blanquecino llenaba la sala y Maese Gerardo estaba tendido sin conocimiento sobre el entarimado.

Las pistolas habian estallado por el ardor del fuego, y la carga de pólvora que encerraban, sin saberlo nadie, habia herido á Gerardo en la cara. Lo levantaron desvanecido, sangriento, con la cara destrozada por la pólvora y las astillas del fierro; fué trasportado á una cama, donde horrorosos dolores lo llamaron á la vida. Un médico, despues de vendadas las llagas, dijo á la Sra. Catarina, que lo interrogaba ménos por sus palabras que por sus inquietas y suplicantes miradas:

—Creo poder responder de su vida.. pero es todo lo que puedo prometer....

Catarina no se atrevió á llevar más léjos sus preguntas, temiendo la verdad como una sentencia de muerte.

El dia se pasó junto á la cama del enfermo, absorto en un continuo delirio, y distraido en sus males reales por imaginarios males. Silenciosas, prestando un afligido oido á esos bizarros ensueños de un espíritu extraviado por la fiebre, la madre y la hija oraban en voz baja, cambiando una triste mirada cuando las palabras del pobre herido se hacian más incoherentes, y luchando en zelo y destreza para aliviarlo. En la tarde Catarina mandó tan positivamente á Beatriz que se retirase y fuese á tomar algun descanso, que debió obedecer la niña y la mujer de Gerardo veló sola cerca de él. Hácia la madrugada, su marido se adormeció un poco, calmado por esa inefable quietud que en la naturaleza entera precede á la salida del dia; y cuando despertó, el sol estaba alto sobre el horizonte. Se levantó sobre la cabecera de su cama como una espantosa imágen del dolor, lienzos ensangrentados rodeaban su frente y ocultaban sus ojos, á ellos llevó su mano y dijo repentinamente á su mujer:

—¿Qué horas son?

—Las siete de la mañana, contestó ella titubeando.

El se volvió al lado de donde venia la voz, y por un brusco movimiento al que no pudo oponerse Catarina, arrancó la venda.

—¡Las siete de la mañana, repitió, las siete de la mañana, y todo está oscuro...... es de noche...... noche para mi solo, no veo.......... soy ciego!

Catarina lo habia agarrado entre sus brazos con terror; miraba este semblante surcado; buscaba pero en vano, la mirada en estos ojos apagados, en los que ni la luz ni el pensamiento se reflejaban ya; y aunque el presentimiento de una inmensa desgracia oprimiese ya su alma, ensayó algunas palabras consoladoras.

—Vuestros ojos están hinchados, no ven, pero dentro de algunos dias......

Interrumpiose de repente: una mano tocaba su espalda; se volteó y vió al médico que habia entrado en la sala sin que lo hubiese oido, y el que meneando tristemente la cabeza.

Un mes pasó de este modo en una continua desolacion. La curacion de las heridas caminaba sin embargo hácia su término; pero los ojos de Gerardo no se habrian ya, y la ceguera cada dia más cierta, excitaba en su alma un dolor que rayaba casi en locura. No ver ya, no ver ya jamas, era su pensamiento fijo, tormento de su espíritu, suplicio de sus dias, obsesion de sus noches. Las fuerzas volvian, podia levantarse durante algunas horas; se le habia permitido áun el paseo en el jardin, pero su curacion no le causaba alegría alguna; sus heridas estaban cerradas, pero legándole una enfermedad eterna. ¿Para qué servian entónces las fuerzas recobradas, la salud renaciente, la vida, en fin, tomando otra vez posesion de este cuerpo privado del precioso órgano que nos pone en comunicacion con los hombres y con la naturaleza? ¿Para qué servia vivir si los más dulces goces de la vida debian escapársele? Una inútil y sorda indignacion, una muda revuelta llenaban el alma de Gerardo, como un licor acre y envenenado corroe el vaso que llena. Sumergido en estos amargos pensamientos no hablaba, se obstinaba en no dejar su recámara, y se separaba él mismo, por decirlo así, del número de los vivos. El espectáculo de este dolor sin consuelo causaba á las dos pobres mujeres que eran sus testigos, una indecible pena; hubiesen dado su vida por arrancar una

sonrisa de estos labios mudos, por hacer llegar una palabra de esperanza á este corazon marchito. Catarina sobre todo, se sentia desalentada; no se atrevia ya á intentar ensayos tan frecuentemente rechazados; servia á su esposo con una abnegacion de esposa y de sirvienta, pero sin atreverse á hablarle, sin osar aún consolarlo; tan vana y débil le parecia todo su consolacion en presencia de tan grande desgracia.

Beatriz con la confiada sinceridad de su carácter osaba intentar algo más. Pasaba los dias cerca de su padre espiando sus deseos, previniendo sus gustos y sus necesidades, empleando en servirlo todo lo que tenia de inteligencia y de corazon.

Pues el corazon de esta niña, era tan fuerte como amante; en ella la inocencia de la tierna edad se apoyaba en la virtud de una edad más avanzada; ignorando las letras humanas, las maneras y las creencias del siglo, Beatriz no tenia más que un solo guía y una sola luz: la religion. Habia probado temprano sus santas enseñanzas, y cumplido sus preceptos; y de la Mesa sagrada habia sacado esa virtud interior que dá un precio inestimable á las menores acciones. Jesucristo era su modelo, y el Evangelio su escuela. Pero aunque muy léjos de ser Beatriz un doctor, era la más simple y cándida de las niñas de su edad. Los cuidados de que rodeaba á su padre, eran inspirados, primero, por ese amor maternal é instintivo que liga los hijos á sus padres, y en fin, por el amor razonado, cristiano, emanado del precepto divino: *amor mas fuerte que la muerte*, más fuerte que los fastidios, que las repulsas, que los disgustos, porque cada dia vuelve á templarse en las fuentes de la caridad eterna. Beatriz amaba á Dios, vivia en su presencia, y cumplia por él, por el solo, las acciones que el mundo hubiese llamado generosas y sublimes.

Un dia maese Gerardo, ó Gerardo el ciego —como se le nombraba entónces en la ciudad— acababa de dirigir á su mujer, que le servia la cena, algunas palabras bruscas y molestas; ella se habia alejado más triste que de ordinario, y Beatriz permanecia cerca de su padre. Sentada delante de su rueca, trabajaba dulcemente y seguia con la mirada la agitada y sombría fisonomía del ciego. Este parecia buscar algunas palabras que pudiesen traducir su pensamiento, y, en fin, con una sorda violencia, dijo en alta voz tomando las palabras de Job: Estoy cansado de la vida. . . . mi alma prefiere la muerte . . . . . . la muerte á la vida de un cadáver! (1). . . . ¡Para qué sirve vivir siendo á todos una carga. . . . . . inútil, ocioso en mi casa, pesado para todos y sobre todo para mí mismo.

—¡Ay de mí, padre mio! ¿qué estais diciendo? exclamó Beatriz echando sus brazos al cuello de Gerardo. Sois carga. . . . . ¿De quién, pues?

—De tu madre, de tí, lo siento; esto debe ser.

—¡Oh mi querido padre, cuánto os engañais! ¿Si no sufrieseis, no deberiamos dar gracias á Dios que permite que á nuestra vez os seamos útiles? . . . . . Por mi parte cada servicio que os pueda hacer abre mi corazon, y si —pero esto es imposible— llegara un dia en que encontrara difícil mi deber, no tendria sino que recordar todos los cuidados de que me habeis rodeado en mi tierna infancia. . . . .

¡Erais tan bueno para mí, querido padre! Cuando tenia el sarampion me vigilasteis durante tantas noches, para darme de beber en el tiempo marcado. . . . lo recuerdo muy bien todavia. . . . os veo á los dos, á mi madre y á vos, tan buenos y tan inquietos.

Mientras que la jóven hablaba, un movimiento dulce y extraño se efectuaba en el alma de su padre. El pasado se alzaba delante de él; pensaba en esos dias de union doméstica, en los que Catarina y él vivian para ellos mismos y para sus hijos, sin que las discusiones religiosas echasen sombra alguna sobre su felicidad.

—¡Era feliz entónces! . . . . murmuró.

—Padre mio, dijo Beatriz sentándo-

(1) Job. VII. V. 15.

se sobre sus rodillas; ¿por qué no lo seriais todavía?.... Sois amado como entónces, más que entónces!....

—¡Amado! Puedo serlo siendo una carga á tu madre y á tí misma?....

—Padre mio, no sé... me parece.... quizá me explicaré mal; pero quiero, sin embargo, deciros lo que pienso. La desgracia es para todos; cada uno recibe su parte; pero en nuestra casa, vos sufrís solo por todos.... y el buen Dios nuestro salvador, viendo vuestros padecimientos, perdonará quizá á mi madre, á mi hermano, las enfermedades y las angustias de espíritu.... os dió esta carga porque sois fuerte....

El ciego guardó silencio durante algunos instantes; esta idea que su hija acababa de expresar ingénuamente, hacia impresion sobre su espíritu; un poco ántes habia conocido que amaba á su familia; ahora comprendia que sufrir por ella podia ser dulce. Su orgullo rebelado calmábase y derretiase como la nieve con este soplo de amor y de afeccion; en fin, dijo:

..¡Vé á buscar á tu madre!

Cuando llegó Catarina le tendió la mano y buscó tambien la de Beatriz.

En la noche la madre y la hija se encontraron solas; Beatriz dijo entónces:

—¿Está salvado mi padre, no es así? porque cree bien que le amamos y no teme ya ser una carga para nosotros.

Este dia tuvo en efecto felices resultados; pero á veces las dulces y pacientes disposiciones de Gerardo se veian turbadas por las visitas de algun sectario, á quien la Sra. Catarina no se atrevia á alejar, y quien lleno del espíritu de secta, duro, altanero, desapiadado, colmaba de hiel y de tristeza esta alma que tanta paz necesitaba. Para un corazon que habria mendigado, como una limosna, una palabra de esperanza, ¡qué tristes consuelos eran unas áridas discusiones teológicas, fastuosas declamaciones contra la corrupcion del siglo, oscuras citaciones sacadas de la Santa Biblia, y aplicadas por un pérfido comentario segun la necesidad de los calvinistas ó algunas vagas seguridades de la misericordia de Dios, mezcladas á unas terribles aserciones sobre la falta de libertad del hombre! Algunas veces sumergido en su eterna noche, Gerardo repasaba su vida; reaparecia delante de su conciencia el recuerdo de sus faltas; y turbado, alarmado, se dirigia al discípulo de Calvino y le pedia algun motivo de esperanza, alguna certeza de perdon.

—Confiaos en la bondad de Dios, confesad vuestras faltas en el secreto de vuestro corazon, respondia el sectario.

—¿Y quién me dará la seguridad de que estoy perdonado? ¿Quién me devolverá la paz? ¿Quién me asegurará que estoy otra vez en gracia con Dios?

—El testimonio de vuestra propia conciencia, hermano mio.

A esta palabra Gerardo meneaba la cabeza; conocia toda la insuficiencia y lo vago de esta doctrina; parecia que su pobre alma se veía lanzada á un espacio sin límites, falto de luz y de guía para trazarse un camino, no sabiendo ni lo que se debe creer ni lo que se debe esperar, y flotando desesperado sobre esos abismos de duda, llamados atrevidamente tierras de libertad.

El dia en que el monje apóstata de Wittemberg, estableció á cada hombre juez en materia de fé, permitiendo á sus sicarios el libre exámen de la Escritura y de los dogmas, aniquiló la paz y la libertad del corazon, que no pueden existir sin fé y sin obediencia á una ley superior.

El hombre, criatura racional, debe aceptar una ley de órden y de amor, que inmutable y positiva dirija sus acciones, arregle sus sentimientos, limite su curiosidad, contenga sus dudas, y lo haga libre y tranquilo, en medio de una sumision voluntariamente aceptada.

Entregado á sí mismo á su propia razon, á su propia imaginacion, caerá en la duda ó en la supersticion, inevitables resultados de una doctrina que proclama la soberanía de la razon individual, y da al alma humana el orgullo por primera ley, y por cuya merced, en todo tiempo, los protestantes, pueblos ó individuos, se han inclinado ó hácia las

teorías misticas más oscuras, ó hácia el racionalismo más desenfrenado. (1)

Pero estas reflexiones nos llevan demasiado lejos; volvamos al pobre ciego, quien replegado sobre sí mismo, absorto en sus recuerdos y sus pesares, busca y pide un poco de descanso para las agitaciones de su alma, un poco de esperanza despues de una vida de tristeza, en fin, un rayo de luz celestial en medio de su noche.

La desgracia, háse dicho, acerca á Dios. Gerardo, en la feliz posicion en la que lo habia puesto el cielo, jóven todavía, rico, vano, se inquietaba bastante poco de las ideas religiosas, absorto como estaba por los cuidados y los placeres materiales de cada dia. Se habia mezclado entre los sectarios por causa del impulso de un espíritu orgulloso y turbulento; más bien que por entusiasmo ó por conviccion, habia rechazado la religion de sus padres como se rechaza un pesado yugo; pero en los dias del infortunio, este desdeñado yugo se hacia un sólido apoyo, y sumergido en las solitarias y sombrías reflexiones que su ceguera engendraba, sentia, sin atreverse á confesárselo á sí mismo, las consoladoras palabras prendas de paz y de perdon, que dirige el sacerdote católico á sus hermanos, con esa gracia y esa autoridad de la que solo él está revestido. Muchos dias pasaron así, y á despique de los cuidados de Beatriz, el ciego estaba cada dia más y más melancólico.

V.
El padre Atanasio.

Es imposible establecer la virtud, la justicia, la moral, sobre bases débiles, sin el tribunal de la penitencia.—Cartas de Lord Fitz William.

Un dia por la mañana la señora Catarina, sentada á su mostrador, despachaba á los clientes, de dia en dia más raros, que venian á comprar sus telas y sus jarcias, cuando un religioso entró con paso debilitado por los años, y la saludó por su nombre con voz amistosa y grave. Catarina se levantó luego y dijo con una humilde reverencia:

—¿Venís por la limosna, padre Anastasio?

—Sí, hija mia, respondió; he titubeado durante un momento en franquear el umbral de la casa; pero me he acordado que la desgracia la habia visitado y entónces me he decidido.

—¡Muchas gracias, reverendo padre! Vuestra presencia es una bendicion para nosotros, y él, él os verá tambien, quiero decir que os recibirá con gusto..............................

—Sin embargo, hija mia, maese Gerardo, es, dícese, partidario de la herejía..............................

—¡Ay de mí! decís la verdad, padre mio, pero los dias son tan largos para Gerardo! Vuestra visita lo distraerá quizás..............................

—Vamos, en este caso.

A la ingeniosa invitacion de Catarina, el padre Atanasio la siguió y ella lo condujo á la recámara donde el pobre ciego veia trascurrirse tantos dias monótonos. El religioso entró solo: el ruido de sus sandalias despertó la atencion de Gerardo, quien dijo luego:

—¿Qué se me quiere? ¿Quién está ahí?

—Soy el padre Atanasio, religioso de la Trinidad, y vengo mendigando para la redencion de los pobres cristianos cautivos de los infieles.

A estas palabras, la expresion del semblante de Gerardo, de ordinario triste y apesadumbrado, cambió de repente; se manifestó en él una especie de emocion; pensaba en su hijo que podia estar cautivo tambien, y para el que tal vez en estos momentos mendigaban una limosna otros religiosos. Volviendo sus apagados ojos hácia el padre Atanasio, le dijo con dulzura:

—Tomad un asiento, señor, y servíos esperar á mi hija Beatriz un instante

---

1 Los presbiterianos de Escocia, los discípulos de Swedemborg, las sectas de los iluminados de Alemania, han mostrado en cuales errores místicos pueden caer aquellos que no están adheridos á la columna inmutable de la verdad, y las frecuentes variaciones de las iglesias protestantes testifican cuán poca solidez tienen sus dogmas.



os ofrecerá mi corta limosna. Lo veis, nada puedo ya por mí mismo........

El Señor os ha probado ya mi querido hermano, dijo el religioso sentándose cerca del ciego: las cruces son, lo sabeis, un signo de misericordias. ¡Dichosos los que lloran porque serán consolados!

Gerardo meneó tristemente la cabeza y dijo con voz breve:

"No se ha cumplido en mí la promesa.... he sufrido mucho, y no ha llegado el consuelo.

—Quizá lo reserve Dios para una mejor vida, repuso el Trinitario; así es como obra con sus bien amados; creedme hermano mio. El sufrimiento no es un mal verdadero, supuesto que purifica elalma, apresura la disolucion de esa cárcel de arcilla donde lloramos y combatimos, y que embellece á cada lágrima derramada, la corona que el Señor nos prepara.....

—¿Habeis sufrido? dijo bruscamente Gerardo.

—He sufrido y he visto á muchos sufrir. ¡A cuántos cristianos he visto caer en las ardientes cárceles de Africa, en los hierros de un amo cruel! á cuántos veo cada año sucumbiendo bajo el exceso de las miserias y de las privaciones léjos de su patria! ¡Qué sufrimientos los de ellos, hijo querido! Desterrados y cautivos sufren en su cuerpo todos los tormentos que pueden producir el hambre, la sed, las cadenas, los golpes, y bajo un cielo de fuego y un abrumador trabajo. Sus corazones están privados de todos los goces de las afecciones, no hay para ellos ni amigos ni familia, solo hay amos y verdugos. ¡Y la conciencia, y la fé!

Qué suplicio sufren en medio de este pueblo de infieles y de renegados, quienes por mil tentaciones provocan á sus desgracidos prisioneros á la apostasía; es decir, al abandono de sus derechos y de sus esperanzas eternas. ¡Sí, he visto sufrir! Y sin embargo, en esos infectos calabozos, sobre esa maldita y miserable tierra, mi corazon se ha regocijado porque he visto ahí los ejemplos de las más notables virtudes y he dicho todavía: el dolor no es un mal supuesto que eleva de tal modo el alma del desgraciado.

—¿Y qué virtudes pueden practicar esos pobres esclavos? preguntó Gerardo con la expresion de la duda.

—La constancia de la fe, la inquebrantable adhesion á la religion católica, que trasforma á los débiles cautivos en gloriosos mártires, contestó el padre Atanasio.

Gerardo se sonrojó ligeramente y nada replicó.

—He visto, replicó el religioso, he visto á un santo sacerdote llamado Tomás de Jesus, cuyo recuerdo me animará durante todo el tiempo que seré viajero aquí abajo. Era portugués de nacion y pertenecia á una noble raza; habia seguido en Africa al jóven rey D. Sebastian y cayó en manos de los moros despues de la batalla de Alcazar Kebir. No hablo de su fidelidad en confesar su fe, porque obrar de otro modo hubiese sido un crímen; pero para la eterna gloria del sacerdocio, tres veces su rica y poderosa familia lo rescató y tres veces empleó su rescate en libertar á otros cautivos, prefiriendo permanecer esclavo sobre esta tierra infiel y dedicarse como sacerdote á la instruccion de sus compañeros de infortunio; como servidor al cuidado de los enfermos, de los heridos, de los apestados amontonados en horribles cárceles. En estos trabajos se consumió su vida. Murió en Africa, cautivo como él lo habia deseado, exhortando todavía desde su lecho de muerte á los cristianos esclavos á confesarse generosamente á nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué vida! ¡Qué muerte! ¡Qué gloria! Ved con qué arte este santo hombre ha sacado de su desgracia misma el motivo de una felicidad inmortal!

—¿Pero de dónde sacaba esta fuerza sobrehumana? ¿Cómo la inspiraba á sus discípulos? preguntó el ciego.

—Para la confesion y la comunion, dijo el padre Atanasio, que quereis mi buen hermano, el corazon oprimido por sus pecados no tiene gran fuerza ni gran energía para vencer al demonio y confesar la fé, y de la comunion del

cuerpo y de la sangre de Jesucristo, es de donde los mártires de todos los siglos han sacado ese ardor sobrenatural que hacia temblar á los tiranos. El corazon ha de ser puro y ardiente para cumplir las cosas grandes.

—Esto es cierto: el recuerdo de nuestras faltas, haciendo que dudemos de las misericordias del Señor, impide que nuestra alma se eleve hácia él con una libre confianza.

—Por esto, hijo mio, dijo el monje fingiendo que no conocia la doxia de Gerardo, ¡cuán dignos de lástima son nuestros extraviados hermanos! Han abolido la confesion, es decir, que han quitado al hombre su freno á la vez que su consuelo. En efecto, la necesidad de confesarse aparta á nuestros hombres, y sobre todo á los que no están endurecidos: dá grandes á los que han caido. El hombre sincero, absuelto por un confesor ilustrado, lleva en su corazon una dulce esperanza de salvacion, que le impulsa á grandes obras y heróicas virtudes para honrar á un Dios tan bueno, una misericordia tan admirable. Conoce por la paz suave que se derrama en su alma, que segun la expresion de la expresion de la escritura, el Señor ha hechado sus pecados detras de él, que los ha hechado en el fondo del mar para olvidarlos mejor, y tan luego como haya recobrado sus derechos de hija de Dios, trabaja más y más en conservar y embellecer esa celestial herencia.

Levanta en su corazon rejuvenecido y purificado escalones por los que de virtud en virtud se eleva hasta Dios que reina en Sion. Cálmanse sus turbaciones, disípanse sus dudas, vive en paz, y cuando llega la muerte purificado por última vez con la sangre derramada en el calvario, vuela lleno de esperanza hácia las riberas de otra vida. La correccion de sus faltas, la calma de su vida, la paz de su muerte, la dicha de su eternidad, todos estos bienes, en fin, los debe á la confesion. ¡Y hé aquí los beneficios que la herejía quiere quitarnos.

(*Continuará.*)

LA MADRE Y EL NIÑO.

—Madre, pasó la Aurora
Por la pradera
Derramando á su paso
Luces y perlas.
    Luces y perlas
    Tan lindas y tan blancas
    Solo tiene ella.
Virtió sobre las nubes
Tantos colores,
Que competir podian
Con nuestras flores.
    Con nuestras flores,
    Que á esa luz y á esas horas
    Eran mejores.
Pasaba y se sentia
Mover sus alas,
Y con su aire, al moverlas,
Todo alegraba.
    ¡Todo alegraba!
    Las flores y las nubes,
    La luz y el aura.
Yo iba alegre y los pájaros
¡Qué alegres iban!
Yo reia y las aves
Tambien reian.
    Tambien reian
    Las fuentes, la pradera
    Y el alba misma.
Se movian á un tiempo
Todas las hojas
Y do quiera volaban
Las mariposas.
    Las mariposas
    Me parecen ser flores
    Que vuelan solas.
Qué verde el verde claro
Del alto fresno!
Qué azules cielo y hiedras,
Qué tibio el viento!
    Que tibio el viento
    Es cuando el sol de Otoño
    Viene saliendo.
Y qué bello salia,
Como si entónces
De lavarsé viniera
Detras del monte.
    Detras del monte
    Se asomaba risueño
    Virtiendo amores.
Yo riendo y jugando,
Sin advertirlo

Se llenó mi cabello
Con el rocío.
Con el rocío,
Tenia cada rosa
Su solecito.
Quien buscara á esas horas
A las estrellas
Y viera que en los cielos
No estaban ellas,
No estaban ellas,
Diria, porque estaban
Sobre la tierra.
Pasó la Aurora blanca
Linda y hermosa,
Tiñendo de colores
Nubes y rosas.
Nubes y rosas
Tan bellas, solo tiene
La blanca Aurora.
¿Mas por qué lloraría,
Madre del alma?
Porque yo lo oí, madre,
¿Por qué lloraba?
¿Por qué lloraba
Y sobre cada rosa
Dejó una lágrima?
—La Aurora, de las flores,
Niña, es amante;
Por eso llora al verlas,
Porque ella sabe,
Porque ella sabe
Que las flores se mueren
Luego que nacen.
—¿Y por qué regó el llanto
Mi cabellera?
—Sus lágrimas lloraban
Ay! tu existencia.
Ay! tu existencia
Será, niña, tan breve
Cual lo son ellas.

RAMON VALLE.

A RICARDO DOMINGUEZ.

Viajador fatigado que rendia
Su jornada, tocando la llanura,
Oyó al zenzontli en la hondonada oscura
Preludiar su amorosa melodía.

—

Deslumbrante la luna aparecia....
Y al borde de su nido en la espesura
Cantó la luz, la calma, la frescura,
Y la vega su canto repetia.

A la mañana el triste peregrino
Prosiguió su sendero de dolores
Resignado à la ley de su destino.

—

Asordaban el valle cazadores
Y al trovador halló junto al camino
Exangüe y aleteando entre las flores.

Orizaba, 1883 R. DELGADO.

EN LA ÚLTIMA PÁGINA
De la «María» de Jorge Isaacs.

AL SR. D. VICTORIANO AGÜEROS.

Robando á la floresta colombiana
La voz de sus palmares gemidores,
Al colibrí sus múltiples colores
Y su espléndida luz á la mañana.

—

A la encendida rosa su galana
Corona de diamantes tembladores,
Y á la desierta pampa sus rumores
Y sus tormentos á la mar lejana,

—

Con lágrimas del alma palpitante
Por el dolor supremo todavía,
Cantó el poeta de su fiel amante
El infinito amor y la agonía,
Y con él, admirado y sollozante,
Lloró el mundo la muerte de María.

Orizaba, 1882. R. DELGADO.

MIÉRCOLES DE CENIZA.

AL SR. DON JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

....*Nimium me crede*
colori.—Virg.

¡Cándido lirio, rosa de escarlata,
Negro heliotropo, mística violeta,
Del candoroso Adan la prole inquieta
Cuánto al vivo en vosotros se retrata!
Ostente aquel sus pétalos de plata:
Este, enlutado, siga al gran planeta,
Por vana á una, á la otra por secreta,
Un soplo frio á todos hiere y mata.
Si flor por flor solícito examino
A la escarcha primera, en sus despojos
Hallo el mismo color é igual destino.
Y vuelvo á mí, confieso mis arrojos,
Palidece mi faz, la frente inclino,
Y dos lágrimas ruedan de mi ojos.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

LA NOCHE.

MEDITACION.

Las sombras de la noche comienzan á extenderse. Los últimos rayos del sol semejan á la postrer mirada que un padre moribundo arroja á sus queridos hijos un momento ántes de cerrar sus ojos para siempre. ¡Tan sublime, tan melancólica así es la puesta del sol!

¿Te volveré á ver, astro radiante, ó se extinguirá tal vez la efímera llama de mi existencia, ántes que tu disco refulgente aparezca una vez más sobre el horizonte? ¡Ah! Será de nuevo saludada y bendecida por la naturaleza toda, la omnipotente mano de Aquel que te envia á vivificar con tu purísima lumbre este átomo del Universo, morada de la criatura, y quizá mi corazon habrá cesado de latir.

El breve sueño á que me voy á entregar, bien pudiera trocarse en el sueño sempiterno de la muerte, del cual solo la voz del Señor será poderosa á despertarme en un dia tremendo. ¡Oh cruel incertidumbre de la vida! ¡Oh certidumbre amarga de la muerte! Persigues por todas partes, acosas sin tregua al mísero mortal.

Mas ¡ay de aquel que no piensa jamás en su instante postrimero! Más le valiera no haber venido al mundo.

¡Inconsiderado mortal! Si has ofendido á otro hombre, te revuelcas agitado en tu lecho durante la noche, se niegan tus miembros al reposo, y por ventura te dueles de la ofensa; pero has agraviado al Autor de la vida, al que espiró por tí en la Cruz, y te arrojas indiferente en ese mismo lecho que acaso se convierte en ataúd, y no imploras el perdon de tu Dios, y ni un solo pensamiento le consagras, y ni una lágrima de expiacion te arranca el arrepentimiento.

¡Desventurado! ¿Ignoras lo que vale una lágrima á los ojos de Dios? ¿Desconoces la infinita misericordia del Padre de las criaturas? ¡Ingrato! ¿ó será más bien que apagada la aureola de la Fé que alumbraba tu alma, ha quedado tu espíritu envuelto en tinieblas, y andas con el puñal de la Duda clavado en el pecho? Te compadezco si así es, porque no te calienta el sol, ni te sabe el alimento.

Mas, ya lo veo; enferma de muerte está tu alma, porque tu corazon está helado, porque el lento cáncer de la indiferencia va carcomiendo tus entrañas.

Y no son, á fé, los infortunios y tribulaciones los que te han acarreado esa oculta enfermedad de que adoleces. ¡Ah! no. En el desierto de la vida hay una flor sin espinas, mas tambien sin aroma, á la cual llaman dicha los hombres insensatos. Por ella lo olvidan todo. El desdichado nunca olvida á su Dios. Su vida, semejante al rosal silvestre, produce cada año ménos rosas y tiene más espinas; pero en cambio cicatriza sus heridas el bálsamo de la Esperanza, el fanal de la Religion le alumbra en la tormentosa noche de la adversidad.

¡Endurecido pecador! Qué ¿ni una mirada levantas á esa bóveda espléndida en que se ven brotar estrellas á millares? Qué ¿no arrebatan tu amortiguada fantasía esos grupos de soles y mundos que llenan el espacio, y que relumbran como arenillas heridas por los rayos del astro de la luz? ¡Tantos son y tan remotos están!.... Bastante alcanzan tus mezquinos ojos ¡oh hombre! para conocer la misericordia infinita y la omnipotencia del Señor; pero no ven tus ojos ni oyen tus oidos.

Una exhalacion cruza el trasparente océano del vacío.... ¿No ves en ese fugaz meteoro la imágen de tu breve peregrinacion sobre la tierra?

En medio del profundo silencio de la noche, aun en la más apartada soledad, se percibe cierto murmurio blando y misterioso, no producido por la brisa, y que no es dable explicar. ¿Son, por ventura, las furtivas pisadas del Tiempo que va huyendo? ¿Son acaso las oleadas del manso rio de la vida que se deslizan en el océano de la Eternidad?

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

LOURDES.

Levavi oculos meos in montes.
Psal 120.

Dios las montañas ama. El valle triste
Se cubre de tinieblas y de horrores,
A la hora en que aun existe
El sol en la montaña
Y su cima se baña
Del sol en los brillantes resplandores
Y entre sus luces y esplendor se viste.
Suben los montes de la tierra al cielo
Y de la tierra al cielo un incensario
Son Líbano y Carmelo,
Siria y Tabor, Getzemaní y Calvario.
En los montes se apoya refulgente
El iris de bonanza
Que paz anuncia á la aterrada gente;
De ellos bajan las aguas
Cual símbolo feliz de la esperanza;
La blanca nieve en sus crestones mora,
Y los montes más altos del Oriente
Son los primeros en mirar la aurora.
Que bello es ver el horizonte inmenso
De luz azul en derredor teñido;
La tierra que se eleva poco á poco
Como si el mundo fuera
Por el cielo atraido,
Y aquel espacio inmenso
Y aquella inmensa esfera
Limitando los Andes giganteos!
¿Quién no dobla arrobado la rodilla?
Allí es grande no más el que se humilla,
Allí son imposibles los ateos.
Allí está el Tepeyac! Allí en la cumbre
Del nuevo Oreb, la zarza luminosa
Arde sin consumirse misteriosa
Para que al orbe mexicano alumbre.
Allí sonriendo con amor, un dia
La viste ¡oh nuevo sol que la acompañas!
Tambien va á visitar á las montañas
María, la purísima María.
Dejó su cielo y descendió amorosa
Para buscar amantes corazones,
Y tierna y bondadosa
Para impedir que el pueblo fuera ingrato,
Nos dejó su bellísimo retrato.
¡No ha hecho igual cosa á todas las naciones!
¡Oh! no ha hecho cosa igual; mas siempre nuestra
Ella que de los hombres no se olvida,
Y nuestra siempre por su amor movida,
Que es Madre del Amor y madre nuestra.

Grandes son los errores
Que al mundo cubren con espesas nieblas,
Los crímenes mayores
Que la conciencia envuelven en tinieblas;
¡Crímen y error aumentan cada dia,
Es nuestro mal profundo!
Son muy grandes los crímenes del mundo......
Pero es su amor más grande todavia!
Crímen, error y mal á Dios irritan;
Mas de María el corazon clemente
En crímen, mal y error, tan solamente
Miserias vé que su piedad excitan.
Y va al trono de Dios; allí cercano
De la justicia el ángel está presto
Para cumplir sus órdenes dispuesto;
La balanza terrible está en su diestra
Y eleva en la siniestra
El cáliz soberano
Que de Dios guarda la ira y los enojos;
Mas luego que á su Reina á ver alcanza
Y que Ella fija en él sus dulces ojos,
El los baja postrándose de hinojos
Caer dejando cáliz y balanza.
Dios mismo se levanta de su trono
Y hácia su encuentro viene,
Pero ella se detiene
Y empieza luego á orar con blando tono,
Y con las manos juntas en el pecho
A Dios clama con ruegos bien prolijos:
"Señor, dice, perdóname á mis hijos,
No saben lo que han hecho.
Llegue, Señor, de la clemencia el dia;
Mira á los hombres, sus maldades crecen,
No son mis hijos ya, no lo merecen
Pero yo soy su madre todavia."
Por el rostro de Dios pasa violento
Un relámpago de ira,
Al recordar los crímenes sin cuento,
Y la Reina suspira,
Y el cielo tiembla en su inmutable asiento.
Los ángeles están estremecidos
Y al suelo inclinan su aterrada frente,
Y se muestran al par entristecidos
Al mirar que la Reina se contrista;
Todo en silencio se halla y solamente
El Angel del enojo soberano
Sin levantar la vista
Vuelve á tomar el cáliz en la mano.
Ante el trono la Reina está inclinada;
Mas se levanta al pronto hácia Dios yendo
Firme y apresurada;
Alzó los ojos hácia el Solio Santo
Y exclamó sonriendo

Sin que acabara de enjugar su llanto:
"Yo soy la Concepcion Inmaculada."
  Tambien sonrió el Señor, su cetro de oro
Tendió lleno de amor hácia María,
Y al punto mil cantares
Los ángeles entonan á millares
Llenándose el Empíreo de alegría.
    Sube la Reina al trono reluciente
    De la Esencia Divina,
    Y allí su Hijo sentándola á su lado
    En su pecho amoroso la reclina
    Y la abraza su diestra omnipotente.
Y allí siente hácia el hombre desgraciado
Crecer su tierno amor, su amor de madre,
Y es que su pecho se halla reclinado
En el amante corazon sagrado
Del Hijo Eterno del Eterno Padre.
Y una nube de luz, brillante nube,
Un resplandor que en íris se colora
Nunca visto hasta entónces del querube,
Nunca visto del ángel,
Sol meridiano del color de aurora,
Envolvió el trono y deslumbró al arcángel.
    ¿Qué pasó en aquella hora?
    ¡Allí se decidió nuestro destino!
    ¿Qué pasó en aquella hora misteriosa
    Que fué de bienes perennal reguero?
    Tú lo sabes, *Espíritu Divino*,
    Que bajaste en el templo de tu Esposa
    A renovar la faz del mundo entero.

. . . .

. . . .

  ¡Qué bello es ver el horizonte extenso
De luz azul en derredor teñido!
La tierra que se eleva poco á poco
Como si el mundo fuera
Por el cielo atraido,
Y aquel espacio inmenso
Y aquella inmensa esfera
Limitando los altos Pirineos!
¿Quién no dobla arrobado la rodilla?
Allí es grande no más el que se humilla,
Allí son imposibles los ateos,
¡Allí está Masabiel! Allí en la cumbre
Del nuevo Oreb, la zarza luminosa
Arde sin consumirse misteriosa
Para que á todo el universo alumbre.
Allí sonriendo con amor un dia
¡Oh Bernarda feliz, la contemplaste;
Como ángel de la tierra allí gozaste
Del dulcísimo rostro de María.
Cuéntanos, niña por la Reina amada,
Cuéntanos su esplendor y su hermosura,

Dínos que es toda buena, toda pura,
Que Ella es la Concepcion Inmaculada!
Era cual blanca nieve su vestido,
Cual la nieve alumbrada por la luna,
Y la hermosa blancura de su velo
Que llevaba ceñido,
No es comparable con blancura alguna,
Y era su cinto de color de cielo,
¿A quién, Hija de Sion, á quién, Señora,
Te podré comparar, si eres más bella
Que la brillante matutina estrella,
Si eres más luz que la esplendente aurora?
¿Ni qué alabanza te podrá ser dada
Si eres, ¡oh, Vírgen! ¡la única escogida!
No solo sin pecado concebida,
Sino la Concepcion Inmaculada?
¿Y cómo por el hombre tu grandeza,
Cómo es posible que alabada sea,
Si eres tú más pureza que la idea
Que tiene el hombre aquí de la pureza?
¡Ah! no es posible, Vírgen, alabarte.
Ni dignamente pronunciar tu nombre;
Mas ¡alegría al corazon del hombre!
Pues tiene un corazon que puede amarte.
¡Bendito el que nos dió la alma sencilla,
Y quien el alma para amar ha hecho.
Bendito el corazon de nuestro pecho,
Porque dejar de amarte es imposible!
¡Bendita seas tú que á tí nos llamas,
Y que te amemos bondadosa quieres!
¡Oh bendita entre todas las mujeres,
Bendita seas tú porque nos amas!
Nuestra esperanza en este amor tenemos
Y por eso á Bernarda no envidiamos,
Te vió ella, mas nosotros que te amamos
La eternidad entera te veremos.
Deja que nuestra lengua á Dios alabe,
Pues comprendiendo nuestro inmenso anhelo,
Nos da su eternidad, nos da tu cielo
Para que nunca nuestro amor acabe.

RAMON VALLE.

DON FRANCISCO PIMENTEL.

I.

Este sabio filólogo mexicano, cuyo nombre figura dignamente entre los lingüistas más notables contemporáneos, y que con sus obras se ha conquistado la estimacion y el respeto de las principales corporaciones literarias del extranjero, nació el 2 de Diciembre de 1832 en Aguascalientes, capital del Estado del mismo nombre en nuestra República, hijo de los Sres. D. Tomás López Pimentel y Doña Mariana Heras Soto; ambos de familias muy distinguidas y de alta posicion en la sociedad.

El primero era mexicano, descendiente de español, y la segunda habia nacido en Santander, de la casa del Conde de Heras.—En 1833 vinieron á radicarse á México, abandonando á Aguascalientes, con el objeto seguramente de proporcionar á sus hijos una educacion esmerada, y aquí permanecieron hasta 1846, en que la guerra con los americanos les obligó á retirarse á Morelia. Esto cortó desgraciadamente el curso regular de los estudios de nuestro D. Francisco, comenzados en la capital, bajo la direccion del hábil profesor de primeras letras D. Miguel Rico, que fué tambien maestro de otros que con el tiempo se han distinguido en la literatura mexicana. En Morelia, sin embargo, estudió con fruto, latin, filosofía, física y retórica, y empleó ademas los conocimientos que anteriormente habia adquirido en otras materias. Publicó algunas composiciones poéticas que no conozco, y que él ha olvidado completamente, dejando desde entónces el cultivo de ese género literario.

En 1848 regresó su familia á México; mas no emprendió carrera alguna, y el señor su padre le dedicó á los negocios mercantiles. Ya por este tiempo, la aficion que el jóven Pimentel habia cobrado á los estudios y á las tareas intelectuales, le condujo fácilmente á las fuentes del saber y de la ciencia, haciendo que se entregará á la lectura con afan; y merced á su aplicacion, que era infatigable, pudo aprender por sí solo, ó con maestros particulares, el inglés, las matemáticas, comprendiendo en ellas la práctica de agrimensura; historia y literatura en todos sus ramos; agricultura, botánica y zoología.—"El parentesco con D. Joaquin García Icazbalceta (casado con mi hermana mayor) que posee una rica biblioteca de cosas del país, —dice el mismo Sr. Pimentel en unos apuntes que tengo á la vista,—me proporcionó dedicarme al estudio de la historia de México, y escribí sobre ella tres artículos en el "Diccionario de Historia y Geografía," publicado por Andrade, á saber: "Toltecas," "Texcoco" y "Michoacan." Por primera vez manifesté en uno de éstos, que los chichimecas no eran de la misma familia que los toltecas y mexicanos, como falsamente supusieron áun sabios como Clavijero, Humboldt y Prescott. Mi descubrimiento ha sido confirmado por Orozco y Berra en su *Geografía de las lenguas de México*."

En esa misma época, leyendo el Sr. Pimentel las obras filológicas de Renan; hojeando los preciosos libros escritos en idiomas indígenas de México, coleccionados por el Sr. Icazbalceta, y teniendo ya estudios más vastos del latin, y regulares conocimientos del griego y del hebreo, se afirmó definitivamente la principal inclinacion de nuestro autor, que fué el cultivo profundo y serio de los diversos ramos de la lingüística, sobre todo, en lo relativo á los idiomas primitivos que se hablaron en América. Dedicóse, en efecto, á este trabajo con una aplicacion extraordinaria y un celo asombroso; de tal modo, que al cabo de pocos años pudo comenzar á escribir su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*.—Es esta su obra más importante y laboriosa; extensa, profunda y erudita, que le ha dado fama y autoridad respetable ante los sabios y filólogos de América y Europa. Y por lo demas, ocioso es encarecer el servicio que con ella ha prestado el Sr. Pimentel á la historia y á la filología moderna, no solo por la indiscutible utilidad del trabajo y la gran influencia que puede ejercer en los estudios históricos americanos, sino tambien, y muy especialmente, porque con ese libro se han destruido trascendentales errores, se han abierto nuevos caminos á las investigaciones de los sabios, y se han facilitado multitud de curiosos estudios que ántes ni áun emprenderse podian.

Séame lícito hacer aquí, con este motivo, algunas breves consideraciones.

II.

Las lenguas han sido en todas épocas una de las fases que con mayor seguridad revelan la cultura de los pueblos: por medio de ellas se conoce su civilizacion, el estado moral é intelectual de los individuos, sus elementos de ilustracion y de progreso, y cuantas señales

pueden caracterizar á una nacion y á una raza, pues que sirviendo los idiomas para que los hombres se comuniquen entre sí, y las diferentes generaciones se trasmitan sus conocimientos, sus ideas y los adelantos que van alcanzando, natural y lógico es que en ellos queden huellas de las trasformaciones y cambios que sucesivamente se verifican en el seno de las sociedades. De aquí el altísimo interés que para los sabios, y sobre todo para las historiadores, tienen los estudios de la lingüística. Y poco importa que en ocasiones aquellos idiomas desaparezcan ó se pierdan, que se corrompan con el trascurso del tiempo, ó que reciban nuevo vigor y nueva vida de extrañas y más ricas lenguas; pues por más que la confusion se apodere de ellas, vienen la filología y la sana crítica á emprender una reconstruccion laboriosa: recogen las huellas y los restos que quedan, examinan los cambios que se han verificado, y auxiliándose eficazmente de la filosofía de la historia, lo estudian y lo analizan todo, establecen comparaciones, investigan la raíz y el orígen de las voces, y de este modo la luz aparece, las cuestiones históricas se ilustran, se aclaran las dudas, las vacilaciones desaparecen, y se confirman ó desmienten las conjeturas.—Tales son los admirables resultados que con facilidad sorprendente consigue la lingüística; y tal es tambien la plena seguridad de que está revestida la enseñanza que deja este género de estudios.

Tratándose de América y de sus lenguas indígenas, ¡cuánto más crece el interés de las investigaciones filológicas! Aquí donde una raza extraña vino á mezclarse con las que poblaban este continente, trayendo idioma propio y usos y costumbres nuevas; aquí donde existen centenares de lenguas y dialectos subdivididos hasta el infinito y complicados todos entre sí de tal manera, que esto daba orígen á confusiones de razas y de familias; aquí, en fin, donde poco á poco el castellano fué estableciéndose como el único medio de comunicacion entre vencedores y vencidos; aquí la cuestion de los idiomas indígenas tiene y ha tenido siempre una importancia capital, decisiva y de verdadera trascendencia en la resolucion de los problemas históricos.—Los sábios se veian ántes detenidos á cada paso en sus investigaciones por dificultades de todo punto insuperables, porque para todos era un misterio el intrincado laberinto de las lenguas indígenas de México: no habia una base fija para estudiarlas, no era posible seguir un sistema, ni ménos se conocia la filiacion de todas ellas y de los dialectos. Debido á esto, quedaban con frecuencia envueltos en las nubes de la incertidumbre muchos sucesos de nuestra historia antigua, tales como los que se referian al orígen de las razas, á sus emigraciones y divisiones, á sus costumbres y establecimiento en los territorios que ocupaban. Nada de esto podia explicarse satisfactoriamente, miéntras la filología no examinara y estudiara las diversas ramas del lenguaje mexicano. Esta imperiosa necesidad se hacia sentir tanto más, cuanto que, áridos en sí estos estudios, tenian pocos cultivadores, y los elementos que para emprenderlos eran menester, se hallaban diseminados en México, estaban en peligro de perderse, y eran además raros y difíciles de encontrar.

A remediar esta necesidad y á llenar tan lamentable vacío, acudió generosamente el Sr. Pimentel, para lo cual le sirvieron de seguro guía, como ántes he dicho, los tesoros bibliográficos coleccionados por el Sr. Icazbalceta. Los primitivos misioneros españoles que vinieron á América, llenos de zelo por abrir los ojos de los indios á la luz de la civilizacion cristiana, no perdonaron medio ni sacrificio alguno para llenar completamente su mision, por más que inauditas dificultades y penosos contratiempos intentaran detenerlos en su camino. Una de aquellas, acaso la mayor, fué su ignorancia de las lenguas de los indios. Pero no retrocedieron, ántes parece que se redobló su ardor, que se avivó su entusiasmo, y que creció más y más la sublime caridad de que estaban anima-

dos. Con una paciencia y una abnegacion dignás de las recompensas del cielo, aquellos beneméritos varones se dedicaron á aprender los idiomas indígenas, á fin de que la palabra evangélica fuera más simpática al corazon de los neófitos y se asiera con mayor facilidad á su memoria. Y no contentos luego con haber visto cumplidos sus deseos, quisieron ensanchar sus trabajos para que así pudieran derramar mayores beneficios; entonces comenzaron á escribir libros de enseñanza religiosa y de otros géneros en los mismos idiomas de los indios; libros que, como es sabido, fueron impresos en las primeras imprentas que vinieron al Nuevo Mundo.—Al frente de estos sacerdotes bienhechores de la humanidad, aparece la simpática figura del P. Fr. Andrés de Olmos, verdadero tipo de los misioneros de América, que "sobre todos tuvo dón de lenguas, segun Mendieta, porque en la mexicana compuso el arte más copioso y provechoso de los que se han hecho, é hizo vocabulario y otras muchas obras, y lo mesmo hizo en la lengua totonaca y en la guasteca, y entiendo que supo otras lenguas de chichimecos, porque anduvo mucho tiempo con ellos." (1) A su lado pueden citarse dignamente los PP. Fr. Alonso de Herrera, Alonso Rengel, Arnaldo de Bassacio, Juan de Gaona, Bernardino de Sahagun, profundo y habilísimo en la lengua mexicana, segun el mismo Mendieta; Fr. Alonso de Escalona, Alonso de Molina, Luis Rodriguez, Juan de Romanones, Maturino Gilberti que escribió en tarasco, y Fr. Francisco de Toral, que fué el primero en aprender la lengua popoluca; Fr. Andrés de Castro, que compuso un arte y vocabulario, y doctrinas y sermones en matlazingo, y Fr. Pedro de Palacios en otomí: y así otros muchos.

Imposible es hoy, despues de los siglos que han trascurrido, formarse idea de aquellos "*hercúleos trabajos filológicos de los primeros misioneros*, como los califica un eminente escritor nacional, é imposible tambien saber apreciar justamente la heróica paciencia, la incansable laboriosidad, la sorprendente y admirable abnegacion de aquellos sublimes soldados de la cruz. Empero, fácil es reconocer que sin ellos los indios no habrian recibido tan pronta y eficazmente la luz evangélica, ni hoy seria posible emprender trabajo alguno filológico relativo á los idiomas indígenas.

(1) Historia Eclesiástica Indiana, cap. XLIV.

Instruidos ya en el cristianismo los hijos de estas tierras, acostumbrados al modo de hablar español, y habiendo muchos de ellos "olvidado el que usaron sus padres, y abuelos, y antepasados," (1) se abandonaron en México los estudios lingüísticos, y durante los tres siglos, tan solo por la tradicion, por los libros de los misioneros y las aficiones de algunos sabios, se mantuvieron y se vinieron trasmitiendo aquella clase de conocimientos; pero por desgracia, la imperfeccion de este sistema extravió á los investigadores, de modo que, habiendo agotado sus fuerzas en inútiles comparaciones, único medio empleado por ellos en sus estudios, "llegaron exánimes al siglo XIX, sin traernos otro resultado que la reproduccion del prodigio de Babel en la confusa masa de sus discordantes sistemas."—En los últimos tiempos, el sábio y benemérito carmelita mexicano, Fr. Manuel de S. Juan Crisóstomo Nájera, D. José Fernando Ramirez, D. Faustino Chimalpopoca, y tal vez algunos otros, eran los únicos que en materia de filología mexicana disfrutaban de autoridad; mas lo que ellos hicieron, el órden seguido en sus trabajos y lo incompleto de éstos, no bastaban á llenar las necesidades de que adolecia nuestra historia; y hé aquí el orígen de la resolucion del Sr. Pimentel, de formar una obra completa que pudiera auxiliar eficazmente á nuestros sabios y á nuestros historiadores. En ella adoptó un plan lógico y razonado, se ciñó á los preceptos que la crítica establece para este género de labores, y siguió en todo el método y el sistema que reclaman los adelantos modernos de la ciencia de la lingüística. "Es nece-

(1) Mendieta, obra citada.



sario—dice el sabio filólogo aleman Schleicher—no solo estudiar las lenguas, sino tambien compararlas entre sí, y tan cierto es esto, que no seria posible conocer una sola sin poseer el conocimiento de las otras, abarcándolas con una ojeada general y penetrante."

Siguiendo, pues, el Sr. Pimentel estos consejos, escribió su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, bajo el siguiente acertadísimo plan: en la primera parte, que llama "descriptiva," explica con precision y claridad los idiomas mexicanos con la pureza posible, esto es, separándolos, hasta donde es permitido hacerlo hoy á la lingüística, de las formas latinas y españolas con que los desfiguraron los antiguos gramáticos; en la segunda, "comparativa," compara y clasifica los idiomas indígenas, segun lo aconsejan los principios de la filología moderna; y por último, en la tercera, "crítica," juzga los mismos idiomas conforme á las reglas del buen criterio, y les aplica las teorías actuales sobre el lenguaje para ver si las confirman ó las desmienten.

Esta obra laboriosa, cuyo solo plan basta para reconocer su importancia, ha proporcionado al Sr. Pimentel triunfos y satisfacciones muy lisonjeros, y ha merecido por ella honrosísimas y espontáneas distinciones.—Cuando apareció el primer tomo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística nombró en comision para que lo examinaran á los Sres. D. José Fernando Ramirez, Dr. D. José Guadalupe Romero y D. Manuel Orozco y Berra, quienes presentaron un dictámen que honra y hace cumplida justicia al autor; y el Instituto Imperial de Francia le invitó en Noviembre de 1863 para que presentara su libro en el concurso de lingüística abierto anualmente por esa Corporacion. Tambien el Baron de Gagern, en su *Apelacion de los mexicanos á Europa*; el sabio aleman Justo Perthes, en las *Comunicaciones del Instituto Geográfico*, y el Dr. Buschmann, de la Academia de Berlin, en muy expresivas cartas, tributaron merecidos elogios al laborioso filólogo mexicano, llegando el último á decir: que "nunca hubiera pensado que se hallara en México un hombre que juntase tantas lenguas indígenas, y con tanta habilidad de concepto."

Al aparecer el segundo tomo, la misma Sociedud Mexicana de Geografía y Estadística premió al Sr. Pimentel con una medalla, y el célebre Trübner dijo en Londres lo siguiente en su *Revista Americana y Oriental*: "La obra de Pimentel es, sin disputa, el más rico presente que se ha hecho á los lingüistas americanos desde que apareció el tercer tomo del *Mitridates* de Adelung. Sobrepuja, en verdad, á cuanto hasta aquí se conoce de los escritores mexicanos, aun entrando en parangon el mérito indisputable del P. Nájera, quien se limitó al estudio de la lengua otomí, mientras que D. Francisco Pimentel analiza en el primer tomo de su obra nada menos que doce idiomas, sin contar la inmensa superioridad que sus conocimientos en la ciencia de la lengua, y su esmerada erudicion respecto á los últimos resultados de la escuela europea, le dan sobre su distinguido precedesor.—La introduccion á la obra es más bien una ojeada acerca del conocimiento de la historia y de la ciencia moderna de la lengua, con relacion á la filología americana. Está escrita con claridad y buen juicio, y en ella se descubre que el autor conoce profundamente á los lingüistas de Europa, aun los más modernos, como A. Schleicher, Alb Weber, y otros; lo cual sorprenderá á los europeos que están acostumbrados á ver á México como un país apenas salido de la ignorancia." El mismo Trübner agregó despues, con motivo del análisis que hizo del segundo tomo del *Cuadro descriptivo*, "que los jueces más competentes é imparciales proclamaban la obra del filólogo mexicano como la más importante que sobre lingüística habia aparecido en América."

"Más extensamente—dice un biógrafo del Sr. Pimentel;—la comision de lingüística de Paris, representada por Mr. Aubin, presentó su juicio sobre la obra de que venimos hablando; juicio muy

favorable que consta en los archivos de la Comision científica de México. Mr. Aubin hace al autor algunas observaciones de poca importancia sobre puntos secundarios y de fácil contestacion; pero manifiesta que considera á Pimentel como un sabio, igualmente simpático por la elevacion de su carácter como por la extension de sus conocimientos; reconoce en la Introduccion una de las mejores partes de la obra, recomendable por su órden, exactitud y moderna erudicion; y cree, en fin, que los detalles son prueba de un profundo amor al estudio, de una viva inteligencia y de una aptitud notable para los trabajos lingüísticos."

Por último, habiendo presentado el Sr. Pimentel su obra al concurso de filología comparada, celebrado en Paris en Octubre de 1876, y al de filología Volney, convocado por el Instituto de Francia, fué premiada en ambos con una medalla de oro; pruebas evidentes de que todos reconocen el saber profundo y á la vasta erudicion filológica de este mexicano distinguido.

En 1874-1875 se hizo una nueva edicion del *Cuadro descriptivo* en la cual las anteriores fueron mejoradas y enriquecidas notablemente por el autor.

III.

Como descanso á aquellos trabajos lingüísticos, que principalmente han ocupado la atencion del Sr. Pimentel, nuestro autor ha escrito y publicado en diversas épocas otras obras literarias, que, siendo de grande influencia y utilidad en la literatura y en las cuestiones históricas y sociales de la República, han contribuido mucho á afirmar y aumentar su reputacion.—En 1864 dió á luz una "Memoria sobre la raza indígena de México," dividida en cuatro partes: los indios en la antigüedad, — la conquista y la predicacion del Evangelio,—las leyes de Indias—y situacion actual de los indios; libro que mereció entusiastas elogios de la prensa, y del cual se ocuparon detenidamente algunos escritores mexicanos, y otros de Alemania, Francia y los Estados Unidos. Despues publicó otro curioso estudio con el título de "La Economía política aplicada á la propiedad territorial de México," que tambien fué juzgado favorablemente, merced á sus observaciones juiciosas y oportunas, y á la claridad y acierto con que aparecen expuestas. En el periódico literario EL RENACIMIENTO, y más tarde en EL DOMINGO, comenzó á ofrecer al público su interesante é inestimable "Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos," que es una série de estudios literarios, llenos de novedad y de atractivo, de fundados juicios y amena erudicion, dignos de figurar en primer término entre los materiales que más tarde han de servir para formar la historia de la literatura mexicana. Segun el plan de esta obra, el Sr. Pimentel examinará á la luz de una crítica ilustrada, imparcial y severa, las composiciones de Sor Juana Inés de la Cruz, Sartorio, Navarrete, Ochoa, Ortega, Sanchez de Tagle, Rodriguez Galvan, Gorostiza, Calderon, Pesado, Carpio y Valle. Hasta hoy, el público solo ha podido leer algunos de estos estudios.

Entre los trabajos sueltos del Sr. Pimentel, merecen particular mencion las disertaciones y dictámenes leidos en la Sociedad de Historia Natural, y en la Academia Mexicana de ciencias y literatura, á saber: una, "sobre si la lingüística puede considerarse como una ciencia natural, como lo quieren algunos sabios;" otra, sobre la vida y méritos literarios de la poetisa Safo; un juicio crítico de las Fábulas de D. José Rosas, y otro, sobre una composicion poética de D. José Monroy; un discurso sobre el *otomí;* y finalmente, un notable opúsculo de 127 páginas sobre la poesía erótica de los griegos, que sirve de impugnacion á otro discurso de D. Ignacio Ramirez leido en el Liceo Hidalgo de esta ciudad. Este escrito del Sr. Pimentel es, en mi sentir, una pieza literaria de gran valía, por su abundante erudicion clásica, sus juicios rectos y severos, su galanura de diccion y el gran caudal de noticias literarias que contiene, y que verdaderamente instruyen y deleitan al lector; por él se ponen de

relieve, ademas, la ilustracion del autor, y la profundidad, variedad y solidez de sus conocimientos.

Hoy el Sr. Pimentel continúa escribiendo su "Biografía y crítica de los poetas mexicanos;" prepara para la prensa sus "Escritos Diversos," que dividirá en cuatro partes: Historia, Literatura, Lingüística, Economía política, y se ocupa en formar una "Historia de la literatura de México, amena y científica," aprovechando los numerosos trabajos que ya ha publicado en los periódicos.

Concluiré este artículo diciendo, que el Sr. Pimentel fué nombrado en 1865 Ministro de México en Madrid por el emperador Maximiliano, puesto que no llegó á ocupar; y que es miembro de catorce corporaciones literarias nacionales y de doce extranjeras, figurando entre las primeras la Sociedad de Geografía y Estadística y la Academia Mexicana Correspondiente; y entre las segundas, la Academia Histórica de Nueva York, la de Anticuarios de Filadelfia, la Sociedad Antropológica de Nueva York, la de Arqueología Americana y la Etnográfica de Francia, la Sociedad Geográfica de Viena, y otras tan sabias como respetables y distinguidas.

VICTORIANO AGÜEROS.

HORAS SÉRIAS.

I.

¡Cuán triste hallo mi hogar! ¡Cuánto su entrada
Lóbrega, y el asilo todo estrecho,
De cuyo umbral amigo largo trecho
Mi planta—el alma no—tuve alejada!
En la alcoba, la luz amortiguada
Parece dibujar en muro y techo
Las sombras de la muerte, junto al lecho,
Quieta y con faz benévola, sentada.
Dejo en tierra el bordon del peregrino,
Y a los brazos ya trémulos acudo
Que el paternal afan abrió en mi ausencia;
Y al sentir su calor, siento que el rudo
Golpe con que amenázame el destino
Quiere templar la celestial clemencia.

II.

Su vigoroso cuerpo, su faz noble,
De la virtud benévola trasunto,
Demacrados están; le hirió en un punto
Del tiempo y del dolor el arma doble.
Fija la vista, en actitud inmoble,
La voz opaca y el color difunto,
Casi cadáver ya, parece junto
A la ruta comun segado roble.
Pero fuerte su diestra todavía
Mi mano estrecha y pósase en mi frente,
Cual otro tiempo, á bendecirme pía.
La diestra amada besa reverente
El hijo, y luego..... en su escabrosa vía,
Que le conduce y le conforta siente.

III.

¡Todo acabó! Del labio semiabierto
Casi aun se exhala el postrimer suspiro:
Tibia su diestra palpo, fijas miro
Sus pupilas en mí; pero ya es muerto.
El ave, libre al fin, huye al desierto
Y torna alegre á su natal retiro;
Va ascendiendo el perfume en blando giro:
La combatida nave ancla en el puerto.
De la flaqueza y de la angustia humana
En el Getsemaní lloremos hora;
Que á tal dolor la fortaleza es vana.
Y oremos al Señor, á quien adora
En su presencia el justo, y de quien mana
El solo alivio al ánima que llora.

IV.

Tras la agonía en calma y sin delirio,
Y el tránsito dichoso del cristiano,
Ahí tendido está: brilla en su mano
La efigie de Jesus en su martirio.
La dulce palidez del blanco lirio
Baña la grave faz del noble anciano,
Y de su frente en el cabello cano
Refleja su fulgor crujiente el cirio.
Bien la sagrada efigie lleva al pecho
Quien le opuso de Cristo en las banderas,
De la impiedad al ímpetu deshecho;
Y hasta en las horas del vivir postreras
Tuvo, feliz bajo el humilde lecho,
A la fé y la virtud por compañeras.

V.

Reina la media noche silenciosa,
Y la brisa en la alcoba iluminada,

Por el balcon abierto entra callada
A besar el cadáver cariñosa.
Suele en fúnebre música armoniosa
Llegarnos el rumor de la cascada,
Y, eco de tempestad ya disipada,
La voz del Tuxtla amenazarnos osa.
Libre y feliz el alma tuya en tanto,
Ni oye el volcan, ni ve noche sombría,
Ni el que tus hijos vierten largo llanto.
Más, embargada en mística alegría,
Se sienta en su heredad del monte Santo,
Donde eterna es la paz y eterno el dia.

VI.

El sér humano, apoyo, amor, consejo,
Luz, te debí desde mi infancia tierna,
Como el alma al Criador. La voz paterna
Extinguióse, mas no de oirla dejo.
Señalaste á mi espíritu perplejo
Triunfante la verdad hermosa, eterna,
Del ciego error que ruge en su caverna,
Nuevo en la forma, en la sustancia viejo.
De los vaivenes de la suerte iguales,
Y uno al otro los dos sosten y abrigo,
Compartimos aquí bienes y males.
Y hoy, padre, amado padre, hermano, amigo,
Hoy, al verte salir de estos umbrales,
Roto mi corazon, se va contigo.

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

GERARDO EL CIEGO.

(CONTINÚA.)

—Los discípulos de Lutero y de Calvino creen que la confesion es de orígen humano.

—No, hijo mio; no lo han creido ni Calvino ni Lutero, pero les ha convenido decirlo. ¿Qué leeis en el libro sobre que descansan todas las creencias cristianas? Nuestro Señor dijo á Pedro, jefe de los apóstoles y de los sacerdotes de la ley nueva:

"Os daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligáreis sobre la tierra, será tambien ligado en los cielos, y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos."

¿Podria algun hombre desatar los peados que no conoce? ¿Y cómo los conoceria si no es por la confesion del pecador que se los declara voluntariamente?

La necesidad de la confesion auricular está en estas palabras que la Iglesia, fundamento de la verdad, ha interpretado siempre en este sentido; la confesion establecida por Dios mismo, es un rasgo admirable de su misericordia y de su bondad, porque permite el arrepentimiento y la esperanza al pecador caido, y responde á esa necesidad de confidencia y expansion que existe en el fondo de cada corazon humano. Da á cada hombre en sus dudas y miserias un amigo fiel, obligado en virtud de un sacramento divino, á guardar el secreto y á socorrer las almas que se derraman en su seno.

Y los doctores de tal herejía han de tal modo comprendido la excelencia, utilidad y necesidad de la confesion, que no han jamás osado suprimirla enteramente.

Lutero y Calvino la han aconsejado: la confesioon de Hapsburgo la recomienda igualmente: en nuestros dias los luteranos de Nuremberg, acaban de despachar una embajada al emperador Cárlos V, para suplicarle que restablezca entre ellos, por un edicto, el uso de la confesion; pero los edictos del poderoso emperador no podrán jamas dar á los ministros de la heregía este poder que reside en el sacerdocio católico y la justa confianza que inspira á los fieles. ¿Qué pensais de esto, querido amigo?

Gerardo, vacilante, embarazado, se disponia á contestar, cuando se abrió la puerta y Beatriz entró saludando al religioso.

El ciego se apresuró á cambiar la conversacion. Mandó á su hija que ofreciese al padre Atanasio la limosna que le destinaba, y preguntó á aquel:

—Padre mio, ¿pensais volver pronto á los Estados berberiscos?

—Lo ignoro; estoy á discrecion de mis superiores, y si lo mandan volveré con alegría enmedio de los pobres esclavos. ¡Dichoso si vivo y muero por ellos!

—¡No volvereis ya á vernos, padre

Atanacio?—preguntó Beatriz con voz juvenil y santa osadía.

—Sí, hija mia, si maese Gerardo lo considera bueno y mis visitas no le son molestas.

—No, padre mio,—respondió el ciego—volved y esperándoos reflexionaré sobre la conversacion que acabamos de tener juntos.

—Adios, pues, hijo mio, y que sea con vos la bendicion del Señor.

Beatriz acompañó al anciano, y al dejarlo le dijo en voz baja:

—Debeis orar mucho por mi padre, querido padre Atanasio, porque es desgraciado y para que el buen Dios nos oiga: hé aquí esta limosna mia para los pobres cautivos.

Diciendo estas palabras, deslizó en la mano del religioso una moneda de oro, la única que poseía, humilde ofrenda de la inocencia para la desgracia, ofrenda que debia crecer y fructificar delante de Dios.

VI.

Consecuencias de una desgracia.

Cualquiera que os honre señor, está seguro que si le experimentais durante su vida, será coronado, si lo afligís, será libertado; y si lo castigais podrá obtener misericordia.—Job. III.

Hasta aquí la familia del Maestre Gerardo habia disfrutado de un ámplio bienestar fruto de un comercio próspero y dirigido con prudente osadía.

Este bienestar habia alimentado grandemente el orgullo de Gerardo, quien se consideraba como el creador de su fortuna y atribuia á sus solos méritos la prosperidad de sus negocios y la buena fama de su rótulo. Por eso, Dios que le amaba, quiso abatir esta vanidad y visitar por la desgracia esta casa ántes floreciente, porque la desgracia es el embajador de Dios en nuestras almas; las experimenta, purifica, humilla, desprende y rompe los lazos que las unen á la tierra; y desprendidas ya de los bienes superfluos las eleva al cielo por una union más íntima con la voluntad divina. "El hombre justo preso de la desgracia es un espectáculo digno de la divinidad," ha dicho un pagano; noble pensamiento y digno de una pluma cristiana, porque en efecto, qué homenaje más santo se puede ofrecer á la justicia y á la bondad de Dios que no sea este grito de una alma agobiada por la desgracia, y que del seno de su agonía repite confiada y sumisa: ¡Dios mio, no se haga lo que yo quiero sino lo que vos quereis!

La ruina de la fortuna de Gerardo no se hizo en un dia, su comercio declinó, las compras fueron ménos numerosas, tiendas rivales se establecieron y atrajeron la multitud de los compradores; infieles corresponsales hicieron sufrir grandes perdidas á la familia, é insensiblemente en ménos de diez y ocho meses la persona del ciego estuvo muy reducida, y las escaseces mal disfrazadas se sentaron en el hogar doméstico. La larga enfermedad y la ceguera de Gerardo habian sido la primera causa de esta desgracia. Miéntras que la Sra. Catarina prodigaba sus cuidados á su marido, los clientes abandonaban la tienda, y poco á poco perdieron hasta el recuerdo de la *Nave de Oro* tan brillante en otro tiempo.

Algunas economías habian sido hechas durante los años de abundancia, pero Gerardo las habia confiado, convertidas en mercancías, á ese mismo buque que habia llevado á su hijo Jorges y cuyas noticias esperaban en vano. Este prolongado silencio y las terribles dudas que hacia nacer, afligian la familia mucho más que las pérdidas de dinero.

Gerardo soportaba aquellas con orgullo, Catarina y su hija con dulce resignacion, y la union que reinaba entre ellos hacia ménos amargas las privaciones que trae la pobreza. Abatido por su enfermedad, humillado por los reveses, madurado por la reflexion, por las secretas vueltas sobre sí mismo, el ciego comprendia el precio de la ternura generosa de que su mujer y su hija le rodeaban; la desgracia habia desarrolla-

do en su alma la sensibilidad y la necesidad de afeccion; podia inspirar y comprender estos sentimientos celestiales, consuelo de nuestro destierro aquí abajo, los cuales ligan el esposo á la esposa, el padre á sus hijos; pero existia sin embargo un testimonio de adhesion que habia rehusado á los suyos hasta entónces; era la vuelta á la misma creencia y la union en las prácticas religiosas.

Conmovido tal vez por las conversaciones del padre Anastasio, Gerardo habia retrocedido hasta entónces delante de una manifestacion auténtica de sus errores, y nadie podia penetrar al fondo de su alma, en la que la herejía habia hecho tan profundos estragos. Catarina se desesperaba á veces, y repetia:

—¡Mi marido ha vuelto para mí! ¿por qué, Dios mio, no ha vuelto para vos?

—¡Confianza!—decia el padre Atanasio,—todos los dias son del Señor, uno está marcado entre todos, en el que los ángeles se estremecerán de alegría á la vuelta de este pobre pecador.

—Madre mia,—decia Beatriz,—¿María, á quien nosotros oramos nos abandonaría? .... esta seria la primera vez desde que está en el cielo!

La familia vivia de este modo unida, pero pobre, entristecida por el silencio de Jorges, de quien no recibian ninguna noticia. Un dia, uno de los ricos negociantes de la ciudad, entró á la tienda en la que la señora Catarina trabajaba muy pensativa, acordándose de su hijo bien amado; el comerciante la saludó y la dijo:

—Señora Gerardo, acabo de recibir una carta de Marsella en la que se halla inclusa una esquela para vosotros. He querido traerla yo mismo. Hela aquí.

Conmovida, trémula como todas las personas que sufren el tormento de una perpétua esperanza, Catarina tomo la carta y dió gracias al comerciante.

—¿No teneis noticias de vuestro hijo?—le dijo.

—¡Ay de mí!—no señor.

Al mismo instante dirigió la vista sobre la carta que tenia en la mano, y exclamó:

—¡Santa Madre de Dios! diriase que esta es la letra de mi querido hijo Jorges!

—¡Por Marsella! buena señora, esto es casi imposible. Sea lo que fuere, os deseo á vos y á él, felicidad y bendicion.

El mercader se fué, y Catarina, con la carta en la mano, corrió á la recámara de su marido.

VII.

La Carta.

¡Desgraciado de mí! Porque mi destierro se ha prolongado, he habitado en las tiendas de Celtar, allí mi alma ha sido extranjera.
P. S. C. XIX.

—Una carta,—dijo ella al entrar.

—¿Qué teneis pues, Catarina?—preguntó el ciego cuyos ejercitados sentidos habian sorprendido alguna alteracion en el timbre de la voz.

—¿De quien viene esa carta?

—Viene de Marsella.

—Viene de mi hermano, ¿no es así?—exclamó Beatriz que habia adivinado tambien en el alma de su madre una emocion desusada.

—¡Es cierto, Catarina!

—Lo creo.

Abrió la carta con mano temblorosa y la pasó á Beatriz, quien la miró, palideció y guardó silencio.

—Y bien,—exclamó Gerardo,—leed, pues. ¡Oh! ¡por qué soy ciego!

Beatriz se arrodilló sobre un pequeño banquito, colocodo al pié de su padre, y comenzó á leer con trémula voz, mientras que Catarina, como helada anticipadamente por un funesto presentimiento, ocultaba el semblante entre sus manos.

"Mi querido padre y mi querida madre."

—¿De dónde escribe? ¿Cuál es la fecha? interrumpio Gerardo.

Beatriz titubeó.

—Habla, pues,—repuso imperiosamente su padre.

—¡Ay de mí, hija mia, habla; puesto que vive, todo lo podemos sufrir!

Beatriz obedeció y con una voz apénas inteligible leyó:

"Mi querido padre y mi querida madre:

"¡Cuánta pena os va á causar mi carta! Sufro ya vuestros pesares, y conozco que aumentan los mios. El sobre de mi carta os ha indicado mi suerte: soy cautivo de los berberiscos, y sumido en las cárceles de una antigua ciudad, situada á cuatro leguas del Mediterráneo en el reino de Fez. Nuestro buque ántes que hiciera vela para la Florida, debia, como lo sabeis, tomar en Burdeos una gran parte de su cargamento. Una tempestad furiosa nos asaltó en el golfo de Gascuña, y echó sobre las costas de España nuestro buque medio desarbolado; erramos así durante tres dias hasta la altura de las islas Barlinas, donde el cielo puso el colmo á nuestros males. Estábamos todos reunidos sobre la cubierta cuando el vigía señaló una carabela berberisca bien conocida por su bandera, que llevaba cabezas de muertos y huesos en cruz. Este corsario nos daba caza, y su marcha siendo muy superior á la de nuestro buque no tuvo trabajo para alcanzarnos. Nuestros valientes marineros diepenses hicieron prodigios de valor y traté de imitarlos. ¿Pero qué podiamos hacer contra un enemigo más numeroso que nosotros, vigorosamente armado y acostumbrado á semejantes expediciones? Afligiria vuestro corazon, bien amados padres, describiéndoos los duros tratamientos y las infamias que sufrimos.... Representaos solamente á vuestro pobre hijo, vendido en el mercado como un animal hecho la propiedad de un dueño, sufriendo sus leyes y caprichos y sin más consolación que una débil, muy débil esperanza de libertad y de vuelta hácia la patria, hácia la casa paterna. Mi dueño me ha llevado á Tetuan, trabajo para él durante el dia, habito de noche con unos infelices compañeros de esclavitud, una prision subterránea en la que duermo, si dormir puedo, encadenado, encima de un poco de paja.... Desde allí es desde donde os escribo á la luz de una antorcha de resina que uno de mis compañeros logró encender.... otro me dió un poco de papel y una pluma, escapados á las pesquizas de nuestros tiranos.... Cuando trabajare en las orillas del mar, en la casa de recreo de mi dueño, procuraré deslizar la carta á algun marinero.... ¡Haga el cielo que os llegue! Podrá disipar alguna inquietud, porque quizás me creeis salido de este mundo; pero ¡cuántas angustias vendrá á despertar en el fondo de vuestro corazon! La fortuna que habiais confiado á nuestro buque ha caido en manos de los corsarios, y el rescate que exijen de mí excederia á lo que os queda.... no me atrevo á decir nada, no puedo más que abandonar mi suerte en las manos de la Providencia.... No sé, queridos padres y vos buena hermanita, si volvereis jamás á verme; no sé si no permaneceré siempre huérfano y desterrado sobre esta tierra de miseria y de cautiverio; pero suceda lo que suceda, el pobre esclavo vivo ó muerto no dejará de amaros y de orar por vosotros, porque abandonado como lo estoy, siento la necesidad de orar, y cada dia recuerdo las lecciones de mi piadosa madre. A vuestra vez, bien amados padres, orad por vuestro hijo; querida Beatriz, ora por tu hermano.—JORGES GERARDO."

La lectura de esta carta se concluyó en medio de los sollozos.

—¡Oh hijo mio, hijo mio!.... exclamaba la desconsolada madre.

—¡Porqué haberte mandado tan léjos, decia el ciego acabando de expresar este pensamiento interrumpido, soy culpable, lo soy!

—¡Y mi hijo no conoce todas nuestras desgracias! añadia Catarina mirando á su marido, que ya no podia verla.

—¿Cómo rescatarte? dijo con timidez Beatriz.

—Vendiendo todo cuanto poseemos. Antes mendigar que ser privado de mi hijo, exclamó todavía Gerardo. Pero recobrándose derrepente, dijo con amargura.... Sí, mendigaria si estuviese solo en el mundo, pero vosotras Catarina, Beatriz....

Fué interrumpido.

VIII.

Esperanza.

Desde lo alto de su santidad, el Eterno ha mirado; desde las alturas del cielo ha dirigido los ojos á la tierra para escuchar los gemidos de los cautivos, para libertar á las víctimas destinadas a la muerte.—S. C. I.

Acababa de entrar el padre Atanasio: vió con una ojeada la profunda desolacion impresa en todos los semblantes y acercándose apretó la mano del ciego y dijo:

—¿Qué teneis, pues, hermano mio? Pareceis conmovido; la señora Catarina y mi hija Beatriz derraman lágrimas. ¿Qué os ha sucedido?

—¡Oh! padre mio exclamó Catarina con agitacion, ved, leed esta carta de nuestro pobre hijo, nos dareis quizás un buen consejo.

El religioso tomó la carta y la leyó.

Gerardo permanecia callado, perdido entre amargos y sombríos pensamientos, no parecia prestar atencion alguna á lo que pasaba en su alrededor.

Las dos mujeres fijaban sobre el anciano sacerdote inquietas miradas y parecia que sus almas estaban suspendidas de la primera palabra que sus labios iban á pronunciar.

Leyó la carta lentamente, la dobló; reflexionó un poco y acercándose á Gerardo le dijo con dulzura y sencillez:

—Iré á Tetuan y procuraré traer á vuestro hijo.

—¡Oh servidor de Dios, exclamó Catarina echándose á sus piés, haced esta obra y que todas las bendiciones de Dios caigan sobre vos!

—¡Qué! exclamó Gerardo, miéntras que las lágrimas brotaban de sus apagados ojos. ¿Qué, padre Atanasio, hariais ésto?

—Hijos mios, dijo el anciano, trabajando por la libertad de vuestro hijo no hago más que lo que me prescriben mis votos. Estoy, lo sabeis, dedicado al servicio del Señor y á la redencion de los cautivos, y delante de los santos altares, he contraido la sagrada obligacion de consagrarles mi vida y de exponerme aun á la muerte por su salvacion y su libertad. Lo que hago es, pues, una simple consecuencia de mi primera obligacion.

—¿He ireis al Africa?

—Debo partir dentro de pocos dias, y venia aun para suplicaros que recibieseis mi despedida. ¡Bendito sea el Señor que me ha traido á vuestra casa á la hora de la afliccion! Ahora conozco por experiencia la obra que debo desempeñar, y buscaré á vuestro hijo, y os lo devolveré.

—Reuniremos de aquí á pocos dias el dinero necesario á su rescate, dijo Catarina con timidez.

El padre Atanasio miró á Gerardo con bondad y meneando la cabeza dijo:

—No, mi querido hermano, el señor os ha experimentado con miras de justicia y de misericordia; han disminuido vuestros bienes y no podrias alcanzar el rescate de vuestro hijo si no es privandoos de lo necesario para la vida. No sucederá así; la órden de la redencion tiene algunos recursos, y por otra parte, para los cautivos somos mendigantes lo mismo que viajeros, pedir á los ricos del siglo el óbolo que ha de salvar el alma y el cuerpo de nuestros hermanos, es dulce para nosotros. Adios, pues, querido hijo, que el Señor alumbre vuestro espíritu con su luz interior, que suavice vuestras penas, tierna y piadosa madre, y que su ángel guarde en todas partes á vuestra Beatriz! Adios, orad todos por mí, orad por nosotros luego que estemos en el mar...."

Y sin querer escuchar las representaciones, los ruegos, los agradecimientos de esta familia, el padre Atanasio partió caminando con paso más rápido que de costumbre como si la esperanza de hacer una buena accion hubiese devuelto á su cuerpo la actividad de sus primeros años.....

Está escrito: "Vuestra juventud se renovará como la de las águilas......" palabra eternamente verdadera para aquellos que vuelven á fortalecerse en las fuentes del celo y de la caridad, y que en el santo ardor por la gloria de Dios y el bien del prójimo, impiden que los hielos de la edad se amontonen so bre su coiazon.

Despues de la salida del santo sacerdote, la familia permaneció silenciosa, Catarina se confundia en mudas acciones de gracias mezcladas con lágrimas, sobre la suerte de su hijo; Beatriz se sonreía con sus sueños de esperanza, y y Gerardo repetía en sí mismo:

—¿Seria posible tan grande caridad?

Habia vivido como ciego en medio de los prodigios de la caridad católica y era menester que esta celestial luz hiriese directamente los ojos de su alma, para que consintiesen en abrirse. 1

IX

Esperanza y enfermedad.

¿A dónde están nuestras esperanzas? ¿Quién puede verle ahora? Bajaràn conmigo en la tumba, dormiremos juntos bajo la tierra.—Job. XVII.

Ya el padre Atanasio se habia ido, llevándose la esperanza y los votos de esta afligida familia. Enótnces comenzaron largos dias de ansiedad, inquietud y lágrimas á los que el porvenir y sus esperanzas mezclaban algunas sonrisas del mismo modo que furtivos rayos de sol alegran un sombrío dia. Dos pensamientos se disputaban á su vez el espíritu del padre, de la madre y de la hermana.

¿Cuándo volverán? ¿Podrán volver? Y la segunda pregunta llena de duda y amargura, se presentaba con frecuencia porque recordaban cuántas veces los religiosos redentores habian partido y no habian vuelto; cuántas veces las madres y las esposas habian expiado en el horizonte, la galera que llevaba el estandarte de la religion con su cruz de gules y azul, y cuántas veces habian recibido esta desoladora respuesta de los marineros que trafican con Cirres, Marruecos y Argel. Tal sacerdote ha muerto de la peste, tal otro ha perecido en alta mar, aquel ha sido degollado, los corsarios han puesto en cruz á este otro:

¡Que esté en la presencia de Dios el alma de estos santos mártires! Y entónces los pobres cautivos privados de sus valientes libertadores, languidecian y morian en el fondo de sus calabozos ó destino más funesto, abjuraban su fé y renunciaban á su herencia en el cielo y á su patria sobre la tierra poniéndose en el número de los renegados.

Estos horrorosos pensamientos, autorizados por un gran número de ejemplos se presentaban sin cesar al espíritu de los infelices parientes, Gerardo, llevado por un momento sobre las alas de la esperanzs y de la fé, parecia más abatido que nunca; cierta acritud se mesclaba áun á sus discursos cuando hablaban del padre Atanasio, y su mujer reconocia en las dudas, en las objeciones que con frecuencia promovia el soplo de la herejía que desprecia y rebaja siempre esta abnegacion católica que no seria capaz de imitar. Su marido indeciso flotaba entre la religion y el espíritu de secta, entre la humilde fé y el orgulloso exámen.

Alma en la duda apartándose sin cesar de la gracia divina, y pareciendo es

1 La órden de la Trinidad ó de la Redencion de los cautivos, comenzó en el año de 1198 bajo el pontificado de Inocencio III, San Juan de Mata y San Félix de Valois son sus fundadores. El dia que San Juan de Mata celebró su primera misa en presencia de Mauricio de Sully, obispo de Paris, se vió en el momento que el nuevo sacerdote elevaba la santa hostia, á un ángel bajo la figura de un adolescente que apareció arriba del altar. Estaba vestido con una túnica blanca llevando sobre el pecho una cruz roja y azul. Tenia los brazos cruzados y las manos descansando sobre dos cautivos. Se renovó esta aparicion en presencia del Soberano Pontífice, que concedió á San Juan de Mata y á su amigo San Félix de Valois, la autorizacion de establecer en la Iglesia un nuevo órden religioso cuyo objeto seria trabajar por la libertad de los cristianos prisioneros de los infieles. Un prodigioso número de esclavos fueron libertados y devueltos á sus familias por la abnegacion de estos y animosos servidores de Dios. La revolucion francesa abolió esta órden que no se ha vuelto á restablecer en Francia.

perar á que algun grande acontecimiento la echase sumisa y desarmada á los piés ó mas bien en los brazos del buen Maestro que no nos quiere para él solo si no es para darse á nosotros sin reserva. Tantas penas diversas, tantos motivos de inquietud para unos séres queridos, tantas lágrimas derramadas, tantos deseos rechazados sin cesar, produjeron el más triste efecto en la salud de Beatriz, debilitada ya por el trabajo que se imponia á fin de evitar algunas privaciones á su padre.

Cayó enferma de una calentura inflamatoria, y sus padres desolados la vieron en pocos dias á las puertas de la eternidad.

—¡Perderemos á los dos! decia Gerardo con sombría conviccion: veis, mujer, para qué sirven vuestras oraciones y vuestros ayunos!

—¡Ay de mí! respondia Catarina. Si el Señor quiere quitarme á mis hijos para ponerlos entre las filas de los santos, que se haga su voluntad! No obstante, soy madre y continuaré siempre orando para que se me quite este dolor. Oraré á la Santísima Vírgen, ella tambien fué madre y me escuchará!

Gerardo meneaba la cabeza y le decia con tono breve:

—¿Cómo se encuentra Beatriz? ¿Está mejor? ¿Duerme? ¿Tiene ménos calentura? Mírela tú que puedes verla!

Las respuestas eran poco satisfactorias. La jóven despues de varias crisis habia caido en una especie de absorcion que participaba del sueño y del delirio y que entorpecia sus sentidos y sus facultades. Sepultada entre almohadas, los ojos cerrados y los brazos cruzados, murmuraba de vez en cuando algunas palabras, entre las que se oia con frecuencia los nombres de Jorge, el de su padre y de su madre, hablaba de Dios y del Paraíso, y la inocencia de su alma se descubria hasta en la incoherencia de sus ensueños.

Un dia sin embargo despertó de repente, abrió los ojos, se enderezó sobre su almohada y habiendo mirado en su rededor dijo con voz calmada,

—Padre mio y madre mia, he creido no volver jamás á veros, ni tampoco al pobre de Jorges.... he creido que iba á morir.... pero la Santísima Vírgen me ha dicho que hallaria libertad y curacion en su capilla..... ahí es á donde he de ir.... ¡Oh! qué de casos maravillosos he visto allí!

—¿Qué capilla, hija mia? respondió con dulzura Catarina.

—La capilla de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, madre mia, la que se levanta en lo alto de la costa, tan alto que se ve á diez leguas en el mar, y desde donde se distinguen las blancas velas de los buques que vuelven al puerto.... ahí es á donde he de ir,.... la Santísima Vírgen me lo ha dicho.... allí me espera....

—Iremos, hija mia, iremos, respondió todavía la pobre madre, devorando las lágrimas que le arrancaban estos proyectos formados sobre el umbral de la tumba.

—¿Y vos, padre mio, vendreis con nosotras?

—Sí, sí, hija mia, todos iremos.

—Los dos me lo prometen, repuso Beatriz con voz acentuada.

—Sí, querida hija.

—¡Santísima Vírgen! lo oís dijo? la jóven con trasporte, mis primeros pasos me conducirán á vuestra capilla luego que esté ya buena!

Volvió á cerrar los ojos y no habló ya; pero no se parecia su descanso á la inquieta somnolencia de la calentura, y bien pronto la respiracion igual y ligera de su pecho anunció que se habia dormido. Su madre llevó esta noticia feliz á Gerardo, y ambos dos entre el temor y la esperanza pasaron la noche juntos á la cabecera de Beatriz. Tranquila estuvo la noche; por la mañana, la jóven despertó débil pero calmada; tomó algunos alimentos ligeros, habló á sus padres con una tierna afeccion, pero sin volver á hablar del recuerdo de la promesa que le habian hecho; tranquila estuvo todo el dia, y al siguiente los médicos declararon que Beatriz estaba en plena convalecencia. La juventud recobró pronto sus fugitivas fuerzas y à pocos

dias la hija de Gerardo pudo ponerse en pié y andar algunos pasos en el jardin: los colores reaparecieron en sus mejillas y pudo dejar el brazo de su padre que era entónces su apoyo. De este modo pasaron algun tiempo. Una tarde Beatriz dijo á sus padres:

—Hemos prometido una peregrinacion á la Santísima Vírgen. ¿No es tiempo que cumplamos nuestra palabra, mi querido padre y mi querida madre?

—Estás demasiado enferma todavía, repuso Catarina. Está malo el tiempo, ves, está acabando Octubre; hace frio y nublado.

—Mi buena madre, dijo Beatriz, he prometido que tan luego como estuviera buena, mis primeros pasos me llevarian á la capilla de María; no he puesto condiciones.... La Vírgen nos espera, es menester partir.

—Estás demasiado débil.

—No, madre mia, la Vírgen me sostendrá.

—Difiere este viaje.

—Si lo difiero, volveré á caer enferma.

La jóven dijo estas palabras con tanta conviccion, que su madre inclinó la cabeza.

—Iremos, ¿no es así?—repuso Beatriz,—este dia será de una dicha tan grande! Vendreis tambien, ¿no es cierto, querido padre mio?

—¿Para qué?—exclamó Gerardo,—las peregrinaciones convienen solamente á los que tienen la fé....

—Pero lo habeis prometido á mi madre y á mí, dijo Beatriz pasando los brazos al rededor del cuello de su padre; por otra parte, mi madre y yo somos débiles. ¿Y quién nos sostendrá si vos no lo haceis?

Gerardo cedió aunque visiblemente contrariado, y convinieron que esta peregrinacion quedaria fijada para el siguiente dia.

X.

Peregrinacion.

La Santísima Vírgen tiene abierto para todos el seno de su misericordia, á fin de que todos reciban frutos de su plenitud: los cautivos la redencion, los enfermos la salud, los afligidos la consolacion, los pecadores, los justos la gracia, los ángeles la alegría, y en fin, la Santa Trinidad la gloria. — San Bernardo.

Por una nublada mañana de Octubre, tres viajeros trepaban penosamente la elevada costa en cuya cima se levantaba la capilla gótica dedicada á María, con el título tantas veces justificado de Nuestra Señora de la Buena Esperanza. Su marcha era lenta é interrumpida por frecuentes descansos, porque Beatriz, aunque fuese sostenida por el entusiasmo de su fé, sentia á cada paso que sus fuerzas no correspondian á su ardiente entusiasmo. Se apoyaba sobre el brazo de su padre que la sostenia y la llevaba casi en los escarpados pasos del camino, y la señora Catarina, preocupada á la vez de su hija y de su marido, guiaba con el gesto y la voz los pasos del pobre ciego.

Hubo un momento en que la pequeña caravana se detuvo. Beatriz, sin fuerzas, estaba casi recostada sobre el pecho de su padre.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó.

—Bien — respondió la jóven,—pero algo débil.... esto pasará luego. ¿Se ve la capilla desde aquí?

—Sí, hija mia—dijo su madre,—distingo el viejo campanario.... ¿lo ves? hé aquí el *angelus!*

—¡Ah! todo está bien entonces. *¡Ave María!* Voy á tratar de andar.

Prosiguieron su camino; pero Gerardo sintió que la jóven temblaba de de

bilidad y de cansancio, y Catarina exclamó:

—¡Palidece! ¿Qué tienes, pues, Beatriz?

—Estoy algo cansada.... quisiera subir, sin embargo, y saludar á la buena Vírgen en su capilla. ¡Dios mio! ¿No lo podré, pues?

—Irás,—dijo Gerardo levantándola en sus brazos y apoyando contra su hombro ese cuerpo frágil y enflaquecido;—ven, Catarina, llévame y marchemos.

Así caminaron, el padre llevando sobre su seno á su hija pálida y desfallecida, y á pesar de este peso llegaron con bastante rapidez á la cúspide de la costa.

Un espectáculo magnífico se descubrió á los ojos de Catarina y de Beatriz. El sol se levantaba y teñia de púrpura las olas del mar.

Al pié de la costa se abria una pequeña bahía de graciosos contornos, en la que se abrigaban algunos buques; barcas de pescadores con velas oscuras se alejaban del puerto, yendo á pedir al Océano sus inagotables riquezas: estas débiles barcas brincaban sobre las olas como animadas por un sentimiento de vida y de alegría, mientras que la brisa matutina llevaba al oido de los peregrinos el antiguo cántico que cantaba un jóven pescador:

Clara estrella del mar,
Ayúdanos en el peligro.

A un cuarto de legua en el mar, se apercibia un buque de tres puentes que se dirigia hácia el Havre, y unos ojos ejercitados hubiesen podido distinguir el estandarte de los caballeros de Rodas flotando á su popa.

Por aquel lado el paisaje estaba lleno de animacion y de alegría. ¡En la costa reinaban, al contrario, una calma melancólica y una soledad profunda. Nada se oia sino los argentinos repiques de la campana anunciando la primera misa que iba á decir en el altar de la Santísima Vírgen el ermitaño que servia la capilla.

Se levantaba el edificio antiguo y sencillo, ocultando muy alto en el cielo su aguja de piedra; ingeniosas esculturas colocadas en las paredes exteriores representaban los siete dolores de María, y en los grandes dias de fiesta los peregrinos al ir de una estacion á la otra, habian ahuecado el suelo con sus rodillas estos penitentes. La vasta nave de la capilla crecia alta y noble como piadoso pensamiento; delante del altar la piedad de los marineros y de los viajeros habia colgado pequeñas chalupas, áncoras, *ex-votos* de plata, y de cera; y la estátua de María, teniendo ella misma à sus lados el áncora, emblema de la esperanza, parecia sonreir á estas humildes ofrendas.

Gerardo depositó á su hija delante del altar; aunque le hubiese evitado la fatiga de la marcha parecia desfallecida y volteaba hácia el altar sus ojos cuya vida parecia pronta á apagarse. Catarina la miraba con angustia, no osando hablar por temor de despertar los terrores de su marido: se puso de rodillas al lado de su hija y la sostuvo á medias en sus brazos. Estaban solos en la capilla; la campana repicaba siempre. Beatriz se levantó, en fin, miéntras que un débil tinte rosado volvia á subir á sus descoloridas mejillas, y dijo con voz tierna y suplicante:

"¡Santísima Vírgen Madre de Dios! Me habeis llamado.... heme aquí! He venido á vuestro santuario á pesar de mi debilidad y de lo largo del camino, para demostraros que os obedezco y que os amo. En este lugar se derraman las bendiciones del Señor, en este lugar oramos y somos escuchados; aquí los pecadores han encontrado la conversion y los afligidos el alivio de sus penas; aquí os invoco para aquellos á quienes amo.

Vos leeis en mi alma ¡oh Santísima madre! ¡oh Vírgen amable! sabeis cuántas gracias espero de vos. Refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, estrella del mar, vos lo sabeis! Escuchad los humildes votos de vuestra sierva."

Permaneció silenciosa: sus padres sorprendidos por este entusiasmo no se habian atrevido á interrumpirla. En el

mismo instante algunos pasos resonaron sobre las losas de la capilla. Catarina se volteó.... echó una mirada sobre los que acababan de entrar y extendió los brazos con un ligero grito de alegría, miéntras que Beatriz de pié, la frente tranquila y radiante, decia:

—"¡Bien lo sabia, oh María, que oiriais nuestras oraciones; bien sabia que nos escuchariais!".

XI.

La vuelta.

Dios mandó un redentor á su pueblo.—
Salmo CX.

Tres hombres acababan de entrar en la capilla: el primero era el ermitaño que la servia; el segundo un religioso trinitario de barba y cabellos blancos; el tercero un jóven quemado por el sol, enflaquecido por el sufrimiento, pero que llevaba en el semblante una inefable expresion de gratitud y de alegría. Cualquiera que fuese el cambio de sus facciones, la mirada de una madre no podia desconocerlo.

—¡Jorges!—exclamó ella á media voz.

El ciego se habia estremecido y tambien.

—Conozco este paso, murmuró.

Catarina lo tomó por la mano y lo arrastró seguido por Beatriz al encuentro de los viajeros. Al verlos delante de él, el jóven atónito, se deja caer de rodillas, estendiendo las manos diciendo entre sollozos:

—¡Oh padre mio! ¡Oh madre mia! ¿Sois vosotros?......

—¡Venid, dijo el padre Atanasio, pues él era realmente, venid! Y los condujo fuera del lugar santo.

Dejábase llevar Gerardo; parecia en el extravío de un sueño dichoso del que temia despertar.

Cuando llegaron á la explanada delante de la capilla, Jorges se echó al cuello de su padre, exclamando:

—¡Oh padre mio, soy yo, vuestro hijo Jorges! Os vuelvo á ver; pero vos, ¡ay de mí! No podeis verme ya!

—Hijo mio, mi hijo bien amado, te siento en mis brazos; esto me basta! ¿Pero eres tú en verdad? Tú escapado de esta horrorosa cautividad; tú vivo y libre!

—Padre mio, si estoy vivo y libre, solo lo debo á este santo religioso, mi segundo padre....... él es quien vino á buscarme; no habiéndome encontrado en Tetuan, ha recorrido para encontrarme desde los desfiladeros del Atlas á donde mi dueño me habia mandado con una caravana...... ya me creia perdido para vosotros, queridos padres, pues llegando á Trípoli debian vendernos en el mercado, y mandarnos tal vez al fondo de la Asia....... la inquietud, el dolor habia encendido en mi sangre una peligrosa enfermedad...... Cuando el padre alcanzó nuestro triste cortejo, me encontró en un campamento acostado sobre la avena, abandonado de todo socorro humano y casi en la agonía. Sus primeras palabras me reanimaron. Sois libre, hijo mio, me dijo, está pagado vuestro rescate, vuestros padres os esperan. ¡Oh palabras del cielo! No, jamas olvidaré la impresion que hicieron en mi alma. Me creia sano ya. Bien pronto mi debilidad me hizo conocer mi error. ¿Mas qué importaba aquello? Tenia cerca de mí un amigo, un padre que me amaba, me cuidaba me consolaba. Noche y dia estaba en mi cabecera alegrando mi corazon por su amistad, por sus suaves palabras.... Padre, madre, médico, sacerdote, protector, hallé todo reunido en él. Cuando estuve restablecido me llevó á Santa Cruz; allí se hallaba en la rada una galera de los caballeros de Rodas que debia hacer velas hácia el Havre, para tomar algunos caballeros de la lengua de Francia. Nos embarcamos á su bordo y despues de una penosa navegacion tuve la felicidad de ver en el horizonte las costas de mi querido país. De este país en el que me esperabais! Pero ántes de disfrutar de la alegría de veros he querido cumplir con un voto que habia hecho á la Santísima Vírgen, cuando estaba entónces solo y moribundo, recostado bajo de la palmera del desierto..... habia prometido que si el cielo me permitia que

volviese á ver un dia mi país y mi familia, ántes que franquear el umbral de la puerta de mis padres, iria á visitar esta capilla de la Buena Esperanza, en la que niño todavia, habia tantas veces seguido á mi madre. Una última felicidad me esperaba ahí, supuesto que os encuentro á todos en este santuario... ¡Oh padre mio, madre mia, mi buena hermana, vamos para dar gracias á María y rogarle por mi libertad!

Muchas lágrimas habian entrecortado esta relacion.

Gerardo sobre todo parecia presa de un indecible enternecimiento, estaba temblando, las lágrimas corrian sobre sus mejillas y todas las emociones de una alma combatida se pintaban sobre su frente Luego que su hijo hubo dejado de hablar, guardó durante un instante silencio solemne que hacia presentir la revolucion que se operaba en su corazon, y en fin, extendiendo la mano, dijo:

—¿Padre Atanasio, dónde estais?

—A vuestro lado, hermano mio!

Gerardo, sin que se le pudiera contener, se dejó caer de rodillas, y repuso con voz tan firme como conmovida:

—Os ruego que me oigais en confesion, quiero volver á entrar al seno de la Iglesia Católica, porque estoy convencido que es depositaria de la verdad, supuesto que hace nacer semejantes sentimientos.

Vuestra caridad ha desempeñado lo que vuestros raciocinios no habian podido cumplir.

El padre Atanasio radiante de la alegría de los santos y de los ángeles, levantó al ciego y le condujo á la capilla, miéntras que Catarina, Jorges y su hermana daban al cielo silenciosas acciones de gracias. El ermitaño subió al altar. La mujer de Gerardo y sus hijos oyeron la misa por el marido y el padre que Dios acababa de devolverles, libertándole de las redes del error, de la misma manera que Jorges se habia visto libertado de las cadenas de la cautividad.

En la tarde de este mismo dia, sentados á una modesta cena todos los miembros de la familia de Gerardo á los que se habia reunido el padre Atanasio, hablaban con una alegría tranquila de los beneficios que el Señor se habia complacido en hacerles.

El ciego hablaba de su conversion que llenaba su corazon de una alegría desconocida desde tan largo tiempo; Jorges se felicitaba por verse devuelto á sus padres y á su país; Beatriz alababa á la Santísima Vírgen quien al concederle la felicidad de su familia, habia infundido en sus venas la salud y la vida; Catarina daba gracias á Dios que devolvia á sus brazos á su marido ferviente católico ya, á su hijo hecho más amable y más prudente por la desgracia, y á su hija cuya muerte habia llorado casi. Gerardo suspiraba sin embargo, diciendo:

—Si pudiese solamente ver á mi hijo Jorges, nada faltaria á mi felicidad.

—Hermano mio, dijo á este propósito el padre Atanasio, ¿quereis permitirme que os hable con franqueza? Si pudiérais ver á vuestro querido Jorges, si hubierais conservado la vista, tal vez en este momento no gozariais de estas puras delicias que dilatan vuestro corazon.... porque veo en esta primera desgracia el orígen de vuestra felicidad presente. Decidme, ¿seriais católico, habriais esta mañana recibido á Aquel que llena con su paz inefable vuestra alma, sin este terrible golpe que os ha herido en vuestros sentidos á la vez que en vuestra fortuna?

—Francamente creo que no seria hugonote desde largo tiempo.

—Alejado de vuestro Dios por consecuencia, alejado de esta esposa, de esta niña, por quienes hoy sois doblemente querido...... la turbacion reinaria en vuestra alma, la discordia en vuestro hogar...... ese hijo mismo cuya vuelta ha alegrado tanto vuestras paternales entrañas, este hijo bien amado languideceria quizá todavia en el más triste cautiverio.... Porque sin esta desgracia me hubierais acogido en vuestra casa, á mí, débil instrumento de la Divina Providencia?

—No, sin duda, pero en mi ceguera vuestras visitas eran una felicidad para mí.

—¡Dichosa ceguera que ha vuelto á abrir vuestros ojos á las luces de la fé! ¡Dichosa cruz que os ha traido la salvacion y la paz! Soy viejo, mis queridos hijos, he visto muchas miserias y enjugado muchas lágrimas; pero no olvideis que jamás, jamás he visto la Cruz del Salvador Jesus pesar sobre una alma, sobre una familia, sin producir en ellos frutos abundantes en bendiciones y en virtudes. Estos son los resortes ocultos de la Providencia y sus divinos secretos que nos revelara en la clara y gloriosa eternidad: entónces veremos que tal pena á producido en nosotros tal virtud: que tal desgracia nos ha desprendido de tal criatura ó de tal propiedad que habrian podido arrastrarnos á nuestra pérdida: bendeciremos las enfermedades que habrán ejercitado nuestra paciencia, las contradicciones y las injurias que habrán excitado nuestra caridad, la pobreza que nos habrá obligado á adherirnos á los bienes imperecederos, veremos la causa de nuestra salvacion en el orígen de nuestras lágrimas, y repetiremos con el autor de un piadoso libro: *¡En la Cruz está la salvacion, en la Cruz está la vida!*

Desde este momento la familia de Gerardo el ciego fué feliz. Jorge se puso á la cabeza de los negocios y en pocos años la casa de la Nave de Oro recobró su antiguo esplendor.

Beatriz se casó y dió á sus padres un segundo hijo amante y dedicado, que fué á su vez cíndico de los cordeleros y propietario del almacen de telas y de jarcias que Jorge le habia cedido. Llevado por graves acontecimientos á una vocacion séria, el hijo de Gerardo, despues de haber cumplido con todos sus deberes hácia sus padres, entró, con el consentimiento de ellos, en la Orden de la Trinidad, para la redencion de los cautivos. Hizo su profesion religiosa en las manos del P. Atanasio á quien veneraba como á su libertador á la vez que como á su modelo, y coronó, de la misma manera que este santo sacerdote, una vida de fatigas y de laborioso apostolado por una dulce y larga vejez.

Desde largo tiempo sus padres la habian precedido en la tumba, pero hasta su ultima hora hallaron su alegría en las virtudes de sus hijos, y merced á saludables pruebas, merced á felices cruces, durante los largos años que pasaron todavia sobre la tierra, nada turbó la paz ni la union de Catarina y de Gerardo el ciego.

AL ATOYAC.

SONETO.

De inspiracion en pos, rica y galana,
Llego á tu márgen, sonoroso rio,
Que juntas ciñen de verdor sombrío
La ceiba agreste y la musgosa liana;
Caduca pompa de vejez temprana
Deja en tus frondas inclemente estío,
Antes que el bóreas, con aliento frio,
Hiera y marchite su esplendor mañana.
Por valle oscuro y peñascal fragoso,
Hirviendo espumas, corres á perderte,
Gárrulo á veces, otras silencioso,
En el mar ignorado de tu muerte...
Fugaz como tu curso caprichoso,
No corre nuestra vida de otra suerte!

F. López Carvajal.

LA TRENZA DE PELO.

(Escrito para el Tiempo.)

I.

Contempla, amiga mia, esta hermosa cabellera que los pesares derribaron no há mucho tiempo. Cayó de una linda cabeza, á la manera que los pétalos de la rosa arrancada por el huracan se desprenden uno en pos de otro. ¡El viento del infortunio la tronchó en flor!

Mira cuán bella es la trenza, negra como el ala del cuervo, crespa como la rizada espuma del torrente, reluciente como el azabache. El perfume que de ella se escapa es más suave que el aroma del jazmin que embalsama con su fragancia tu pequeño y alegre gabinete.

Convenientemente arreglada en ese cofrecillo conserva aún la impresion de los dedos que la guardaron: tambien hay llanto en ella, estas lágrimas que bri-

llan como el aljófar de la mañana en el cáliz de las flores, indican un dolor inmenso.

¡Oh! ya presientes que encierra una triste y dolorosa historia: escúchala.

II.

Elvira, á quien tú conoces, ni fué vieja como ahora ni tenia arrugas que ajaran su semblante.

Era bella como un sueño, y su talle esbelto se mecia como la palma en el desierto.

Su infancia fué dichosa. Con el rostro coloreado por la emocion, con la sedosa cabellera flotando sobre la espalda, los vecinos de la hermosa niña la veian muchas veces acudir presurosa á refugiarse en los brazos de su madre, ostentando triunfante la dorada mariposa que aprisionara en su infantil carrera.

Llegó la adolescencia, esa edad en que la mujer atrae las miradas de todos y luce en el mundo con el resplandor de la virtud y de la belleza, ricos florones de la imperial diadema.

En el baile, cruzaba radiante y esbelta, recostada muellemente en los brazos de apuesto galan; en el paseo, montando fogoso corcel, paseaba como encantadora maga, llevándose los elogios de cuantos la veian.

Para Elvira eran las más hermosas flores de los jardines, así como tambien los cantos apasionados de los trovadores y el incienso de la adulacion con que la sociedad obsequia á sus ídolos.

Rica, dichosa y envidiada, tuvo muchos adoradores.

Alfredo, jóven de relevantes prendas, cautivó su alma y se desposó con ella.

III.

Vivieron felices largos años; pero al fin vino la hora de las grandes pruebas. La república se conmovió como Bacante furiosa, y el génio del mal desencadenó sobre nuestro suelo los horrores de la guerra. ¡La guerra feroz, la guerra salvaje, la guerra maldita, la guerra civil!

La fortuna de Alfredo desapareció en un momento entre las insaciables fauces de la discordia armada.

Pero además, se necesitaba su sangre. Alfredo quedó sin vida en un combate, y sus restos fueron pasto de las fieras de los bosques.

IV.

Cuando la miseria con su obligado cortejo de desgracia se sentó en el umbral del hogar de Elvira, los amigos de la época venturosa se eclipsaron para siempre!

¡Esta es la historia de todos los tiempos y de todos los lugares!

Agotados los recursos, consumido hasta el último centavo de su antigua opulencia, vendido el postrer giron de su esplendoroso pasado, el hambre se enseñoreó con imperio absoluto de la casa de la viuda.

Si no murió de dolor al saber la muerte de su marido, fué porque se acordó de que era madre.

Un dia aquella desventurada familia no tuvo un mendrugo de pan para satisfacer su apetito. Las lívidas sombras de la desesperacion se reflejaban en aquellos rostros pálidos, desencajados, macilentos.

¡Oh! ¡María, María! ¡guárdete Dios de sentir jamás el hambre! Es un fuego que quema la sangre, una víbora que roe la entrañas, un buitre que despedaza cruelmente el corazon.

Elvira, para salvar á sus hijos, tomó un cofrecillo, y dándole un beso á la trenza de su pelo y derramando copiosas lágrimas, exclamó:

—Luis: pronto, hijo mio, corre á casa de la señora X y ofrécele lo que te doy. Recibe lo que te dé: ¡pronto, hijo, vuela!

El niño se apresuró á cumplir la órden de su madre.

***

En una casa, que más bien era un palacio, estaba una señora departiendo con sus hijas.

Tal vez hablaban de modas, de bailes, de todo lo que hablan las mujeres ricas y felices.

El niño se presentó en el salon y expuso el objeto de su visita.

Las señoras no pudieron ménos de

derramar lágrimas. ¡Santo llanto de la compasion!

—Hijo mio, dijo la madre, tome usted esta onza, llevésela á Elvira.

El niño echó á correr hácia su casa.

V.

Pocas horas despues, Elvira recibia la visita de una matrona, que en nombre de la *Sociedad católica de señoras* le llevaba dinero y le prometia enviarle todas las semanas lo necesario para vivir.

Además le llevaba la trenza.

—Señora, le dijo á Elvira, suplico á usted que me permita hacerme cargo de la educacion de esta niña.

Y señaló á Rosa, de nueve años, vivo retrato de su madre.

Inútil es decir que Elvira consintió en ello, y como muestra de gratitud le regaló la trenza.

* * *

Han trascurrido algunos años, Rosa ha concluido su educacion, y como premio de su buena conducta, su protectora va á hacerle un magnífico regalo: la trenza de pelo.

. . . .

¡Oh María! Bendice con los labios y con el corazon, bendice á las buenas señoras de la Sociedad Católica que ejercen la caridad en nombre del Redentor del mundo.

JULIA.

LA TUMBA.

Despedazada está la vieja tumba
En el abandonado cementerio;
Al volar por allí, sobre su losa
Pasó su mano el tiempo.
En ella un nombre estaba ¿quién se acuerda?
Tambien la losa muda está en silencio.
Algo vive en un nombre que se sabe,
Pero ya se murió; se murió el muerto.

RAMON VALLE.

EL NACIMIENTO DEL SALVADOR.

Aquel Señor terrible,
A cuya voz el rayo
De la celeste cumbre
Se desprende tronando,
Y con furor destroza
Los alcázares altos,
Y arranca de su asiento
Los cedros empinados;
El Dios que en ígneo trono
Mira á sus piés los astros,
Que en giros eternales
Su gloria van cantando;
Por nuestro amor vencido
Hoy apaga sus rayos,
Hoy al mundo visita,
Y nace en un establo.
Su corte son dos brutos,
Su púrpura unos paños,
Y un humilde pesebre
Su trono soberano.
Señores de la tierra,
¡Miéntras Jesus llorando,
Riendo estais vosotros
En nítidos palacios!
Mirad cómo sus miembros
Tiemblan al soplo helado
Con que á su Dios lastiman
Los vientos conjurados.
¿No vendreis á ofrecerle
Siquiera un pobre paño
Con que la Madre abrigue
Su cuerpo delicado?
Venid.. Mas no, que indignos
Sois de consuelo tanto:
En vuestros vanos goces
Quedad siempre anegados.
Venid vos, pastorcillos,
Venid, y en tonos blandos
Dad al Niño el tributo
Del pecho enamorado.
Y tú, Divino Infante,
De los cielos regalo,

Benigno alumbra al mundo
En sombras sepultado;
Y cuando en gloria rijas
La patria de los santos,
No olvides al poeta
Que te consagra un canto.

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

1866.

PAGINA SIN NOMBRE.

I.

¡Siempre de luto! Siempre con esa melancolía dulce que la asemeja á los ángeles del dolor enviados al mundo por la Divinidad, para derramar el néctar del consuelo en las almas que sufren, y recoger las lágrimas de los desgraciados para llevarlas hasta el trono de Dios.

¡Siempre triste! pero rodeada de una atmósfera de inocencia y de virtud, que parece alejar de ella todo lo que puede empañar con su hálito impuro, el fulgor de un pensamiento que no es de este mundo, y que brilla en su pálida frente como una llama divina.

¡Siempre de negro! ¿Por qué extraña coincidencia viste el traje con que las mujeres hermosas lo parecen más, y las que no lo son inspiran interés?

Quiero dejar á mi pensamiento que delire, á mi mente que sueñe y á mi corazon que goce hablando de ella.... de ella á quien no puedo llamar por su nombre, porque no lo sé.... de ella que encarnada en mí como un latido, flota entre las nubes de mi imaginacion, como las sombras cariñosas que nos traen los recuerdos de la infancia, como las imágenes risueñas de los ángeles que vimos, cuando la dulce voz de nuestra madre entonaba tiernas cántigas para dormirnos en su amoroso regazo.

II.

Bajo el negro y sencillo traje, se dibujan sus puras y correctas formas; formas que no podria modelar el cincel más inspirado. El talle sujeto por la tela del negro corpiño, deja ver el busto más perfecto, al que cubre en parte el nacional rebozo, llevado por ella con elegante descuido. La profusion de pliegues de su ancha falda cayendo hasta los piés, imprime cierto aire de languidez á sus movimientos; languidez que distingue á las hijas del suelo que la vió nacer y cuyas brisas arrullaron sus sueños y mecieron su cuna

Con su traje negro que podremos llamar el fondo oscuro, forma un bello contraste su rostro pálido, sombreado por castaños cabellos y animado por la expresion de dos ojos, que no pueden verse, sin sentir una violenta conmocion, algo como un golpe eléctrico que va directamente al corazon haciéndolo temblar. Su conjunto.... ¡ah! es muy débil mi pluma para describirlo, y repito, solo he querido delirar, escribiendo una impresion, un recuerdo, una ilusion que pasará como otras muchas.

III.

He dicho que no sé cómo se llama, solo sé que es hija de Jalapa, de ese paraíso mexicano que saturan de perfumes las flores de sus vergeles, y las brisas del Océano; de ese Jalapa que solo he visto con la mente, pero cuya hermosura han cantado nuestros más inspirados poetas.

Su presencia aquí se comprende. Hija de aquel suelo feraz y privilegiado, no puede vivir sin flores y sin aires puros, y busca como las viajeras golondrinas la primavera para vivir.

IV.

¿Y qué razon hay, me he preguntado, para que una desconocida, solo por su traje negro, su aire de candor y su trasparente palidez haya interesado mi corazon? Yo sé que no puedo amarla, porque hay amores imposibles. Sé que no puedo aspirar á su afecto, porque oscuro cantor, llevo en mí para ante la sociedad en que ella vive, el anatema que llevan los desheredados, y sé por último, que hay en su alma sombras que la entristecen y velan á ratos la luz de sus miradas. Y sin embargo, la veo y me estremezco, la sigo con los ojos hasta perderla de vista, y al desaparecer, siento algo parecido al desconsuelo: sueño con ella y me extasío contemplando su imágen.

V.

¿Es esto amor? No, no es amor, no quiero que lo sea, quiero que sea respeto, interés por sus virtudes, cariño fraternal por los puntos de contacto que tienen los que sufren; desvaríos de la mente que cubrirá mañana el sudario del tiempo.

Ella es una ave viajera que pronto emprenderá el vuelo á otras regiones; yo soy un peregrino, sin nombre y sin fortuna. Los dos caminamos por rumbos opuestos.... ¡Dios la haga feliz!

ANTONIO DE P. MORENO.

Tacubaya, 1883.

EN LA SIERRA.

Fragmento. 1

Caia la tarde. A mi rededor todo comenzaba á enmudecer, y la naturaleza iba cubriéndose lentamente de ligeras sombras, de vagas é indecisas brumas. A lo léjos divisábanse las más altas cumbres de la serranía, doradas ya apenas por los últimos resplandores de un sol de Noviembre; y el azul de las montañas se oscurecia más y más, para semejar con propiedad el negro manto de la noche. Flotaban en el cielo graciosas nubecillas, llevadas blandamente por el impulso de tranquilos vientos, en medio de una atmósfera limpia y despejada; y figurando, ora una alegre bandada de mansas palomas, ora girones de fina gasa lanzados de propósito para servir de adorno al firmamento.

La majestuosa cordillera, coronada aquí y allá de blanquísima nieve, como plata bruñida acabada de salir de las manos de un artífice, presentaba tal aspecto de grandiosidad y de hermosura, que en vano intentaba la vista apartarse de ella para disfrutar de otras perspectivas. ¡Cuadro magnífico, que nada bastaria á describir! Aquí, á un lado del camino, el encanto misterioso de hondos abismos, surcados allá en el fondo por sosegados y cristalinos arroyuelos, cautivaba y atraia de un modo indecible; más acá, las tendidas laderas, los pintorescos valles, los risueños collados, ricos de vegetacion y de perfumes, deleitaban regaladamente los sentidos, produciendo no sé qué delicioso vértigo de placer y de embriaguez que fascinaba; y en fin, por do quiera que se dirigian los ojos, habia espléndidas bellezas, soberbios paisajes, umbríos y misteriosos bosques, faldas bordadas de flores que casi hacian creer en la presencia de la fecunda primavera, no obstante que corria el mes de Diciembre.—Todo en aquellos momentos se entregaba á dulce reposo: acababan los rumores del dia, y empezaban los rumores de la noche, tristes, monótonos, inexplicables muchas veces, pero llenos siempre de poesía y de misterio.

Yo estaba conmovido, y trémulo de emocion y de gozo; pues la soledad del lugar y aquellos cuadros que me traian recuerdos de mi infancia, lo mismo que las imágenes que forjaba mi fantasía y los sentimientos que llenaban mi alma, me tenian suspenso, agitado, enternecido profundamente; á tal grado que hubo un momento en que las lágrimas salieron de mis ojos......

De repente, al dominar una colina, y cuando ya apenas la luz del crepúsculo iluminaba la tierra, alcanzamos á divisar allá en el lejano horizonte, una línea blanca, precisa, tendida á lo largo de él, que se prolongaba indefinidamente hasta perderse por completo, y que servia como de límite al anchuroso é inmenso cuadro que dominábamos desde aquella altura. ¡Era el mar, el mar á cuyas orillas habia yo nacido, el mismo que me habia cautivado desde niño con su grandeza! ¡Allá estaba tambien el blanco caserío del puerto, escondido entre bosques, casi oculto á nuestras ansiosas miradas por las brumas de la tarde!—Mi ciudad natal, la cuna de mi infancia, el florido y amado eden de mi juventud, estaba allí, recostada sobre un lecho de esmeralda, arrullada por el rumor de las olas, acariciada su frente por las brisas del mar, perfumado su aliento por el aroma del azahar; como una sultana, en fin, en medio de ricos y voluptuosos deleites.....

VICTORIANO AGÜEROS.

1 Del libro "Confidencias y Recuerdos."

UNA SERENATA.

Pues señor, yo que soy, quiera ó no quiera,
Un hijo de vecino,
Que si de cabo á rabo me examino
No tengo más ni menos que cualquiera;
Yo, como si dijera
Todo un hijo de Adan, á quien preciso
Le es el blason que en mi nobleza fundo,
Pues que mi alcurnia sube al Paraiso,
Y tengo por pariente á todo el mundo;
Yo, digo, pues decirlo me conviene,
Soy, como todos son, cosa es muy obvia,
Y pues que todo el mundo novia tiene,
Yo, como todo el mundo, tengo novia.

Y puesto que la tengo y que la quiero
Desde el año pasado,
En que nos dimos la primera cita,
Añadir á eso no se necesita,
Pues que tengo buen gusto es bien probado,
Que ella es muy agraciada y muy bonita.
Y siendo tan bonita y tan graciosa,
Y además nada ingrata
Pues no quita una cosa á la otra cosa,
Pensando en agradarle
El dia de su santo quise darle,
Al pié de sus balcones, serenata.

Pensé hacerlo al momento de pensarlo,
Y pensarlo y hacerlo fué todo uno;
Y además, no queriendo dilatarlo
Porque ya era muy tarde
Y pudiera llamárseme importuno,
Salgo á la calle, corro, y todavia
Corro más porque el tiempo no se pierda,
Y me voy á una casa en que sabia
Que ensayaba una música de cuerda.
Y llegué, ví y vencí; y en un momento
Estuvo aquella música ajustada,
Y á más cada maestro muy contento
Porque les dí la paga adelantada,
Y cada uno cargando su instrumento
Siguiéronme á la casa de mi amada.

La noche era espantosa.
Fría estaba y oscura
Y á más de oscura y fría estaba airosa.
La cosa era muy seria
Que era aquella infernal temperatura
Una temperatura de Siberia.
Ya empezaba á juzgar como locura
La serenata aquella, pero al pronto

El recuerdo de Juana me reanima
Y hácia adelante sigo como un tonto.
¡Propia la noche á serenatas era!
Soplaba el viento que al soplar lastima,
Y un frio atroz, de padre y señor mio,
Se nos echaba encima.
¡Qué frio era aquel frio!
Si era posible, si posible fuera,
Que helara hasta las lavas del Colima.

Yo que lava no soy, me congelaba;
Pues aunque el coraron interiormente
El sacro fuego del amor llevaba
Y todo el corazon era una lava,
Jurarlo puedo por el Dios alado:
Mi ardiente corazon estaba ardiente,
Mas todo lo demas estaba helado.

Mas llegamos al fin, oh! sí, llegamos
Hasta la vertical de la ventana;
Los músicos y yo nos preparamos,
Ellos á preludiar, yo á ver á Juana.
Y sin temor á enojos ni á reproches
Del vecindario aquel que despertamos,
Comenzaron los trinos,
Dando muy mala noche á los vecinos
Para darle á mi bien las buenas noches.

Y pieza tras de pieza
La música incansable luego hilvana;
Y ya habia tocado
El *te ámo*, y el *can-can*, y hasta la *broma*,
Y ni por esas se abre la ventana,
Y Juana no se asoma.
¡Si se habrá vuelto sorda aquella Juana!
Y no, no estaba sorda, Dios me libre,
Hubiera sido broma muy pesada
Y *gregorito* atroz de gran calibre
Y desgracia *rayada*.
Pero yo entónces olvidado habia
A cierta tia de su mismo nombre,
Y por eso era llano
Que el dia de esa noche
Habia sido de su santo el dia,
Y desde muy temprano
Vino por ella en coche,
Y la llevó á su casa con su hermano
Donde bailando entónces estaria.

Y lo más inhumano
Era que perturbando mi reposo
Y el suyo más, le andaba haciendo *el oso*
Un colegial, sobrino de la tia.

Y nada, yo esperando á que saliera
No cedia en mi empeño,
Sin hacer caso alguno
Del frio, ni del viento, ni del sueño,
No sé cuál de los tres más importuno.
Como se desespera aquel que espera,
Yo estaba con razon desesperado,
Aunque en tal caso al cabo bien mirado
Perdia más que yo con sus desvíos,
Porque yo me encontraba preparado,
Tan luego como abriera,
A arrojarle en papel muy perfumado
Unos versos muy buenos—eran mios!

Pues yo hago versos, ¡vaya si los hago!
Y aunque es cierto que críticos perversos
Me dicen que son malos y aun peores,
Yo sin cuidar de fallos tan adversos,
Siempre, y más al tratar de mis amores,
A mis anchas prosigo haciendo versos;
Cierto es que alguna vez, y más que alguna,
Seguir no puedo el verso comenzado
Porque sobra una sílaba importuna,
O porque un consonante malhadado
No encuentro, ni tampoco la paciencia,
Y me dan con muchísima frecuencia
Unas ganas atroces
De reformar la lengua de Cervantes,
Quitando letras ó añadiendo voces
Por hallar los malditos consonantes.
Pero todo y así terminar pude
Mi oda, desde el epígrafe á la fecha,
Y luego que estuvo hecha,
Porque la ingrata de mi amor no dude,
Me marcho con mi música contento,
Y como prueba de mi amor sencillo
Sufro del frio el infernal tormento,
Y llevo de hambre y sueño cruel trabajo,
Y mi composicion en el bolsillo.
¿Cómo no me podria aquel desaire
Que más mi rabia y mi dolor aviva
Viendo que yo hecho un majo,
Con música, con versos y con aire,
Con frio, con hambre y sueño estaba abajo
Y ella, ¡voto al votar! no estaba arriba?

Parado estaba enfrente
De la ventana cruel que no se abria,
Dando diente con diente,
En tanto que la música seguía
Destrozando á *la stella confidente.*

Estaba divertido!
Recorria un horrible cosquilleo
Mi cuerpo entumecido;
Yo creo que mi piel no estaba viva,
Y al que me preguntara
Si yo tenia piés, cual cosa clara
Le daba una respuesta negativa.

¡Cuántas y cuántas veces
Maldije á los amantes
Que así se ocupan en hacer sandeces,
Y maldije á la ingrata
Que me hacia pasar tales instantes!
Eso era una injusticia y yo lo siento;
Pero el frio y el viento
Sirven de circunstancias atenuantes.

Y en tanto, ¡voto al voto!
Se abren las puertas de las dos aceras
Y que por ellas salen, luego noto,
Algunos barrenderos
Y algunas barrenderas,
Que aunque en hacerlo bien toman empeño,
Viéndolos, fácilmente se adivina
Que al cumplir su faena matutina
Con ellos á barrer sacan al sueño.
Y contemplaba yo con ojos fieros
Cómo al quehacer pacífico se entregan,
Y tras estos primeros,
Algunas panaderas
Y algunos panaderos
A sorprenderme con sorpresa llegan.

Yo viendo tanta gente
Creo que su presencia es un ultraje,
Pues á oponerse viene al gusto mio,
Y más que sueño y hambre, y viento y frio,
Y cansancio y amor, siento coraje,
Y ya desesperado,
Que ser efecto del coraje suele,
Una patada doy al empedrado,
Que más que al empedrado á mí me duele.
Y deseo, cual nunca he deseado,
Romperles el bautismo
A tanto impertinente,
Y á Juana, y á mí mismo.
Y viendo finalmente
Que ya la aurora que su luz reparte
Se asoma en los balcones del Oriente,
Hice una mueca atroz, reuní á mi gente
Y me fuí con la música á otra parte.

RAMON VALLE.

SONETOS.

Al Sr. D. Victoriano Agüeros en testimonio de gratitud.

I.

EL SACERDOTE.

Pobre y humilde pasa la existencia
Pero rico en amor por sus hermanos,
Va tocando do quiera con las manos
Las zarzas del dolor y la inclemencia.
Contra él es impotente la violencia,
La calumnia y rencor de los humanos,
Que de Dios los designios soberanos
Alimentan la fé de su conciencia.
Vida de amor, de abnegacion y celo,
De caridad no siempre comprendida,
De afanes, de trabajos y desvelos,
Es de ese apóstol la fecunda vida,
¡Sin que pretenda del ingrato suelo
El justo premio á su mision cumplida!

II.

EL ESCRITOR.

Una hoja de papel, una esperanza;
La fé que alienta su gigante idea,
El porvenir que su palabra crea
Y que mira brillar en lontananza;
Hacen de ese camino en que se lanza
Sin que la dicha ni el reposo vea,
Un mundo espiritual que nunca sea
Palpable al mundo que su luz no alcanza.
Es noble su mision, noble y sublime,
Sembrar el bien é iluminar del hombre
La inteligencia que en su cárcel gime;
Hablar de Dios en el Augusto Nombre,
Y hacer del mundo que su voz redime,
Esa unidad que al porvenir asombre.

III.

EL POETA.

Entre el estruendo agitador y el ruido
De la locura mundanal é impía,
Oyendo las risadas de la orgía
Donde se mira el corazon perdido;
Entre el sarcasmo cruel y descreido
Apurando la hiel de la ironía;
Entre esa sociedad aleve y fria
Que al oro su ambicion ha reducido;
Cruza el poeta por doquier sereno,
Canta, presiente, profetiza y llora,
Sin cuidarse jamas de ese veneno
Que destila en su pecho hora por hora
¡La materia infeliz en cuyo cieno
Envuelta vive su alma, soñadora!

Marzo 1884. ANTONIO DE P. MORENO.

ODA.

Á LA PATRIA.

¡Hasta cuándo serás mansion del llanto,
Del luto y del dolor, oh patria mia!
¡Hasta cuándo funestas inquietudes
Te harán gustar del venenoso acíbar!
¿Siempre habré de mirar en tu semblante
La imágen del pesar? ¿siempre abatida,
Entre suspiros verterán tus ojos
Lágrimas que humedezcan tus mejillas?
La dulce paz que venturosa un tiempo
Plugo que fueses ¿para siempre huiria?
¿No volverá jamas á hacer dichosa
A la que siempre apeteció su dicha?
Siempre han de ser tus hijos tus rivales
Que incansables trabajen noche y dia
En los medios seguros de perderte
Y sepultarte en tu ominosa ruina?
Disociacion, discordias á millares
Cuidadosos agentes diseminan,
Propagando tan pérfida simiente
Donde más las virtudes se cultivan;
Pero jamas se adunarán los buenos
Con la fiera maldad que los invita,
Pues que toca á la sabia Omnipotencia
El preservarlos de la saña impía.
Ellos serán el muro inexpugnable
Que en vano asestará saeta enemiga,
Y que opuesto á las miras insidiosas
Te escudará burlando su malicia.
Levanta, pues, la descaecida frente,
Y torna á recobrar la ya perdida
Libertad, que gozar te ví dichosa
Cuando tus hijos tu ventura hacian.
Rebeldes hoy, en pérfidas reuniones
La venda tejen que á su vista aplican,
Pues no reparan los inmensos males
Que en daño suyo sin cesar maquinan.
Déjalos en el crímen embriagados;
Vuelve á gozar tu paz leda y tranquila;
Que mil y mil virtuosos ciudadanos
Darán por conservártela sus vidas.

MANUEL Mª ALVAREZ DE LA TORRE.

SOCIEDADES MASONICAS
En México.

(*Noticia histórica.* (1)

La masonería se propagó en España durante la primera invasion francesa de este siglo, y se cree que el mismo Fernando VII se habia afiliado en ella en Francia. Tuvo en la expresada península un carácter enteramente político, á diferencia del de confraternidad puramente filantrópica que ofrecía entónces en Inglaterra. Fué traída á la Nueva España por la oficialidad de las tropas expedicionarias que vinieron á sofocar la insurreccion, y hasta el año de 1820 casi no contó con mexicanos, siendo españoles y del rito escocés sus miembros. Consideraban éstos como decano suyo á D. Fausto de Elhnyar; habia entre ellos algunos religiosos, y se dijo que el virey Apodaca les pertenecía, aunque él siempre lo acultó. La primera lógia fundada en México lo fué en 1817 ó 18 en la casa de los capellanes de Santa Teresa la Antigua, bajo la denominacion de "La Arquitectura Moral."

Recibió aquí grande impulso la masonería á la llegada de O'Donojú en 1821, fundándose á poco nuevas lógias, pertenecientes al rito escocés todas ellas. Una de las más célebres fué la de "El Sol," que estableció con el mismo título un periódico liberal, defensor del plan de Iguala y de la exclusion del clero en la enseñanza. Con el regreso de nuestros diputados á las Córtes de España, en 1822, tomó mayor incremento la masonería, llegando sus adeptos á formar casi la mayoría del Congreso y á multiplicarse en las provincias y el ejército bajo la reorganizacion dada á sus sociedades por D. José Mariano de Michelena. Eran borbonistas y liberales los escoceses y se declararon contra la coronacion de Iturbide, tomando una parte muy activa en su caída con la formacion y ejecucion del plan de Casa-Mata en 1823, y haciendo que el Padre Marchena le vigilara en el destierro. Acompañaba á Michelena D. Miguel Ramos Arizpe en la direccion de las lógias, cuyo programa político tendia á la República central bajo su influencia, con el uso de una libertad moderada, el respeto á las personas y propiedades, y la realizacion de las reformas intentadas por las Córtes españolas, aunque este último objeto solo de los jefes era sabido.

En 1825 acabó en la masonería el monopolio, introduciéndose la competencia á la llegada del ministro norte-americano Poinsett, quien, ayudado de Zavala y de Alpuche, estableció el rito de York, fundando aquí cinco lógias en Agosto de dicho año. Era su gran maestre D. José Ignacio Esteva, y fungía de venerable Ramos Arizpe, antiguo escocés como casi todos los fundadores del nuevo rito, á que perteneció tambien D. Guadalupe Victoria; de modo que los yorkinos contaron con el apoyo de los tres citados personajes en el gobierno de que los dos primeros eran ministros y en que el último funcionaba como presidente de la República. El espíritu de novedad, la mayor holgura de principios y el cebo de los empleos públicos, atrajeron á innumerables escoceses á estas lógias, á que tambien acudieron muchos antiguos iturbidistas por ódio á los primeros masones. Las ideas políticas de los nuevos eran las más avanzadas en el sentido liberal.

Viendo los escoceses perdido casi por completo su influjo, formularon en 1828 el plan de Montaño que, aunque pedia en general la abolicion de las sociedades secretas, dirigía en realidad sus tiros á la del nuevo rito. El general Bravo, gran maestre de los escoceses, púsose á la cabeza de los pronunciados, y fueron éstos sordrendidos y hechos prisioneros y Tulancingo por el general Guerrero, gran maestre entónces de los yorkinos, quien comunicó oficialmente á las lógias de los Estados Unidos la noticia del triunfo. Desterrado Bravo y desorganizados los suyos, quedaron los vencedores dueños del campo, aunque

1 Tomada de la *Biografía de D. José Joaquin Pesado,* escrita por el Sr. Roa Bárcena.

de allí á poco se dividieron con motivo de las elecciones presidenciales, determinando su fraccion más fuerte la revolucion de la Acordada y el complemento de la expulsion de los españoles. Estuvieron de baja en 1831 y 32, durante la administracion de Bustamante á consecuencia del plan de Jalapa, y en este período se reorganizaron los escoceses; pero con el triunfo de la revolucion de Veracruz, acaudillada por Santa-Anna en 1833, sobrenadaron los yorkinos apoyados por el vice-presidente D. Valentin Gómez Farias; expidieron sus leyes contra la Iglesia, y dieron la última mano á la expulsion de españoles, y á los escoceses el golpe de gracia con el destierro de los principales de ellos.

Del año de 1835 en adelante, poco figuraron las sociedades secretas, y es de creerse que se fueron disolviendo casi en su totalidad.

A las presentes noticias, extractadas en su mayor parte de diversos pasajes de la "Historia de México" de Alaman, conviene agregar, que el nuevo incremento de la masonería —muy extendida hoy en el país, y uniforme en sus fines, no obstante la diversidad de ritos— data de la intervencion francesa y del gobierno imperial bajo ella establecido. De sus últimas tendencias políticas dá idea el sentido en que ha tomado parte en los sucesos de la República, y en cuanto al órden religioso, la creencia de que aboga por el racionalismo puro, es general y se funda en el carácter de los escritos y de los actos públicos de sus miembros más notables, franca y abiertamente opuestos ya á los principios é instituciones del catolicismo.

J. M. Roa Bárcena.

D. IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.

(✠ En esta capital el Viérnes 28 de Marzo de 1884.)

I.

Grandes males, y de todos géneros, causan siempre á la sociedad las revoluciones y las discordias políticas; pero entre todos ellos no hay quizá uno de tan grave trascendencia, como el injusto aislamiento en que despues suelen quedar los hombres notables y los entendimientos superiores que de alguna manera se mezclan en aquellas. De nada servirá que estén revestidos de sobresalientes méritos y de cívicas virtudes; en vano se reconocerán sus excelentes dotes administrativas y de gobierno, su honradez, su energía; y en vano tambien las personas sensatas y juiciosas, con el deseo de que esos hombres distinguidos tomen parte en los negocios públicos, podrán recordar y alegar á la faz de los partidos vencedores, los servicios que han prestado á la sociedad y á la patria. Un estigma de maldicion parece haber caído sobre sus frentes, pues tal es el desden, la indiferencia con que se les ve despues de su derrota; olvidándose los que tal hacen, de que este sistema de conducta impide por completo el mayor concurso de inteligencias ilustradas para trabajar en bien de los intereses nacionales. Y hé aquí por qué vemos que en México, los hombres verdaderamente ameritados y patriotas, de vastos conocimientos y de gran reputacion científica, viven en la oscuridad y en el silencio, alejados de todo movimiento político, sin participacion alguna en los asuntos que ellos podrian desempeñar mejor sin duda que las inexpertas manos que suelen tenerlos á su cargo.

Nuestras discordias civiles, y con especialidad las guerras de la reforma y de la intervencion, vinieron á ahondar más y más el abismo que ya existia entre los que no profesaban las mismas ideas en religion y en política. Debido á esto, ¡cuántos generales del antiguo ejército, ilustrados, valientes y pundonorosos, están hoy en el abandono y el olvido! ¡Cuántos estadistas insignes, cuántos sabios jurisconsultos, cuántos doctos literatos y humanistas permanecen en la oscuridad y no dejan oir su voz, acallada por los ódios de partido! A ellos no se les piden sus luces ni su ayuda para acrecer y dar animacion al movimiento intelectual de nuestro país. Porque así son las injusticias humanas; ¡como si la patria no mereciera que en su altar sagrado se sacrificasen los resentimientos y rencores, para que solo hubiese entre sus hijos vínculos de concordia y de fraternal amor....!

El eminente hombre de Estado, el sabio y castizo escritor, el patricio esclarecido cuya vida estuvo siempre dedicada al servicio de la nacion mexicana; el Sr. Aguilar y Marocho, que acaba de fallecer, fué una de las víctimas más ilustres de nuestras revoluciones civiles; y por eso hoy, cuando las pasiones callan ante la tumba que acaba de cerrarse, voy á trazar su vida en estas páginas, deseoso de que se haga al ilustre muerto la debida justicia.

II

El Sr. D. Ignacio Aguilar y Marocho nació en la ciudad de Morelia, ántes Valladolid, el 15 de Setiembre de 1813; y sus padres fueron D. José María Aguilar y Montenegro y Doña Cármen Marocho y Camiña, personas notables por su educacion y sus excelentes costumbres. Recibió la instruccion primaria en una escuela gratuita que servian los religiosos agustinos en su convento, y luego en otra sostenida probablemente por los fondos municipales. Emprendió sus estudios secundarios en 1824, asistiendo como alumno externo al Seminario Conciliar, que acababa de repararse de los estragos de la guerra de independencia. Su claro y precoz talento, de que daba repetidas muestras en las aulas, y su ardiente aplicacion y provechoso estudio, hicieron que á los dos años entrase al mismo plantel como colegial pensionista; y el Venerable Cabildo Eclesiástico, visto el brillantísimo desempeño de su acto público de lógica y metafísica, lo agració con una beca de merced. Continuó obteniendo siempre los primeros lugares y premios de sus cátedras, con gran admiracion de maestros y condiscípulos; de tal manera, que estudiando todavía el segundo año de jurisprudencia, fué nombrado espontáneamente por el Illmo. Sr. obispo Portugal, profesor propietario de gramática castellana, y en seguida catedrático de toda latinidad.—Por este tiempo, abrióse por disposicion del Diocesano un concurso para proveer la cátedra de filosofía; y á pesar de que fueron varios los aspirantes, y algunos de ellos eclesiásticos, el Sr. Aguilar obtuvo por unanimidad aquel importante cargo, el cual desempeñó durante tres años bajo sistema y autores modernos, que eran, por decirlo así, la expresion de la ciencia. Merced á esta circunstancia, y al singular adelanto de los alumnos, el curso aventajó con mucho á todos los precedentes. Tambien al siguiente año fué nombrado por el Sr. Portugal catedrático interino del curso de filosofía, siguiente al que habia enseñado el año anterior, por haber fallecido el profesor propietario: un éxito igual coronó sus esfuerzos.

El Sr. Aguilar habia concluido ya sus estudios, lo mismo que su compañero el Sr. Munguía que más tarde habia de ser arzobispo de Michoacan; pero aquellos trabajos le impedian preparar su exámen profesional. Ambos pidieron entonces una licencia que les fué concedida, y juntos se recibieron de abogados, con diferencia de unos cuantos dias, en Abril de 1838.—Cuando volvió al Seminario recibió los cargos de profesor de Derecho Patrio y Derecho Canónico: y presidió además una Academia de Procedimientos Civiles, y suplió algunas veces la cátedra de literatura. (1) En

1 Hizo, pues, lo que en aquel tiempo se llamaba

toda esta época, y aun desde sus estudios de lógica, se distinguió por algunas composiciones en prosa y verso, así latinas como españolas, que fueron recibidas con general aplauso.

Intima y cordial amistad unia á los distinguidos letrados Aguilar y Munguía; amistad que cada dia robustecian más y más la conformidad de ideas, el gusto por los estudios clásicos, y sobre todo, los trabajos de la profesion.—Si juntos, pues, habian proseguido sus estudios y los habian terminado de un modo brillante, juntos se propusieron ejercer las difíciles y delicadas tareas que les encomendaran: eran dos figuras que honraban altamente el foro de Morelia. Pero en 1841 le fué preciso al Sr. Aguilar separarse del colegio y aun de su ciudad natal, porque los negocios de su numerosa clientela reclamaban su presencia en Guanajuato y San Luis Potosí. Radicóse en esta última, y tuvo la honra de que sus vecinos depositaran en él desde luego su confianza, eligiéndolo patrono de sus asuntos y prodigándole otras señaladas muestras de afectuosa estimacion. Allí contrajo matrimonio nuestro D. Ignacio con la virtuosísima señora Doña Josefa Aguirre, sobrina del Coronel D. Matías Martin y Aguirre, tan conocido en los fastos de nuestra primera revolucion.

Grande fué el concepto de inteligencia y probidad que entre los potosinos adquirió el Sr. Aguilar; concepto que, léjos de desmentir, confirmó y robusteció en el desempeño de los cargos á que fué llamado. Se le nombró asesor propietario del Tribunal Mercantil; en seguida Secretario de Gobierno, y al último, asesor general del Estado; empleos todos importantes, difíciles y laboriosos á causa de que en aquella época San Luis Potosí estaba floreciente en su comercio y era una plaza importante, cuya situacion política no dejaba de ser por eso bastante azarosa algunas veces.—Sin embargo de tales circunstancias, el Sr. Aguilar se daba tiempo, en medio de sus múltiples ocupaciones, para consagrarse gratuitamente á la enseñanza de la juventud en su propia casa, cuando, por razones que no es del caso relatar, se cerró el colegio Guadalupano Josefino, único con que por entónces contaba la capital de San Luis.

Michoacan, entretanto, no ponia en olvido al hijo que de aquel modo le honraba; y así, en 1846 fué electo diputado al Congreso de la Union.—Este incidente obligó al Sr. Aguilar á dejar á San Luis para trasladarse á México

III.

Comienza aquí la vida pública del Sr. Lic. Aguilar y Marocho; la cual, como veremos luego, fué importantísima, y la que acaso contribuyó más que nada á derramar sobre su nombre una gran celebridad, no ménos que á eclipsar en cierto modo y á hacer olvidar sus dotes de escritor correcto y distinguido. En el, el político dominó al literato.

Desde años atrás, como es sabido, la situacion política y social de nuestro país se hallaba en un estado completo de desastre y anarquía; ardian furiosamente las guerras civiles provocadas por los partidos que se disputaban el poder; época terrible en que una tempestad de ódios, ambiciones y venganzas se habia desencadenado sobre la pátria, para cegar en su fuente todos los elementos de riqueza y bienestar; época terrible tambien, porque todos olvidaban sus deberes, para buscar solo su interes propio y dar rienda suelta á su egoismo y sus pasiones.—"Por tal época,—dice el Sr. Roa Bárcena, (1)—el horizonte político se oscurecia con las nubes de una de tantas revoluciones que ha tenido el país, y cuyo guarismo es tan grande cuanto nula ha sido su eficacia para la curacion de los males públicos. Más que cambios de linterna mágica, los políticos semejaban por su repeticion y rapidez, la sucesion de visos de móvil prisma que deleita y asombra á los niños. El elemento militar parecia determinar exclusivamente tales cambios, recordándonos las más tristes épocas del imperio romano, en que el

ea el profesorado de los colegios, "carrera de cátedras."

1 Biografía de D. José Joaquin Pesado, páginas 66 y 68.

solio de Augusto habia quedado á merced de los jefes de la guardia pretoriana.—Tal circunstancia,—agrega el mismo escritor,—vino á difundir en las principales clases de nuestra sociedad, la opinion á que abrió cauce el opúsculo de D. José María Gutierrez de Estrada en 1840, de que ni en la forma republicana ni en los solos elementos del país hallarian remedio eficaz nuestros males, haciéndose necesaria una nueva institucion monárquica bajo la proteccion de las potencias europeas."

Muchos años despues de esto, en una época parecida en todo á la anterior, el Sr. Aguilar llegaba á México, y afligido profundamente ante las desgracias que asolaban á la patria, y deseoso de encontrar una manera enérgica y eficaz de ponerles término, creyó de su deber formar parte de los que de aquella manera pensaban; y en efecto, se afilió desde luego en el partido que aspiraba á una monarquía, llevándole el prestigio de su nombre, el contingente de su talento y de su sensatez política, y áun el de su palabra y de su pluma. En la Cámara luchó con ardor defendiendo sus principios y atacando á los que prescindian de las ideas para fijarse solo en accidentes secundarios; y allí, como una prueba del aprecio en que tenian todos sus dotes políticas, le hicieron miembro de las comisiones de puntos constitucionales y gobernacion, acaso las más importantes y delicadas en aquella época. Cupiéronle al Sr. Aguilar, por estreno de sus trabajos parlamentarios, aquellas borrascosas y célebres sesiones del Congreso mexicano, en que á veces hasta la vida peligraba. Vinieron luego la guerra llamada de los *polkos* y la invasion norte-americana, lo cual trajo naturalmente nuevos conflictos y nuevas dificultades: entónces aquel Cuerpo tuvo que emigrar á Querétaro para discutir la paz, en cuyos trabajos nuestro D. Ignacio tuvo alguna parte.

Fué reelecto para la legislatura siguiente, y durante ese tiempo redactó uno de los periódicos más célebres en la historia de nuestra prensa, intitulado *El Universal*, teniendo por compañeros y colaboradores á literatos tan distinguidos como Alaman, Portilla, Diez de Bonilla, Rafael Rafael y Roa Bárcena. (1) Trascurrido poco tiempo, recibió el nombramiento de Oficial Mayor de la Secretaría del Tribunal Pleno y Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia; empleo este último que desempeñó hasta que por causa de enfermedad y prescripcion de los médicos, se separó con licencia temporal. Ausentóse á San Luis Potosí; y dias despues, á instancias de muchas familias respetables y de las casas de comercio más fuertes que le ofrecieron encargarle de sus negocios, pidió y obtuvo una licencia ilimitada de la misma Corte, y resolvió entónces establecerse de nuevo en aquella capital. Pero no bien habia trasladado á ella su familia, cuando se le llamó de México por el último Gobierno dictatorial del general Santa-Anna para encargarle la cartera de Gobernacion, la cual despachó hasta que aquel jefe abandonó el poder y el país á un mismo tiempo.—En esa época fué condecorado con la Cruz de Comendador de la Orden de Guadalupe; con la medalla que se decretó para premiar el mérito distinguido en la Instruccion Pública, é igualmente se le honró con la borla de doctor en Derecho Civil de la Universidad, al reinstalarse ésta el 31 de Diciembre de 1854, en union de los Licenciados D. José Bernardo Couto, D. Juan N. Rodriguez de San Miguel, D. Teodosio Lares, D. Leopoldo Rio de la Loza y otras personas verdaderamente notables por sus luces y su inteligencia.

IV.

Cayó, como decia ántes, á consecuencia de la revolucion de Ayutla, el gobierno del general Santa-Anna, y el partido victorioso persiguió encarnizadamente á los principales funcionarios de la administracion vencida; de cuyas resultas, el Sr. Aguilar se dirigió de incógnito al puerto de San Blas, embarcándose con direccion á Panamá para pasar á los Estados Unidos; pero un recio temporal le arrojó á las costas de

1 Tambien redactó *El Tiempo*, diario fundado por el ilustre historiador D. Lúcas Alaman.

Tehuantepec, y de allí resolvió internarse de nuevo en el territorio para procurar su evasion por Veracruz. Sin embargo, no lo consiguió; pues en la travesía, una órden de D. Benito Juarez, gobernador de Oaxaca á la sazon, le hizo caer preso en el pueblo de Don Dominguillo, siendo luego conducido á México por una escolta. Aquí fué puesto en libertad al poco tiempo.

No se crea, empero, que acabaron en esto las penalidades del antiguo ministro de Santa-Anna: en México, por desgracia, es costumbre de los partidos preponderantes hostilizar y molestar con exceso á los que pertenecieron al bando contrario.—Como el Sr. Aguilar habia tomado parte en las convulsiones políticas que siguieron á la caida de Santa-Anna, señaladamente en las que comenzaron el año de 1856, se le hizo una persecucion constante y tenaz, que le puso en la alternativa de sufrir, ó las molestias de una prision, ó las dolorosas amarguras de la vida azarosa del proscrito. (1) Los agentes liberales no le perdian de vista, y áun inventaban pretextos para quitarle el sosiego y la libertad; de modo que por sospechas de que habia tenido participacion en las agencias en Europa que dieron por resultado la intervencion francesa, fué enviado á la prision de Granaditas de Guanajuato, de donde salió poco ántes del sitio de Puebla por el ejército francés y de la entrada de éste en la capital de la República.

Una vez consumada la ocupacion de la parte principal del territorio, el Sr. Aguilar fué electo miembro de la que se llamó *Junta de los treinta y cinco*, y en seguida de la mucho más numerosa de Notables. En ésta, ocupó la presidencia de la Comision encargada de presentar dictámen acerca de la forma de gobierno que al país convenia adoptar. —Fué el autor de ese célebre *Dictámen*, sin duda el documento más importante de nuestra historia contemporánea, segun el análisis que luego haré de él; y el cual se acogió en aquella respetable Asamblea con aplauso y vivísimo entusiasmo, recibiendo el Sr. Aguilar numerosas felicitaciones de todos los puntos de la República.—Decidida la eleccion de Maximiliano de Austria, la Regencia designó al Sr. Aguilar para que en union de otros distinguidos mexicanos pasara á Europa á presentar un voto de gracias á Napoleon III, y en seguida á ofrecer á aquel la corona del nuevo imperio de México.—Aceptada que fué, entre multitud de distinciones y pruebas de confianza del Soberano, alcanzó la de ser nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, primero, y luego cerca de la Corte de Madrid, encargo aquel muy delicado y difícil por las circunstancias de la época. Sin embargo, tanto por su comportamiento en Roma, como por el que observó con el gobierno de la reina de España, el monarca prodigó al Sr. Aguilar en su correspondencia, repetidos testimonios de su cumplida satisfaccion. Tambien como una prueba de ella y de su particular benevolencia, le condecoró con la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. (1)

Atacado en Madrid nuestro D. Ignacio de una grave enfermedad, el Emperador le permitió restituirse á México, no sin gran pesar suyo, porque los servicios que en ese puesto prestaba á la patria eran de la mayor importancia y trascendencia para el porvenir de la nacion. Mas cuando tocó á nuestras playas, se retiraban precisamente los últimos restos del ejército francés, tanto, que ocupado ya por las fuerzas republicanas el camino de Veracruz á la capital, no pudo atravesarlo, y se vió obligado por este motivo á quedarse oculto en Puebla, en donde pasó de esa manera el último sitio sufrido por aquella ciudad.—Los ánimos, al poco tiempo de la catástrofe de Quéretaro, quedaron muy apaciguados; pero á pesar de esto, el Sr. Aguilar sufrió todavía algun tiempo de pri-

1 Durante el gobierno del general Miramon, habia sido ministro propietario de la Suprema Corte de Justicia, eargo de que le arrojó una nueva revolucion.

1 Durante su permanencia en la Corte de España publicó un interesante folleto con el título de "Lijero bosquejo de la situacion de México."

sion, pues aquí es oportuno observar, que debido acaso á sus altísimos méritos, él fué uno de los miembros del partido conservador en quien más se enconaron los ódios de las facciones liberales. Y nada más injusto que esto: léjos de merecer el Sr. Aguilar el olvido en que estuvo, léjos de ser acreedor á los apasionados juicios que acerca de él se pronunciaron, fué digno de la estimacion y gratitud de todos los mexicanos: su patriotismo fué en todas épocas tan sincero y puro como ardiente, vivo y desinteresado; su honradez política, intachable y digna de encomio; su amor al engrandecimiento y al bienestar de México, ardentísimo y contenido en los límites de la conveniencia aconsejada por su profundo conocimiento del país; su carrera pública, en una palabra, estuvo dirigida siempre por los más severos principios y las miras más elevadas y patrióticas. Todo lo sacrificó en bien de esta nacion infortunada: salud, riquezas, bienestar, posicion brillante, y hasta el sosiego que todos los hombres desean despues de una época de contínuas luchas. Bajó de los puestos más elevados con la conciencia tranquila y las manos limpias; vivió y murió pobre; ¡pobreza que le honró en vida, y que será un título de admiracion y de gloria ante todos sus compatriotas!

V.

Puesto en libertad el Sr. Aguilar algunos meses despues de la caida del Imperio, volvió á sus trabajos políticos y literarios, fundando *La Sociedad Católica* y redactando hasta hoy, en union de otros escritores, el periódico religioso *La Voz de México*, que lleva más de diez años de salir á luz.—No siendo ya posible la lucha en otro terreno, nuestro incansable D. Ignacio se acogió al periodismo, y en él continuó sirviendo á la patria, como pueden servirla los que están dotados de su maravilloso talento crítico, pensador y práctico. Allí sostuvo polémicas importantes y trascendentales en pró de la religion católica y de las reglas que dá la Iglesia para el buen gobierno de los pueblos; allí combatió á los que pretenden imponer á la nacion ideas absurdas y teorías peligrosas y nocivas; desde allí ilustró las más árduas cuestiones que se presentaban en la política del país, en el parlamento, en la sociedad, en la literatura; y allí, en fin, se presentó siempre como decidido defensor de la buena causa, la causa del catolicismo y de la patria.

Aparte de *La Sociedad Católica, La Voz de México* y algun otro diario que ántes he mencionado, el Sr. Aguilar, escribió en otros muchos de distintas épocas y carácter,—políticos, religiosos, literarios y festivos;—y en ellos publicó no pocas séries de artículos sobre asuntos diversos que, coleccionados y enlazados entre sí debidamente, podrian formar tratados completos.—Fué autor tambien de innumerables folletos políticos, disertaciones importantes sobre varios puntos de jurisprudencia criminal y civil, y de composiciones poéticas de distintos géneros, algunas de los cuales han quedado inéditas, pues solo unas cuantas han visto la luz pública. Entre éstas goza en México merecida celebridad su ingeniosísima y aguda sátira *La Batalla del Juéves Santo*, relativa á un ruidoso episodio de la época de la Reforma.

Como escritor, el Sr. Aguilar gozó de alta y merecida reputacion, y sus mismos adversarios en política y en la prensa, reconocieron siempre la superioridad de su estilo, el brillo y tersura de su diccion, sus amenos rasgos y felices pensamientos; todo aquello, en suma, que hizo fuese su pluma una de las más gallardas, ricas é ingeniosas que ha habido en México.—Desgraciadamente, las vicisitudes de su vida y los desengaños que ellas le trajeron, no le dejaron nunca consagrarse á obras formales y acabadas, y se limitó, por consiguiente, á escritos de polémica, de política ó de exposicion de doctrinas jurídicas y científicas, y áun éstos no estan reunidos en un cuerpo ni coleccionados. Andan sueltos en periódicos y publicaciones que fueron de circunstancias, en cuadernos ó folletos, expuestos á perecer y á perderse en el olvido, sin

que quizá más tarde nuestra literatura pueda engalanarse con ellos.

VI.

Ocupa indudablemente el primer lugar entre todas las obras del Sr. Aguilar y Marocho, el *Dictámen* presentado á la Asamblea de Notables de que ántes hice mérito.—Prescindiendo de la importancia y trascendencia política de este documento, y juzgándolo solo como obra literaria, creo que él bastaría por sí mismo para dar á su autor una reputacion inmensa y un título de gloria para su nombre; pues escrito en las pocas horas que la premura del tiempo permitia, sorprende cómo pudo el Sr. Aguilar atesorar en él tantos y tan oportunos recuerdos históricos, tantas ideas políticas de ellos deducidas, tantos rasgos felices de crítica filosófica en el compendiado y conciso análisis que hace de nuestras desgracias. Con un método admirable, con habilidad suma, con un espíritu de discernimiento elevadísimo, y con toda la sinceridad que inspiran el verdadero patriotismo y el anhelo de ver feliz á este país desventurado, el Sr. Aguilar estudia, examina, comenta y se detiene á meditar en la historia política de nuestro país desde 1821. Su mirada penetrante lo investiga todo; busca las causas que han detenido nuestro progreso y mejoramiento; se lamenta de los extravíos y mala fé en que han incurrido los gobiernos mexicanos, y expone nuestras necesidades y conflictos para deducir de aquí nuestras aspiraciones; y cuando lo comprende todo, y todo se lo explica, su ardiente y patriota corazon prorrumpe, no en inútiles lamentaciones y quejas, sino en vigorosas invectivas contra los verdaderos autores de las desgracias que han aquejado á México, señalando, por último, los únicos medios que podrian salvarlo.

En esta ojeada rápida, pero completa, á la larga serie de nuestras vicisitudes revolucionarias, se ve al hombre de Estado y al político profundo que desecha los detalles para solo fijarse en el orígen y la raíz de los hechos. Es acertado y elocuente, cuando describe la triste situacion á que llegan los pueblos si los que están al frente de ellos se dejan guiar por sus pasiones y olvidan su deber; denota gran rectitud de criterio al hacer la apreciacion de la obra que lentamente han venido formando los diversos bandos liberales que en México se han disputado el poder; y finalmente, la pintura que hace de la reforma y sus extragos, es admirable, elocuentísima, conmovedora, por la vehemencia del estilo y la incólume verdad y dolorosa enseñanza que deja en el espíritu. Es esta una de las páginas más notables que salieron de la pluma de nuestro escritor, y la que mejor pone de manifiesto sus superiores dotes de político y literato.

No puedo resistir á la tentacion de copiar en seguida los hermosísimos conceptos que el Sr. Aguilar dedica á España, la amada madre de las jóvenes naciones americanas.—"¿Cuánta gloria derrama la inmortalidad,—exclama el elegante escritor,—sobre la nacion, señora de dos mundos, que plantando el estandarte de la cruz encima del ara de los humanos sacrificios, difundió sobre un gran pueblo el esplendor divino de la civilizacion evangélica! Conteniendo los arranques de nuestra ingrata severidad, y colocándonos fuera del alcance de las pasiones, como cumple á críticos imparciales, ¡cuánto no tenemos que admirar entre las huellas que nos dejaron esa serie de soberanos que extendian hasta México su cetro protector, al través de la inmensidad de los mares! Una legislacion especial, llena de prudencia y de sabiduría, colocó á los indígenas al abrigo de las tentativas de la malignidad, que nunca dejaria de hacer su presa y de sacar sus ventajas, de una nacion humillada por la conquista, débil, ignorante y supersticiosa. No fué el cuidado de un príncipe, sino la esmerada vigilancia de un padre, la que pudo descender en las leyes hasta el nivel de las costumbres y de los vicios habituales de los indios, para dulcificar las unas y precaver los otros, atenuando al mismo tiempo el extremo rigor de las penas ordinarias. El individuo, la fami-

lia, las comunidades, las congregaciones, los pueblos formados por gente nativa del país, todo fué objeto del celo de los monarcas, constituidos hasta cierto punto en tutores de las personas y defensores de los bienes de una raza que consideraron digna de su amparo y de su asistencia. Hospicios, hospitales, colegios exclusivamente erigidos para proveer á las necesidades físicas y al cultivo de la inteligencia de sus nuevos súbditos, no fueron los menores beneficios que les prodigó la solicitud del Gobierno peninsular.—Ahora, si paseamos nuestras miradas por la ancha superficie de nuestros suelo; si recorremos los caminos; si bajamos á la profundidad de nuestras minas; si observamos el aspecto de nuestros poblados; por todas partes veremos impreso el sello de una autoridad que se desvelaba por mejorar en todos sentidos la condicion de las colonias. Los puentes y calzadas, las principales vías de comunicacion, la fundacion de ciudades magníficas, los soberbios acueductos, las majestuosas basílicas, los bellísimos palacios, los multiplicados colegios é institutos para todos los ramos de enseñanza, los grandiosos establecimiento de beneficencia para el alivio de todas las llagas de la humanidad......interminable, señores, seria la Comision, si intentara enumerar los gloriosos timbres de la sabiduría, piedad y munificencia de los soberanos españoles."

El *Dictámen* acaba, como todos saben, consultando el establecimiento de la monarquía en México.

VII.

Las diarias fatigas del periodismo, y sinsabores y ocupaciones de otro género, no impedian que los escritos que publicaba el Sr. Aguilar, como redactor de LA VOZ DE MÉXICO, fuesen tan notables como los que anteriormente habia dado á luz: en ellos habia la misma abundancia de doctrina, igual erudicion literaria y científica, elevada y sana crítica, estilo correcto y animado, y conocimiento profundo de la nacion y de los individuos, de sus males, de sus necesidades y de sus elementos.—Su festivo ingenio, que mal se avenia al parecer con su melancólico semblante, amenizaba todas las materias que trataba y nunca estaba desprovisto su estilo de aquella facilidad, sencillez y donaire que tanto agrada encontrar en los trabajos de la prensa. Por lo demás, todos en México reconocian en el Sr. Aguilar al escritor satírico más hábil que poseíamos. Su crítica era siempre fina, delicada, incisiva y de buen gusto; sus censuras justas y oportunas; sus observaciones, de una causticidad acerba y picante, pero contenida en los límites de la decencia y la caballerosidad. En su *Batalla del Juéves Santo* y en algunos otros poemas burlescos que he tenido la fortuna de leer, y que aún permanecen inéditos, hay rasgos felicísimos dignos de Quevedo.

Aunque el Sr. Aguilar fué constante enemigo de los gobiernos liberales que han regido á México, y aunque siempre dió pruebas de la firmeza de sus convicciones y principios, estos últimos años obtuvo diversos nombramientos, que prueban el aprecio en que se tenian su aptitud y su saber. Fué miembro de las comisiones encargadas de redactar el *Códiga de Marina* y el *Código Municipal.*

En el hogar doméstico fué modelo de virtudes, y su índole mansa y suave, su humildad y su prudencia, hacian en extremo agradables su amistad y su trato.

Cuando, hace unos seis meses, se difundió la falsa noticia de su muerte, el Sr. Aguilar pudo ver que era generalmente estimado hasta por sus mismos adversarios, pues la prensa liberal solo tuvo para él sentidos é imparciales elogios.

En suma, sagaz y profundo político, patriota, honrado, entendido; literato insigne y periodista incansable, que á su edad luchaba todavía con encendido ardor; jurisconsulto, crítico, poeta; noble y caballeroso adversario que sabía acatar las reglas de la discusion y la polémica, el Sr. Aguilar y Marocho era uno de los hombres más notables de nuestra patria, y que mayores títulos reunió para ocupar distinguido lugar entre los mexicanos ilustres contemporáneos.

VICTORIANO AGÜEROS.



EL LAUREL Y LA ROSA.

Á MI ESPOSA.

(Inédita.)

I

A la márgen de rápido torrente,
que entre asperezas mil se precipita,
una tímida rosa
de cáliz perfumado y trasparente,
tan tierna como hermosa,
del sol canicular que la marchita
encuentra dulce abrigo
bajo la sombra de un laurel amigo.
Presintiendo del hielo la crudeza,
y al oir que las nubes surca el rayo
con estampido ronco,
trémula dobla la gentil cabeza
en lánguido desmayo,
y sus flexibles vástagos
enlaza del arbusto al fuerte tronco.
Primaveras sucédense y otoños;
y mientras que la alondra en la enramada
canta su amor en plácidos arrullos,
los del jóven laurel verdes retoños,
la rosa enamorada
esmalta con sus cándidos capullos.
Mas ¡ay! que no es eterno
el placer puro de la edad temprana,
la pompa y lujo del Abril florido
cede al adusto ultraje del invierno;
y cuando de enlutada soberana
el régio manto por el éter tiende,
coronada de estrellas, noche umbría,
de su frente radiosa
la diadema de luz desciñe el dia.
Así el tiempo insaciable que revela
blandiendo aquí y allá sus cien guadañas,
del sér y de la nada los misterios
al derribar imperios,
alcázares y rústicas cabañas,
tambien ¡ay! á la rosa peregrina
despiadado despoja
de sus galas, y á la onda cristalina
que corre con presteza
los pétalos blanquísimos arroja
de la fugaz y espléndida belleza,
y del laurel tambien hoja por hoja.
Ya sin jugo sus débiles raíces,
secas las ven s de sus troncos rudos,
no más ostentarán ricos matices,
y se verán en la estacion florida
de su verdor desnudos....

Pero ¿qué importa que una y otro pierda
la dulce sávia que la vida inspira,
si como en giros mil la rota cuerda
asirse suele al mástil de la lira,
con el árbol vecino
á cuya suerte uniera su destino,
mientras que la tormenta es la más deshecha,
sus vínculos la flor aun más estrecha?...
Se oye del aquilon hondo rugido;
el siniestro huracan con espantosa
rabia los campos tala,
y e la selva hermosa
míranse destrozados
restos doquier, de su florida gala.
El cedro cruza por el aire vano,
y hasta el zenit, como liviana arista,
del torbellino en brazos se levanta....
Si tal estrella cabe al roble anciano,
¿qué tiene que esperar la frágil planta?
De la borrasca que á natura agita,
su agreste copa al ímpetu doblega
el laurel, de vigor un tiempo lleno;
y de la flor marchita,
encanto de la vega
y del pensil ameno,
las ramas con las suyas entreteje,
por ver si del estrago
de tan vasta rüina las proteje.
¡En vano tanto afan!
que el soplo al fin del bóreas inclemente
troncha uno y otro vástago infecundo,
y con impulso ciego y furibundo
la sumerge en el seno del torrente,
que en su curso veloz é inexorable
juntos los lleva al piélago insondable.

....

¡Vedlos juguetes de la mar bravía,
que á la region del rayo
entre sus crespas ondas los levanta
de la tormenta en medio del estruendo,
para volver en el instante mismo
á despeñarlos con fragor horrendo
para siempre en el seno del abismo!

II

Y tú, mi bien, alma mia,
de mis pensamientos dueño,
deliro plácido, ensueño
en que se goza mi amor:
De esposas tiernas modelo,
dulce tipo del recato,
¿no adviertes que tu retrato
te presento en esta flor?
En tí, como en ella, el cielo

atesoró ricas galas;
tambien tú el perfume exhalas
que difunde la virtud.
Si envidia de sus iguales
reina del pensil es ella;
tú sin rival eres bella,
gloria del sexo eres tú.

—

En el prado desplegando
su dulce hechizo la rosa,
cautiva á la mariposa
que en su cáliz muere al fin.
¿Quién resiste de tus ojos
la mirada seductora?
¿Quién la risa encantadora
de tus labios de carmin?

—

Con sus alas trasparentes
suave á la flor mece el viento,
y este blando movimiento,
á sus gracias realce dá.
Si de tus formas ostentas
en el baile el atractivo,
queda el corazon cautivo,
esclavo de tu beldad.

—

Quisiste que á mi existencia
la tuya estuviera unida,
así fuiste de mi vida
en el sendero una flor.
Yo vagaba á la ventura,
tú me tendiste los brazos,
y quedé preso en los lazos
de un inextinguible amor.

—

Fuiste mi ángel de esperanza,
mi dicha empezó aquel dia,
pasó tu alma al alma mia,
todo tu sér á mi sér....
¿Te acuerdas? Con tal memoria
Aun hora feliz me siento....
¿Te acuerdas de aquel momento?
¡oh, qué momento fué aquel!

—

Así en delicias pasamos
las ilusiones primeras,
como dos aves viajeras
que piensan solo en su amor.
Así los tiempos huian;
yo tu apoyo y tu consuelo,
tú para mí todo un cielo,
cual el laurel y la flor.

—

Miramos correr las olas
del torrente de la vida,
que para la edad florida
son olas de leche y miel:
Y vimos pronto los vástagos
que en torno nuestro brotaron,
y nuestra union estrecharon
como la flor y el laurel.

—

En ellos á tí te amaba
con indecible terneza;
en ellos tu gentileza
adoraba mi pasion.
Tú tambien gozando en ellos
de madre la dulce gloria,
no olvidabas mi memoria,
como el laurel y la flor.

—

Vino luego el infortunio
tras de tan plácida calma,
á derramar en nuestra alma
su amargo cáliz de hiel.
Mas ¿qué ha logrado el destino?
¿qué han hecho sus golpes rudos?......
solo estrechar nuestros nudos......
como la flor y el laurel.

—

De la juventud fogosa
á seductores halagos,
sucederán los estragos
del tiempo devorador.
¿Y que importa si tú me amas,
si eres mi único tesoro,
y si yo, mi bien, te adoro
como el laurel á la flor?

—

Sigamos, ídolo mio,
los azares de la suerte
unidos hasta la muerte,
de la tumba hasta el dintel.
Y nuestros últimos restos
bajo una losa se enlacen,
donde se escriba "AQUÍ YACEN
COMO LA FLOR Y EL LAUREL."

IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.

CIELO Y TIERRA.

En un sólio de luz, como una nube
De cien soles al par iluminada
Y más aún, el Dios tres veces santo
Su majestad ostenta soberana.
Y de los ángeles
Que á Dios ensalzan
La voz se eleva, que en perpétuos himnos
Y en dulces coros inmortales cantan.

Gozosos, en el Santo de los Santos
Los unos tienen fijas las miradas,
Y otros, por sus destellos ofuscados,
Cubren el rostro con entrambas alas;
La Deidad todos
Fieles acatan,
Y la incontable multitud, ardiendo
Está de amor en las celestes llamas.

De Dios el Sér inmenso más comprenden
Y más, á cada instante que se pasa,
Y en un nuevo deleite se extasían
A cada instante que su ciencia avanza.
Y siempre crece
Ciencia tan alta
Y el amor crece más á cada instante
Y nuevas dichas en su sér derrama.

Agradecidos los celestes coros
Al que potente los formó de nada,
Bendicen el amor que el sér les diera,
Bendicen el poder de su palabra,
Y la armonía
Que á Dios enzalza
Aumentando en cadencias inmortales
Por los ámbitos todos se derrama.

Mas la armonía cesa de repente,
Todos los coros celestiales callan,
Y al sólio cubre nube pavorosa
Y de mudos relámpagos surcada.
Todos los ángeles
Plegan sus alas
Y todos se estremecen, y en la tierra
Fijan llenos de espanto las miradas.

En un oscuro huerto, y entre olivos
Sufre Dios; la amargura oprime su alma,
Y el cuerpo que tomó de madre vírgen
Se dobla al peso de mortales ansias.
La luz se vela
De su mirada
Y en la tierra se postra, y sus gemidos
Maitirizan crueles su garganta.

Por vez primera sufren los Querubes,
Siente el dolor su esencia soberana,
Y ellos lo expresan de inefable modo,
Que fuera en un mortal derramar lágrimas.
Sienten tristeza,
Tristeza santa,
Y oprimidos se sienten por el peso
De un mal que ellos jamás imaginaran.

"Oh Padre, Padre mio, si es posible
Pase de mí este cáliz," Cristo clama:
Y sin alzar los ojos de la tierra
Tiembla su cuerpo y se estremece su alma.
Y en tal estado
Su angustia es tanta,
Que de todos sus poros brota sangre
Que sus vestidos y la tierra empapan.

Hace un esfuerzo, y dice alzando al cielo
Sus ojos áun velados por las lágrimas:
"Pero no se haga como yo lo quiero,
En mí, Señor, tu voluntad se haga."
De nuevo al polvo
Toca su cara:
"Yo quiero lo que quieres; el espíritu
Dispuesto está, pero la carne es flaca."

Se entreabre un momento aquella nube
Que el sólio eterno de Jehová velaba,
Y El aparece. Y á Gabriel mirando
La tierra con el dedo le señala.
Despliega el ángel
Las prestas alas,
Y asombrado, temblando, y en silencio
Hasta la tierra y hasta el huerto baja.

Y adora al Hombre-Dios, y á él acercàndose
Dulcemente del suelo lo levanta,
Y en el pecho se apoya su cabeza,
Y con los brazos con amor lo abraza.
Su frente enjuga
Su mano blanca,
Y el Cristo se estremece con sollozos
Siempre virtiendo lágrimas amargas.

Tal como el niño en trance de agonía
Entre los brazos de su madre salta,
Con estremecimientos convulsivos
Entre los brazos de Gabriel saltaba.
El ángel siente
Pesar la carga,
Pues más y más Jesus se desfallece
Los tormentos al ver que le preparan.

Sienten sus manos los terribles clavos,
Siente su corazon la aguda lanza,
Su frente las durísimas espinas
Y los azotes su sensible espalda.
Siente su rostro
Las bofetadas,
Siente su cuerpo todas las heridas
Que la ignominia y el baldon agravan

Se replega en sí mismo todo el cuerpo,
Se replega en sí misma toda el alma;
Y más se aflije al ver que los verdugos
Los hombres son por quienes sufre y ama.
Con vituperios
Su amor le pagan.
Y pensando esto, de dolor muriera
Si á la Muerte acercársele dejara.

Y mira el porvenir. Todos los tiempos
Recorre en un instante su mirada,
Y al contemplar su inmenso sacrificio
Lo mira inútil para muchas almas.
Salvarlas quiere
Y no se salvan;
Y su vertida sangre, del infierno
Hará más crueles las voraces llamas.

Y se hace su agonía más terrible.
Amor, temor, dolor, dividen su alma;
Y del ángel los brazos ya no pueden,
Para ellos es la carga muy pesada.
Sus fuertes brazos
Al fin se cansan,
Y sintiéndolo el ángel deslizarse
En la tierra de nuevo lo descansa.

Tiembla Gabriel. Y tras la oscura nube
Que el trono eterno de Jehová ocultaba,
Los ángeles escuchan aterrados
Cual si una tempestad se desatara.
Y bajo el techo
De humilde estancia
La frente contra el polvo, si no en sangre,
La Vírgen en sus lágrimas se baña.

RAMON VALLE.

EL DOLOROSO ENCUENTRO.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

I.

Al amanecer llamaba siempre á sus puertas el padre encargado de atender á los peregrinos hospedados en "Casa Nuova." Aunque no son obligatorios los reglamentos que los Padres de Tierra Santa han establecido para el régimen interior de esta vasta y caritativa hospedería, donde gratuitamente reciben durante quince dias á los peregrinos católicos ó latinos, como se les llama en el Oriente, dichos reglamentos son observados por todos con la misma exactitud que si lo fueran. Miéntras se vive en "Casa Nuova" es costumbre levantarse con los primeros albores de la mañana.

Uno de los más bellos espectáculos que se gozan en Palestina, es la salida del sol. En el cielo del Oriente casi no hay crepúsculos: de la oscuridad de la noche, con rápida transicion, se pasa á la claridad del dia, y en las tardes el sol no parece declinar, sino extinguirse de repente, como un inmenso fanal que se apagase de un soplo.

Desde las ventanas de la celda donde estábamos hospedados, veíase una cenefa blanca y brillante, cual espuma de olas iluminada por la luna, orlando las alturas del monte de los Olivos, haciendo trasparente el ramaje de los árboles de Getsemaní, y que hacia destacarse límpidos en el horizonte los contornos del Sepulcro de la Vírgen y de la iglesia de la Asuncion, de la Mezquita de Omar y de la Torre de David.

Era el mes de Enero, y la mañana, sin llegar á ser fria, estaba bastante fresca. El invierno en Judea no es nivoso y húmedo como en Europa, sino penetrante y seco como el de Toluca. Brisas venidas del Mediterráneo soplaban del lado del Occidente, cuando el sol brotando del horizonte de golpe, inundó el cielo, en un instante, de luz y de colores. Los cimborios de la iglesia del Santo Sepulcro y de Santirgo el Menor brillaron bañados por una lluvia de fuego, y se iluminó súbitamente el austero y melancólico panorama de la "Ciudad Santa," las alturas de Sion y Moria, el Valle de Josafat y el torrente del Cedron, el pavoroso Haceldama y las tristes tumbas de los Reyes.

La campana del convento de San Salvador, que raras veces se toca, suele llamar á misa cuando Jerusalem despierta. Las vibraciones de esa campana parecen resonar en lo más íntimo del alma; su tañido no es solo profundamente triste, sino velado y medroso como si temiera despertar la persecucion.

San Salvador, es el convento en Jerusalem, de los Padres franciscanos encargados de guardar los Santos Lugares.

II.

La Iglesia del convento de San Salvador, no está en la planta baja, sino en el piso superior y en el centro del edificio. Esta locacion del templo, exigida por la necesidad de poner á cubierto de profanaciones el culto católico y de un golpe de mano á los fieles, le da mayor recogimiento y acentúa el sentimiento piadoso con una dulce sombra de pavor; las precauciones mismas que se toman, revelan el peligro y recuerdan que aquel augusto sitio ha sido en varias épocas regado con sangre de mártires.

Es profundamente conmovedor asistir al santo Sacrificio de la Misa á bordo de un buque en alta mar, ó en medio de un campamento en el que el altar se ve rodeado de un bosque de bayonetas, y la luz de los cirios reflèjase en las hojas brillantes de sables desnudos; pero despues del de asistir al sacrificio incruento sobre la roca misma del Calvario, no hay acto tan imponente como el oir la Santa Misa en el Capilla interna, casi secreta, del convento de San Salvador en Jerusalen. A la Misa que allí se celebra en la mañana, asisten muchos Padres de la Comunidad, con sus hábitos oscuros y sus luengas barbas; judías católicas vestidas como la Santísima Vírgen y la Magdalena, con túnicas oscuras y mantos azules ó blancos; fieles con los trajes y fisonomías de las razas todas del mundo. Se ven allí arrodillados junto al rubio ale-

man, el árabe moreno; junto al francés ó el italiano, el cofto y el abisinio; junto al americano, el persa y el armenio. Míranse confundidos á la luz de una fé y al fuego de la misma caridad, las razas más disímbolas del mundo: los pobladores de las regiones más distantes del globo allí se confunden todos bajo el dulce nombre de cristianos.

Despues de la Misa se suele hacer oracion en comun, rezando el Rosario ó entonando la Letanía de la Vírgen. A los asistentes se les advierte que contesten en latin, que es el lenguaje universal de la Iglesia Católica. Así lo hacen al principio; pero conmovidos á las primeras invocaciones de la Letanía, ya no son dueños de sí, y sojuzgados por la emocion, comienza cada uno á responder en su propia lengua, hasta que entonan todos un himno inmenso en que se mezclan los acentos de todas las lenguas conocidas. Al último nadie puede responder ya en acentos articulados, y un sollozo hondísimo, un gemido sin fin es el *ora pro nobis* con que invocan á la Madre de su Dios los míseros mortales. El llanto es el sólo lenguaje ménos indigno de tanta devocion y de tan grande ternura.

Despues de haber oido Misa en San Salvador, volvimos á "Casa Nuova," á esperar la hora del refectorio para desayunarnos, y á prepararnos, leyendo los pasajes relativos, para recorrer en la mañana de ese dia la "Via Dolorosa," camino que Nuestro Salvador hizo con la Cruz á cuestas, desde el sitio en que lo condenó Pilatos, hasta la cumbre del Calvario.

III.

Las diez de la mañana serian cuando tomando la calle desigual y estrecha que parte de la puerta de Jaffa, dejando á la derecha el muro, único resto del antiguo Templo, donde hoy lloran los judíos, por ella seguimos hasta la altura de la mezquita de Omar, y allí torcimos á la izquierda para dirigirnos al palacio de Pilatos, situado en el ángulo Noroeste del átrio del Templo.

El palacio de Pilatos estuvo en el mismo lugar donde se levantaba la torre Antonia: el área que sustentó estos dos monumentos, tan célebres en la historia del mundo, está hoy ocupada por una vasta edificacion que los turcos han destinado á cuartel. Entendemos que es el único que hay en Jerusalem actualmente, pues solo allí vimos cuerpo de guardia, y simples retenes algunas veces en la iglesia del Santo Sepulcro y en la torre de David.

Aunque la fachada del cuartel mira hácia el Norte, la entrada está por la parte del Occidente en un ancon que forma hácia ese lado el edificio. Muy difícil es describir con claridad su distribucion, pues áun estando allí no es fácil comprenderla: tiene varios patios, galerías, escaleras y pasadizos, que se conoce han sido construidos sin seguir un plan determinado, en diversas épocas y con distintos objetos. Los soldados solo ocupan el primer patio y los demas están abandonados. Entre las baldosas levantadas brota la yerba; se miran carcomidas sus paredes, y desplomados por el tiempo algunos de sus muros,y corredores. Todos los cimientos y algunos de sus muros, son de la época de Nuestro Señor, y entre ellos pasaron muchas de las escenas de su adorable Pasion.

El edificio está en el ángulo del átrio del Templo, no lejos de la puerta de San Estéban é inmediato, por tanto, á la Piscina Probática, y al estanque donde se lavaban las ovejas destinadas á los sacrificios simbólicos del antiguo rito.

A poca distancia del de Pilatos, aproximándose á la muralla, estaba el palacio de Herodes. Hoy dia, separada por una callejuela estrecha, frente al palacio de Pilatos, se halla la capilla de la Flagelacion, levantada en el sitio donde el Señor fué azotado. Al entrar á ella salió á recibirnos un sacerdote á cuyo cuidado está, y que apénas nos hubo oido cuando se le demudó el semblante y se le arrasaron de lágrimas los ojos. Era un sacerdote mexicano, nacido en Querétaro, quien al oirnos hablar, conoció en el acento que éramos sus compatriotas, y no pudo, á pesar de la austeridda

de su virtud y la gravedad de su carácter, dominar la emocion ante ese recuerdo viviente de su patria.

Actualmente el frente del palacio de Pilatos está obstruido por edificaciones privadas y por la capilla de la Flagelacion, sin que haya quedado libre más que el sitio que ocupa la calle de la Amargura. En tiempo de Nuestro Señor habia una gran plaza frente al palacio, y en el centro de ella, el pretorio llamado en hebreo "Gabatta," donde Pilatos pronunció sentencia de muerte contra Jesus. En esa plaza se reunió la plebe que vociferando pedia la muerte del Señor y que su sangre cayera sobre ellos y sus hijos.

Entónces partian de allí varias calles, entre otras, dos con direccion al Calvario; la una amplia, que fué la que siguió Pilatos despues de haber condenado á Jesus: temiendo que hubiese algun tumulto con motivo de la sentencia, precedido de la caballería y seguido de trescientos infantes, se dirigió en ese dia rodeado de sus oficiales, desde su palacio hasta la puerta de la muralla que daba salida para el Calvario; la otra calle es la misma que hoy existe, y fué la que siguió Nuestro Señor con la Cruz á cuestas, el dia de su crucifixion y muerte.

El lugar, pues, en que Jesus fué cargado con la Cruz, fué el principio de la Via Dolorosa, y de ese punto partimos nosotros para recorrerla, no como viajeros curiosos, sino como creyentes peregrinos.

IV.

El Señor fué condenado á las diez de la mañana. Cuando Pilatos hubo pronunciado su inícua sentencia, trajeron unos esclavos la Cruz, que desde la noche anterior, ó más bien en la madrugada de ese dia, habia sido labrada. Los brazos de ella aun no estaban atados al mástil, y los esclavos pusieron las piezas en el suelo, en medio de la plaza y junto á los piés de Jesus. Nuestro Señor se arrodilló y la besó tres veces.

Estaba Jesus desnudo, y trajeron la túnica inconsútil que su Santa Madre le habia tejido. La corona de espinas era grande, y estrecha la abertura de la túnica; para que pudiera vestírsela le arrancaron de golpe la corona, y la sangre brotó de nuevo de su cabeza y de su frente. Tambien habian traido las cruces de los ladrones; pero éstos no cargaron más que los travesaños de ellas; solo el Señor cargó la suya apoyándola en el hombro derecho y sosteniéndola con la misma mano.

Veintiocho fariseos se agitaban en la plaza y en las calles adyacentes, miéntras los condenados se ponian en marcha. Una parte de los legionarios se quedó en el palacio y la otra se disponia á marchar hasta el Gólgota. La tristísima procesion desfiló llevando á su frente una parte de los fariseos que estaban á caballo; seguian alguaciles, esclavos y gente del pueblo que llevaban cuerdas, escalas, cuñas y todos los demas instrumentos del suplicio. Un jóven llevaba colgada sobre el pecho la inscripcion que habia de ponerse en la cruz, y otro hombre en una lanza la corona de espinas. Seguia el Salvador, al que habian puesto un cinturon con puntas de hierro, del que pendian cuatro cuerdas, que las llevaban dos hombres adelante y dos atrás. En pos de Jesus, venian los dos ladrones casi desnudos, pues solo traian un escapulario sin mangas y un gorro de paja en la cabeza. Seguian fariseos y gente del pueblo, y cerraban la marcha los legionarios romanos. Una trompeta sonaba al llegar á cada esquina, y en ellas era proclamada la sentencia.

La muchedumbre, que no podia seguirlos de cerca, porque lo impedia la escolta, se amontonaba detrás de ésta ó corria siguiendo otras calles para llegar adonde pudiera verlos; muchos se colocaban á uno y otro lado del camino que debia seguir la triste procesion.

En esa mañana, á intervalos, habia estado granizando.

V.

La calle de la Amargura que existe hoy, es la misma que el Señor anduvo entónces; es tortuosa, estrecha y desigual. Partiendo del palacio de Pilatos

se dirige de Oriente á Occidente, con ligera inclinacion al Sur. A poco andar se mira un arco que parece apoyarse en los edificios de una y otra acera y que se eleva á poca altura. Ese arco se llama del Ecce Homo, porque desde allí, en efecto, pronunciando esas palabras, presentó Pilatos á Jesus coronado de espinas y cubierto con un harapo de púrpura. Los cimentos de la columna derecha del arco, se esconden tras el muro de la iglesia de Señora Santa Ana.

Allí está el convento de las hijas de Sion, fundado por el Padre Ratisbona. Las monjas de ese convento son judías convertidas, y el objeto principal de su instituto es pedir por la conversion de sus hermanos. Todos los dias, en la misa y despues del prefacio, tres veces claman por la conversion de los judíos, pronunciando las mismas palabras de nuestro Salvador: "Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen." La monja con quien hablamos cuando fuimos allí á pedir reliquias de Tierra Santa, era una jóven judía, de nacionalidad inglesa, de hermoso rostro, y cuyo padre era uno de los más fuertes banqueros de Lóndres. Tambien decíase que en su mayor parte son hijas de familias ricas, y que el patrimonio que han renunciado al entrar monjas, sumaria millares de libras esterlinas.

Casi al terminar la calle, se ensancha un poco y su piso se eleva. A la derecha hay algunas casas, y á su izquierda bardas de mampostería. Para seguir el camino del Calvario, se tuerce á la izquierda; á la derecha de allí y no á mucha distancia, se encuentra la casa de Simon el Fariseo, donde la Magdalena ungió por la primera vez los piés del Señor.

VI.

En esa calle, al seguirla el Señor en el dia de su Pasion, pasaron episodios terribles, que llenan el alma de pavor y de asombro, y que en los sitios mismos donde se verificaron, el recordarlo eriza los cabellos de terror e inunda el corazon en llanto y amargura, que son inexplicables con palabra humana.

Desde la noche anterior el Señor no habia tomado alimento, no habia dormido un solo instante y habia sido atormentado sin cesar con todo género de afrentas y de dolores; en esa misma mañana habia sido coronado de espinas y habian desgarrado con crueles azotes su cuerpo sacratísimo. "Varon de dolores," cubierto de oprobío caminaba agobiado con el peso de la cruz, que apénas podia sostener sobre su hombro con la diestra mano, mientras que con la izquierda levantaba su larga túnica, que á cada paso le hacia tropezar y tambalear. Los soldados que llevaban las cuerdas que pendian de su cintura, tiraban en distintas direcciones y apénás podia dar paso Jesus ni sostenerse en pié.

A uno y á otro lado de la calle se agita la multitud al verlo, y los esclavos y gente del pueblo le arrojaban piedras, inmundicias y lodo; de las ventanas le lanzaban palos; y hasta los niños, con una perversidad horripilante, impropia de su edad inocente, á su paso le arrojaban piedras para que tropezase y cayese. Era la hora del poder de las tinieblas, y el infierno y los hombres se habian desencadenado contra el Hijo de Dios, que venia á quebrantar el poder del uno y á salvar á los otros del yugo de Satanás.

En aquel tiempo habia un hoyo al fin de la calle, que en la estacion de aguas se llenaba de lodo, y habian puesto una piedra grande con el objeto de facilitar el paso. Al llegar Jesus allí, tropezó con ella y cayó á tierra, con la cruz á su lado. Al verlo caer, la multitud lanzó gritos horribles, como de dragones infernales, y los verdugos, alguaciles y fariseos, llenándolo de injurias, de nuevo colocaron sobre su sacrosanta cabeza la corona de espinas y lo obligaron á incorporarse á golpes y á empellones. Jesus suspiraba y gemia, mirando amorosamente á sus verdugos.

Esta fué su primera caida. ¡No es dado expresar con palabras, lo que siente el corazon al besar el sitio en que el Señor cayó!

VII.

Para comprender cuál fué el camino

del Gólgota, debe saberse que, aunque todo él constituye la "Vía Dolorosa," esta se compone de diferentes calles que están en distintas direcciones y no son de la misma anchura ni extension. Saliendo del palacio de Pilatos, recorrió nuestro Salvador la calle de la Amargura, llamada tambien del Ecce Homo; torció á su izquierda para entrar en la del Parasismo de la Vírgen, que no es larga; volvió sobre su derecha para seguir la de la Verónica hasta la Puerta Judiciaria; tomó la izquierda para seguir por el lado interior de la muralla hasta la puerta del Calvario; salió por ésta, y del lado de afuera siguió caminando á la derecha al pié de la muralla, casi hasta la altura de la Puerta Judiciaria; y de allí, en fin, torció á la izquierda, y ascendiendo, llegó á la cumbre del Gólgota.

Aunque por razon de Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, todos los pasajes de su Pasion santísima sean sublimes y adorables, no es contrario á la piedad cristiana, que para cada corazon sean unos pasos de ella más conmovedores que otros, ni que muevan de distinta manera el ánimo de cada fiel. El episodio de la segunda caida del Señor, la que se verificó en la corta calle llamada hoy del "Parasismo de la Vírgen" por unos, y del "Doloroso Encuentro" por otros, es uno de los pasajes de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo que más mueve la devocion y más lágrimas arranca á los peregrinos de todas las naciones del orbe, que siempre se miran recorriendo la "Via Dolorosa."

Los árabes y turcos se separan respetuosamente de los que están rezando el Vía Crucis, para dejarlos en libertad, y hasta los mismos infieles y judíos se alejan para no interrumpirlos. Se miran allí, rezándolo ó recorriéndolo, á todos los cristianos, lo mismo católicos, que herejes y cismáticos.

Aun á falta de toda revelacion y de todo testimonio histórico, bastaria la cadena viviente de una tradicion no interrumpida, para comprobar hasta la evidencia, la autenticidad de los lugares y de los sucesos que se verificaron en ellos.

VIII.

Miéntras Jesus fué azotado, la Vírgen Santísima estaba en una especie de éxtasis, sufriendo con un amor y un dolor indecibles los tormentos de su Divino Hijo. Estaba sostenida por María de Helí y María de Cleofas, bañados en lágrimas los ojos, y de su boca se exhalaban leves quejidos: estaba vestida con una túnica azul, una capa blanca de lana y un velo blanco amarillento. Las demás amigas de Jesus y de Ella la rodeaban con respeto y ternura, y estaban llorando y temblando como si esperaran su sentencia de muerte. Magdalena, bajo su velo, tenia los cabellos en desórden y estaba pálida y abatida de dolor.

Cleudia Proela, mujer de Pilatos esa pagana compasiva que habia sido iluminada por la gracia, le envió á la Santísima Vírgen una pieza de tela. A las nueve de la mañana que acabarian de flagelar á Jesus, limpiándose la sangre que cubria sus ojos vió á su santa Madre. Estaba rodeada de las santas mujeres, que serian como veinte las que entónces la acompañaban; se acercó á la columna en que nuestro Redentor habia sido flagelado, tan luego como se apartó el pueblo, y Ella y Magdalena limpiaron la sagrada sangre de Jesus con los lienzos que Claudia Proela habia mandado.

Cuando el Señor fué condenado á muerte, la Santísima Vírgen estaba en la plaza, y tambien miéntras la triste comitiva se puso en marcha y el Señor anduvo la calle de la Amargura. Al oir la sentencia de muerte contra su Hijo y su Dios, la Vírgen Santísima cayó sin conocimiento, y la retiraron de allí Juan y las santas mujeres que la rodeaban; pero apénas volvió en sí, tuvieron que conducirla á los sitios donde su Hijo habia sufrido y donde Ella queria ofrecer el sacrificio de sus lágrimas.

La Dolorosa Madre habia salido de la plaza acompañada de Juan y de algunas mujeres. Cuando el ruido del pueblo, el sonido de la trompeta y el

movimiento de la escolta de Pilatos, anunciaron la marcha para el Calvario, no pudo resistir el deseo de ver todavía á su Divino Hijo, y pidió á Juan la condujese á uno de los sitios por donde Jesus debia de pasar.

Tomaron la calle paralela á la de la Amargura, la misma por donde Pilatos habia pasado con su escolta con rumbo á la Puerta del Calvario, y llegaron á la calle llamada hoy del Parasismo de la Vírgen, antes que la triste procesion desembocase por el extremo opuesto de ella. En la corta calle del Parasismo se señalan hoy: en el fondo, el lugar donde estaba la casa del Rico Avariento; á la derecha el que ocupaba la del pobre Lázaro, y á la izquierda una barda de cal y canto, que marca probablemente el sitio en que se levantaba el palacio de Caifás, no su tribunal que estaba en Sion, sino su habitacion privada, rica y suntuosa.

Cuando la Vírgen llegó á este sitio, San Juan obtuvo de un criado compasivo el permiso de ponerse en la puerta del palacio con María y los que la acompañaban. Se cree que además de Juan y las santas mujeres, la acompañó otro discípulo, probablemente San Pedro.

La Madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas, y enteramente cubierta con una capa parda azulada, que le habia puesto sin duda, alguna de las santas mujeres cuando perdió el sentido al oir la sentencia contra su Divino Hijo.

IX.

Se oia ya el ruido sordo de la multitud como un mugido de olas alborotadas; se escucharon despues el sonido de la trompeta y la voz del pregonero que proclamaba la sentencia. El portero abrió entónces la puerta. Cada vez el ruido se hacia más fuerte y aterrador; entónces la Vírgen Santísima oió y le preguntó á Juan: ¿Como podré soportarlo? y salieron al dintel de la puerta: María se paró y miró: no habia gente por delante, sino atrás y á los lados.

Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron, María juntó las manos y se puso á llorar y temblar, y uno de ellos preguntó: ¿Quién es esa mujer que se lamenta? Otro respondió: "Es la madre del Galileo." Entónces, señalándola con el dedo, la llenaron de injurias, y el que llevaba los clavos, se los presentó á la Vírgen burlándose. María miró á Jesus que desembocaba entónces la calle, y poniéndose pálida como un cadáver y con los lábios azules, se agarró á la puerta para no caer.

Pasaron los fariseos á caballo; luego el jóven, casi niño, que llevaba la inscripcion, y detrás su Santísimo Hijo Jesus, temblando, agobiado bajo el peso de la cruz é inclinada sobre el hombro su cabeza coronada de espinas. Al dirigir Jesus una mirada de compasion á su Santa Madre, tropezó y cayó por segunda vez sobre sus rodillas y sus manos. Al verlo caer la Madre de Dios, en la fuerza de su dolor no vió soldados ni verdugos, sino solo á su Hijo Sacrosanto, y precipitándose desde la puerta por entre los soldados que lo maltrataban, cayó de rodillas á su lado y se abrazó de El. ¡Hijo mio! ¡Madre mia! fueron solas sus palabras.

Hubo entónces un momento de confusion y desórden. Los alguaciles injuriaban á la Madre de Dios. Juan y las santas mujeres pugnaban por alejarla de allí: un alguacil le dijo: "Si lo hubieras aleccionado de otro modo, no estaria en nuestras manos." Los soldados la echaron para atrás, y María cayó como muerta en medio de Juan y las santas mujeres que la rodearon. Dos de los discípulos se la llevaron al fin al interior de la casa, y cerraron la puerta. Algunos soldados, sin embargo, tuvieron compasion, y entre la multitud que seguia á la escolta lanzando injurias y maldiciones, se veian aquí y allí mujeres cubiertas con sus velos que iban sollozando y derramando lágrimas.

Esta fué la segunda caida de Jesus, y el doloroso encuentro con su Santa Madre! ¡Gracias, Señor, porque nos concediste contemplar con estos nuestros ojos, el lugar mismo donde se ve

rificaron cosas tan grandes y tan increibles, de dolor tan inmenso y de tan infinito amor!

X.

Todos esos sucesos adorables y sublimes, prendas son todos del infinito amor de Dios á los hombres; pero el encuentro doloroso de Jesus con su Santa Madre parece tener el dón de conmover de raíz hasta los corazones más depravados y más empedernidos; es el pasaje que más lágrimas arranca á los que recorren el camino de la Cruz, que el Redentor siguió en el tremendo dia de su Pasion, para salvar á todos los hombres sus hermanos.

El cuerpo y alma de Jesucristo al unírseles el Verbo, se inundaron de agradecimiento y de amor infinitos, y Dios quedó infinitamente complacido con el agradecimiento y el amor de Jesucristo. Los hombres somos amados de Dios, por tanto, á través de ese infinito amor. Las más altas inteligencias no alcanzarian á comprender el amor con que somos amados los hombres: excede á toda alteza de pensamiento y á toda profundidad de razon creada, el amor de Jesucristo á una sola alma.

A medida que las almas son más puras, son más amantes y sensibles. El alma de María, libre de toda culpa y en la cual la gracia rebosada, con indecible amor amaba á su divino Hijo. ¡Qué dolor sentiria y con qué amor ofreceria ese dolor al encontrar á su Hijo en el camino del Calvario! Amándonos á través de su Hijo y por amor á su Dios á un mismo tiempo, ¿qué no alcanzarán en favor de los mortales sus hermanos y sus hijos, las lágrimas que allí y entónces, derramó Ella en el parasismo de su dolor incomparable? Se confunde la inteligencia y el corazon se anonada, al querer penetrar en esos insondables abismos de amor!

XI.

¿No es verdad que es muy grande beneficio de Dios, el que nos haya concedido el postrarnos y llorar en los lugares mismos donde se dignó obrar cosas tan grandes y maravillosas? ¡Ojalá y al reproducir nuestras impresiones y recuerdos, logremos mover á piedad aunque sea un solo corazon, arrancar en compasion del Divino Hijo y de la Madre Santísima, una lágrima siquiera!

Hemos descrito lo que hemos visto con nuestros propios ojos: no estamos seguros, sin embargo, de haber sido exactos en todos los detalles, porque, á decir verdad, no medimos distancias ni hicimos allí inquisiciones arqueológicas. A Tierra Santa no fuimos como ilustrados viajeros ni anticuarios eruditos, sino sólo como humildes cristianos y compungidos peregrinos. Al referir los sucesos históricos, merecemos ser creidos, porque estrictamente nos hemos ajustado á las narraciones de la Madre Catalina Emmerich, el libro sobre la Pasion de Nuestro Señor, que más nos ha hecho sentir y llorar, aun despues de haber leido la "Historia de la Pasion" por el Padre Palma, esa obra maestra de ese eminente jesuita.

Corriendo el tiempo, quizás nos olvidemos de Madrid, á pesar de todos los encantos de la raza y de la lengua propias; de Lóndres con su Támesis sombrío, el denso humo de sus industrias, el ruido de sus millones de libras y el confuso rumor de aquel hormiguero humano que ensordece y da pavor; de Paris vomitando en las noches torrentes de luz y haciendo crujir en sus ámplias avenidas la seda de su lujo espléndido... pero nunca nos olvidarémos de la amarillenta Jerusalem con sus altas murallas y sus desiertas calles, con su honda tristeza de un Viérnes Santo inacabable!

¿Cómo olvidarnos del tristísimo camino que el Señor siguió con su cruz hasta el Calvario? Para seguir el sendero más recto á una eternidad feliz, aun esperamos tornar á ver, á la luz del cirio que alumbre nuestra agonía y á través de la última lágrima que brote de nuestros vidriados ojos, el sitio de la humilde callejuela regado con la sangre del Hijo y el llanto de la Madre, cuando allí se encontraron en aquel tremendo dia!

México, Abril de 1884.

José de Jesus Cuevas.

EL SACERDOTE Y EL REY.

CUENTO HISTÓRICO.

Al Sr. Canónigo D. José María Velazquez, el dia de su cumpleaños.

I.

Iba cayendo la tarde;
El sol tras de la montaña
Desde su lecho de fuego,
De oro, de topacio y grana,
Sus destellos moribundos
Sobre la tierra lanzaba.
El cielo estaba sereno,
Por la atmósfera azulada
En espirales subia
El humo de las cabañas.
En el tupido follaje
De una arboleda cercana,
Los pajarillos alegres
Con sus notas aflautadas,
En gozosa algarabía
Disputábanse las ramas,
Porque la tarde se iba
Y la noche se acercaba.

II.

¡Qué tarde tan deliciosa,
Cómo se entristece mi alma,
Cuánto el corazon me duele
Solamente al recordarla!
Mi madre, mi dulce madre,
Que era el ángel de mi guarda;
Que cariñosa y solícita
Mi solo bien procuraba;
Que cual faro luminoso,
Alumbró mi hermosa infancia,
Por el valle de la vida,
Guiando mi débil planta;
Y que despues cuando vino
Mi juventud desgraciada,
Lloraba con mis dolores
Y reia si gozaba;
Mi madre que ni un momento
De mi memoria se aparta,
¡Ah! que el sol se apagaria
Primero que yo olvidarla!
Pues jamas de mi existencia
Un solo dia se pasa,
Sin que al invocar á Dios,
Su nombre no evoque mi alma.
¿Cómo olvidarla pudiera
Si en el rostro de mi hermana
Veo su faz apacible
Y en sus ojos su mirada?
Dieziocho años transcurridos
Desde que me abandonara,
No bastan de mi memoria
A borrar su imágen grata....
Mi madre.... vivia entónces;
Su amor llenaba mi alma.

III.

Pálidas por el Oriente
Las nieblas se levantaban
Ofuscando del crepúsculo
La luz indecisa y vaga.
Todo yacía en silencio,
Las aves ya no cantaban,
El viento apénas gemia
Batiendo sus leves alas
Entre el tupido follaje
De la arboleda cercana.
El lucero de la tarde,
Puro en el cielo brillaba,
Desde la cima del cerro
De la Cruz, que al Norte se alza,
Mi madre y yo contemplábamos
El risueño panorama
De la ciudad, que á lo lejos
Hermosa se destacaba,
Como una noble matrona
Sobre flores reclinada,
Con sus templos majestuosos,
Y sus torres elevadas,
El poder simbolizando
De la augusta fé cristiana.

IV.

Mi madre, como otras veces,
Me hacia oir sus palabras,
Y aquella tarde apacible
¡Con qué ternura me hablaba,
Qué suaves sus consejos,
Qué sencilla su enseñanza!
¡Ay! solo una madre puede
De un hijo formar el alma!
Yo la oia conmovido,
Cuando vimos á la espalda
Un anciano sacerdote
Que á nosotros se acercaba;
Una multitud de niños,
Gozosos le acompañaban
(La infancia dándole ayuda
A la senectud cansada.)
Era su rostro apacible
Y apacible su mirada,
Sonreia bondadoso
Al mirarme y me llamaba.

Corre, me dijo mi madre,
Que el buen ministro te llama.
Yo corrí al punto a su encuentro,
Y con la frente inclinada,
Me arrodillé á su presencia,
Pedí su mano á besarla
Y me bendijo elevando
A los cielos la mirada.
Cuando volví, sorprendido
Ví que mi madre lloraba
Y reia á un tiempo mismo,
Y de gozo enajenada,
—Bendito seas,—me dijo
Enjugándose las lágrimas.
Permaneció silenciosa;
Despues de una breve pausa
Añadió:—voy á contarte
Una historia, no es muy larga,
Hijo, escúchala y procura
En tu memoria grabarla;
Ella te hará comprender
La potestad elevada
De un apóstol, sacerdote
De la Religion cristiana.

V.

—En un magnífico templo
De la católica España,
No sé decirte en qué época
Ni el rey que entónces reinaba,
Ante un auditorio inmenso,
Un ministro celebraba
El incruento sacrificio
De la misa. El pueblo oraba,
Y al repartir á los fieles
El sacro pan de las almas,
Es decir, la hostia pura
Que es el Dios vivo en sustancia,
Vió entre ellos un personaje
Con el traje de un monarca.
Era el rey, y al conocerlo
Tiembla el sacerdote y calla,
En el momento que iba
A darle la hostia santa,
Y dos raudales de llanto
De sus pupilas brotaban.
Todas las miradas fijas
En ambos á un tiempo se hallan.
El rey levanta los ojos
Y ve al padre que lloraba,
Y sorprendido y confuso
Así le dice en voz alta:
—Es verdad, yo no soy digno
De que Dios venga á mi alma,
Pero explicadme, os lo ruego,
De esa turbacion la causa:
¿Por qué temblais, por qué el llanto
A vuestros ojos empaña?
—Tiemblo y lloro, con voz trémula
El interrogado exclama:
Al ver ¡oh bondad inmensa!
Yo que soy polvo y soy nada,
Al Rey del cielo en mis manos,
Al de la tierra á mis plantas....

VI.

—Imagínate, hijo mio,
Cuánta es la grandeza y cuánta
La potestad de un apóstol
De la Religion cristiana.
La grandeza de los reyes
Ante la suya no es nada,
Ellos son dispensadores
De las infinitas gracias
Del Rey de cielos y tierra,
Para nuestras pobres almas.
Ellos nos abren las puertas
De nuestra celeste patria.

VII.

Desde entónces cuando veo
Un *fraile* (como les llaman
Tantos *espíritus fuertes*
Que hoy abundan por desgracia)
Humildemente vestido
De una raida sotana,
Y otros muchos que me honran
Con su amistad leal y franca,
Como el sabio á quien dedico
Hoy esta historia tan larga,
¡Ay! me acuerdo de mi madre
Y repito sus palabras:
"La grandeza de los reyes
Ante la suya no es nada."

VICENTE F. GÓMEZ.

Leon, 1883.

ECOS DE ULTRA-TUMBA

ó

EPILOGO DE UN DRAMA.

A mi querido amigo Antonio M. Garduño.

I.

Berta y Andrés se habian amado con ese sentimiento que en el delirio de dos corazones apasionados se cree eterno. Andrés vió un dia oscurecerse el cielo de su dicha, porque Berta faltó á sus

deberes de amante, burlando la credulidad y el cariño de Andrés, que al ver tanta ingratitud se propuso olvidarla para siempre.

II.

Andrés, sin embargo, sufría; habia quedado huérfano de padres y familia y huérfano de amor; y al tender la vista á todas partes y encontrarse sólo, al buscar en su propio corazon el consuelo de sus desventuras, se encontró con que solo tenia recuerdos desgarradores que hacian más triste su soledad, más amargo su aislamiento.

Habia delirado mucho con el amor de Berta; habia idealizado hasta lo fantástico el amor de aquella niña, y al descender á la realidad, al ver al ángel convertido en mujer y mujer de carácter frívolo y positivista, sintió despedazársele el corazon al ver deshecho y roto á sus piés el ídolo á quien habia levantado un altar con toda la fé que dá el amor al que comprende cuanta sublimidad encierra ese sentimiento que es el lazo entre el cielo y la tierra; entre Dios y las criaturas.

III.

Andrés habia tenido en ménos de un mes la desgracia de perder á toda su familia, y cifraba las dulces esperanzas de su futuro hogar en Berta. Pero ésta lo abandonó tambien, y solo su valor, su resignacion, y el cumplimiento de un deber, pudieron sostenerlo firme en medio de tanta lucha, de tanta desolacion, de tanto sufrimiento en que Dios lo habia querido probar.

Despues de pesar en su conciencia la traicion de Berta, y de valorizar su conducta para con ella, hizo un esfuerzo supremo de voluntad, y se propuso no pensar más en ese amor que le habia herido el alma de una manera terrible.

IV.

¡Cuán difícil es algunas veces ahogar un sentimiento, olvidar un amor, prescindir de una esperanza!

Andrés no obstante su firme resolucion; seguia pensando en Berta. Su imágen se le presentaba cada instante bajo distintas formas, pero siempre bella, siempre seductora, siempre vertiendo en sus palabras el encanto que habia cautivado el alma de Andrés, y en vano luchaba, en vano queria buscar en otras mujeres el olvido de aquel amor, el bálsamo de aquella herida, que el juzgaba curada ya.

El tiempo que las ocupaciones le dejaban libre al pobre amante, lo empleaba en escribir sus pensamientos, sus luchas secretas, sus esperanzas burladas, y todo ese poema que se escribe cuando el alma está poseída de un verdadero amor: y lo hacia no para implorar de Berta una humillante compasion sino para probarle que habia sido indigna de su amor. La suerte parece que se burlaba del enamorado Andrés, pues con frecuencia tenia á su pesar que ver á Berta, y aunque su dignidad le prohibia toda demostracion, su frente permanecia altiva, su rostro severo, y solo su corazon fuertemente agitado, podia saber lo que pasaba en aquellos instantes dentro de aquella existencia combatida por tantas tempestades, por tantos dolorosos acontecimientos.

V.

Habian pasado tres meses. Andrés comenzaba á adquirir en cierto modo la tranquilidad que va quedando cuando se tiene el conocimiento de que hay cosas imposibles, y para acabar de sustraerse á la influencia que el recuerdo de Berta ejercia en su corazon, proyectaba un viaje y estaba próximo á realizarlo.

VI.

El mes de Octubre tocaba á su fin, las últimas brisas otoñales pasaban murmurando por donde quiera rumores fugitivos, y el lujo de luces y esplendores del cielo, anunciaban unos de los magníficos crepúsculos, galas del otoño, y precursores de los no ménos hermosos del invierno.

El gigantesco Nevado de Toluca se destacaba del firmamento, grandioso, elevado, altivo, ostentando en los picachos de su poderosa cumbre las inmensas sábanas de nieve que formaban el más bello contraste con el zafíreo color del firmamento. Nubes violáceas ocultaban el sol en los momentos de desa-

parecer de nuestro hemisferio, prestando á los lugares que circundan á esa inmensa mole de granito un aspecto risueño, casi fantástico y digno de un inspirado pincel.

El pueblecillo en donde Berta y Andrés vivian, está casi á la falda del Nevado, y Andrés siempre amante de la soledad y soñador, gustaba de ir algunas tardes á una pequeña eminencia que domina al pueblo, y allí contemplar la puesta del sol, y escribir algunos pensamientos que le inspiraba el espectáculo que desde allí contemplaban sus ojos, siempre ávidos de luz, de belleza de infinito....

VII.

La tarde á que nos referimos, Andrès escribió en el lugar de sus paseos, los últimos renglones de un manuscrito que debia dejar á Berta para que lo leyera despues que Andrés hubiera partido, Y en tanto que él escribia, Berta de visita en la casa de una amiga suya, le hacia confidencias, á las que vamos á asistir á fuer de concienzudos narradores.

VIII.

—Es preciso, Lucila mia, que me escuhes, que veas mis làgrimas, que oigas mis quejas para que le digas à Andrés lo que por él sufro, y lo que me desgarra el alma su indiferencia. Yo necesito cumplir con él un deber de religion, de conciencia, de amor, pidiéndole perdon de las ofensas que le he hecho, y oir de sus labios para mi tranquilidad, que él me perdona, y no me aborrece. Despues...... despues, aunque sea yo la más desgraciada de las mujeres......

—Paréceme Berta, que piensas hacer demasiado tarde lo que deseas. Andrés hace tiempo que no me habla de tí para nada, y esto puede ser una prueba de que te ha olvidado....

—No prosigas, por Dios, Lucila! el olvido de Andrés seria para mí la muerte. Si yo he sido orgullosa hasta el punto de olvidarme de mis deberes, y él digno hasta la exageracion, en el fondo de nuestras almas nos amamos.

—¡Quién sabe, Berta!

—Sí, no lo dudes. Además, estoy segura de que en el momento en que yo dé á Andrés una cumplida satisfaccion, su alma generosa y buena me perdonará.

—Mucho fias en la generosidad de Andrés.

—¿Cómo no, si lo conozco como me conozco á mí misma?

—¿Y si sucediera que él se mostrara inflexible á tus explicaciones?

—Tú me quitas las pocas esperanzas que traje al venir á verte.

—No, pero veo las cosas con más frialdad que tú.

—Ay! Lucila, es preciso decírtelo todo, todo, para que tú me ayudes á convencer á Andrés. La confesion que voy á hacerte es la pintura fiel del estado de mi alma. Cuando me hayas escuchado, tendrás compasion de mí.

IX.

Berta permaneció un rato en silencio llorando, y despues enjugándose los ojos y con voz conmovida, prosiguió.

—En los dias siguientes á aquel en que Andrés ofendido por mi conducta para con él en el último baile, cortó nuestras relaciones, pensé que las diversiones, los paseos, las alegrías á que me entregué, fueran bastantes para borrar de mi alma su recuerdo, y probarle que no sufria ni me interesaban sus pesares y su soledad. En efecto en esas frívolas horas del placer y la locura de un corazon lleno de juventud y de vida que no mide el porvenir sino con una mirada, y éste le parece eterno é inconmensuràble para gozar, todo me era indiferente y solo queria aturdirme para que del fondo de mi conciencia no se levantara el eco acusador de mi traicion para con Andrés.

X.

—Pasaron esos dias de locura tan fugaces como todo lo de la vida y ya encerrada en las cuatro paredes de mi estancia, sola y pensando á mi pesar en otros dias de verdadera dicha para mí, empecé á sentir mi corazon destrozado por los remordimientos. Lloraba, y mis làgrimas se perdian sin que nadie las comprendiera; pensaba, y mi pensamien-

to era una áscua que abrasaba mi corazon, suspiraba sin cesar y no habia otro suspiro cariñoso que respondiera á los mios llenos de afan, de tristeza y desconsuelo. Sin una alma compasiva á quien confiar mis penas, sin un corazon que respondiera bondadosamente á los latidos del mio, y mirando por todas partes rostros frios é indiferentes, devoraba mis dias de lucha y mis noches de insomnio, ocultando mis penas con la máscara de una indiferencia que no sentia y que por lo mismo era más desgarradora.

Una circunstancia sobre todas venia á agravar mi situacion moral. Tú sabes que la ventana de mi alcoba da al cementerio, y que por ella hablamos las más noches Andrés y yo. Sabes tambien que el toque de las ánimas era la hora de nuestras citas, y muchas veces el tañido lúgubre de las campanas interrumpia nuestra conversacion. Sin embargo, en esa hora de por sí fatídica, rodeados de tinieblas, mirando á pocos pasos de nosotros las tumbas que se alzan tristes bajo los fresnos y los sauces oyendo al vienso susurrar entre las hojas de éstos y el ruido de ellas al rodar por el suelo; en esa hora, repito, la imponente solemnidad de la noche, y de todos los tristes objetos que nos rodeaban, me inspiraba una melancolía dulce que Andrés se encargaba de hacer más grata con sus cariñosas palabras; las flores que me regalaba, las demostraciones que me hacia, y todas las bellezas de esos éxtasis de amor que incompletos á veces por los temores de una sorpresa, prestan encantos cuyo recuerdo jamás, jamás se puede borrar.

XI.

—Pues bien, Lucila, hoy la hora en que suenan las ánimas, esa hora que debia tener memorias tan gratas para mí, es mi tormento mayor, mi más cruel agonía, y lo diré de una vez, mi expiacion y mi remordimiento.

Al escuchar el toque de las campanas que semeja una escala de notas fúnebres, y trayendo en sus ecos el eco de las tumbas, ó tal vez de la eternidad; al oirlas, siento un temblor qne agita todo mi cuerpo, me quiero volver loca, me quiero hundir en la tierra para no escuchar ese toque que hiere con cada tañido una fibra de mi corazon.

Cierro los ojos para no ver esa ventana donde fuí tan feliz, y al cerrarlos al mundo exterior, tengo que ver el mundo íntimo, más terrible mil veces por lo mismo que es tan verdadero. Entónces mi situacion se agrava, me parece que de las tumbas testigas de nuestras citas y mis promesas, se levantan los muertos para echarme en cara mi infidelidad y mi traicion; me parece que el padre y la hermana de Andrés, dejan su lecho de piedra, y envueltos en sus sudarios se acercan á mí, pidiéndome cuenta de las lágrimas que Andrés ha derramado, de la tranquilidad que ha perdido por mí, y entónces ¡oh Lucila! corro desalada hasta donde hay alguna gente, huyendo de esos fantasmas, que no existen sino en mi propia conciencia!

XII.

—Si Andrés te viera en este estado entónces sí creo que te perdonaria.

—¿Lo crees?

—Sin duda alguna, y si tu arrepentimiento es sincero, todo lo puedes esperar de la nobleza con que te quiso, con que te quiere todavía.

—¿De veras?

—¿Por qué te habia yo de engañar?

—Sin embargo, Lucila, yo he abierto un abismo entre los dos, abismo que no medí cegada por el despecho y el orgullo, abismo en que acaso me hundiré sin remedio.

—Me asustas, Berta.

—Escúchame, pues esto me quedaba que decirte.

XIII.

A los pocos dias de verme abandonada por Andrés, uno de mis antiguos adoradores me pretendió de nuevo, y le correspondí. El trató de formalizar las cosas, y habló á mi familia. Como él es jóven, y tiene además una herencia en espectativa, mi familia no tuvo inconveniente en aceptar, y ha fijado nuestro enlace para dentro de dos meses. Pues bien, la idea de verme enlazada con otro

que no sea Andrés, me horroriza, pues ir á ser perjura otra vez al pié de los altares y á prometer fé eterna á un hombre á quien no amo ni puedo amar, me parece cosa imposible.

Pero si Andrés no me perdona, si es inflexible á mis lágrimas y á mi desesperacion, entónces me uniré á Cárlos, y despues las consecuencias de esa union sacrílega caerán sobre Andrés.

Lucila, tú eres su amiga íntima, él te tiene una confianza ilimitada, díle, díle la conversacion que hemos tenido, y suplícale en mi nombre que asista á una entrevista que lo salvará todo; y si no lo haces, si no me ayudas en mi noble empresa, tú tambien serás responsable ante Dios de lo que suceda.

Berta se levantó pálida, nerviosa, se enjugó los ojos, dió algunos pasos por la estancia para serenarse, y se despidió de su amiga dándole un beso.

XIV.

Al dia siguiente Andrés escuchaba trémulo y conmovido la narracion de Lucila sobre su conversacion con Berta, y dejaba en poder de la primera el manuscrito que habia terminado la víspera, suplicándole lo hiciera llegar á manos de Berta como la única contestacion que podia darle.

El verdadero autor de estos apuntes no nos ha permitido que demos á luz el manuscrito enviado á Berta por Andrés, y que acaso nuestros lectores querrian conocer. Pero nos ha ofrecido que lo publicará ¡más tarde bajo otra forma, teniendo por ahora que conformarnos con seguir relatando los acontecimientos que ponen fin á lo que llevamos escrito.

XV.

Es el dos de Noviembre, el dia consagrado por nuestra cariñosa Madre la Iglesia, para conmemorar piadosamente á todos los hijos que han muerto en su seno, á los cuales dedica en ese dia sus preces más solemnes, sus plegarias más fervientes, y esos dulces consuelos que son para los que cruzamos aún este valle de amargura, una esperanza sembrada por la fé del alma en los límites del mundo con la ¡eternidad!

La mañana estaba espléndida, un sol de invierno inundaba de luz y de vida los campos, lás colinas y las cordilleras de montañas que rodean el extenso valle, que como un broche de luciente plata cierra el altivo Nevado en la parte occidental de esta comarca.

La campana del templo llamaba á los fieles á la ceremonia de la misa, y de la mayor parte de las casas del pueblo se veia salir presurosos á los vecinos de ambos sexos con direccion á la iglesia.

Andrés se dirigia tambien silencioso al mismo punto; adonde penetró perdiéndose entre la multitud. Despues de orar con todo el fervor de su alma cristiana, salió del templo y se dirigió al cementerio, donde están dos humildes tumbas que guardan para él todas sus afecciones de familia; séres que no volverá á encontrar en la tierra, pero cuyas almas velan por él desde el cielo.

Llega Andrés al sitio donde se levantan los dos sepulcros casi juntos y bajo la sombra de un árbol; al llegar descubre su cabeza y va á ponerse de rodillas, cuando un ¡ah! involuntario de sorpresa, se escapa de sus lábios, y poseido de una profunda emocion se apoya contra el árbol, y con la mirada fija sobre los dos sepulcros, permanece un rato mudo y silencioso.

Lo que tanto habia llamado la atencion de Andrés, era que sobre cada una de aquellas tumbas queridas habia una corona de siemprevivas, un pequeño tiesto con flores de invierno, y una multitud de pensamientos y violetas que completaban aquel sencillo y elocuente adorno, puesto por una mano desconocida para Andrés, pero cuya delicadeza debia conmover un corazon ménos sensible que el suyo.

XVI.

Andrés pensó mucho en aquellos pocos instantes, y por una mera intuicion pensó én Berta; en que ella podia haber sido quien en un arranque de verdadero sentimiento, hubiera ido allí á depositar aquellas flores como una ofrenda á los séres á quienes Andrés queria con toda su alma, y quienes antes de morir

tuvieron por Berta una verdadera simpatía.

Andrés no supo lo que pasó por él en aquellos momentos de duda, de esperanza, de inquietud y de ansiedad, y mudo ante aquella sorpresa se arrodilió, besó los nombres esculpidos en las dos piedras, regándolos con lágrimas que ya no pudo contener; besó aquellos adornos que sintetizaban para él la redencion de una vida, y se alejó de aquel sitio murmurando:

—Si Berta tuvo esta delicadeza, yo lo sabré, y entonces.... entonces ya podré creer que se ha regenerado y que es digna de mi perdon.

XVII

En efecto, á poco rato escuchaba Andrés, trémulo de emocion y de gratitud, de los lábios de Lucila, la confirmacion de que Berta habia sido la que al despuntar la mañana habia ido sola al cementerio á orar por el padre y la hermana de Andrés, á depositar allí su ofrenda de lágrimas y de flores, queriendo que ella fuera la primera que tuvieran esas dos tumbas tan queridas para el que habia sido su amante.

XVIII

Estaba en el alma del pobre Andrés tan fresca la herida que la traicion de Berta le abrió, que mucho tiempo estuvo vacilante sobre lo que debia hacer despues de aquella sentida y elocuente manifestacion de su amada. Pero como las almas generosas están siempre agenas de falsedad, rechazó con energía toda idea que desvirtuara á sus ojos aquella noble accion, y mirando en ella el amor y la virtud, escribió la siguiente carta.

"Berta:

"Lo que has hecho hoy es tan noble, tan grande, que ello borra el pasado con todos sus sombríos colores, y me hace acariciar las más risueñas esperanzas para el porvenir.

"Miéntras puedo hablarte, recibe mi profunda gratitud y las lágrimas que ha arrancado tu noble accion, al que ya no puede creerse desgraciado.—ANDRÉS."

Berta conocia demasiado á su amante para creer que aquello no fuera sino la expresion leal y franca de sus sentimientos, y llena de ansiedad, esperó poder realizar una entrevista que Andrés le iniciaba indirectamente.

XIX.

Las diez de la noche daban en el reloj de la iglesia, cuando Andrés penetraba al cementerio y se dirigía palpitante á la ventana de la alcoba de Berta, acudiendo á una cita que ella le habia dado aquella mañana, y colocado á pocos pasos esperó con verdadera ansiedad oir crugir los goznes de la puerta, por donde debia salir la luz que para de una vez alumbrara su porvenir.

La noche estaba verdaderamente sombría y pavorosa; un viento helado silbaba lúgubre entre los tristes árboles del cementerio, y arrancaba de ellos con profusion multitud de hojas secas que al rodar por el suelo sobre las ya caidas, producian un ruido monótono y desconsolador. En medio de la oscuridad, se distinguian á trechos las blancas y solitarias tumbas, elevándose algunas á cierta altura, y pareciendo blancos fantasmas que guardaban el reposo de aquel lugar de descanso.

Para una imaginacion ménos soñadora que la de Andrés, aquella soledad, aquellas tumbas, aquel lugar desierto y habitado, no podria tener ningun atractivo; pero en la mente de un poeta, todo toma proporciones fantásticas y más cuando está poblada de pensamientos tan tumultuosos, tan contrarios, y tan febriles, como los que agitaban el calenturiento cerebro de Andrés Las tinieblas en que estaba envuelto, la tristeza que se respiraba en aquel sitio destinado á la muerte, la idea de la entrevista que iba á tener con Berta; su amor, sus luchas, sus recuerdos y todo ese mundo visible é invisible que se agita dentro y fuera de nuestro sér en algunos momentos, lo hacian experimentar cierta melancolía, y un no sé qué de ansiedad que se adaptaba al estado de su alma.

XX.

Habia esperado una hora, ó lo que es lo mismo, un siglo para su impaciencia.

Por fin la ventana crugió y de entre la oscuridad se destacó la figura de Berta, envuelta en un peinador blanco, y con el rostro cubierto hasta la mitad por un abrigo negro; traje que á la verdad completaba el cuadro fantástico que Andrés tenia delante de sus ojos, y en el fondo de su pensamiento.

—¡Berta!

—¡Andrés!—Fueron las únicas palabras que sus lábios temblorosos pudieron pronunciar de pronto, completando con la presion de sus manos las frases que debian formular.

Repuestos de su violenta emocion, Berta rompió el silencio soltando la mano de su amante y llevando el pañuelo á los ojos; Andrés tembló ante aquel elocuente exordio, sintiendo latir su corazon de una manera cruel.

—No sé la interpretacion que darás á esta entrevista, verificada á una hora tan desusada y bajo tan tristes auspicios para mí. Pero yo necesitaba verte, hablarte, vindicárme à tus ojos de tanta calumnia y esperar de tí el perdon ó el aborrecimiento.

—Estimo en lo que vale tu sacrificio, y sé tambien que al dar este paso, lo has hecho conociendo la nobleza de mi respeto para tí, y la pureza del amor que te he tenido.

—Que me has tenido, pero que acaso ya no me tienes.

—Si tal cosa fuera, ¿estaría yo en este momento á tu lado? Te he dicho además, que lo que has hecho hace tres dias en los sepulcros de mi familia, borraba para mí el pasado con todos sus sombríos colores. Mucho me has ofendido Berta, mucho has destrozado mi corazon, y sin embargo, no he podido ni aborrecerte ni olvidarte. Si doy mi perdon á tí y á tu familia, quizá no pueda volverte á dar mi amor, no porque no lo sienta vivir en mí tan grande y ardiente como cuando te lo entregué otra vez, sino porque temeria que no lo estimaras en lo que vale; perdona mi franqueza.

—Andrés, ¿por qué me hablas así?

—Porque debo hacerlo, porque me lo exigen mi deber y mi conciencia.

Yo no quiero sacrificarte, no quiero que por un arranque de abnegacion de parte tuya, tengas que apurar á mi lado una vida de sinsabores y de sacrificios. Además, ¿puedo tener fé en la mujer que despues de burlarse de mis lágrimas y mi dolor, hace tres meses, ha tenido dos amantes, con uno de los cuales debe acaso unirse con pleno consentimiento de su familia? Consentimiento que á mí me negó porque soy pobre, porque no tengo oro, y porque no soy ya un jóven de veinte años, y que á él dá porque tiene lo que á mí me falta. ¡Ah! Berta, Berta, ¿por qué has vuelto á ponerte en mi camino?

—Andrés, esos amantes que me supones, y que me han calumniado villanamente, acaso podian no haberlo hecho, si tú no hubieras creido sus infamias y hubieras defendido, como cumple á un hombre, la reputacion de la mujer á quien ha amado. Pero tú has sido el primero en abandonarme á mí misma. ¿Qué podia yo hacer para probar mi inocencia?

—Berta, no agregues á las ofensas que me has hecho, la de llamarme cobarde é incapaz de defender tu honra y la mia. Yo te juro que si no hubiera yo tenido la conviccion íntima y profunda de tus faltas, habria obligado de grado ó por fuerza á esos caballeros, á que nos dieran á los dos una amplia y cumplida satisfaccion. Pero desgraciadamente tengo en mi mano las pruebas de tu traicion, y me habria puesto en ridículo ante tí, ante ellos, ante todo el mundo, al querer defender un derecho que no me pertenecia ya.

—Perdóname, Andres, perdóname; por eso te he llamado; por eso lloro, recordando tu nobleza y mis faltas; por eso arrepentida, quiero oir de tus labios palabras de consuelo, de esperanza, de amor.

—¡Amor! ¿Tú hablas de amor, Berta, cuando has hollado el mio con la mayor crueldad....?

—¡Por Dios, Andrés, me estás destrozando el alma! Si el orgullo y el despecho pudieron extraviarme, no por eso he dejado de amarte; no, mil veces no.

Si tú no te apiadas de mí, ni tienes compasion de mis lágrimas, seré la mujer más desgraciada y tú te gozarás en tu obra.

—Te engañas al creerme insensible. Te amo, y por lo mismo quiero que ese amor viva en mí sin dártelo, para conservarlo sin nubes que lo enluten, sin recuerdos dolorosos que me hagan olvidarlo. Separémonos, Berta; de esta suerte tú podrás ser feliz mañana, y yo te seguiré amando; mis secretas emociones alimentarán mi cariño más y más, y teniéndole guardado en el santuario de mi corazon, no se evaporará ni un átomo de su esencia, ni pertenecerá jamas á otra mujer.

—Eres egoista, Andrés.

—¡Egoista! ¡oh! no. Pero quiero mejor verte dichosa al lado de otro, que desgraciada al mio. Conoces mi abnegacion y mi valor moral para los sacrificios, por consiguiente, olvídame y sé feliz.

Berta, agitada, convulsa, sollozante, tomó la mano de Andrés, y prosiguió con calor:

—"Díme que me amas." Dímelo, Andrés, repítemelo, y entónces nadie nos podrá separar.

—Mira, Berta, no quiero que ahora, que esta misma noche, que en estos momentos, se resuelva el porvenir de los dos, pues mañana podrias arrepentirte. No, te doy todo el tiempo que quieras para pensarlo, y cuando en conciencia tomes tú resolucion, entónces todos los obstáculos habrán desaparecido para mí.

—¿Y para qué quiero yo el tiempo, si como pienso hoy, pensaré siempre? Para mi no hay obstáculos, te amo, y seré tuya, seré tu esposa cuando tú quieras, sin que nada me obligue á variar ó á retroceder.

—¿Y la oposicion de tu familia?

—Mi familia está anticipada y consentirá.

—Entónces voy á exigirte una promesa, un juramento solemne, pero que debe ser hecho por tu parte, con toda libertad, y con el convencimiento de que no serás perjura.

—Estoy dispuesta á todo. Habla.

—Jura por la memoria de los séres que reposan en las dos tumbas que has adornado con tus propias manos, que dices la verdad, que me amas, y serás mi esposa.

—Lo juro delante de Dios que vé nuestro corazon.

—Ahora, ya puedo tener confianza en tí.

Al acabar Andrés de pronunciar estas palabras, un estremecimiento inusitado agitó su cuerpo, y creyó oir como un eco que salia de las cercanas tumbas de su familia, el cual murmuraba en su oido ó en su conciencia, estas palabras: "Berta te engaña." Andrés permaneció un momento anonadado, buscó al rededor de sí el lugar de donde podia haber salido aquella voz, y solo vió á Berta que cariñosa estrechaba su mano.

La impresion pasó, Andrés se olvidó de ella bajo la dulce presion de las manos de su amada y á la influencia de las frases que llena de ternura le dirigia.

Pasaron algunos instantes más, y por fin Andrés se despidió de Berta, depositando en su frente un beso puro, un verdadero beso del alma que acababa de celebrar con otra sus esponsales.

XXI.

Habian trascurrido once dias de la reconciliacion de Berta y Andrés, y éste se ocupaba con verdadero afan de sus preparativos de boda, devorado de impaciencia y de un amor cada vez más creciente y ardoroso. Todos los dias se escribian los dos comunicándose sus proyectos, jurándose de nuevo amarse, y haciendo de su mútua felicidad un culto íntimo, que hacia de su vida un himno, de su amor una religion.

Aquel dia habia llegado á su mitad sin que Andrés recibiera de Berta como de costumbre, alguna carta, y esto lo tenia inquieto, apenado é impaciente.

Dieron las tres de la tarde, y Andrés recibió por fin la ansiada carta de Berta. Pero ¡oh dolor! aquella carta solo contenia estas palabras:

"Andrés:

"Nuestra union es imposible. No me preguntes por qué; dentro de algunas horas ya no estaré aquí.—*Berta.*"

XXII.

Inútil parece describir el efecto que causarian aquellas palabras en el alma de Andrés, cuyo semblante lívido y descompuesto, decia bien claro la tempestad que rugía en el fondo de su corazon.

Despues de algunos instantes murmuró en voz alta:

—¡Siempre la misma! y estrujó entre sus manos aquella carta fatal que destruia otra vez más el santuario de su felicidad.

XXIII.

Se habia puesto el sol, y un crepúsculo triste y nublado comenzaba á dar paso á las sombras de la noche.

Andrés, como todos los seres verdaderamente desgraciados, sabia que el consuelo de todos los humanos dolores, solo puede venir de Dios.

Pasadas aquellas horas en que Andrés sufrió todo el dolor de su nueva decepcion, se fué al templo y allí oró, por él y por la mujer ingrata que con tanta crueldad acababa de destrozar su alma. Fortalecido y resignado, pero con el corazon lleno de lágrimas, se dirigió al cementerio para cumplir, en su concepto, con un triste deber. Arrodillado y con voz entrecortada por los sollozos, se inclinó y besó con respeto los nombres de su padre y de su hermana, esculpidos sobre la piedra de dos sepulcros, exclamando:

—¡Padre mio! ¡hermana mia! vosotros que me dejasteis solo en el mundo; vosotros que veis desde el cielo mi conciencia y mis dolores; vosotros que habeis oido de los labios de la mujer que prometió ser mia, los juramentos que hizo sobre vuestra sagrada memoria para convencerme de su engañoso amor; perdonadla como yo la perdono. Recibid mis lágrimas y mis sufrimientos como expiacion de su perjurio y de su falta, y protejedme desde la mansion donde estais. Velad por mí, fortaleced mi espíritu y alcanzadme la resignacion y el valor para seguir luchando.

Andrés permaneció mucho rato con los lábios sobre aquellas frias losas, regando una y otra con sus lágrimas. De repente se levantó asustado, habia oido la misma voz, el mismo eco que escuchó la noche de su entrevista con Berta; pero ahora la oia más clara, más distinta, más lúgubre y aterradora.

"Andrés, tú no debiste volver á dar entrada en tu corazon á esperanzas locas de un amor que alejaba de tí todo lo que no fuera el sentimiento de una mujer que no supo comprenderlo, de una mujer que no respetó nuestra memoria y tus dolores, de una mujer que no vaciló en profanar nuestras tumbas con un pensamiento falso. Andrés, Andrés, parte de estos lugares, ve á otra parte donde te sustraigas de la influencia terrible de ese amor, y donde quiera que vayas estarás tranquilo porque no eres culpable, miéntras que á ella, en donde quiera que esté la perseguirá el eco de nuestras tumbas, repitiéndole sin cesar: ¡perjura! perjura!"

XXIV.

Aquellas voces se extinguieron, y Andrés triste, tembloroso y lleno de amargura se alejó de aquel sitio, perdiéndose en las oscuras y desiertas calles.

XXV.

En la misma noche, supo Andrés la verdadera causa de la carta que Berta le habia escrito, y la compadeció, pues su propia debilidad la habia perdido. Su familia, enemiga irreconciliable de Andrés, la habia colocado en una situacion difícil, dando á cierta circunstancia que está por demas decir, proporciones que vistas con calma no eran capaces para poner un muro inquebrantable entre los dos. Pero Berta no amaba á Andrés, ni lo habia amado lo bastante para sobreponerse á todo, y si era una víctima lo era de sí misma y de la ambicion de su familia.

A pocos dias Andrés partió de aquel pueblo sin haber vuelto á ver á Berta, y dejándole con Lucila escrito su último adios.

ANTONIO DE P. MORENO.

NICOLAS BRAVO.

Cuando la infausta nueva recibia
De que el anciano á quien el sér debiera,
Víctima noble de la saña ibera,
A manos del *realista* sucumbia;
Animado de extraña bizarría
Tremola de los libres la bandera,
Y del contrario en la batalla fiera,
Trescientos prisioneros recogia.
Dirije á los vencidos la mirada,
Seca el sudor que corre por su frente,
Lleva la mano á la gloriosa espada,
Y les dice: "marchad, yo soy clemente,
Os doy la libertad ambicionada,
Que así sabe vengarse el insurgente."

SONETO.

AL SR. D. FRANCISCO DE PAULA PORTILLO Y SOLLANO

**Debita sparge lachrymà favillam
Vatis amici.**
Horacio.

Pálido, triste, en perezoso vuelo
Traspone el sol la blanquecina sierra;
Y le lloran las aves, y la tierra
Émpapa con sus lágrimas el cielo.
¡Deuda muy justa! Al temeroso hielo
De fuente y nidos su mirar destierra:
Y, con la noche en victoriosa guerra,
Cambia el zafir en turquesado velo.
¿Y al esconder su frente en el hirsuto
Sombrío monte, Febo enamorado
Se pagará de aqueste amor y luto?
Creo que sí. ¡Ay Delio! El sér llorado
En muerte, infunde al corazon enjuto
Bríos que templan el rigor del hado.

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

ANGELA PERALTA.

Angelica di vocce é di nome.
El maestro Lamperti.

De un ángel recibió nombre y acento,
Y en alas de su cántiga inspirada,
Supo llevar al alma entusiasmada
A los mundos de luz del sentimiento.
Envidiaba su plácido concento
El ruiseñor que trina en la enramada,
Y adornaron su frente levantada
Las guirnaldas del génio y del talento.
Nació para cantar, y se conquista
Para su sien espléndida corona
Que del mundo melódico á la vista
La fama de sus méritos abona.
En éxtasis feliz, la egregia artista
Hermosos cantos al morir entona.

EL TALENTO.

(CONVERSACIONES Á DISTANCIA.)

Al Sr. D. Victoriano Agüeros.

¿Ha pensado vd., Sr. D. Victoriano, ha pensado vd. alguna vez en el talento?

Yo creo que no; porque segun el refran árabe: nadie piensa en lo que tiene.

Pero yo, siguiendo el proloquio castellano: quien hambre tiene en pan piensa, me ocupo frecuentemente en la materia.

¿Qué cosa es el talento? Yo no sé definirlo, pero sí explicar qué cosa es el que lo tiene.

Un hombre de talento es aquel que hace lo que se le da la gana.

Por eso entre todos los preceptos de Horacio, el único que no me pasa es el *si vis me flere*. ¡Cuántos hay que riéndose se empeñan en hacer llorar y lo consiguen!

Y qué, ¿Cervantes llorando no hace reir?

Una mala zarzuela (¡perdon por el pleonasmo!) hace que el autor del "Quijote" se ria al estar escribiendo su obra. El autor de "El loco de la guardilla" que vive en Madrid en un primer piso, está más lejos del *loco* que de la *guardilla*.

Yo cambio el precepto de Horacio en este otro: Si quieres que llore, ten talento.

Si vis me flere ingenii muniendum est
Primum ipse tibi.

Núñez, es decir, el comendador Hernan Núñez, profesor de retórica, maestro de Fray de Luis de Leon, en su obra de "Refranes," revista y enmendada por su discípulo, que: Quien bien te quiere te hará llorar.

El eminentísimo profesor de retórica (como le llama la carátula) ó el eminentísimo Fray Luis, como le llama el mundo, lo hubieran dicho mejor si hubieran dicho: Quien bien escribe, te hará llorar.

Se entiende, si quiere.

Ayer precisamente estaba leyendo á Salustio. La arenga que pone en boca de Caton, contra Catilina y socios, me entusiasmó de tal manera, que me trasportó á la época de los cónsules; me parecia que mis sentimientos habian de influir en la decision del senado, y hasta ignoro si el grito de mi conciencia se comunicaria á mis labios: Que los maten á todos; no vayan á dejar á uno.

Pero en seguida, César toma la palabra, es decir, se la hace tomar el historiador, y los sentimientos cambian por completo: ¡Que deseo de que no se derrame sangre! ¡que anhelo por que se salve Catilina, y Cetego y todos los demas! ¡Con qué claridad se vé que Caton era un pobre político que no sabia de la misa la media!

No hice la experiencia de volver á leer en seguida el discurso de Caton, pero estoy seguro que César me hubiera parecido casi, casi, un traidor á su patria.

Y por supuesto que no hablan ni César ni Caton; los dos discursos son de Salustio, y no es posible que fuera amigo y enemigo de Catilina, amigo y enemigo de Ciceron.

Yo me imagino que el corazon humano es un títere.

Todos los corazones tienen sus cuerdas; el que las sabe manejar, hace de ellos lo que quiere.

Pues el que las sabe manejar es el hombre de talento.

Si en vez de una carta escribiera un artículo sobre moral, deduciria la consecuencia siguiente:

Debe leerse con mucho cuidado, y no dejarse arrebatar por toda elocuencia.

Esta regla es de un hombre de talento, lo que quiere decir que no es mia; es de San Pablo que nos enseña que *no debemos dejarnos llevar por todo viento de doctrina.*

Pero los hombres de talento como San Pablo, no hacen lo que quieren ellos, sino lo que quiere Dios.

¡Este sí que es verdadero talento!

Pero he dicho que no estoy escribiendo un artículo moral, sino una conversacion ligera que no por ser á distancia deja de ser sabrosa, porque es con vd. ¡Las inteligencias y los corazones in-

ventaron el teléfono ántes que Bell, que Edison y que los pronunciados de Michoacan!

Si como no es artículo moral, fuera éste un artículo sobre la historia de los descubrimientos modernos, explicaria la última parte de mi frase. Porque yo tengo fundadas sospechas de que, así como Bell perfeccionó el aparato de Edison, así tambien Edison no hizo otra cosa que perfeccionar un descubrimiento mexicano, nada ménos que de los parciales de Socorro Reyes.

Ya vé Vd., que aunque no trato de acústica, con Edison y Bell estoy precisamente probando que el talento hace lo que quiere.

Y ya que Horacio viene haciéndome cosquillas desde que comencé esta carta, añadiré algo más: El talento hace lo que prohibe á los demas.

Y como lo que el talento prohibe está bien prohibido, se sigue que lo que seria atroz en los hombres que no tienen talento, es bellísimo y primoroso para los que son Horacios.

¿Podria creerse que siendo la cabeza es humana cabeza, y el cuerpo con miembros tomados de aquí y de allá, adornado por varias plumas, terminando en un pez bastante feo, saliera la obra muy buena?

Horacio dice que no. Y sin embargo, Horacio lo hizo.

Y la Epístola á los Pisones es una obra bella y perfecta.

¿No es esto burlarse de los lectores? Yo no lo sé, mas si es así ¡es una burla tan agradable!

¿Cuál es el principio (caput) de esa obra tan acabada? *Humano capiti.* Su cabeza, es una *cabeza humana.*

¿Y como concluye? *hirudo;* un pez muy feo: *piscem atruni.* Que es feo, cualquiera puede convencerse por su vista; que es llamado pez, pudieran convencernos algunos ejemplos de Plinio.

El que recogía sanguijuelas era *piscarius.*

El lugar donde se crian es *piscinarius.*

Y realmente es el más feo de todas las cosas que se pescan.

Y el libro semejante á ese cuadro: *Fabulae isti persinidem librum* es la Epístola á los Pisones, con miembros tomados de varias partes, y adornada con la pluma trágica, y con la cómica, con la pastoril y con la épica, *collatis membris et varias inducere plumas,* pero plumas que *quoqumque volent animum auditoris agunto.*

Y no tomo *pluma* por escribir, sino por adornar. O en el sentido que dijo el otro:

Jam mea cygneas imitantur tempora plu-
(mas.

Que por algo usa el autor de *inducere;* como quien dice: *inducere in viam,* ó mejor *inducere calceum pedibus.* (1)

Si vierais un cuadro así ó un libro semejante á ese cuadro, ¿pudiérais, amigos, detener la risa?

¡Y esto lo dice en *simillimum* (per similem) *librum!*

Pero me parece que Horacio aludía á otra clase de risa, de la cual habla más adelante:

Quem bis terve bonum cum risu miror.

Esto sí ya es burlarse de la gente!

Pues todavía lo dice con más claridad, y con todas sus letras nos indica que *nos está poniendo un logogrifo:*

Obscurus fio.

¿Se quiere algo más claro que ese oscuro?

¿No es esto decir: vamos, *okmaxima pars vatum*, busquen, busquen, que *aquí* hay algo que aclarar? Al estar escribiendo actualmente, oculto algo: *obscurus fio.*

Y saliéndose del equívoco de la significacion de *brevis* (con brevedad ó con precision) no deja de advertirnos que está trabajando por que haya *precision*, es decir, que haya perfecta relacion en lo que escribe y en lo que oculta: entre el cuadro feo que pinta, y entre el bellísimo cuadro, en todo á él semejante, que pone á nuestra vista.

¿Que más? Todavía valiéndose de un

---

1 Pudieran ampliarse los detalles, v. g. con el *mulier formosa superne. Superne* de *superare,* vencer, aventajar, ó más bien de *super*; pero *super* es equivalente de *superest,* como se ve en:

O mihi sola mei super Astianactis imago.

nuevo equívoco nos hace otra importante advertencia: *mucho cuidado, porque nos equivocamos muchas veces si solo atendemos al sentido recto de las palabras.*

Descipimur specie recti.

Hay que fijarse en que *specie* significa *apariencia.*

¿Cómo ni á Espinel, ni á Zapata, ni á Iriarte, ni á Morell, ni á Burgos, ni á Martinez de la Rosa, ni á Menendez Pelayo (yo no conozco otros traductores españoles) (2) les ha llamado esto la atencion?

Pero y bien ¿creo yo realmente que tal fué la mente de Horacio?

¡Pues no lo he de creer! Si tengo tiempo y Dios quiere, quizas trate el punto alguna vez, no como ahora con breves pinceladas.

Si así no fuera, no tendria explicacion aquello sobre que tanto se han calentado la cabeza los comentadores. Esto es, que despues del *orationis membrum* (lo que seria *aparte* si fuera en prosa), establece aquel notable apotegma:

"Pictoribus atque poetis
"Quidlibet audendi semper fuit aequa
(potestas."

Los traductores han tenido que añadir algo para que tenga sentido, fingiendo una prolepsis:

"Mas no fue siempre,
(Se dirá acaso) á vates y á pintores,
La más ámplia licencia concedida?"

Pero añadir, más que traducir es corregir al autor. Es, por lo ménos, alterar.

Se supone que es una objecion que á su anterior doctrina oponen los pisones.

Y en consecuencia hay que suponer tambien que los versos que siguen son la respuesta á la objecion que se ha puesto.

Pero dichos versos responden á una cosa muy distinta.

Hé aquí el argumento y su respuesta:

Los Pisones.—No es cierta tu doctrina, porque el poeta tiene libertad de atreverse á todo, y por lo mismo puede hacer un libro que comenzando por cabeza humana, termine en un feo pez.

Horacio.—Sí, tiene libertad, pero no puede hermanar á los tigres con los corderos.

O hay que confesar que Horacio no sabia lógica, ó no dijo lo que los intérpretes le achacan.

Hé aquí como entiendo yo el pasaje:

¿Creeis que puede hacerse algo bueno contra las reglas del arte? ¿Os imaginais que no podríais contener la risa? (1) Figuraos una obra que tuviera cabeza humana y á la cual el autor la quisiera sujetar (*cervicem*) con todo conato (*equinam*) (2) para añadirle miembros no ligados entre sí, y adornados con varias plumas, y que de una manera grande (*turpiter*) (3) termina en pez, ¿podriais dejar de ver en todo esto una cosa ridícula?

Al oír la respuesta, el poeta se encoje de hombros y exclama: Los poetas pueden hacer esto y más; tienen poder para atreverse á todo,

Esto lo sé y me consta (*icimus*). Pero no pretendo igualar lo que es bueno y lo que es malo: ¿cómo querer que sean hermanos los tigres y los corderos? ¿cómo pedir lo mismo á uno y á otro?

Sí, los poetas pueden atreverse á todo, á todo sin excepcion (*quidlibet*). Yo así quiero hacerlo (*hanc enıam petimus*). Tambien concederé esta libertad, pero no á todos. Pase á los pájaros que saben cantar y vuelan, (*avibus*); mas nunca á las serpientes que solo silban y que se arrastran.

Puede hacerse un libro semejante al

---

2 Entiendo que Arriaza y Ochoa solo tradujeron fragmentos,

1 *Teneatis.*—El modo en que está el verbo, favorece la interpretacion que doy al pensamiento. De otra manera Horacio hubiera puesto *teneretis.* Los intérpretes hasta hoy han tenido que recurrir á la enàlage.

2 *Equinam.*—Los romanos tomaban sus metáforas de la guerra: Atacar con infantería (*velis agere*) era obrar flojamente. Echar encima la caballería (*contentis equina*), obrar fuertemente, eficazmente. De aquí la frase familiar: *equis et velis.* Con todo esfuerzo y conato hacer algo. La metáfora de la cerviz no hay para qué explicarla.

3 *Turpis—e*—Tambien significa *grande.* como se vé en la frase: *Forma bovis cui turpe caput,* hermoso el buey de gran cabeza.

què os he pintado, y del cual quede al lector (*super*, *superest*, *superne*), la impresion que deja una mujer hermosa. (*Poesis*, *Musa*, *Epistola*). Voto á brios (*¡Pol!*) que sí se puede; mas eso es concedido solamente á los Horacios.

¿No tenia yo razon al decir que un hombre de talento es el que hace todo lo que quiere?

RAMON VALLE.

FIN.

INDICE

Valle Ramon Pbro.

